

Frederick Kempe

Berlín 1961

El lugar más peligroso del mundo



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

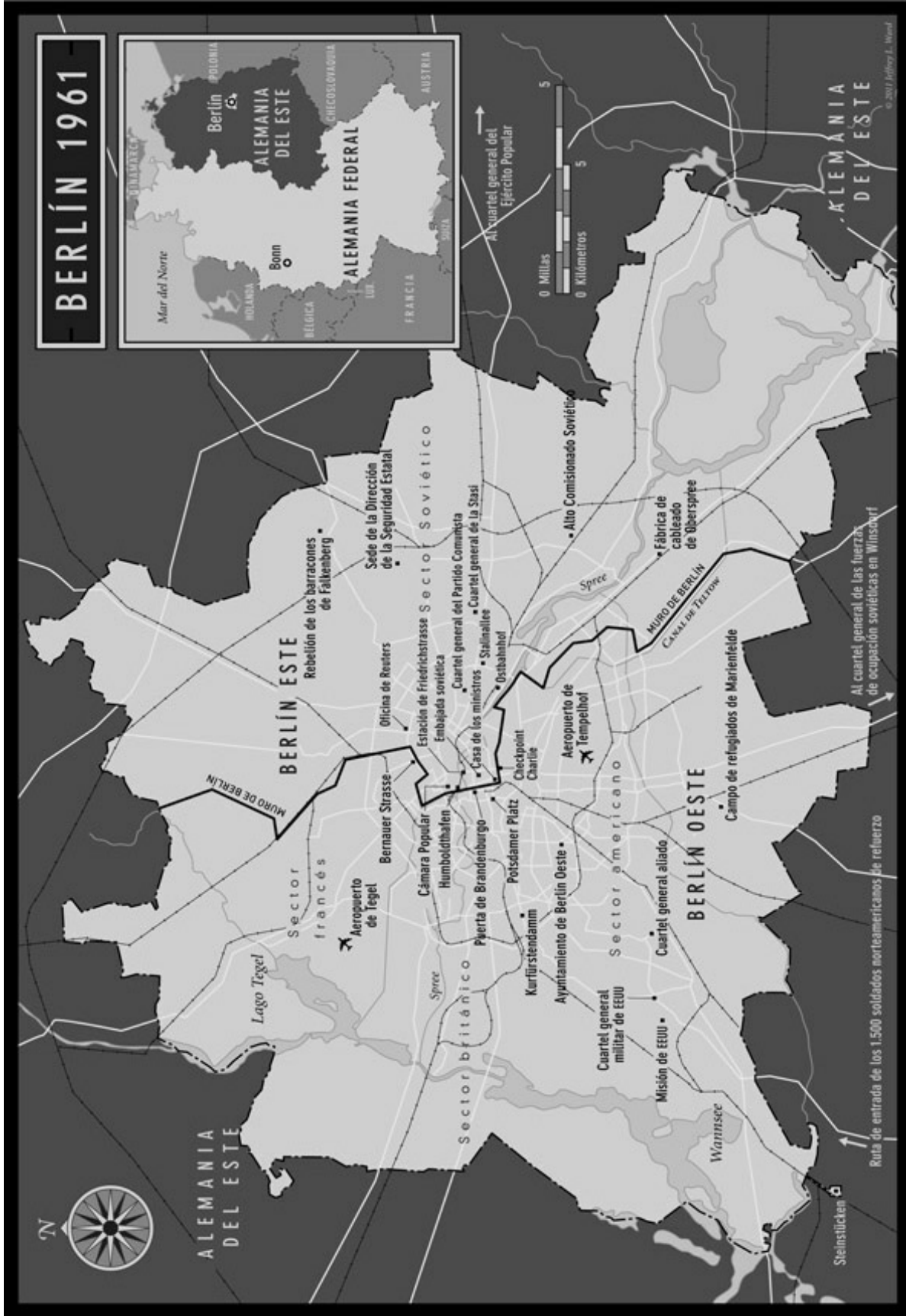
Mucho se ha hablado y escrito sobre la caída del Muro de Berlín. Muy poco, en cambio, sobre su construcción. Y sin embargo fue el acontecimiento más decisivo de la guerra fría y nunca como en esos meses de 1961 el mundo estuvo tan cerca de la Tercera Guerra Mundial.

¿Quién y por qué decidió la construcción del Muro de Berlín? ¿Qué papel desempeñaron las relaciones personales entre J. F. Kennedy y Nikita Jrushchov? ¿Y la China de Mao? ¿Qué llevó en aquellas tensas semanas de octubre de 1961 a los tanques norteamericanos y soviéticos a apuntarse mutuamente a tan sólo unos metros de distancia en las calles de Berlín?

Un error, los nervios de un soldado o un mando militar demasiado celoso y hubiera prendido la mecha de la primera guerra nuclear de la historia. Por eso Berlín fue en 1961 el lugar más peligroso de la tierra.

Basado en documentos soviéticos, alemanes y norteamericanos recientemente desclasificados, *Berlín 1961* nos ofrece una visión única de uno de los acontecimientos más cruciales de la reciente historia europea, combinando la técnica narrativa periodística, la habilidad analítica del investigador político y el rigor propio del historiador.

BERLÍN 1961



FREDERICK KEMPE

Berlín 1961

Kennedy, Jrushchov
y el lugar más peligroso del mundo

Traducción de
Carles Andreu

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Para Pam

Índice

PRÓLOGO. Por el general Brent Scowcroft

INTRODUCCIÓN. El lugar más peligroso del mundo

Primera parte LOS PROTAGONISTAS

1. Jrushchov: Un comunista en apuros
La historia de las violaciones de Marta Hillers
2. Jrushchov: El estallido de la Crisis de Berlín
3. Kennedy: La formación de un presidente
El «francotirador» que llegó del frío
4. Kennedy: El primer error
5. Ulbricht y Adenauer: Alianzas inestables
La huida fallida de Friedrich Brandt
6. Ulbricht y Adenauer: La cola menea al oso

Segunda parte SE AVECINA UNA TORMENTA

7. La primavera de Jrushchov
8. La hora de los amateurs
Jörn Donner descubre la ciudad
9. Diplomacia peligrosa
10. Viena: El niño mimado contra Al Capone

11. Viena: La amenaza de la guerra

12. Un verano tormentoso

Marlene Schmidt, la refugiada más hermosa del universo

Tercera parte

LA CONFRONTACIÓN

13. «El lugar del gran reto»

Ulbricht y Kurt Wismach se las tienen

14. El muro: Armando la trampa

15. El muro: Días de desesperación

Eberhard Bolle termina en la cárcel

16. Un héroe vuelve a casa

17. Póquer nuclear

18. Enfrentamiento en Checkpoint Charlie

EPÍLOGO. Réplicas

Agradecimientos

Fotografías

Notas

Bibliografía

PRÓLOGO

Por el general Brent Scowcroft

Los historiadores han analizado mucho más a fondo la Crisis de los Misiles en Cuba de 1962 que la Crisis de Berlín, sucedida un año antes. Sin embargo, aunque el episodio de Cuba haya recibido mucha más atención, el caso de Berlín fue mucho más decisivo a la hora de configurar la nueva era que abarcó desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, hasta la reunificación alemana y la disolución del bloque soviético, en 1990 y 1991. Fue precisamente la construcción del Muro de Berlín, en 1961, lo que instaló la guerra fría en una hostilidad mutua que iba a prolongarse durante tres décadas más y que nos impuso unos hábitos, unos procedimientos y unas sospechas que sólo se desvanecieron con la caída del Muro, el 9 de noviembre de 1989.

Además, esa primera crisis tuvo una intensidad especial. En palabras de William Kaufman, uno de los responsables de estrategia de la administración Kennedy que trabajó para el Pentágono tanto durante el episodio berlinés como durante el episodio de Cuba, «lo de [Berlín fue el peor momento de la guerra fría](#). Aunque estuve profundamente involucrado en la Crisis de los Misiles en Cuba, creo que el enfrentamiento en Berlín, donde los tanques rusos y estadounidenses se encontraron literalmente cara a cara, apuntándose con los cañones, fue una situación mucho más peligrosa. En la Crisis de los Misiles en Cuba, a mitad de semana contábamos ya con indicios muy claros de que los rusos no tenían intención de llevarnos realmente hasta el límite...

«Ésa no fue, en cambio, la sensación que tuvimos en Berlín».

La contribución de Fred Kempe a la comprensión de ese momento crucial se basa en la combinación de la técnica narrativa periodística consistente en colocar al lector en el centro de la acción, las habilidades analíticas del

investigador político y el rigor propio de un historiador con el que analiza documentos estadounidenses, soviéticos y alemanes desclasificados. Todo ello le permite ofrecernos un punto de vista único de las circunstancias y las personas que, de un modo u otro, contribuyeron a la construcción del Muro de Berlín, esa barrera icónica que se convirtió en un símbolo de todas las divisiones de la guerra fría.

La historia, por desgracia, nunca revela sus alternativas. Sin embargo, la importante obra de Kempe invita al lector a reflexionar sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la Crisis de Berlín y a plantearse preguntas de gran calado sobre el liderazgo presidencial en EEUU.

¿Habría terminado antes la guerra fría si el presidente John F. Kennedy hubiera gestionado su relación con Nikita Jrushchov de forma distinta? Durante las primeras horas de la administración Kennedy, Jrushchov liberó a varios aviadores estadounidenses presos, mandó publicar el discurso de toma de posesión de Kennedy sin censura en los periódicos soviéticos y redujo las interferencias estatales sobre las frecuencias de Radio Free Europe y Radio Liberty. ¿Habría podido Kennedy explorar mejor qué posibilidades se ocultaban tras los gestos conciliadores de Jrushchov? Si Kennedy hubiera tratado de otra forma a Jrushchov durante la Cumbre de Viena de 1961, ¿es posible que el líder soviético hubiera rechazado la idea de cerrar las fronteras de Berlín dos meses más tarde?

¿O acaso debemos considerar, como han sugerido algunos, que la aquiescencia de Kennedy en la construcción del Muro por parte de los comunistas en agosto de 1961 fue la menos mala de las alternativas en un mundo plagado de peligros? En una frase que se hizo famosa, Kennedy dijo que prefería un muro a una guerra y tenía motivos para creer que aquélla era ni más ni menos la disyuntiva a la que se enfrentaba.

No se trata de asuntos menores.

Otra de las cuestiones que plantea la absorbente narración de Kempe es si el paso del tiempo nos permitirá analizar la guerra fría con una mayor riqueza de matices. La guerra fría no fue sólo un pulso con la Unión Soviética por la dominación mundial; fue también un conflicto alimentado por una serie de interpretaciones erróneas sobre las intenciones del otro, que no hacían más

que reforzar la postura propia. *Berlín 1961* expone los problemas de comunicación y los malentendidos entre Estados Unidos y la Unión Soviética de tal forma que no podemos evitar preguntarnos si no habríamos podido conseguir un resultado mejor de haber comprendido mejor las razones internas, económicas y políticas que motivaron la actitud de nuestro adversario.

Todo eso son especulaciones y conjeturas que nadie puede responder con certeza. Sin embargo, plantearlas en el contexto de *Berlín 1961* es tan fundamental para abordar el futuro como para comprender el pasado. Las siguientes páginas contienen claves y advertencias que resultan particularmente oportunas durante el primer mandato de otro comandante en jefe joven y relativamente inexperto, el presidente Barack Obama; lo mismo que Kennedy, Obama llegó a la Casa Blanca con una agenda que, en lo tocante a la política exterior, pasaba por tratar de forma más hábil con nuestros adversarios para comprender lo que se oculta tras unos conflictos aparentemente inextricables y, así, estar en situación de resolverlos mejor.

Personalmente, estoy familiarizado con algunos de esos retos desde la época en que tuve que lidiar con el líder soviético Mijaíl Gorbachov desde mi posición como asesor de seguridad nacional de la Casa Blanca, durante el mandato del presidente George. H. W. Bush.

Los dos presidentes que trataron con Gorbachov, Bush y Ronald Reagan, eran dos hombres muy distintos. Y, sin embargo, ambos eran conscientes de que, si querían poner fin a la guerra fría, no había nada tan importante como la forma en que trataban a su homólogo soviético.

A pesar de calificar la Unión Soviética como el «Imperio del Mal», el presidente Reagan participó en cinco cumbres con Gorbachov y dio su visto bueno a innumerables acuerdos concretos que permitieron restablecer la confianza entre ambos países. Cuando en 1989 cayó el Muro de Berlín y decidimos centrar nuestros esfuerzos en propiciar la reunificación alemana, el presidente Bush resistió a todas las tentaciones de sacar pecho o regodearse con la situación y se dedicó a lanzar una y otra vez el mensaje de que ambas partes salían ganando con el fin de la guerra fría. Sin embargo, y al tiempo que hacía un esfuerzo de moderación en todas sus declaraciones públicas, intentó

no proporcionar a los enemigos de Gorbachov en el Politburó ninguna excusa que les permitiera revertir sus políticas o apartarlo del cargo.

No podemos sino especular sobre si un Kennedy más duro o más conciliador habría podido alterar el curso de la historia en el Berlín de 1961. Sin embargo, es indiscutible que los acontecimientos de ese año llevaron la guerra fría a temperaturas glaciales justo en el momento en que la ruptura de Jrushchov con el estalinismo podría haber brindado la primera posibilidad de un deshielo.

Berlín 1961 nos guía a través de esos acontecimientos de una forma completamente nueva, explorando la naturaleza de los dos principales países en conflicto, Estados Unidos y la Unión Soviética, sus respectivas situaciones en lo tocante a política interior y el papel que desempeñó la personalidad de sus líderes, y a continuación entrelaza una serie de historias igualmente relevantes sobre cómo esos factores afectaron a la Alemania Federal y la Alemania del Este.

Se trata de un libro sumamente interesante, fruto de una gran labor de investigación, que incita a la reflexión y logra capturar todo el dramatismo del Berlín de la época, y que desafía muchas de las concepciones comúnmente aceptadas sobre uno de los años más decisivos de la guerra fría.

INTRODUCCIÓN

El lugar más peligroso del mundo

Quien tenga Berlín tendrá Alemania, y quien controle Alemania controlará Europa.

VLADIMIR LENIN, citando a Karl Marx

Berlín es el lugar más peligroso del mundo. La URSS quiere llevar a cabo una operación en este punto flaco para extirpar esta espina, esta úlcera.

El primer ministro NIKITA KRUSHCHEV dirigiéndose al presidente John F. Kennedy durante la Cumbre de Viena, en junio de 1961

CHECKPOINT CHARLIE, BERLÍN

21.00, VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1961

No había habido un momento más peligroso en toda la guerra fría.

Desafiando la húmeda noche, numerosos berlineses se reunieron en las calles que desembocaban en Checkpoint Charlie. A la mañana siguiente, los periódicos hablarían de unas quinientas personas, una multitud considerable teniendo en cuenta que podrían haber sido testigos de los primeros disparos de una guerra termonuclear. Tras una escalada de la tensión que se había prolongado durante seis días, los tanques americanos M48 Patton y los tanques soviéticos T-72 se encontraron cara a cara; eran diez por bando, con unas dos docenas más que aguardaban en la reserva, cerca de allí.

Armada apenas con paraguas y chaquetas con capucha para protegerse de la llovizna, la multitud fue ocupando los mejores puntos estratégicos de la

Friedrichstrasse, la Mauerstrasse y la Zimmerstrasse, las tres calles que confluían en el principal paso fronterizo para peatones y vehículos civiles y militares aliados entre el Berlín Este y el Berlín Oeste. Algunos se apostaron en los tejados; otros, entre ellos un gran número de fotógrafos y reporteros, se asomaban por las ventanas de los edificios bajos colindantes, en cuyas fachadas era aún visible el rastro de los bombardeos de la guerra.

Informando desde el escenario de los hechos con todo el dramatismo de su imponente voz de barítono, el periodista de la NBC Daniel Schorr dijo a sus radioyentes: «La guerra fría ha adquirido una nueva dimensión esta noche, cuando combatientes americanos y rusos se han encarado por primera vez en la historia. Hasta hoy, el conflicto Este-Oeste se había desarrollado a través de terceros, como Alemania y otros países. Pero esta noche los dos superpoderes se han enfrentado cara a cara, cuando un grupo de tanques rusos y otro de tanques estadounidenses Patton situados a menos de cien metros unos de otros se han encañonado mutuamente...».

La situación era tan tensa que cuando un helicóptero americano realizó un vuelo rasante para hacer un reconocimiento del campo de batalla, un policía de la Alemania del Este, presa del pánico, gritó «¡cuerpo a tierra!» y la multitud obediente se tendió boca abajo en el suelo. «**Es una escena extraña, casi increíble**», afirmó Schorr. «Los soldados estadounidenses están junto a sus tanques, comiendo de una cocina de campaña, mientras los habitantes del Berlín Oeste contemplan boquiabiertos los hechos desde detrás de la zona acordonada y compran *bretzels*, la escena iluminada por unos focos instalados en el lado Este, mientras los tanques soviéticos permanecen casi invisibles entre las penumbras.»

Entre la multitud circulaban rumores de que se preparaba una guerra en Berlín. *Es geht los um drei Uhr.* («Va a empezar a las tres de la madrugada.») Una emisora de radio del Berlín Oeste informó de que el general retirado Lucius Clay, el nuevo representante especial del presidente Kennedy en Berlín, se dirigía con actitud fanfarrona, al estilo de Hollywood, hacia la frontera para ordenar personalmente los primeros disparos. Se propagó también otro rumor según el cual el comandante de la policía militar estadounidense en Checkpoint Charlie había golpeado a su homólogo de la

Alemania del Este, y que ambos bandos ardían en deseos de enfrentarse a tiros. Se decía también que varias compañías soviéticas al completo se dirigían ya hacia Berlín para poner fin de una vez por todas a la libertad de la ciudad. Los berlineses, de por sí, tenían tendencia a los cotilleos incluso en el peor de los momentos. La mayoría de los presentes habían vivido una Guerra Mundial (si no dos), por lo que no les costaba nada imaginar que cualquier cosa era posible.

Clay, que había comandado el puente aéreo que en 1948 había rescatado el Berlín Oeste de un sitio soviético de trescientos días, había desencadenado el actual conflicto hacía una semana por un asunto que la mayoría de sus superiores en Washington no consideraban lo bastante importante como para provocar un enfrentamiento abierto. Vulnerando los acuerdos entre las cuatro potencias que controlaban la ciudad, la policía fronteriza de la Alemania del Este había empezado a pedir la documentación a los civiles aliados que deseaban acceder a la zona soviética de Berlín, cuando, hasta entonces, había bastado con que sus vehículos lucieran la matrícula correspondiente.

Convencido por propia experiencia de que los soviéticos se dedicarían a comerse poco a poco los derechos de los ciudadanos del Oeste como si de salami se tratara a menos que les pararan los pies incluso en los asuntos más triviales, Clay se había negado a ceder y había ordenado que escoltas armados velaran por la libre circulación de los vehículos civiles a través de los pasos fronterizos. Soldados armados con fusiles con bayoneta y respaldados por tanques americanos habían flanqueado los vehículos mientras estos sorteaban los obstáculos de hormigón de los puntos de control, pintados a rayas blancas y rojas.

En un primer momento, la reacción frontal de Clay dio el resultado esperado y los guardias de frontera de la Alemania del Este se echaron atrás. Sin embargo, Jrushchov ordenó inmediatamente que sus tropas igualaran la potencia de fuego estadounidense tanque a tanque y que se prepararan para una escalada de hostilidades si era necesario. En un curioso intento (que finalmente se reveló como infructuoso) para poder negar los hechos si era necesario, Jrushchov ordenó que se cubrieran los emblemas nacionales de los tanques soviéticos y que sus pilotos vistieran uniformes negros sin insignias.

Cuando los tanques rusos se dirigieron hacia Checkpoint Charlie esa tarde para detener la operación de Clay, transformaron una disputa fronteriza de baja intensidad con la Alemania del Este en una guerra de nervios entre los dos países más poderosos del mundo. Los comandantes estadounidense y soviético, apostados en sus respectivos centros de operaciones de emergencias, situados en extremos opuestos de Berlín, sopesaban su siguiente movimiento mientras esperaban ansiosos las órdenes del presidente John F. Kennedy y del primer ministro Nikita Jrushchov.

Mientras los líderes deliberaban, en Washington y en Moscú, la tripulación de los tanques americanos, bajo las órdenes del comandante Thomas Tyree, evaluó nerviosamente las fuerzas de sus oponentes a través de la línea divisoria entre el Este y el Oeste más famosa del mundo. En una dramática operación nocturna, el 13 de agosto de 1961, apenas dos meses y medio antes, tropas y policías de la Alemania del Este, con apoyo soviético, habían desplegado los primeros tramos de alambrada de púas alrededor de los 170 kilómetros de circunferencia del Berlín Oeste, en un intento por contener el éxodo de refugiados que amenazaba la existencia del estado comunista a largo plazo.

Desde entonces, los comunistas habían reforzado la línea fronteriza con bloques de cemento, mortero, trampas antitanque, torres de vigilancia y perros de presa. El corresponsal de la Mutual Broadcasting Network en Berlín, Norman Gelb, describió lo que el mundo empezaba a conocer con el nombre de «el Muro de Berlín» como «el plan de reurbanización más extraordinario e impertinente de todos los tiempos... que serpentea por la ciudad como el telón de fondo de una pesadilla». Periodistas, fotógrafos, líderes políticos, espías, generales y turistas acudieron a Berlín para ver con sus propios ojos cómo lo que Winston Churchill había definido como el «telón de acero» adquiría entidad física.

Si en algo coincidieron todos fue en que la demostración de fuerza de los tanques ante Checkpoint Charlie no era un ejercicio militar. Aquella mañana, Tyree se aseguró de que sus hombres cargaban los tanques con munición auténtica y de que llevaban las metralletas a media carga. Además, los hombres de Tyree habían montado palas excavadoras en sus tanques. Durante

unos ejercicios de entrenamiento para aquel momento concreto, Tyree había preparado a sus hombres para que penetraran en el Berlín Este pacíficamente a través de Checkpoint Charlie (algo que los acuerdos firmados entre las cuatro potencias permitían), para acto seguido derruir el Muro de Berlín a medio construir durante el trayecto de vuelta y retar así a los comunistas a responder.

Para calentarse y para calmar sus nervios, los conductores de los tanques americanos dieron gas a fondo con los motores en punto muerto, generando así un estruendo aterrador. Sin embargo, el pequeño contingente aliado de 12.000 soldados, de los que tan sólo 6.500 eran americanos, no tendrían ninguna posibilidad de victoria en un enfrentamiento convencional contra los aproximadamente 350.000 soldados soviéticos que había apostados en las inmediaciones de Berlín. Los hombres de Tyree sabían que estaban a un paso de una guerra global, que podía transformarse fácilmente en guerra nuclear en menos tiempo del que se tarda en decir *auf Wiedersehen*.

El corresponsal de la agencia Reuters Adam Kellett-Long, que acudió precipitadamente a Checkpoint Charlie para ofrecer una primera crónica del conflicto, se alarmó al fijarse en el ansioso soldado afro-americano que estaba a cargo de la metralleta que había montada encima de uno de los tanques estadounidenses. «Como a este chico le tiemble un poco más el pulso, se le va a disparar el arma y desencadenará la Tercera Guerra Mundial», se dijo Kellett-Long.

Alrededor de la medianoche en Berlín (o sobre las 18.00 en Washington), los asesores de seguridad de Kennedy celebraban una reunión de urgencia en la Sala del Gabinete de la Casa Blanca. El presidente estaba cada vez más nervioso y temía que la situación pudiera escapárseles de las manos. Esa misma semana, los responsables de estrategia militar de su gobierno habían terminado de elaborar un detallado plan de contingencia que, en caso necesario, preveía un primer ataque nuclear contra la Unión Soviética que habría dejado a su adversario devastado e incapaz de responder militarmente. El presidente aún no había aprobado el plan y había acribillado a sus expertos con preguntas escépticas. Sin embargo, aquel escenario catastrófico ensombrecía el humor del presidente cuando se sentó a la mesa de reuniones junto al asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy, el secretario de

estado Dean Rusk, el secretario de defensa Robert McNamara, el jefe del Mando Conjunto del Estado Mayor, el general Lyman Lemnitzer, y otros funcionarios de alto rango de su gobierno.

Desde la reunión, y a través de una línea segura, llamaron al general Clay a su sala de mapas en el Berlín Oeste. A Clay le habían dicho que Bundy estaba al teléfono y que deseaba hablar con él, por lo que se sorprendió al oír la voz del mismísimo Kennedy.

«Hola, señor presidente», dijo Clay en voz alta, lo que acalló de golpe el zumbido que hasta entonces se oía tras él, en el centro de mando.

«¿Cómo va todo por ahí?», preguntó Kennedy en una voz que pretendía pasar por tranquila y relajada.

Clay le dijo que estaba todo bajo control. «Tenemos diez tanques en Checkpoint Charlie», explicó. «Los rusos también tienen diez tanques, o sea que estamos empatados.»

Entonces un asesor le pasó una nota.

«Señor presidente, debo modificar esas cantidades. Me acaban de comunicar que los rusos tienen veinte tanques más de camino, lo que iguala el número exacto de tanques de los que disponemos en Berlín. Así pues, mandaremos los veinte tanques que nos quedan. No se preocupe, señor presidente. Han igualado nuestros dispositivos tanque a tanque, eso es otra demostración de que no tienen intención de hacer nada», dijo.

El presidente hizo sus cálculos. Si los soviéticos mandaban aún más efectivos, Clay no dispondría de fuerzas convencionales para responder. Kennedy examinó los rostros de preocupación de los presentes en la sala. Entonces puso los pies encima de la mesa, intentando mandar un mensaje de serenidad a aquellos hombres que temían que el asunto pudiera estar saliéndose de madre.

«De acuerdo, no pasa nada», le dijo el presidente a Clay. «No pierdan los nervios.»

«Señor presidente», respondió Clay con su franqueza habitual, «no son nuestros nervios lo que nos preocupa, sino los suyos, ahí en Washington.»

Ha pasado ya medio siglo desde la construcción del Muro de Berlín, a mitad del primer año de la administración Kennedy, pero es justamente ahora cuando empezamos a disponer de la perspectiva suficiente y del acceso a narraciones personales, historias orales y documentos recientemente desclasificados en Estados Unidos, Alemania y Rusia que nos permiten contar la historia de las potencias que determinaron los acontecimientos históricos de 1961. Como la mayoría de dramas épicos, ésta es una historia que gana mucho si se cuenta a través del tiempo (siguiendo el calendario de aquel año), el espacio (Berlín y las capitales mundiales que sellaron su destino) y las personas concretas que participaron en ella.

Además, muy pocas relaciones entre los dos principales líderes de cualquier época de la historia han contado con un componente psicológico tan profundo y con dos protagonistas con personalidades tan distintas y ambiciones tan encontradas como John F. Kennedy y Nikita Jrushchov.

Kennedy accedió al primer plano de la política mundial en enero de 1961, tras ganar las elecciones estadounidenses más disputadas desde 1916 como líder de una plataforma que pretendía «poner Estados Unidos en marcha de nuevo», tras dos mandatos del republicano Dwight D. Eisenhower, al que Kennedy acusaba de haber permitido a los comunistas soviéticos cobrar una peligrosa ventaja tanto económica como militar. Era el presidente más joven de la historia de Estados Unidos, un americano de cuarenta y tres años que había llevado una vida de privilegios, criado por un padre multimillonario con una ambición infinita, cuyo hijo preferido, Joseph Jr., había muerto en la guerra. A pesar de ser un hombre atractivo y carismático, y un orador brillante, el nuevo presidente sufría diversas dolencias, desde una insuficiencia suprarrenal debida a la enfermedad de Addison hasta unos atroces dolores de espalda agravados por una herida de guerra. A pesar de la confianza que desprendía, lo asaltarían las dudas sobre cuál era la mejor forma de enfrentarse a la Unión Soviética. Aunque estaba decidido a ser un gran presidente, del calibre de Abraham Lincoln o Franklin Delano Roosevelt, sabía que éstos habían logrado su lugar en la historia gracias a las guerras, pero Kennedy era consciente de que, en la década de 1960, una guerra equivalía a la devastación nuclear del planeta.

El primer año de mandato de cualquier presidente americano suele ser una época peligrosa, incluso en el caso de que el inquilino de la Casa Blanca sea alguien más experimentado que Kennedy, ya que durante ese tiempo las responsabilidades sobre un mundo plagado de peligros deben pasar de una administración a la siguiente. Durante los primeros cinco meses en el cargo, Kennedy sufriría varias heridas autoinfligidas, desde su mala gestión de la invasión de Bahía Cochinos hasta la Cumbre de Viena, donde Jrushchov se mostró mucho más hábil que él y lo derrotó claramente. Sin embargo, en ningún lugar había tanto en juego como en Berlín, el escenario más visible del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por temperamento y educación, Jrushchov y Kennedy eran dos personajes contrapuestos. El presidente ruso, de sesenta y siete años, nieto de criado e hijo de minero, era impulsivo donde Kennedy era indeciso, y grandilocuente donde Kennedy era mesurado. Sus estados de humor oscilaban entre la profunda inseguridad de alguien que había sido analfabeto hasta los veinte años y la confianza desmedida de quien había accedido al poder cuando parecía imposible, mientras sus rivales arrojaban la toalla, sucumbían a purgas o eran asesinados. Cómplice en los crímenes de su mentor, Yosif Stalin, antes de renunciar al estalinismo tras la muerte de éste, en 1961 Jrushchov vacilaba entre su instinto de introducir reformas y mejorar las relaciones con Occidente y su tendencia al autoritarismo y la confrontación. Estaba convencido de que la mejor forma de favorecer los intereses soviéticos era fomentar una coexistencia pacífica y competitiva con Occidente, pero al mismo tiempo estaba sometido a presiones para que incrementara la tensión con Washington y que empleara todos los medios necesarios para detener la sangría de refugiados que amenazaba con provocar la implosión de la Alemania del Este.

[Entre la creación del estado de la Alemania del Este](#), en 1949, y el año 1961, uno de cada seis de sus habitantes (2,8 millones de personas en total) habían buscado asilo en Occidente. El total de refugiados ascendía a cuatro millones de personas si se contaba también a las que habían huido de las zonas ocupadas por la Unión Soviética entre 1945 y 1949. El éxodo estaba propiciando la fuga de las personas más talentosas y motivadas del país.

Además, a principios de 1961 Jrushchov debía trabajar a contrarreloj: en octubre iba a celebrarse un crucial Congreso del Partido Comunista y tenía motivos para temer que sus enemigos pudieran derrocarlo si para aquel entonces no había logrado aún resolver el problema de Berlín. Cuando durante la Cumbre de Viena Jrushchov le dijo a Kennedy que Berlín era «el lugar más peligroso del mundo», lo que quería decir en realidad era que Berlín era el escenario con más probabilidades de desencadenar un conflicto nuclear entre las dos superpotencias. Además, Jrushchov sabía que, si fracasaba en Berlín, sus enemigos en Moscú lo destruirían.

En Alemania, la lucha entre las dos principales figuras que daban su apoyo a Jrushchov y a Kennedy era también un conflicto intenso y asimétrico entre el líder de la Alemania del Este, Walter Ulbricht, y su país menguante de diecisiete millones de habitantes, y el canciller de la Alemania Federal, Konrad Adenauer, y su creciente potencia económica de sesenta millones de habitantes.

Para Ulbricht, aquel año iba a tener una importancia existencial aún mayor que para Kennedy o Jrushchov. La llamada República Democrática Alemana, tal como se conocía oficialmente a la Alemania del Este, era la obra de su vida, pero a sus sesenta y siete años sabía que, si no se aplicaban medidas drásticas, ésta se enfrentaba a un derrumbe económico y político irremediamente. Y cuanto mayor era ese peligro, más intensamente conspiraba Ulbricht para evitarlo. La influencia de Ulbricht en Moscú crecía más o menos al mismo ritmo que lo hacía la inestabilidad de su país debido a los temores del Kremlin de que el fracaso de la Alemania del Este pudiera tener repercusiones fatales en todo el imperio soviético.

Al otro lado de la frontera alemana, el primer y único canciller de la República Federal Alemana, Konrad Adenauer, de cincuenta y ocho años, encaraba su tercer mandato enzarzado simultáneamente en una batalla contra su propia mortalidad y contra su adversario político, Willy Brandt, que era el alcalde del Berlín Oeste. El Partido Socialdemócrata de Brandt representaba para Adenauer el peligro inaceptable de que la izquierda pudiera hacerse con el poder en las elecciones de septiembre. Sin embargo, Adenauer consideraba a Kennedy como la principal amenaza a su legado: una Alemania del Oeste

libre y democrática.

En 1961, el puesto de Adenauer en la historia parecía asegurado gracias a la forma en que la Alemania Federal había logrado levantarse como un ave fénix de entre las cenizas del Tercer Reich. Sin embargo, Kennedy consideraba que el momento de Adenauer había pasado y también que sus predecesores estadounidenses en el cargo habían confiado en exceso en él, a expensas de una relación más próxima con Moscú. Adenauer, por su parte, temía que Kennedy no fuera a tener el carácter y la determinación necesarias para plantar cara a la Unión Soviética durante el que estaba convencido que iba a ser un año decisivo.

La historia de *Berlín 1961* consta de tres partes.

La primera parte, «Los protagonistas», presenta a las cuatro figuras clave: Jrushchov, Kennedy, Ulbricht y Adenauer, cuyo tejido conector a lo largo del año es Berlín y el papel central de la ciudad en sus ambiciones y temores. Los primeros capítulos tratan de sus motivaciones enfrentadas y de los hechos que prepararon el terreno para la posterior evolución de los acontecimientos. En su primera mañana en el Dormitorio Lincoln, Kennedy se despierta con la noticia de la decisión unilateral de Jrushchov de liberar a los aviadores capturados de un avión espía estadounidense, pero a partir de ese momento el argumento se va complicando por las maniobras y la falta de comunicación entre los dos líderes. Mientras tanto, Ulbricht conspira entre bastidores para obligar a Jrushchov a tomar medidas drásticas en Berlín y Adenauer intenta gestionar su relación con un nuevo presidente estadounidense del que recela.

En la segunda parte, «Se avecina una tormenta», Kennedy se tambalea tras el intento estadounidense fallido de derrocar a Fidel Castro en Bahía Cochinos y ve una oportunidad de recuperar el prestigio de su maltrecha política exterior a través de la proliferación armamentística y de una cumbre al más alto nivel con Jrushchov. El éxodo cada vez mayor de refugiados de la Alemania del Este agudiza la crisis de Ulbricht, que intensifica sus intrigas para cerrar las fronteras de Berlín. El volátil Jrushchov cambia de estrategia y pasa de cortejar a Kennedy a intentar socavar su figura en la Cumbre de Viena, donde lanza un nuevo y amenazador ultimátum sobre Berlín y finge compasión ante la debilidad manifiesta de su adversario. Kennedy, descorazonado por su

pobre actuación, está cada vez más preocupado por encontrar la forma de asegurarse de que Jrushchov no pone en peligro el mundo con su incapacidad de percibir correctamente la determinación estadounidense.

«La confrontación», la tercera y última parte del libro, documenta y describe los titubeos de Washington y las decisiones de Moscú que desembocaron, la noche del 13 de agosto, en la contundente operación de cierre de fronteras y sus dramáticas consecuencias. En privado, Kennedy se siente aliviado por la decisión soviética y espera que, una vez resuelto el problema de los refugiados de la Alemania del Este, el trato con sus adversarios le resulte más llevadero. Sin embargo, pronto descubre que ha sobrestimado los beneficios potenciales del Muro de Berlín: decenas de berlineses se lanzan en otras tantas tentativas desesperadas de fuga, algunas de ellas con resultados funestos. En el plano internacional, la crisis se intensifica mientras Washington sigue debatiendo la mejor forma de librar y ganar una guerra nuclear, Moscú recoloca sus tanques y el mundo contiene el aliento; la situación se repetirá un año más tarde, cuando la onda expansiva de Berlín 1961 desencadene la Crisis de los Misiles en Cuba.

A lo largo de la narración se incluyen varios episodios sobre los berlineses, que se ven arrastrados por su participación involuntaria en uno de los momentos decisivos de la historia de la guerra fría: la superviviente de múltiples violaciones por parte de los soldados soviéticos que intenta contar su historia a un pueblo que sólo quiere olvidar; el granjero que termina en la cárcel por su oposición a la colectivización de las tierras; la ingeniera que logra fugarse a Occidente y acaba ganando el concurso de Miss Universo; el soldado de la Alemania del Este que, en su huida hacia la libertad saltando por encima de bobinas de alambres de púas, libera su arma en pleno salto y se convierte en la imagen icónica de la liberación, y el sastre al que asesinan mientras intenta ganar la libertad a nado, la primera víctima de las órdenes que reciben los soldados de la Alemania del Este de disparar a matar contra todo aquél que intente fugarse.

A principios de 1961 era tan impensable que un sistema político pudiera erigir un muro para impedir la huida de sus ciudadanos como lo era veintiocho años más tarde que ese mismo muro pudiera derrumbarse pacíficamente,

aparentemente de la noche a la mañana.

Sólo regresar al año que vio el surgimiento del Muro de Berlín y analizar las potencias y los personajes que rodearon aquel momento histórico nos permitirá comprender lo que sucedió e intentar responder a una serie de grandes interrogantes históricos aún por resolver.

¿Debe la historia concluir que la construcción del Muro de Berlín fue un resultado positivo del liderazgo imperturbable de Kennedy (un medio efectivo para evitar una guerra) o, por el contrario, debe considerarlo el infeliz resultado de su falta de firmeza? ¿Fue una sorpresa para Kennedy el cierre de la frontera berlinesa, o en realidad ya había previsto e incluso deseado ese resultado, que consideraba que aliviaría las tensiones que podían desembocar en un conflicto nuclear? Las motivaciones de Kennedy, ¿perseguían la paz y se inspiraban en ella, u obedecían a una visión cínica y corta de miras en un momento en el que otra actitud habría podido ahorrar a decenas de millones de europeos del Este otra generación de ocupación y opresión soviética?

¿Era Jrushchov un verdadero reformador, cuyos intentos de aproximación a Kennedy tras su elección obedecían a una verdadera voluntad (que Estados Unidos no supo reconocer) de reducir las tensiones? ¿O era por el contrario un líder errático con el que Estados Unidos jamás habría podido entenderse? ¿Habría renunciado Jrushchov a su plan de construir el Muro de Berlín si hubiera creído que Kennedy iba a oponerse? ¿O acaso el peligro de implosión de la Alemania del Este era tan grande que éste se hubiera arriesgado incluso a una guerra para poner fin al flujo de refugiados?

Las páginas que siguen son un intento de arrojar nueva luz (basada en nuevos documentos y nuevas versiones de los hechos) sobre uno de los años más dramáticos de la segunda mitad del siglo XX y, al mismo tiempo, de aplicar las lecciones que puedan extraerse de los turbulentos primeros años del siglo XXI.

Primera parte

LOS PROTAGONISTAS

Jrushchov: Un comunista en apuros

Tenemos treinta cabezas nucleares reservadas para Francia, más que suficientes para destruir el país entero. Nos reservamos cincuenta para la Alemania Federal y cincuenta más para Gran Bretaña.

El primer ministro JRUSHCHOV en una conversación con el embajador de EEUU, Llewlyn E. Thompson Jr.,
1 de enero de 1960

Por muy bueno que fuera el año pasado, el nuevo año será aún mejor... Creo que nadie me va a reprochar que diga que damos una gran importancia a la mejora de nuestra relación con EEUU... Esperamos que el nuevo presidente estadounidense sea como una corriente que aporte nuevos aires al ambiente viciado entre EEUU y la URSS.

Un año más tarde; brindis de Año Nuevo de JRUSHCHOV,
1 de enero de 1961

EL KREMLIN, MOSCÚ

NOCHEVIEJA, 31 DE DICIEMBRE DE 1960

Faltaban pocos minutos para la medianoche. El año 1960 estaba a punto de terminar y Nikita Jrushchov tenía motivos para sentirse aliviado. No obstante, tenía aún más motivos para preocuparse por el año que lo esperaba, como pudo constatar al echar un vistazo a sus mil invitados, reunidos bajo el techo abovedado de la Sala de San Jorge del Kremlin. Mientras en el exterior la

ventisca dejaba una gruesa capa de nieve sobre la Plaza Roja y el mausoleo donde descansaban los restos de sus dos predecesores embalsamados, Lenin y Stalin, Jrushchov tomó conciencia de que la posición de la Unión Soviética en el mundo, su lugar en la historia y (más concretamente) su propia supervivencia política podían depender de la forma en que gestionara la tormenta de desafíos que se le avecinaba.

Dentro del país, Jrushchov debía hacer frente a su segunda cosecha fallida consecutiva. Tan sólo dos años antes, y acompañado de una considerable fanfarria, había anunciado un plan de choque que debía llevar la URSS a superar el nivel de vida de los EEUU en 1970, pero de momento ni siquiera era capaz de cubrir las necesidades básicas de sus ciudadanos. Durante un viaje por todo el país había constatado la escasez casi omnipresente de viviendas, mantequilla, carne, leche y huevos. Sus asesores le advertían de que crecía el riesgo de una revuelta obrera similar al levantamiento en Hungría que había tenido que aplastar con tanques soviéticos en 1956.

En el exterior, su política de coexistencia pacífica con Occidente (una controvertida fractura con la idea de confrontación inevitable de Stalin) se había visto obligada a realizar un aterrizaje de emergencia el mayo anterior, cuando un misil ruso había derribado un avión espía americano Lockheed U-2. Unos días más tarde, Jrushchov provocó el fracaso de la Cumbre de París con el presidente Dwight D. Eisenhower y sus aliados de guerra al no conseguir arrancar de EEUU una disculpa pública por aquella intrusión en el espacio aéreo soviético. Exhibiendo aquel incidente como una demostración de la falta de liderazgo de Jrushchov, los vestigios estalinistas dentro del Partido Comunista Soviético y los seguidores de Mao Zedong en China empezaron a afilar sus cuchillos contra el líder soviético y a prepararse para el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Jrushchov, que tan hábilmente había utilizado dichos congresos en el pasado para purgar a sus adversarios, decidió que en 1961 iba a centrar todos sus esfuerzos en intentar evitar una catástrofe durante el congreso.

Con ese trasfondo, nada amenazaba tanto la posición de Jrushchov como el deterioro de la situación en el Berlín dividido. Sus críticos le reprochaban que permitiera que la herida más peligrosa del mundo comunista se infectara. La

hemorragia de refugiados que abandonaban el Berlín Este y se fugaban a Occidente crecía a un ritmo alarmante; además, se trataba de una fuga de los cerebros más motivados y capaces del país: industriales, intelectuales, granjeros, doctores y profesores. [A Jrushchov le gustaba decir](#) que Berlín era como los testículos de Occidente, un punto débil que podía estrujar cuando quisiera para obligar a EEUU a dar un respingo. Sin embargo, era mucho más preciso decir que Berlín se había convertido en el talón de Aquiles del bloque soviético, el punto en el que el comunismo aparecía más vulnerable.

Pero Jrushchov no dejó entrever ninguna de sus preocupaciones mientras iba saludando a una multitud que incluía a cosmonautas, bailarinas, artistas, *apparatchiks* y embajadores, bañados por la luz de los seis enormes candelabros de bronce y las 3.000 bombillas eléctricas de la sala. Para todos ellos, recibir una invitación del líder de la Unión Soviética era una confirmación de su propio estatus. Sin embargo, la muchedumbre estaba aún más expectante de lo habitual, pues faltaban menos de tres semanas para la toma de posesión de John F. Kennedy. Los presentes sabían que el tradicional brindis de Año Nuevo del líder soviético iba a marcar el tono de las futuras relaciones entre EEUU y la URSS.

El reloj Kuranti de la torre Spasskaya, del siglo XVI, que presidía la Plaza Roja, se iba aproximando a la medianoche, momento en que su sonoro carillón iba a anunciar el nuevo año, mientras Jrushchov se dedicaba a calentar el ambiente dentro de la Sala de San Jorge, estrechando la mano de algunos de los invitados y abrazando a otros, a punto de estallar dentro de su traje gris. Exhibía la misma energía que lo había llevado hasta el poder, partiendo de sus orígenes campesinos en el pueblo ruso de Kalinovka, cerca de la frontera con Ucrania, pasando por la Revolución, la guerra civil, las purgas paranoicas de Stalin, la Guerra Mundial y la batalla por el liderazgo que había estallado tras la muerte de Stalin. La toma del poder por parte de los comunistas había ofrecido nuevas oportunidades a muchos rusos de cuna humilde, aunque ninguno de ellos había demostrado la capacidad de supervivencia ni había llegado tan alto como Nikita Sergéyevich Jrushchov.

[La creciente capacidad de Jrushchov](#) para lanzar misiles con cabezas nucleares contra Occidente había llevado a numerosos organismos de

información estadounidenses a invertir grandes esfuerzos en intentar trazar el perfil psicológico del líder soviético. En 1960, la CIA había reclutado a varios expertos (internistas, psiquiatras y psicólogos) para que estudiaran al líder soviético a través de grabaciones de video, documentos secretos y textos escritos por el propio Jrushchov. El grupo llegó incluso a estudiar fotografías ampliadas de las arterias de Jrushchov para intentar confirmar o desmentir los rumores sobre el endurecimiento de las mismas y la alta presión arterial del líder soviético. En un informe altamente confidencial (que más tarde llegaría a manos del presidente Kennedy), dichos expertos concluyeron que a pesar de sus cambios de humor, sus depresiones y su tendencia a emborracharse (que, eso sí, aseguraban que últimamente había logrado controlar en gran medida), Jrushchov mostraba la actitud sistemática de lo que denominaron un «oportunista optimista crónico». Su conclusión era que el líder soviético era más un activista bullicioso que el comunista maquiavélico tallado según el molde de Stalin como muchos lo habían considerado hasta entonces.

Otro perfil de personalidad secreto elaborado por la CIA para el nuevo gobierno entrante señalaba «la riqueza de recursos de Jrushchov, su valentía y su sentido de la teatralidad y el *timing* políticos, todo ello aliñado con un toque de instinto de jugador nato». El informe alertaba al recién elegido Kennedy de que tras las maneras a menudo histriónicas de aquel hombretón achaparrado se escondía «una inteligencia sagaz y una mente ágil, enérgica, ambiciosa e implacable».

Lo que la CIA no decía era que Jrushchov estaba convencido de haber contribuido personalmente y de forma decisiva a la elección de Kennedy, y que ahora esperaba una compensación. Ante sus camaradas, Jrushchov se jactaba de haber emitido un voto decisivo en unas de las elecciones presidenciales más disputadas en EEUU al negarse a satisfacer las demandas republicanas de que liberara a los aviadores estadounidenses capturados (el piloto del U-2 abatido, Francis Gary Powers, y dos miembros de la tripulación de un avión de reconocimiento RB-47 que los soviéticos habían derribado sobre el mar de Barents dos meses más tarde) durante la campaña electoral. Ahora Jrushchov estaba moviendo apresuradamente todas sus piezas para conseguir una reunión con Kennedy cuanto antes mejor, con la esperanza de

resolver sus problemas relativos a Berlín.

Durante la campaña, las instrucciones del líder soviético a sus altos funcionarios habían sido claras: deseaba una victoria de Kennedy y sentía verdadera aversión por Richard Nixon, que como vicepresidente de Eisenhower y anticomunista declarado lo había humillado en Moscú durante el llamado *kitchen debate* sobre las ventajas relativas de sus respectivos sistemas políticos. «¡Podemos ejercer nuestra influencia sobre las elecciones presidenciales estadounidenses!», les dijo a sus camaradas. «Nunca le haríamos un regalo así a Nixon.»

Tras las elecciones, Jrushchov se vanaglorió de que negándose a liberar a los aviadores, había impedido que Nixon recibiera cientos de miles de votos que le habrían proporcionado la victoria. A apenas diez minutos del inicio de la fiesta de Año Nuevo en el Kremlin, los prisioneros estadounidenses languidecían, como un recuerdo de la manipulación electoral de Jrushchov, en la cárcel de la KGB de Lubianka, donde el líder soviético los retenía como peones políticos que pensaba utilizar como moneda de cambio en el futuro.

Mientras la cuenta atrás para su brindis de Año Nuevo continuaba, Jrushchov se daba un baño de masas, más como un político populista que como un dictador comunista. **A pesar de que se conservaba aún vigorosamente joven**, había envejecido de forma prematura, como tantos otros rusos, y desde los veintidós tenía el pelo cano a raíz de una enfermedad grave. Mientras bromeaba con sus camaradas, echaba hacia atrás su cabeza casi calva y se reía a carcajadas de una de sus propias historias, mostrando con toda naturalidad sus dientes cariados, con una mella en el centro y dos premolares de oro. Su pelo canoso corto enmarcaba su cara redonda, de expresión viva, con tres grandes verrugas, una cicatriz bajo la nariz chata, mejillas sonrosadas y surcadas de tanto reír, y unos ojos oscuros y penetrantes. Jrushchov movía las manos y hablaba con frases cortas, entrecortadas, con voz aguda, estruendosa y nasal.

Reconoció muchas caras entre la multitud, al tiempo que preguntaba por los hijos de sus camaradas por sus nombres: «¿Cómo está la pequeña Tatiana? ¿Y el pequeño Iván?».

Teniendo en cuenta sus objetivos durante aquella velada, Jrushchov

constató con decepción la ausencia del estadounidense más importante de Moscú, el embajador Llewellyn «Tommy» Thompson, con quien mantenía una posición razonablemente próxima a pesar del deterioro de las relaciones entre EEUU y la URSS. La mujer de Thompson, Jane, se disculpó ante Jrushchov por la ausencia de su marido, que se había quedado en caso aquejado de úlceras. También era cierto que el embajador estaba aún escarmentado por su encuentro con el líder soviético durante la celebración de Año Nuevo del año anterior, cuando un Jrushchov borracho había estado a punto de declarar la Tercera Guerra Mundial a raíz del conflicto de Berlín.

En aquella ocasión, a las dos de la madrugada, y envuelto por una bruma alcohólica, Jrushchov había acompañado a Thompson, a su esposa, al embajador francés y al líder del Partido Comunista Italiano a una antesala adjunta a la Sala de San Jorge, acabada de construir y curiosamente decorada con una fuente llena de piedras de plástico de colores. Jrushchov le soltó a Thompson que si Occidente no accedía a firmar un pacto sobre Berlín (que debía incluir la retirada de las tropas aliadas), iba a pagar por ello. «Tenemos treinta cabezas nucleares reservadas para Francia, más que suficientes para destruir el país entero», dijo, inclinando la cabeza hacia el embajador francés. Por si eso no bastaba, añadió que se reservaban cincuenta para la Alemania Federal y cincuenta más para Gran Bretaña.

En un forzado intento por recuperar un ambiente más distendido, Jane Thompson le había preguntado a Jrushchov cuántos misiles tenía reservados para los yanquis.

«Eso es un secreto», había respondido Jrushchov con una sonrisa perversa.

En un intento por reconducir la conversación, Thompson había propuesto un brindis por la inminente Cumbre de París con Eisenhower y su potencial a la hora de mejorar las relaciones entre ambos países. Pero lejos de retractarse de sus amenazas, el líder soviético había asegurado que no tenía intención de cumplir su promesa a Eisenhower de no tomar ninguna decisión unilateral que pudiera alterar la situación en Berlín hasta después de la Cumbre de París. Thompson sólo logró poner punto final a aquella reunión marcada por los excesos de vodka a las seis de la madrugada, consciente de que las futuras relaciones entre las dos superpotencias iban a depender en gran medida de lo

que Jrushchov lograra recordar de cuanto había dicho aquella noche.

Esa misma mañana, Thompson mandó un telegrama al presidente Eisenhower y al secretario de estado Christian Herter en el que los advertía de las declaraciones de Jrushchov aunque aseguraba que no debían «tomárselas literalmente» debido al estado de embriaguez del líder soviético. Su opinión era que Jrushchov tan sólo había querido «dejar bien clara la gravedad» de la situación en Berlín.

Un año más tarde, y con Thompson aguardando prudentemente en su casa, la medianoche encontró a un Jrushchov más sobrio y generoso. Tras las doce campanadas que daban la bienvenida al año 1961, y después de que se iluminara el árbol de Año Nuevo de doce metros de alto que se alzaba en el interior de la Sala de San Jorge, Jrushchov levantó la copa y propuso un brindis que los líderes de su partido considerarían como una nueva dirección doctrinal, y que se reproduciría en telegramas diplomáticos de todo el mundo.

«¡Feliz Año Nuevo, camaradas, Feliz Año Nuevo! ¡Por muy bueno que fuera el año pasado, el nuevo año será aún mejor!»

En la sala hubo una explosión de vivas, besos y abrazos.

Siguiendo el ritual, Jrushchov brindó por los trabajadores, los campesinos y los intelectuales, por los ideales marxistas-leninistas, y por la coexistencia pacífica entre las naciones. Entonces, en tono conciliador, dijo: «**Consideramos que el sistema socialista** es superior, pero nunca intentaremos imponerlo a otros estados».

En la sala se hizo el silencio cuando Jrushchov dirigió unas palabras a Kennedy.

«¡Queridos camaradas! ¡Amigos! ¡Caballeros!», dijo Jrushchov. «La Unión Soviética hace todos los esfuerzos posibles por mantener sus lazos de amistad con todas las naciones, pero creo que nadie me va a reprochar que diga que damos una gran importancia a la mejora de nuestra relación con EEUU, pues dicha relación afecta decisivamente a las demás. Queremos creer que EEUU persigue el mismo objetivo y esperamos que el nuevo presidente estadounidense sea como una corriente que aporte nuevos aires al ambiente viciado entre EEUU y la URSS.»

El mismo hombre que un año antes había detallado el número de bombas

atómicas que pensaba lanzar contra Occidente adoptaba de pronto un tono conciliador. «Durante la campaña electoral», dijo Jrushchov a la multitud reunida, «el señor Kennedy declaró que si hubiera sido presidente, habría presentado sus excusas a la URSS» por el envío de aviones espía sobre su territorio. Jrushchov destacó que también él deseaba «dejar atrás ese lamentable episodio y no volver a mencionarlo... Creemos que votando por el señor Kennedy y contra el señor Nixon, el pueblo americano ha dado la espalda a la política de guerra fría y al empeoramiento de las relaciones internacionales».

Jrushchov volvió a levantar la copa, llena de nuevo. «¡Por la coexistencia pacífica entre las naciones!»

¡Salud!

«¡Por la amistad y la coexistencia pacífica entre todos los pueblos!»

Una ovación atronadora. Más abrazos.

Jrushchov había elegido cuidadosamente las palabras que había empleado. El uso repetitivo del término «coexistencia pacífica» era al mismo tiempo una declaración de intenciones hacia Kennedy y un mensaje claro y decidido hacia sus rivales comunistas. Tras reconocer las limitaciones económicas soviéticas y la nueva amenaza nuclear en su famoso discurso secreto durante el XX Congreso del Partido Comunista en 1956, Jrushchov había introducido la nueva idea de que los estados comunistas podían coexistir pacíficamente y competir con los estados capitalistas. Sus adversarios, en cambio, querían recuperar la agresiva idea de revolución mundial de Stalin e intensificar los preparativos para la guerra.

Con la llegada de 1961, el espíritu de Stalin era para Jrushchov un peligro mucho mayor que cualquiera de las amenazas occidentales. Tras su muerte, en 1953, el legado de Stalin a Jrushchov había sido una Unión Soviética disfuncional, con 209 millones de habitantes y decenas de nacionalidades, que ocupaba una sexta parte de la masa continental mundial. [La Segunda Guerra Mundial](#) había reducido en un tercio la riqueza de la URSS, había provocado veintisiete millones de muertes y había dejado 17.000 ciudades y 70.000 pueblos soviéticos arrasados. [A todo ello había que sumarle](#) los millones de personas que Stalin había matado previamente, con la hambruna provocada

por él mismo y con sus purgas paranoicas.

Jrushchov culpaba a Stalin de haber instaurado una innecesaria y costosa guerra fría antes de que la Unión Soviética hubiera tenido ocasión de recuperarse de su devastación previa. En particular, le recriminaba a Stalin el bloqueo fallido contra Berlín en 1948, cuando el dictador había subestimado la determinación estadounidense al tiempo que sobrestimaba las capacidades soviéticas en una época en que Estados Unidos detentaba aún el monopolio nuclear. El resultado había sido la superación del embargo por parte de las potencias occidentales, la creación de la OTAN en 1949 y el nacimiento ese mismo año de una Alemania Federal diferenciada. Todo ello había garantizado la presencia de Estados Unidos en Europa durante mucho más tiempo. La Unión Soviética había pagado un alto precio porque, según Jrushchov, Stalin no había «considerado todas las consecuencias de su decisión».

Tras ofrecer la rama de olivo a Kennedy mediante su brindis de Año Nuevo, a las dos de la madrugada un Jrushchov aún sobrio hizo un aparte con el embajador de la Alemania Federal, Hans Kroll, con quien mantuvo una conversación privada. Para Jrushchov, aquel embajador de sesenta y dos años era el segundo embajador occidental más importante tras el ausente Thompson. Sin embargo, entre ellos había una relación mucho más próxima de la que existía entre el líder soviético y el representante estadounidense, basada tanto en el hecho de que Kroll hablaba fluidamente el ruso como en que éste albergaba la convicción (nada infrecuente entre los alemanes de su generación) de que su país tenía lazos culturales, históricos y (potencialmente) políticos mucho más estrechos con Moscú que con Estados Unidos.

Acompañados por el viceprimer ministro Anastas Mikoyan y por el miembro del Presidium Alexei Kosygin, Jrushchov y Kroll se retiraron a la misma antesala donde el líder soviético había amenazado a Thompson un año antes. Ese mismo año, Kroll había abandonado airadamente la celebración de Año Nuevo a modo de protesta después de que durante el brindis el líder soviético hubiera tildado a la Alemania Federal de «revanchista y militarista».

En esta ocasión, sin embargo, Jrushchov adoptó un tono seductor y le ordenó a uno de los camareros que le sirviera a Kroll una copa de champán de Crimea. Mientras saboreaba un suave vino tinto armenio, el líder soviético le

contó a Kroll que el médico le había prohibido el vodka y el resto de licores fuertes. Kroll se recreaba en sus intercambios personales con Jrushchov, buscaba siempre una mayor proximidad física con él y solía hablarle en voz baja para poner de relieve su proximidad.

Kroll había nacido cuatro años después que Jrushchov en el pueblo de Deutsch Piekar, que por aquel entonces aún pertenecía a Prusia, pero que en 1922 sería cedido a Polonia. Aprendió sus primeras palabras en ruso de niño, pescando en el río que dividía los imperios alemán y zarista. Sus primeros dos años como diplomático en Moscú se remontaban a la década de 1920, cuando la Alemania recién salida de la Primera Guerra Mundial y la nueva Unión Soviética comunista, por aquel entonces los dos países más vilipendiados del mundo, firmaron el Tratado de Rapallo, que terminó con su aislamiento diplomático y supuso el surgimiento de un eje antioccidental y contrario al Tratado de Versalles.

Kroll creía firmemente que el fin de las hostilidades en Europa sólo se conseguiría mediante un acuerdo que permitiera que la Alemania Federal y la Unión Soviética («los dos países más poderosos de Europa») establecieran una mejor relación mutua. Kroll había trabajado en esa dirección desde que lo nombraran jefe del Departamento de Relaciones Comerciales Este-Oeste del Ministerio de Economía en 1952, cuando hacía tan sólo tres años del nacimiento de la Alemania Federal. Sus convicciones lo habían llevado a enfrentarse con frecuencia a Estados Unidos, que temían que una relación demasiado fluida entre Alemania Federal y la URSS pudiera llevar a la primera a adoptar una posición neutral.

Jrushchov agradeció a Kroll la ayuda prestada durante el otoño anterior para conseguir que el canciller de la Alemania Federal, Konrad Adenauer, aprobara una serie de nuevos acuerdos económicos con el bloque comunista, además de firmar la renovación del acuerdo comercial entre las dos Alemanias, que había sido revocado unos meses antes. Aunque la Alemania del Este era la socia de Moscú, Jrushchov consideraba que la Alemania Federal tenía una importancia mucho mayor para la economía soviética, pues le permitía acceder a maquinaria y tecnología moderna, además de obtener préstamos en una moneda fuerte.

Así pues, el líder soviético alzó su copa y propuso un brindis por la excepcional reconstrucción de posguerra en la República Federal Alemana. Jrushchov le dijo a Kroll que esperaba que el canciller Adenauer sabría aprovechar la creciente fortaleza económica de su país para lograr una mayor independencia de Estados Unidos, distanciarse de Washington y mejorar sus relaciones con la URSS.

A continuación, Kosygin le pidió permiso a Kroll para proponer otro brindis, algo a lo que el embajador accedió. «Para nosotros es usted el embajador de todos los alemanes», dijo, ahondando en la convicción de Jrushchov de que la Unión Soviética habría salido ganando si su aliado hubiera sido la Alemania Federal, con todos sus recursos, en lugar de la Alemania del Este, con sus constantes demandas económicas y su producción de bienes de baja calidad.

Entonces Jrushchov remató su juego de seducción con una amenaza. «El problema alemán debe quedar resuelto en 1961», le dijo a Kroll. El líder soviético aseguró que había perdido la paciencia ante la negativa norteamericana a negociar un cambio de estatus para Berlín que permitiera detener el flujo de refugiados y firmar de una vez por todas un tratado de paz con la Alemania del Este. Mikoyan le reveló a Kroll que «determinados círculos» de Moscú estaban ejerciendo una presión cada vez mayor sobre Jrushchov y que el líder soviético no iba a poder aplacar durante mucho más tiempo a quienes exigían que tomara cartas en el asunto berlinés.

Kroll asumió que Mikoyan se estaba refiriendo a lo que, dentro de los círculos del Partido Comunista Soviético, se conocía como el «[lobby Ulbricht](#)», un grupo profundamente influenciado por las quejas cada vez más estridentes del líder de la Alemania del Este, que aseguraba que Jrushchov no defendía el estado socialista alemán con el vigor necesario.

Ablandado por los halagos y el champán soviéticos, Kroll reconoció que el líder soviético había demostrado una paciencia considerable en lo tocante a Berlín. Sin embargo, advirtió a Jrushchov que si la URSS decidía alterar unilateralmente el status quo en Berlín, el resultado sería una crisis internacional y tal vez incluso un conflicto militar con Estados Unidos y Occidente.

Jrushchov discrepó. Admitió que Occidente se «exaltaría durante un breve período de tiempo», pero que pronto se calmaría. «Nadie en el mundo va a declarar la guerra por Berlín o por la cuestión alemana», le aseguró a Kroll. Consciente de que el embajador alemán informaría de la conversación a sus superiores y también a los estadounidenses, Jrushchov dijo que él personalmente prefería un acuerdo negociado a tener que tomar una decisión unilateral, pero quiso dejar bien claro que «eso dependerá de Kennedy».

A las cuatro de la madrugada, Jrushchov dio por finalizada la reunión y desfiló con Kroll, Kosygin y Mikoyan a través de la multitud, que seguía bailando pero que formó un pasillo para dejarlos pasar.

A pesar de su experiencia como embajador, Kroll nunca sabía cuáles de las frecuentes amenazas de Jrushchov debían tomarse en serio. Sin embargo, la forma en que éste había sacado a colación el problema de Berlín le bastó para convencerse de que durante el año que empezaba se produciría una confrontación. Iba a transmitir aquella opinión a Adenauer y, a través de éste, a los estadounidenses. Para Kroll era evidente que Jrushchov había decidido que, con el paso del tiempo, la inacción suponía un riesgo mayor que tomar cartas en el asunto.

En cualquier caso, el tono (de cooperación o de confrontación) que marcaría aquel año dependería en gran medida del dilema que subyacía a la forma en que Jrushchov abordaba el problema de Berlín.

Por un lado, Jrushchov era consciente de que no podía enfrentarse militarmente a EEUU ni arriesgarse a una guerra contra Occidente. No tenía más remedio que negociar la coexistencia pacífica con EEUU y, por ello, había tendido la mano al nuevo presidente americano con la esperanza de poder arrancarle un acuerdo sobre Berlín.

Al mismo tiempo, no obstante, la reunión con el embajador de la Alemania Federal Kroll demostraba claramente la presión creciente a la que debía enfrentarse para resolver el problema de Berlín antes de que éste se convirtiera en una amenaza aún mayor, tanto para el imperio soviético como, de forma más inmediata, para el liderazgo del propio Jrushchov.

Por ese motivo, Jrushchov era un comunista en apuros.

Y ése no era su único problema en Berlín. Los propios berlineses lo

despreciaban, odiaban a los soldados soviéticos y recelaban de su ocupación.
El período de posguerra había dejado tan sólo malos recuerdos...

La historia de las violaciones de Marta Hillers

ALGÚN LUGAR DE SUIZA

ENERO DE 1961

El único consuelo de Marta Hillers era que se había negado a incluir su nombre en el extraordinario manuscrito en el que había narrado meticulosamente la conquista soviética de Berlín durante la fría primavera de 1945, una época en que su vida (como la de miles de otras mujeres y niñas berlinesas) se había convertido en una pesadilla de miedo, hambre y violaciones.

Publicado por primera vez en Alemania en 1959, el libro daba cuenta de una de las mayores atrocidades militares de la historia. Según estimaciones realizadas a partir de los registros hospitalarios, entre 90.000 y 130.000 mujeres berlinesas fueron violadas durante los últimos días de la guerra y los primeros compases de la ocupación soviética. Decenas de millares de mujeres más habían corrido la misma suerte en otras partes de la zona soviética.

Hillers esperaba que el libro despertara el interés de un pueblo que deseaba que el mundo supiera que también ellos habían sido víctimas de la guerra. Sin embargo, los berlineses habían reaccionado bien con hostilidad, bien con silencio. El mundo aún no estaba preparado para empatizar con los males sufridos por el pueblo alemán, que tantos sufrimientos había provocado al mundo. Las berlinesas que habían tenido que soportar aquella humillación tampoco tenían ganas de recordarla. Y para los hombres berlineses resultaba demasiado doloroso tener que admitir su propio

fracaso a la hora de proteger a sus mujeres e hijas. Los inicios de 1961 eran una época de complacencia y de amnesia en la Alemania del Este y en el Berlín Este, dominados por los soviéticos, y no parecía que hubiera mucho interés por una historia que ya nadie podía cambiar y que pocos tenían estómago para digerir.

Pero tal vez Hillers no debería haberse sorprendido por la reacción de los alemanes, sobre todo teniendo en cuenta que su propia vergüenza la había llevado a firmar sus memorias Eine Frau in Berlin (Una mujer en Berlín) simplemente como «Anónima». Tan sólo había publicado el libro después de casarse y de trasladarse a la segura Suiza. El libro no había circulado ni había recibido ninguna crítica en la Alemania del Este, y tan sólo un puñado de ejemplares habían entrado en la zona comunista de contrabando, ocultos en maletas llenas de revistas de moda occidentales y otras lecturas más amenas. En el Berlín Oeste, las memorias de esa mujer anónima se vendieron poco y los críticos la acusaron o bien de propaganda anticomunista, o bien de mancillar el honor de las mujeres alemanas, algo de lo que, según sus propias palabras, los soldados soviéticos ya se habían encargado suficientemente.

Una de esas críticas, enterrada en la página 35 del periódico del Berlín Oeste Der Tagesspiegel se titulaba: «UN FLACO FAVOR A LAS MUJERES BERLINESAS / ÉXITO DE VENTAS EN EL EXTRANJERO: UN CASO ESPECIAL FALSEADO». Lo que más irritaba al crítico, que acusaba a la autora de «inmoralidad y poca vergüenza», era el estilo carente de concesiones del libro, que tan bien recoge el cinismo de los meses que siguieron al fin de la guerra. Críticas como la de Der Tagesspiegel llevaron a Hillers a no revelar su identidad y a prohibir posteriores ediciones del libro hasta después de su muerte, que se produjo en 2001, cuando tenía noventa años.

Hillers nunca supo que, tras su muerte, el libro se volvió a publicar y se convirtió en un éxito de ventas en varias lenguas, incluida la edición alemana de 2003. Tampoco tuvo la satisfacción de saber que su historia sería adaptada para la gran pantalla en una gran película alemana de 2008, que se convertiría en una de las preferidas de las feministas de todo el mundo.

En 1961 Hillers estaba más preocupada intentando eludir a los periodistas que pretendían dar con ella a partir de las pocas pistas que ofrecían las páginas de sus memorias. El libro revelaba que era una periodista de treinta años, que había vivido en el barrio de Tempelhof, que había pasado el tiempo suficiente en la Unión Soviética como para hablar algo de ruso y que era una «rubia de cara pálida, que vestía el mismo abrigo durante todo el invierno». Pero esa información no bastó para identificarla.

En todo caso, nada sintetiza tan bien la actitud alemana de la época hacia los ocupantes como el contenido del libro de Hillers y la aversión de los berlineses a leerlo. [La relación entre la Alemania del Este](#) y sus ocupantes militares soviéticos, que eran entre 400.000 y 500.000 en 1961, se basaba en una mezcla de lástima y temor, de complacencia y amnesia. La mayoría de alemanes del Este parecían haberse resignado a una cohabitación que se antojaba como permanente. Entre los que no lo habían hecho, muchos habían huido ya como refugiados.

[La lástima que los alemanes](#) del Este sentían hacia sus ocupantes soviéticos, a quienes consideraban inferiores que ellos, surgía de lo que podían ver con sus propios ojos: unos adolescentes sucios y desnutridos, ataviados con astrosos uniformes, que se echaban al suelo para recuperar y apurar las colillas que ellos habían arrojado, y que estaban dispuestos a cambiar sus medallas de servicio por gasolina o cualquier tipo de alcohol consumible que les permitiera huir de su miserable existencia aunque sólo fuera por un instante.

La lástima de los alemanes también venía provocada por las ocasionales alarmas que acompañaban a sus desesperados intentos de desertión. Para aquellos soldados adolescentes, la brutalidad de los oficiales, las novatadas de sus compañeros y los cuarteles fríos y abarrotados solían resultar insoportables.

Sus barracones, construidos durante el Tercer Reich o incluso antes, albergaban al triple de soldados que Hitler hubiera llegado a acantonar en ellos. [La última fuga](#) se había producido tras una insurrección durante la Nochevieja, cuando una sublevación en los barracones de Falkenberg se

había saldado con la huida de cuatro soldados al Berlín Oeste. Los mandos soviéticos habían enviado varios grupos de inspección por toda la frontera de Berlín. Circulaban historias sobre cómo las tropas soviéticas habían incendiado graneros y otros edificios donde se habían ocultado los desertores, que habrían muerto quemados junto con el ganado.

Todo eso no hizo más que fomentar más todavía el temor profundamente arraigado que los alemanes sentían ante los soldados soviéticos.

Ese temor creció aún más tras los acontecimientos del 17 de junio de 1953, cuando las tropas y tanques soviéticos sofocaron la revuelta obrera que, tras la muerte de Stalin, había hecho temblar los frágiles cimientos de la joven Alemania del Este. Trescientos alemanes del Este perdieron la vida y 4.270 terminaron en la cárcel.

Y, sin embargo, las raíces más profundas del terror de los alemanes del Este había que buscarlas ni más ni menos que en los acontecimientos que Hillers describía en su libro. Había un motivo muy definido por el que las mujeres del Berlín Este se quedaban heladas cada vez que un soldado soviético les pasaba cerca o cuando oían al líder de la Alemania del Este, Walter Ulbricht, hablar por la radio sobre la amistad duradera con el pueblo soviético.

Hillers relataba también por qué los forasteros sentían tan poca simpatía por lo que las mujeres alemanas habían sufrido y por qué los alemanes se preguntaban si un Dios vengador les habría mandado aquel castigo en forma de violaciones para hacerles pagar sus propias fechorías. «Nuestra desgracia alemana», escribió Hillers durante los primeros días de la ocupación, «tiene un regusto a náusea, enfermedad y locura. No se puede comparar con nada histórico. Hace un momento radiaron otro reportaje de un campo de concentración. Lo monstruoso en todo ello es el orden metódico y la economía: millones de personas convertidas en abono, en relleno de colchones, en jabón, en felpudos de fieltro... Esquilo no conoció nada semejante...»

Hillers se desesperaba ante la estupidez de los líderes nazis, que habían ordenado que las ciudades abandonadas dejaran intactas sus reservas de licor ante el avance de las tropas soviéticas, basándose en la teoría de que

los soldados ebrios serían adversarios menos peligrosos. De no ser por la embriaguez de los soviéticos, escribió Hillers, las mujeres berlinesas no habrían sufrido ni la mitad de violaciones a manos de los rusos, que no eran «Casanovas natos» y, por lo tanto, tenían que «ahogar su inhibición en alcohol».

Con su característica energía, Hillers describe una de las muchas veces en que la violaron, y cómo eso la empujó a buscar protección:

El que me empuja es un hombre entrado en años con la barba ya casi cana. Huele a aguardiente y a caballo. [...] Ni un sonido. Sólo cuando se desgarran la ropa interior con un crujido, mis dientes rechinan involuntariamente. Eran las últimas bragas intactas.

De pronto siento unos dedos en mi boca, olor pestilente a jaco y a tabaco. Abro los ojos de golpe. Hábilmente, esas manos me tienen inmovilizada la mandíbula abierta. Cara a cara. Entonces, el que está encima de mí deja caer lentamente en mi boca la saliva acumulada en su boca.

Me quedé petrificada. No era asco, sólo frío. La columna vertebral se congela, un vértigo glacial me da vueltas en el cogote. Me siento resbalar y caer, profundamente, a través de las almohadas y de las tablas del suelo. Sumergirse en el suelo..., así que es eso.

De nuevo cara a cara. Los labios extraños se abren, dientes amarillos, un diente incisivo medio roto. Las comisuras de la boca se alzan. De los contornos de los ojos irradian pequeñas arrugas. Sonríe.

Antes de marcharse revuelve entre sus bolsillos en busca de algo. Lo arroja sin decir palabra sobre la mesita de noche. Desplaza a un lado el sillón que atrancaba la puerta, y da un portazo al salir. Lo que deja tras de sí: una cajetilla arrugada con algunos cigarrillos dentro. Mi paga.

Cuando me levanté, mareos, náuseas. Los jirones cayeron a mis pies. Fui tambaleándome por el pasillo camino del baño, pasé al lado de la viuda que sollozaba. Vómitos. La cara verdosa en el espejo, los restos de comida en el lavabo. Me senté en el canto de la tina, no me atrevía a limpiar aquello porque me venían constantemente las arcadas y el agua en el cubo era escasa.

Fue entonces cuando Hillers tomó la decisión: se lavó un poco y salió a la calle en busca de un «lobo», un oficial soviético de alto rango que se convirtiera en su protector. Había concluido que era mejor que la violara un único ruso de forma regular a que lo hicieran una retahíla interminable de

soldados. Como millones de alemanes más, Hillers buscaba una forma de encajar en aquella ocupación a la que no podía oponer resistencia.

Tendrían que pasar muchos años antes de que los historiadores intentaran reconstruir todo el terror de aquella época. Entre finales del verano y principios del otoño de 1945, un mínimo de 110.000 mujeres de entre doce y treinta y ocho años habían sido violadas. Un 40 por ciento de las víctimas fueron violadas en múltiples ocasiones. Una de cada cinco de esas víctimas de violación quedaron embarazadas, aproximadamente la mitad dieron a luz y la otra mitad abortaron, a menudo sin anestesia. Miles de mujeres se quitaron la vida para no tener que soportar el oprobio de haber sido violadas o por miedo a ser las siguientes víctimas. Un 5 por ciento de todos los nacimientos registrados en Berlín durante el año siguiente fueron Russenbabys; en toda Alemania, el total fue de entre 150.000 y 200.000.

Esos bebés eran apenas adolescentes cuando, en 1958, Jrushchov provocó lo que se conoció como la Crisis de Berlín.

Jrushchov: El estallido de la Crisis de Berlín

Berlín Oeste se ha convertido en una especie de tumor maligno de fascismo y revanchismo. Por eso hemos decidido recurrir a la cirugía.

NIKITA JRUSHCHOV, durante su primera conferencia de prensa como
primer ministro,
8 de noviembre de 1958

El próximo presidente deberá enfrentarse, ya durante su primer año de mandato, a un gran desafío en nuestra defensa de Berlín, nuestro compromiso con Berlín. Va a ser una situación que pondrá a prueba nuestro coraje y nuestra voluntad... Nos vamos a encontrar cara a cara con la crisis más grave sobre Berlín desde 1949 o 1950.

El senador JOHN F. KENNEDY, en un debate con el vicepresidente
Richard Nixon durante la campaña presidencial,
7 de octubre de 1960

PALACIO DE DEPORTES DE MOSCÚ
LUNES, 10 DE NOVIEMBRE DE 1958

En un escenario insólito y ante un público desprevenido, Nikita Jrushchov desencadenó lo que el mundo conocería como «la Crisis de Berlín».

De pie en el centro del recinto deportivo cerrado más grande y más nuevo de Moscú, el líder soviético anunció ante un grupo de comunistas polacos que tenía intención de vulnerar los acuerdos de posguerra que habían sido la base

de la frágil estabilidad europea. Iba a derogar el acuerdo de Potsdam firmado con los aliados de guerra y a alterar unilateralmente las condiciones de la ocupación de Berlín con el objetivo de eliminar completamente la parte Oeste de la ciudad y expulsar al resto de fuerzas militares de ella.

El escenario del anuncio, el Palacio de Deportes, situado junto al Estadio Central Lenin, había sido inaugurado con gran fanfarria dos años antes como un recinto de vanguardia que iba a permitir exhibir al mundo los logros del atletismo soviético. Desde entonces, sin embargo, el momento más memorable había sido la sorprendente derrota del equipo soviético a manos del combinado nacional sueco durante los mundiales de hockey sobre hielo de 1957, que se habían visto empañados por el boicot del equipo estadounidense y de otras potencias de dicho deporte como protesta por la actuación soviética en Hungría. La victoria sueca se produjo después de que un defensa escandinavo detuviera el disco con la cabeza sobre la misma línea de gol, lo que le provocó una hemorragia grave y le valió el título mundial para su país.

El público de Jrushchov aquel día no esperaba un anuncio tan importante. Los miembros de la comitiva polaca habían permanecido en Moscú tras la celebración del 45.º aniversario de la revolución bolchevique y esperaban la típica retórica rutinaria de las innumerables reuniones fraternales típicas del comunismo. En cambio, escucharon aturridos aquellas palabras de Jrushchov, que declaró: «[Es evidente que ha llegado el momento](#) de que los firmantes del acuerdo de Potsdam accedan a desmantelar los restos del régimen de ocupación de Berlín y permitan así crear una situación normal en la capital de la República Democrática Alemana».

[Los polacos no fueron los únicos sorprendidos](#) por el anuncio: Jrushchov no había avisado a ninguno de los firmantes occidentales del acuerdo de Potsdam, ni tampoco a sus aliados socialistas, incluidos los líderes de la Alemania del Este. De hecho, había actuado sin ni siquiera esperar a contar con la bendición de los dirigentes del Partido Comunista que él mismo lideraba. Poco después de su discurso, Jrushchov comunicó sus planes al líder de la delegación polaca, el atónito Primer Secretario del Partido Comunista Władysław Gomułka. Si Jrushchov hablaba en serio, Gomułka temía que sus palabras pudieran desencadenar una guerra por Berlín.

Jrushchov le explicó a Gomulka que había decidido actuar unilateralmente porque estaba cansado de la diplomacia berlinesa, que no llevaba a ninguna parte. Estaba dispuesto a enfrentarse a Occidente y aseguraba encontrarse en una situación mucho mejor que Stalin en 1948, pues Moscú había logrado poner fin al monopolio nuclear estadounidense. A través de un proyecto llamado «Operación Átomo», Jrushchov tenía intención de desplegar un contingente nuclear disuasorio en el territorio de la Alemania del Este al cabo de unas semanas. Doce misiles R-5 de medio alcance dejarían a Jrushchov en situación de responder a cualquier ataque nuclear estadounidense contra la Alemania del Este lanzando un contraataque sobre Londres y París, cuando no Nueva York. Sin hacer referencia a esas armas, aún secretas, Jrushchov le dijo a Gomulka: «[Ahora el equilibrio de fuerzas](#) ha cambiado... Hoy EEUU debe acercarse más a nosotros y nuestros misiles pueden atacarlos directamente». Aunque aquella afirmación no fuera literalmente cierta, el líder soviético estaba desde luego en situación de aniquilar a los aliados europeos de Washington.

Jrushchov no desveló ningún detalle sobre el momento ni la estrategia que pretendía seguir en la aplicación de su nuevo plan para Berlín, pues aún no los tenía a punto. [Lo que sí le contó a su público polaco](#) fue que, según su plan, tanto la URSS como los aliados occidentales terminarían retirando todos sus efectivos militares de la Alemania del Este y del Berlín Este. El propio Jrushchov firmaría un tratado de paz con la Alemania del Este que pondría definitivamente fin a la guerra y cedería todas las funciones que ahora desempeñaban los soviéticos en Berlín a los líderes del país, incluso el control del acceso al Berlín Oeste. A partir de ahí, los soldados estadounidenses, británicos y franceses deberían pedir permiso al líder de la Alemania del Este, Walter Ulbricht, para entrar en Berlín, ya fuera por tierra o por aire. Jrushchov aseguró al público reunido en el Palacio de Deportes que consideraría cualquier resistencia a permitir que la Alemania del Este ejerciera sus nuevos derechos (que contemplaban también bloquear el acceso por tierra o por aire al Berlín Oeste) como un ataque contra la propia Unión Soviética en virtud de la alianza del Pacto de Varsovia.

La sorprendente y súbita intensificación de la guerra fría por parte de

Jrushchov obedecía a tres motivos.

En primer lugar, se trataba de un intento de atraer la atención del presidente Eisenhower, que había ignorado todas sus demandas por iniciar negociaciones sobre la situación en Berlín. Parecía que, hiciera lo que hiciera, Jrushchov no era capaz de ganarse el respeto de los dirigentes estadounidenses, que tanto ansiaba.

Sus rivales de partido argumentaban, no sin razón, que EEUU había respondido con frialdad y sin ofrecer recompensa alguna a todas las medidas unilaterales que había tomado para reducir las tensiones de la guerra fría desde la muerte de Stalin. Ciertamente, Jrushchov no sólo había reemplazado el concepto de «guerra inevitable» por el de «coexistencia pacífica»: **también había reducido** el número de soldados soviéticos en el extranjero en 2,3 millones de hombres entre 1955 y 1958, y había ordenado la retirada de las fuerzas soviéticas de Finlandia y Austria, abriendo así la puerta a la neutralidad de ambos países. Finalmente, también había fomentado las reformas económicas y políticas de los satélites soviéticos del Este de Europa.

El segundo motivo que había empujado a Jrushchov a tomar aquella impulsiva decisión sobre Berlín era su confianza en su propio poder, tras haber logrado neutralizar un golpe de estado contra su persona (denominado golpe contra el partido) en junio de 1957, liderado por los antiguos primeros ministros Viacheslav Mólotov y Georgi Malenkov, y por su antiguo mentor, Lázar Kaganóvich, quienes, en parte, habían intentado derrocarlo justamente por el liderazgo temerario que demostraba en aquellos momentos con el asunto de Berlín. A diferencia de Stalin, Jrushchov no mató a sus oponentes, sino que los condenó a posiciones menores y los envió lejos del centro de poder de Moscú: Mólotov a Mongolia como embajador, Malenkov a Kazajistán para que gestionara una planta hidroeléctrica y Kaganóvich a los Urales como director de una pequeña fábrica de potasio. Posteriormente defenestraría también a su popular ministro de Defensa, el mariscal Georgi Zhúkov, de quien sospechaba que conspiraba contra él.

Para justificar su audaz decisión sobre Berlín, cuatro días antes de su discurso había expuesto ante los líderes del partido su teoría según la cual

EEUU ya había vulnerado el acuerdo de Potsdam con la incorporación de la Alemania Federal a la OTAN en 1955 y, más tarde, con su intención de proporcionarle armas atómicas. Tras trazar su plan de acción, dio por cerrada la sesión sin la habitual votación del Presidium ante asuntos de tanta importancia, pues intuía la posibilidad de hallar oposición.

El tercer elemento que había motivado el discurso de Jrushchov eran los acontecimientos en la propia ciudad de Berlín, donde el flujo de refugiados no hacía más que acelerarse. A pesar de la confianza que tenía en su propio poder, Jrushchov sabía por propia experiencia que los problemas en la ciudad dividida podían suponer el fin de muchas carreras políticas en Moscú. Poco después de la muerte de Stalin, Jrushchov había utilizado la amenaza de la implosión de la Alemania del Este para destruir a su rival más peligroso, el antiguo jefe de la policía secreta Lavrentiy Beria, después de que las tropas soviéticas sofocaran la revolución obrera en la Alemania del Este el 17 de junio de 1953.

En aquella época, Jrushchov era tan sólo un candidato incógnita a la sucesión de Stalin dentro del colectivo de líderes que habían reemplazado al dictador, además de un neófito de la política exterior, que veía las tácticas relativas a Berlín a través del prisma de la política nacional. Como parte de sus maniobras para acceder al poder, Beria había orquestado desde las sombras una campaña contra el líder estalinista de la Alemania del Este, Walter Ulbricht, y su dura política de *Aufbau des Sozialismus* o «construcción del socialismo». Ulbricht había decidido combatir la oposición interna y el creciente número de refugiados con una escalada de las detenciones y de la represión, la colectivización forzosa de granjas, la aceleración de la nacionalización industrial, el aumento de los reclutamientos militares y un recrudecimiento de la censura. El resultado fue un incremento del flujo de refugiados durante los primeros cuatro meses de 1953: 122.000 personas abandonaron la Alemania del Este, el doble que durante esa misma época el año anterior. Tan sólo en marzo de 1953 abandonaron el país 56.605 personas, seis veces más que durante el mismo mes del año anterior.

Durante una decisiva reunión de la dirección del partido, Beria dijo: «Lo que necesitamos es una Alemania pacífica. Que sea socialista o no es

indiferente para nosotros», aunque eso significara que terminara siendo «unida, democrática, burguesa y neutral». [Beria quería negociar el cobro](#) de una compensación económica sustancial por parte de Occidente a cambio del compromiso soviético de permitir una Alemania unida y neutral. «¿Qué es lo que vale esta RDA?», había preguntado Beria, utilizando las siglas del engañoso nombre oficial de la Alemania del Este. «Su existencia se sustenta apenas en la presencia de las tropas soviéticas, por mucho que la llamemos República Democrática Alemana.»

[La dirección colectiva que había sucedido](#) a Stalin no secundó la propuesta de Beria de abandonar la causa socialista en la Alemania del Este, pero sí exigió que ésta corrigiera lo que denominó sus «excesos». Siguiendo las órdenes del Soviet, Ulbricht detuvo la creación de nuevos colectivos agrícolas y puso fin a los arrestos políticos a gran escala. También amnistió a muchos presos políticos, redujo la represión de las libertades religiosas y potenció la producción de bienes de consumo.

Jrushchov participó de forma muy limitada en los debates que propiciaron ese abrupto cambio de política, pero tampoco se opuso a las reformas. A continuación fue testigo de cómo la reducción de los controles estalinistas estimulaba una revuelta que, de no ser por la intervención de los tanques soviéticos, habría podido suponer el derrumbamiento de la Alemania del Este.

Algo más de una semana después de la revuelta, el 26 de junio, Jrushchov orquestó el arresto de Beria. Entre otras cosas, Jrushchov lo acusó de haber estado dispuesto a renunciar totalmente al socialismo en Alemania, el país cuya conquista había costado tantas vidas humanas soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial. [En el plenario del partido](#) que selló la suerte de Beria y desencadenó los acontecimientos que desembocaron en su ejecución, los otros líderes comunistas lo tacharon de socialista poco de fiar y de «sucio enemigo del pueblo que debería ser expulsado [del partido] y juzgado por traición». El plenario consideró su predisposición a abandonar el socialismo en la Alemania del Este como «una capitulación directa ante las potencias imperialistas».

El final de Beria le enseñó a Jrushchov dos lecciones que no olvidaría jamás. En primer lugar, aprendió que la liberalización política en la Alemania

del Este podía provocar el derrumbamiento del país. En segundo lugar, constató que los errores soviéticos cometidos en Berlín podían suponer el fin de una carrera política en Moscú. Tres años más tarde, en 1956, Jrushchov allanó su camino hacia el poder al abjurar de los excesos criminales del estalinismo durante el XX Congreso del partido. Sin embargo, Jrushchov no olvidaría jamás la contradictoria lección de que sólo la represión pura y dura al estilo estalinista había permitido salvar la Alemania del Este y apartar a su adversario más peligroso.

[Durante los primeros días tras el discurso](#) de Jrushchov en el Palacio de Deportes, el presidente Eisenhower optó por no responderle públicamente, con la esperanza de que (como había sucedido en numerosas ocasiones en el pasado) las bravuconadas del líder soviético no se vieran acompañadas de ninguna acción concreta. Pero Jrushchov no iba a permitir que lo ignorasen. Dos semanas después de su discurso, durante el Día de Acción de Gracias en Estados Unidos, transformó su discurso sobre Berlín en un ultimátum que exigía una respuesta por parte de Estados Unidos. Tras suavizar algunas de sus exigencias para lograr el respaldo del Presidium, redactó una declaración que envió a las embajadas de todos los países implicados.

Jrushchov retiró su amenaza de ignorar con efecto inmediato todas las obligaciones soviéticas derivadas del acuerdo de Potsdam y optó por ofrecer a Occidente seis meses para negociar con él antes de alterar unilateralmente el estatus de la ciudad. Al mismo tiempo, desarrolló su plan para desmilitarizar y neutralizar Berlín Oeste, de modo que tanto el bloque soviético como las potencias occidentales se retirasen de la ciudad.

Jrushchov llamó a los corresponsales estadounidenses (que estaban en sus apartamentos moscovitas, trinchando los pavos del Día de Acción de Gracias) para comunicarles que también él iba a coger bien pronto el cuchillo. Durante su primera conferencia de prensa como primer ministro, prueba de la importancia creciente que Berlín estaba adquiriendo para él, Jrushchov les había dicho a los periodistas: «[Berlín Oeste se ha convertido](#) en una especie de tumor maligno de fascismo y revanchismo. Por eso hemos decidido recurrir a la cirugía».

Haciendo referencia al contenido de las veintiocho páginas del

comunicado diplomático, Jrushchov les dijo a los corresponsales que habían pasado ya trece años desde el final de la guerra y que, por lo tanto, había llegado el momento de aceptar la realidad de la existencia de dos estados alemanes. La Alemania del Este nunca renunciaría al socialismo, dijo, y la Alemania Federal no lograría nunca absorber la Alemania del Este. Por eso le ofrecía dos opciones a Eisenhower: o bien durante los siguientes seis meses negociaba un tratado de paz para desmilitarizar y neutralizar el Berlín Oeste, o Moscú actuaría de forma unilateral para conseguir el mismo resultado.

Al hijo de Jrushchov, Sergéi, que por aquel entonces tenía veintidós años, le preocupaba que su padre dejara a Eisenhower sin margen de maniobra para evitar una confrontación que podía conducir a un conflicto nuclear. Aunque los rusos eran famosos por su habilidad jugando al ajedrez, Sergéi sabía que en este caso (como en tantos otros) su impetuoso padre no había reflexionado lo suficiente sobre cuál debía ser su siguiente movimiento.

Pero Jrushchov se burló de los temores de Sergéi. «Nadie empezará una guerra por Berlín», aseguró. Además, le contó a Sergéi que tan sólo pretendía «arrancar el consentimiento» de EEUU para empezar las negociaciones formales por Berlín y evitar así un exasperante proceso diplomático y un «incesante intercambio de notas, cartas, declaraciones y discursos».

La única forma de obligar a las dos partes a avanzar hacia una solución aceptable, le explicó Jrushchov a su hijo, pasaba por establecer una fecha límite ajustada.

«¿Y si no la encontramos?», preguntó Sergéi.

«Buscaremos otra salida», respondió Jrushchov. «Siempre acaba surgiendo algo.»

Respondiendo a unas dudas similares expresadas por su intérprete de toda la vida y asesor en política exterior, Oleg Troyanovsky, Jrushchov parafraseó a Lenin cuando le contó que planeaba «entrar en batalla y a ver qué pasa».

DESPACHO DE JRUSHCHOV EN EL KREMLIN, MOSCÚ

LUNES, 1 DE DICIEMBRE DE 1958

Poco después del Día de Acción de Gracias, durante una de las reuniones más extraordinarias entre un líder soviético y un político americano, Jrushchov dejó bien claro que, por el momento, su ultimátum sobre Berlín buscaba mucho más atraer la atención del presidente Eisenhower que alterar el estatus de la ciudad.

Con una nota enviada apenas con media hora de antelación, Jrushchov citó al senador por Minnesota Hubert H. Humphrey, que se encontraba de visita oficial en Moscú, a su despacho del Kremlin, donde iba a tener lugar la reunión más larga que cualquier miembro del gobierno estadounidense hubiera tenido con un líder soviético. Aunque inicialmente estaba previsto que durasen una hora, de las tres a las cuatro de la tarde, sus conversaciones se prolongaron prácticamente hasta la medianoche, tras un maratón de ocho horas y veinticinco minutos.

Para exhibir sus conocimientos sobre los asuntos estadounidenses, Jrushchov habló largo y tendido sobre la política local de California, de Nueva York e incluso del estado natal de Humphrey, Minnesota. Bromeó sobre «el nuevo McCarthy», refiriéndose no al anticomunista Joe, sino al congresista de centroizquierda Eugene, que más tarde concurriría en las elecciones presidenciales. Jrushchov compartió con Humphrey un secreto del que «ningún americano tenía noticias» y le habló de cómo la URSS había probado con éxito una bomba de hidrógeno de cinco megatones utilizando tan sólo una décima parte del material de fisión hasta entonces necesario para producir una explosión de esa magnitud. También habló del desarrollo de un misil con un alcance de 15.000 kilómetros, lo que les iba a permitir por primera vez alcanzar objetivos en EEUU.

Tras preguntarle a Humphrey el nombre de su ciudad natal, Jrushchov se levantó de golpe y trazó enérgicamente un círculo azul alrededor de Minneapolis en un mapa de EEUU que colgaba de la pared de su despacho, «para acordarme de ordenar que no ataquen la ciudad cuando los misiles empiecen a volar». Humphrey se llevó la impresión de que Jrushchov era alguien que actuaba con una acusada inseguridad nacional y personal, «un hombre que, partiendo de la pobreza y la indefensión, ha alcanzado la riqueza y el poder, pero que nunca va a estar completamente seguro de sí mismo ni de

su nuevo estatus».

Al día siguiente, comentando los particulares de la reunión con el embajador Thompson para que el enviado estadounidense pudiera informar al presidente Eisenhower, Humphrey dijo que Jrushchov había regresado una docena de veces sobre el asunto de Berlín y su ultimátum, en el que el líder soviético aseguraba que «llevaba meses pensando». Humphrey concluyó que el principal objetivo de la reunión había sido «impresionarlo con la posición soviética sobre Berlín y transmitirle sus palabras y pensamientos al presidente».

Jrushchov utilizó un sinfín de metáforas para describir la ciudad, a la que calificó de cáncer, de nudo, de espina y de hueso en la garganta. A Humphrey le dijo que estaba decidido a librarse de dicho hueso convirtiendo Berlín Oeste en una «ciudad libre», desmilitarizada y bajo la tutela de observadores de las Naciones Unidas. Para convencer a Humphrey de que no pretendía engañar a EEUU para que dejara Berlín Oeste bajo control comunista, recordó con todo detalle cómo había ordenado personalmente la retirada de las tropas soviéticas de Austria en 1955, lo que había garantizado la neutralidad de dicho país. Jrushchov le reveló a Humphrey que en su día le había dicho al ministro de Asuntos Exteriores Mólotov que la presencia de tropas rusas en Austria sólo era útil si la URSS tenía alguna intención de expandirse hacia Occidente, algo que no deseaba hacer. Por eso, dijo, «se estableció una Austria neutral y se eliminó una fuente de conflictos».

Su argumento era que la actitud soviética en Austria debía servirle a Eisenhower como modelo para Berlín Oeste y también para aplacar sus dudas sobre el futuro de la ciudad. Por todo ello, dijo, EEUU, Gran Bretaña y Francia no tenían necesidad de mantener tropas en Berlín. «No tiene sentido conservar un contingente de 25.000 efectivos en Berlín a menos que pretendan declarar la guerra», dijo con voz calmada. «¿Qué necesidad hay de mantener esa espina? Una ciudad libre, un Berlín libre, podría ayudar a romper el hielo entre la URSS y EEUU.»

Jrushchov le insistió a Humphrey que, en caso de resolver el problema de Berlín, él y Eisenhower estarían en situación de mejorar su relación personal y de propiciar juntos un deshielo histórico en la guerra fría. Y si al presidente de

EEUU no le gustaban los detalles de su plan para Berlín, le dijo Jrushchov a Humphrey, él estaba abierto a escuchar una contrapropuesta. Jrushchov aseguró que estudiaría cualquier sugerencia alternativa de Eisenhower que no incluyera la unificación alemana ni la «liquidación del sistema socialista en la Alemania del Este». Por primera vez, Jrushchov estaba trazando las directrices de unas futuras conversaciones sobre Berlín.

Jrushchov alternaba tan rápidamente la seducción con las amenazas que a Humphrey le vino a la mente el tratamiento contra los sabañones que su padre ponía en práctica en Dakota del Sur, consistente en mojar los pies repetidas veces en agua caliente y en agua fría. «Nuestras tropas no están ahí para jugar a cartas, nuestros tanques no están ahí para mostrarles a ustedes el camino hacia Berlín», le soltó Jrushchov a Humphrey en una ocasión. «Esto va en serio.» Al cabo de un momento, en cambio, los ojos del líder soviético se humedecieron al recordar con sensiblería cómo había perdido a un hijo en la Segunda Guerra Mundial para, más tarde, declarar el afecto que sentía por el presidente Eisenhower. «Me gusta el presidente Eisenhower», le dijo a Humphrey. «No deseamos ningún mal ni a EEUU ni a Berlín. Su presidente puede estar tranquilo en ese sentido.»

[Eisenhower respondió al ultimátum](#) de Jrushchov sobre Berlín tal como el líder soviético esperaba: convocando una cumbre con los ministros de exteriores de las cuatro potencias involucradas en Ginebra, a la que también asistirían representantes de la Alemania Federal y la Alemania Democrática en calidad de observadores. Aunque fue un encuentro decepcionante en el que no se lograron avances significativos, a continuación Eisenhower invitó a Jrushchov a Estados Unidos, con lo que éste se convirtió en el primer líder del Partido Comunista Soviético que pisara territorio estadounidense.

[Jrushchov se jactó de ello](#) y consideró que la invitación de Eisenhower para recibirlo en la guarida de los capitalistas era «un resultado concreto de las presiones sobre Berlín que había estado ejerciendo sobre las potencias occidentales».

Jrushchov tenía la sensación de que, finalmente, se había ganado el respeto estadounidense que tanto ansiaba, para sí mismo y para su país.

LA VISITA DE JRUSHCHOV A EEUU

15-27 DE SEPTIEMBRE DE 1959

A medida que se iba aproximando la fecha de su viaje a América, Jrushchov experimentó una preocupación creciente ante la posibilidad de que sus anfitriones estuvieran maquinando algún tipo de «provocación», un desaire a su llegada o durante algún otro momento de la visita, que pudiera ser utilizado en su contra en Moscú, donde sus rivales (silenciados por el momento pero ni mucho menos derrotados) aprovecharían la ocasión para recriminarle que su visita a EEUU había sido una decisión ingenua y dañina para los intereses soviéticos.

Por ese motivo, las consideraciones de Jrushchov sobre las negociaciones del futuro de Berlín en EEUU quedaron en un segundo plano, y la mayor parte de sus esfuerzos se centraron en estudiar todos los detalles del itinerario para asegurarse de que no iba a sufrir ningún «daño moral», tal como él mismo lo llamaba. Aunque Jrushchov era un líder comunista y, como tal, representaba la vanguardia del proletariado, su equipo de avanzadilla exigió que fuera tratado con la pompa y solemnidad que correspondían a un jefe de estado occidental.

Así, por ejemplo, Jrushchov expresó sus dudas al enterarse de que las conversaciones más cruciales con Eisenhower tendrían lugar en un lugar llamado Camp David, una ubicación de la que ninguno de sus asesores tenía constancia, pero que al líder soviético le sonaba a gulag, a campo de internamiento. Recordó que durante los primeros años de la Revolución, los estadounidenses habían llevado una delegación soviética a Sivriada, en las islas Príncipe, en Turquía, donde en 1911 habían mandado a los perros callejeros de Estambul para que murieran. Reflexionando acerca de cómo «los capitalistas nunca desperdiciaban una ocasión para avergonzar u ofender a la Unión Soviética», Jrushchov temía que «Camp David fuera... un lugar al que se mandaba a la gente sospechosa para mantenerla en cuarentena».

Jrushchov sólo dio su visto bueno a la reunión después de que su equipo de avanzadilla le informara de que la invitación a Camp David era un gran honor, pues Eisenhower tenía planeado llevarlo a una dacha en el campo,

construida por Roosevelt en las montañas de Maryland durante la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, Jrushchov expresaría su vergüenza por cómo aquel episodio había revelado la ignorancia soviética. No sólo eso, sino que también había puesto de manifiesto la potente mezcla de desconfianza e inseguridad con que Jrushchov abordaba todos los aspectos de su relación con EEUU.

Haciendo caso omiso de los consejos de su piloto, Jrushchov cruzó el Atlántico en el Tupolev Tu-114, un avión experimental que aún no había pasado todas las pruebas necesarias y que tenía grietas microscópicas en el motor. A pesar de los riesgos, Jrushchov insistió en utilizar ese medio de transporte, ya que era el único aparato de la flota soviética capaz de llegar a Washington sin necesidad de realizar escalas. El líder soviético estaba decidido a aterrizar en EEUU a bordo del avión con la mayor capacidad de pasajeros, alcance, propulsión y velocidad de crucero del mundo. Dicho eso, numerosos barcos de pesca, cargueros y buques cisterna soviéticos formaron una línea de seguridad bajo el avión, entre Islandia y Nueva York, preparados para rescatar a los pasajeros en caso de que las fisuras del motor se expandieran y obligaran a realizar un aterrizaje de emergencia.

Más tarde Jrushchov confesaría que tenía «los nervios destrozados por la excitación» mientras miraba por la ventanilla cómo su avión se aproximaba a la pista de aterrizaje y reflexionaba sobre la profunda significación de aquel viaje: «Finalmente habíamos obligado a EEUU a reconocer la necesidad de establecer un contacto más estrecho con nuestro país... Habíamos recorrido un largo camino desde la época en que EEUU se negaba incluso a brindarnos reconocimiento diplomático».

De momento, Berlín quedaba en un segundo plano, eclipsado por la importancia de su objetivo nacional. Jrushchov saboreó la idea de que había sido el poder de la economía soviética, de sus fuerzas armadas y de todo el bloque socialista lo que había llevado a Eisenhower a buscar unas mejores relaciones. «**Nos habíamos transformado de una Rusia** analfabeta, atrasada y asolada, en una Rusia cuyos logros asombraban al mundo.»

Para alivio y deleite de Jrushchov, Eisenhower lo recibió en persona en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews, a las afueras de Washington D.C., con

una alfombra roja y una salva de veintiún fusiles. Más tarde, Jrushchov recordaría que se había sentido «profundamente orgulloso y también algo sorprendido... Ahí estaban los Estados Unidos de América, la mayor potencia capitalista del mundo, rindiendo honores a los representantes de nuestra patria socialista, que, a ojos de la América capitalista, había sido siempre un país indigno o, peor aún, aquejado por una especie de plaga».

Más por el efecto que dicha recepción tuvo sobre el humor de Jrushchov que por alguna estrategia planeada sobre la cuestión de Berlín, el líder soviético le dijo a Eisenhower ya durante su primera entrevista, el 15 de septiembre, que deseaba «llegar a un acuerdo sobre Alemania y, de paso, también sobre Berlín». Sin entrar en detalles, Jrushchov aseguró que «no contemplamos emprender acciones unilaterales». Por su parte, Eisenhower admitió que la situación en Berlín era «anormal», un adjetivo que el líder soviético consideró alentador de cara a las conversaciones sobre Berlín que se producirían durante la última parte del viaje.

El viaje de costa a costa que tuvo lugar a continuación estuvo marcado por una serie de dramáticos altibajos que ilustraron a la perfección la compleja relación emocional de Jrushchov con EEUU: el pretendiente ansioso por lograr la aprobación de la principal potencia mundial y el adversario inseguro, atento al menor atisbo de ofensa.

Él y su mujer, Nina Petrovna, se sentaron entre Bob Hope y Frank Sinatra durante una cena en la sede de la Twentieth Century-Fox, a la que Marilyn Monroe acudió con su vestido más ajustado, pero el líder soviético montó una pataleta como de niño malcriado cuando le negaron la entrada en Disneylandia y preguntó si era porque el parque de atracciones sufría una epidemia de cólera o porque ocultaba una base de misiles. Jrushchov vio indicios de conspiración cuando le asignaron al magnate del cine de origen ruso Víctor Carter como cicerone en Los Ángeles y achacó a la mala fe de aquel emigrado, cuya familia había huido de Rostov del Don, prácticamente todos los contratiempos de su visita.

El viaje estuvo a punto de terminar ya durante su primer día en California, cuando Jrushchov decidió devolverle el golpe al alcalde conservador de Los Ángeles, Norris Poulson, en el marco de un discurso nocturno durante un

banquete plagado de estrellas. En un intento por ganar puntos delante de su público, el alcalde rechazó la petición de Henry Cabot Lodge Jr. (embajador estadounidense en las Naciones Unidas y acompañante de Jrushchov durante todo el viaje) de que eliminara una serie de comentarios anticomunistas que iban a resultar ofensivos para el líder soviético. «Hemos tardado tan sólo doce horas en llegar aquí», le respondió Jrushchov, que solicitó que prepararan su avión para marcharse. «A lo mejor tardaremos aún menos en regresar.»

El culminante encuentro en Camp David empezó mal, pues Jrushchov y Eisenhower se enzarzaron durante dos días en enconadas discusiones sobre todos los temas posibles, desde la guerra nuclear (Jrushchov aseguró que no la temía) hasta las regulaciones discriminatorias relativas a qué tecnología podían vender los estadounidenses a Moscú (Jrushchov le dijo en tono burlón que no necesitaba productos estadounidenses de baja tecnología para hacer zapatos o salchichas). Eisenhower evitó el fracaso de las conversaciones cuando se llevó a su invitado en helicóptero a su rancho de Gettysburg y le regaló una de sus reses de ganado. A cambio, Jrushchov invitó a Eisenhower y sus nietos a visitar la Unión Soviética.

A la mañana siguiente, Jrushchov accedió a retirar su ultimátum sobre Berlín del año anterior a cambio del compromiso de Eisenhower de iniciar conversaciones sobre el estatus de Berlín con el objetivo de alcanzar una solución que satisficiera a todas las partes.

Con inusual franqueza, Jrushchov le confesó a Eisenhower que sólo había hecho público el ultimátum sobre Berlín para «responder a la prepotente actitud de los EEUU en relación a la URSS, que había llevado al Soviet a considerar que no había otra alternativa». El líder soviético aseguró que necesitaba un acuerdo de desarme con EEUU: suficientes problemas tenía ya para alimentar a su población como para, encima, tener que asumir los costes de una carrera armamentística. Los dos hombres compararon sus puntos de vista sobre cómo sus respectivas posturas militares los estaban obligando a la proliferación armamentística, culpando siempre de ello la agresiva postura del otro país.

Las conversaciones estuvieron a punto de fracasar de nuevo cuando

Jrushchov insistió en la necesidad de emitir un comunicado conjunto que recogiera su acuerdo sobre el inicio de las negociaciones por Berlín, pero exigió que la parte estadounidense eliminara la referencia a que éstas «no estarían sujetas a un límite temporal». Tras un tenso tira y afloja, Eisenhower aceptó los términos de Jrushchov con la condición de que, en la conferencia de prensa conjunta, pudiera mencionar que el líder soviético había accedido a retirar su ultimátum sobre Berlín y que éste lo confirmara si los medios le preguntaban por ello.

Eufórico por el viaje y por la perspectiva de una cumbre, en diciembre de ese mismo año Jrushchov ordenó un recorte preventivo de 1,2 millones de hombres en sus efectivos, la mayor reducción porcentual desde la década de 1920. Ni siquiera las informaciones de que los presidentes Charles de Gaulle, por Francia, y Konrad Adenauer, por la Alemania Federal, no compartían la disposición de Eisenhower a negociar el estatus de Berlín logró empañar el optimismo de Jrushchov.

SVERDLOVSK, UNIÓN SOVIÉTICA

DOMINGO, 1 DE MAYO DE 1960

Tan sólo ocho meses después de su viaje a EEUU, lo que Jrushchov había bautizado como el «espíritu de Camp David» estalló en Sverdlovsk, en los montes Urales, cuando un misil tierra-aire soviético derribó un avión espía estadounidense.

Inicialmente, Jrushchov celebró el incidente como una victoria de la tecnología antiaérea soviética y como una señal de que las tornas estaban cambiando. Tan sólo tres semanas antes, sus fuerzas defensivas habían sido incapaces de derribar un avión de última generación de la CIA que volaba a gran altitud, a pesar de que los soviéticos habían logrado establecer sus coordenadas exactas. En esa ocasión, el caza soviético MiG-19 que perseguía al avión estadounidense se había estrellado en Semipalatinsk, cerca de la planta de experimentación nuclear que el avión U-2 estaba fotografiando. Tampoco dos interceptores de gran altitud recientemente desarrollados habían

logrado impedir que el U-2 pudiera tomar imágenes del campo de misiles balísticos de Tyumatom.

Hasta aquel momento, un frustrado Jrushchov había mantenido en secreto las intrusiones estadounidenses para no tener que admitir la derrota militar soviética ante el mundo. Ahora que sus fuerzas habían derribado el U-2, optó por jugar maliciosamente con los estadounidenses y no mencionar el incidente, mientras la CIA inventaba una tapadera (que más tarde se vería obligada a retirar vergonzosamente) según la cual un avión meteorológico se había perdido en Turquía.

Al cabo de unos días, sin embargo, Jrushchov se dio cuenta de que en realidad el incidente con el U-2 resultaba más peligroso para él que para los norteamericanos. Los enemigos políticos a quienes había neutralizado tras sofocar el golpe de estado contra su persona habían empezado ya a reagruparse. Mao Zedong había condenado públicamente los cortejos de Jrushchov con los norteamericanos como una «traición comunista». Aunque de momento se limitaban aún a conversaciones privadas, algunos oficiales del partido y altos cargos militares empezaron a cuestionar seriamente la reducción de efectivos ordenada por Jrushchov, al que acusaban de mermar las capacidades defensivas de la patria.

Años más tarde, Jrushchov le confesó al doctor A. McGhee Harvey, un especialista estadounidense que trataba a su hija, que el incidente con el U-2 resultó ser la fuga de agua tras la cual dejó de «tener el control absoluto». A partir de aquel momento, a Jrushchov le resultó cada vez más difícil defenderse de quienes lo acusaban de debilidad ante las intenciones militares e imperialistas de los tramposos estadounidenses.

En un primer momento, Jrushchov intentó salvar la Cumbre de París que debía celebrarse dos semanas después del incidente con el U-2, una reunión que le había costado mucho concretar y que esperaba que se convirtiera en el punto álgido de su mandato. Jrushchov respondió a los críticos internos que retirarse en aquel momento sería como premiar a los partidarios de la línea dura de la administración estadounidense, como por ejemplo el director de la CIA, Allen Dulles, el hombre que, según el líder soviético, habría ordenado aquellos vuelos para socavar los esfuerzos pacíficos sinceros de Eisenhower.

Pero Eisenhower desacreditó la tapadera política de Jrushchov durante una conferencia de prensa el 11 de mayo, apenas cinco días antes de la cumbre. Para mandar un mensaje de tranquilidad a sus conciudadanos y dejar claro que su gobierno había actuado de forma responsable y siempre bajo su control, Eisenhower aseguró haber aprobado personalmente el vuelo del U-2 de Gary Powers, tal como había hecho con el resto de misiones delicadas. Era necesario asumir esos riesgos, dijo, porque el secretismo soviético hacía imposible valorar las intenciones y las capacidades militares de Moscú a través de otros medios. «Estamos llegando a un punto en el que debemos decidir si nos preparamos para librar una guerra o para evitarla», le dijo a su equipo de seguridad nacional.

Para cuando aterrizó en París, Jrushchov había decidido ya que si no lograba una disculpa pública de Eisenhower iba a tener que provocar el fracaso de las conversaciones de París. Al líder soviético le resultaba políticamente más seguro abandonar la cumbre que enfrentarse a una reunión destinada de antemano al fracaso, puesto que a esas alturas también era evidente que EEUU no iba a realizar ninguna de las concesiones que buscaba en lo tocante a Berlín.

Aunque Eisenhower se negó a disculparse en París por la misión del U-2, intentó evitar el fracaso de la cumbre con la propuesta de un acuerdo para poner fin a esos vuelos. De hecho, dio un importante paso más allá al proponer un enfoque de «cielos abiertos» que permitiera que fueran aviones de las Naciones Unidas los que monitorizaran ambos países. Jrushchov, sin embargo, no habría podido aceptar jamás una propuesta como ésta, pues el secretismo era lo único que protegía sus exageraciones sobre las capacidades militares soviéticas.

En la que terminaría siendo la única sesión de la cumbre, y contrariamente a lo que era habitual en él, Jrushchov se ciñó al texto que llevaba preparado y pronunció una arenga de 45 minutos en la que propuso aplazar el encuentro entre seis y ocho meses, hasta que Eisenhower hubiera abandonado el cargo. Además, retiró la invitación al presidente estadounidense para que visitara la Unión Soviética. A continuación, y sin advertir previamente a los demás líderes de la cumbre, Jrushchov se negó con petulancia a asistir a la segunda

sesión el día siguiente y se retiró con el ministro de Defensa Rodin Malinovski al pueblo francés de Pleus-sur-Marne (donde Malinovski había sido destinado durante la Segunda Guerra Mundial) a beber vino, comer queso y hablar de mujeres. El líder soviético regresó esa misma tarde a París para, bien entonado, anunciar el fracaso de la cumbre.

Pero su acto público culminante fue la rueda de prensa de despedida, que duró casi tres horas y durante la cual dio un puñetazo tan fuerte encima de la mesa que derribó una botella de agua mineral. Entonces asumió que los abucheos posteriores procedían de periodistas de la Alemania Federal, a los que tildó de «cabrones fascistas a los que debimos cargarnos en Stalingrado». Aseguró que si volvían a interrumpirlo los atizaría tan fuerte «que no podrán ni piar».

Jrushchov estaba tan desquiciado cuando informó a los enviados del Pacto de Varsovia en París que recurrió a un chiste grosero para resumir el resultado de la cumbre; el chiste [giraba en torno a la triste historia](#) de un soldado zarista que era capaz de interpretar la melodía de «Dios salve a Rusia» a base de pedos, pero que sufría un desgraciado accidente al tener que interpretarla bajo coacción. Lo que quería decir Jrushchov era que los embajadores podían informar a sus gobiernos de que las presiones que él mismo había aplicado en París habían hecho que Eisenhower se cagara en los pantalones.

El embajador polaco en Francia, Stanisław Gaevski, dijo al concluir la sesión que el líder soviético le había parecido «algo inestable emocionalmente» y que, por el bien de las relaciones entre el bloque del Este y Occidente, habría sido preferible que Jrushchov no acudiera a París.

[Pero a pesar de todo el teatro, Jrushchov](#) se jugaba demasiado como para abandonar de golpe su apuesta por una «coexistencia pacífica» con Occidente. Había roto con Eisenhower, pero no con EEUU. A pesar de que el incidente con el U-2 había lastrado su cumbre, no podía permitir que socavara su liderazgo.

De regreso a Moscú, Jrushchov se detuvo en Berlín Este, donde cambió su ceñuda expresión de París por una conciliadora sonrisa. Aunque inicialmente estaba previsto que hablara ante una multitud de 100.000 personas en la plaza Marx-Engels, tras la debacle parisina los líderes de la Alemania del Este

decidieron trasladar el acto a los límites más seguros de la Werner-Sellenbinder-Halle, un pabellón deportivo donde Jrushchov se dirigió a un selecto grupo de 6.000 leales comunistas.

[Ante la sorpresa de los diplomáticos estadounidenses](#), que esperaban que el líder soviético hurgara aún más en la crisis, Jrushchov introdujo una inesperada dosis de paciencia en la situación y afirmó que iba a esperar a que los estadounidenses hubieran elegido a un nuevo presidente. «En esta coyuntura es necesario dejar pasar algo de tiempo», dijo, y añadió que eso permitiría también que las perspectivas de una solución para Berlín «madurasen mejor».

A continuación Jrushchov empezó a trabajar en los preparativos de su segundo viaje a Estados Unidos, que tendría lugar en unas circunstancias completamente distintas al anterior.

ABORDO DEL *BALTIKA*

LUNES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1960

La fría llegada de Jrushchov a un desvencijado muelle de Nueva York demostraba lo mucho que habían cambiado las cosas desde que el presidente Eisenhower lo recibiera en la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews hacía tan sólo un año. [En lugar de llegar a EEUU](#) en el más avanzado avión de pasajeros soviético, que estaba siendo reparado en el taller, Jrushchov había viajado a bordo del *Baltika*, una reliquia de la flota alemana de 1940, confiscada en el marco de las indemnizaciones de guerra.

Para compensar, y para enviar un mensaje de unidad comunista, Jrushchov había viajado en compañía de los líderes de Hungría, Rumanía, Bulgaria, Ucrania y Bielorrusia. Ya durante el viaje se había visto sujeto a violentos cambios de humor. En un momento había sucumbido a la depresión y al temor de que la OTAN pudiera hundir su embarcación, que no contaba con ninguna protección, mientras que en otra ocasión había insistido en que el jefe del Partido Comunista Ucraniano, Nikolai Podgorny, entretuviera a los demás pasajeros bailando un *gopak*, baile nacional ucraniano que se interpreta de

cuclillas y lanzando vigorosas patadas.

Cuando uno de los marineros soviéticos había saltado del barco en las inmediaciones de la costa americana para buscar asilo en EEUU, Jrushchov se había limitado a encogerse de hombros. «Veréis lo poco que tarda en descubrir lo dura y desagradable que es la vida en Nueva York.» No sería la única indignidad que tendría que soportar. Jrushchov fue recibido en el puerto por una manifestación del sindicato de la Asociación Internacional de Estibadores, cuyos miembros exhibieron carteles de protesta desde un buque. El más memorable decía: «LA ROSA ES ROJA, LA VIOLETA ES AZUL, STALIN ACABÓ PALMANDO, ¿CUÁNDO LA PALMARÁS TÚ?».

Jrushchov estaba furioso. Había soñado con llegar a América como los primeros descubridores, sobre los que había leído de niño, pero en lugar de ello el boicot del sindicato de estibadores obligó al *Baltika* a echar amarras con la ayuda de su propia tripulación y de un puñado de diplomáticos soviéticos sin experiencia naval en el destartado muelle 73 del East River. «En fin, otra jugarreta de los estadounidenses», se quejó Jrushchov.

Lo único que permitió salvar la situación fue que Jrushchov aún controlaba a su propia prensa. El corresponsal de *Pravda*, Gennady Vasiliev, habló en su artículo de una feliz multitud (no hubo multitud alguna) reunida junto a la costa una mañana soleada (estaba lloviendo).

Pero nada de todo eso logró mermar la energía que Jrushchov invertiría en aquel viaje. El líder soviético solicitaría sin éxito que el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld, fallecido en un accidente aéreo en África unos días antes, fuera reemplazado por una troica formada por un occidental, un comunista y un líder no alineado. Propuso también que la ONU trasladara su sede a Europa, tal vez a Suiza. Durante el último día de su estancia, en un acto simbólico que se convertiría en el principal recuerdo que la historia guardaría de aquella visita y después de que un delegado filipino hiciera referencia a las naciones cautivas por el comunismo, Jrushchov se quitó un zapato y aporreó la mesa a modo de protesta.

El 26 de septiembre, sólo una semana después del viaje de Jrushchov, el *New York Times* informó de que una encuesta de alcance nacional en EEUU revelaba que el líder soviético se había convertido en uno de los puntos clave

en la campaña de las elecciones presidenciales y que había logrado convertir la política exterior en la principal preocupación de los votantes estadounidenses, que dudaban sobre cuál de los candidatos, Richard Nixon o el senador John F. Kennedy, estaba más capacitado para plantar cara a Jrushchov.

[Jrushchov estaba decidido a utilizar](#) su considerable influencia de forma más inteligente que en 1956, cuando el primer ministro soviético Nikolai Bulganin había alabado al candidato preferido por el Soviet, Adlai Stevenson, propiciando así la victoria de la candidatura de Eisenhower y Nixon. [En público, Jrushchov contestaba con evasivas](#) y aseguraba que ambos candidatos «representan el mundo de los grandes negocios estadounidenses... Como decimos los rusos, son dos botas del mismo par: ¿cuál es mejor, la derecha o la izquierda?». Cuando le preguntaban por su favorito, respondía prudentemente: «Roosevelt».

[Entre bastidores, sin embargo](#), el líder soviético trabajó desde el primer momento para propiciar la derrota de Nixon. Ya en enero de 1960, rodeados de vodka, fruta y caviar, el embajador soviético en EEUU, Mijaíl Menshikov, le preguntó a Adlai Stevenson qué podía hacer Moscú para ayudarlo a derrotar a Nixon. ¿Era preferible que la prensa soviética lo alabara o lo criticara? ¿Y sobre qué asuntos? [Stevenson respondió que no esperaba](#) ser candidato y que rezaría por que la noticia de la propuesta soviética no se filtrara.

Sin embargo, el potencial de Jrushchov para influir en las elecciones, ya fuera por voluntad propia o por accidente, era tan evidente que los dos partidos en contienda acudieron a él.

[El republicano Henry Cabot Lodge Jr.](#), que había logrado cierta proximidad con Jrushchov durante la primera visita de éste a EEUU, voló a Moscú en febrero de 1960 para convencer al líder soviético de que Nixon era alguien con quien podría trabajar. Lodge, que terminaría siendo el vicepresidente de la candidatura de Nixon, dijo: «En cuanto el señor Nixon ocupe la Casa Blanca estoy seguro, absolutamente seguro, de que su postura buscará proteger e incluso mejorar nuestras relaciones». Sin embargo, le pidió a Jrushchov que mantuviera la neutralidad, pues estaba convencido de que el respaldo del líder soviético le costaría votos a Nixon.

En otoño, la administración Eisenhower intensificó sus demandas para que Jrushchov liberase a Gary Powers y los aviadores del RB-47 derribado en el Ártico. Más tarde, Jrushchov recordaría que no había accedido a la demanda porque la carrera electoral estaba tan reñida que una respuesta en ese sentido habría desequilibrado la balanza. «Al final resultó que tomamos la decisión correcta», dijo más tarde. Teniendo en cuenta la diferencia de votos final, dijo, «cualquier gesto habría resultado decisivo».

Los demócratas también intentaron influir en Jrushchov. W. Averell Harriman, antiguo embajador en Moscú del presidente Roosevelt, recomendó a través del embajador Menshikov que Jrushchov se empleara con dureza con ambos candidatos. La mejor forma para que Nixon saliera ganador, aseguró, era que Jrushchov alabara a Kennedy en público. El momento elegido para la reunión, a menos de un mes de las elecciones y mientras Jrushchov se encontraba aún en EEUU, demostraba hasta qué punto los demócratas reconocían la influencia electoral del líder soviético.

A pesar de sus reservas públicas, Jrushchov fue muy explícito con sus subordinados. «Creíamos que las esperanzas de mejorar las relaciones soviético-americanas aumentarían si John Kennedy ocupaba la Casa Blanca.» Les dijo a sus colegas que, a tenor del anticomunismo de Nixon y de su conexión con «ese demonio de la oscuridad, [el senador Joe] McCarthy, a quien debía su carrera... no tenemos motivos para desear que Nixon logre la presidencia».

Aunque a lo largo de la campaña electoral Kennedy hizo gala de una dura retórica contra Moscú, la KGB apuntó que ésta obedecía menos a sus convicciones que a la coyuntura política y a la influencia de su padre, el anticomunista Joe Kennedy. Jrushchov celebró las declaraciones de Kennedy abogando por negociar la prohibición de las pruebas nucleares y sus palabras asegurando que, de haber sido presidente, habría pedido disculpas por las incursiones de los U-2. Pero, sobre todo, Jrushchov se veía capacitado para superar tácticamente a Kennedy, al que su ministro de Asuntos Exteriores había definido como un hombre «que difícilmente poseerá las virtudes de una persona excepcional». El consenso en el Kremlin era que aquel joven era un peso ligero, el fruto de una vida de privilegio norteamericana que carecía de

la experiencia necesaria para asumir el liderazgo.

Los candidatos continuaron brindando sus atenciones a Jrushchov, que seguía la campaña desde su suite de la misión soviética, situada en la calle Sesenta y seis y Park Avenue, donde de vez en cuando se dejaba ver en el balcón de una mansión de finales de siglo construida originalmente para el banquero Percy Pyne. En el primer debate entre Kennedy y Nixon en un estudio de televisión de Chicago, el 26 de septiembre (el primer debate presidencial televisado de la historia), las primeras declaraciones de Kennedy ante sesenta millones de espectadores estadounidenses hicieron referencia explícita a la presencia del líder soviético en Nueva York y a «nuestra lucha por la supervivencia con el señor Jrushchov».

Aunque el debate debía centrarse en asuntos domésticos, Kennedy expresó su preocupación por que la Unión Soviética estuviera produciendo «el doble de científicos e ingenieros que nosotros», mientras EEUU continuaba pagando salarios precarios a sus profesores e infradotando a sus universidades. A continuación aseguró que estaba mejor preparado que Nixon para colocar a EEUU por delante de la URSS en educación, asistencia sanitaria, construcción de viviendas y vitalidad económica.

Durante su segundo debate sobre política exterior, el 7 de octubre en Washington D.C., los candidatos se centraron de pleno en Jrushchov y en Berlín. Kennedy predijo que «el próximo presidente deberá enfrentarse, ya durante su primer año de mandato, a un gran desafío en nuestra defensa de Berlín, nuestro compromiso con Berlín. Va a ser una situación que pondrá a prueba nuestro coraje y nuestra voluntad». Declaró también que el presidente Eisenhower había permitido que la fuerza de EEUU se erosionara y aseguró que, si salía elegido, solicitaría al congreso que apoyara la proliferación militar, pues en primavera o en invierno «nos vamos a encontrar cara a cara con la crisis más grave sobre Berlín desde 1949 o 1950».

Durante la campaña, Adlai Stevenson había aconsejado a Kennedy que evitara hablar de Berlín porque «sería difícil decir algo constructivo sobre la ciudad dividida que no pusiera en peligro las futuras negociaciones». Y Kennedy tan sólo había mencionado Berlín en unos pocos discursos. Sin embargo, el tema era más difícil de evitar cuando todo el país estaba viendo el

debate, sobre todo después de que Jrushchov hubiera dicho a los enviados de las Naciones Unidas que deseaba que EEUU participara en una cumbre sobre Berlín poco después de las elecciones y justo antes de la reunión de la Asamblea General de la ONU programada para el mes de abril.

[Durante su tercer debate](#), el 13 de octubre, Franc McGee de NBC News, preguntó a los dos candidatos si estarían dispuestos a emprender acciones militares para defender Berlín. Kennedy respondió con su afirmación más tajante sobre Berlín durante toda la campaña: «Señor McGee, tenemos el derecho contractual de estar presentes en Berlín que se deriva de las conversaciones de Potsdam y de la Segunda Guerra Mundial, que se ha visto reforzado por los compromisos adquiridos por el presidente de Estados Unidos y respaldados por varios países en el marco de la OTAN... Si queremos garantizar la seguridad en la Europa occidental debemos cumplir con dichos compromisos y, por lo tanto, ésa es una pregunta sobre la que no creo que ningún estadounidense tenga dudas. Espero que tampoco las tenga ningún miembro de la comunidad de Berlín Oeste. Y estoy convencido de que los rusos tampoco tienen ninguna duda al respecto. Cumpliremos nuestros compromisos a la hora de mantener la libertad y la independencia de Berlín Oeste».

Pero a pesar de la aparente convicción de Kennedy, Jrushchov presentía que existían los mimbres para alcanzar un acuerdo. Kennedy había hablado de los derechos contractuales de EEUU en Berlín, pero no de responsabilidad moral. No se trataba del toque de rebato a las naciones libres cautivas habitual entre los republicanos. Tampoco estaba sugiriendo que hubiera que hacer extensiva esa libertad al Berlín Este. Había hablado de Berlín *Oeste* y sólo de Berlín *Oeste*. Kennedy se refería a Berlín como si se tratara de un asunto legal y técnico, sobre el que se podía negociar.

Sin embargo, antes que Jrushchov pudiera poner a prueba a Kennedy, debía poner en orden la situación doméstica y neutralizar los desafíos crecientes que lo hostigaban en dos frentes: China y la Alemania del Este.

MOSCÚ,

VIERNES, 11 DE NOVIEMBRE DE 1960

Era comprensible que, inicialmente, Occidente no acertara a comprender la importancia de la mayor reunión de líderes comunistas de la historia, especialmente teniendo en cuenta que ésta estuvo marcada por dos semanas de discursos monótonos y redundantes de 81 delegaciones procedentes de todo el mundo. [Entre bastidores, sin embargo](#), Jrushchov estaba trabajando para neutralizar los intentos del líder chino Mao Zedong de arrebatarse el liderazgo sobre el comunismo en el mundo y para obtener el apoyo necesario dentro del partido para abordar un nuevo acercamiento diplomático con el presidente electo Kennedy.

Los responsables de la estrategia de política exterior rusa consideraban que sus dos prioridades eran la alianza chino-rusa y la coexistencia pacífica con Occidente, por ese orden. El ministro de Asuntos Exteriores, Andrey Gromyko, había declarado que sería un error perder Pekín sin obtener ninguna contrapartida sólida de EEUU, pero justamente eso era lo que había sucedido durante 1960. [La embajada soviética en Pekín](#) había informado a Jrushchov de que los chinos estaban aprovechando las consecuencias del incidente con el U-2 y de la cumbre de París para oponerse a la política exterior de Jrushchov «de forma directa y abierta por primera vez».

[Mao era contrario a la política de Jrushchov](#) basada en la coexistencia pacífica y buscaba un camino que fomentara una confrontación más intensa, tanto en Berlín como en los países en vías de desarrollo. La delegación china había llegado a Moscú decidida a lograr el apoyo del Kremlin para diversos movimientos de liberación nacional y dirigentes izquierdistas, desde Asia hasta África pasando por América Latina.

Tras la ruptura de las relaciones con EEUU, numerosos altos cargos soviéticos afirmaban en privado que había llegado el momento de que Jrushchov realizara una apuesta estratégica más atrevida con los chinos. Pocos sabían, sin embargo, que eso sería imposible debido a la animadversión personal que había surgido entre Jrushchov y Mao.

Según el propio Jrushchov, su mala opinión sobre Mao se remontaba ya a su primera visita a la China en 1954, para las celebraciones del 5.º

aniversario de la República Popular. Jrushchov se había quejado de todo, desde las interminables rondas de té verde («Mi cuerpo no tolera tanto líquido») hasta la cortesía obsequiosa y, a su parecer, falsa de su anfitrión. Mao se había mostrado tan poco cooperativo durante sus conversaciones que, a su regreso a Moscú, Jrushchov había declarado: «El conflicto con China es inevitable».

Cuando un año más tarde el canciller de la Alemania Federal, Konrad Adenauer, había expresado a Jrushchov sus dudas sobre la emergente alianza chino-soviética, Jrushchov había descartado dicha posibilidad y había formulado sus propias dudas sobre el país asiático. «[Imagine](#)», le dijo. «Son ya seiscientos millones de personas y cada año crecen en doce millones más... Tenemos que velar por la calidad de vida de nuestra gente, tenemos que armarnos como los americanos y, encima, tenemos que dejar que los chinos nos chupen la sangre como sanguijuelas.»

[Mao había sorprendido a Jrushchov](#) al mostrarse dispuesto a declarar la guerra a EEUU, por devastadoras que pudieran ser las consecuencias. Los chinos y los soviéticos juntos contaban con una población mucho mayor, le había dicho Mao a Jrushchov, y por lo tanto saldrían victoriosos. «Independientemente del tipo de guerra que se desate, ya sea convencional o termonuclear, ganaremos», le dijo a Jrushchov. «Es posible que perdamos a trescientos millones de personas. ¿Y qué? La guerra es la guerra.» A continuación, y utilizando lo que el líder soviético consideró el término más grosero posible para referirse al acto sexual, Mao había asegurado que los chinos simplemente producirían más bebés que antes para reemplazar a los muertos. Jrushchov se convenció de que Mao era «un lunático en un trono».

Cuando en 1956 Jrushchov repudió a Stalin y el culto a su persona, las tensiones en la relación entre ambos líderes empeoraron aún más. «[Comprendieron perfectamente las implicaciones](#) de aquellas palabras», dijo Jrushchov en referencia a los líderes chinos. «El Congreso había condenado a Stalin por el asesinato de cientos de miles de personas y por sus abusos de poder; Mao Zedong no hacía más que seguir los pasos de Stalin.»

La espiral descendente en las relaciones se aceleró en junio de 1959, cuando Jrushchov faltó a su promesa de entregar una bomba atómica de

muestra a los chinos y, al mismo tiempo, se centró en intentar mejorar sus relaciones con los estadounidenses. Mao les dijo al resto de líderes del partido que Jrushchov estaba abandonando el comunismo para pactar con el diablo.

Jrushchov tensó aún más la cuerda cuando, poco después de su viaje a EEUU en 1959, regresó a China para las celebraciones del 10.º aniversario de la República Popular. En lugar de limitarse a alabar la revolución de Mao, Jrushchov aprovechó un banquete de gala para felicitarse también a sí mismo por haber reducido las tensiones mundiales gracias al «espíritu de Camp David» que había surgido entre él y Eisenhower.

Durante ese mismo viaje, Mao echó humo de cigarrillo a la cara de Jrushchov mientras hablaban (aunque sabía perfectamente que no había cosa que el líder soviético odiara más) y se burló de él y de lo que denominó sus caóticas divagaciones. Los intentos de Mao por humillar a Jrushchov alcanzaron su punto álgido en una piscina al aire libre al que el primero llevó al segundo para seguir con las conversaciones. Mao, que era un gran nadador, se lanzó de cabeza en la parte más honda y empezó a hacer largos con elegancia, mientras Jrushchov chapoteaba en la parte poco profunda con un salvavidas que le habían arrojado los asesores del líder chino. Durante el camino de vuelta, Mao le dijo a su médico que había fastidiado tanto a Jrushchov que había sido como «meterle una aguja por el culo».

Jrushchov era consciente de que le habían tendido una trampa. «El intérprete traducía sin parar y yo no podía responder como era debido. Era la forma de Mao de ponerse en una situación ventajosa. Y me harté. Mientras nadaba, iba pensando: “Vete a hacer puñetas”.»

La primera señal del nivel de degradación al que llegaría la relación entre Mao y Jrushchov se había producido cinco meses antes, el 20 de junio de 1960, en Bucarest, donde los rumanos habían reunido a las delegaciones de 51 países comunistas para su Tercer Congreso del Partido. Dos días antes de la reunión, Jrushchov había anunciado su asistencia después de que fracasara el intento de allanar las diferencias con la delegación china que había visitado Moscú de camino a la capital rumana. Su presencia transformó una insignificante reunión de partido en la peor confrontación que se hubiera

producido entre los líderes de los dos países comunistas más poderosos del mundo. Para preparar el terreno, Boris Ponomarev, jefe del Departamento Internacional del Comité Central Soviético, había difundido la opinión de Moscú sobre la «visión equivocada de la situación global actual» de Mao en una «Carta Informativa» de 81 páginas dirigida a los delegados del congreso. Ésta incluía también la intención de Jrushchov de continuar apostando por la coexistencia pacífica con el nuevo presidente estadounidense.

Con la ausencia de Mao en Bucarest, su réplica corrió a cargo de Peng Zhen, el jefe de la delegación china y comunista legendario, que había liderado la resistencia contra la ocupación japonesa y la decisiva toma comunista de Pekín en 1948.¹ Peng dejó atónitos a los delegados con la ferocidad sin precedentes de su ataque contra Jrushchov, que acompañó de varias cartas que el líder soviético le había enviado a Mao ese mismo año y que repartió entre los presentes. Las cartas del líder soviético provocaron la consternación de los delegados por dos motivos: la ordinariez del lenguaje con el que Jrushchov lanzaba sus dardos envenenados contra Mao y la indiscreción sin precedentes de los chinos al compartir correspondencia privada con otros.

Jrushchov estalló con una furia que ni los delegados más veteranos recordaban durante una sesión final a puerta cerrada. Atacó al ausente Mao, de quien dijo que era «un Buda que se saca las teorías de la nariz» y al que acusó de «ignorar cualesquiera intereses que no sean los suyos».

Peng replicó diciendo que ahora resultaba evidente que Jrushchov había organizado el encuentro de Bucarest tan sólo para atacar a China. Además, acusó al líder soviético de no tener política exterior, más allá de «girar como una veleta ante las potencias imperialistas».

Jrushchov montó en cólera y, en una decisión furiosa e impulsiva, ordenó de la noche a la mañana cancelar todos los acuerdos con China en lo tocante a asuntos económicos, diplomáticos y a los servicios de información, que habían tardado años en cerrarse. «Antes de un mes», decretó, iba a ordenar la retirada de 1.390 asesores técnicos soviéticos, abandonarían 257 proyectos científicos y técnicos de cooperación y cancelarían 343 contratos y subcontratos de expertos. Hubo que abortar decenas de proyectos de investigación y construcción

chinos, lo mismo que numerosos proyectos fabriles y mineros que habían empezado ya a producir en período de pruebas.

Sin embargo, el comunicado oficial sobre la reunión de Bucarest se redactó de tal forma que permitiera ocultar ante Occidente la verdad sobre la colisión inminente de los líderes comunistas. Pero eso no sería tan sencillo durante la siguiente reunión, que iba a tener lugar en Moscú en noviembre y a la que asistirían prácticamente las mismas delegaciones, aunque, eso sí, mucho más numerosas y con participantes de mayor nivel.

Las maniobras de Jrushchov antes de la reunión y sus intrigas durante la conferencia lograron mantener a los chinos a raya. Sólo una decena de delegaciones de países de entre las 81 presentes respaldaron las objeciones chinas sobre la liberalización del comunismo en el interior y la coexistencia pacífica en el exterior impulsadas por Jrushchov. Sin embargo, y aunque limitado, aquel nivel de oposición al liderazgo soviético no tenía precedentes.

Con Mao en Pekín, Jrushchov y el secretario general del Partido Comunista Chino, Deng Xiaoping, se enfrentaron a puerta cerrada en la Sala de San Jorge del Kremlin. [Jrushchov tildó a Mao](#) de «belicista megalomaniaco», dijo que Mao «quería a alguien en quien poder mearse encima» y añadió: «Si tanto queréis a Stalin, os lo podéis quedar: ¡el cadáver, el ataúd y todo!».

[Deng atacó el discurso del líder](#) soviético y declaró que «era evidente que Jrushchov había hablado sin conocimiento de causa, como hacía a menudo». Se trataba de un insulto sin precedentes al líder reconocido del movimiento comunista en su propio territorio. El nuevo aliado de Mao, el líder albanés Enver Hoxha, pronunció un discurso salvaje en el que acusó a Jrushchov de hacer chantaje a Albania y de pretender lograr la sumisión de su país matándolo de hambre por haberse mantenido fiel a Stalin.

Al final, soviéticos y chinos pactaron un alto el fuego. Los chinos habían constatado con sorpresa que el líder soviético era capaz aún de lograr amplios apoyos y se retiraron, conscientes de que no podían provocar un cisma en el movimiento comunista en un momento tan decisivo. Los chinos aceptaron a regañadientes la apuesta de Jrushchov por la coexistencia pacífica con Occidente a cambio de que el líder soviético accediera a prestar un mayor

apoyo a los opositores al capitalismo en los países en vías de desarrollo.

Por otro lado, la URSS brindaría de nuevo su apoyo a China, lo que permitiría reanudar las labores de construcción en 66 de los 155 proyectos industriales ya iniciados. Pero Mao no logró lo que más anhelaba: un pacto de cooperación en tecnología militar de largo alcance. [Según el intérprete de Mao, Yan Mingfu](#), el acuerdo era tan sólo «un armisticio temporal. A largo plazo, la situación estaba fuera de control».

Con el frente chino temporalmente aplacado, Jrushchov pudo centrarse en intentar proteger el flanco de la Alemania del Este.

EL KREMLIN, MOSCÚ

MIÉRCOLES, 30 DE NOVIEMBRE DE 1960

[Ulbricht estaba sentado en su silla](#), tenso y muy erguido, escuchando con escepticismo a Jrushchov mientras éste exponía su estrategia a la hora de negociar con Kennedy sobre el asunto de Berlín en 1961. Desde octubre, el líder de la Alemania del Este le había mandado tres cartas, cada una más crítica que la anterior, en las que se quejaba de la incapacidad de Jrushchov de dar una respuesta más firme a las crecientes dificultades económicas y a la hemorragia de refugiados a las que se enfrentaba su país.

Ulbricht, que había perdido ya cualquier esperanza de que Jrushchov fuera a tomar cartas en el asunto berlinés de forma inmediata, había empezado de forma unilateral a ejercer un control más severo sobre Berlín. Por primera vez, la Alemania del Este exigía a los diplomáticos acreditados en la Alemania Federal el permiso de las autoridades de la Alemania del Este para entrar en Berlín Este o en la Alemania del Este. De hecho, ya se había producido un incidente en las altas esferas cuando sus guardas de fronteras habían negado el acceso a Walter «Red» Dowling, el embajador estadounidense en la Alemania Federal. La actitud de la Alemania del Este contradecía frontalmente los intentos soviéticos por mejorar los contactos diplomáticos y económicos con Berlín Oeste y con la Alemania Federal. Por ello, el 24 de octubre Jrushchov había ordenado a Ulbricht que revertiera su

nuevo régimen fronterizo. Ulbricht había obedecido a regañadientes, pero las tensiones entre ambos líderes eran cada vez más evidentes.

El [embajador soviético en el Berlín Este](#), Mijaíl Pervujin, informó a Jrushchov y al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko de que Ulbricht estaba desobedeciendo las directrices del Kremlin cada vez con mayor frecuencia. [Un segundo secretario](#) de la embajada soviética, A. P. Kazennov, mandó un telegrama a sus superiores en Moscú y los advirtió de que la Alemania del Este se estaba planteando cerrar la frontera de la ciudad para detener el creciente flujo de refugiados. Pervujin informó a Moscú de una serie de medidas que Ulbricht había adoptado para limitar el movimiento y la interacción económica entre las dos partes de la ciudad que demostraban la «inflexibilidad» del líder de la Alemania del Este.

[Ulbricht había creado un nuevo Consejo Nacional](#) de Defensa que debía velar por la seguridad de su país y se había autoproclamado presidente del mismo. El 19 de octubre, el nuevo consejo debatió una serie de medidas potenciales para cerrar la frontera de la ciudad, a través de la cual estaban huyendo tantos refugiados. Aunque Occidente consideraba a Ulbricht una marioneta de los soviéticos, lo cierto era que el líder de la Alemania del Este intentaba ejercer cada vez más influencia en las decisiones de Moscú.

[En su carta más reciente](#), con fecha del 22 de noviembre, Ulbricht había trasladado sus quejas a Jrushchov y había acusado a los soviéticos de cruzarse de brazos mientras la economía de su país se derrumbaba, los refugiados huían en tropel, la libertad del Berlín Oeste se convertía en una causa famosa en todo el mundo y las fábricas del Berlín Oeste se dedicaban a abastecer a la industria de defensa de la Alemania Federal. Ulbricht le dijo a Jrushchov que Moscú debía adoptar otra actitud «después de años tolerando esta situación irregular». Tener que esperar a que Jrushchov organizara una cumbre con Kennedy para actuar sobre Berlín, aseguraba Ulbricht, era simplemente dar ventaja a los estadounidenses.

[Jrushchov le aseguró a un escéptico Ulbricht](#) que abordaría el problema de Berlín durante los primeros compases de la administración Kennedy. No deseaba otra cumbre con las cuatro potencias, dijo, sino un encuentro cara a cara con Kennedy en el que podría conseguir sus objetivos más fácilmente.

Finalmente, le prometió a Ulbricht que si Kennedy no se mostraba dispuesto a negociar un acuerdo razonable durante los primeros meses de su administración, volvería a lanzar un ultimátum.

Aunque Ulbricht continuaba sin fiarse del líder soviético, la promesa de Jrushchov de forzar una solución al problema de Berlín tan pronto lo alentó. Al mismo tiempo, no obstante, el líder de la Alemania del Este advirtió a Jrushchov de que sus constantes promesas de que actuaría sobre Berlín gozaban cada vez de menos credibilidad: «Entre la población», le dijo a Jrushchov, «gana cada vez más peso la opinión de quienes dicen: “Usted [Jrushchov] sólo *habla* de un tratado de paz, pero no *hace* nada al respecto”. Debemos tener cuidado». El líder de la Alemania del Este estaba sermoneando a su superior soviético.

Ulbricht quería que Jrushchov tomara conciencia de que se le estaba acabando el tiempo. «La situación en Berlín se ha complicado y no precisamente a favor nuestro», afirmó y le aseguró a Jrushchov que la economía del Berlín Oeste era cada vez más fuerte, algo que resultaba evidente teniendo en cuenta que 50.000 berlineses del Este cruzaban a diario la frontera para trabajar en la mitad Oeste de la ciudad, que ofrecía unos salarios más altos. La tensión en la ciudad crecía de forma proporcional a las diferencias entre las condiciones de vida en el Este y en el Oeste.

«Aún no hemos tomado las contramedidas adecuadas», se quejó Ulbricht, que aseguró estar perdiendo también la batalla por los cerebros de la intelectualidad, que optaban en su mayoría por refugiarse en Occidente. Ulbricht le dijo a Jrushchov que no podía competir, pues los maestros del Berlín Oeste cobraban entre doscientos y trescientos marcos más al mes que los maestros del Este, y el salario de los médicos del Oeste doblaba el de los del Este. Ulbricht aseguró que no disponía de medios para igualar dichos salarios y que, aun en el caso de que hubiera podido proporcionar a los habitantes de la Alemania del Este el dinero necesario, tampoco tenía la capacidad para producir bienes de consumo suficientes.

Jrushchov prometió un mayor apoyo económico a Ulbricht.

A continuación el líder soviético se encogió de hombros. A lo mejor iba a tener que poner los misiles soviéticos en alerta militar mientras maniobraba

para alterar el estatus de Berlín, aunque confiaba en que Occidente no iniciaría una guerra por la libertad de la ciudad. «**Por suerte nuestros adversarios** aún no se han vuelto locos; aún son capaces de pensar sin que les fallen los nervios.» Si Kennedy no quería negociar, le prometió Jrushchov a Ulbricht, adoptaría medidas unilaterales «que dejarán claro quién ha perdido».

Con un suspiro de exasperación, Jrushchov le dijo a Ulbricht: «Esta situación tiene que acabar algún día».

1. En la década de 1900, Peng sería nombrado uno de «los Ocho Inmortales del Partido Comunista Chino».

Kennedy: La formación de un presidente

Podemos vivir con el status quo en Berlín, pero no podemos tomar ninguna iniciativa para hacer que éste cambie a mejor. En cambio, en mayor o menor medida, soviéticos y alemanes del Este sí pueden, siempre y cuando estén dispuestos a asumir las consecuencias políticas, hacer que cambie a peor.

MARTIN HILLENBRAND, jefe del Departamento de Estado para cuestiones alemanas, memorando de transición al presidente Kennedy, enero de 1961

Empecemos, pues, de nuevo, recordando a ambas partes que la cortesía no es una señal de debilidad y que la sinceridad hay que demostrarla con pruebas.

El presidente KENNEDY, discurso de toma de posesión, 20 de enero de 1961

DESPACHO OVAL, LA CASABLANCA, WASHINGTON, D.C.

MAÑANA DEL JUEVES 19 DE ENERO DE 1961

El presidente más viejo de la historia de EEUU decidió que había llegado la hora de poner al hombre más joven elegido para el cargo al corriente de la parte más temible del trabajo. Era la víspera del día de la toma de posesión y en menos de veinticuatro horas, el presidente Dwight D. Eisenhower, de setenta años, iba a pasarle el balón nuclear de Estados Unidos al senador John F. Kennedy que, a sus cuarenta y tres años, tendría en sus manos la mayor capacidad destructiva que ningún país del mundo hubiera poseído jamás.

Y la tendría en un momento en el que Eisenhower temía que cualquier error de cálculo en cualquiera de los diversos puntos críticos de la relación entre EEUU y la URSS en el mundo (el más candente de los cuales era Berlín) pudiera desencadenar una guerra nuclear. Por ello, Eisenhower tenía planeado hacer un aparte con Kennedy en privado y discutir los pormenores de dicha batalla, una clase magistral que tenía previsto cerrar con una memorable exhibición de toda la parafernalia al alcance de la persona más poderosa del mundo.

A Eisenhower le preocupaba que Kennedy no estuviera preparado para asumir esa responsabilidad. En la intimidad, tachaba a Kennedy de «chiquillo» o «de joven mocososo», cuando no se burlaba de él llamándolo «joven genio». Como comandante en jefe de las Fuerzas Aliadas en Europa durante los dos últimos años de la Segunda Guerra Mundial, Eisenhower había supervisado la invasión y la ocupación de Francia y Alemania. Como teniente de la Marina, Kennedy había pilotado apenas un buque PT, una embarcación con torpedos tan pequeña que sus escuadrones se llamaban «flotas mosquito».

Era cierto que Kennedy había sido condecorado como héroe de guerra tras salvar la vida de once miembros de la tripulación, pero eso había sucedido tan sólo después de que permitiera que un pesado destructor japonés arrollara incomprensiblemente su PT-109. Los amigos de Eisenhower dentro del ejército no se tragaban la explicación según la cual todo había sucedido en un lugar «oscuro como boca de lobo», «en el fragor de la batalla», y sospechaban que Kennedy había actuado con negligencia, aunque había logrado evitar una investigación.

Eisenhower dudaba mucho de que el joven Kennedy hubiera llegado a la presidencia de no ser por los cuantiosos recursos de su padre Joe y la insaciable ambición de éste en la carrera de su hijo. Durante la guerra, Kennedy padre le había pedido a su primo Joe Kane, que gozaba de buenas conexiones políticas en Boston, que sondeara las posibilidades electorales de sus hijos Joe y Jack. También había sido él quien había hablado del acto de coraje de su hijo Jack al escritor y amigo de la familia John Hersey. La publicación de su artículo, primero en *Reader's Digest* y más tarde en la revista *New Yorker*, lanzaron la carrera política de Jack. Un año más tarde,

después de que Jack fuera ungido como héroe, Joe Jr. había muerto en acción de combate pilotando un bombardero experimental en una misión de alto riesgo. Se suponía que debía saltar del B-24 Liberator cargado de explosivos antes de que el avión, convertido en un misil teledirigido, se precipitara por control remoto contra una base de bombas V alemana, pero el avión detonó de forma prematura. Los allegados a la familia se preguntaron si aquella muerte no era el resultado de una rivalidad entre hermanos alimentada por su padre a lo largo de los años; Joe Jr., aventuraban, se habría arriesgado por superar la hazaña de su hermano y eso le habría costado la vida.

[Aquella mañana fría y nublada](#), Kennedy llegó a la Casa Blanca a las 8.57, tras un trayecto de ocho minutos desde su casa de Georgetown. Se trataba de un inusual gesto de puntualidad en un hombre que solía llegar tarde a las citas. Los periódicos dominicales venían salpicados de biografías de la familia Kennedy e ilustraciones de varios artistas de las esposas de los miembros del gabinete con vestidos de fiesta. La travesía era Eisenhower había pasado a la historia. A un nivel más serio, el general Thomas S. Power, jefe de estrategia de las Fuerzas Aéreas, había anunciado que, por primera vez, bombarderos atómicos del Ejército de EEUU iban a sobrevolar el país las veinticuatro horas del día para mantener Estados Unidos en alerta constante contra un ataque sorpresa.

[Antes de la reunión](#), el jefe de transición de Kennedy, el legendario abogado de Washington Clark Clifford, había enviado al equipo de Eisenhower una lista con los asuntos que Kennedy deseaba discutir, pues podían requerir algún tipo de intervención durante sus primeros días en el cargo: Laos, Argelia, el Congo, Cuba, la República Dominicana, Berlín, las conversaciones nucleares y de desarme, asuntos básicos de política económica, fiscal y monetaria y «una valoración de las exigencias bélicas en comparación con las capacidades».

Aquel último punto era la forma que tenía Kennedy de referirse a una cuestión que lo preocupaba cada vez más a medida que se acercaba el momento de ocupar el Despacho Oval: «¿Cómo abordaré una guerra nuclear, llegado el momento?». Kennedy no estaba seguro de hasta qué punto los estadounidenses (los votantes que iba a necesitar si quería lograr la

reelección) estarían dispuestos a cumplir con los solemnes compromisos adquiridos por EEUU en la defensa de Berlín si dichos compromisos implicaban asumir el riesgo de una guerra nuclear que podía acabar con la vida de millones de estadounidenses.

Tras la primera reunión de transición, el 6 de diciembre, Eisenhower había revisado algunas de sus opiniones negativas sobre Kennedy. [De hecho, Eisenhower le había dicho](#) al político demócrata George E. Allen, amigo de Clifford, que: «Estaba muy equivocado y mal informado sobre este joven, que es una de las personas más brillantes que haya conocido jamás». Aunque la juventud y la falta de experiencia de Kennedy continuaban preocupándole, Eisenhower se sintió aliviado al constatar que el nuevo presidente comprendía a la perfección los problemas a los que iba a enfrentarse.

[Kennedy, por su parte, había quedado](#) mucho menos impresionado por «Ike», a quien en la intimidad se refería como «el viejo capullo». En una ocasión le dijo a su hermano Bobby, que iba a convertirse en el nuevo fiscal general, que el presidente saliente le había parecido un hombre intelectualmente lento y desinformado sobre asuntos que debería haber conocido al dedillo.

Kennedy consideraba que la administración Eisenhower no había conseguido nada relevante y que se había limitado a chapotear en las convulsas aguas de un momento histórico que amenazaba con hundir al país. El ejemplo más obvio en ese sentido era el enconado problema de Berlín. Kennedy estaba determinado a conseguir mayores logros durante su presidencia, para la que tomaría como modelos a Abraham Lincoln y Franklin Roosevelt. [Al comparar a Eisenhower con Kennedy](#), el embajador francés Hervé Alphand aseguró que el presidente electo era un hombre «con una memoria asombrosa para recordar hechos, datos y acontecimientos históricos, además de un conocimiento exhaustivo de los problemas que debía abordar [...], voluntad de lograr grandes hitos para su país y para el mundo, y la decisión necesaria para, en otras palabras, convertirse en un gran presidente».

Pero esas altas ambiciones iban a topar principalmente con dos obstáculos: la falta de autoridad derivada de la victoria electoral más ajustada desde 1886 y el hecho de que Lincoln y Roosevelt habían logrado su lugar en

la historia gracias a guerras, una perspectiva terrorífica que había que evitar a toda costa, pues en los días de Kennedy una guerra podía significar el holocausto nuclear.

Kennedy estaba perplejo de haberse impuesto en las elecciones con una ventaja que no llegaba ni siquiera al 1 por ciento con respecto a Nixon, a quien consideraba un hombre con una personalidad tan poco atractiva. «¿Cómo es posible que haya derrotado a un tipo como éste por apenas un centenar de miles de votos?», se quejó a su amigo Kenneth O'Donnell, que se convertiría en asesor de la Casa Blanca.

Además, el nuevo presidente iba a contar con pocos apoyos. Aunque los demócratas habían logrado mantener una considerable mayoría en el congreso, habían perdido a un senador y veinte escaños en la cámara de diputados. Por si eso fuera poco, los demócratas del sur, que eran los que habían ganado por más diferencia, iban a alinearse con los republicanos para exigir dureza en el trato a los soviéticos y en lo tocante a Berlín. De hecho, es probable que Kennedy no hubiera ganado las elecciones si durante la campaña electoral no se hubiera mostrado más severo aún con Moscú que Nixon. Para sacarle aún más brillo a sus credenciales conservadoras y antisoviéticas, y tal vez también para evitar que se difundiera información dañina sobre su pasado, Kennedy tomó la decisión nada convencional de mantener en el cargo a Allan Dulles y J. Edgar Hoover, los dos hombres que habían dirigido respectivamente la CIA y el FBI durante la presidencia de Eisenhower. Poco a poco se iba forjando una curiosa similitud entre Kennedy y Jrushchov, cuyas respectivas coyunturas internas los empujaban más a la confrontación que a la conciliación.

El escaso margen obtenido sobre Nixon hizo que aquel día Kennedy decidiera observar a Eisenhower con mayor atención si cabe, para intentar imbuirse del sosiego y las maneras tranquilizadoras que habían permitido al presidente saliente cumplir con sus dos mandatos y granjearse un amplio apoyo público. Kennedy iba a tener que reforzar su popularidad cuanto antes mejor para poder abordar satisfactoriamente los asuntos inminentes.

Durante las reuniones informativas de transición sobre estrategia nuclear, Kennedy había mostrado su preocupación por la situación que heredaba de Eisenhower, que planteaba unas opciones bélicas enormemente limitadas e

inflexibles. Si los soviéticos invadían Berlín, las únicas alternativas para Kennedy pasaban por un conflicto convencional que los soviéticos ganarían invariablemente o por un intercambio atómico al que tanto él como los aliados estadounidenses eran reacios a exponerse. Por ese motivo, habría sido razonable que la situación en Berlín hubiera ocupado un lugar preeminente en la agenda de Kennedy aquella mañana.

Sin embargo, los dos equipos centraron su atención en el violento conflicto en Laos y el peligro creciente de que el país del sureste asiático cayera en manos comunistas y desencadenase un temible efecto dominó. Aunque la crisis en Berlín tenía una relevancia mucho mayor, a Kennedy le habían repetido una y otra vez que se trataba de un conflicto bloqueado sin solución inmediata aparente, de modo que era preferible invertir sus energías iniciales en otros asuntos.

Un documento de transición que el equipo de Eisenhower había preparado para Kennedy advertía al nuevo presidente (un hombre que se enorgullecía de pensar en grande) de que el conflicto de Berlín dependía de los pequeños detalles, desde los acuerdos menores que garantizaban el tráfico libre y sin restricciones a y desde Berlín Oeste, hasta un sinfín de prácticas vinculadas a los acuerdos entre las cuatro potencias que protegían los derechos de los berlineses del Oeste y la presencia de los aliados en la ciudad.

«**La actual táctica soviética**», decía el informe, «consiste en lograr el control sobre Berlín menoscabando la posición occidental para que cada vez nos resulte más difícil demostrar que, en cada pequeña escaramuza, el verdadero objetivo de fondo es la supervivencia de un Berlín libre. Nuestro problema inmediato pasa por contrarrestar esta “táctica del salami”. [...] Hemos intentado convencer a los soviéticos por todos los medios posibles de que, en último término, estamos dispuestos a luchar por Berlín.» El informe advertía al presidente electo de que iba a enfrentarse a un intento de Jrushchov por reanudar las conversaciones sobre Berlín cuanto antes mejor con el objetivo de lograr la retirada de las tropas occidentales de la ciudad.

Sin embargo, el equipo de Eisenhower no tenía ningún consejo para Kennedy sobre cómo abordar la cuestión de forma efectiva, más allá de que mantuviera el tipo. «Nadie ha logrado aún hallar una fórmula negociable y

aceptable que permita resolver el problema de Berlín sin abordar también una solución para toda Alemania», decía el documento de transición. De momento, la posición estadounidense sostenía que antes o después Alemania iba a tener que unificarse a través de unas elecciones libres que incluyeran tanto a la Alemania Federal como a la Alemania Democrática; sin embargo, nadie era capaz de imaginar que eso pudiera darse en el futuro inmediato, por no decir en el futuro sin más. Por ello, proseguía el informe, «la principal táctica de Occidente consiste en ganar tiempo y demostrar su determinación a proteger Berlín Oeste, al tiempo que se busca la base de una eventual solución. El problema pasa cada vez más por convencer a la URSS de que las potencias occidentales tienen tanto la voluntad de conservar su posición como los medios para hacerlo».

[Martin Hillenbrand](#), el director de la Oficina de Asuntos Alemanes del Departamento de Estado, expresó la situación de forma aún más clara en su informe de transición. Hillenbrand dirigía un grupo de trabajo sobre Berlín, creado por Eisenhower tras el ultimátum de Jrushchov de 1958 y que se enfrentaba casi cada día a problemas de mayor o menor calado. El grupo contaba con representantes de la mayoría de organismos del gobierno estadounidense, además de los embajadores francés, inglés y alemán. «[Podemos vivir con el status quo](#) en Berlín, pero no podemos tomar ninguna iniciativa para hacer que éste cambie a mejor», escribió. «En cambio, en mayor o menor medida, soviéticos y alemanes del Este sí pueden, siempre y cuando estén dispuestos a asumir las consecuencias políticas, hacer que cambie a peor. Por imperiosa que sea la necesidad de encontrar un nuevo enfoque al problema, los hechos ineludibles de la situación limitan enormemente las opciones prácticas de actuación de las que dispone Occidente.»

Lo que Kennedy oía desde todas partes era que el conmovedor mensaje de cambio que le había permitido salir elegido no era aplicable a Berlín, donde sus consejeros le pedían que defendiera un decepcionante status quo. Aquello iba contra sus instintos y contra la palabra dada a sus electores, a quienes había prometido aplicar creatividad a los problemas que la administración Eisenhower no había sabido resolver. Tras considerar sus opciones, Kennedy

optó por aparcar la cuestión de Berlín y centrarse en otros asuntos en los que creía poder alcanzar un acuerdo más rápido.

Así pues, la prioridad de Kennedy en su trato con Moscú pasaría por iniciar conversaciones sobre la prohibición de las pruebas atómicas, que consideraba una forma de generar confianza de cara a insuflar algo de calor en las heladas relaciones entre EEUU y la URSS. La lógica inherente al planteamiento de Kennedy era que, en cuanto el tono de las relaciones mejorara gracias a la negociación armamentística, estaría en situación de abordar la cuestión más peliaguda de Berlín. Sin embargo, aquella decisión desembocaría en lo que se convertiría en el primer y principal punto de desacuerdo entre Kennedy y Jrushchov: el ritmo y la prioridad que había que otorgar a las negociaciones para encontrar una solución al problema de Berlín.

Kennedy aún no ocupaba la Casa Blanca y ya había empezado a comprender que la realidad de su gestión del asunto de Berlín como presidente estaría a años luz de la retórica inflexible que había utilizado como senador y como candidato a la presidencia. [En febrero de 1959, Kennedy](#) había realizado un llamamiento a la administración Eisenhower para que preparase al país para la perspectiva «extremadamente grave» de una confrontación armada por la libertad del Berlín Oeste.

En agosto del año siguiente, mientras preparaba la carrera presidencial, Kennedy había declarado que estaba dispuesto a utilizar la bomba atómica para defender Berlín y había acusado a los soviéticos de intentar expulsar a los estadounidenses de Alemania. «[Nuestra posición en Europa](#) vale una guerra nuclear, pues la expulsión de Berlín equivale a la expulsión de Alemania», dijo en una entrevista televisada en Milwaukee. «Primero te expulsan de Europa, luego te expulsan de Asia y África, y finalmente te echan de tu casa. [...] Debemos demostrar que tenemos voluntad de utilizar el arma definitiva.»

[En un artículo publicado por](#) los periódicos del magnate William Randolph Hearst al cabo de unas pocas horas de su victoria en la Convención Nacional Demócrata de junio de 1960, Kennedy había escrito: «El próximo presidente debe dejarle muy claro a Jrushchov que no habrá política de contemporización, que no habrá sacrificio alguno en lo relativo a la libertad

de los habitantes de Berlín, ni ninguna renuncia a nuestros principios vitales».

Sin embargo, había una diferencia considerable entre «demostrar voluntad» en Milwaukee como senador entrevistado o anunciar que no habría «ninguna renuncia» como candidato electo, a utilizar las armas atómicas como presidente. Además, las capacidades nucleares soviéticas estaban mejorando, al tiempo que la superioridad convencional de Moscú alrededor de Berlín seguía siendo aplastante.

[El presidente tenía tan sólo 5.000 hombres](#) en el Berlín Oeste, aparte de 4.000 soldados británicos y 2.000 franceses (un total de 11.000 efectivos aliados en total) contra unas tropas soviéticas que, según las estimaciones de la CIA, ascendían a unos 350.000 hombres en la Alemania del Este o cerca de Berlín.

La última Estimación Nacional de Inteligencia (el cálculo autorizado de la comunidad de servicios de información estadounidenses) sobre las capacidades armamentísticas soviéticas hablaba con preocupación de un cambio de tendencia que podía debilitar la posición de EEUU en Berlín hacia el fin del primer mandato de Kennedy. La estimación predecía que la URSS lograría neutralizar las desigualdades estratégicas ya en 1965, fundamentalmente gracias a la acumulación de misiles balísticos intercontinentales y a los sistemas de defensa nuclear. El informe aseguraba que eso daría a los soviéticos el valor necesario para plantar cara a Occidente en Berlín y en cualquier otra parte del mundo.

[El documento de la CIA advertía a Kennedy](#) de la naturaleza volátil de Jrushchov, que recurriría a «la alternancia entre la presión y el conformismo como patrón regular de la actitud soviética». El informe predecía también que Jrushchov intentaría ganarse el favor de Kennedy durante los primeros días de su administración, pero que si esa estrategia fallaba, «recurrirá a una intensificación de las presiones y las amenazas en un intento por obligar a Occidente a entablar negociaciones de alto nivel en unas condiciones más favorables para él».

[Así pues, con el asunto de Berlín](#) en compás de espera, Eisenhower informó a Kennedy en profundidad sobre la situación en Laos. La guerra civil a tres bandas entre los comunistas de Pathet Lao, los partidarios monárquicos

alineados prooccidentales y los neutralistas planteaba la posibilidad de que los comunistas se hicieran con el poder. El peligro era evidente: Kennedy corría el riesgo de pasar sus primeras semanas en el cargo intentando encontrar el engranaje militar apropiado para un país pequeño, pobre y sin salida al mar que le importaba relativamente poco. Lo último que quería Kennedy era que su primera medida en política exterior consistiera en enviar tropas a Laos. De hecho, el presidente entrante habría preferido que la administración Eisenhower se encargara del asunto antes del fin de su mandato, pero ésta no lo había hecho. Ahora Kennedy quería oír cuáles eran las ideas y los preparativos de Eisenhower si había que dar una respuesta militar.

[Eisenhower describió Laos como](#) «el corcho de la botella» y dijo que creía que EEUU debía intervenir, aunque fuera de forma unilateral, antes que aceptar una victoria comunista que fácilmente podía contagiarse a Tailandia, Camboya y la República de Vietnam (Vietnam del Sur). «Éste es uno de los problemas que le transfiero y de los que no me siento nada orgulloso», se disculpó Eisenhower. «Es posible que debamos entrar en combate.»

[A Kennedy lo sorprendió la tranquilidad](#) con que Eisenhower discutía los escenarios bélicos, cosa que se hizo aún más patente durante el seminario privado de cincuenta minutos entre el presidente saliente y el presidente entrante sobre el uso de armas nucleares. Los efectos personales de Eisenhower ya no estaban en el Despacho Oval cuando llegó Kennedy. Quedaban algunas cajas amontonadas en las esquinas, lo mismo que una alfombra algo dañada por el hábito de Eisenhower de practicar el *putt* en el despacho.

Eisenhower informó a Kennedy de todo tipo de asuntos, desde la organización de operaciones secretas hasta los procedimientos de emergencia que eran competencia personal del comandante en jefe: cómo responder a un ataque inmediato y autorizar el uso de las armas atómicas. Eisenhower le mostró a Kennedy el funcionamiento del libro de códigos y le enseñó a utilizar el dispositivo computarizado que iba metido en una mochila y que servía para lanzar un ataque nuclear: el llamado balón nuclear, que siempre acompañaba al presidente.

Se trataba del intercambio más íntimo posible entre un presidente saliente y un presidente entrante de la era nuclear.

Eisenhower no hizo ninguna referencia a la desinformada afirmación de Kennedy durante la campaña según la cual el presidente saliente había permitido que se abriera una peligrosa «brecha militar» a favor de los soviéticos. Eisenhower no había corregido a Kennedy en su momento, para consternación del candidato Nixon, y había preferido proteger los secretos de seguridad nacional que brindarle una excusa al Kremlin para armarse aún más deprisa.

Ahora, sin embargo, Eisenhower le aseguró tranquilamente a Kennedy que EEUU conservaba aún una abrumadora ventaja militar, particularmente gracias a los submarinos armados con misiles nucleares. «Con el Polaris dispone de un activo de un valor incalculable», le dijo. «Es indestructible.»

El Polaris podía alcanzar la Unión Soviética desde posiciones indetectables en varios océanos, le dijo. Por ese motivo, Eisenhower creía que los soviéticos tenían que estar locos para arriesgarse a desencadenar una guerra nuclear. El inconveniente, dijo Eisenhower, era que posiblemente estuvieran locos. Si había que juzgar a los líderes soviéticos por la crueldad con que se habían empleado contra su propia gente y sus enemigos durante la Segunda Guerra Mundial y al término de la misma, Eisenhower temía que ni siquiera la inferioridad nuclear lograra evitar que los comunistas atacaran si se daban las circunstancias apropiadas. Eisenhower hablaba de los rusos más como si fueran animales a los que hay que domesticar que como socios con quienes se puede negociar.

Como un niño que alardeara de un juguete nuevo delante de un amigo, Eisenhower puso punto final a la lección magistral con una demostración de la rapidez con la que el presidente podía ser evacuado de Washington en helicóptero en caso de emergencia.

«Preste atención», dijo.

Eisenhower cogió un teléfono especial, marcó un número y dijo simplemente: «Simulacro Ópalo Tres». Entonces colgó y, con una sonrisa, le pidió a su huésped que echara un vistazo al reloj.

En menos de cinco minutos, un helicóptero del Cuerpo de Marines aterrizó

en el jardín de la Casa Blanca, a apenas unos pasos del lugar donde se encontraban. Eisenhower acompañó a Kennedy a la sala del gabinete de ministros, donde sus respectivos equipos seguían reunidos, y en tono jocoso dijo: «Le estaba enseñando a mi amigo cómo salir pitando de aquí».

En presencia de sus equipos, Eisenhower advirtió a Kennedy de que la autoridad presidencial no iba a ser siempre una varita mágica infalible.

Kennedy sonrió. El secretario de prensa de Eisenhower dijo más tarde que Kennedy había mostrado un considerable interés por el simulacro. Si sus responsabilidades eran embriagadoras, el poder del que Kennedy iba a gozar en breve era imponente. Mientras se alejaba, volvió la cabeza y contempló con satisfacción aquel edificio que pronto sería su casa.

WASHINGTON, D.C.

TOMA DE POSESIÓN, VIERNES, 20 DE ENERO DE 1961

La nieve empezó a caer al mediodía, poco después de que Kennedy abandonara su reunión con Eisenhower. La ciudad de Washington acusaba las inclemencias meteorológicas, que podían provocar unos atascos de tráfico fenomenales. [Dos tercios de los asistentes](#) que debían abarrotar el Constitution Hall no asistieron al concierto de investidura. La Sinfónica Nacional empezó con media hora de retraso porque muchos de los músicos estaban atrapados en la ventisca y en los atascos. La función de gala de Frank Sinatra, plagada de estrellas, empezó con dos horas de retraso.

Sin embargo, la mañana fría, clara y soleada del 20 de enero, un batallón de soldados y de máquinas quitanieves habían limpiado ya los veinte centímetros de nieve. [Los cielos se abrieron](#) y ofrecieron la iluminación perfecta para el espectáculo de toma de posesión con la planificación más exhaustiva y la difusión televisiva más amplia de la historia. Unos cuarenta kilómetros de cable alimentaban 54 circuitos de televisión, que iban a cubrir el acto desde 32 posiciones distintas, desde el lugar donde el presidente iba a realizar el juramento hasta la última carroza del desfile. Se habían instalado unos seiscientos teléfonos extra en lugares estratégicos para los periodistas.

Independientemente de los cambios que la administración Kennedy introdujera respecto a sus predecesores, desde luego ésta iba a presentar al comandante en jefe más televisado de la historia, y a todo color.

Tanto durante la mañana del día anterior al acto de toma de posesión, mientras Kennedy y su esposa Jackie realizaban el trayecto en su limusina, como esa misma noche en la bañera y también durante el desayuno del día siguiente, tras dormir apenas cuatro horas, el presidente electo revisó una y otra vez la última versión de su discurso de toma de posesión. Siempre que encontraba un momento, lo aprovechaba para familiarizarse mejor con cada una de sus 1.355 palabras, cuidadosamente elegidas y afiladas mediante más borradores y reescrituras que cualquier otro discurso que hubiera pronunciado antes.

Ya en noviembre le había dicho a su redactor jefe, Ted Sorensen, que quería un discurso breve, no partidista, optimista, sin críticas a su predecesor y centrado en la política exterior. Sin embargo, mientras revisaban el borrador final (proceso que empezó apenas una semana antes de la fecha en que se iba a pronunciar el discurso), aún le pareció que éste se centraba demasiado en cuestiones de política interna. «Eliminemos todo lo referente a asuntos nacionales», le dijo a Sorensen. «Es demasiado largo.» «¿A quién le importa el salario mínimo?», remató Kennedy.

Sin embargo la decisión más difícil pasaba por decidir qué mensaje debían mandarle a Jrushchov. Aunque la guerra nuclear con los soviéticos era algo impensable, negociar una paz justa parecía imposible. Kennedy había enfocado su campaña desde la línea dura de un Partido Demócrata que aún no había resuelto sus controversias internas sobre si, al tratar con los soviéticos, era preferible el compromiso o la confrontación.

Dean Acheson, que había sido el secretario de estado del presidente Truman, representaba a los partidarios de la línea dura del bando demócrata, que estaban convencidos de que Jrushchov, lo mismo que Stalin, perseguía aún el objetivo de la dominación mundial. Otros demócratas (Adlai Stevenson, Averell Harriman o Chester Bowles) veían en Jrushchov a un reformador genuino cuyo principal objetivo pasaba por reducir su presupuesto militar y mejorar el nivel de vida de los soviéticos.

El discurso de toma de posesión de Kennedy iba a colocarlo en el centro del debate e iba a reflejar su propia incertidumbre sobre si le resultaría más fácil pasar a la historia enfrentándose a los soviéticos o buscando la paz con ellos. Esa misma ambigüedad había alimentado la renuencia de Kennedy a responder a los múltiples llamamientos de Jrushchov, que deseaba establecer un canal de comunicación privado y pactar cuanto antes una reunión en la cumbre.

El 1 de diciembre de 1960, Kennedy había mandado un mensaje temprano pero indirecto pidiendo paciencia al líder soviético a través de su hermano Robert, que se había reunido en uno de los despachos de transición presidencial en Nueva York con un alto cargo de la KGB que se hizo pasar por periodista del *Izvestia*. A los treinta y cinco años, Bobby había sido el director de campaña de su hermano y pronto iba a convertirse en fiscal general, de modo que el alto cargo de la KGB no tenía motivos para dudar de Bobby cuando éste aseguró que hablaba en nombre de su hermano.

El periodista soviético no escribió ningún artículo para su periódico, sino que envió un informe a sus superiores de la KGB (que probablemente llegó también a Jrushchov) que debía dar pistas sobre la indicación sobre la dirección que iba a tomar la administración Kennedy en lo tocante a la política exterior. El informe contenía diversos mensajes. Bobby había dicho que el presidente electo prestaría mucha atención a la relación con su homólogo soviético y que creía que se podía llegar a un acuerdo sobre la prohibición de las pruebas nucleares ya en 1961. Había dicho también que Kennedy compartía el deseo de Jrushchov de realizar una reunión cara a cara y que quería reparar el daño que Eisenhower había causado a sus relaciones.

En cambio, la intención de Kennedy de abordar el problema de Berlín de forma mucho más lenta de lo que deseaba Jrushchov resultaba menos alentadora para el líder soviético. El nuevo presidente iba a necesitar entre dos y tres meses antes de poder participar en una cumbre, dijo Bobby. «Kennedy está genuinamente preocupado por la situación en Berlín y hará lo posible por intentar encontrar la forma de alcanzar un acuerdo que resuelva el problema de la ciudad», decía el informe de la KGB sobre la reunión. «Sin embargo, si durante los próximos meses la Unión Soviética ejerce algún tipo

de presión, Kennedy defenderá sin dudarle la posición occidental.»

Sin embargo, eso no disuadió a Jrushchov, que siguió con sus intentos de acordar una reunión temprana entre ambos. **Unos días más tarde, el 12 de diciembre**, el embajador soviético Mijaíl Menshikov invitó a Bobby a comer a la embajada de la URSS en Washington.

El embajador, al que los altos cargos estadounidenses se referían con sorna con el nombre de «Mike el Sonriente», era una figura cómica debido a su modesta inteligencia y su confianza absoluta en sí mismo. En una ocasión, y en su macarrónico inglés, propuso un brindis que le valió numerosas burlas; ante un grupo de mujeres que asistían a un cóctel en Georgetown, exclamó: «*Up your bottoms!*» [¡Levanten los culos!]. Aun así, el embajador era el encargado de comunicar mensajes directos de Jrushchov, por lo que incluso sus detractores se tomaban muy en serio sus invitaciones.

Menshikov le aseguró a Bobby que los malentendidos entre EEUU y la URSS se debían a menudo al hecho de que los líderes de ambos países delegaban cuestiones cruciales en cargos intermedios. Aseguró que tanto Kennedy como Jrushchov eran dos hombres excepcionales y que, juntos, hallarían la forma de superar los impedimentos burocráticos para alcanzar resultados históricos. Por ello exhortó a Bobby a que convenciera a su hermano de la necesidad de llevar a cabo una reunión entre los líderes de los dos países cuanto antes para sentar las bases de «una relación transparente y amistosa».

Dos días después de su conversación con el hermano del presidente, Menshikov lanzó el mismo mensaje a su estadounidense preferido, Averell Harriman, que había sido el embajador de EEUU en Moscú durante la administración del presidente Franklin Roosevelt. Un día más tarde, Menshikov volvió a abogar por una reunión temprana entre Jrushchov y Kennedy a través del corresponsal del *New York Times* Harrison Salisbury, hombre muy bien conectado. «Se van a conseguir muchos más avances durante un día de conversaciones informales en privado entre Jrushchov y Kennedy que con todas las reuniones de subalternos juntas», le dijo al periodista.

Kennedy recibió también presiones similares en ese sentido por parte del dos veces candidato a la presidencia Adlai Stevenson, antiguo rival que ahora

intentaba posicionarse para conseguir un cargo importante en la nueva administración. Stevenson llamó por teléfono a Kennedy a la casa de su padre en Palm Beach y se ofreció como intermediario con Moscú, al tiempo que se mostró dispuesto a volar a la capital soviética inmediatamente después de la toma de posesión y empezar a encauzar la relación con Jrushchov. «[Creo que es importante saber](#) de primera mano si Jrushchov tiene intención de agudizar la guerra fría», le dijo Stevenson a Kennedy.

Pero Kennedy no mordió el anzuelo. Stevenson no había refrendado el nombramiento de Kennedy durante la convención demócrata y eso, seguramente, le costó el puesto de secretario de estado que Kennedy le había ofrecido como incentivo en su momento. Por si eso fuera poco, los anticomunistas del congreso consideraban que el antiguo gobernador de Illinois era un contemporalizador. Además, Kennedy no estaba dispuesto a dirigir la política exterior desde la sombra de nadie. [Para colmo, el canciller de la Alemania Federal](#) Konrad Adenauer había dejado claro mediante una serie de filtraciones de prensa que lo que más le preocupaba de la administración Kennedy era que pudiera enviar a Moscú a alguien tan blando como Stevenson para dirigir la política exterior. Así pues, Kennedy nombró a Stevenson embajador estadounidense en la ONU y no aceptó su oferta para mediar con Jrushchov.

Cansado de las presiones de Jrushchov, Kennedy le pidió a su amigo David Bruce, al que había nombrado embajador en Londres, que lo ayudara a elaborar una respuesta a la mano tendida de Jrushchov. Bruce era un diplomático veterano que había dirigido el servicio de espionaje estadounidense en Londres durante la guerra y que había trabajado como embajador de Harry Truman en París.

El 5 de enero, [tras mucho comer y beber](#) en la residencia de Menshikov, el embajador soviético le entregó a Bruce una carta sin encabezamiento ni firma que, según Menshikov, contenía los pensamientos del líder soviético sobre el tema. El mensaje era claro: Jrushchov deseaba celebrar una cumbre urgentemente y haría todo lo posible por conseguirlo.

Menshikov le dijo a Bruce que Jrushchov creía que, bajo la administración Kennedy, ambos países podrían «resolver sus existentes y peligrosas

diferencias». Sin embargo, el líder soviético consideraba que el único camino para aliviar las tensiones entre las dos grandes potencias pasaba por pactar un programa de coexistencia pacífica al más alto nivel. El embajador soviético aseguró que dicho programa debía abordar «dos problemas principales»: lograr el desarme y resolver «la cuestión alemana, Berlín Oeste incluido». Jrushchov quería reunirse con Kennedy antes de que el presidente entrante se entrevistara con el canciller de la Alemania Federal, Konrad Adenauer, y con el primer ministro británico Harold Macmillan, reuniones que Menshikov había oído que estaban programadas para febrero y marzo.

Bruce le dijo al embajador soviético que las reuniones con los aliados clave de EEUU se celebrarían más tarde, pero eso no sirvió para modificar el mensaje de fondo de Jrushchov, que esperaba que Kennedy se saltara el protocolo habitual de consultar con los aliados antes de reunirse con su adversario. Menshikov dijo que Jrushchov estaba dispuesto a acelerar los preparativos de la reunión, ya fuera por canales privados u oficiales. Como incentivo, tras la reunión Menshikov le envió a Bruce una cesta llena del mejor vodka y el mejor caviar producidos en su país. Unos días más tarde, volvió a invitar a Bruce a comer para recalcar su mensaje.

Tan sólo nueve días antes de la toma de posesión, Kennedy acudió a George Kennan (al que nombraría embajador en Yugoslavia) en busca de más consejos sobre cuál era la mejor forma de abordar aquel chaparrón de comunicaciones soviéticas. Kennedy había estado consultando los asuntos relacionados con la URSS con Kennan, el legendario antiguo embajador estadounidense en Moscú, desde enero de 1959. En una carta, Kennedy había alabado a Kennan por oponerse a la «extrema rigidez» que Dean Acheson, secretario de estado del presidente Truman, mostraba con Moscú.

Kennan había inspirado la política exterior estadounidense de «contención» de los comunistas soviéticos con un largo telegrama que había enviado como diplomático desde Moscú, al que siguió su famoso artículo en *Foreign Affairs* de julio de 1947, que publicó de forma anónima bajo el título «Las fuentes de la conducta soviética». Sin embargo, ahora Kennan se oponía a quienes defendían la línea dura respecto a Moscú que él mismo había hecho tanto por fomentar. Kennan creía que EEUU y sus aliados eran ya lo bastante

fuertes como para iniciar conversaciones con Jrushchov y criticaba a los militaristas estadounidenses por haber malinterpretado sus mensajes.

Durante la campaña, Kennan le había dicho a Kennedy que, como presidente, debía «poner de relieve las tendencias a la división dentro del bloque soviético a través de una mejoría de sus relaciones con Moscú», no mediante cumbres y acuerdos formales, sino recurriendo a canales de comunicación privados con el gobierno soviético y buscando concesiones recíprocas. «Se trata de una cuestión peliaguda», admitió Kennan, «pero no, repito, no imposible». Kennan aseguraba que esos contactos habían resultado útiles durante el bloqueo de Berlín en 1948 y también durante la guerra de Corea. En agosto de 1960 le mandó una carta a Kennedy en la que lo exhortaba, en caso de ser elegido presidente, a que su administración realizara «gestos rápidos y decididos durante los primeros compases de su mandato, antes de quedar enredada en el laberinto procedimental de Washington y de que los acontecimientos la obliguen a ponerse a la defensiva».

Kennedy respondió asegurando que estaba de acuerdo con la mayoría de recomendaciones de Kennan. Sin embargo, ahora que estaba a punto de convertirse en presidente necesitaba consejos más inmediatos y concretos. Hablando con Kennan durante un vuelo entre Nueva York y Washington en su jet privado, el *Caroline*, Kennedy informó a Kennan del aluvión de mensajes soviéticos y le mostró la carta de Menshikov.

Kennan la leyó con el ceño fruncido. A juzgar por el lenguaje forzado y correoso de la misma, dijo, ésta se habría redactado originalmente en el despacho de Jrushchov, pero posteriormente habría recibido el visto bueno de un círculo más amplio, que incluía a los partidarios y los detractores de estrechar las relaciones con EEUU. Contrariamente a su consejo anterior en el sentido de que Kennedy actuara con rapidez para abrir canales de diálogo con Moscú, ahora Kennan dijo que los soviéticos no tenían ningún derecho a meterle prisa de aquella forma y que era preferible que el presidente electo no respondiera hasta haber tomado posesión del cargo. Dicho eso, Kennan sugirió que entonces se comunicara con Jrushchov en privado, poniendo fin al hábito de Eisenhower de celebrar prácticamente todos los encuentros con Jrushchov en público.

A la pregunta de Kennedy sobre por qué Jrushchov estaba tan ansioso por reunirse con él, Kennan respondió con su característica perspicacia que el incidente del U-2 y la intensidad creciente del conflicto chino-soviético habían debilitado al líder soviético, que necesitaba lograr avances significativos con EEUU para revertir esa tendencia. Jrushchov, explicó Kennan, «espera poder imponer su personalidad y su poder de persuasión para lograr un acuerdo con EEUU que le permita reflotar su trayectoria política, ahora en horas bajas».

Para Kennedy, aquella era la explicación más clara y convincente del comportamiento de Jrushchov que había oído hasta el momento. Además, coincidía con su opinión de que los asuntos internos influían en la política exterior más de lo que creía la mayoría de estadounidenses, incluso en un país tan autoritario como la Unión Soviética. Para Kennedy, era sensato que Jrushchov intentara mejorar su precaria situación política doméstica, pero no le parecía motivo suficiente para obligarlo a él a actuar antes de estar preparado. Así pues, el presidente electo decidió una vez más que Jrushchov (y con él Berlín) podía esperar.

Por ello, el discurso de toma de posesión de Kennedy iba a ser la primera comunicación con el líder soviético sobre el asunto de Berlín, aunque fuera de forma indirecta y compartida con decenas de millones de personas más. La frase más convincente del discurso fue también la más citada por los periódicos berlineses al día siguiente: «Pagaremos cualquier precio, asumiremos cualquier carga, aceptaremos cualquier privación, daremos apoyo a cualquier amigo y plantaremos cara a cualquier enemigo con tal de garantizar la supervivencia y la victoria de la libertad».

Sin embargo, la retórica de altos vuelos de Kennedy escondía la falta de dirección política en lo tocante a los soviéticos. Kennedy dejaba todas las opciones abiertas. Las múltiples reescrituras no habían hecho más que alterar los matices y dar una forma más memorable a su indecisión y eliminar algunas palabras del borrador de Ted Sorensen que los soviéticos podrían haber considerado demasiado suaves.

La primera versión, por ejemplo, decía: «... dos países tan grandes y poderosos no pueden seguir para siempre por este temerario camino, agobiados ambos por el coste abrumador del armamento moderno».

Pero Kennedy no quería describir la posición estadounidense ni como «temeraria», ni como insostenible. Así pues, ambas ideas se eliminaron de la versión final, que decía: «... dos países tan grandes y poderosos no pueden acomodarse al camino tomado, agobiados ambos por el coste del armamento moderno».

Uno de los primeros borradores decía: «Y si los frutos de la cooperación resultan ser más dulces que la medicina de la sospecha, que las dos partes sumen esfuerzos para crear un verdadero orden mundial, no una Pax Americana, ni una Pax Rusa, ni siquiera un equilibrio de poder, sino una comunidad de poder».

La versión final no mencionó el concepto de «comunidad de poder» con los comunistas, que los partidarios de la línea dura del Congreso habrían considerado ingenua, y decía: «Y si la cooperación es capaz de hacer olvidar la actual jungla de sospechas, que ambas partes sumen esfuerzos en un nuevo empeño, no en un nuevo equilibrio de poderes, sino en un nuevo mundo de justicia».

Kennedy no mencionó específicamente ningún país, ni ninguna ciudad: ni la Unión Soviética, ni Berlín, ni ningún otro. El periódico alemán *Die Welt* alabó los «nuevos aires» procedentes de EEUU, que definió como «duros pero refrescantes. Sin embargo, a los alemanes nos ha llamado la atención que el discurso no incluyera ni una sola mención a Berlín».

En lugar de referirse a Jrushchov por su nombre, Kennedy habló tan sólo de quienes «han decidido convertirse en nuestros adversarios». La elección de la palabra «adversario» en detrimento de «enemigo» fue una sugerencia del columnista Walter Lippmann, amigo del presidente. Kennedy apuntó varios proyectos potenciales de cooperación: la exploración del cielo y de los mares, la negociación sobre el control armamentístico y los regímenes de inspección, y la cooperación científica para curar enfermedades.

El discurso contenía suficientes elementos para complacer a los partidarios de la línea dura dentro de EEUU. El senador de Arizona Barry Goldwater aplaudió con entusiasmo tras oír la frase de que había que pagar cualquier precio por la libertad. El embajador soviético Menshikov, que no había logrado concertar una reunión temprana entre su jefe y Kennedy, asistió

impasible al acto de toma de posesión, ataviado con un gorro gris calado hasta las orejas, una bufanda blanca en el cuello y un voluminoso abrigo gris.

[Pero tan importante como las palabras](#) de Kennedy aquel día fue su aspecto, que en la carrera por obtener el favor global era algo más que un factor superficial. El mundo quedó cautivado por su carismática sonrisa enmarcada por un rostro bronceado durante sus recientes vacaciones en Florida. Nadie se percató de la precaria salud de Kennedy: aquella mañana se había tomado un cóctel de pastillas para aplacar sus problemas de estómago y sus dolores de espalda, y una dosis extra de cortisona para rebajar la reveladora hinchazón que le provocaba el tratamiento de la enfermedad de Addison. Cuatro días antes de prestar juramento, Kennedy se había mirado al espejo y se había horrorizado ante su secretaria, Evelyn Lincoln, por el impacto que el tratamiento tenía en su aspecto: «Dios mío, o pierdo tres quilos esta semana o tendré que aplazar la investidura».

Evelyn Lincoln realizaba el seguimiento de las numerosas medicaciones que tomaba aquel joven presidente que, en muchos sentidos, gozaba de una salud mucho más precaria que la de Jrushchov, a pesar de que éste era veintitrés años mayor que él. Kennedy sólo esperaba que los agentes de la KGB que intentaban recabar información sobre su verdadero estado de salud no descubrieran la verdad. Para acallar los rumores sobre sus enfermedades, el equipo de Kennedy hizo comparecer a dos de sus médicos ante la prensa. Apenas dos días antes de la toma de posesión, y basándose en un informe elaborado por el equipo de Kennedy, la revista *Today's Health* publicó un artículo que repasaba el historial médico del presidente electo de forma mucho más detallada de lo que hubiera hecho con cualquiera de sus predecesores. [Citando a sus médicos, el artículo aseguraba](#) que Kennedy gozaba «de una salud de hierro» y que era «perfectamente capaz de asumir las cargas inherentes a la presidencia». El artículo añadía que el hecho de que hubiera sido capaz de sobreponerse a sus numerosas dolencias demostraba que era «duro como el acero» y afirmaba que el futuro presidente fumaba y bebía poco, acaso una cerveza fría con la cena, y que los únicos cócteles que tomaba eran daiquiris. No fumaba cigarrillos, tan sólo algún puro de vez en cuando y aseguraba que mantenía su peso estable en los 75 kilos sin someterse

a ninguna dieta, algo que ocultaba el hecho de que prefería la comida fácil de digerir debido a sus problemas estomacales.

Sin embargo, una lectura más atenta del artículo apuntaba numerosos motivos de preocupación. [El artículo incluía una lista de sus problemas de salud](#) adultos, entre los cuales había «ataques de ictericia, malaria, ciática y dos lesiones de espalda». Lo único que decía sobre su enfermedad de Addison, sin mencionar el nombre, era que Kennedy «toma medicación oral para tratar una insuficiencia suprarrenal y se somete a exámenes endocrinológicos dos veces al año». También señalaba que llevaba plantillas de medio centímetro de grosor en los zapatos «e incluso en las sandalias de playa» para prevenir el dolor de espalda que le provocaba el hecho de tener la pierna izquierda más corta.

Es posible que en toda la historia de EEUU no haya habido otro presidente cuya imagen juvenil contrastara tan vivamente con una salud tan precaria. Mientras el resto de presentes a la toma de posesión llevaban sombreros y abrigo grueso para protegerse del frío, Kennedy juró el cargo sin abrigo y con la cabeza descubierta. Con apenas el calor de una estufa eléctrica, Kennedy presenció el desfile de investidura durante más de tres horas desde una tribuna abierta en compañía de su nuevo vicepresidente, Lyndon Johnson.

A la mañana siguiente, los periódicos de todo el mundo presentaron el retrato de Kennedy que éste deseaba. La columnista Mary McGrory, del *Washington Evening Star*, lo comparó con un héroe de Hemingway. «Ha superado una enfermedad grave y posee la elegancia de un galgo y el encanto de un día soleado.»

Sin embargo, y a pesar de su éxito a la hora de planificar el trato que los medios daban a su toma de posesión, Kennedy no iba a tardar en descubrir que tenía mucha menos influencia sobre las acciones del líder soviético Nikita Jrushchov. Al despertar sobre las ocho en el Dormitorio Lincoln, la primera mañana en que ocupaba su cargo, además de un sinfín de telegramas de felicitación llegados de todo el mundo, Kennedy encontró un obsequio de investidura de Moscú que se convertiría en la primera decisión táctica de la relación entre EEUU y la URSS durante su presidencia. Cuando se cumplieran las condiciones apropiadas, Jrushchov pondría en libertad a los dos aviadores

del avión de reconocimiento RB-47 encarcelados en la Unión Soviética desde que fueran capturados el verano anterior.

Para Kennedy aquel episodio supuso la introducción en el mundo de las intrigas entre las dos potencias, centradas sobre todo alrededor de Berlín, un lugar donde, como pronto descubriría, incluso lo que parecían victorias contenían a menudo peligros ocultos.

El «francotirador» que llegó del frío

4 DE ENERO DE 1961

David Murphy, jefe de la base de la CIA en Berlín, estaba ansioso por apuntarse una victoria. Por eso se le aceleró el pulso cuando oyó que su activo más valioso (un agente polaco que utilizaba el nombre de Heckenschütze, o «Francotirador») había llamado al número secreto que le había proporcionado para casos de emergencia durante las Navidades. El Francotirador estaba convencido de que lo habían desenmascarado y quería desertar. «¿Puede ofrecernos protección a mi mujer y a mí?», preguntó.

Murphy había advertido a los operadores de la centralita especial de la CIA en Berlín que si les pasaba por alto la llamada del Francotirador al número especialmente reservado para él «los metería en el siguiente barco a casa». El hombre del otro lado de la línea empezó diciendo que llamaba en nombre de un tal señor Kowalski, un código que desencadenaba una serie de preguntas y respuestas convenidas de antemano. El Francotirador había preparado bien su deserción. Primero había depositado unos trescientos documentos fotografiados (que incluían los nombres de varios centenares de agentes polacos y cuadros de organización) en Varsovia, dentro de un tronco de árbol vacío que había cerca de su casa. La CIA ya había recuperado el arcón del tesoro.

A primera hora de la tarde del 4 de enero, un veterano funcionario de la CIA llegado de Washington esperaba con otros agentes en el consulado americano de Berlín, el lugar acordado para reunirse con el Francotirador. El consulado, al que también tenían acceso los civiles, estaba

convenientemente situado junto a la sección militar de un recinto estadounidense de la Clayallee, en el Berlín Oeste. Murphy se había encargado ya de preparar una oficina llena de micrófonos y grabadoras donde el Francotirador daría su primer parte.

Más tarde, Murphy recordaría que él y su adjunto John Dimmer estaban más tensos aún de lo habitual en casos cruciales como ése, en parte porque después de dos años recibiendo cartas del Francotirador (unas veces valiosas y otras indescifrables), nadie conocía aún a aquel misterioso agente ni sabía quién era en realidad. Además, la Base de Operaciones de Murphy en Berlín (conocida en los telegramas confidenciales por sus siglas, BOB) estaba perdiendo la batalla en la guerra de espías más importante del mundo, en una ciudad en la que había más agentes secretos que en ningún otro lugar de la tierra.

La CIA también necesitaba apuntarse una victoria tras haber perdido a su principal agente doble dentro de la inteligencia militar soviética, el coronel Piotr Popov. En cualquier caso, era evidente que Estados Unidos iba a la zaga de los servicios de espionaje soviéticos y de la Alemania del Este en Berlín. El problema, según Murphy, era que la CIA era poco menos que una recién llegada al mundo del espionaje y demasiado a menudo combinaba la determinación juvenil con la peligrosa ingenuidad del inexperto. En ese sentido, Murphy creía que la BOB reflejaba el carácter optimista (si bien no siempre profesional) con el que Estados Unidos pretendía arrogarse un papel más relevante a nivel mundial. En Berlín, tanto los espías de Murphy como EEUU en general habían madurado mucho en la década y media que había transcurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Pero el principal problema competitivo de Murphy consistía en reclutar a talentos locales; en ese sentido, tanto la KGB como el Ministerio de Seguridad de la Alemania del Este le sacaban una ventaja considerable. La triste realidad era que resultaba mucho más sencillo para los comunistas infiltrarse en la abierta sociedad occidental, manipular a individuos clave y colocar a sus agentes que para la CIA desenvolverse en la sociedad estrictamente controlada de la Alemania del Este de Ulbricht.

La CIA había evolucionado rápidamente y había dejado de ser la Oficina de Servicios Estratégicos de los tiempos de guerra para convertirse en el primer servicio de inteligencia civil de los tiempos de paz. En el proceso, había logrado englobar bajo una sola organización tanto las operaciones clandestinas como los servicios de análisis de información. La KGB, por su parte, era una organización mucho más amplia y con más experiencia, que conformaba un eficiente servicio de inteligencia interno y externo, que se había forjado durante la Revolución rusa y que se había endurecido considerablemente a raíz de las purgas de Stalin y de la guerra contra la Alemania nazi. A pesar de la distracción constante que suponían las disputas por el poder dentro de la Unión Soviética, la KGB había logrado una continuidad asombrosa y unos éxitos constantes.

La preocupación más inmediata de Murphy era la efectividad creciente de la policía secreta de la Alemania del Este, que en tan sólo una década y media estaba ya superando la efectividad no sólo de su predecesora, la Gestapo, sino incluso de la mismísima KGB. Gracias a un ejército cada vez mayor de informadores internos, a un sistema de captación de información de eficiencia alemana y a una amplia red de agentes en posiciones occidentales clave, Ulbricht y Moscú estaban en situación de frustrar muchas de las operaciones de la CIA antes incluso de que éstas se iniciaran.

Con la BOB ya en alerta máxima, alguien llamó a las 17.30 para anunciar que Kowalski llegaría al cabo de media hora y para pedir que la señora Kowalski recibiera atención especial; se trataba de la primera indicación de que el Francotirador no iba a llegar solo. A las 18.06, un taxi de Berlín Oeste dejó a un hombre y una mujer cargados con dos pequeñas bolsas. El jefe de la división de la Europa del Este de la oficina los vio acercarse con paso aprensivo a la puerta del consulado y rápidamente los invitó a entrar.

Como suele suceder con los espías, pronto se vio que las cosas no eran lo que inicialmente parecían. El Francotirador explicó que la mujer no era su esposa sino su amante y que quería que le proporcionaran asilo también a ella. Entonces pidió que la mujer no estuviera presente en la sala durante el resto de la reunión, pues ella tan sólo lo conocía como el periodista

polaco Roman Kowalski. En realidad, dijo, él era el teniente coronel Michael Goleniewski, que hasta 1958 había sido subdirector del servicio militar polaco de contraespionaje. Desde aquella posición, había trabajado como agente doble, y había informado no sólo a la CIA sino también a la KGB de todo lo que los polacos ocultaban a sus superiores soviéticos.

La CIA iba a mandarlo en avión al día siguiente a Wiesbaden, en la Alemania Federal, y desde ahí a Estados Unidos. Goleniewski iba a proporcionar nombres de innumerables funcionarios y agentes de los servicios de espionaje soviético y polaco, ayudaría a destapar una red de espionaje dentro del Ministerio de Marina británico, descubriría a George Blake como espía de la KGB infiltrado en los servicios británicos y también a Heinz Felfe, un agente de la KGB que había trabajado como jefe del servicio de contraespionaje de la Alemania Federal. Más aún, Goleniewski apuntó incluso a la existencia de un topo en las altas esferas del servicio de inteligencia estadounidense.

Sin embargo pronto surgió un problema: antes incluso de que terminaran las reuniones preliminares, los problemas mentales de Goleniewski empezaron a poner su credibilidad en tela de juicio. El tipo bebía en exceso y escuchaba discos Victrola de viejas canciones europeas a todo volumen. Más tarde aseguraría ser el hijo del zar Nicolás II, Alexei, el único heredero superviviente de la dinastía Romanov, y también que Henry Kissinger era un espía de la KGB. Los más altos cargos de la CIA nunca lograrían ponerse de acuerdo sobre si era un desertor genuino o un provocador soviético.

Kennedy se adentraba en un mundo de intrigas y engaños para el que no estaba suficientemente preparado.

Kennedy: El primer error

[El gobierno de EEUU](#) se muestra satisfecho por la decisión de la Unión Soviética y considera que esta acción por parte del gobierno soviético elimina un serio obstáculo para la mejoría de las relaciones entre la URSS y EEUU.

JOHN F. KENNEDY, durante su primera rueda de prensa como presidente,
tras la liberación por parte de la URSS de los aviadores
estadounidenses capturados,
25 de enero de 1961

[Cada día la crisis se agrava.](#) Cada día la solución parece más difícil. Cada día estamos más cerca del momento más peligroso. Me siento en la obligación de informar al congreso de que nuestros análisis durante los últimos diez días dejan claro que, en todos los ámbitos de la crisis, la marea de acontecimientos está tocando a su fin, y que el tiempo no es nuestro aliado.

El presidente KENNEDY, cinco días más tarde, durante el Discurso
sobre el Estado de la Unión,
30 de enero de 1961

EL KREMLIN, MOSCÚ

10.00, SÁBADO, 21 DE ENERO DE 1961

[Nikita Jrushchov llamó al embajador estadounidense](#) en Moscú, Tommy Thompson, al Kremlin a las diez de la mañana, las dos de la madrugada en Washington, donde el presidente Kennedy aún no había regresado a la Casa

Blanca tras la celebración de su investidura.

«¿Ha leído el discurso de toma de posesión?», preguntó Thompson, que observó que Jrushchov tenía un aspecto cansado, como si hubiera pasado la noche en vela. Tenía la voz ronca.

No sólo había leído el discurso, respondió Jrushchov, sino que iba a pedir a los periódicos soviéticos que lo imprimieran de forma íntegra al día siguiente, algo que ningún líder soviético había hecho antes con ningún presidente estadounidense. «Si acceden a ello, naturalmente», añadió Jrushchov con la sonrisita satisfecha de quien sabía que los directores de periódicos soviéticos harían cuanto él les ordenara.

A continuación Jrushchov le hizo un gesto al viceministro de Asuntos Exteriores, Vasili Kuznetsov, y le pidió que le leyera a Thompson la versión inglesa de un memorando que contenía su regalo para Kennedy con motivo de su toma de posesión: «El gobierno soviético, guiado por un deseo sincero de iniciar una nueva fase en las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, ha decidido cumplir los deseos del bando americano y liberar a los dos aviadores estadounidenses, miembros de la tripulación del avión de reconocimiento RB-47 de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, F. Olmstead y J. McKone».

Kuznetsov dijo que la URSS también enviaría a EEUU el cuerpo del tercer aviador que había sido recuperado tras abatir el avión.

Jrushchov había calculado a la perfección el momento y la forma de lanzar su oferta, aprovechando el primer día de Kennedy en el cargo para que su acto de buena voluntad lograra el máximo impacto y así demostrar ante el mundo su buena predisposición hacia el nuevo presidente. Sin embargo, al mismo tiempo había decidido prolongar el encarcelamiento del piloto del U-2 Gary Powers que, a diferencia de lo sucedido con la tripulación del RB-47, ya había sido acusado de espionaje y condenado a diez años de cárcel tras un juicio propagandístico celebrado en agosto. Los casos de ambos aviones no podían ser más distintos en la mente de Jrushchov. Para él, el incidente del U-2 era una violación imperdonable del territorio soviético que lo había debilitado políticamente y lo había humillado personalmente a pocos días de la cumbre de París. Por ello prefería esperar hasta poder lograr una

recompensa mayor por Powers.¹

El noviembre anterior, justo después de que Kennedy ganase las elecciones y ante la pregunta de un intermediario sobre qué debían hacer los líderes soviéticos para fomentar un «nuevo comienzo» en las relaciones entre ambos países, el embajador estadounidense en Moscú, Averell Harriman, insistió en que Jrushchov debía liberar a los aviadores. De hecho, Jrushchov hacía ya tiempo que pensaba hacerlo: ya había logrado sacarles rédito electoral a los pilotos, que ahora podían servirle como gesto diplomático para iniciar una relación más positiva entre EEUU y la URSS.

El memorando decía que Jrushchov deseaba «pasar página en las relaciones», y que las diferencias del pasado no debían interferir en «la cooperación por un futuro mejor». Jrushchov aseguró que liberaría a los aviadores en cuanto Kennedy refrendara el borrador de declaración soviético sobre el asunto, prometiera impedir futuras violaciones aéreas del territorio soviético y asegurara que los aviadores liberados no serían utilizados como medio de propaganda antisoviética. Asimismo, Jrushchov dejó claro que si Kennedy no aceptaba esas condiciones iba a juzgar a los dos hombres por espionaje, tal como ya había hecho con Powers.

Thompson improvisó una respuesta sin esperar instrucciones de Kennedy, a quien no pensaba molestar durante su primera noche en el Dormitorio Lincoln. Thompson dijo que apreciaba la oferta, pero que EEUU seguía manteniendo que el RB-47 había sido derribado fuera del espacio aéreo soviético. En otras palabras, EEUU no iba a aceptar el borrador soviético, pues eso equivalía a confesar una incursión deliberada en su territorio.

Pero Jrushchov estaba de buen humor y decidió ser flexible.

«Las dos partes pueden mantener sus versiones», dijo. EEUU podía emitir la declaración que quisiera.

Resuelto ese tema, Thompson y Jrushchov se enfrascaron en uno de sus frecuentes intercambios sobre los méritos de sus respectivos sistemas. Thompson se quejó de un discurso que Jrushchov había pronunciado el 6 de enero y en el que había descrito la disputa entre EEUU y la URSS como un juego de suma cero en la lucha de clases mundial. Sin embargo, los dos hombres pronto entablaron una conversación amistosa que reflejaba la mejoría

en la atmósfera de cooperación entre sus respectivos países.

Jrushchov bromeó diciendo que votaría por prolongar la estancia de Thompson como embajador en Moscú durante la administración Kennedy, una prórroga que Thompson deseaba pero que aún no había recibido. El líder soviético, sin embargo, añadió con un guiño que no sabía si su intercesión ante Kennedy resultaría muy provechosa.

Thompson se rió y dijo que también él tenía sus dudas.

Cuando Kennedy se enteró de la intención de Jrushchov de liberar a los aviadores, la oferta levantó sus sospechas y le preguntó al asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy si se estaba «perdiendo algo». Sin embargo, y tras considerar los riesgos de la situación, Kennedy decidió que no podía dejar pasar la oportunidad de lograr que los aviadores estadounidenses regresaran a casa y exhibir unos resultados tan positivos con los soviéticos ya durante sus primeras horas en la presidencia. Así pues, Kennedy aceptó la oferta de Jrushchov.

El secretario de estado Dean Rusk mandó a Thompson la respuesta positiva del presidente dos días después de que Jrushchov hubiera planteado su oferta.

Entretanto, sin embargo, Jrushchov había preparado ya una batería de gestos conciliadores unilaterales. Tal como había prometido, el *Pravda* y el *Izvestia* publicaron el discurso de toma de posesión de Kennedy íntegramente y sin censuras, incluyendo incluso las partes que no le gustaban a Jrushchov; asimismo, ordenó la reducción de las interferencias estatales sobre la frecuencia de Voice of America; permitió que quinientos ancianos soviéticos se reunieran con sus familias en EEUU; aprobó la reapertura del teatro judío de Moscú y dio luz verde a la creación de un Instituto de Estudios Americanos; autorizó nuevos intercambios de estudiantes y se declaró dispuesto a pagar honorarios a los escritores estadounidenses por sus manuscritos pirateados y publicados en la URSS. Los medios estatales y del partido informaron en un coro festivo sobre las «grandes esperanzas» del pueblo soviético en la mejoría de las relaciones.

Thompson se percató de lo mucho que se alegraba Jrushchov de poder tomar la iniciativa en las relaciones entre EEUU y la URSS. Lo que seguro que

no había previsto, en cambio, era lo poco que tardaría Kennedy en desdeñar sus gestos, en parte debido a un error de interpretación de uno de los telegramas del propio Thompson.

Sería el primer error de la presidencia de Kennedy.

NUEVO AUDITORIO DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO, WASHINGTON, D.C.

MIÉRCOLES, 25 DE ENERO DE 1961

Mientras el trigésimo quinto presidente de EEUU se preparaba para anunciar a bombo y platillo la liberación de los dos aviadores en la triunfal primera conferencia de prensa de su presidencia, iniciada apenas cinco días antes, cavilaba también sobre unas nuevas informaciones recibidas desde Moscú que le hacían cuestionarse las verdaderas motivaciones de Jrushchov. [Ansioso por ayudar a Kennedy](#), en un cable que pretendía facilitar la labor del presidente durante su primer encuentro con la prensa, el embajador Thompson había llamado la atención de Kennedy sobre el lenguaje incendiario de un discurso secreto pronunciado por Jrushchov el 6 de enero: «Creo que es un discurso que debe leer cualquiera que tenga algo que ver con los asuntos soviéticos, ya que aúna las opiniones de Jrushchov en tanto que comunista y en tanto que propagandista. Si las tomamos literalmente, las palabras de Jrushchov son una declaración de guerra fría expresada en unos términos más crudos y explícitos que nunca».

Lo que Thompson no comunicó ni a Kennedy ni a sus superiores fue que en realidad las palabras de Jrushchov no contenían nada nuevo, pues el llamado «discurso secreto» del líder soviético era poco más que un resumen para los ideólogos y propagandistas soviéticos de la conferencia de 81 Partidos Comunistas que se había celebrado el noviembre anterior. El Kremlin había publicado incluso una versión resumida dos días antes de la toma de posesión de Kennedy en *Kommunist*, la publicación del partido, que había pasado desapercibida en Washington. El llamamiento a las armas contra EEUU de Jrushchov en los países en vías de desarrollo respondía no tanto a una escalada de la guerra fría, tal como sugería Thompson, como al resultado de

los acuerdos estratégicos con los dirigentes chinos para evitar una ruptura diplomática. Sin el contexto necesario, Kennedy concluyó que las palabras de Jrushchov constituían un «cambio de paradigma» y creyó haber encontrado la clave para desentrañar, parafraseando a Churchill, el enigma dentro del misterio de Jrushchov.

La interpretación de Kennedy de aquel discurso lo llevó a desconfiar y a restarle importancia a todos los gestos conciliatorios de Jrushchov.

Inicialmente, el presidente había respondido a los movimientos de Jrushchov con otros gestos positivos. EEUU había levantado el veto a la importación de carne de cangrejo soviética, había reanudado las conversaciones sobre aviación civil y había dado marcha atrás en la censura de la Oficina de Correos de EEUU sobre las publicaciones soviéticas. Kennedy también había pedido a sus altos cargos militares que rebajaran la beligerancia de su retórica antisoviética.

Además, el presidente Kennedy había descubierto gracias a las primeras informaciones de su servicio de espionaje que Moscú no era un adversario tan temible como había asegurado el candidato Kennedy. También recibió detalles concretos sobre lo equivocado que andaba al afirmar que se había abierto una peligrosa «brecha militar» a favor de Moscú.

Sin embargo, nada de eso alteró la convicción de Kennedy de que el discurso de Jrushchov era sumamente revelador y que, además, iba dirigido personalmente a él. Aunque ese cambio de perspectiva tendría una influencia considerable en su Discurso sobre el Estado de la Unión, que pronunciaría cinco días más tarde, Kennedy optó por no reflejar aún sus nuevas opiniones sobre Jrushchov en esa primera rueda de prensa, y nadie hizo preguntas al respecto. Los periodistas no esperaban grandes noticias aquel día; el hecho de que la primera conferencia de prensa de Kennedy fuera a transmitirse en directo para todo el país por televisión y por la radio constituía ya una novedad suficiente. De hecho, se trataba de un salto crucial respecto al hábito de Eisenhower de grabar sus conferencias de prensa y ponerlas a disposición de la prensa sólo después de una intensa labor de edición.

Dadas las peticiones sin precedentes de acreditaciones de prensa, Kennedy decidió que el acto se celebrara en el auditorio del Departamento de

Estado, recientemente construido, un anfiteatro grande y tenebroso del que el *New York Times* dijo que tenía «un ambiente tan cálido como el de una sala de ejecuciones», con un ancho foso entre el podio elevado del presidente y los periodistas. Kennedy se reservó las novedades sobre Moscú para sus tres últimas intervenciones previstas. El día siguiente, *Times* escribió que un silbido de estupefacción llenó la sala cuando Kennedy anunció que los dos aviadores del RB-47, que habían estado encarcelados y sujetos a interrogatorio durante seis meses, habían salido ya de Moscú y estaban volando de vuelta a casa.

Kennedy mintió al asegurar que no había prometido nada a Jrushchov a cambio de la liberación de los aviadores. Lo cierto era que había accedido a las peticiones de Jrushchov de ampliar la prohibición de efectuar vuelos espía en territorio soviético y de mantener a los aviadores lejos de los medios de comunicación en cuanto aterrizaran en territorio estadounidense. [Kennedy transmitió una imagen de seguridad y satisfacción](#); su primer encuentro público con los soviéticos había terminado bien. Su declaración pública seguía fundamentalmente las líneas de su telegrama a Jrushchov: «El gobierno de EEUU se muestra satisfecho por la decisión de la Unión Soviética y considera que esta acción por parte del gobierno soviético elimina un serio obstáculo para la mejoría de las relaciones entre la URSS y EEUU».

[Sin embargo, en las conversaciones con amigos](#) y asesores, la fijación de Kennedy con el discurso de Jrushchov del 6 de enero llegaba hasta el punto de que releía a menudo y en voz alta la versión traducida que llevaba consigo (en las reuniones del gabinete, en cenas y en conversaciones sin trascendencia) y a continuación pedía la opinión de sus interlocutores. Thompson había aconsejado a Kennedy que distribuyera el discurso entre sus altos cargos y el presidente le hizo caso, aconsejándoles que leyeran detenidamente el mensaje de Jrushchov y lo asimilaran poco a poco.

«[Deben comprender el sentido](#) del mensaje», decía una y otra vez. «Es importante que lo hagan, pues contiene la clave para comprender a la Unión Soviética.»

[El texto hablaba del apoyo](#) del Kremlin a «las guerras de liberación y los levantamientos populares... de los pueblos coloniales contra sus opresores en

todo el mundo en vías de desarrollo». Declaraba también que el Tercer Mundo se levantaba en una revolución y que el imperialismo se debilitaba a consecuencia de la «crisis general del capitalismo». En una de las frases que Kennedy citaba con más frecuencia, Jrushchov decía: «Derrotaremos a Estados Unidos a través de pequeñas guerras de liberación. Los agotaremos a base de mordiscos en todo el planeta, en América del Sur, en África y en el sureste asiático». En referencia a Berlín, Jrushchov prometía que iba a «arrancar esa astilla del corazón de Europa».

Kennedy concluyó erróneamente que aquel cambio de política de Jrushchov justo antes de su toma de posición pretendía justamente ponerlo a prueba y que, por lo tanto, exigía una respuesta. Thompson alimentó esa línea de pensamiento en sus consejos sobre la forma en que el presidente debía gestionar las preguntas potenciales de la prensa. «Tan sólo desde un punto de vista táctico respecto a la Unión Soviética», dijo Thompson, «podría resultar ventajoso que el presidente argumentara que no comprende por qué alguien que asegura querer negociar con nosotros publica unos pocos días antes de su toma de posesión un discurso que equivale a una declaración de guerra fría y que refleja su determinación de provocar la caída del sistema estadounidense.»

Ciertamente, la URSS y China habían acordado una política más activa y militante respecto a los países en vías de desarrollo. **El entonces secretario de estado Christian A. Herter le había dicho** al presidente Eisenhower que la cumbre comunista había presentado «una serie de señales de peligro a las que Occidente haría bien en prestar atención, como por ejemplo el llamamiento a fortalecer por todos los medios la capacidad militar y el poder defensivo del bloque socialista en su conjunto». Herter, sin embargo, le había restado importancia al llamamiento ritual al mantenimiento y la intensificación de la guerra fría, pues consideraba que no se trataba de «nada nuevo».

Eisenhower había oído tantas bravatas similares de Jrushchov durante su presidencia que ante aquella última se limitó a encogerse de hombros. En cambio Kennedy, que combinaba la falta de experiencia con una gran confianza en sus instintos, magnificó lo que Eisenhower había decidido ignorar. Y por eso le pasó por alto el punto crucial de aquella cumbre

comunista, que le habría permitido comprender la posición de Jrushchov mucho mejor que su retórica. Herter le había dicho a Eisenhower que lo más significativo había sido el éxito sin precedentes de los líderes chinos a la hora de poner en tela de juicio el liderazgo soviético sobre el mundo comunista, a pesar de que Moscú había invertido cuatro meses en intentar hacer valer su influencia para poner cerco a las tesis de Mao.

El primer error de interpretación de Kennedy en relación a los soviéticos obedecía a diversos motivos. Por una parte, el telegrama de Thompson había tenido un considerable impacto. Kennedy también se sentía instintivamente atraído por un enfoque más duro de la cuestión soviética debido a la popularidad de la que gozaba esa actitud entre los votantes estadounidenses, a la influencia anticomunista de su padre y a su deseo de encontrar una causa en la que centrar su presidencia, que había prometido que sería «una época de grandeza». Su visión de la historia también desempeñó su papel. Su tesis doctoral en Harvard, publicada en julio de 1940 y que le valió una matrícula de honor, trataba acerca de la política de contemporización de los ingleses respecto a los nazis en Múnich. En un juego de palabras con el título del libro de su héroe Churchill, *Mientras Inglaterra dormía*, Kennedy tituló su tesis *¿Por qué dormía Inglaterra?*

A Kennedy no iban a pescarlo dormido.

El presidente andaba buscando un gran reto y parecía que Jrushchov se lo estaba ofreciendo en bandeja. Su administración aún no había trazado formalmente su política respecto al Kremlin, ni tampoco había celebrado ninguna reunión para abordar la forma de tratar con Jrushchov. A pesar de ello, Kennedy decidió abandonar súbitamente la estudiada ambigüedad hacia la URSS que había marcado su discurso de toma de posesión pronunciado apenas diez días antes y redactar uno de los Discursos sobre el Estado de la Unión más apocalípticos que jamás hubiera pronunciado un presidente de Estados Unidos.

Kennedy empezó detallando los retos internos a los que se enfrentaba el país, desde los siete meses de recesión hasta los nueve años de descenso de los ingresos agrícolas. «Sin embargo, todos esos problemas quedan en un segundo plano al compararlos con los que se nos plantean en el resto del

mundo.» Entonces, leyendo unas palabras que él mismo había introducido en la versión final, dijo: «Cada día la crisis se agrava. Cada día la solución parece más difícil. Cada día estamos más cerca del momento más peligroso. Me siento en la obligación de informar al Congreso de que nuestros análisis durante los últimos diez días dejan claro que, en todos los ámbitos de la crisis, la marea de acontecimientos está tocando a su fin, y que el tiempo no es nuestro aliado».

Aunque la información que había recibido durante esos últimos diez días indicaba que China y la Unión Soviética estaban sumidas en una pugna cada vez más feroz, Kennedy insistió, basándose en el discurso del 6 de enero, en que ambos países habían «expresado con vehemencia en los últimos días» sus ambiciones «de dominación mundial».

A continuación reveló que le había pedido al secretario de defensa, Robert McNamara, que «reevalúe toda nuestra estrategia de defensa».

Kennedy no podría haber moldeado su retórica de forma más evidente a imagen de la de sus héroes, Churchill y Lincoln, en lo que él percibía como un momento de gran peligro. En su momento, Churchill había dicho: «Estoy convencido de que para conquistar sólo hay que resistir». En su discurso de Gettysburg, Lincoln había definido la guerra civil como una prueba que iba a demostrar «si una nación nacida en libertad y basada en la asunción de que todos los hombres son iguales... es capaz de resistir».

Situándose a sí mismo en el punto de mira de la historia, Kennedy declaró ante el Congreso y ante todo el país: «Antes del fin de mi mandato, deberemos demostrar de nuevo si un país organizado y gobernado como el nuestro es capaz de resistir».

Retórica memorable basada en una interpretación errónea.

EL KREMLIN, MOSCÚ

LUNES, 30 DE ENERO DE 1961

Jrushchov aún esperaba una respuesta sobre sus múltiples peticiones para acordar una reunión temprana con Kennedy, cuando el Discurso presidencial

sobre el Estado de la Unión le deparó el primer revés en lo que el líder ruso percibiría como una serie de humillaciones. Dos días más tarde, Jrushchov recibió otra humillación cuando EEUU probó su primer misil balístico intercontinental Minuteman.

Cuatro días más tarde, y durante una conferencia de prensa en el Pentágono, McNamara humilló de nuevo a Jrushchov (al tiempo que ponía en evidencia a la Casa Blanca) al calificar de «disparate» la declaración de Jrushchov según la cual su país estaba incrementando su superioridad armamentística en relación con EEUU. Tanto en la tecnología de sus misiles como en su potencial de ataque en general, aseguró McNamara, EEUU gozaba aún de una ventaja considerable. McNamara añadió que los dos países poseían aproximadamente el mismo número de misiles, y aunque no mencionó que los estadounidenses disponían de 6.000 cabezas de guerra y unas trescientas los soviéticos, lo cierto era que había dejado a Jrushchov en evidencia en público.

Tras el fracaso original de sus negociaciones con Eisenhower en 1960, Jrushchov había asumido un riesgo político significativo felicitándose públicamente por la elección de Kennedy, liberando a los aviadores estadounidenses, ofreciendo otros gestos conciliatorios y proponiendo una reunión temprana con el nuevo presidente. La reacción negativa de Kennedy, sus pruebas con misiles balísticos intercontinentales y la afirmación de McNamara no hicieron más que reforzar los argumentos de los enemigos de Jrushchov, que lo acusaban de ingenuidad respecto a las intenciones estadounidenses.

El 11 de febrero, Jrushchov regresó antes de lo previsto de un viaje por las regiones agrícolas de la Unión Soviética para asistir a una reunión urgente del Presidium en la que sus rivales exigieron un cambio de rumbo político para hacer frente a lo que consideraban una nueva demostración de beligerancia por parte de EEUU.

El líder soviético tuvo que replantearse su enfoque. Había fracasado en su deseo de reunirse con Kennedy antes de que el nuevo presidente pudiera fijar una nueva línea de actuación respecto a Moscú. El líder soviético no podía mostrar debilidad tras el inesperado Discurso sobre el Estado de la Unión de

Kennedy; por eso decidió modificar inmediatamente el tono de sus palabras sobre Kennedy y su administración y reemplazarlo por un discurso agresivo sobre las capacidades nucleares soviéticas. Los medios soviéticos también viraron su curso.

La luna de miel entre Kennedy y Jrushchov había terminado antes incluso de empezar. Los malentendidos habían envenenado la relación entre los dos hombres más poderosos del mundo antes incluso de que Kennedy celebrara la primera reunión sobre política soviética.

SALA DEL GABINETE DE LA CASABLANCA, WASHINGTON, D.C.
SÁBADO, 11 DE FEBRERO DE 1961

[Doce días después de pronunciar su Discurso](#) sobre el Estado de la Unión, Kennedy reunió por primera vez a sus principales expertos sobre la realidad soviética para sentar las bases de la política de su administración. Estaba decidido a enmendar la situación.

Kennedy no era ni el primer ni el último presidente electo de EEUU que debía improvisar la dirección política de su gobierno en un discurso antes de poder tratar el asunto en el marco de una reunión formal. Aunque su administración apenas había cumplido los treinta días, los asistentes a la reunión (entre quienes había partidarios tanto de endurecer como de suavizar la postura del gobierno respecto a Moscú) se percataron pronto de que los primeros gestos de Jrushchov y la dura respuesta posterior de Kennedy habían puesto ya en marcha un traqueteante tren que ahora esperaban poder enderezar.

[Aquella reunión, tan largamente esperada](#), iba a poner de relieve tanto la sed de conocimientos de Kennedy como su constante indecisión en lo tocante al trato que debía dispensar a Jrushchov, a pesar de la claridad de ideas que parecía desprenderse de su discurso. El presidente había reunido en la Sala del Gabinete al vicepresidente Lyndon Johnson, el secretario de estado Dean Rusk, el consejero de seguridad nacional McGeorge Bundy, el embajador estadounidense en Moscú Thompson y tres antiguos embajadores en Moscú: Charles «Chip» Bohlen, que seguía siendo el experto en asuntos rusos del

Departamento de Estado, George Kennan, el nuevo embajador de Kennedy en Yugoslavia y Averell Harriman, al que Kennedy había nombrado «embajador general».

En los días precedentes a la reunión había habido un aluvión de telegramas y reuniones preparatorias. Thompson era el que había estado más ocupado, pues había enviado una serie de largos telegramas con el objetivo de poner al nuevo presidente y su administración al corriente en todos los aspectos de su mayor reto en política exterior. Kennedy había decidido mantener a Thompson como embajador, en gran medida por el contacto ya existente entre éste y Jrushchov. Aquél era su primer viaje a Washington D.C. desde que se tomara esa decisión. Thompson estaba encantado de poder servir a un presidente que no sólo era demócrata, como él, sino que ya había demostrado que leería sus telegramas con mucha más atención de la que jamás le había dispensado Eisenhower.

A sus cincuenta y seis años, Thompson no tenía el encanto de su predecesor Bohlen, ni tampoco era un hombre brillante como Kennan, pero nadie dudaba de sus conocimientos, ni tampoco de su historial. Había ganado la Medalla de la Libertad de Estados Unidos y se había granjeado las simpatías de los soviéticos al permanecer en Moscú como diplomático estadounidense durante la peor época del sitio nazi, tras la huida de su embajador.

Después de la guerra, Thompson había tomado parte en prácticamente todas las negociaciones relacionadas con los soviéticos, desde la Conferencia de Potsdam de julio de 1945 hasta las conversaciones sobre la independencia de Austria en 1954 y 1955. Era famoso por su sangre fría, tanto jugando al póquer con el personal de la embajada como enfrentándose a los rusos en el tablero de ajedrez de la política internacional. Thompson declaró que había llegado la hora de que Kennedy decidiera «qué dirección política adoptaremos en relación con la Unión Soviética».

En privado, Thompson había criticado la incapacidad de Eisenhower a la hora de aprovechar los esfuerzos de los postestalinistas para rebajar las tensiones de la guerra fría. En ese sentido, estaba de acuerdo con Jrushchov cuando éste afirmaba que sus esfuerzos por reducir la tensión no habían

obtenido recompensa. En un telegrama de 1959, Thompson había escrito: «[Hemos rechazado todas las propuestas](#), o hemos vinculado su aceptación a condiciones que ningún comunista podría aceptar». Al explicar la decisión de Jrushchov de desencadenar la Crisis de Berlín en 1958, Thompson dijo: «Estamos rearmando a Alemania y reforzando nuestras bases alrededor de la URSS. En su opinión, nuestras propuestas para la resolución del problema alemán podrían suponer la disolución del bloque comunista y amenazarían el mismísimo régimen de la Unión Soviética».

Durante los días previos a la reunión del 11 de febrero, Thompson se esforzó por transmitir una visión de Jrushchov más meticulosa y matizada de la que había ofrecido antes del Discurso sobre el Estado de la Unión de Kennedy. El embajador consideraba a Jrushchov como el menos doctrinario y el mejor de los líderes soviéticos posibles, dadas las alternativas. «[Es el más pragmático de todos](#) y en general se inclina por convertir su país en un sitio más normal», escribió Thompson, en el lenguaje sucinto de los telegramas diplomáticos. [En referencia a los opositores de Jrushchov](#) dentro del Kremlin, Thompson advirtió que el líder soviético podía desaparecer durante el mandato de Kennedy «por causas naturales u otras».

[En cuanto a Berlín, Thompson afirmó](#) en un telegrama que los soviéticos estaban más preocupados por el problema alemán en su conjunto que por la suerte de la ciudad dividida. Thompson aseguró que Jrushchov deseaba por encima de todo estabilizar los regímenes comunistas de la Europa del Este, «en particular el de la Alemania del Este, que es probablemente el más vulnerable». Añadió que los soviéticos «están profundamente preocupados por el potencial militar alemán y temen que la Alemania Federal termine pasando a la acción y los obligue a elegir entre desencadenar otra guerra mundial o retirarse de la Alemania del Este».

Thompson admitía que nadie podía saber con exactitud qué intenciones tenía Jrushchov en cuanto a Berlín, aunque Thompson creía que el líder soviético intentaría resolver el asunto durante 1961 debido a la creciente presión del régimen de Ulbricht, que se sentía amenazado por el uso cada vez más frecuente de Berlín como ruta de escape por parte de los refugiados y como base para actividades de espionaje y propaganda occidental. [Thompson](#)

aseguraba también que las decisiones de Jrushchov sobre Berlín se verían influenciadas por otros aspectos, desde los incentivos comerciales que pudiera ofrecerle Kennedy hasta las presiones internas a las que se viera sometido. Thompson aseguraba que Jrushchov «estaría dispuesto a no llevar la situación a un punto crítico» en relación con Berlín antes de las elecciones alemanas de septiembre si Kennedy le ofrecía alguna esperanza de que posteriormente se podrían realizar avances.

Un telegrama tras otro, Thompson intentó ofrecer un seminario de emergencia a la nueva administración sobre cómo abordar el tema de Berlín con los soviéticos. Sin embargo, el punto de vista de Thompson se encontraba con la oposición de otras voces que abogaban por una política más estricta respecto a Moscú. [Walter Dowling, el embajador de EEUU](#) en la Alemania Federal, envió un telegrama desde Bonn en el que afirmaba que Kennedy debía mostrarse duro con los soviéticos para que Jrushchov comprendiera que no iba a encontrar una forma «no dolorosa de menoscabar las posiciones occidentales en Berlín Oeste» y que cualquier intento en ese sentido planteaba tantos riesgos para Moscú como para Washington.

Desde Moscú, sin embargo, Thompson apostaba porque la administración Kennedy buscara métodos no militares para luchar contra el comunismo. Thompson afirmó que el presidente debía garantizar que el sistema estadounidense funcionaba, asegurarse de que la alianza de países occidentales seguía unida y demostrarle con hechos al Tercer Mundo y a las antiguas colonias recientemente independizadas que el futuro pertenecía a Estados Unidos y no a la URSS. Al mismo tiempo, expresaba su preocupación por los errores estadounidenses en la América Latina en una época en que los retos planeados por China obligaban a los soviéticos a rejuvenecer su «postura revolucionaria».

«[Estoy convencido de que nos equivocaremos](#) si tratamos la amenaza comunista como una cuestión de naturaleza fundamentalmente militar», escribió en un telegrama que gozó de especial difusión en Washington. «Creo que los líderes soviéticos hace tiempo ya que han comprendido el significado del poder militar atómico. Son conscientes de que la guerra a gran escala ya no es un medio aceptable para conseguir sus objetivos. Aun así, y por motivos

obvios, es evidente que debemos mantener nuestra pólvora seca y disponer de una buena cantidad.»

Como si pretendiera contar con un contrapeso a Thompson, Kennedy anunció el 9 de febrero que iba a devolver a la palestra al secretario de estado de Harry Truman, Dean Acheson. Tras años de experiencia, Acheson estaba convencido de que la única forma de responder al Kremlin era mediante una política de fuerza. A instancias de Kennedy, uno de los partidarios de la línea dura más reconocidos de EEUU iba a dirigir los estudios de la administración sobre Berlín, la OTAN y lo relativo a lograr el equilibrio entre armas convencionales y armas nucleares en futuras contiendas militares con los soviéticos. Aunque Acheson no participó en la reunión convocada para dos días después de su nombramiento, pronto empezaría a actuar como antídoto a la postura más dialogante de Thompson.

[La reunión del 11 de febrero](#) ejemplificaría a la perfección la forma en que el nuevo presidente iba a tomar sus decisiones. Primero reuniría a las mentes más brillantes sobre un asunto determinado y a continuación dejaría que se tiraran los platos por la cabeza mientras él los iba provocando con sus sagaces preguntas. En un documento secreto que resumía la reunión y que tituló «Pensamiento de los líderes soviéticos», Bundy organizó los temas tratados en cuatro grandes apartados: (1) estado general de la Unión Soviética y de sus líderes; (2) actitudes soviéticas respecto a EEUU; (3) políticas y actitudes estadounidenses útiles, y finalmente, el punto más importante: (4) de qué forma debe negociar Kennedy con Jrushchov.

Bohlen se sorprendió de que Kennedy, que tan tajante se había mostrado durante su Discurso sobre el Estado de la Unión, tuviera tan pocos prejuicios sobre la Unión Soviética. «Nunca había visto a ningún presidente con tantas ganas de aprender», aseguró Bohlen. Kennedy no tenía demasiado interés en las crípticas sutilezas de la doctrina soviética, lo que quería eran consejos prácticos. «Veía Rusia como un país grande y poderoso y nosotros éramos un país grande y poderoso; Kennedy creía que tenía que haber alguna base sobre la cual los dos países pudieran vivir sin destrozarse mutuamente.»

[Los hombres que tenía ante sí diferían](#) de forma fundamental en sus puntos de vista sobre Moscú. A Bohlen le preocupaba que Kennedy pudiera

subestimar la determinación de Jrushchov de expandir el comunismo mundial. Kennan, en cambio, tenía dudas sobre si Jrushchov estaba realmente al mando; en su opinión, el líder soviético debía hacer frente a una «oposición considerable» liderada por los restos del estalinismo, que no veían con buenos ojos sus negociaciones con Occidente. Por ello, Kennedy debía estar preparado para tratar con el «colectivo». Thompson, por su parte, argumentaba que, aunque el gobierno soviético era un colectivo de personalidades, el papel de Jrushchov era cada vez más determinante. En su opinión, sólo un grave error en política exterior o en lo tocante a la producción agrícola podía hacer peligrar el control político de Jrushchov. En ese sentido Thompson preveía problemas, pues era probable que Jrushchov tuviera que enfrentarse a su tercer año consecutivo de malas cosechas.

Según Thompson, la «esperanza de futuro» de EEUU pasaba por la evolución de la sociedad soviética hacia una sociedad más sofisticada y orientada al consumo. «Los soviéticos se están aburguesando muy rápidamente», afirmó. A partir de sus largas conversaciones con Jrushchov, Thompson aseguraba que el líder soviético intentaba ganar tiempo para que la economía soviética pudiera progresar en esa dirección. «Pero para ello necesita un período sin grandes altibajos en política exterior.»

Ése era el motivo, según Thompson, por el que Jrushchov deseaba reunirse pronto con Kennedy. Aunque había respondido al incidente con el U-2 como si se tratara de un ataque contra su orgullo, que lo había llevado a cortar las comunicaciones con la Casa Blanca, Jrushchov estaba de nuevo ansioso por lograr avances. Thompson creía que Kennedy debía mostrarse abierto a una reunión, ya que la política exterior de Jrushchov dependía en gran medida de la interacción personal que éste estableciera con sus homólogos.

Otros de los asistentes a la reunión se mostraron más cautos y se preguntaron qué beneficios podía reportar un encuentro con un líder soviético que describía EEUU como «el principal enemigo de la humanidad». Bohlen se oponía a la sugerencia de Jrushchov de que la reunión tuviera lugar durante una sesión de la ONU, pues «el líder soviético es incapaz de resistirse a un podio». Harriman, finalmente, le recordó a Kennedy que el protocolo exigía que se reuniera primero con sus aliados.

Independientemente del *timing*, Kennedy dejó claro a los presentes en la reunión que deseaba entrevistarse con Jrushchov. El presidente tenía la sensación de que sólo después de hacerlo iba a poder desarrollar todo el potencial de su presidencia. **Tal como le dijo a su asesor** y viejo amigo Kenneth O'Donnell, «tengo que demostrarle que puedo ser tan duro como él, pero eso no lo conseguiré mandándole mensajes a través de otras personas. Tengo que sentarme con él y hacerle ver con quién está tratando». **Por otro lado, el resto de países** (incluidos los aliados estadounidenses) habían optado por la cautela en los asuntos más delicados hasta ver cuál era la relación entre Kennedy y Jrushchov.

Kennedy le dijo al grupo que quería evitar una «cumbre» con todas las de la ley, que en su opinión era necesaria tan sólo cuando el mundo estaba amenazado por la posibilidad de una guerra, o cuando los líderes estaban preparados para firmar acuerdos importantes ya precocinados por funcionarios de rango inferior. Lo que deseaba era un encuentro personal e informal para formarse una impresión de primera mano de Jrushchov que le permitiera disponer de más elementos para decidir cómo debía tratar con él. Kennedy quería abrir los canales de comunicación con los soviéticos para evitar los errores de cálculo que habían provocado ya tres guerras a lo largo de su vida. En la era nuclear, nada preocupaba más a Kennedy que la perspectiva de un error de cálculo.

«**Mi obligación es tomar decisiones** que ningún asesor ni aliado puede tomar por mí», dijo. Y para asegurarse de que tomaba las decisiones correctas, dijo Kennedy, necesitaba información y conocimientos personales en profundidad que sólo Jrushchov le podía proporcionar. Al mismo tiempo, también quería exponerle las opiniones de EEUU al líder soviético, «de forma precisa y realista, y teniendo ocasión de discutir las y aclararlas».

Diez días más tarde, el 21 de febrero, el mismo grupo de expertos y funcionarios de alto rango volvieron a reunirse y decidieron que Kennedy mandara una carta a Jrushchov invitándolo a reunirse con él. Jrushchov había sugerido realizar un encuentro en Nueva York en marzo, aprovechando una sesión especial de desarme de la ONU. Para descartar esa opción, Kennedy propondría una reunión durante la primavera en una ciudad europea neutral, ya

fuera Estocolmo o Viena. Cuando entregara la carta escrita a mano por Kennedy en Moscú, Thompson le explicaría a Jrushchov que el presidente necesitaba tiempo para consultar con sus aliados.

El 27 de febrero, Bundy solicitó al Departamento de Estado en nombre del presidente que elaborase un informe sobre el problema de Berlín. El informe debía centrarse en «los aspectos políticos y militares del problema de la Crisis de Berlín, y esbozar una posición negociadora sobre Alemania para enfocar posibles conversaciones entre las cuatro potencias».

Esa misma tarde Thompson llegó a Moscú con la carta del presidente Kennedy. Desde su elección como presidente, habían pasado las diez semanas de transición y un mes de su presidencia antes de que Kennedy estuviera preparado para responder a los múltiples llamamientos de Jrushchov para obtener audiencia, así como también a sus repetidos gestos encaminados a mejorar las relaciones.

Sin embargo, cuando Thompson llamó al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko para fijar una fecha para entregar la tan esperada respuesta de Kennedy, el interés de Jrushchov ya se había desvanecido. El líder soviético debía reanudar su periplo agrícola por la Unión Soviética, dijo Gromyko, y por ese motivo no iba a poder recibir a Thompson ni esa tarde ni tampoco la mañana siguiente, antes de partir. El tono gélido de Gromyko no podría haber transmitido el desaire de Jrushchov de forma más clara.

Thompson protestó, recalcando ante Gromyko la importancia de la carta que llevaba consigo. Dijo que iría «donde fuera y cuando fuera» para ver a Jrushchov. Gromyko respondió que no podía garantizar dónde iba a estar Jrushchov en ningún momento. La extensión de la presencia de Thompson como embajador en Moscú obedecía en gran medida a su teórico acceso a Jrushchov, de modo que su incomodidad al informar de la situación a Washington resulta comprensible.

Al día siguiente, Jrushchov pronunció en Sverdlovsk un discurso que reflejaba claramente su hosco estado de ánimo: «La Unión Soviética posee los misiles más poderosos del mundo y suficientes bombas atómicas y de hidrógeno como para borrar a sus agresores de la faz de la Tierra», aseguró.

Lejos quedaba su brindis de Año Nuevo, en el que había expresado su

deseo de que la presidencia de Kennedy pudiera aportar «nuevos aires» a la relación. Kennedy había malinterpretado las intenciones de Jrushchov y la respuesta airada del líder soviético a lo que percibía como un desprecio había menoscabado aquella fugaz posibilidad de mejorar las relaciones entre ambos países.

Thompson iba a tener que volar a Siberia para evitar que la situación empeorase aún más.

En Alemania, mientras tanto, la situación no mejoraba en absoluto.

1. Powers no sería liberado hasta más de un año más tarde, el 10 de febrero de 1962, cuando fue intercambiado en el puente de Glienicke, en el Berlín Oeste, por el coronel Rodolf Abel, el alias que utilizaba el legendario espía ruso William Fischer, cuyas proezas lo llevarían incluso a que su rostro apareciera más tarde en un sello soviético.

Ulbricht y Adenauer: Alianzas inestables

[Independientemente del resultado electoral](#), la era Adenauer ha terminado... Estados Unidos se equivocaría si decidiera perseguir las sombras del pasado e ignorar el liderazgo y el pensamiento político de la generación que ahora alcanza la mayoría de edad.

JOHN F. KENNEDY refiriéndose al canciller de la Alemania Federal,
Konrad Adenauer, en *Foreign Affairs*,
en octubre de 1957

[Berlín Oeste está experimentando un boom](#) de crecimiento. Los salarios de sus trabajadores y empleados han crecido más que los nuestros. Han sabido crear unas condiciones de vida más favorables... Sólo lo menciono porque debemos abordar la situación real y extraer consecuencias.

WALTER ULBRICHT, secretario general del Partido Socialista Unificado
de la Alemania del Este, durante una reunión del Politburó,
4 de enero de 1961

La historia recordará que Walter Ulbricht y Konrad Adenauer fueron los padres fundadores de las dos Alemanias enfrentadas, y dos hombres cuyas enormes diferencias, tanto personales como políticas, marcaron una época. Sin embargo, durante las primeras semanas de 1961, sus acciones se vieron definidas por un importante rasgo común: ambos líderes desconfiaban en gran medida de los hombres de quienes dependía su suerte, Nikita Jrushchov en el caso de Ulbricht y John F. Kennedy en el de Adenauer. En el año que

empezaba, no había nada más importante para los dos líderes alemanes que saber lidiar con aquellos poderosos hombres y garantizar que éstos no adoptaran ninguna decisión que pudiera menoscabar lo que ambos consideraban sus legados.

A sus sesenta y siete años, Ulbricht era un adicto al trabajo, frío e introvertido, que evitaba las amistades, se había distanciado de los miembros de su familia y se dedicaba a aplicar su versión estricta y estalinista del socialismo con una atención implacable y una inquebrantable desconfianza en los demás. «No había sido un tipo demasiado apreciado en su juventud y eso no mejoró con los años», declaró Kurt Hager, amigo de toda la vida de Ulbricht y combatiente comunista que se convertiría en el principal ideólogo del partido. «Era incapaz de entender un chiste.»

De estatura pequeña y actitud rígida, Ulbricht consideraba a Jrushchov un hombre ideológicamente inconstante, intelectualmente inferior y personalmente débil. Y aunque Occidente planteaba numerosos peligros, nada amenazaba su Alemania del Este de forma tan inmediata como lo que él consideraba el vacilante compromiso de Jrushchov a la hora de velar por su existencia.

Para Ulbricht, la lección que había que extraer de la Segunda Guerra Mundial (que él había pasado fundamentalmente exiliado en Moscú) era que los alemanes se habían vuelto fascistas a la menor oportunidad. Ulbricht estaba decidido a no permitir que sus compatriotas volvieran a gozar de semejante libre albedrío, y por ello los obligaba a desenvolverse entre las inflexibles barreras protectoras de su sistema de represión, encauzado por una policía secreta mucho más sofisticada y extensa que la Gestapo de Hitler. Su objetivo vital había sido primero la creación y luego la salvación de su estado comunista de diecisiete millones de almas.

A sus ochenta y cinco años, Adenauer era un hombre excéntrico, astuto y metódico, con un humor seco, que había sobrevivido a todos los convulsos episodios de la Alemania del siglo anterior: el Reich Imperial, la primera unificación alemana, el caos de la República de Weimar, el Tercer Reich y ahora la división alemana de posguerra. Adenauer había visto como la mayoría de sus aliados políticos morían o desaparecían de la escena, y temía que Kennedy no gozara de la perspectiva histórica, la experiencia política y el

carácter necesarios para plantar cara a los soviéticos tal como lo habían hecho sus predecesores, los presidentes Truman y Eisenhower.

Adenauer compartía con Ulbricht una desconfianza de naturaleza germánica, pero su solución había pasado por unir su país inextricablemente a EEUU y a Occidente a través de la OTAN y el Mercado Común Europeo. Tal como diría más tarde, «nuestra tarea consistía en lograr que se desvaneciera la desconfianza que levantábamos en todo Occidente. Debíamos intentar, paso a paso, dar nueva vida a la confianza en los alemanes. La condición previa para lograrlo... era una afirmación clara, constante y inquebrantable de nuestra identificación con Occidente» y con sus prácticas económicas y políticas.

Como primer y en aquel momento único canciller de la Alemania Federal libremente elegido, Adenauer había puesto su grano de arena para construir, a partir de las ruinas del hundimiento nazi, un estado vital, democrático y regido por el libre mercado en el que vivían sesenta millones de personas. Su objetivo era mantener esa estructura de país hasta que la Alemania Federal fuera lo bastante fuerte como para lograr la reunificación alemana según sus propias condiciones. De forma más inmediata, en septiembre iba a intentar obtener en las urnas su cuarto mandato con el vigor rejuvenecido de un político que se sentía reivindicado por la historia.

Tanto Ulbricht como Adenauer eran, al mismo tiempo, personajes principales y subordinados dependientes (capaces de influir en los acontecimientos y, al mismo tiempo, incapaces de evitar verse arrastrados por los mismos), tal como ilustran sus acciones durante los primeros días de 1961.

«GROSSES HAUS», CUARTEL GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA CENTRAL EN
BERLÍN ESTE

MIÉRCOLES, 4 DE ENERO DE 1961

Durante una sesión de emergencia del Politburó que él mismo dirigía, Walter Ulbricht se rascó la barba de chivo con un gesto de descontento que contradecía el optimista mensaje de Año Nuevo que había hecho público tan sólo tres días antes.

En esa ocasión, [dirigiéndose a sus súbditos](#), había perorado sobre el triunfo del socialismo, había ensalzado el éxito de sus colectivizaciones agrícolas y se había jactado de haber impulsado el crecimiento de la Alemania del Este al tiempo que incrementaba su prestigio en el mundo. Sin embargo, la situación era demasiado grave como para arriesgarse a emplear esas mismas mentiras ante los demás líderes del partido, que estaban mejor informados que la población y a quienes necesitaba para enfrentarse a un oponente que contaba con unos recursos que parecían crecer hora tras hora.

«Berlín Oeste está experimentando un boom de crecimiento», lamentó Ulbricht. «Los salarios de sus trabajadores y empleados han crecido más que los nuestros. Han sabido crear unas condiciones de vida más favorables y han reconstruido ya la mayor parte de la ciudad, mientras que la reconstrucción en nuestra parte sigue estancada.» El resultado, dijo, era que Berlín Oeste estaba «absorbiendo» la población de Berlín Este y que los alemanes del Este con más talento se iban a estudiar a universidades de Berlín Oeste y a ver películas de Hollywood en sus cines.

[Ulbricht nunca había hablado](#) con tanta claridad ante sus camaradas acerca de la fortuna creciente de su enemigo y del deterioro de su propia posición. «Sólo lo menciono porque debemos abordar la situación real y extraer consecuencias», añadió y a continuación expuso sus planes para un año en el que tenía intención de detener el flujo de refugiados, levantar la economía de Berlín Este y proteger la Alemania del Este de los espías y propagandistas que llegaban desde Berlín Oeste.

A continuación, un orador tras otro, todos fueron mostrando su apoyo a Ulbricht y ofreciendo aún más motivos para la preocupación. Un secretario del partido del distrito de Magdeburgo explicó que había tenido que resolver la escasez de árboles de Navidad durante las vacaciones con una cosecha de emergencia. Sus ciudadanos achacaban la falta de zapatos y tejidos a la decisión del partido de redireccionar los escasos suministros disponibles a ciudades mayores y políticamente más sensibles como Karl-Marx-Stadt y Dresde. El miembro del Politburó Erich Honecker se quejó de que los atractivos de Occidente estaban privando al movimiento deportivo de la Alemania del Este, del que era responsable, de sus mejores atletas, lo que

suponía una grave amenaza para sus ambiciones olímpicas. Bruno Leuschner, el jefe de planificación estatal y superviviente de un campo de concentración, dijo que la Alemania del Este tan sólo evitaría su derrumbe si lograba un crédito de mil millones de rublos de la URSS. En ese sentido, Leuschner informó que acababa de regresar de Moscú, donde tan sólo la documentación técnica necesaria para intentar obtener ese volumen de ayuda por parte de los soviéticos había bastado para llenar un avión militar bimotor de carga Ilyushin Il-14. El jefe del partido en Berlín Este y antiguo obrero metalúrgico, Paul Verner, dijo que no podía hacer nada para evitar la fuga constante de los trabajadores más cualificados de la ciudad.

Los miembros del gobierno de Ulbricht ilustraron la realidad de un país que se dirigía hacia la ruina inevitable. Mientras una cantidad tan notable de la población activa abandonase el país, se quejaron, no podían hacer gran cosa para revertir la tendencia. Además, su dependencia creciente de Berlín Oeste para conseguir proveedores no había hecho más que volverlos aún más vulnerables. Karl Heinrich Rau, el ministro a cargo del comercio entre la Alemania del Este y Occidente, advirtió a Ulbricht de que no podía aceptar la postura de Jrushchov, que insistía en esperar a reunirse con Kennedy para abordar unos problemas cada vez más acuciantes: era necesario actuar.

Con una franqueza nada habitual ante sus camaradas de partido, un exasperado Ulbricht condenó a Jrushchov por su «innecesaria tolerancia» con la situación en Berlín. Ulbricht era consciente de que la KGB recibiría un informe de lo que dijera ante su Politburó, pero ni siquiera eso lo empujó a suavizar sus palabras. La posibilidad de contrariar a Jrushchov era mucho menos importante para él que su terca inacción. Ulbricht recordó a sus colegas que él había sido el primero en declarar de forma abierta que toda la ciudad de Berlín debía ser considerada parte de la Alemania del Este, y que sólo más tarde Jrushchov se había mostrado de acuerdo con él.

Una vez más, dijo Ulbricht, iba a tener que tomar la delantera.

Occidente no sabría hasta muchos años más tarde (a raíz de la publicación de documentos secretos de la Alemania del Este y la URSS) el papel crucial de las acciones de Ulbricht durante los primeros días de 1961 a la hora de prefigurar los ulteriores acontecimientos. Dicho eso, su decisión de aumentar

su presión sobre Jrushchov encajaba con una carrera política en la que había sabido sobreponerse una y otra vez a la oposición, tanto interna como soviética, para crear un estado más estalinista de lo que Stalin podría haber imaginado jamás.

Como su mentor Stalin, Ulbricht era un hombre excepcionalmente bajo, de apenas 1,65 metros de estatura, y como Stalin tenía una peculiaridad física que ayudó a definir su contrahecha personalidad. En el caso de Stalin se trataba de cicatrices de viruela, cojera y un brazo izquierdo tullido por culpa de una enfermedad de la infancia. El defecto de Ulbricht era su inconfundible voz de falsete, fruto de una infección de difteria sufrida a los dieciocho años. Cuando estaba tenso, el líder de la Alemania del Este hablaba en un agudísimo y a menudo indescifrable alemán con acento sajón ante el que quienes lo escuchaban no podían hacer más que esperar a que se calmara y bajara su tono de voz una o dos octavas. Sus peroratas antiimperialistas (que a menudo pronunciaba ataviado con americanas arrugadas y camisas con corbatas que no conjuntaban) lo habían convertido en objeto de escarnio durante la década de 1950, hasta el punto de que los chistes sobre él circulaban tanto entre los alemanes del Este (en sus momentos más étlicos) como entre los comediantes de cabaret del Berlín Oeste. Quizá a modo de respuesta, Ulbricht empezó a reducir sus discursos y a vestirse con trajes planchados y corbatas grises. Pero poco pudieron hacer esos cambios por alterar su imagen pública.

Al igual que Stalin, Ulbricht era un fanático de la organización que recordaba los nombres de todo el mundo y catalogaba de forma detallada sus lealtades y sus debilidades personales; aquella información podía resultar muy útil para manipular a los amigos y destruir a los enemigos. Ulbricht no poseía carisma, ni habilidades retóricas, dos defectos que le impedían gozar de popularidad pública, pero que compensaba con sus metódicas capacidades organizativas, cruciales a la hora de dirigir un sistema autoritario y de planificación centralizada. Aunque su Alemania del Este era mucho más limitada que el imperio soviético de Stalin, Ulbricht compartía la habilidad del dictador soviético a la hora de lograr y conservar el control a toda costa y obtener resultados impensables.

Ulbricht era también un fanático de la precisión y los hábitos. Empezaba

cada día con diez minutos de calistenia y predicaba las virtudes del ejercicio regular entre sus compatriotas con eslóganes rimados. Las tardes de invierno, antes de salir a patinar por su lago privado con su mujer, Lotte, pedía a su personal que puliera la superficie para que ésta no presentara ni un rasguño. El hecho de que Ulbricht, a diferencia de Stalin, no ejecutara a sus enemigos, reales o imaginarios, no alteraba la determinación con la que había impuesto el sistema bolchevique en el tercio de la arruinada Alemania de posguerra ocupada por los soviéticos. No sólo lo había hecho, sino que para ello había desoído las órdenes de Stalin y otros altos cargos del Kremlin, que dudaban de que su estilo de comunismo pudiera arraigar entre los alemanes y que, por lo tanto, no osaban imponerlo.

Ulbricht no tenía tantos escrúpulos. Prácticamente desde el preciso instante en que la Alemania nazi se había derrumbado, la visión de futuro de Ulbricht había guiado la zona ocupada por los soviéticos. [A las seis de la mañana](#) del 30 de abril de 1945, unas horas antes de la muerte de Hitler, un autobús recogió al futuro líder de la Alemania del Este y a diez alemanes izquierdistas más (conocidos como la *Ulbricht Gruppe*) del hotel Lux, donde se habían exiliado numerosos líderes comunistas durante la guerra. Las instrucciones de Stalin para Ulbricht eran que ayudara a crear un gobierno provisional y que reconstruyera el Partido Comunista Alemán.

[Wolfgang Leonhard](#), que a sus [veintitrés años](#) era el miembro más joven del grupo, observó que desde el momento en que habían aterrizado, «Ulbricht se comportó como un dictador» con los comunistas locales, a quienes no consideraba capacitados para dirigir la Alemania de posguerra. Ulbricht había huido de la Alemania nazi para luchar en la guerra civil española antes de exiliarse en Moscú, y no escondía su desdén por los comunistas alemanes que habían permanecido en el territorio del Tercer Reich, pero que no habían hecho casi nada por derrotar a Hitler, labor que en consecuencia había recaído en los extranjeros.

Ulbricht dejó ya entrever su estilo de liderazgo cuando recibió a un grupo de cien líderes comunistas de distrito en mayo de 1945 para darles las órdenes pertinentes. Algunos de ellos intentaron convencerlo de que la labor más urgente pasaba por cicatrizar las heridas sociales que habían dejado los

incidentes generalizados de violaciones de mujeres alemanas por parte de soldados soviéticos. Algunos le pidieron a Ulbricht que diera permiso a los médicos para practicar abortos en dichos casos; otros exigieron una condena pública de los excesos del Ejército Ruso.

[Ulbricht reaccionó de forma furiosa](#). «La gente que hoy tanto se indigna por estas cuestiones debería haberse indignado cuando Hitler empezó la guerra», dijo. «Para nosotros, cualquier concesión a esas emociones está simplemente fuera de lugar... No toleraré que este debate prosiga. Se aplaza la conferencia.»

Como sucedería a menudo en el futuro, los aspirantes a oponentes de Ulbricht guardaron silencio, asumiendo que sus decisiones contaban con la bendición de Stalin. La verdad, sin embargo, es que Ulbricht excedió las órdenes de Stalin desde buen principio. [Un ejemplo de ello tuvo lugar en 1946](#), cuando el dictador soviético le pidió a Ulbricht que fusionara por completo el Partido Comunista Alemán, o KPD, con el menos doctrinario Partido Social Demócrata, o SPD, para crear un único Partido Socialista Unificado, o SED. Ulbricht, sin embargo, optó por purgar a las figuras clave del SPD y garantizar así su supremacía en un partido mucho más dogmático de lo que incluso Stalin pretendía.

[En abril de 1952, Stalin](#) le había dicho a Ulbricht: «Aunque actualmente se estén creando dos estados en Alemania, no creo que debas preconizar el socialismo en estos momentos». Stalin prefería una Alemania unida con todos sus recursos nacionales, que pudiera existir fuera del control militar estadounidense, al estado residual de Ulbricht dentro del bloque soviético. Pero Ulbricht tenía sus propios planes y abogó por la creación de una Alemania del Este estalinista diferenciada mediante la nacionalización del 80 por ciento de la industria y la exclusión de los llamados hijos de padres burgueses de la educación superior.

En julio de 1952, Stalin había aprobado ya los planes de Ulbricht de imponer un período draconiano de colectivizaciones forzadas y de más represión social. Las convicciones de Ulbricht no hicieron más que reforzarse con la muerte de Stalin, cuando sobrevivió a por lo menos dos intentos de arrebatarse el mando por parte de dos camaradas liberalizadores de partido.

Ambos fracasaron, después de que la intervención militar soviética sofocara los levantamientos, primero en la Alemania del Este y posteriormente en Hungría, en 1953 y 1956, rebeliones ambas inspiradas por reformas a las que Ulbricht se había opuesto.

Del mismo modo que Ulbricht se había mostrado más decidido a crear una Alemania del Este estalinista que el propio Stalin, también ahora estaba más decidido que Jrushchov a proteger su creación. Dirigiéndose a su Politburó el 4 de enero de 1961, achacó sin rodeos el 60 por ciento de todas las huidas de refugiados a los defectos de la propia Alemania del Este. Asimismo, declaró que el partido debía resolver la escasez de viviendas, los bajos salarios y las pensiones inadecuadas, y que debía reducir la semana laboral de seis a cinco días antes de 1962. Se quejó de que el 75 por ciento de quienes huían del país tenían menos de veinticinco años, lo que demostraba que las escuelas de la Alemania del Este no preparaban debidamente a los jóvenes.

Sin embargo, la decisión más importante de aquella sesión de emergencia del Politburó fue la aprobación del plan de Ulbricht para la creación de un grupo de trabajo al mayor nivel que debía elaborar planes para «detener de forma radical» la sangría de refugiados. Ulbricht puso al cargo de la misión a sus tres lugartenientes más leales, eficientes e ingeniosos: el ministro de Seguridad Estatal Erich Honecker, el ministro del Interior Karl Maron, y Erich Mielke, el jefe de su poderosa policía secreta.

Tras hacer entrar en vereda a los cuadros comunistas dentro de su país, Ulbricht estaba preparado para centrar su atención en Jrushchov.

CANCILLERÍA FEDERAL, BONN

MARTES, 5 DE ENERO, 1961

Siguiendo la tradición, los huérfanos católicos y protestantes fueron los primeros en felicitar a Konrad Adenauer por su 85 aniversario. Poco después de las diez de la mañana, dos niños vestidos de enanitos y una niña disfrazada de Blancanieves entraron en la Sala del Gabinete, donde el primer y único canciller de la Alemania Federal iba a recibir a sus admiradores. Uno de los

enanitos llevaba gorra roja, capa azul y pantalones rojos; el otro iba vestido con gorra azul, capa roja y pantalones azules. Ambos se escondían tras idénticas barbas blancas, mientras dos monjas los empujaban hacia delante para que felicitaran a uno de los grandes personajes alemanes de todos los tiempos, que estaba resfriado y no paraba de sonarse.

Los amigos del canciller estaban convencidos de que el disgusto de Adenauer ante la victoria de Kennedy había hecho empeorar su enfermedad, contraída antes de las elecciones, de un resfriado a una bronquitis, y más tarde a una neumonía de la que apenas había empezado a recuperarse. Aunque el [canciller había elogiado](#) la figura de Kennedy con falsa efusividad, en privado temía que los estadounidenses acabaran de elegir a un hombre con un carácter peligrosamente débil y sin las agallas necesarias. Su servicio de inteligencia, el Bundesnachrichtendienst, había proporcionado a Adenauer informes acerca de las infidelidades sexuales de Kennedy, una debilidad que los comunistas sabrían desde luego explotar. Sin embargo, la [actitud personal indisciplinada](#) de Kennedy era tan sólo una de las diversas razones por las que Adenauer había concluido que Kennedy, al que sacaba cuarenta y dos años, era «una mezcla entre un subalterno de la Marina y un *boy scout* católico», a un tiempo indisciplinado e ingenuo.

Adenauer sabía que, por su parte, Kennedy tampoco lo veía a él con muchos mejores ojos. El presidente entrante consideraba al canciller como una reliquia reaccionaria cuya considerable influencia en Washington había constreñido la flexibilidad estadounidense en las negociaciones con los soviéticos. Kennedy prefería que Adenauer fuera reemplazado en las inminentes elecciones por su oponente socialdemócrata, Billy Brandt, el atractivo y carismático alcalde de Berlín que, a sus cuarenta y siete años, se presentaba como el Kennedy alemán.

Adenauer se enfrentaba a cuatro retos en 1961: manejar a Kennedy, derrotar a Brandt, resistir a Jrushchov y combatir el hecho biológico innegable de su propia mortalidad. Sin embargo, el [canciller sonrió](#) encantado mientras la Blancanieves y los dos enanitos recitaban poemas aprendidos de memoria sobre los animales del bosque y lo mucho que los querían. Los niños le entregaron a Adenauer regalos hechos por ellos mismos y, tras sonarse una vez

más con el pañuelo, éste los obsequió con bombones Sarotti, sus preferidos.

A continuación uno de los grandes hombres de la historia de Alemania fue fotografiado para los periódicos del día siguiente más tieso que un palo y con expresión extrañamente seria entre dos niños de mirada sagaz vestidos como los personajes de un cuento de los hermanos Grimm.

Llamémosle la banalidad del éxito.

El joven país de Adenauer era cada mes más fuerte. El crecimiento anual medio de los ingresos por cápita en la década anterior a 1961 había sido del 6,5 por ciento. El país había alcanzado la plena ocupación, empujado por un boom industrial que lo incluía todo, desde coches a herramientas. Además, se había convertido en el tercer exportador mundial. Ningún otro país desarrollado presentaba unos datos tan positivos.

A pesar de sus logros, Adenauer era un personaje inverosímil que presentaba contradicciones a veces cómicas. Era un hombre reservado con una tendencia a cantar canciones alemanas de taberna, un católico a la antigua usanza que, al igual que Churchill, echaba la siesta cada mediodía y un anticomunista furibundo que dirigía su democracia con celo autoritario. Adenauer ansiaba el poder, pero a menudo, cuando el estrés se volvía insoportable, se iba de vacaciones al lago Como, en Italia. Defendía la integración en Occidente con la misma intensidad con la que temía el abandono estadounidense. Amaba Alemania pero temía el nacionalismo alemán.

Dean Acheson, secretario de estado del presidente Truman, se refirió a su viejo amigo Adenauer como un hombre «severo e inescrutable» que, al mismo tiempo, apreciaba enormemente los cotilleos y las amistades masculinas, a las que se abría con cautela pero que cultivaba a lo largo de los años, independientemente de la posición de la persona en cuestión. «Se mueve despacio, gesticula con moderación, sonrío lacónicamente y cuando algo lo divierte prefiere las risas discretas a las carcajadas», dijo Acheson, que valoraba en particular el agudo ingenio con el que Adenauer fustigaba a los políticos que se negaban a aprender las lecciones de la historia. «Dios cometió un gran error al limitar la inteligencia del hombre pero no su estupidez», solía bromear Adenauer con Acheson.

La mañana de su cumpleaños, Adenauer se dirigió con paso presuroso a su Sala del Gabinete, donde iba a recibir a sus invitados. **En 1917 el canciller había sufrido** un accidente de coche tras el cual los médicos habían logrado reconstruir su rostro que, sin embargo, le daba un aspecto más tibetano que alemán. Tenía los pómulos altos y unos ojos azules, orientales, separados por el ancho puente de su irregular nariz. **Había quien afirmaba que se parecía** al indio de las monedas de un centavo de dólar.

Tras doce años en el poder, Adenauer había igualado ya la longevidad de Hitler al mando del país y había utilizado todo ese tiempo para deshacer muchos de los males que su predecesor había infligido a Alemania. Donde Hitler había excitado el nacionalismo, el racismo genocida y la guerra, Adenauer proyectaba una sensación de pertenencia serena y pacífica a Europa, y se había erigido ya como el custodio de Alemania dentro de la comunidad de las naciones civilizadas.

Sólo ocho años después de la caída del Tercer Reich, la revista *Time* había nombrado a Adenauer Hombre del Año 1953 y había definido su Alemania como «una potencia mundial, una vez más, [...] el país más poderoso del continente junto con la Rusia soviética». Adenauer, por su parte, había sabido aprovechar la fama para lograr la incorporación de la Alemania Federal a la OTAN y para negociar diplomáticamente con Jrushchov en Moscú en 1955, lo que le había permitido llevar a sus demócratacristianos a la victoria por mayoría absoluta en 1957.

Adenauer estaba convencido de que la división de Alemania y de Berlín era más la consecuencia de las tensiones entre el Este y el Oeste que su causa. Así pues, creía que la única forma segura de reunificar Alemania pasaba por reunificar Europa como parte de la comunidad occidental, algo que sólo podría conseguirse tras una distensión de fondo en las relaciones entre EEUU y la URSS. Por ello, a principios de marzo de 1952 Adenauer había rechazado la oferta de Stalin de reunificar Alemania, neutralizarla, desmilitarizarla, desnazificarla y librarla de las potencias ocupantes.

Los críticos con Adenauer aseguraban que aquella había sido más la decisión de un político oportunista que de un líder visionario. Ciertamente, es probable que aquel católico renano hubiera perdido las primeras elecciones

alemanas si los prusianos protestantes que dominaban la Alemania del Este hubieran participado en la votación. Dicho eso, las sospechas de Adenauer en relación con las intenciones de los rusos eran reales y constantes. Como él mismo diría más tarde, «el objetivo de los rusos era inequívoco. La Rusia soviética, lo mismo que la Rusia zarista, ansiaba conquistar o dominar nuevos territorios en Europa».

Desde el punto de vista de Adenauer, había sido la falta de determinación de los aliados al final de la guerra lo que había permitido a los soviéticos fagocitar una gran parte de la Alemania de preguerra e instalar sus gobiernos subordinados en toda la Europa del Este. Eso había dejado su Alemania Federal encajada «entre dos bloques de poder que perseguían ideales completamente contrapuestos; si no queríamos que nos aplastaran, teníamos que unirnos a uno o a otro». Para Adenauer, la neutralidad nunca había sido una opción y por ello había decidido unirse al bloque que compartía sus puntos de vista de libertad política y personal.

Durante los dos días que duró la celebración de su cumpleaños, que contó con una coreografía más propia de un monarca que de un líder democrático, Adenauer recibió a líderes y embajadores europeos, líderes judíos alemanes, jefes de partidos políticos, líderes sindicales, editores, industriales, grupos folclóricos ataviados con disfraces coloridos y también a su oponente político, Willy Brandt. El arzobispo de Colonia le ofreció su bendición. El ministro de Defensa Franz Josef Strauss encabezó la delegación de generales.

El tiempo se distribuyó como si fuera un bien escaso: los familiares gozaron de veinte minutos; los miembros del gabinete, de diez, y el resto de mortales, de cinco. Adenauer reaccionó con furia cuando la prensa de la Alemania Federal informó, basándose en filtraciones procedentes de su propio gobierno, que había sido la precaria salud del primer ministro lo que había obligado a prolongar las celebraciones de su 85 cumpleaños a lo largo de dos días, lo que le proporcionaba tiempo suficiente para recuperarse entre visita y visita. El verdadero motivo de aquella celebración tan larga, insistía Adenauer, era que sus responsables de protocolo eran incapaces de concentrar en un solo día a la multitud de personas que deseaban felicitar a *der Alte*, «el viejo», tal como lo llamaban cariñosamente sus compatriotas.

Pero la preocupación de Adenauer por Kennedy ensombreció la celebración. Pocas cosas diferenciaban tanto la administración Kennedy de las presidencias de Truman y Eisenhower como su actitud hacia Adenauer y su Alemania Federal.

Durante la campaña electoral, Kennedy había dicho de Adenauer: «El problema real es que él es demasiado mayor y yo soy demasiado joven para que podamos entendernos». Pero el problema de fondo iba mucho más allá del hecho de que Adenauer tuviera el doble de años que Kennedy más uno; sus diferencias de carácter y de educación hacían que no tuvieran demasiadas cosas en común, más allá del catolicismo.

Desde su nacimiento, Kennedy había llevado una vida de opulencia y privilegios, y de adulto se había rodeado de glamour y de mujeres hermosas. Era un hombre que buscaba impacientemente nuevas ideas y soluciones para los viejos problemas. Adenauer, en cambio, había crecido a finales del siglo XIX en el austero hogar de un severo funcionario estatal que había sobrevivido a la batalla de Königgrätz, la mayor confrontación militar en Europa hasta aquel momento, que había abierto la puerta a la unificación alemana. Adenauer valoraba el orden, la experiencia y la reflexión, y recelaba de la confianza de Kennedy en el instinto, el talento y el bombo publicitario.

El presidente Eisenhower consideraba a Adenauer uno de los grandes personajes de la historia del siglo XX, un hombre que había plantado cara al nacionalismo y a los instintos de neutralidad entre los alemanes. Según el parecer de Eisenhower, Adenauer había ayudado a prefigurar tanto la filosofía como los medios que habían permitido a Occidente detener el avance del comunismo soviético, argumentando que la superioridad militar occidental era un requisito previo para negociar con éxito con los soviéticos.

El Consejo de Seguridad Nacional de Eisenhower había resumido su admiración por Adenauer en un informe secreto que había entregado al equipo de transición de Kennedy. «El principal avance de Alemania en 1960 fue el aumento de su independencia y de la confianza en sí misma», afirmaba la Comisión de Coordinación de Operaciones del Consejo de Seguridad Nacional (CSN), que se encargaba de implementar la política exterior en todos los organismos estadounidenses. El informe afirmaba también que la Alemania

Federal se había establecido como un estado nacional que sus habitantes ya no veían como una entidad temporal pendiente de unificación, sino como «el sucesor del Reich y el marco esencial de la Alemania reunificada del futuro».

El informe señalaba que el «gobierno de Adenauer, firmemente asentado» había logrado crear un país tan próspero que incluso los díscolos socialdemócratas habían tenido que abandonar su socialismo doctrinario y su tolerancia para con los soviéticos para poder disponer de opciones electorales. El grupo alababa la firme y sana economía de la Alemania Federal, su moneda fuerte, su capacidad exportadora y su mercado interno, factores que habían provocado una carencia de mano de obra a pesar del crecimiento de la población.

[El embajador estadounidense en Bonn](#), Walter Dowling, se hacía también eco de aquel entusiasmo por Adenauer en su propio memorando de transición. «Su confianza en sí mismo, alimentada por la convicción de que su visión política se ha visto totalmente reivindicada por los acontecimientos de los últimos años, sigue intacta. A los ochenta y cinco años, aún identifica su ejercicio del poder político con el bienestar y el destino del pueblo alemán. Considera su victoria en las próximas elecciones como una condición indispensable para la seguridad y prosperidad del país.» En resumen: «Adenauer sigue ejerciendo toda su influencia y control en el centro de la vida política y sus instintos políticos siguen tan afilados como siempre».

Pero nada de eso logró cambiar la opinión de Kennedy, que éste había expresado por primera vez en *Foreign Affairs*, en otoño de 1957, y que aún circulaba y era leída con preocupación por las personas más próximas a Adenauer. El por aquel entonces joven senador por Massachussets se quejaba de que la administración de Eisenhower, como antes había hecho la de Truman, «se ha vinculado en exceso a un único gobierno y un único partido alemanes. Independientemente del resultado electoral, la era Adenauer ha terminado». Kennedy creía que la oposición socialista había demostrado ya su lealtad a Occidente y también que EEUU debía fomentar las transiciones democráticas en Europa. «Estados Unidos se equivocaría si decidiera perseguir las sombras del pasado e ignorar el liderazgo y el pensamiento político de la generación que ahora alcanza la mayoría de edad», había escrito

Kennedy.

Pero el Consejo de Seguridad Nacional de Eisenhower presentaba a Adenauer no como una sombra del pasado, sino como un hombre cuya influencia no había hecho más que crecer a raíz del aumento de su mayoría parlamentaria tras las elecciones de 1957. [Ante la deriva crecientemente nacionalista](#) y antiestadounidense de la Francia de De Gaulle, el CSN consideraba a Adenauer un vínculo indispensable tanto para la integración europea como para la fluidez de las relaciones transatlánticas. Además, el ministro de Defensa de Adenauer, Franz Josef Strauss, había impulsado una concentración militar que había convertido a la Alemania Federal en el principal contingente militar de la OTAN en Europa, con 291.000 hombres, once divisiones y un moderno sistema armamentístico.

Sin embargo, el CSN advertía de tendencias que podían poner en peligro esas relaciones y de tensiones que podían agravarse si se erosionaban los vínculos personales entre los líderes de ambos países. Los ciudadanos de la Alemania Federal habían empezado a cansarse de la prolongada división del país, aseguraba el informe, y también a poner en tela de juicio el compromiso de Washington. El temor de la población era que el probable conflicto entre EEUU y la URSS pudiera dirimirse en su territorio y se saldara con la pérdida de vidas alemanas.

[La victoria electoral de Kennedy había alimentado](#) los temores de Adenauer de verse abandonado por EEUU, que no habían hecho más que crecer desde la muerte en mayo de 1959 de su amigo y firme partidario suyo en EEUU, John Foster Dulles, el secretario de estado de Eisenhower. Adenauer combatía las noches en vela con dosis cada vez mayores de somníferos y despreciaba a los brillantes y jóvenes asesores de Kennedy, a quienes algunos llamaban «New Frontiersmen» o «Prima donnas de Harvard», teóricos que «nunca habían desempeñado responsabilidades políticas».

[Adenauer era dolorosamente consciente](#) de las dudas de Kennedy sobre su persona. Ya en 1951, el por aquel entonces congresista Kennedy había realizado su primera visita a Alemania, tras la cual había afirmado que el líder socialdemócrata Kurt Schumacher, y no el canciller Adenauer, era «la principal figura política de Alemania». [Schumacher, que había perdido](#) por

poco las primeras elecciones en la Alemania Federal dos años antes, habría aceptado sin lugar a dudas la oferta de unificación y neutralidad de Stalin, lo que hubiera impedido al país tanto profundizar en su integración en la Europa occidental como incorporarse a la OTAN. [Acheson había descrito a Schumacher](#) como un «hombre amargado y violento», determinado a debilitar los vínculos de Alemania con Occidente. [Incluso tras su muerte en 1952](#), los socialdemócratas alemanes continuaron oponiéndose a la entrada de la Alemania Federal en la OTAN en 1955.

No era la primera vez que Kennedy no sabía interpretar la situación alemana. Mientras viajaba por Europa como estudiante, en 1937, cuatro años después del ascenso de Hitler al poder, había escrito en su diario: «[Me he acostado pronto...](#) La impresión general es que no se producirá otra guerra en el futuro inmediato y que Francia está demasiado bien preparada para Alemania. La estabilidad de la alianza entre Alemania e Italia también genera dudas».

El exitoso eslogan de campaña de Adenauer en 1957 era el mismo consejo que le había dado a Eisenhower en lo tocante a Berlín y los soviéticos: «No hagamos experimentos». La campaña de Kennedy, en cambio, se había basado en la necesidad de experimentar; el nuevo presidente estadounidense creía que los cambios de fondo en la sociedad soviética abrían la puerta a entablar negociaciones más fructíferas. «[Debemos estar preparados](#) para asumir riesgos que permitan un deshielo en la guerra fría», había declarado Kennedy en una ocasión, refiriéndose a una nueva aproximación a los rusos que permitiera poner fin a «esta fase gélida, beligerante, siempre al borde del enfrentamiento... de la larga guerra fría».

Adenauer consideraba que ese punto de vista era ingenuo, actitud que se había consolidado más aún tras su histórica visita a Moscú de 1955 para entablar relaciones diplomáticas y obtener la liberación de prisioneros de guerra alemanes. Adenauer tenía la esperanza de poder regresar a Alemania con 190.000 prisioneros de guerra y 130.000 presos civiles de los 750.000 que se creía que habían sido capturados, secuestrados y encarcelados en la URSS.

[Adenauer no estaba ni mucho menos preparado](#) para los insultos y las

palizas verbales que recibió. Cuando los soviéticos informaron a su visitante alemán de que sólo quedaban 9.628 «criminales de guerra» alemanes en los gulags soviéticos, Adenauer quiso saber qué había pasado con el resto. «¿Que dónde están?» Jrushchov estalló: «¡Bajo tierra! ¡Bajo la fría tierra soviética!».

Adenauer quedó helado ante «un hombre que era, sin duda, astuto, sagaz, listo y muy espabilado, pero al mismo tiempo grosero y sin escrúpulos... En un momento dado pegó un puñetazo en la mesa, medio desquiciado. Al darme cuenta de que ése era el idioma que entendía, yo decidí enseñarle también mi puño».

Jrushchov le ganó la batalla a Adenauer, pues obtuvo su reconocimiento de facto de la Alemania del Este a cambio de un número tan reducido de prisioneros de guerra. Adenauer aceptó por primera vez la presencia de embajadores de las dos Alemanias en Moscú. El esfuerzo físico del viaje dejó a Adenauer aquejado de doble neumonía. La corresponsal de *Die Zeit*, la condesa Marion Dönhoff, escribió: «La libertad de 10.000 personas se ha comprado al precio de la servidumbre de diecisiete millones». El embajador estadounidense en Moscú, Charles Bohlen, escribió: «Intercambiaron prisioneros por la legalización de la división de Alemania».

Adenauer, que no había olvidado jamás aquel encuentro tan perturbador, temía que Kennedy saliera aún peor parado que él ante Jrushchov, aunque en este caso habría mucho más en juego. Por ese motivo, Adenauer apenas había ocultado sus preferencias por Nixon, al que, tras la derrota en las elecciones, mandó incluso un mensaje de condolencia en el que le decía: «Imagino perfectamente cómo se siente». En otras palabras, compartía el dolor de Nixon.

Sin embargo, y con motivo de su 85 cumpleaños, Adenauer decidió olvidarse por un rato de esas preocupaciones y regodearse con la adulación de sus admiradores.

La mañana empezó tal como Adenauer había previsto, con una misa pronunciada por su hijo Paul en el hospital de Santa Isabel, en Bonn, seguida por un desayuno con los médicos y las enfermeras. A continuación asistió a una misa católica en Rhöndorf, un hermoso pueblecito de casitas con pulcros jardines cerca de Bonn, al otro lado del río, donde Adenauer se había

instalado para huir de los nazis en 1935. [La justificación oficial para elegir Bonn](#) como capital provisional de la Alemania Federal era evitar la sensación de permanencia que habría creado la elección de una ciudad más grande. Sin embargo, los alemanes eran conscientes de que aquella elección obedecía también al estilo de vida de Adenauer.

En Bonn las cosas eran como le gustaban a Adenauer: serenas y en su sitio. La Crisis de Berlín, situada a unos 650 kilómetros de distancia, era ciertamente real, pero Adenauer casi nunca visitaba la ciudad, cuyos encantos prusianos no encajaban con el carácter del renano. Adenauer afirmaba que Alemania, como la antigua Galia, era un país dividido en tres partes en función de las preferencias alcohólicas de sus habitantes. Él denominaba Prusia a la Alemania de los bebedores de aguardiente; Baviera a la de los bebedores de cerveza, y Renania a la de los bebedores de vino. De esos tres tipos de alemán, Adenauer consideraba que sólo los bebedores de vino eran lo bastante sobrios como para dirigir a los demás.

A través de la ventana del despacho del canciller se divisaban unos estériles árboles invernales y el brillo matutino del Rin. La sala estaba decorada de forma austera: un viejo reloj de pared, un retrato de un templo griego pintado por Winston Churchill (regalo personal del artista) y la escultura de una Madonna del siglo XIV, regalo de su gabinete por su 75 cumpleaños. Detrás de su escritorio, en un delicado jarrón de cristal colocado encima de la superficie reluciente de un lustroso bufet, había un ramo de rosas de un rosal que Adenauer cultivaba y cortaba personalmente: si no hubiera sido político, les contaba a sus amigos, le habría gustado ser jardinero.

Su celebración de cumpleaños obedeció a ese mismo sentido del orden, alterado tan sólo por la indulgencia que Adenauer dispensaba a sus veintiún nietos, que irrumpieron corriendo en la Sala del Gabinete mientras el presidente de la Alemania Federal, Heinrich Lübke, alababa la naturaleza irreversible de los logros del canciller. El ministro de Economía, Ludwig Erhard, declaró que, gracias a Adenauer, el pueblo alemán se había reincorporado a la comunidad de pueblos libres.

En total, Adenauer recibió a trescientos visitantes y ciento cincuenta regalos durante los dos días de celebración. Sin embargo, no hubo ninguna

visita tan reveladora como la del alcalde de Berlín, Willy Brandt, que a los cuarenta y siete años era tanto el oponente como el opuesto de Adenauer. [Nacido Herbert Frahm, hijo ilegítimo](#) de un dependiente de comercio de Lübeck, había sido toda su vida un activista de izquierdas y, huyendo de la Gestapo, se había refugiado en Noruega, donde se había cambiado el nombre por motivos de seguridad. Tras la invasión alemana de Noruega, se había desplazado a Suecia, donde permanecería hasta el fin de la guerra.

El hecho de que Brandt acudiera a ofrecer sus respetos a Adenauer era una muestra clara del largo camino recorrido por los políticos de la Alemania Federal. Los socialdemócratas habían concluido ya que su posición de neutralidad y de proximidad con los soviéticos no iba a permitirles salir elegidos. Por ello, en la conferencia del partido celebrada en 1959 en Bad Godesberg, y de nuevo en noviembre de 1960, cuando eligieron a Brandt como líder, decidieron revisar su programa nacional y aceptar la pertenencia de la Alemania Federal a la OTAN.

[El giro a la derecha del SPD](#) quedó patente con su presencia durante el aniversario de Adenauer. Un año antes, el día de su cumpleaños, el servicio de prensa socialdemócrata lo había acusado de abuso de poder y de desempeñar el cargo más alto del país de forma cínica y autocrática, y un cargo intermedio del partido le había entregado unos claveles. Este año, en cambio, recibía la visita del propio Brandt, y el líder parlamentario del SPD, Carlo Schmid, le entregó personalmente 85 rosas de té rojas.

[Pero Adenauer no se fiaba de la conversión de Brandt](#) y sus socialistas. A Brandt, de hecho, lo consideraba un oponente particularmente peligroso debido a su carisma y sus considerables dotes para la política, y porque representaba a la facción más moderada del SPD y, por lo tanto, la que más opciones tenía de salir elegida. Por ello, Adenauer aplicó una de sus estrategias políticas básicas: presentar a su enemigo más peligroso como el más infame de los personajes y poner en tela de juicio sus orígenes y la autenticidad de su patriotismo. En una reunión con el consejo de su partido, Adenauer dijo: «Debemos pensar en qué se puede decir sobre el pasado de Brandt». En otra asamblea de partido, declaró: «[Para aspirar a la cancillería](#) hace falta carácter y un pasado limpio, que inspire confianza».

Cuando Brandt le preguntó a Adenauer a la cara si era realmente necesario recurrir a una competencia tan desleal, el canciller fingió inocencia. «Si tuviera algo contra usted, se lo diría», le dijo. Acto seguido continuó conspirando contra Brandt. Algunos se cuestionaban si, teniendo en cuenta su edad, Adenauer debía aspirar a otro mandato, aunque nada inflamaba tanto su energía juvenil como la necesidad de derrotar a los socialistas.

En una entrevista radiofónica de Año Nuevo, Adenauer planteó en términos nada ambiciosos lo que para él suponía un éxito en 1961. Cuando le preguntaron por sus ambiciones, respondió: «Yo diría que el año 1961 tendrá doce meses. Eso no lo puede discutir nadie. Ahora, nadie en el mundo sabe lo que puede pasar en esos doce meses... Gracias a Dios el año 1960 no nos trajo ninguna catástrofe. Nuestra intención es trabajar en 1961 con la misma diligencia que en el pasado. Espero que 1961 sea otro año sin catástrofes para nosotros».

He aquí, pues, el sueño de *der Alte*: un año sin catástrofes, que le ofreciera más tiempo para erosionar el bloque soviético a través de su política de fortaleza y de integración con Occidente. [Adenauer estaba convencido de que Jrushchov](#) iba a poner a prueba a Kennedy en 1961 y que el futuro de Alemania pendía de un hilo. Durante la reunión de su gabinete celebrada al término de su fiesta de cumpleaños, aseguró: «Deberemos mantener la sangre fría. Pero no podremos hacerlo solos, deberemos actuar unidos».

Al final de la larga celebración, la secretaria de Adenauer, Anneliese Poppinga, le comentó al canciller que debía de sentirse muy bien ante tamaña adulación.

[Pero Adenauer hizo un gesto desdeñoso](#) con la mano y dijo: «¿En serio cree que me siento bien? Cuando uno llega a mi edad está solo. Todas las personas que he conocido, todas las que me importaban, mis dos esposas, mis amigos, están muertas. No me queda nadie. Hoy es un día triste».

Mientras echaba un vistazo a los montones de felicitaciones escritas que le habían llegado, se refirió al estrés del año que empezaba: los viajes inminentes a París, Londres y Washington, y a la necesidad de tener a Brandt controlado y de velar por la libertad de Berlín. «Los viejos somos una carga», dijo. «Entiendo perfectamente a quienes hablan de mi edad y quieren librarse

de mí. No se deje engañar por las atenciones que me han dispensado hoy. La mayoría no me conocen, ni saben lo sano que estoy; creen que porque tengo ochenta y cinco años debo de estar tambaleándome y chocheando.»

Entonces dejó los papeles, se levantó y le dijo a su secretaria en su impecable italiano: «*La fortuna sta sempre all'altra riva*». La buena suerte está siempre al otro lado del río.

Y, sin embargo, incluso en sus peores momentos, Adenauer sabía que su próspera República Federal Alemana, con el incontenible dinamismo de su economía y la libertad de sus habitantes, estaba ganando la lucha contra el comunismo. Independientemente de los peligros que Adenauer previera que pudiera provocar la inexperiencia del presidente Kennedy o el socialismo del alcalde Brandt, en ninguno de los dos casos se trataba de la amenaza existencial con la que se enfrentaba la Alemania del Este de Ulbricht: el éxodo de refugiados.

La huida fallida de Friedrich Brandt

Friedrich Brandt estaba oculto en el pajar del establo de su familia cuando la Volkspolizei de la Alemania del Este irrumpió en su casa, situada cerca de allí. Brandt era consciente de su crimen: resistirse a la colectivización forzosa de su granja familiar, que había sido propiedad y sustento de los Brandt desde hacía cuatro generaciones.

La mujer de Brandt y su hijo Friedel, de trece años, guardaron un silencio sepulcral mientras la policía registraba las habitaciones, vaciaba cajones, volteaba colchones, rajaba cuadros y volcaba librerías buscando pruebas incriminatorias. Aunque en realidad ya disponía de todas las pruebas que necesitaban: la carta que el granjero Brandt había escrito hacía varias semanas al presidente de la Alemania del Este Wilhelm Pieck.

Brandt confiaba que Pieck, un carpintero calificado al que consideraba un trabajador íntegro, iba a proteger a los agricultores del país si alguien le hacía ver los excesos de la colectivización y sus costes en la producción agrícola:

Apreciado presidente Wilhelm Pieck:

El consejo de representantes municipales ha revocado mi derecho a labrar la tierra, a pesar de que mis cereales y mis cosechas presentan los más altos estándares, mientras que las patatas se pudren en los campos recolectados por los agricultores estatales colectivizados bajo la supervisión del maestro agricultor Gläser.

Ruego saber por qué la policía ha confiscado todas mis herramientas y existencias. Además, se han llevado mis hermosos potrillos para sacrificarlos, en lo que considero un acto criminal de robo. Por eso solicito su ayuda y pido una investigación para esclarecer los hechos cuanto antes mejor. Si eso no fuera posible, solicito un permiso de salida para poder abandonar la RDA y poder vivir plácidamente durante el crepúsculo

de mi vida y recuperarme de este país de injusticia. ¡Por la libertad y la unidad!

FRIEDRICH BRANDT

Brandt era uno de los miles de alemanes del Este que habían sido víctimas del acelerado proceso de colectivización forzosa impulsado por Ulbricht dentro de la nacionalización industrial prevista en el segundo plan quinquenal para el período 1956-1960. El líder de la Alemania del Este había ejecutado el programa estalinista con saña tras derrotar los dos intentos de los reformadores por desbancarlo y después de que las revueltas de 1953 y 1956 dejaran claro a los líderes soviéticos que el precio de un liderazgo excesivamente liberal en la Alemania del Este era la disolución.

Durante los primeros dos años del plan se crearon ni más ni menos que 6.000 cooperativas agrícolas, que pronto se conocieron por las siglas LPG, correspondientes a su nombre alemán, Landwirtschaftliche Produktionsgenossenschaften. Pero para Ulbricht aquélla era una medida insuficiente, pues el 70 por ciento de la tierra cultivable del país seguía en manos de 750.000 explotaciones agrícolas privadas. Así pues, en 1958 y 1959 el Partido Comunista mandó grupos de agitación a los pueblos de todo el país para convencer con engaños y amenazas a los campesinos locales de que accedieran a una colectivización «voluntaria». A finales de 1959 el estado estableció unas cuotas de producción inalcanzables para aquellos agricultores que seguían operando de forma privada. Acto seguido, la Dirección de Seguridad Estatal empezó a encarcelar a los agricultores que se resistían a la colectivización.

Brandt había sido de los pocos que había logrado resistir. A esas alturas las 19.000 LPG del estado y decenas de explotaciones agrícolas estatales más controlaban ya el 90 por ciento del terreno cultivable y producían el 90 por ciento de los productos agrícolas del país. Se trataba de un hito notable por parte de Ulbricht, al que se había sumado la reducción de la producción industrial total correspondiente al sector privado a tan sólo un 9 por ciento. Sin embargo, esas medidas habían provocado la huida del país de miles de los empresarios de negocios y agricultores más dotados, lo que había dejado

a las empresas estatales en manos de personas que destacaban más por su lealtad al partido que por sus capacidades de gestión.

Tras aterrorizar a la familia de Brandt, la Policía Popular abandonó la granja sin intentar encontrar al sospechoso desaparecido. Para evitar que ni él ni su mujer pudieran viajar a Occidente les habían confiscado los documentos de identidad, lo que los dejaba indefensos en un país donde los controles policiales eran frecuentes y aleatorios. Las autoridades iban a regresar más tarde para arrestar a herr Brandt por resistencia a la colectivización y por conspiración para cometer el crimen de Republikflucht, o fuga de la República, que se castigaba con tres años de cárcel.

Por ello Brandt decidió abandonar el país esa misma noche, siguiendo los pasos de los cuatro millones de personas que habían abandonado la zona soviética y la Alemania del Este entre el final de la guerra y el año 1961. Para evitar posibles inspecciones policiales en el transporte público, Brandt fue en bicicleta durante cuatro horas hasta llegar a la casa de la hermana de su mujer en Berlín Este, cerca del cruce fronterizo del puente del canal de Teltow. La mujer se ofreció a ocultarlo, pero tras una breve conversación Brandt decidió arriesgarse y cruzar a la parte Oeste de la ciudad antes de que los guardias recibieran su descripción y antes de que la policía empezara a registrar las casas de sus familiares a la mañana siguiente. Brandt tenía bastantes posibilidades de que no le pidieran la documentación, pues cada día había decenas de miles de personas que iban al Berlín Oeste a trabajar, a comprar o a visitar amigos.

Al día siguiente, tras enterarse a través de su hermana de la decisión de su marido, la mujer de Brandt decidió fugarse también acompañada de su hijo. Tras haber perdido la granja, y consciente de que lo más probable era que su marido hubiera logrado llegar sano y salvo a la parte Oeste de la ciudad, fue una decisión sencilla. Su hermana, a quien se parecía bastante, le ofreció su documentación para que pudiera viajar. Si la descubrían, y para proteger a su hermana, diría que había robado los papeles. La vida no tenía ningún sentido para ella sin su Friedrich.

Cuando la policía de la Alemania del Este la detuvo en el mismo puente

por el que debía de haber cruzado su marido, la mujer se derrumbó y se echó a llorar por la tensión. Estaba segura de que la habían descubierto. Pero la suerte estaba de su lado esa tarde: en otra de las decisiones aleatorias que regían las vidas de los habitantes de la Alemania del Este, el guarda fronterizo echó un vistazo rápido a los papeles de la señora Brandt y la dejó cruzar.

Cuando llegó con su hijo al campo de refugiados de Marienfelde, en Berlín Oeste, el secretario de la oficina de registros le dijo que no había llegado nadie que coincidiera con el nombre o la descripción de su marido. Después de pasar tres días esperando y preocupándose, un amigo del pueblo llegó al campo de refugiados y la informó de que Friedrich Brandt había sido capturado y encarcelado antes de cruzar el puente. Le imputaron unos cargos a los que Ulbricht se refería con frecuencia: «alteración del orden público y actividades antisociales». Con un toque de ironía, las autoridades habían justificado también su encarcelamiento por la calumniosa afirmación de su carta, en la que definía la Alemania del Este como un «país de injusticia».

El amigo del pueblo de Brandt le aconsejó a la mujer que permaneciera en Occidente, pero ésta protestó: «¿Qué voy a hacer yo aquí, sola y con un niño? No puedo permitir que Friedrich se pudra en una cárcel sin nadie que lo ayude».

La mujer regresó a casa a la mañana siguiente con su hijo, con la esperanza de encontrar aún un trabajo en una granja colectiva que le permitiera mantener a su mermada familia mientras Friedrich estuviera en la cárcel. Su breve libertad dio paso a largos años de silenciosa desesperación y ella y su hijo desaparecieron en la gris sociedad de la Alemania del Este, donde esperaron discretamente la liberación de Brandt.

El arresto de Friedrich Brandt fue una pequeña victoria para Ulbricht que, sin embargo, era consciente de que iba a perder la guerra de los refugiados a menos que Jrushchov decidiera prestarle más ayuda.

Ulbricht y Adenauer: La cola menea al oso

Somos un estado que fue creado sin una base material de la que sigue careciendo y que, con las fronteras abiertas, ocupa el centro de la competencia entre dos sistemas de alcance mundial... La floreciente economía de la Alemania Federal, visible para todos los ciudadanos de la RDA, es el principal motivo por el que durante los últimos diez años dos millones de personas han abandonado nuestra república.

WALTER ULBRICHT en una carta al primer ministro Jrushchov,
18 de enero de 1961

Tras sondear el terreno, hemos constatado que necesitamos un poco de tiempo hasta que Kennedy clarifique su postura sobre la cuestión alemana y hasta tener constancia de que el gobierno de EEUU desea alcanzar una solución aceptable para ambas partes.

Respuesta de JRUSHCHOV a Ulbricht,
30 de enero de 1961

BERLÍN ESTE

MIÉRCOLES, 18 DE ENERO DE 1961

Walter Ulbricht nunca había escrito ninguna carta más trascendente que aquella. Aunque estaba marcada como «ALTO SECRETO», Ulbricht sabía que la misiva que estaba a punto de mandarle a Jrushchov iba a circular por toda la cúpula soviética. Por su parte, Ulbricht iba a enviar copias a otros aliados

comunistas que creía que podían apoyarlo a ejercer presión sobre el líder soviético.

Cada una de las palabras de la carta de quince páginas del líder de la Alemania del Este había sido cuidadosamente elegida para provocar el mayor impacto posible. Apenas dos meses después de su último encuentro en Moscú, Ulbricht había empezado a perder de nuevo la fe en que Jrushchov fuera a actuar en Berlín. Por ello decidió desoír a Jrushchov cuando éste le pidió paciencia, pues creía que sus problemas estaban creciendo con excesiva rapidez como para aplazarlos hasta que Jrushchov pudiera poner a prueba sus relaciones con Kennedy.

«Han pasado dos años desde que el camarada Jrushchov se refiriera a la problemática de Berlín Oeste en noviembre de 1958», se quejó Ulbricht. En una breve concesión hacia Jrushchov, el líder de la Alemania del Este le agradecía al líder soviético que hubiera invertido ese tiempo en convencer al resto de países de la necesidad de «eliminar la situación anómala de Berlín». Sin embargo, la mayor parte de la carta se centraba en tratar de argumentar por qué había llegado la hora de actuar sobre Berlín y cómo había que hacerlo. Incluso los adversarios de Moscú en la OTAN, aseguraba Ulbricht, eran conscientes de que las negociaciones para modificar el estatus del Berlín Oeste eran «inevitables».

Las condiciones durante el año que empezaba favorecían las acciones soviéticas, aseguraba Ulbricht, pues Adenauer quería evitar cualquier conflicto que pudiera perjudicarlo de cara a las elecciones de septiembre y Kennedy haría lo posible por evitar un enfrentamiento durante su primer año de mandato.

A continuación Ulbricht exponía lo que osadamente había bautizado como «las exigencias de la RDA». Adoptando más el papel de quien da órdenes que de quien las recibe, Ulbricht ofrecía una detallada lista de lo que esperaba de Jrushchov durante el año que empezaba. Quería que pusiera punto final a los derechos de ocupación de los aliados en Berlín Oeste, que lograra primero una reducción y luego la retirada completa de las tropas occidentales y que garantizara la desaparición de las emisoras de radio occidentales y de los servicios de espionaje con todas sus influencias subversivas.

Su catálogo de exigencias era largo y tocaba asuntos de importancia mayor y menor. Ulbricht esperaba también de Jrushchov que le transfiriese todas las funciones estatales sobre Berlín que se encontraban aún en manos de las cuatro potencias, desde los servicios postales hasta el control aéreo. En particular, deseaba poder controlar el tráfico aéreo entre Berlín Oeste y la Alemania Federal, lo que le permitiría cancelar los vuelos que diariamente llevaban a decenas de miles de refugiados a nuevos hogares y a trabajos mejor pagados en la Alemania Federal.

Si Ulbricht podía controlar todo el acceso a Berlín Oeste, también podría constreñir la ciudad y erosionar poco a poco su viabilidad como ciudad libre y occidental. Ulbricht sabía que estaba sugiriendo algo muy similar al frustrado bloqueo de Berlín que Stalin había intentado en 1948, pero recurrió a los argumentos del propio Jrushchov, que había asegurado que ahora los soviéticos tendrían muchas más posibilidades de éxito, pues Moscú había logrado equilibrar la superioridad militar occidental y, además, tenía en Kennedy a un adversario menos decidido que en Truman.

Había tres asuntos concretos en los que Ulbricht le pedía a Jrushchov que tomara una decisión rápida y la anunciara públicamente.

La cola intentaba frenéticamente agitar al oso.

En primer lugar, Ulbricht quería que Jrushchov anunciara que Moscú proporcionaría ayuda económica a la RDA para demostrar a Occidente que el «chantaje económico» contra su país no iba a dar resultado. En segundo lugar, apelaba a Jrushchov para que anunciara que en abril se celebraría una cumbre entre la URSS y la Alemania del Este que reforzaría la posición de Ulbricht y de su país en las negociaciones con Occidente. Finalmente, exigía que el líder soviético celebrara una reunión del Pacto de Varsovia para garantizar el apoyo económico y militar de los aliados de Moscú a la Alemania del Este. Hasta la fecha, se quejaba Ulbricht, dichos países se habían comportado como espectadores poco serviciales. «Aunque su prensa habla del asunto», escribió Ulbricht, «no se sienten involucrados en él.»

El líder de la Alemania del Este le recordaba a Jrushchov que habían sido los soviéticos quienes habían colocado a la Alemania del Este en una situación tan comprometida, desde la cual ahora Ulbricht debía defender las

posiciones globales del Kremlin. «Somos un estado», sermoneó Ulbricht a Jrushchov, «que fue creado sin una base material de la que sigue careciendo y que, con las fronteras abiertas, ocupa el centro de la competencia entre dos sistemas de alcance mundial».

Ulbricht le echó en cara a Jrushchov que el Kremlin hubiera perjudicado seriamente a la Alemania del Este durante los diez primeros años de posguerra, desproveyéndola de recursos económicos en virtud de las reparaciones de guerra (incluida la eliminación de todas sus fábricas), mientras EEUU reconstruía la Alemania Federal con sus inyecciones económicas y los créditos del Plan Marshall.

Era posible que las reparaciones hubieran tenido sentido en su momento, admitía Ulbricht, considerando lo que los países soviéticos habían sufrido durante la guerra y dada la necesidad de reforzar la posición de la URSS en el liderazgo mundial. Sin embargo ahora, continuaba argumentando Ulbricht, Jrushchov debía reconocer lo mucho que dichas medidas habían perjudicado a la Alemania del Este y su competitividad con la Alemania Federal. Desde el final de la guerra hasta 1954, aseguraba Ulbricht, las inversiones per cápita en la Alemania Federal duplicaban las que había recibido la Alemania del Este. «Ése es el motivo principal por el que nuestra productividad laboral y nuestro nivel de vida han quedado tan rezagados respecto a los de la Alemania Federal», escribió.

En pocas palabras, lo que Ulbricht le estaba diciendo a Jrushchov era: vosotros nos metisteis en este lío y sois quienes más tenéis que perder si no sobrevivimos, de modo que ayudadnos a salir adelante. Ulbricht incrementó aún más sus exigencias económicas de noviembre, que Jrushchov había aceptado en su mayoría. «La floreciente economía de la Alemania Federal, visible para todos los ciudadanos de la RDA, es el principal motivo por el que durante los últimos diez años dos millones de personas han abandonado nuestra república», dijo y añadió que precisamente eso era lo que permitía a la Alemania Federal ejercer su «constante presión política».

Un trabajador de la Alemania del Este tenía que trabajar tres veces más que un trabajador de la Alemania Federal para comprarse unos zapatos, si es que lograba encontrar unos. La Alemania del Este tenía ocho coches por cada

mil habitantes, frente a 67 por mil en la Alemania Federal. La tasa de crecimiento oficial de la Alemania del Este, fijada en un 8 por ciento, no reflejaba la situación real de la mayoría de sus ciudadanos, pues incluía en el consumo interno las exportaciones de industria pesada a la Unión Soviética. Como resultado, en 1960, cuando la renta per cápita de la Alemania Federal dobló la de la Alemania del Este, se produjo un incremento del 32 por ciento en el número de refugiados, que pasaron de 140.000 a 185.000 al año o, lo que es lo mismo, quinientos al día.

Por todo ello, Ulbricht le pedía a Jrushchov que redujera de forma drástica las exigencias de reparaciones de guerra que la Alemania del Este debía pagar a la Unión Soviética y que incrementara el suministro de materias primas, productos semifabricados y alimentos básicos como carne y mantequilla. También solicitaba nuevos préstamos de emergencia tras haber pedido a Jrushchov que vendiera oro para ayudar a la Alemania del Este. «Si no se nos concede dicho crédito, no podremos mantener el nivel de vida de la población en los niveles de 1960», escribió. «Eso provocaría una grave situación en cuanto a suministros y producción que desembocaría en una crisis de consecuencias nefastas.»

El mensaje de Ulbricht a Jrushchov era muy claro: si no nos ayuda inmediatamente, se enfrenta a la posibilidad de otra revuelta. Jrushchov había logrado sobrevivir por los pelos al intento golpista que había tenido lugar en Budapest y Ulbricht sabía que el líder soviético no iba a ignorar su advertencia.

En su carta, Ulbricht combinó las exigencias maximalistas con las advertencias de que Jrushchov se exponía a graves consecuencias si no actuaba. La carta podía ofender al líder soviético, pero ésa era la menor de las preocupaciones de Ulbricht. La inacción de Jrushchov podía suponer el fin de la Alemania del Este, y también de Ulbricht.

Ese mismo día, Ulbricht envió un mensaje indirecto pero inequívoco a la Némesis de Jrushchov: Pekín.

Ulbricht no le pidió permiso a Jrushchov, ni tampoco le advirtió antes de

enviar una delegación de alto nivel a la capital China, dirigida por el miembro del Politburó y leal seguidor del partido Hermann Matern. Teniendo en cuenta su conocimiento de la encarnizada disputa entre Jrushchov y Mao, la decisión de Ulbricht constituía un acto hostil tanto en su *timing* como en su ejecución.

Lo único que alertó a los líderes soviéticos de la misión fue la inevitable escala del vuelo de la delegación en Moscú. [Yuri Andropov](#), [por aquel entonces](#) el miembro del Politburó responsable de las relaciones dentro del Partido Socialista, solicitó un informe del objetivo de la misión durante la estancia de la delegación en el aeropuerto. Matern insistió en que el objetivo de la misión era puramente económico, algo a lo que Ulbricht sabía que Jrushchov no podía negarse en un momento en el que las necesidades de la Alemania del Este eran cada vez mayores y suponían una carga para el Kremlin.

[Sin embargo](#), tanto el momento como la coreografía del viaje tenían una gran carga política. En China, el grupo fue recibido por el viceprimer ministro Chen Yi, confidente de Mao, legendario comandante comunista durante la guerra chino-japonesa y mariscal del Ejército de Liberación Popular. Éste le dijo a Matern que China consideraba que su problema con Taiwán y el problema de la Alemania del Este de Ulbricht tenían «muchas similitudes», pues ambos presentaban zonas de «ocupación imperialista» en el interior de países comunistas.

En un desafío directo a Jrushchov, alemanes del Este y chinos acordaron prestarse apoyo mutuo para recuperar dichos territorios. [Desde el punto de vista chino](#), Taiwán era el frente oriental y Berlín el frente occidental de un conflicto ideológico global, y Jrushchov estaba titubeando en ambas regiones como líder comunista mundial. En todo caso, Chen prometió que China ayudaría a echar a los estadounidenses de Berlín porque la situación en la ciudad afectaba también a otros frentes de la lucha global del comunismo.

Chen recordó a los representantes de la Alemania del Este que China había bombardeado las islas taiwanesas de Quemoy y Matsu en 1955, lo que desencadenó una crisis durante la que el Mando Conjunto de Eisenhower se planteó responder con un ataque nuclear. Eso, aseguró, no había sucedido porque China deseara provocar tensiones internacionales, sino porque Pekín

debía «demostrar a EEUU y a todo el mundo que no nos conformamos con la situación actual en Taiwán. También debíamos poner en tela de juicio la impresión de que EEUU es tan poderoso que nadie osa plantarle cara y que todos deben resignarse a sus humillaciones».

Las palabras de Chen sugerían que había llegado la hora de actuar con la misma determinación en Berlín.

La proximidad del encuentro entre la Alemania del Este y China contrastaba vivamente con las gélidas relaciones entre chinos y soviéticos. Desde su reunión de noviembre con Jrushchov en Moscú, Ulbricht sabía que el líder soviético tenía una actitud sumamente competitiva respecto a Mao y ya había aprovechado esa carta para obtener un mayor apoyo económico de Moscú. Jrushchov había declarado en su momento que proporcionaría a la Alemania del Este un apoyo económico que Mao no podía permitirse con la creación de empresas conjuntas con los alemanes del Este en territorio soviético, algo que los soviéticos no habían hecho con ningún otro aliado. «Nosotros no somos China», le había dicho a Ulbricht. «No nos asusta darles un empujón a los alemanes... Las necesidades de la RDA son también nuestras necesidades.»

Tres meses más tarde, los chinos se convirtieron en un problema aún mayor para Jrushchov, a pesar de la aparente tregua que había negociado con ellos en noviembre durante el encuentro de Partidos Comunistas en Moscú. Mientras los representantes de la Alemania del Este se encontraban en Pekín en busca de apoyo económico, China estaba en Tirana alentando al líder albano xenófobo Enver Hoxha para que rompiera sus lazos con la Unión Soviética. Durante el Cuarto Congreso del Partido Comunista Albanés, celebrado entre el 13 y el 21 de febrero, los comunistas albaneses habían arrancado los retratos de Jrushchov que decoraban las calles y los habían reemplazado por los de Mao, Stalin y Hoxha. Ningún líder soviético había sufrido una humillación semejante en su propio territorio.

Pero aquel intento de Ulbricht de ejercer presiones diplomáticas sobre Jrushchov entrañaba ciertos riesgos.

Jrushchov, que era mucho más poderoso, podría haber decidido que la misión en China había sobrepasado una línea invisible y había llegado el

momento de reemplazar a Ulbricht por alguien más sumiso y obediente como líder de la Alemania del Este. Sin embargo, Ulbricht había juzgado correctamente que a Jrushchov no le quedaban demasiadas alternativas.

EL KREMLIN, MOSCÚ

LUNES, 30 DE ENERO DE 1961

La respuesta de Jrushchov llegó sobre la mesa de Ulbricht doce días después de que el líder de la Alemania del Este le hubiera escrito y, casualmente, el mismo día del discurso de Kennedy en el Debate sobre el Estado de la Unión. Teniendo en cuenta la impertinencia de las exigencias de Ulbricht, la respuesta de Jrushchov fue sorprendentemente sumisa.

El líder soviético informó a Ulbricht de que el Comité Central «ha discutido su carta a fondo» y que los líderes de Moscú estaban en gran medida de acuerdo con su contenido. El hecho de que Jrushchov hubiera compartido la carta con la cúpula de su partido dejaba claro que reconocía la gravedad de las críticas de Ulbricht y también la urgencia de sus demandas. Dicho eso, Jrushchov le pidió una vez más a Ulbricht que controlara su creciente impaciencia.

«Actualmente nos encontramos al inicio del comienzo del debate de estas cuestiones con Kennedy», escribió. «Tras sondear el terreno, hemos constatado que necesitamos un poco de tiempo hasta que Kennedy clarifique su postura sobre la cuestión alemana y hasta tener constancia de que el gobierno de EEUU desea alcanzar una solución aceptable para ambas partes.»

El líder soviético admitía que las medidas extremas que Ulbricht sugería en su carta serían necesarias «llegado el momento». «Si no logramos alcanzar un acuerdo con Kennedy, acordaremos con usted el momento más apropiado para su implementación.»

Ulbricht había logrado menos de lo que pretendía, pero más de lo que había creído posible. Una vez más, Jrushchov iba a incrementar su apoyo económico. El líder de la Unión Soviética también convocaría una reunión del Pacto de Varsovia en Berlín. De todas las demandas de Ulbricht, Jrushchov tan

sólo se negó a celebrar una cumbre entre la Alemania del Este y la Unión Soviética.

Jrushchov había aceptado el diagnóstico de Ulbricht del problema y no había rechazado las soluciones propuestas por el líder de la Alemania del Este. Ulbricht podía estar satisfecho de haber logrado que el Partido Comunista Soviético discutiera la cuestión de Berlín al más alto nivel.

Jrushchov aún le pedía tiempo para poder trabajar con el nuevo presidente estadounidense, pero Ulbricht había preparado ya el terreno para darle el empujón final al asunto en cuanto los esfuerzos de Jrushchov por negociar la problemática de Berlín con Kennedy fracasaran. Y el líder de la Alemania del Este estaba convencido de que eso era lo que sucedería.

Mientras tanto, Ulbricht decidió que su equipo se concentrara en las eventualidades.

LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 17 DE FEBRERO DE 1961

La relación entre EEUU y la Alemania Federal había empezado ya a enturbiarse cuando el ministro de Asuntos Exteriores Heinrich von Brentano di Tremezzo entró en el Despacho Oval con una cartera llena con las preocupaciones de Adenauer.

Durante varios años, los estadounidenses habían mostrado una actitud afable para con la Alemania Federal, impresionados por el entusiasmo con el que dicho país había abrazado el sistema de libertades estadounidense. Últimamente, sin embargo, la opinión pública había empezado a presentar de nuevo una actitud negativa, alimentada por los artículos sobre el inmediato juicio en Israel del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann y la publicidad alrededor del best seller de William L. Shirer *Auge y caída del Tercer Reich*, que presentaba una serie de nuevos y sórdidos detalles sobre el pasado reciente de Alemania.

El Ministerio de Asuntos Exteriores de la Alemania Federal había advertido a Adenauer a principios de año: «Aún existen resentimientos y

sospechas latentes, que pueden estallar si se dan las condiciones apropiadas». **Exasperado ante aquel cambio de humor**, el embajador de la Alemania Federal, Wilhelm Grewe, había declarado ante un grupo de periodistas estadounidenses en una conferencia del Atlantik-Brücke, una institución creada para fomentar la unión entre ambos países, que debían «elegir si nos consideran aliados o una nación de agitadores sin remedio».

El informe previo de Kennedy para la reunión con Brentano advertía al presidente de que su visitante acudía a expresar la preocupación de Adenauer de que su administración pudiera ignorar los intereses de la Alemania Federal en Berlín a cambio de alcanzar un acuerdo con los soviéticos. «**Los alemanes son absolutamente conscientes** de que aspectos vitales de su destino se encuentran en manos ajenas», decía el informe, firmado por el secretario de estado Dean Rusk, que aconsejaba a Kennedy que reafirmara ante Brentano el compromiso de EEUU para con la defensa de Berlín Oeste y que le comunicara en la medida de lo posible los pensamientos del presidente sobre la posibilidad de una negociación con Moscú sobre Berlín.

Sin embargo, y teniendo en cuenta experiencias anteriores, los altos cargos de la administración estadounidense desconfiaban de la capacidad de sus homólogos de la Alemania Federal de guardar un secreto. Los servicios de inteligencia estadounidenses asumían que sus homólogos de la Alemania Federal tenían espías infiltrados entre sus filas y que, por lo tanto, no eran de fiar. «Aunque la franqueza es deseable, particularmente teniendo en cuenta la inseguridad crónica de los alemanes», decía el memorando de Rusk, «el gobierno alemán no tiene unos estándares de confidencialidad particularmente altos.»

Los detractores aseguraban que Brentano (un soltero de cincuenta y siete años que vivía para su trabajo y lo que éste comportaba) era poco más que un instrumento elegante y culto del obstinado Adenauer, una impresión que el ministro de exteriores hacía poco por intentar modificar. Adenauer estaba decidido a dirigir su propia política exterior y ningún elemento independiente habría durado demasiado en el puesto de Brentano. Sin embargo, Brentano y Adenauer discrepaban en su opinión respecto al papel de Alemania en Europa. Brentano pertenecía a una generación más joven que consideraba Europa como

el destino natural de Alemania, mientras que Adenauer veía la integración europea tan sólo como un medio para anular el nacionalismo alemán.

Kennedy inició lo que sería una tensa reunión con Brentano ciñéndose al guión y expresando «la gratitud del gobierno de EEUU por la cooperación y la amistad del gobierno alemán durante los últimos años». Kennedy aseguró que deseaba citarse con Adenauer lo antes posible y expresó su deseo de que «todos los problemas mutuos puedan resolverse de forma satisfactoria».

El oponente político de Adenauer, Willy Brandt, había manipulado ya la situación para plantarse en Washington antes que Adenauer en marzo para reunirse personalmente con Kennedy, en lo que suponía una violación del protocolo, que estipulaba que el líder de un gobierno aliado tenía preferencia por delante de un alcalde. [Rusk aprobó la visita de Brandt](#) para «mostrar claramente ante el mundo nuestra determinación a la hora de apoyar Berlín Oeste a toda costa». Rusk quería que la reunión con Adenauer se celebrara de forma lo más inmediata posible tras dicha visita para no dar la impresión de que Kennedy prefería a Brandt en las elecciones alemanas, aunque no había dudas de que así era.

[Kennedy le aseguró a Brentano](#) que el hecho de que no hubiera mencionado el nombre de Berlín en su discurso de toma de posesión y durante el Debate sobre el Estado de la Unión, un asunto que la prensa alemana había tratado a fondo, «no pretendía en absoluto indicar que EEUU hubiera perdido interés en la cuestión de Berlín». Kennedy afirmó que simplemente lo había hecho para no provocar a los soviéticos en un momento de calma relativa en la ciudad. El presidente le dijo también al ministro de Asuntos Exteriores alemán que esperaba que Moscú reanudara su presión sobre Berlín durante los siguientes meses y le pidió a Brentano cuál era en su opinión la mejor forma de abordar «las sutiles presiones» que seguramente iba a aplicar Moscú.

Brentano dijo que la ausencia de una mención sobre Berlín en los discursos de Kennedy era algo tan irrelevante que ni siquiera figuraba entre los puntos de debate que Adenauer le había entregado para aquella reunión. Se mostró de acuerdo en que aún no había motivos para plantear la cuestión de Berlín, aunque, añadió, iban a tener que «abordar el problema antes o después». Con el ceño fruncido, Brentano declaró que «los líderes de la zona

soviética no pueden tolerar el símbolo de un Berlín libre en medio de su Zona Roja». Le aseguró también a Kennedy que los líderes de la Alemania del Este «harán todo lo posible por lograr que la Unión Soviética pase a la acción en lo tocante a Berlín».

Por el lado positivo, Brentano calculaba que aproximadamente el 90 por ciento de la población de Berlín Este se oponía al régimen de la RDA, que definió como el segundo sistema comunista más duro después del de Checoslovaquia. Su mensaje era que los habitantes de las dos Alemanias preferían la versión occidental de su país y que, por lo tanto, llegado el momento darían su apoyo a la unificación.

Kennedy decidió sondear a Brentano más a fondo. Le preocupaba, dijo, que los soviéticos pudieran firmar unilateralmente un tratado de paz con la Alemania del Este para, acto seguido, suspender la libertad de Berlín Oeste, manteniendo el status quo durante apenas un breve período para apaciguar Occidente.

Brentano se mostró de acuerdo en que era posible que los acontecimientos tomaran ese rumbo y Kennedy le preguntó cómo debían actuar en su opinión los aliados de la OTAN llegado el momento.

Brentano le habló a Kennedy de la «política de fuerza» que aplicaba su canciller y sugirió que los soviéticos sólo iban a «dudar sobre la necesidad de adoptar medidas drásticas en Berlín si saben que los aliados occidentales no las tolerarían». Mientras Kennedy se mostrara firme, dijo, «es posible que los soviéticos nos sigan amenazando, pero no pasarán a la acción en el futuro inmediato». Sin embargo, Brentano advirtió de que los recientes reveses de EEUU en el Congo, Laos y Latinoamérica hacían aumentar las posibilidades de que los soviéticos decidieran poner a prueba a Kennedy en Berlín.

Como para corroborar el argumento de Brentano, Jrushchov incrementó simultáneamente las presiones sobre Adenauer en Bonn.

CANCILLERÍA FEDERAL, BONN

VIERNES, 17 DE FEBRERO DE 1961

Las peticiones urgentes del embajador Andrei Smirnov para reunirse con Adenauer no solían presagiar buenas noticias.

Jrushchov solía recurrir a [Smirnov, su enviado en Bonn](#), para ejecutar sus maniobras de intimidación. Por ello, el canciller de la Alemania Federal se mostró aprensivo desde el momento en que recibió la petición de Smirnov para una reunión inmediata, más aún teniendo en cuenta que ésta coincidía en el tiempo con la visita de su ministro de Asuntos Exteriores a la Casa Blanca.

A menudo, Smirnov era un diplomático encantador y cortés que transmitía los mensajes más feroces con una actitud tranquila, alejado de los focos de la atención pública. En ese sentido, una de las pocas excepciones se había producido el octubre anterior, cuando había estallado ante un comentario del número dos de Adenauer, Ludwig Erhard, ante una delegación de doscientos líderes africanos de veintidós países, muchos de ellos recién independizados. «El colonialismo ha sido superado», había dicho Erhard, «pero peor aún que el colonialismo es el imperialismo de corte comunista totalitario.»

Antes de salir de la sala hecho una furia, Smirnov se había levantado de entre el público y había exclamado: «¡Ustedes hablan mucho de libertad, pero Alemania mató a veinte millones de personas en nuestro país!». Fue una exhibición nada corriente del duradero resentimiento ruso contra los alemanes.

En esta ocasión, Smirnov tenía una misión a la que estaba mucho más acostumbrado: iba a entregarle a Adenauer un memorando de nueve puntos y 2.862 palabras escrito por Jrushchov que era la prueba más clara desde el inicio de la administración Kennedy de que Jrushchov había adoptado de nuevo una actitud de confrontación respecto a la situación de Berlín. Los servicios de espionaje soviéticos habían descubierto las dudas de Adenauer sobre la fiabilidad de Kennedy y a Jrushchov se le ocurrió que a lo mejor Adenauer se mostraría más receptivo a las peticiones soviéticas de lo que se había mostrado cuando sabía que contaba con el apoyo de Truman y Eisenhower.

«[Berlín Oeste presenta una situación](#) totalmente anormal y está siendo utilizado para llevar a cabo actividades subversivas y abusivas contra la RDA, la URSS y otros estados socialistas», aseguraba el documento de Jrushchov en un lenguaje claro y nada diplomático. «No podemos permitir que esa situación

se prolongue. O seguimos por el camino de un empeoramiento creciente de las relaciones entre ambos países, que conduce al conflicto militar, o firmamos un tratado de paz.»

El memorando, escrito como si se tratara de una carta personal de Jrushchov a Adenauer, definía Berlín como el punto más importante en las relaciones soviético-alemanas. Asimismo, criticaba lo que denominaba un apoyo popular más enfático y enérgico que nunca en la Alemania Federal a la revisión de los acuerdos de posguerra que habían concedido un tercio del territorio del Tercer Reich a la Unión Soviética, Polonia y Checoslovaquia. «Si hoy en día las fronteras de Alemania no coinciden con las que tuvo en su día, la culpa es íntegramente suya», aseguraba la carta, que recordaba a Adenauer que su país había invadido a sus vecinos y había matado «a millones y millones de personas».

Aunque el memorando había sido entregado por el embajador soviético a Adenauer, su mensaje iba también dirigido a Kennedy. El líder soviético declaraba de forma inequívoca que la indecisión de Occidente le había hecho perder toda la paciencia. En primer lugar, se quejaba, EEUU había pedido a los soviéticos paciencia para abordar la cuestión de Berlín hasta después de las elecciones, luego Moscú había tenido que esperar hasta que Kennedy se acomodara en su cargo y ahora resultaba que debían esperar una vez más hasta las elecciones en la Alemania Federal.

«Si cedemos, esa tendencia puede eternizarse», escribió Jrushchov.

La carta cerraba con otro de los cócteles de seducción y amenazas tan propios de Jrushchov, que apelaba a Adenauer para que empleara «toda su influencia personal y su gran experiencia como estadista» para garantizar la paz y la seguridad en Europa. Sin embargo, la carta le recordaba a Adenauer que, si la situación de confrontación se prolongaba, la correlación entre las diversas fuerzas militares iba a obligar a la Unión Soviética y sus aliados a ejercer toda la fuerza necesaria para defenderse.

La carta se burlaba de los llamamientos al desarme por parte de la Alemania Federal en una época en que Adenauer apostaba por la proliferación armamentística y por conseguir armas atómicas al tiempo que intentaba transformar la OTAN en la cuarta potencia nuclear del mundo. También reñía a

Adenauer por haber afirmado que la campaña de su partido en las elecciones se centraría en el anticomunismo. «Si ése es el caso», decía la carta, «debe ser consciente de las consecuencias.»

La administración Kennedy no había cumplido aún ni un mes y Jrushchov ya había cambiado su enfoque sobre la cuestión de Berlín. Si Kennedy no estaba dispuesto a negociar un trato aceptable con él, Jrushchov estaba decidido a encontrar otras formas de conseguir lo que quería.

Segunda parte

SE AVECINA UNA TORMENTA

La primavera de Jrushchov

Berlín Oeste es un hueso en la garganta de las relaciones entre la URSS y EEUU... Si Adenauer quiere guerra, Berlín Oeste sería un buen lugar para empezar.

El primer ministro JRUSHCHOV al embajador de EEUU Llewellyn E.
Thompson Jr.,
9 de marzo de 1961

Es muy probable que la URSS provoque una crisis sobre Berlín este año. Todas las vías de actuación son peligrosas y poco prometedoras. La inacción es aún peor. Nos enfrentamos a una disyuntiva inexistente: si estalla una crisis, es posible que lo más seguro sea adoptar una actitud audaz y peligrosa.

El ex secretario de estado DEAN ACHESON en un memorando sobre
Berlín para el presidente Kennedy,
3 de abril de 1961

NOVOSIBIRSK, SIBERIA

DOMINGO, 9 DE MARZO DE 1961

Nikita Jrushchov estaba cansado y de mal humor.

El rostro del líder soviético presentaba un aspecto pálido, su cuerpo carecía de vigor y tenía los ojos apagados, un aspecto que contrastaba vivamente con su habitual brío y que sorprendió al embajador de EEUU Llewellyn «Tommy» Thompson y a sus dos acompañantes, el joven consejero

político estadounidense Boris Klosson y Anatoly Dobrynin, el hombre más próximo a Estados Unidos dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético.

Thompson había pasado diez días suplicando antes de obtener una audiencia con Jrushchov para entregarle la primera carta privada del presidente Kennedy, que incluía la tan esperada invitación para celebrar un encuentro. Aun así, Thompson había tenido que recorrer 2.900 kilómetros en avión para dar con Jrushchov en Akademgorodok, la inmensa ciudad de las ciencias que Jrushchov había mandado construir a las afueras de Novosibirsk, en la llanura del oeste de Siberia.

Jrushchov había querido crear en Siberia un centro científico pionero en el mundo, pero como le sucediera con tantos de sus sueños, también éste terminó quedándose a medias. Esa misma semana había despedido a un experto en genética cuyas teorías no le gustaban y había ordenado eliminar cuatro de las nueve plantas previstas para la nueva academia para acomodarla a unas dimensiones más soviéticas. Las frustraciones en Akademgorodok no hacían más que añadirse a una larga lista de fracasos que empezaban a hacer mella en la confianza del líder soviético.

La visita en curso de Jrushchov a diversas regiones agrícolas le estaba pasando factura física y psicológicamente, y lo había obligado a tomar más conciencia aún de las limitaciones económicas de su país. Albania había trasladado sus lealtades de Moscú a la China de forma heréticamente pública, lo que abría una preocupante grieta en la posición de Jrushchov al frente del comunismo mundial. El aliado de Moscú en el Congo, Patrice Lumumba, había sido asesinado, algo de lo que Jrushchov culpaba al secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld.

Pero, sobre todo, el mundo capitalista estaba demostrando una resistencia mucho mayor de la que habían predicho los responsables de propaganda de Jrushchov. La descolonización de África no había afectado tanto a las posiciones occidentales en los países en vías de desarrollo como sus expertos habían previsto. A pesar de los esfuerzos soviéticos por dividir la alianza, la OTAN parecía cada vez más sólida y el Bundeswehr de la Alemania Federal estaba aumentando sus capacidades armamentísticas de forma tan rápida que

estaba alterando el equilibrio militar en Europa. Tanto por su retórica como por su presupuesto de defensa, el presidente Kennedy presentaba una actitud más anticomunista aún que Eisenhower. Y, cada mes, las cifras de refugiados de la Alemania del Este marcaban un nuevo récord. Si su suerte no cambiaba pronto, el líder soviético temía que el Congreso del Partido de octubre pudiera convertirse para él en una lucha por la supervivencia.

[Ante esa serie de retos](#), Jrushchov accedió a reunirse con Thompson sólo después de que el embajador estadounidense filtrase al corresponsal del *New York Times* Seymour Topping (y a diversos diplomáticos de Moscú) que el líder soviético le estaba dando la espalda a Kennedy justo cuando éste intentaba acercarse a él. El 3 de mayo, Topping había escrito obedientemente que Thompson se había visto frustrado en sus intentos por entregar a Jrushchov un mensaje crucial de Kennedy con la esperanza de «intentar atajar un contratiempo grave en las relaciones». Topping escribió también que Thompson llevaba consigo un nuevo encargo para «iniciar una serie de conversaciones y negociaciones preliminares orientadas a entablar negociaciones sustanciales sobre diversas divergencias entre el bloque del Este y Occidente».

Pero incluso después de leer la noticia, Jrushchov accedió a reunirse con Thompson tan sólo a regañadientes. [El asesor de Jrushchov, Oleg Troyanovsky](#), había visto cómo las esperanzas que su jefe había depositado en un nuevo comienzo en las relaciones entre EEUU y la URSS se habían «evaporado rápidamente» durante los cuatro meses que habían transcurrido desde la elección de Kennedy. Había pocos termómetros que midieran mejor la temperatura de la relación entre EEUU y los soviéticos que Troyanovsky, el omnipresente asesor de Jrushchov que había estudiado en la Sidwell Friends School de Washington, D.C., mientras su padre desempeñaba el cargo de primer embajador soviético en Washington a mediados de la década de 1930. Troyanovsky era capaz de citar a Marx y de hablar en americano coloquial con la misma soltura.

Troyanovsky había visto como Jrushchov se iba cansando de que Kennedy le diera largas después de no haber logrado tampoco contactar con el nuevo líder estadounidense antes de que éste se contaminara de lo que Jrushchov

consideraba los prejuicios antisoviéticos de Washington. Poco más de un año después del incidente con el U-2 y del fracaso de la cumbre de París, desde el punto de vista político Jrushchov no podía permitirse otro encuentro fallido con un presidente estadounidense. Y, no obstante, aquél parecía el resultado más probable de cualquier reunión de esa naturaleza, especialmente teniendo en cuenta la intransigencia de Kennedy con el asunto de Berlín y su insistencia en un acuerdo de prohibición de las pruebas atómicas que los militares soviéticos no deseaban. Las relaciones entre Jrushchov y los altos cargos de su ejército eran ya tensas debido a los recortes de tropas, y el líder soviético sabía que éstos se opondrían a cualquier medida que pudiera limitar su desarrollo nuclear o que los expusiera a inspecciones externas.

Las visitas de Jrushchov a varias explotaciones agrícolas camino de Novosibirsk también habían alimentado su descontento. [El nuevo anuario estadístico](#) soviético aseguraba que la Unión Soviética había logrado alcanzar el 60 por ciento del producto nacional bruto de EEUU, pero se trataba desde luego de una exageración. La CIA lo había tasado en cerca del 40 por ciento y otros expertos estimaban que el tamaño de la economía soviética rondaba el 25 por ciento de la economía estadounidense. La productividad agrícola alcanzaba apenas un tercio de la de EEUU y dicho porcentaje no hacía más que disminuir.

Durante sus viajes, Jrushchov había sido testigo de la desagradable verdad que se ocultaba tras las exageradas estadísticas proporcionadas por los aduladores de provincias. La agricultura soviética estaba fracasando por culpa de una planificación errática, malas cosechas y un sistema de distribución atroz que a menudo dejaba que las cosechas se pudrieran. Cada semana, Jrushchov echaba chispas ante una nueva lista de subordinados incompetentes que falsificaban los resultados para ocultar sus defectos, que eran incapaces de subsanar. [Tras confesar su ineptitud](#), un secretario del partido llamado Zolotukhin, de la capital de provincia occidental de Tambov, a orillas del río Tsna, se bajó los pantalones y le pidió tres veces a Jrushchov que lo azotara.

«¿Por qué se baja los pantalones y nos enseña el culo?», había respondido Jrushchov, furioso. «¿Acaso cree que eso nos excita? ¿Qué necesidad tenemos de mantener a un secretario así?»

En una reunión del Partido Comunista tras otra, Jrushchov exigió a sus subordinados igualar las cotas económicas y agrícolas de EEUU, y superar la productividad de leche y carne, objetivos que se habían convertido en su obsesión desde su visita a las zonas interiores de EEUU en 1959. Cuando sus camaradas cuestionaban la idoneidad de compararse con los imperialistas, Jrushchov decía que Estados Unidos representaba «la última fase del capitalismo», mientras que los soviéticos apenas habían empezado a colocar los cimientos de la casa del comunismo. «Y nuestros ladrillos son los bienes de consumo y de producción.»

La prueba de que la población soviética había tomado ya conciencia de las deficiencias de su país puede encontrarse en el sinfín de chistes que se contaban en las colas para comprar comida, mientras Jrushchov se paseaba por todo el país:

- ¿De qué nacionalidad eran Adán y Eva?
- Soviéticos.
- ¿Cómo lo sabes?
- Porque ambos iban desnudos, tenían tan sólo una manzana para comer y pensaban que vivían en el paraíso.

Algunos de los chistes incluían también al nuevo presidente estadounidense:

- El presidente John Kennedy se presenta ante Dios y le pregunta:
 - Oye, Dios, ¿cuántos años faltan para que mi pueblo sea feliz?
 - Cincuenta años –responde Dios.
- Charles de Gaulle se presenta ante Dios y le pregunta:
 - Oye, Dios, ¿cuántos años faltan para que mi pueblo sea feliz?
 - Cien años –responde Dios.
- Jrushchov se presenta ante Dios y le pregunta:
 - Oye, Dios, ¿cuántos años faltan para que mi pueblo sea feliz?
 - Dios se echa a llorar y se va.

A pesar de que a la llegada de Thompson Jrushchov estaba ya de un humor de perros, éste empeoró más aún cuando el líder soviético leyó la traducción

al ruso de la carta de Kennedy; Jrushchov no encontró ni una sola palabra sobre Berlín. **Con voz calmada y cansada**, Jrushchov le dijo a Thompson que Kennedy debía comprender que nunca iba a renunciar a su determinación de negociar «la cuestión alemana». Con el tiempo, dijo Jrushchov, había logrado que Eisenhower comprendiera que las conversaciones sobre Berlín eran algo inevitable, pero entonces los militaristas estadounidenses habían «dinamitado deliberadamente las negociaciones» con la intrusión del U-2.

Thompson, que tenía instrucciones explícitas de no dejarse arrastrar hacia el tema de Berlín, respondió simplemente que Kennedy estaba «revisando nuestra política alemana y desea discutirla con Adenauer y los demás aliados antes de sacar conclusiones».

Harto de lo que consideraba una táctica de dilación de EEUU, Jrushchov se burló de que el país más poderoso del mundo tuviera que consultar con alguien antes de actuar, basándose en el desdeñoso trato que él mismo dispensaba a sus aliados del Pacto de Varsovia. «Berlín Oeste es un hueso en la garganta de las relaciones entre la URSS y EEUU», le dijo Jrushchov a Thompson, y añadió que había llegado el momento de arrancarlo. «Si Adenauer quiere guerra», advirtió, «Berlín Oeste sería un buen lugar para empezar.»

Aunque Kennedy no estaba aún en situación de negociar con Jrushchov sobre Berlín, el líder soviético expuso con impaciencia sus condiciones ante Thompson para que éste pudiera trasladárselas a su presidente. Jrushchov aseguró que estaba dispuesto a firmar un acuerdo que permitiera a Berlín Oeste mantener el sistema político que prefiriera, aunque fuera el capitalismo. Sin embargo, dijo, los estadounidenses debían retirar la unificación alemana de la mesa de negociación, aunque aquél fuera un escenario que tanto EEUU como la URSS pudieran llegar a desear con el tiempo. Abandonar el lenguaje de la unificación era necesario, dijo, si la Unión Soviética y Estados Unidos querían firmar un tratado que pusiera fin a la guerra y reconociera las dos Alemanias como estados soberanos.

Por su parte, Jrushchov le aseguró a Thompson que no ampliaría el imperio soviético hacia el oeste, pero también quería que Washington renunciara a intentar arrebatarse lo que ya era suyo. A continuación, y eligiendo bien las palabras para sugerir una relación de proximidad entre

viejos amigos, Jrushchov le dijo a Thompson que «deseaba con toda franqueza» mejorar las relaciones con Kennedy y eliminar la posibilidad de una guerra nuclear. Sin embargo, añadió, eso era algo que no podía hacer a solas.

Jrushchov había llevado la conversación con Thompson mucho más lejos de lo que éste tenía instrucciones de discutir. [El embajador estadounidense advirtió](#) a Jrushchov que no esperara un cambio inmediato en la posición de EEUU acerca de Berlín y le aseguró al líder soviético que actuando unilateralmente tan sólo conseguiría incrementar las tensiones. «Si hay algo que podría provocar un incremento drástico en la inversión armamentística de EEUU, tal como ya sucedió durante la guerra de Corea», dijo Thompson, «sería la convicción de que los soviéticos pretenden obligarnos a abandonar Berlín.»

Pero Jrushchov prefirió ignorar las advertencias de Thompson. «¿A qué viene tanto interés de Occidente por Berlín?», replicó.

Estados Unidos había dado su compromiso solemne a los berlineses, respondió Thompson, y por lo tanto su prestigio nacional dependía del futuro de la ciudad.

Jrushchov dijo que lo único que había atraído la atención de las potencias occidentales sobre Berlín había sido la capitulación alemana en la Segunda Guerra Mundial. «Negociemos un estatus para Berlín Oeste», dijo. «Presentémoslo ante la ONU. Podemos crear un cuerpo de policía conjunto sobre la base de un tratado de paz garantizado por las cuatro potencias, o un cuerpo simbólico de las cuatro potencias estacionadas en Berlín.» Jrushchov dijo que su única condición era que Berlín Este quedara fuera de dicha planificación, ya que la zona soviética de la ciudad seguiría siendo la capital de la Alemania del Este.

[Debido a la escasa relevancia política](#) de Berlín en Moscú, insistió Jrushchov, la URSS estaba dispuesta a ofrecer a EEUU todas las garantías necesarias para proteger su prestigio y asegurar que Berlín Oeste conservara su sistema político actual. Jrushchov dijo estar dispuesto a aceptar Berlín Oeste como un enclave capitalista dentro de la Alemania del Este, pues en cualquier caso la Unión Soviética iba a superar a la Alemania Federal en producción per cápita en 1965 y a EEUU cinco años más tarde. [Para ilustrar](#)

más claramente la insignificancia de Berlín Oeste, Jrushchov explicó que, teniendo en cuenta que la población soviética crecía anualmente en 3,5 millones de habitantes, la población total de Berlín Oeste, con sus dos millones de habitantes, suponía apenas «una noche de trabajo» para un país tan sexualmente activo como el suyo.

Adoptando el papel de abogado del diablo, Thompson respondió que aunque Berlín Oeste fuera irrelevante para los soviéticos, «Ulbricht estaba muy interesado» en la ciudad y era poco probable que respaldara las garantías de Jrushchov sobre su sistema democrático y capitalista.

Con un gesto despectivo, como si espantara un molesto mosquito, Jrushchov aseguró que obligaría a Ulbricht a aprobar cualquier decisión que él y Kennedy acordaran.

En un intento por orientar la conversación hacia un tema menos sensible, Thompson sacó a colación la liberalización de las relaciones comerciales entre EEUU y la URSS. En ese sentido, tenía una oferta que esperaba que pudiera aplacar a Jrushchov; dijo que su gobierno esperaba poder levantar pronto las restricciones sobre la importación de carne de cangrejo soviética a EEUU.

En lugar de celebrar el gesto, Jrushchov expresó su indignación ante la reciente decisión de EEUU de cancelar (por razones de seguridad nacional) la venta de maquinaria de moler a Moscú. «¡La URSS lanza cohetes espaciales sin la ayuda tecnológica de EEUU!», gruñó. También protestó por el retraso en la aprobación de la venta de una planta fertilizadora de urea, debido también a sus potenciales aplicaciones militares, sobre todo en la producción de armas químicas. Jrushchov dijo que la tecnología de uso de la urea estaba tan extendida que había adquirido ya tres plantas similares a Holanda.

Sin embargo, ni todo el fertilizante del mundo era tan importante para Jrushchov como Berlín, y el líder soviético volvió sobre el tema una y otra vez, hasta que Thompson le respondió a regañadientes; le aseguró que el presidente Kennedy era consciente de que la situación era insatisfactoria para ambas partes, que estaba «reexaminando toda la problemática de Alemania y de Berlín» y que estaba «dispuesto a hacer algo que permitiera rebajar las tensiones». Pero Thompson repitió que no podía transmitir la opinión de

Kennedy hasta que el presidente hubiera hablado personalmente con sus aliados, algo que haría durante el mes de marzo y abril, antes de la reunión propuesta con Jrushchov.

Jrushchov aseguró que Kennedy no comprendía lo que había en juego en Berlín. Si él y Kennedy firmaban un acuerdo que pusiera fin al estatus de posguerra de la ciudad, le dijo a Thompson, eso rebajaría las tensiones en todo el mundo. No obstante, si no eran capaces de resolver sus discrepancias sobre Berlín, sus respectivos ejércitos seguirían enfrentados en una situación «no de paz sino de armisticio». Jrushchov descartó la idea de Kennedy de que las conversaciones sobre una reducción armamentística fueran a servir para lograr la confianza necesaria para abordar un asunto tan complejo como el de Berlín. De hecho, dijo, se trataba de todo lo contrario: sólo la retirada de las tropas de EEUU y de la URSS de Alemania crearían la atmósfera apropiada para discutir posibles recortes armamentísticos.

Tras tantas semanas intentando conseguir una reunión con Kennedy, Jrushchov expresó sus reservas sobre el gesto presidencial y declaró tan sólo que se sentía «inclinado a aceptar» la invitación de reunirse con él durante la primera semana de mayo, para lo que aún faltaban dos meses, tras las visitas a Washington del primer ministro británico Macmillan y del primer ministro alemán Adenauer, y después de que Kennedy se desplazara a París para entrevistarse con De Gaulle. Kennedy había propuesto que su encuentro tuviera lugar en Viena o Estocolmo. Aunque él prefería Viena, dijo Jrushchov, no se opondría a celebrar la reunión en Suecia. El líder soviético admitió, encogiéndose de hombros, que sería útil conocer a Kennedy, aunque recordó que ya se habían visto brevemente en 1959, cuando el entonces senador había llegado tarde a la visita del líder soviético al Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Sin aceptar ni rechazar la invitación, Jrushchov le dijo a Thompson que «sería necesario encontrar un motivo para la reunión».

Al final de la comida que se celebró a continuación, Jrushchov levantó un vaso lleno de su vodka preferido, con gusto a pimienta, y propuso un tibio brindis por Kennedy que contrastaba vivamente con su mensaje de Año Nuevo. Jrushchov prescindió de los tradicionales brindis a la salud de Kennedy: «Es tan joven que no los necesita». Un año después de haber

retirado la invitación a Eisenhower para que visitara la URSS, lamentó que aún no hubiera llegado el momento de brindar a Kennedy y su familia la hospitalidad tradicional de su país.

Thompson regresó esa misma noche en avión. Aterrizó en el aeropuerto de Moscú-Vnukovo, cubierto por un manto de nieve, y su chófer lo condujo por las calles heladas de la ciudad hasta la embajada, donde Thompson envió un telegrama a Washington con su informe. Aunque llevaba dieciocho horas yendo de aquí para allá, la adrenalina le corría por las venas mientras lo escribía.

Basándose en su experiencia, Thompson afirmó no haber visto nunca a Jrushchov tan obsesionado con Berlín. El líder soviético había logrado convencer a Thompson de que no iba a retrasar más la acción. «**Todos los colegas diplomáticos** con quienes he discutido el asunto consideran que si no se inician negociaciones, Jrushchov... precipitará una crisis en Berlín este año», escribió.

Una semana más tarde, en otro telegrama, Thompson recomendó a sus superiores que acelerasen los planes de contingencia para una hipotética actuación soviética en Berlín. Las relaciones entre Jrushchov y la administración Kennedy eran tan malas, aseguró el embajador, que el líder soviético podía decidir que tenía mucho que ganar y muy poco que perder en Berlín. Sin embargo, Thompson añadió que Jrushchov aún deseaba evitar un enfrentamiento militar con Occidente y que ordenaría a los alemanes del Este que no interfirieran en el acceso de los militares aliados a la ciudad.

Thompson detalló los motivos de la tensión creciente entre EEUU y la URSS, que se habían ido acumulando durante las primeras semanas de la administración Kennedy: el Kremlin no estaba interesado en la propuesta estadounidense de un acuerdo para prohibir las pruebas nucleares; consideraba a Kennedy más combativo aún que Eisenhower, sobre todo debido a su incremento del presupuesto militar; finalmente, estaba molesto por las restricciones crecientes de la administración Kennedy sobre la venta de tecnología sensible a los soviéticos. En el Kremlin molestaba particularmente que Kennedy se hubiera comprometido pública y personalmente a ofrecer mayor apoyo a Radio Free Europe, que se estaba revelando como una herramienta útil para evitar que los regímenes soviéticos tuvieran el

monopolio de la información. En África y en América del Sur, escribió Thompson, los enfrentamientos indirectos proseguirían y tal vez se recrudecerían.

En cuanto a su probable reunión con Jrushchov, Thompson escribió que, en su opinión, «el debate sobre el problema alemán será el objetivo fundamental del encuentro para Jrushchov. Sería durante la reunión o poco después cuando el líder soviético tomaría una decisión sobre Berlín». Thompson creía que el reto del presidente estadounidense pasaba por convencer a un escéptico Jrushchov de que EEUU plantaría cara en Berlín Oeste antes que abandonar la ciudad. Por otro lado, sin embargo, una postura firme no bastaría por sí sola para evitar la confrontación. Según los cálculos de Thompson, Jrushchov iba a abordar la cuestión antes del Congreso del partido de octubre. En ese caso, «podía plantearse la posibilidad real de una nueva guerra mundial y eso, desde luego, nos arrastraría a una guerra fría aún más fría».

Thompson repitió que estaba convencido de que había que valorar los riesgos de un enfrentamiento con Jrushchov teniendo en cuenta que, en realidad, EEUU no disponía de una alternativa mejor. A pesar de todos sus inconvenientes, afirmaba Thompson, Jrushchov «es probablemente mejor para nuestros intereses que cualquiera de sus posibles sucesores». Por ello, los intereses estadounidenses pasaban por mantener a Jrushchov en el poder, aunque Thompson admitía que su embajada no conocía las interioridades del Kremlin con suficiente detalle como para aconsejar de qué forma podía Kennedy influir en las batallas de poder dentro del Partido Comunista.

A continuación, con extraña clarividencia, Thompson añadió: «Si esperamos que los soviéticos no actúen sobre el problema de Berlín, debemos esperar también que los alemanes del Este cierren las fronteras del sector para detener lo que, a sus ojos, debe de constituir un flujo intolerable de refugiados en Berlín».

Es posible que, con esa insinuación, Thompson fuera el primer diplomático estadounidense en predecir el Muro de Berlín.

Finalmente, Thompson propuso una posición negociadora que creía que los soviéticos estarían dispuestos a aceptar y que, al mismo tiempo, permitiría a Washington recuperar la iniciativa. El embajador estadounidense sugirió que

Kennedy le propusiera a Jrushchov un acuerdo provisional sobre Berlín que ofreciera a las dos Alemanias un período de siete años para negociar una solución a largo plazo. Durante ese tiempo, y a cambio de que la URSS garantizara el acceso aliado a Berlín Oeste, EEUU aseguraría a los soviéticos que la Alemania Federal no intentaría recuperar los territorios orientales perdidos tras la Segunda Guerra Mundial.

Thompson creía que con ese acuerdo los alemanes del Este podrían poner fin al flujo de refugiados, algo que el embajador aseguraba que interesaba tanto a los rusos como a los estadounidenses, pues el número creciente de emigrados amenazaba con desestabilizar la zona. Para desarrollar su plan, Thompson propuso una serie de medidas encaminadas a fomentar la confianza entre las partes, fundamentalmente la reducción de las actividades occidentales secretas dirigidas desde Berlín y el cierre de la RIAS, la emisora de radio estadounidense que transmitía a la zona soviética desde Berlín Oeste. Y aunque Jrushchov rechazara la oferta estadounidense, Thompson aseguraba que tan sólo el hecho de ponerla encima de la mesa le permitiría a Kennedy ganarse las simpatías de la opinión pública y hacer que Jrushchov se lo pensara dos veces antes de actuar unilateralmente.

Pero Kennedy no compartía la sensación de urgencia de su embajador. Él y su hermano Bobby empezaban a sospechar que Thompson sufría de «clientelitis», una dolencia común dentro del Departamento de Estado que lo llevaba a alinearse con demasiada facilidad con las posiciones soviéticas. El presidente admitía ante sus amigos que aún no comprendía a Jrushchov. Al fin y al cabo, Eisenhower había ignorado el ultimátum del líder soviético sobre Berlín de 1958 sin pagar ningún precio real por ello. Kennedy no comprendía por qué motivo debían tener más prisa en aquel momento.

Las mentes más brillantes dentro de la inteligencia estadounidense compartían dicho punto de vista. El Subcomité Especial del Consejo de Inteligencia de Estados Unidos sobre la cuestión de Berlín, el grupo de espías más acreditado sobre la cuestión, aseguró que era «poco probable que Jrushchov incrementara sus presiones en Berlín en estos momentos». Asimismo, aseguraron que Moscú aplicaría más presión tan sólo si Jrushchov creía que con ello podía obligar a Kennedy a mantener contactos al más alto nivel. Lo

que querían decir, en el fondo, era que si Kennedy demostraba que las amenazas crecientes de los soviéticos no lo impresionaban, Jrushchov descartaría una escalada de las tensiones en Berlín.

Una vez más, pues, el presidente decidió que Berlín podía esperar. Había dos otros elementos que habían empezado ya a influir en sus ideas. En primer lugar, Dean Acheson estaba a punto de entregarle al presidente su primer informe sobre la línea política a seguir en Berlín, lo que proporcionaría un contrapunto al enfoque más blando de Thompson.

Pero Kennedy también estaba cada vez más pendiente de un conflicto mucho más cercano: los mejores espías del país estaban ultimando los detalles para una invasión de Cuba por parte de exiliados entrenados y equipados por la CIA.

WASHINGTON, D.C.

LUNES, 3 DE ABRIL DE 1961

[El informe de Acheson](#), la primera gran reflexión de la administración Kennedy sobre la línea política en Berlín, llegó al despacho del secretario de estado Dean Rusk el día antes de que el primer ministro británico Harold Macmillan aterrizara en Washington. Como era de esperar, el que fuera secretario de estado del presidente Truman decidió entregar sus conclusiones en el momento de máximo impacto, marcando claramente la línea dura del gobierno antes del desfile de visitantes aliados.

El argumento central de Acheson era que Kennedy debía mostrarse dispuesto a luchar por Berlín si deseaba evitar que la URSS dominara primero Europa y, a continuación, también Asia y África. Blandiendo sus palabras como si fueran armas, Acheson escribió que si EEUU aceptaba «un golpe de estado comunista en Berlín (bajo cualquier apariencia dilatoria diseñada para salvar las apariencias) el estatus de poder en Europa quedaría meridianamente claro y Alemania y probablemente Francia, Italia y el Benelux realizarían los ajustes necesarios. El Reino Unido esperaría alguna solución que, sin embargo, no llegaría».

Acheson conocía lo bastante bien a Kennedy como para saber que el presidente confiaba en sus opiniones y compartía sus suspicacias respecto a los soviéticos. Mientras buscaba un secretario de estado durante el período de transición, Kennedy había acudido a Acheson, antiguo vecino suyo en Georgetown, para pedirle consejo. Con una multitud de fotógrafos delante de su casa, el presidente electo le había dicho a Acheson que había «pasado tanto tiempo durante los últimos años conociendo a personas que lo ayudaran a *convertirse* en presidente que ahora se daba cuenta de que no conocía a casi nadie que pudiera ayudarlo a *ser* presidente».

Acheson había disuadido a Kennedy de nombrar secretario de estado al senador William Fulbright que, según Acheson, «no poseía la firmeza y la seriedad necesarias para ocupar el cargo. Siempre me ha parecido que tiene los mimbres de un diletante». Acheson orientó a Kennedy hacia el hombre que terminó eligiendo, Dean Rusk, que durante la presidencia de Truman había ayudado a Acheson a oponerse a la política de contemporización y a plantar cara al comunismo en Asia como su subsecretario de estado para Asuntos del Lejano Oriente. Hablando de otros puestos en el gabinete y en diversas embajadas, Acheson bendijo algunos nombres y torpedeó otros, practicando la caza mayor al estilo de Washington con la que tanto disfrutaba. También rechazó la oferta de Kennedy para convertirse en embajador en la OTAN, argumentando que prefería conservar la independencia y sus ingresos como abogado sin «tener que someterme a todos esos códigos».

Dicho eso, Acheson estaba encantado de volver a ejercer su influencia en el gobierno asumiendo un papel principal que le permitía aportar sus ideas en dos de los ámbitos prioritarios de EEUU: el futuro de la OTAN y dos asuntos relacionados como eran el uso de las armas nucleares y la defensa de Berlín. Acheson ya había logrado su lugar en la historia gracias a su papel crucial en la creación del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Plan Marshall. Había sido también el principal diseñador de la OTAN (que había alterado la aversión estadounidense a las alianzas duraderas) y, junto a George Marshall, había diseñado la Doctrina Truman de 1947 que había convertido a EEUU en el «líder del mundo libre», cuya misión global consistía en defender la democracia y luchar contra el comunismo. En cualquier caso, que Kennedy

lo invitara de nuevo a la fiesta era una agradable confirmación para Acheson de que sus capacidades seguían siendo útiles y valoradas.

A pesar de estar a punto de cumplir sesenta y ocho años, Acheson era aún una figura cautivadora: iba siempre tan bien vestido como informado y le gustaba jactarse ante sus amigos de que poseía la confianza en sí mismo de la que adolecían sus oponentes. Con su bombín, su sonrisa malévola, sus aceros ojos azules y su bigote enroscado, era un hombre que difícilmente habría pasado desapercibido. Sin embargo, destacaba aún más por sus piernas largas y su metro ochenta de estatura. Con su agudeza y su intolerancia hacia los necios, Acheson había volcado en su nuevo estudio sobre Berlín las ganas de superar tácticamente a los soviéticos que habían marcado su carrera hasta el momento. Había sido precisamente la adscripción a aquella línea dura lo que había forjado el curioso vínculo que había unido a Acheson y el presidente Truman, un antiguo alumno de Yale aficionado a los martinis y un simple político del Medio Oeste sin titulación superior.

Poco después de la elección de Kennedy, Acheson había regañado a Truman en una carta en la que, bromeando, reflexionaba sobre las preocupaciones del antiguo presidente por el catolicismo de Kennedy. «¿De veras le preocupa que Jack sea católico?», le preguntaba a Truman, que se refería a Kennedy despectivamente como «el jovencito». Acheson le decía a Truman que nunca le había importado que De Gaulle y Adenauer fueran católicos. «Además», añadía Acheson con sorna, «yo creo que no es muy buen católico.»

Desde que Kennedy lo contratara en febrero, Acheson había considerado a fondo todas las posibles eventualidades en Berlín. Coincidió con Thompson en que era posible que se produjera un enfrentamiento antes de que terminara el año, pero ahí era donde terminaban sus coincidencias. Acheson aconsejó al presidente que se mostrara aún más fuerte y renunciara a cualquier esperanza de lograr una solución negociada que permitiera mejorar el status quo. «Todas las vías de actuación son peligrosas y poco prometedoras», dijo Acheson. «La inacción es aún peor. Nos enfrentamos a una disyuntiva inexistente: si estalla una crisis, es posible que lo más seguro sea adoptar una actitud audaz y peligrosa.»

Eisenhower había rechazado los consejos de Acheson (expresados en su momento desde fuera del gobierno) de responder al constante cuestionamiento por parte de Moscú del compromiso de Estados Unidos con Europa y con Berlín de forma más enérgica, con una notoria proliferación militar. Acheson esperaba poder ejercer su influencia de forma más efectiva con Kennedy. Ya se había ganado a Rusk y a Bundy, y contaba también entre sus aliados con dos de los altos cargos de la administración más influyentes en lo relativo a Berlín: Paul Nitze del Pentágono y Foy Kohler del Departamento de Estado.

En uno de los puntos más controvertidos de su memorando, Acheson afirmaba que la amenaza de una guerra nuclear global podía no ser suficiente para disuadir a Jrushchov en Berlín, si es que alguna vez lo había sido. Acheson afirmaba que las reservas de Jrushchov a actuar hasta entonces obedecían más a su voluntad de eludir una crisis en sus relaciones con Occidente que a la convicción de que EEUU se arriesgaría a provocar una guerra nuclear para defender Berlín. Así pues, Acheson le recomendaba a Kennedy un incremento significativo de los efectivos militares convencionales en Europa, al tiempo que le aconsejaba que convenciera a sus aliados, y en particular a la Alemania Federal, «de alcanzar un acuerdo por anticipado para luchar por la defensa de Berlín».

[Acheson incluyó en su informe](#) un listado de los cinco puntos que, en su opinión, eran las prioridades de Jrushchov en Berlín:

1. Estabilizar el régimen de la Alemania del Este y preparar el terreno para su eventual reconocimiento internacional.
2. Legalizar las fronteras orientales de Alemania.
3. Neutralizar Berlín Oeste como primer paso para preparar el terreno para un eventual fagocitamiento por parte de la República Democrática Alemana.
4. Debilitar, cuando no romper, la OTAN.
5. Desacreditar a Estados Unidos o, por lo menos, mancillar seriamente su prestigio.

Acheson coincidía con Adenauer en que el problema de Berlín no tenía prácticamente otra solución que la unificación, y que dicha unificación no sería posible hasta un futuro distante y mediante una demostración constante de

la fortaleza de Berlín Oeste. Por todo ello, en aquel momento no era posible alcanzar ningún acuerdo sobre Berlín con Moscú sin que ello debilitara Occidente y lo volviera más vulnerable, por lo que no tenía sentido iniciar conversaciones con los soviéticos.

Berlín era la «clave para el status quo de poder en Europa», escribió Acheson, y por ello la determinación a la hora de defender la ciudad era fundamental para mantener al Kremlin en jaque en otras partes del mundo. Independientemente de cuál fuera la decisión de Kennedy, Acheson aconsejaba al presidente que decidiera «lo antes posible qué motivos eran razón suficiente para luchar por Berlín» y lograra que los aliados de EEUU aprobaran esos criterios.

En resumen, el mensaje de Acheson a Kennedy era el siguiente: «Por el momento debemos conformarnos con mantener el status quo en Berlín. No podemos esperar que Jrushchov acepte nada menos; tampoco nosotros debemos aceptar nada menos».

Su revolucionario informe se centraba a continuación en los medios militares más apropiados (dentro de las capacidades de EEUU) para detener a Jrushchov. La amenaza de un ataque nuclear había sido durante mucho tiempo el as en la manga de EEUU, pero Acheson expresaba el herético convencimiento de que ésa había dejado de ser una amenaza creíble, pues resultaba «totalmente obvio» para los rusos que Washington no iba a arriesgar la vida de millones de estadounidenses para defender Berlín. Acheson indicaba que, como alternativa, algunos líderes militares abogaban por un «uso limitado de los medios nucleares; es decir, por lanzar una sola bomba en alguna parte».

Acheson, sin embargo, descartaba esa idea con la misma presteza con la que la había planteado: «Lanzar una bomba no es lo mismo que amenazar con lanzar una bomba. Lanzar una bomba es lanzarla. Y eso es o bien una indicación de que vas a lanzar más, o una invitación a la otra parte para que responda lanzando otra». Para Acheson aquél era un «planteamiento irresponsable y en ningún caso una respuesta apropiada a la problemática de Berlín».

Por ello, Acheson presentó ante Kennedy una propuesta que demostraría

de forma inequívoca la determinación occidental. El presidente debía incrementar de forma sustancial la presencia de fuerzas convencionales en Alemania para que los soviéticos apreciaran claramente el compromiso de Estados Unidos con la defensa de Berlín, una opción que se hallaba en las antípodas de la moratoria de siete años que proponía Thompson para que las dos Alemanias negociaran sus diferencias. Con un incremento sustancial de tropas, aseguraba Acheson, EEUU «demostraría su compromiso de forma tan clara que ya no podría echarse atrás; así, si alguien debía echarse atrás, iban a tener que ser ellos».

Acheson admitía que reducir el nivel de confianza estadounidense en el efecto disuasorio de las armas nucleares entrañaba ciertos riesgos, pero añadía que «es la única forma de demostrar que hablamos en serio sin cometer una estupidez mayúscula». Su propuesta no consistía en incrementar la presencia de las fuerzas estadounidenses en Berlín, donde podían quedar atrapadas y resultar inútiles, sino reunir las divisiones en algún punto de Alemania. Acheson recomendaba incrementar la presencia militar en seis divisiones y disponer de más medios de transporte para que esos nuevos soldados pudieran desplegarse en Berlín en caso de emergencia.

El secretario de defensa McNamara dio su visto bueno al informe de Acheson. Kennedy se lo tomó lo bastante en serio como para, basándose en él, encargarle al Pentágono un nuevo informe sobre cómo romper un hipotético nuevo bloqueo sobre Berlín. Acheson sabía, sin embargo, que sus enfoques se toparían con la oposición de los aliados de EEUU: franceses y alemanes se negarían a cualquier medida que diluyera la estrategia de la disuasión nuclear, pues creían que ésta era la única que garantizaba el compromiso estadounidense con su defensa a largo plazo. Los británicos, por su parte, deseaban poner más énfasis en las negociaciones con los soviéticos, una vía a la que Acheson se oponía tajantemente. Como los aliados no podían ponerse de acuerdo en la forma de defender Berlín, Acheson aconsejaba a Kennedy que tomara la decisión de forma unilateral y la presentara ante los aliados como un hecho consumado.

Antes de la reunión con Macmillan, Bundy entregó a Kennedy lo que describió como un «magnífico» informe de su amigo Acheson y aconsejó a

Kennedy que se asegurara de que los visitantes británicos, famosos por su postura «blanda» en lo tocante a Berlín, comprendieran que estaba decidido a no ceder terreno. Haciéndose eco de las palabras de Acheson, Rusk afirmó que las conversaciones sobre Berlín habían fracasado en el pasado y que no había motivos para creer que en esta ocasión los resultados fueran a ser mejores.

De la noche a la mañana, Acheson había tomado la iniciativa sobre Berlín, llenando con su informe un vacío en la administración. Basándose en ello, el asesor de seguridad nacional Bundy aconsejó a Kennedy que considerase educadamente las ideas «que se les puedan haber ocurrido en Londres, pero a cambio presione tanto como sea necesario para lograr un compromiso de firmeza británica si llega el momento de la verdad».

DESPACHO OVAL, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 5 DE ABRIL DE 1961

El primer ministro británico Macmillan quedó desconcertado cuando Kennedy hizo un gesto hacia Acheson y le pidió que expusiera por qué, en lo relativo a los soviéticos y Berlín, creía que era más probable que se produjera una confrontación a que se alcanzara un acuerdo aceptable sobre la cuestión. El presidente estaba acompañado por su equipo de seguridad nacional y también por el embajador estadounidense en Londres, David Bruce. Entre otros, Macmillan había llevado consigo a su secretario de Asuntos Exteriores, sir Alec Douglas-Home. Todos ellos volvieron su atención hacia Acheson y éste, uno de los miembros más pintorescos y teatrales del mundo diplomático, ofreció un número que desconcertó a los británicos.

Kennedy no reveló si compartía los severos planteamientos de Acheson, aunque Macmillan se vio obligado a imaginar que así era. Antes de ahondar en la cuestión propiamente dicha, Acheson se disculpó diciendo que aún no disponía de las conclusiones definitivas de su informe sobre Berlín, pero a continuación expuso categóricamente todo lo que había decidido. Kennedy escuchó sin hacer comentarios.

Macmillan y Acheson tenían prácticamente la misma edad, y la forma de vestir de Acheson, su actitud y sus gestos de hombre de clase media y su *background* cultural anglocanadiense probablemente se habrían traducido en una compatibilidad cultural en cualquier otro ámbito. Sin embargo, los dos hombres no podrían haber diferido más en su diagnóstico sobre cómo había que abordar a los soviéticos. Macmillan no había perdido ni un ápice de su entusiasmo por las conversaciones al más alto nivel con Moscú, exactamente el tipo de contactos que Acheson había repetido hasta la saciedad que no iban a tener valor alguno, argumento que venía utilizando desde 1947, cuando, durante una sesión ejecutiva del Comité de Relaciones Exteriores, había declarado: «Considero que es un error pensar que en cualquier momento uno puede sentarse con los rusos y resolver un asunto».

Acheson detalló lo que denominaba sus «semipremisas»:

1. No existía una solución satisfactoria para el problema de Berlín que no pasara por una resolución más amplia de la división de Alemania. Dicha solución no parecía estar en absoluto cerca.
2. Era probable que los soviéticos forzaran la cuestión de Berlín durante el año en curso.
3. A Acheson no se le ocurría ninguna solución negociable que dejara a Occidente en una posición más favorable en Berlín de la que ostentaba en aquel momento.

Por todo ello, dijo, «debemos afrontar el asunto y prepararnos para las eventualidades. Berlín tiene una importancia suprema, por eso los soviéticos presionan tanto. Si Occidente flaquea, Alemania se descolgará de la alianza».

El presidente no interrumpió la exposición de Acheson y por ese motivo tampoco lo hizo nadie más. Acheson declaró que las negociaciones y otras soluciones no militares que, como todos los presentes en la sala sabían, constituían la preferencia británica, eran insuficientes. Debía producirse una respuesta militar, aseguró Acheson, pero ¿cuál debía ser esa respuesta y en qué circunstancias debía darse?

Macmillan y lord Home intentaron ocultar su consternación. Acababan de estar en París, donde habían oído a De Gaulle (que estaba tratando ya de convencer a Adenauer de una visión gaullista de Europa que excluyera a los

británicos de forma permanente) oponerse también con vehemencia a las conversaciones con los soviéticos sobre Berlín. Los británicos no querían que Kennedy tomara también ese rumbo.

A sus sesenta y siete años, Macmillan estaba cada vez más convencido de que la mayoría de aspiraciones de Londres en el mundo dependían de su capacidad de influencia en Washington. Y eso, a su vez, dependía de la relación que entablara con el nuevo presidente estadounidense. [Ávido estudioso de la historia](#), Macmillan se había dado cuenta de que los estadounidenses representaban «el nuevo Imperio romano y nosotros, los británicos, como los griegos de la antigüedad, debemos enseñarles cómo deben actuar. [...] Como mucho, podemos aspirar a civilizarlos y a influirlos ocasionalmente». Pero ¿cómo iba a lograr que Kennedy se aviniera a actuar como Roma ante la Grecia de Macmillan?

Tras el hundimiento político del primer ministro Anthony Eden a raíz de la guerra del Sinaí, su sucesor Macmillan había apostado fuerte por reconstruir la «relación especial» con EEUU a través de su amistad con el presidente Eisenhower, forjada durante la Segunda Guerra Mundial. Macmillan había desempeñado un papel crucial como «mediador» para convencer al presidente Eisenhower de que negociara con Jrushchov sobre Berlín sobre la base de una serie de cumbres, y consideraba el fracaso de la Cumbre de París como una derrota personal. Macmillan había rogado a Jrushchov en vano que no abandonara las conversaciones.

En ese contexto, Macmillan había estado reuniendo toda la información posible sobre Kennedy para decidir cuál era la mejor forma de abordar a aquel hombre al que sacaba veinticuatro años. [Macmillan le había dicho al columnista](#) y amigo Henry Brandon que nunca sería capaz de reproducir la conexión que había tenido con Eisenhower, un hombre de la misma generación que él y con quien compartía la cruel experiencia de la guerra. «Y de pronto me topo con este creído jovencito irlandés.»

[El embajador de Eisenhower en Londres](#), John Hay «Jock» Whitney, había advertido a Macmillan de que Kennedy era un tipo «tenaz, sensible, implacable y con un gran apetito sexual». Sin embargo, sus diferencias de carácter no aflorarían hasta meses más tarde, cuando Kennedy escandalizaría a

aquel escocés monógamo y puritano con un comentario extemporáneo: «No sé a ti, Harold, pero a mí cuando me paso tres días sin acostarme con una mujer me entra dolor de cabeza...».

Pero mucho más que las diferencias de edad y de carácter, lo que preocupaba a Macmillan era la posibilidad de que el presidente se viera influenciado por el anticomunismo y el aislacionismo de su padre. Tal vez el embajador estadounidense más odiado en la Corte de Saint James, Joseph Kennedy había aconsejado al presidente Roosevelt que no se excediera en el apoyo de EEUU al Reino Unido contra Hitler para luego no tener que «cargar con el muerto en una guerra en la que los aliados tenían las de perder». Sin embargo, Macmillan se sintió aliviado cuando sus investigaciones revelaron que el héroe de Kennedy era el intervencionista Churchill, afinidad en la que coincidían plenamente.

Para intentar ejercer una influencia mayor en el pensamiento de Kennedy, durante el período de transición Macmillan había escrito al presidente electo una carta en la que le proponía un «Gran Proyecto» de cara al futuro. Si Macmillan había forjado su vínculo con Eisenhower basándose en sus recuerdos comunes de la guerra, el día de la elección de Kennedy había decidido que basaría su enfoque con el nuevo presidente en su intelecto. Así pues, intentó venderse a sí mismo como «un hombre que, a pesar de su edad, poseía ideas jóvenes y frescas».

Escrito con una habilidad digna de un editor, Macmillan había apelado a la vanidad de Kennedy citando algunos de los textos publicados por el presidente, antes de trazar las líneas generales de la peligrosa era a la que se enfrentaban y en la que «el mundo libre» (Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa) debía derrotar el pujante atractivo del comunismo mediante un crecimiento constante del bienestar económico y la persecución de un objetivo común. Por ello, consideraba que una mayor coordinación transatlántica para desarrollar políticas económicas y monetarias comunes tenía mayor importancia que cualquier alianza política y militar.

Desde que escribiera la carta, sin embargo, Macmillan no había logrado demasiados apoyos para su «Gran Proyecto» en las visitas preparatorias a los aliados. Durante su encuentro en París, De Gaulle había mostrado su simpatía

con la visión de Macmillan pero se había opuesto tajantemente a su deseo de incorporar Gran Bretaña al Mercado Común Europeo. [Durante la reunión celebrada en Londres](#), Adenauer había expresado un apoyo aún más limitado, lo que había llevado a Macmillan a concluir que la Alemania Federal se había vuelto «demasiado rica y egoísta» para abrazar sus propuestas. [Antes de la visita de Macmillan a la Casa Blanca](#), Kennedy descubrió que había perdido su copia del «Gran Diseño» de Macmillan. Hubo que revolver la Casa Blanca de arriba abajo antes de encontrar el documento en el cuarto de Caroline, su hija de tres años.

A pesar de las preocupaciones iniciales de Macmillan, el vínculo entre él y Kennedy antes de su reunión en Washington se forjó mucho más rápido de lo que el primer ministro británico habría podido prever, gracias al ingenio, la educación y la inteligencia de ambos hombres, además de los esfuerzos intencionados de Macmillan. No sólo eso, sino que incluso eran parientes: la hermana de Kennedy, Kathleen, se había casado con el sobrino de Macmillan. Al igual que Kennedy, Macmillan provenía de una familia rica, algo que le había permitido desarrollar un pensamiento independiente y sus excentricidades. El primer ministro era un hombre elegante y apuesto, de metro ochenta de estatura y con una sonrisa británica llena de dientes bajo un bigote de soldado, que exhibía sus trajes hechos a medida con la misma despreocupación con que exhibía su intelecto. Macmillan, al que habían herido en tres ocasiones durante la Primera Guerra Mundial, valoraba el énfasis que Kennedy había puesto en la valentía en su libro *Profiles in Courage*; mientras esperaba a ser rescatado durante la batalla del Somme, con una bala en la pelvis, Macmillan había leído a Esquilo en griego.

[Para alivio del primer ministro](#), su relación con Kennedy había empezado con buen pie diez días antes, cuando el presidente le había enviado una invitación de última hora para que lo acompañara a Cayo Hueso, en Florida, donde podrían intercambiar algunas ideas sobre cómo abordar la cada vez más compleja crisis de Laos. Kennedy había escuchado pacientemente mientras Macmillan desaconsejaba una intervención militar en Laos, y el primer ministro había constatado con alivio que el presidente era capaz de dominar a los generales que lo rodeaban, en lugar de que fueran éstos quienes lo

dominaran a él. [Macmillan se había mostrado cautivado](#) por el «atractivo y la delicadeza de Kennedy. Teniendo en cuenta lo pesados que son la mayoría de americanos, ha sido una sorpresa muy grata».

[Sin embargo, el prometedor inicio](#) en Cayo Hueso no hizo más que incrementar la consternación de Macmillan y lord Home ante el aparente militarismo de Kennedy en lo tocante a los soviéticos, actitud expresada y alentada por Acheson.

En cuanto a la defensa de Berlín, dijo Acheson, los británicos debían centrarse en las tres alternativas militares: la defensa terrestre, aérea o nuclear. Teniendo en cuenta que la opción nuclear era «temeraria y no resultaría creíble», Acheson se centró fundamentalmente en las otras dos. Descartó la opción de la defensa aérea, pues «los misiles tierra-aire soviéticos han alcanzado un nivel en el que los aviones no sobreviven. Por lo tanto, no podemos poner nuestra voluntad a prueba en el aire: los rusos se limitarían a derribar nuestros aviones con sus misiles».

Acheson fue trazando su punto de vista, según el cual EEUU y sus aliados disponían de una única respuesta creíble en la eventualidad de un enfrentamiento por la libertad de Berlín: una ofensiva convencional por tierra que «dejara claro a los rusos que no les compensaba intentar detener una respuesta decidida de los aliados occidentales». Sin embargo, para ello, aseguró Acheson, era imprescindible un incremento de la presencia militar aliada. [Acheson detalló de forma sucinta](#) las posibles contramedidas militares a diversos tipos de bloqueo sobre Berlín, incluida la posibilidad de mandar una división por la Autobahn para reabrir el acceso a Berlín por la fuerza. Así, si se producía el bloqueo, dijo Acheson, las fuerzas occidentales sabrían cuál era la situación y podrían rearmarse y apoyar a sus aliados como ya hicieron durante la guerra de Corea.

Kennedy le dijo a Macmillan, cuyo lenguaje corporal, sus levantamientos de cejas y sus miradas de soslayo revelaban todo su escepticismo, que aún no había tomado una decisión definitiva sobre el enfoque de Acheson. Dicho eso, coincidía con su nuevo asesor en que el plan de contingencia sobre Berlín no estaba aún «lo bastante maduro», teniendo en cuenta las probabilidades crecientes de que se produjera algún tipo de enfrentamiento.

Macmillan centró su oposición en la propuesta de Acheson en caso de un bloqueo de la ciudad de Berlín, enviar una división por la Autobahn, pues «sería un cuerpo muy vulnerable avanzando en un frente tan estrecho». Si surgían problemas, la división tendría que extenderse inevitablemente más allá de la Autobahn, aseguró, y eso causaría un gran número de dificultades. Ante las preguntas de Kennedy, sin embargo, Macmillan tuvo que admitir que Acheson estaba en lo cierto cuando afirmaba que el puente aéreo sobre Berlín no podría repetirse debido a la actual capacidad antiaérea de los rusos.

A continuación los altos cargos estadounidenses y británicos se centraron en debatir qué planificación y entrenamiento militar se necesitaba para preparar de forma más rápida las previsibles contingencias en Berlín. El secretario Rusk declaró que la planificación bilateral entre Gran Bretaña y Estados Unidos era bienvenida, pero que también sería oportuno incorporar «rápidamente» a la Alemania Federal, tanto por sus crecientes capacidades militares como también por su disposición a colaborar en la defensa de Berlín. Lord Home frunció el ceño. Los británicos recelaban de los alemanes mucho más que los estadounidenses y estaban convencidos de que los servicios de inteligencia de Adenauer y otras estructuras gubernamentales estaban plagados de espías. Aunque lord Home estaba más que abierto a discutir el futuro de Alemania con los estadounidenses, no estaba dispuesto a hacer lo mismo con los alemanes.

Home deseaba que los americanos pensaran menos en contingencias militares y consideraran la posibilidad de iniciar conversaciones sobre Berlín con el Kremlin. Así, recordó que Jrushchov había adquirido un único compromiso público que limitaba su capacidad de maniobra: poner fin al estatus de ciudad ocupada de Berlín. Lord Home creía que Jrushchov podía «salir de aquel apuro» si los aliados firmaban un tratado que mantuviera el status quo durante unos diez años, pero que con el tiempo terminara por alterar dicho estatus.

«Jrushchov no se encuentra en ningún apuro», replicó Acheson, «o sea que no necesita salir de ninguna parte.»

Acheson, que no tenía ninguna paciencia con lo que consideraba la debilidad británica hacia Moscú, le recordó a Home que Jrushchov «no es

legalista. Su único objetivo es dividir a los aliados. No va a firmar ningún tratado que nos beneficie. Nuestra posición actual es buena y debemos mantenerla». A Acheson le preocupaba que plantearse siquiera la firma de un tratado con la Alemania del Este, que beneficiaría tan sólo intereses soviéticos, pudiera «socavar el espíritu alemán».

La tensión entre Acheson y Home se habría podido cortar con un cuchillo.

Tras un silencio incómodo, Rusk declaró que estaba de acuerdo con Acheson en que iniciar conversaciones para la firma de un tratado de esas características sería «meterse en terreno resbaladizo». Dijo también que EEUU debía dejar claro que estaba en Berlín como resultado de la guerra y no «por la gracia de Jrushchov». EEUU, insistió Rusk ante los británicos, era una gran potencia y no iban a echarla de Berlín.

Home advirtió a sus amigos estadounidenses de las consecuencias que podía tener en la opinión pública occidental que Jrushchov propusiera lo que podía parecer un cambio razonable del estatus legal de Berlín y que Occidente fuera incapaz de presentar una alternativa viable. La presencia occidental en Berlín necesitaba un nuevo fundamento legal, aseguró, pues el «derecho de conquista» era cada día un motivo más débil.

«A lo mejor», replicó Acheson acerbamente, «lo que es cada día más débil es nuestra determinación.»

La mayor parte de miembros del grupo se reunieron de nuevo durante la mañana siguiente, aunque por suerte para los británicos Acheson tuvo que ausentarse para cumplir con una misión. Sin embargo, su espíritu permaneció en la sala. El presidente Kennedy preguntó a los expertos estadounidenses y británicos por qué hasta aquel momento Jrushchov no había actuado en Berlín. ¿Qué se lo impedía?

«¿Es por temor a una respuesta occidental?», preguntó.

Lord Home respondió que, en su opinión, Jrushchov «no iba a esperar mucho más».

El embajador Charles E. «Chip» Bohlen pensaba lo mismo. El experto en temas soviéticos del Departamento de Estado, que había trabajado como embajador en Moscú entre 1953 y 1957, creía que la creciente amenaza china y las «fuertes presiones de los alemanes del Este» iban a obligar a Jrushchov a

adoptar una posición más militante. No era que a los soviéticos les preocupara mucho Berlín, insistió Bohlen, pero habían concluido que perder la ciudad podía desencadenar la disolución de su imperio oriental.

Kennedy decidió volver a centrar el debate en el informe de Acheson. Si Jrushchov se había estado conteniendo por la amenaza de un enfrentamiento militar con Occidente, dijo Kennedy, «deberíamos plantearnos la forma de reforzar esa amenaza. En Berlín no estamos en condiciones de regatear. Por eso, tal como el señor Acheson sugirió ayer, debemos considerar fórmulas que nos permitan plantear esta cuestión ante Jrushchov de la forma más directa posible».

Con el regreso del espíritu de Acheson, el grupo intentó imaginar cuál iba a ser el siguiente movimiento de Jrushchov y qué respuestas potenciales podía ofrecer Occidente. Los británicos no veían la forma de evitar las conversaciones, mientras que la mayoría del contingente estadounidense dudaba de su utilidad. El embajador de Kennedy en el Reino Unido, David Bruce, antiguo miembro del servicio de espionaje y embajador de Eisenhower en la Alemania Federal, dijo que Estados Unidos no podía renunciar a los pocos derechos que aún conservaban sobre Berlín. «No podemos ignorar las consecuencias que un debilitamiento de nuestra posición en Berlín tendrían tanto en la Europa Central como en la Alemania Federal», advirtió.

A medida que sus encuentros con Kennedy iban tocando a su fin, Macmillan fue experimentando un descontento creciente. Aún no sabía, dijo, en qué punto las potencias occidentales «se plantarían» y pasarían a la acción contra los movimientos soviéticos en Berlín. Si no se trazaba una línea clara, temía que Kennedy pudiera verse arrastrado a una guerra que no deseaba por alguna nimiedad y que, con ello, arrastrara también a la Gran Bretaña.

En discrepancia con Acheson, Kennedy afirmó que, en su opinión, era el efecto disuasorio de las armas nucleares lo que «impide a los comunistas plantear una gran batalla por Berlín». Por ello, dijo, era necesario «dar visibilidad» a dicho elemento disuasorio.

Macmillan, por su parte, se preguntó qué sucedería en la Alemania Federal tras la muerte de Adenauer y si, con un liderazgo menos firme, los soviéticos ganarían el pulso en Berlín. «Antes o después, dentro de cinco o diez años, los

rusos intentarán ofrecer a la Alemania Federal la reunificación a cambio de su neutralidad», conjeturó, insistiendo en las obstinadas dudas de los británicos sobre la fiabilidad de Alemania.

Bohlen le dijo a Macmillan que era ya demasiado tarde como para que la Alemania Federal mordiera «el anzuelo de la neutralidad». Tampoco los soviéticos, aseguró, podían dejar que el socialismo fracasara en la Alemania del Este. Bruce aseguró que, en aquel momento, la cuestión crucial era que el flujo de refugiados de la Alemania del Este estaba «debilitando todo lo que constituye la vida normal de un estado», con 200.000 exiliados en 1960, el 70 por ciento de los cuales estaban en edad productiva.

El [informe interno final](#) de la reunión daba cuenta de las diferencias entre ambas partes. Indicaba que tanto Estados Unidos como el Reino Unido esperaban una escalada de la Crisis de Berlín en 1961; coincidían en que la pérdida de Berlín Oeste sería una catástrofe, y creían que los aliados debían expresar de forma más clara ante los soviéticos su determinación a la hora de defender Berlín. El documento también hablaba de intensificar la planificación de las contingencias militares.

[Bajo el sol primaveral](#) del Jardín de Rosas de la Casa Blanca, y acompañado por el primer ministro Macmillan, Kennedy leyó la declaración conjunta de una página en la que ambos países expresaban «un alto nivel de acuerdo en nuestra valoración de la naturaleza de los problemas a los que nos enfrentamos». El texto pasaba de puntillas por encima de las considerables discrepancias, que mencionaba tan sólo vagamente, y aseguraba que ambos líderes coincidían en «la importancia y la dificultad de trabajar para establecer unas relaciones satisfactorias con la Unión Soviética».

Macmillan había obtenido poca cosa de Kennedy, acaso el respaldo del presidente estadounidense a los esfuerzos británicos por incorporarse al Mercado Común como parte de su «Gran Proyecto», un apoyo que podía resultar crucial teniendo en cuenta la oposición francesa. Los dos hombres también habían reforzado su vínculo personal mediante dos largas conversaciones privadas.

Sin embargo, Macmillan no había logrado la mayoría de sus objetivos más importantes. Kennedy se había opuesto a la propuesta británica de incorporar

China a las Naciones Unidas y, a diferencia de Eisenhower, había dejado claro que no tenía intención de recurrir a Macmillan como intermediario en su trato con Moscú. No sólo eso, sino que EEUU planeaba organizar una cumbre con el líder soviético por primera vez en territorio europeo sin invitar a sus aliados británicos y franceses. Al parecer, Kennedy compartía la opinión de Acheson de que Londres era demasiado blando en lo tocante a Berlín.

La delegación británica sorprendió a sus homólogos estadounidenses filtrando a la prensa de su país que las conversaciones entre Kennedy y Macmillan habían sido «ásperas, delicadas», poco concluyentes en muchos sentidos y, desde luego, mucho más difíciles de lo que sugería el comunicado.

Pero lo peor estaba aún por llegar.

La hora de los amateurs

Los europeos tuvieron la sensación de estar viendo a un joven y talentoso amateur practicando con un búmeran y de pronto descubrir, horrorizados, que éste se había dejado a sí mismo fuera de combate. Los llenó de estupor que una persona con tan poca experiencia pudiera jugar con un arma tan letal.

DEAN ACHESON refiriéndose a la actuación del presidente Kennedy durante la debacle de Bahía Cochinos, junio de 1961

No entiendo a Kennedy. ¿Es posible que sea tan indeciso?

El primer ministro JRUSHCHOV a su hijo Sergéi después del episodio de Bahía Cochinos

LACASABLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 7 DE ABRIL DE 1961

Era el primer día cálido de primavera y la temperatura era perfecta para que el presidente Kennedy diera un paseo por el Jardín de Rosas de la Casa Blanca acompañado por Dean Acheson. Kennedy había sugerido aquel paseo y había añadido que precisaba consejo urgente. Si Kennedy iba en mangas de camisa, Acheson presentaba su aspecto habitual, con chaqueta y pajarita. Su única concesión al tiempo consistió en quitarse el bombín, que se puso bajo el brazo.

El ex secretario de estado de Truman esperaba que Kennedy le preguntara

por los proyectos de la OTAN en Berlín, pues al día siguiente tenía previsto trasladarse a Europa para informar a los aliados sobre sus progresos. Pero Kennedy dijo que tenía otro asunto urgente en mente. «Salgamos al jardín a tomar el sol», dijo el presidente, que acompañó a Acheson hasta un banco y se sentó junto a él. «¿Sabe algo de la propuesta sobre Cuba?»

Acheson admitió que ni siquiera sabía que hubiera una propuesta sobre Cuba.

Así pues, Kennedy expuso el plan que, según dijo, estaba considerando. Una fuerza de combate de entre 1.200 y 1.500 exiliados cubanos (soldados que la CIA había entrenado en Guatemala) iban a invadir la isla. Recibirían apoyo aéreo de bombarderos B-26, tripulados también por exiliados. La idea era que después de ganar una cabeza de playa, unos 7.000 insurgentes y otros oponentes a Castro que se encontraban ya en la isla organizarían una revuelta. Sin necesidad de recurrir a soldados ni aviones estadounidenses, EEUU eliminaría a Fidel Castro y lo reemplazaría por un régimen amigo. El plan se había fraguado durante la administración Eisenhower, pero Kennedy lo había revisado durante sus primeras semanas en el cargo. La operación contaba con el apoyo material, de entrenamiento y planificación de los servicios de inteligencia estadounidenses.

Acheson no ocultó su alarma. Dijo que le parecía una locura y que esperaba que el presidente no hablara en serio.

«No sé si hablo en serio», dijo Kennedy. «He estado pensando en la propuesta, en ese sentido sí es algo serio. Aún no he tomado la decisión, pero lo estoy considerando muy seriamente.»

Lo cierto, no obstante, era que el presidente había dado el visto bueno al plan hacía casi un mes, el 11 de marzo de 1961, y había aprobado los últimos detalles el 5 de abril, dos días antes de su conversación con Acheson. Tan sólo había alterado dos elementos importantes del plan original: había modificado el lugar del desembarco para que la invasión fuera menos espectacular y se había asegurado de que hubiera un campo de aviación cerca para poder garantizar el apoyo aéreo táctico. Por lo demás, sin embargo, la «Operación Mangosta» se ceñía fundamentalmente al plan que la administración Eisenhower había entregado a Kennedy.

Acheson dijo que «no tenía que llamar a Price Waterhouse» para asegurar que los 1.500 cubanos de Kennedy no podrían hacer nada contra los 25.000 cubanos de Castro. Le dijo a Kennedy que una invasión de esas características tendría consecuencias devastadoras para el prestigio de EEUU en Europa y para las relaciones con los soviéticos sobre Berlín, donde éstos responderían probablemente con una agresión.

Sin embargo, era precisamente el conflicto en Berlín lo que había empujado a Kennedy a asegurarse de que no hubiera activos estadounidenses evidentes implicados en la operación cubana; no quería que los soviéticos dispusieran de ningún pretexto para vengarse en Berlín.

Los dos hombres conversaron incómodamente durante un rato más y, finalmente, Acheson se marchó del Jardín de Rosas sin haber hablado sobre nada más que de Cuba. En el momento de partir hacia Europa, Acheson decidió que no tenía por qué preocuparse por el asunto de la invasión cubana, pues «me pareció una idea totalmente descabellada».

Acheson confiaba en que prevalecería la cordura.

RHÖNDORF, ALEMANIA FEDERAL

DOMINGO, 9 DE ABRIL DE 1961

Las preocupaciones del canciller alemán Konrad Adenauer sobre cómo gestionar su relación con Kennedy llegaron a tal punto que éste le pidió a su amigo Dean Acheson que se reuniera con él en Bonn para diseñar una estrategia antes de su visita a EEUU programada para unos días más tarde.

Aquel domingo, una multitud de alemanes habían salido a pasear bajo los frutales, a orillas del Rin, mientras Adenauer, con actitud mucho menos relajada, pasó junto a ellos a toda velocidad. En su Mercedes iba también Acheson, a quien acompañaba del aeropuerto a su casa. El canciller disfrutaba de la velocidad de los coches de ingeniería alemana, que se habían convertido ya en un éxito de exportación, y Acheson se agarró a su asiento mientras el chófer de Adenauer aceleraba para seguir el ritmo del jeep que los precedía.

En la trasera abierta del jeep iba sentado un soldado que guiaba el coche

oficial con la ayuda de dos remos: si el soldado extendía el remo de la derecha, era una señal para el chófer de Adenauer de que iban a adelantar por el arcén; si señalaba hacia la izquierda, significaba que iban a cambiar de carril y conducir por entre los vehículos que circulaban en sentido contrario. Acheson dirigió una sonrisa forzada a Adenauer y observó que «el viejo se lo estaba pasando en grande».

Un pequeño grupo de vecinos de Adenauer se habían reunido para aplaudir a la legendaria pareja de políticos a su llegada a la casa del canciller, en el pueblo de Rhöndorf, a orillas del Rin. [Adenauer, de ochenta y cinco años](#), echó un vistazo a las zigzagueantes escaleras que subían desde la acera por la colina de unos treinta metros hasta la puerta de su casa y, dirigiéndose a su invitado de sesenta y siete años, dijo: «Amigo mío, ya no es tan joven como cuando nos conocimos, por lo que le aconsejo que no suba las escaleras demasiado deprisa».

«Muchas gracias, señor canciller», replicó Acheson con una sonrisa. «Si veo que me fallan las fuerzas, ¿puedo cogerme de su brazo?»

Adenauer se rió. «¿Me toma el pelo?»

«Jamás se me ocurriría hacerlo», respondió Acheson, con otra sonrisa. Aquellas bromas amistosas eran como un elixir contra la desazón de Adenauer.

[Acheson pasó la mayor parte](#) del día intentando calmar a Adenauer, al que encontró aquejado de «una preocupación mortal, preocupadísimo» por Kennedy. La mayor preocupación de Adenauer era que Kennedy decidiera pactar con los rusos a sus espaldas en una serie de cuestiones contrarias a los intereses alemanes y que con ello abandonara a los berlineses. También estaba preocupado por la nueva oleada de hostilidad hacia los alemanes en EEUU tras tantos años de posguerra, una hostilidad exacerbada por las espeluznantes revelaciones del libro de William Shirer *Auge y caída del Tercer Reich*, recientemente publicado, y por el juicio inminente del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann en Israel.

[Pero más allá de todo eso](#), Adenauer estaba angustiado por las informaciones que apuntaban a que la administración Kennedy pretendía modificar su estrategia de disuasión, que en el futuro pasaría por confiar

menos en las armas nucleares e introducir un nuevo concepto bautizado como «respuesta flexible»; este nuevo enfoque pondría mayor énfasis en las armas convencionales en todas las contingencias relacionadas con Berlín. Aunque dicho cambio de estrategia no iba a afectar sustancialmente a la seguridad de la Alemania Federal, la administración Kennedy no había consultado ni informado de sus intenciones ni a Adenauer, ni a ninguna autoridad de la Alemania Federal.

Lo que Adenauer no sabía mientras criticaba la nueva estrategia era que Acheson era uno de sus principales defensores y arquitectos. Adenauer estaba convencido de que Occidente sólo podría contener a Moscú si Jrushchov estaba convencido de que cualquier movimiento soviético en Berlín podía desencadenar una respuesta nuclear devastadora por parte de EEUU. El canciller alemán temía que Moscú viera en aquel cambio de enfoque estadounidense una invitación a poner a prueba la determinación de Washington. Aunque no se lo dijo en esa ocasión, Acheson no coincidía con la interpretación de Adenauer, pues dudaba que cualquier presidente estadounidense decidiera poner en peligro las vidas de millones de sus compatriotas por defender Berlín e imaginaba que Jrushchov era también consciente de ello.

Acheson prefirió centrarse en tranquilizar a Adenauer y convencerlo de que Kennedy estaba tan decidido como sus antecesores a defender la libertad de la Alemania Federal y de Berlín Oeste. Acheson informó a Adenauer con cierto detalle del plan de contingencia militar de la administración Kennedy respecto a Berlín y del escepticismo de Kennedy en cuanto a las intenciones de los rusos.

Adenauer suspiró aliviado. «Me quita un verdadero peso de encima.»

Al mismo tiempo, sin embargo, Acheson tuvo que decepcionar al canciller en lo que era uno de sus sueños. De momento, Kennedy había rechazado el plan esbozado por Eisenhower consistente en destinar una flota de submarinos nucleares estadounidenses Polaris bajo control de la OTAN, lo que habría convertido la Alianza Atlántica en la cuarta potencia nuclear del mundo. De momento, EEUU, Gran Bretaña y Francia iban a conservar el monopolio. A cambio, Kennedy iba a poner cinco o más Polaris a disposición de la OTAN,

aunque bajo las órdenes del mando estadounidense, y con unos condicionantes tan severos y un procedimiento de uso tan complejo que no iba a satisfacer el deseo de Adenauer de disponer de un elemento de disuasión nuclear más accesible.

En resumen, la visión cambiante de Kennedy sobre cómo había que abordar las contingencias militares en Berlín (de la que se hacen eco los informes de la KGB de la época enviados desde París y otros lugares) pasaba por garantizar que el conflicto por Berlín siguiera siendo una cuestión de carácter local, que en ningún caso pudiera desembocar en una guerra mundial. Para ello era necesario no sólo reducir la dependencia estadounidense de las armas nucleares en un hipotético enfrentamiento por Berlín, sino también rechazar los planes que contemplaban proporcionar armas atómicas a la OTAN.

Adenauer cerró el día como de costumbre, invitando a su huésped a su rosaleda a jugar a la petanca. Adenauer se quitó la chaqueta pero no la corbata y se remangó las mangas para lanzar primero la bola pequeña y luego las más grandes; tenía un aspecto encantadoramente formal.

Al ver que Acheson estaba a punto de ganar, el canciller cambió las normas y empezó a hacer carambolas, haciendo rebotar las bolas en las planchas laterales.

Ante las protestas de Acheson, Adenauer replicó con una sonrisa: «Esto es Alemania y en Alemania las normas las pongo yo».

Acheson sonrió, consciente de que su misión había logrado su objetivo. Había logrado que Adenauer se preocupara menos por Kennedy, había preparado el terreno para que el canciller encajara mejor las decepciones que pudiera depararle su visita a Washington y se había asegurado de que la primera reunión entre Adenauer y Kennedy tuviera un tono más prometedor.

Lo que Acheson no podía prever, sin embargo, era que la visita de Adenauer iba a quedar ensombrecida por dos acontecimientos: un histórico lanzamiento espacial soviético y la debacle estadounidense en Cuba.

PENÍNSULA DE PITSUNDA, LA UNIÓN SOVIÉTICA

MARTES, 11 DE ABRIL DE 1961

El día en que Adenauer cogió el avión hacia Washington, Jrushchov se había retirado a su mansión de Sochi, en la península de Pitsunda, en la costa este del mar Negro, donde se dedicó a descansar al tiempo que se mantenía puntualmente informado de los planes soviéticos para lanzar al primer hombre al espacio la mañana siguiente. También había empezado a preparar el XXII Congreso del Partido Comunista de octubre.

Más tarde, Jrushchov explicaría sus frecuentes retiros a Pitsunda alegando que «una gallina debe estar un tiempo tranquila si quiere poner un huevo». Aunque el dicho resulta algo extraño en una lengua que no sea el ruso, Jrushchov describía su significado de forma positiva: «Si quiero planear algo, necesitaré tiempo para hacerlo bien». Pitsunda era el lugar donde Jrushchov recuperaba el aliento cuando la historia se aceleraba y también donde escribía algunas de sus páginas. Había sido allí, caminando por entre los pinos y las casetas de la playa, donde había redactado su discurso de 1956 con el que había roto con el estalinismo. Le gustaba presentarles a las visitas sus árboles centenarios, a muchos de los cuales había puesto nombres de persona, y exhibir su pequeño gimnasio privado, con una piscina rodeada de cristal.

En un gesto revelador de la importancia que Jrushchov otorgaba a sus relaciones con Kennedy, a pesar de la apretada agenda de aquella mañana, el líder soviético había accedido a recibir a Walter Lippmann, el legendario columnista estadounidense de setenta y un años, y a su esposa, Helen. Las simpatías de Jrushchov hacia Lippmann no obedecían tan sólo a la influencia que éste pudiera ejercer en su país y a su acceso a Kennedy, sino también al hecho de que sus columnas habían sido siempre cordiales con los soviéticos.

Sin embargo, y ante la inminencia del lanzamiento del cohete espacial, Jrushchov mandó una nota a Lippmann a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Washington (que le fue entregada en la cabina de primera clase del avión que debía llevarlo a Roma) en la que le decía que debían posponer su reunión. «Imposible», respondió audazmente Lippmann, garabateando su respuesta para el embajador soviético Menshikov.

Cuando los Lippmann aterrizaron, Jrushchov había decidido que los recibiría, pero que no diría ni una palabra sobre el lanzamiento espacial

potencialmente histórico del cosmonauta Yuri Gagarin, previsto para la mañana siguiente.

[Jrushchov había adelantado el lanzamiento](#), previsto para el primero de mayo, después de que el 23 de marzo, y a causa de un accidente mientras se entrenaba, el tripulante original del cohete espacial el teniente Valentin Bondarenko, hubiera perdido la vida. Sin duda, los atajos que los soviéticos habían tomado para poder poner a un hombre en órbita antes que los estadounidenses habían contribuido a la muerte de Bondarenko, que se produjo cuando su cámara de oxígeno de entrenamiento se vio engullida por las llamas. Los soviéticos no revelaron los detalles del accidente y ni siquiera anunciaron la muerte del cosmonauta, sino que se limitaron a eliminar a Bondarenko de todas las fotografías del equipo espacial soviético.

Pero Jrushchov no se inmutó. Al contrario, su determinación se reforzó aún más y decidió adelantar el lanzamiento para el 12 de abril. El objetivo de Moscú era avanzarse a la misión Proyecto Mercury, con la que EEUU pretendía lanzar al cosmonauta Alan Shepard al espacio el 5 de mayo. Si el lanzamiento tenía éxito, Jrushchov no sólo haría historia sino que lograría un impulso político que necesitaba como el aire que respiraba. Si la misión de Gagarin fracasaba, Jrushchov enterraría todas las pruebas del lanzamiento.

Ajenos al dramatismo de fondo, Lippmann y su esposa llegaron al santuario de Jrushchov a las 11.30 de la mañana y pasaron ocho horas junto al líder soviético, paseando, nadando, bebiendo y comiendo, antes de acostarse.

[A Lippmann le gustaba alardear](#) de que tenía acceso a los presidentes estadounidenses y a otros líderes mundiales, y en ese sentido nada superaba una reunión con el líder del mundo comunista en su guarida del mar Negro. Antes de convertirse en columnista, Lippmann había sido asesor del presidente Woodrow Wilson y había acudido como delegado a la Conferencia de Paz de París de 1919, en la que se firmó el Tratado de Versalles. Lippmann había acuñado la expresión «guerra fría» y era una de las principales voces que, desde dentro de Estados Unidos, abogaban porque Washington aceptara el nuevo ámbito de influencia soviético en Europa. El interés de Moscú por Lippmann era tan grande que la KGB había creado una red de espionaje alrededor de su secretaria, Mary Price, para recabar información sobre sus

fuentes y sus temas de interés, una infiltración que Lippmann aún no había descubierto.

Lippmann, un hombre alto y de constitución fuerte, le sacaba una cabeza al achaparrado Jrushchov, mientras los dos hombres paseaban por el recinto. Sin embargo, en una animada partida de bádminton que tuvo lugar por la tarde, el ultracompetitivo Jrushchov formó pareja con la corpulenta guardaespaldas de los Lippmann durante el viaje, una funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores y, juntos, pegaron una paliza a los atléticos Lippmann, que quedaron sorprendidos por su agilidad. En varias ocasiones, Jrushchov golpeó la pluma maliciosamente apenas unos centímetros por encima de la red, apuntando a menudo a la cabeza de sus contrincantes.

Durante la hora del almuerzo, el número dos de Jrushchov, Anastas Mikoyan, se unió al grupo y durante tres horas y media conversaron básicamente sobre Berlín, hasta el punto de que Lippmann (como en su momento hiciera el embajador Thompson) llegó a la conclusión de que para el líder soviético no había nada tan importante como el futuro de Berlín.

La Casa Blanca, el Departamento de Estado y varios altos cargos de la CIA se habían reunido con Lippmann antes de su marcha y le habían encargado que lanzara un globo sonda. Lippmann le preguntó a Jrushchov por qué consideraba que el asunto de Berlín era tan urgente. ¿Por qué no negociar una moratoria de entre cinco y diez años para que EEUU y la Unión Soviética pudieran abordar el resto de problemas que planteaba su relación y crear así una atmósfera que propiciara un acuerdo por Berlín?

Jrushchov descartó enfáticamente otra demora y Lippmann le preguntó por sus motivos.

Jrushchov dijo que había que encontrar una solución para Alemania antes de que «los generales de Hitler, con sus doce divisiones en la OTAN, recibieran armas atómicas de Francia y Estados Unidos». Antes de que eso sucediera, Jrushchov quería un tratado de paz que fijara para siempre las actuales fronteras de Polonia y Checoslovaquia y garantizara la existencia permanente de la Alemania del Este. De otro modo, insistió Jrushchov, la Alemania Federal arrastraría a la OTAN a una guerra con el objetivo de lograr la unificación alemana y la restauración de sus fronteras orientales previas a la

guerra.

Lippmann fue tomando nota mentalmente, mientras su mujer transcribía la conversación palabra por palabra. Ambos intentaron mantenerse sobrios, vertiendo las considerables cantidades de vodka y de vino armenio que Mikoyan les iba sirviendo en un cuenco que el líder soviético los había ofrecido en un acto de clemencia.

Una y otra vez, y con la intención de hacer llegar sus palabras a Kennedy, Jrushchov aseguró a los Lippmann que estaba decidido a «llevar la cuestión alemana a un punto crítico» ese mismo año. Más tarde, Lippmann informaría a sus lectores de que el líder soviético estaba «totalmente resuelto, y a lo mejor inevitablemente comprometido, a provocar un enfrentamiento» por Berlín para evitar la sangría de refugiados y salvar el estado comunista de la Alemania del Este.

[Jrushchov presentó ante Lippmann sus ideas](#) sobre Berlín divididas en tres partes y dando muchos más detalles de los que jamás hubiera revelado en público. El reportaje en tres partes de Lippmann sobre sus conversaciones con el líder soviético le valdría el premio Pulitzer y se publicaría en 450 periódicos.

En primer lugar, le dijo Jrushchov al columnista, quería que Occidente aceptara «el hecho de que existen dos Alemanias» y que éstas no iban a reunificarse jamás. Por ese motivo, Estados Unidos y la Unión Soviética debían codificar mediante tratados de paz la existencia de los tres elementos alemanes: la Alemania del Este, la Alemania Federal y Berlín Oeste. Eso aseguraría el estatus internacional de Berlín Oeste como «ciudad libre». A continuación, dijo, contingentes simbólicos de tropas francesas, británicas, estadounidenses y rusas, y también tropas neutrales asignadas por las Naciones Unidas, podrían garantizar el acceso a la ciudad y su libertad efectiva. Las cuatro potencias ocupantes firmarían un acuerdo con las dos Alemanias a dicho efecto.

Sin embargo, y como dudaba que Kennedy aceptara su propuesta, Jrushchov esbozó para Lippmann lo que denominó su «posición de repliegue». El líder soviético estaba dispuesto a aceptar un acuerdo temporal que concediera a los dos estados alemanes dos o tres años para negociar una

confederación u otra forma de unificación. Si las dos partes alcanzaban un acuerdo durante dicho período de tiempo, éste se formalizaría mediante un tratado. Si no lo lograban, todos los derechos de ocupación vencerían y las tropas extranjeras se retirarían.

Si EEUU se negaba a negociar sus dos primeras opciones, le dijo Jrushchov a Lippmann, su «tercera postura» consistiría en firmar un tratado de paz unilateral con la Alemania del Este y concederle a Ulbricht todo el control sobre las rutas de acceso a Berlín Oeste. Si los aliados se oponían a ese nuevo papel por parte de la Alemania del Este, Jrushchov aseguró que el Ejército Soviético impondría un bloqueo total sobre la ciudad.

[Para mitigar el efecto](#) de sus amenazas, Jrushchov le dijo a Lippmann que no precipitaría una crisis sin antes tener ocasión de reunirse con Kennedy cara a cara para discutir el asunto. En otras palabras, el líder soviético acababa de abrir las negociaciones con el presidente estadounidense a través de un columnista.

Asumiendo un papel de negociador estadounidense que nadie le había otorgado, Lippmann le sugirió a Jrushchov una moratoria de cinco años en las conversaciones sobre Berlín, durante los que la situación actual se mantendría congelada, pues sabía desde su anterior viaje que aquella era la opción preferida por Kennedy.

Pero Jrushchov descartó la idea con gesto desdeñoso; habían pasado treinta meses desde que diera su ultimátum sobre Berlín y no iba a aceptar una demora de ese calibre, como tampoco permitiría que el problema de Berlín quedara sin resolver antes de su Congreso del Partido en octubre. Su fecha límite para alcanzar una solución para Berlín, dijo, era el otoño o el invierno de 1961.

Jrushchov le dijo a Lippmann que, de todos modos, tampoco creía que fuera Kennedy quien tomaba las decisiones y resumió los poderes que operaban a la sombra de Kennedy en una sola palabra: Rockefeller. Jrushchov estaba convencido de que el gran capital estaba manipulando a Kennedy. Sin embargo, y a pesar de «su naturaleza imperialista», Jrushchov tenía la sensación de que era posible convencer a dichos capitalistas con sentido común. Si se veían obligados a elegir entre un acuerdo mutuamente perjudicial

y una acción soviética unilateral o una guerra, Jrushchov estaba convencido de que los Rockefeller firmarían un acuerdo.

Jrushchov aseguró que estaba dispuesto a poner en evidencia el farol nuclear estadounidense. «En mi opinión», dijo, «no existe ningún jefe de estado occidental tan estúpido como para desencadenar una guerra que conllevaría la muerte de cientos de millones de personas tan sólo porque decidamos firmar un acuerdo de paz con la RDA que estipule un estatus especial de “ciudad libre” para Berlín Oeste y sus dos millones y medio de habitantes. Aún no ha nacido un idiota capaz de algo así.»

Por la noche, fueron los Lippmann y no Jrushchov quienes flaquearon y se retiraron a la cama. Jrushchov se despidió de ellos entre abrazos y la pareja regresó a su habitación de hotel en la ciudad próxima de Garga. Lippmann no detectó en Jrushchov ni un atisbo del cansancio que el embajador Thompson había observado un mes antes. Pero es que nada podía animar tanto al líder soviético como las noticias que esperaba oír a la mañana siguiente.

PENÍNSULA DE PITSUNDA, LA UNIÓN SOVIÉTICA

MIÉRCOLES, 12 DE ABRIL DE 1961

Jrushchov hizo una sola pregunta cuando Sergéi Korolyov, el legendario diseñador de cohetes espaciales y jefe del programa espacial soviético, lo llamó para comunicarle las buenas noticias: «Dime sólo si está vivo».

Sí, respondió Korolyov, y no sólo eso: Yuri Gagarin había regresado a la Tierra sano y salvo después de convertirse en el primer ser humano en el espacio exterior y el primer humano que orbitaba la Tierra. Los soviéticos habían bautizado la misión con el nombre de *Vostok* (Este), para poner aún más énfasis en su ascenso. Y el proyecto había logrado sus objetivos. Para satisfacción de Jrushchov, durante el vuelo, de 108 minutos, Gagarin había silbado una canción patriótica compuesta por Dmitri Shostakóvich en 1951: «La patria escucha, la patria sabe, mientras su hijo atraviesa el cielo». A pesar de las protestas de los líderes militares, el eufórico líder soviético ascendió inmediatamente a Gagarin dos grados y lo convirtió en comandante.

[Jrushchov estalló de orgullo](#) y satisfacción. Como ya sucediera con la misión del *Sputnik* en 1957, había vuelto a derrotar a los americanos en la carrera espacial. Al mismo tiempo, había exhibido ante el mundo una tecnología de misiles con una inequívoca significación militar, teniendo en cuenta el avance de las capacidades nucleares soviéticas. Pero, sobre todo, la misión *Vostok* iba a convertirse en el cohete secundario que tanto necesitaba para la conferencia del partido de octubre, y que le permitiría neutralizar a sus enemigos.

El titular del periódico oficial *Izvestia*, que dedicó su edición íntegramente al lanzamiento espacial, decía: «UNA GRAN VICTORIA, NUESTRO PAÍS, NUESTRA CIENCIA, NUESTRA TÉCNICA, NUESTROS HOMBRES».

Un exultante Jrushchov le dijo a su hijo Sergéi que iba a organizar un gran acto para que la población soviética pudiera festejar a un verdadero héroe. Sergéi intentó disuadir a su padre de regresar de inmediato a Moscú, sobre todo teniendo en cuenta el efecto que aquel año tan estresante había tenido sobre su salud, pero Jrushchov no dio su brazo a torcer. La KGB se mostró alarmada ante la idea de reunir a una multitud que no podía controlar por completo, pero Jrushchov tampoco quiso saber nada de sus advertencias.

[El líder soviético organizó](#) el mayor desfile y la mayor celebración nacional desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el 9 de mayo de 1945. De hecho, la sensación de triunfo que experimentó fue tan intensa que subió espontáneamente a la limusina que trasladaba a Gagarin y su esposa por el Lensinsky Prospect y hacia la Plaza Roja. Mientras avanzaban por las soleadas calles, los dos hombres saludaron a las jubilosas multitudes, que se encaramaban a los árboles y se asomaban a todas las ventanas para gozar de la mejor perspectiva posible. Los balcones que daban a las calles estaban tan llenos de gente que Jrushchov temía que fueran a caerse.

[Desde lo alto del Mausoleo de Lenin](#), y utilizando el apodo de su cosmonauta, Jrushchov declaró: «Que todos aquellos que afilaban sus garras contra nosotros sepan... que Yurka ha estado en el espacio y que lo ha visto y lo sabe todo». También aprovechó la ocasión para burlarse de quienes menospreciaban la Unión Soviética y pensaban que los rusos iban «descalzos y desnudos». Para Jrushchov, el vuelo de Gagarin era tanto una confirmación

de su propio liderazgo como un mensaje al mundo sobre la capacidad tecnológica de su país. El niño campesino que en su día había sido analfabeto y había andado sin zapatos acababa de superar a Kennedy y a su avanzado país.

Más de tres semanas más tarde, el Proyecto Mercury convertiría a Alan Shepard en el segundo ser humano y el primer estadounidense en el espacio, pero la historia recordaría para siempre que Jrushchov y Yurka habían sido los primeros.

WASHINGTON, D.C.

MIÉRCOLES, 12 DE ABRIL DE 1961

Adenauer no podría haber elegido peor momento para visitar a Kennedy.

El canciller de la Alemania Federal aterrizó en Washington unas pocas horas después de que Yuri Gagarin se lanzara en paracaídas, sano y salvo, sobre Kazajistán. Además, Adenauer se sentó en el Despacho Oval ante un presidente que se moría de ganas de despedirse de él y concentrarse en la invasión de Cuba.

Por si no bastaba con eso, Adenauer había llegado a Washington aproximadamente un mes después de la visita de Willy Brandt, el alcalde de Berlín, acompañado por el líder del Partido Socialdemócrata en el parlamento, Egon Bahr. En una decisión sin apenas precedentes, el nuevo presidente electo de EEUU había programado una reunión con los adversarios políticos de un país aliado antes de reunirse con el líder de dicho país. A tal punto llegaba la tensa relación entre Kennedy y Adenauer.

[Kennedy le había dicho a Brandt](#) que «de todos los legados de la Segunda Guerra Mundial heredados por Occidente, Berlín es el más complejo». Sin embargo, el presidente había confesado que no se le ocurría ninguna solución para el problema. Brandt tampoco podía ofrecerle ninguna. «Tendremos que aprender a vivir con esta situación», concluyó Kennedy.

[Brandt pasó a formar parte del grupo](#) de personas que le dijeron a Kennedy que era muy probable que Jrushchov intentara modificar el estatus de Berlín

antes del Congreso del Partido en octubre. Brandt aseguró que, para poner a prueba la determinación occidental, los alemanes del Este y los soviéticos estaban incrementando su acoso al movimiento de civiles y militares entre las dos partes de la ciudad. Brandt explicó que, en previsión de un eventual nuevo bloqueo de Berlín Oeste por parte de los soviéticos, la ciudad había acumulado reservas de combustible y comida para sobrevivir seis meses. Así, Kennedy dispondría del tiempo necesario para negociar una salida a cualquier conflicto.

Brandt aprovechó sus cuarenta minutos en el Despacho Oval para intentar infundir en Kennedy una mayor pasión por la causa de la libertad de Berlín. Así, afirmó que Berlín Oeste era una ventana al mundo libre que mantenía vivas las esperanzas de la Alemania del Este sobre una eventual liberación. «Sin Berlín Oeste, esa esperanza moriría», dijo, y añadió que la presencia americana era la «garantía esencial» para la existencia de la ciudad. **Brandt se mostró aliviado** al oír a Kennedy rechazar por primera vez la propuesta soviética de conceder a Berlín el estatus de «ciudad libre» bajo la protección de la ONU, solución que se rumoreaba que contaba con el apoyo del presidente estadounidense. Por su parte, Brandt le aseguró a Kennedy que los flirteos iniciales de sus socialdemócratas con los soviéticos acerca de una hipotética neutralidad eran cosa del pasado.

Un mes más tarde, las conversaciones entre Kennedy y Adenauer revelaron una sintonía mucho menor. Kennedy le planteó a Adenauer muchas de las preguntas que ya le había formulado a Brandt, con un resultado mucho menos satisfactorio. Ante la pregunta de qué creía que iban a hacer los soviéticos en 1961, Adenauer le dijo a Kennedy que «puede pasar cualquier cosa», dejando claro que no era ningún profeta. Adenauer dijo que cuando Jrushchov dio su ultimátum de seis meses, en noviembre de 1958, nadie habría previsto que tendría tanta paciencia y, sin embargo, aún era hora de que cumpliera sus amenazas.

Kennedy quiso saber cuál debía ser, en opinión de Adenauer, la reacción estadounidense si la Unión Soviética firmaba un tratado de paz unilateral con la Alemania del Este, asumiendo que Jrushchov lo hiciera sin interferir con ello en el libre acceso a Berlín.

Adenauer le soltó al joven presidente un discurso sobre lo complicada que era la cuestión legal en Alemania. ¿Era consciente el presidente, le preguntó, de que las cuatro potencias aún no habían firmado un tratado de paz con Alemania en su conjunto? ¿Era consciente el presidente, añadió, del «hecho poco conocido» de que la Unión Soviética mantenía aún misiones militares en partes de la Alemania Federal? Los tres aliados le habían pedido a Adenauer que no llamara la atención sobre aquel hecho, dijo el canciller, ya que también ellos mantenían avanzadillas similares en la Alemania del Este, lo que les permitía desarrollar tareas de espionaje.

Como su jefe no había respondido la pregunta directa de Kennedy, el ministro de Asuntos Exteriores Brentano ofreció una valoración de las alternativas soviéticas. La primera posibilidad era que llevaran a cabo otro bloqueo de Berlín, algo que le parecía improbable. La segunda era que el gobierno soviético transfiriera el control sobre Berlín a los líderes de la Alemania del Este y que eso diera lugar a todo tipo de tácticas de acoso para dificultar el acceso a la ciudad, un resultado que Brentano consideraba mucho más probable. Por ello, Brentano sugirió implementar un plan de contingencia por si se producía dicha situación.

Llegado el caso, Adenauer aseguró que la Alemania Federal se mantendría fiel a sus compromisos militares dentro de la OTAN e intervendría para defender las potencias occidentales de cualquier ataque soviético. «La caída de Berlín equivaldría a una sentencia de muerte tanto para Europa como para el resto del mundo occidental», afirmó Brentano.

A continuación se produjo una compleja discusión sobre qué partes tenían qué derechos legales bajo qué contingencias en caso de una crisis en Berlín. ¿Qué derechos otorgaba la legislación internacional a la Alemania Federal sobre Berlín? ¿Qué derechos deseaba ejercer? ¿Qué derechos tenían las cuatro potencias para abastecer y defender a los berlineses? ¿En qué se basaban las garantías de la OTAN hacia Berlín? ¿Cuándo se podían ejecutar dichas garantías y quién podía hacerlo? ¿A partir de qué acontecimiento estaba Occidente dispuesto a dar una respuesta nuclear?

Había que trabajar sobre aquellas preguntas, dijo Adenauer.

Kennedy movía las manos con impaciencia mientras esperaba la

traducción.

Para Adenauer, la solución a la Crisis de Berlín pasaba por reforzar la división de la ciudad entre Este y Oeste para que ésta se correspondiera a la división entre las dos Alemanias. En su mente, la integración de la Alemania Federal en Occidente era un requisito para una eventual unificación, ya que ello permitiría negociar desde una posición de fuerza. El canciller le dijo a Kennedy que la Alemania Federal no tenía ningún interés en entablar conversaciones bilaterales con los soviéticos. «En el gran ajedrez del mundo», dijo, la Alemania Federal era «una figura muy pequeña al fin y al cabo». Sin embargo, su país necesitaba el compromiso completo de EEUU para que su decisión de no establecer conversaciones directas con Moscú sobre Berlín diera resultado.

[Kennedy dijo que le preocupaban](#) los 350 millones de dólares que le costaba cada año a EEUU mantener sus tropas en Alemania, una situación a la que no ayudaba nada la apreciación del marco alemán. El presidente estadounidense aseguró que aquél era «uno de los factores más relevantes en nuestra balanza de pagos». Kennedy quería que el canciller lo ayudara a reducir los costes de la presencia de su ejército en Alemania y que incrementara el abastecimiento de bienes militares y de otro tipo a Estados Unidos. El presidente no buscaba en Adenauer un alivio presupuestario, tal como se había rumoreado el diciembre anterior tras la visita del secretario del tesoro de Eisenhower, Robert Anderson, a Alemania. Sin embargo, sí quería que la rica Alemania Federal ofreciera más ayuda a los países en desarrollo para, en parte, reducir la carga económica global de EEUU. Adenauer accedió a adoptar ésa y otras medidas económicas que aliviarían las cuentas estadounidenses.

El debate sobre el impacto presupuestario de las garantía de seguridad que EEUU había dado a la Alemania Federal marcó un antes y un después en las relaciones entre ambos países. El compromiso personal de Kennedy con Alemania era menor que el de sus antecesores y, más allá de eso, creía que una Alemania más próspera debía ser capaz de compensar los costes estadounidenses en ese ámbito.

[Las reuniones entre Kennedy y Adenauer](#) se cerraron con un comunicado

flojo, que se refería vagamente a los puntos de coincidencia y obviaba por completo las numerosas desavenencias entre las dos partes. [El corresponsal de la revista alemana *Der Spiegel*](#) escribió que Adenauer se había mostrado amargamente decepcionado por una visita en la que no se había abordado ninguna de las preocupaciones principales de Bonn. El artículo decía que las tres largas reuniones entre Adenauer y Kennedy celebradas en el transcurso de dos días «han consumido físicamente al canciller de la Alemania Federal, al tiempo que han aniquilado todos sus planes políticos». Al finalizar las conversaciones, explicaba el artículo, Adenauer había bajado las escaleras de la Casa Blanca «visiblemente agotado, con su bronceado rostro lívido y los hombros hundidos».

Der Spiegel aseguraba que la administración Kennedy no había accedido a la petición de Adenauer de, una vez finalizados los encuentros en la Casa Blanca, poder pasar el fin de semana con su amigo, el presidente Eisenhower, en Pennsylvania. La revista añadía que los Kennedy habían «desterrado» a Adenauer a Texas, a la «remota granja del vicepresidente Johnson».

A pesar del éxito económico de su país, Adenauer veía como la moneda de su liderazgo se devaluaba irremisiblemente ante Washington. Los aliados dentro de EEUU, junto a quienes había ejecutado el Plan Marshall, había reconstruido su país, se había incorporado a la OTAN y había plantado cara a los soviéticos, habían perdido ya casi todo su poder. Su socio conspirador más próximo, John Foster Dulles, había muerto dos años antes. Algunos periodistas alemanes se tragaron la versión de la Casa Blanca según la cual Adenauer y Kennedy habían forjado un vínculo personal más profundo, algo de lo que no existían pruebas.

[Al final de la visita, Kennedy](#) salió al jardín de la Casa Blanca para, bajo el frío húmedo de abril en Washington, alabar a un Adenauer al que había ofrecido tan poco. «La historia será sumamente generosa con él», dijo Kennedy. «Sus logros a la hora de unir las naciones de la Europa occidental y estrechar los vínculos entre Estados Unidos y la República Federal Alemana han sido extraordinarios.»

Adenauer le devolvió el favor a Kennedy, refiriéndose a aquel hombre de quien tanto dudaba como un «gran líder» que cargaba con «una gran

responsabilidad sobre el destino del mundo libre».

[Pocos prestaron atención a la respuesta](#) de Adenauer cuando, en el National Press Club, un periodista le preguntó por los rumores sobre la construcción de un muro de hormigón a lo largo del telón de acero. «En la era nuclear», respondió Adenauer tras una breve pausa, «las paredes de hormigón tienen poca importancia.»

STONEWALL, TEXAS

DOMINGO, 16 DE ABRIL DE 1961

Un mediodía de domingo soleado, Adenauer salió en avión de Washington acompañado por su hija Libet y el ministro de Asuntos Exteriores Brentano rumbo a Austin, Texas. Allí cogerían un helicóptero que los llevaría hasta Stonewall, población de quinientos habitantes situada a cien kilómetros, en la que había nacido y tenía un rancho el vicepresidente Johnson. Adenauer abandonaba el mundo de los problemas reales y se adentraba en otro que ejercía una atracción casi mítica para los alemanes: el de la América de los espacios abiertos y el viejo Oeste, popularizado en Alemania por los best sellers del escritor alemán Karl May (que por cierto, nunca visitó Estados Unidos).

[Los primeros asentamientos de la Texas](#) central de Johnson, con sus ranchos y sus montes boscosos, habían sido fundados por pioneros alemanes un siglo antes y sus descendientes recibieron calurosamente al *Bundeskanzler* con pancartas de WILLKOMMEN ADENAUER y HOWDY PODNUR. El padre Wunibald Schneider ofició una misa especial en alemán en honor de Adenauer en la iglesia de San Francisco Javier de Stonewall.

[Durante la visita al pueblo cercano](#) de Fredericksburg, donde aún se hablaba en alemán, Adenauer dijo en su lengua materna que en la vida había «aprendido dos cosas. Primero, que un hombre puede convertirse en tejano, pero un tejano nunca puede dejar de serlo. Y segundo, que en el mundo hay sólo una cosa más grande que Texas: el océano Pacífico». Al público le encantó, y a Johnson, también. [Ante un elenco de periodistas alemanes,](#)

Adenauer decidió utilizar Texas como antídoto contra las decepciones vividas en Washington y para hacer campaña de cara a las elecciones alemanas. Aunque nunca le gustó ser el chico de los recados de Kennedy para las misiones de perfil bajo, Johnson siguió las instrucciones de Kennedy, que le había pedido que «enjaborara» a Adenauer; desde luego, el vicepresidente habría preferido quedarse en Washington y apoyar a quienes abogaban por una línea dura sobre Cuba.

Adenauer estaba saboreando unas salchichas en una barbacoa tejana organizada en dos tiendas plantadas junto al río Pedernales, que cruzaba el rancho de Johnson, al mismo tiempo que la brigada 2.506, apoyada por la CIA, cargada de armas y provisiones, llegaba al punto de reunión, 65 kilómetros al sur de Cuba. Johnson colocó un sombrero de cowboy sobre la cabeza de Adenauer, que lo ladeó; existe una foto memorable del momento, que apareció en todos los periódicos alemanes. Johnson le regaló una silla de montar y unas espuelas, y lo alabó por la valentía con la que Adenauer había cabalgado el caballo de la libertad durante la guerra fría. Adenauer aseguró con entusiasmo que se sentía como en casa en Texas.

[De camino al aeropuerto](#), el lunes 17 de abril, Johnson recibió una llamada de Kennedy; saludó al canciller de parte de Kennedy y le dijo que el presidente consideraba la Alemania Federal una «gran potencia». A continuación, y entre susurros, informó a Adenauer de que se había producido una sublevación en Cuba, desencadenada por una invasión de exiliados, una información que le acababa de proporcionar Kennedy.

Habrá que esperar acontecimientos, le dijo Johnson a Adenauer.

LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

TARDE DEL MARTES, 18 DE ABRIL DE 1961

[Con Adenauer de nuevo en Bonn](#), el presidente Kennedy decidió tomarse un respiro de la Crisis de Cuba en curso, ponerse corbata blanca y frac, y beber champán con los miembros del congreso y sus esposas en la Casa Blanca. Todos se felicitaron por la elegancia y el glamour que los Kennedy habían

aportado a Washington.

La mayoría de invitados de Kennedy no sabían que la mañana anterior 1.400 exiliados cubanos, armados y entrenados por la CIA en Guatemala, habían empezado a desembarcar en Bahía Cochinos, ni tampoco que la operación iba ya directa hacia el desastre.

Dos días antes, ocho cazas B-26 con bandera cubana que habían despegado desde una base secreta de la CIA en Puerto Cabezas, en Nicaragua, habían fracasado en sus ataques preparatorios para el asalto. Habían destruido tan sólo cinco de los treinta y tantos aviones de combate de Castro, con lo que los buques habían quedado en una posición sumamente vulnerable antes incluso de toparse con unos arrecifes de coral con los que no contaban.

Los cazas de Castro hundieron dos cargueros que transportaban municiones, comida y material de comunicación. Muchos de los soldados cubanos enviados por EEUU habían desembarcado en el lugar equivocado y no contaban con provisiones suficientes. La mañana de la elegante ceremonia en la Casa Blanca, el asesor de seguridad nacional, McGeorge Bundy, había comunicado la mala noticia a Kennedy: «Las fuerzas armadas cubanas son más fuertes, la respuesta popular más débil y nuestra posición táctica más precaria de lo previsto».

En cualquier caso, aquella noche la banda de música de la Marina tocó «Mr. Wonderful». Un cantante entonó la letra del éxito de Broadway mientras la pareja perfecta, el presidente y su primera dama, descendían con sus sonrisas perfectas las escalinatas cubiertas con una alfombra roja entre una atronadora ovación.

Jackie bailó con los senadores. El presidente cotilleó con los asistentes, propulsado por unos índices de popularidad que superaban aún el 70 por ciento.

A las 23.45, el presidente abandonó a sus invitados para incorporarse a una reunión que supondría la última oportunidad de evitar el fracaso de la misión en Cuba. Era una escena propia de Hollywood: el presidente y los miembros de su gabinete vestidos con corbatín blanco discutiendo planes de batalla con los miembros del alto mando militar, vestidos con sus mejores galas y con la pechera llena de condecoraciones. Mientras tanto, en Cuba, los

hombres que habían enviado a la batalla morían como moscas. Aunque Kennedy se había negado a emplear soldados o aviones estadounidenses en la operación, en un intento por mantenerse en una posición que le permitiera negarlo todo, lo cierto era que sus huellas eran visibles en toda la operación, que se encaminaba ya hacia el desastre absoluto.

[La mayor parte de los altos cargos militares](#) ocupaban ya su puesto cuando, en enero de 1960, Eisenhower había aprobado el plan para derrocar a Castro. Allen Dulles, director de la CIA desde la presidencia de Eisenhower, de sesenta y ocho años y a quien Kennedy había decidido conservar, supervisaba la operación. Dulles había trazado las directrices del plan de asalto, basado en el golpe de estado que en 1954 había logrado derrocar al gobierno de izquierdas de Guatemala utilizando a 150 exiliados y pilotos estadounidenses al mando de un puñado de cazas de la Segunda Guerra Mundial. Los miembros de la CIA involucrados en la operación de Guatemala habían colaborado también en el nuevo plan cubano.

[La figura más importante de la reunión](#) era Richard Bissell, el tipo de personaje intelectual, hermético y con clase que encajaba con la fascinación de los hermanos Kennedy por el mundo de los espías. El antiguo profesor de economía de Yale, un hombre alto y encorvado, era el director de planificación de la CIA y responsable directo de la operación de Cuba. Sofisticado y crítico consigo mismo, el hombre había hecho reír a Kennedy cuando, en su primer encuentro durante una cena organizada por el nuevo presidente para los miembros de la CIA en el Alibi Club, se había descrito a sí mismo como un «tiburón devorador de hombres».

[Ahora que trabajaban para Kennedy](#), Dulles y Bissell habían dado los toques finales al plan de desembarco anfibio de unos 1.400 soldados exiliados. La idea era que el éxito de las tropas de asalto provocara una rebelión entre los anticastristas, que los servicios de inteligencia estadounidenses estimaban en un 25 por ciento de la población, espoleados por 2.500 miembros de organizaciones de resistencia y sus 20.000 simpatizantes.

[Kennedy nunca había discutido](#) los números de la operación, pero había ordenado una serie de cambios que habían reducido sus opciones de éxito.

Había modificado el lugar del desembarco, originalmente previsto en Trinidad, ciudad cubana situada en el centro de la costa sur, por Bahía Cochinos, con el argumento de que la nueva ubicación permitiría un desembarco nocturno, menos espectacular y con menos probabilidades de hallar oposición. Kennedy había insistido en que no podía haber apoyo aéreo ni de ningún otro tipo que pudiera vincularse directamente a EEUU y había reducido el contingente encargado de llevar a cabo el ataque aéreo inicial de dieciséis a ocho aviones, una vez más, para «minimizar la magnitud de la invasión». Berlín había influido en los cálculos del presidente: Kennedy no quería ofrecerle a Jrushchov ningún pretexto para emprender acciones militares en la ciudad dividida con un apoyo demasiado explícito a la invasión cubana.

Los cambios de última hora que Kennedy había introducido en la operación habían obligado a tomar una serie de decisiones precipitadas que se habían traducido en descuidos. Así, por ejemplo, nadie había considerado la posibilidad de que en Bahía Cochinos pudiera haber un traicionero arrecife de coral; nadie había pensado en buscar nuevas rutas a través de las montañas por las que los insurgentes pudieran huir si las cosas se ponían feas. [Por otro lado, se habían producido](#) numerosas filtraciones. El 10 de enero, el *New York Times* había publicado un titular de tres columnas en la primera página: EEUU ENTRENA A UN CONTINGENTE ANTICASTRISTA EN UNA BASE AÉREA SECRETA EN GUATEMALA. Entonces, unas horas antes de la invasión, Kennedy había tenido que intervenir a través de Arthur Schlesinger para evitar que la revista *New Republic* publicara un extenso y detallado artículo sobre los planes de la invasión cubana.

«Castro no necesita agentes secretos en Estados Unidos», se había quejado Kennedy. «Lo único que tiene que hacer es leer los periódicos.»

[La invasión del 17 de abril](#) generó un afilado intercambio de cartas entre Kennedy y Jrushchov. El líder soviético, que aún no sabía lo mal que iba la operación, lanzó una advertencia el 18 de abril a las 14.00 horas de Moscú recurriendo al lenguaje más amenazante que hubiera empleado con Kennedy. Estableciendo un vínculo entre Cuba y Berlín, aseguró que «la actual situación armamentística y política mundial hace que cualquier “pequeña guerra” pueda

desencadenar una reacción en cadena en cualquier parte del planeta».

Jrushchov añadió que no se tragaba los desmentidos de Kennedy y que todo el mundo sabía que EEUU había estado entrenando a las fuerzas invasoras, a las que habían proporcionado aviones y bombas. Tras advertir a Kennedy de la posibilidad de una «catástrofe militar», Jrushchov declaró: «Que nadie tenga dudas de nuestra posición: proporcionaremos al pueblo y el gobierno cubano toda la ayuda necesaria para repeler cualquier ataque contra Cuba».

Kennedy respondió a Jrushchov a las 18.00 horas de Washington del mismo día: «Ha habido un grave malentendido», protestó. A continuación detalló todas las razones por las que los cubanos consideraban que la pérdida de sus libertades democráticas era algo «intolerable» y cómo eso había fomentado la resistencia a Castro entre los más de 100.000 refugiados. Dicho eso, se enrocó en la ficción de la no-intervención estadounidense y advirtió a Jrushchov que se mantuviera al margen. «Estados Unidos no tiene intención de intervenir militarmente en Cuba», dijo, pero si los soviéticos respondían, EEUU cumpliría con su obligación de «proteger el hemisferio occidental de agresiones externas».

Con ese intercambio muy presente, Kennedy se resistió a todos los llamamientos que pedían una intervención estadounidense. Así, por ejemplo, rechazó los argumentos de Bissell, que lo exhortaban a ofrecer urgentemente cobertura aérea estadounidense limitada a los exiliados, la única forma que tenían, aseguró Bissell, de conseguir aún la victoria. Bissell dijo que necesitaba tan sólo dos reactores del trasbordador *USS Essex* para poder derribar los efectivos aéreos del enemigo y defender la débil posición de la insurgencia.

«No», respondió el presidente.

Sólo seis días antes, Kennedy había respondido con irritación cuando sus asesores habían expresado sus dudas acerca de la misión. «Ya sé que todo el mundo se está agarrando las pelotas», dijo. Ahora se mostró igualmente molesto cuando las mismas personas que lo habían metido en el atolladero le aseguraron que la victoria sólo llegaría si ordenaba una escalada de las acciones militares que mostraría aún más claramente que EEUU estaba detrás

de la operación.

«En cuanto destine a un solo miembro de la Marina, estaremos hasta el cuello», le dijo a Bissell. «No puedo meter a EEUU en una guerra y perderla», aseguró Kennedy, que declaró que no quería otra «Hungría americana», una situación en la que pareciera que EEUU había instigado una revuelta que luego no había hecho nada por defender. «Porque eso es lo que podría terminar siendo, una carnicería. ¿Ha quedado claro, caballeros?»

Ya que el presidente no quería utilizar aviones de guerra, dijo el jefe de operaciones navales, el almirante Arleigh Burke, héroe de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea, podía emplear un destructor estadounidense para ayudar a la brigada cubana. Conocido por el apodo de «Burke 31 nudos» por su tendencia como almirante a pilotar sus destructores a toda velocidad, Burke quería que Kennedy pisara el acelerador. Por eso le aseguró a Kennedy que aún podía cambiar el rumbo de la batalla si mandaba un destructor que «les pegara una paliza a los tanques de Castro», algo que insistió que sería una tarea relativamente sencilla.

«Burke», replicó Kennedy, echando chispas, «no quiero que Estados Unidos se meta en esto.»

«Maldita sea, señor presidente, ya estamos metidos», respondió Burke, hablando como un general a un joven capitán de fragata; había visto ya en demasiadas ocasiones cómo la indecisión política podía costar vidas y hacer cambiar las tornas en el campo de batalla.

Kennedy cerró las tres horas de reunión a las 2.45 de la madrugada tras alcanzar un débil compromiso; aprobó el envío de seis reactores sin bandera que debían proteger la flota de B-26 del cuerpo de exiliados mientras ésta lanzaba suministros y munición. Sin embargo, los bombarderos llegaron una hora antes que sus escoltas estadounidenses y los cubanos derribaron dos de los aviones.

Cuando todo hubo terminado, Castro había matado a 114 de los soldados entrenados por la CIA y había hecho 1.189 prisioneros. El líder cubano logró que sus enemigos se rindieran tras apenas tres días de combates.

Acheson comprendió enseguida el impacto negativo que el fiasco de Kennedy en Cuba iba a tener tanto en la forma de actuar de Jrushchov como en la confianza de los aliados. La operación le pareció de una «irresponsabilidad y una falta de previsión absolutas».

Dirigiéndose a los diplomáticos del Instituto de Servicios Exteriores, afirmó: «Los europeos tuvieron la sensación de estar viendo a un joven y talentoso amateur practicando con un búmeran y de pronto descubrir, horrorizados, que éste se había dejado a sí mismo fuera de combate». Añadió que a los europeos «los llenó de estupor que una persona con tan poca experiencia pudiera jugar con un arma tan letal».

Tras su regreso de Europa, Acheson escribió a su antiguo jefe, Truman, y le habló de su reunión con Kennedy en el Jardín de Rosas, aunque sin mencionar el nombre del presidente. «No logro comprender por qué nos hemos prestado a esta estúpida aventura en Cuba», aseguró. «Antes de marcharme me hablaron de la operación, pero yo respondí a mi informador que usted y yo habíamos desestimado sugerencias similares para Irán y Guatemala y por qué. Creía que lo de Cuba había quedado descartado, pues ésa era la única opción sensata.»

También le dijo a Truman que la debacle de Cuba tendría un profundo impacto en la opinión que los europeos tenían de Kennedy. «El mando de este gobierno parece sorprendentemente débil», escribió refiriéndose a Kennedy. «Por lo que yo sé, fue sólo la inercia del plan de Eisenhower lo que llevó a la ejecución final de la operación; la administración actual se limitó a eliminar una serie de elementos esenciales para su éxito. La inteligencia no puede reemplazar nunca la sensatez. Por lo menos en el extranjero, Kennedy ha perdido gran parte de la admiración casi fanática que se había granjeado gracias a su juventud y su atractivo.» Finalmente, Acheson le dijo a Truman que Washington era «una ciudad deprimida» y que «la moral del Departamento de Estado estaba por los suelos».

Kennedy se enteró de algunos comentarios vertidos por Acheson ante un grupo de diplomáticos en formación y solicitó una transcripción completa de la reunión. A partir de aquel momento, Acheson percibió un «efecto negativo» en la confianza de Kennedy hacia su persona y un empeoramiento drástico de

la relación personal entre ambos.

Las enfáticas críticas de Acheson habían dado demasiado cerca del blanco.

MOSCÚ

MARTES, 20 DE ABRIL DE 1961

Jrushchov no podía creer que hubiera tenido tanta suerte.

Sabía de antemano que Kennedy tenía intención de actuar en Cuba y así se lo había dicho al columnista Lippmann en Pitsunda, pero ni en sus mejores sueños habría podido imaginar tal grado de incompetencia. En su primera prueba internacional de calado, el presidente estadounidense había superado incluso las peores expectativas de Jrushchov. Kennedy había dejado patente su debilidad en situaciones difíciles: no había tenido el coraje para cancelar el plan de Eisenhower ni tampoco el carácter necesario para hacérselo suyo y sacarlo adelante, y le había faltado determinación para llevar a cabo con éxito una acción de suma importancia para el prestigio de EEUU.

Aunque Kennedy había evitado proporcionarle a Jrushchov un pretexto para tomar represalias en Berlín, su fracaso le había permitido al líder soviético formarse una idea mucho más clara sobre la personalidad del hombre que dirigía el destino de EEUU. **«No entiendo a Kennedy»**, le dijo Jrushchov a su hijo Sergéi. «¿Es posible que sea tan indeciso?» El episodio de Bahía Cochinos le parecía muy mal resuelto, sobre todo en comparación con la sangrienta pero implacable intervención de las tropas soviéticas en Hungría, que habían garantizado que el país siguiera firmemente anclado en el ámbito de influencia comunista.

Dicho eso, a Jrushchov le preocupaba la posibilidad de que el jefe de la CIA, Dulles, a quien el líder soviético culpaba del incidente del U-2 del año anterior, hubiera ejecutado aquella invasión tan sólo para minar los preparativos de la cumbre entre EEUU y la URSS. Jrushchov era también lo bastante egocéntrico como para pensar que Kennedy podía haber ordenado el desembarco en Cuba tan sólo para humillar al líder soviético por su

cumpleaños, el 17 de abril. Sin embargo, en lugar de estropear la celebración, Kennedy le había proporcionado a Jrushchov un regalo imprevisto.

Los informes de la KGB sobre Kennedy que Jrushchov recibió a continuación le parecieron a un tiempo alentadores e inquietantes. Por el lado positivo, la KGB informaba desde Londres (aparentemente basándose en fuentes de la embajada estadounidense) que, justo antes del episodio de Cuba, Kennedy había dicho a algunos de sus colegas que lamentaba haber mantenido a algunos cargos republicanos, como el líder de la CIA, Dulles, y el jefe del Departamento del Tesoro, C. Douglas Dillon. Al mismo tiempo, sin embargo, Jrushchov se preguntaba qué conclusiones permitía sacar el episodio de Cuba sobre la naturaleza de la presidencia de Kennedy. ¿Tenía el presidente el control de la situación, o estaba siendo manipulado por anticomunistas de la línea dura como Dulles? ¿Pertenece Kennedy a la línea dura? Peor aún, ¿era posible que aquel plan fallido revelara que Kennedy era mucho más peligroso de lo que Jrushchov había creído, un adversario incalculable e imprevisible?

En cualquier caso, era indiscutible que la suerte de Jrushchov había cambiado de forma drástica y para mejor en el plazo de una semana; pocas cosas podrían haber provocado un cambio de tendencia más dramático que la combinación de la victoria espacial de Gagarin y el fiasco de Bahía Cochinos. Hacía tan sólo seis semanas, Jrushchov se había reunido con el embajador Thompson en Siberia y le había expresado sus reticencias a aceptar la invitación de Kennedy para celebrar una cumbre.

Sin embargo, ahora que Kennedy había revelado su debilidad, Jrushchov estaba más dispuesto aún a arriesgarse a enfrentarse a él.

Aunque la suerte del líder soviético había cambiado mucho más rápido de lo que él mismo podría haber imaginado, sabía que debía actuar con rapidez. La situación en Berlín seguía siendo la misma de siempre. Una nueva generación se estaba congregando en Berlín, ansiosa por empaparse del ambiente de la única ciudad del mundo en la que los dos principales sistemas políticos del mundo competían abiertamente y sin mediación.

Jrushchov quería asegurarse de que el resultado era el esperado por él.

Jörn Donner descubre la ciudad

Lo que atrajo al joven escritor finlandés Jörn Donner a Berlín fue su convicción de que aquel lugar era más una idea que una ciudad. Por ese motivo, se convenció de que allí podría saciar su sed de aventuras e inspiración mejor que en cualquiera de las demás alternativas viables.

La Rive Gauche de París tenía a Sartre y sus discípulos, la Via Veneto de Roma ofrecía su «dolce vita» y nada podía compararse al Soho londinense en cuanto a la combinación de aprendizaje y libertinaje que buscaba Donner. Sin embargo, sólo Berlín podía ofrecerle una privilegiada ventana al mundo dividido en el que vivía.

Donner consideraba que las diferencias entre los berlineses del Este y del Oeste eran puramente circunstanciales y que eso los convertía en ratones de laboratorio perfectos para el experimento social más importante del mundo. Habían sido los mismos berlineses, moldeados por la misma historia, hasta 1945, cuando la abrupta aplicación de dos sistemas distintos había legado a una mitad los hedonistas vicios de la prosperidad y a la otra la virtud de una vida de limitaciones. Los berlineses siempre habían estado geográficamente atrapados entre Europa y Rusia, pero la guerra fría había convertido aquel mapa en un drama psicológico y geopolítico.

Veinte años más tarde, Donner produciría la película de Ingmar Bergman Fanny y Alexander, que se llevaría cuatro Oscars. Sin embargo, en aquel momento el joven Donner aún se veía a sí mismo como un Christopher Isherwood moderno y, recién licenciado por la Universidad de Estocolmo, quería lanzar su carrera artística escribiendo unas crónicas de Berlín que se convirtieran en historia viva de su época.

En Adiós a Berlín, Isherwood había descrito los enfrentamientos callejeros entre comunistas y nazis durante la década de 1930, que habían desembocado en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto. Donner no consideraba que la historia que él se disponía a contar tuviera menos significación histórica, aunque en esta ocasión los berlineses iban a tener un papel más pasivo ante los juegos de la alta política que los rodeaban.

Los alemanes utilizan despectivamente la expresión «Berliner Schnauze», u «hocico berlinés» para describir el irreverente bullicio de los berlineses, algo que no se había perdido a pesar de la ocupación de posguerra. El escritor Stephen Spender describió el aparente coraje de los berlineses durante la guerra fría del siguiente modo: «Si los berlineses demuestran una peculiar audacia que provoca la admiración y la incredulidad del resto del mundo es porque han llegado ya al otro lado del miedo, donde, abandonados a la merced de un conflicto entre dos grandes potencias, tienen la sensación de que de nada servirá estar asustados y, por lo tanto, no tienen de qué asustarse».

En el húmedo frío del metro de Berlín Oeste, Donner estudió las expresiones antipáticas, indiferentes de los berlineses que constituían el corazón de su drama. Aunque el destino de la humanidad pudiera decidirse en su ciudad, Donner observó que los berlineses mostraban una curiosa apatía, como si hubieran renunciado a absorber una realidad que los superaba.

Buscando una metáfora apropiada para describir la ciudad dividida, Donner se disculparía más tarde ante sus lectores por no haberse podido resistir a «la obsesión casi automática del sonámbulo» de describir la división de Berlín a partir de los contrastes entre sus dos principales avenidas: el Kurfürstendamm de Berlín Oeste y la Stalinallee de Berlín Este.

Al igual que Berlín Oeste, el Ku'damm (como lo llaman los habitantes de la ciudad) había emergido de entre el caos de los años de posguerra cargado de una energía incontrolable, con sus luces de neón, sus pretenciosas tiendas de moda, y los nuevos cafés y bares que competían por atraer a una clientela con la cartera cada vez más llena. Por su parte, y al igual que Berlín Este, la Stalinallee ocultaba la fragilidad subyacente en su

sociedad bajo su grandeza neoclásica de planificación centralizada, que lo prescribía todo, desde qué tamaño debían tener los apartamentos hasta la anchura de los pasillos y la altura de las ventanas. Las directrices de seguridad estatal determinaban con total precisión cuántos informadores había que colocar por cada número determinado de residentes.

Aunque el corazón del Ku'damm tenía tan sólo cuatro kilómetros de longitud, en ese tramo había diecisiete de las joyerías más caras del país, diez concesionarios de coches y los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Las viudas de guerra pedían limosna en las esquinas por las que sabían que pasarían los ciudadanos más distinguidos. Uno de esos lugares era delante del escaparate del concesionario de Volkswagen de Eduard Winter, donde el hombre más rico de Berlín vendía treinta coches al día cuando no se encargaba de dirigir su distribuidora de Coca-Cola.

Isherwood, cuyo libro había inspirado la película Cabaret, había descrito el Ku'damm de preguerra como «una aglomeración de hoteles, bares, tiendas y cines caros... un centelleante núcleo de luz, como un diamante falso, en la precaria penumbra de la ciudad». La atmósfera de la guerra fría se mantenía prácticamente intacta, aunque la reconstrucción de posguerra había introducido las angulosas estructuras de cemento y cristal típicas de la arquitectura de la década de 1950.

La vertiente más sórdida de Ku'damm también había sobrevivido a la guerra. En un bar de mala muerte, Donner vio como un hombre de negocios de Düsseldorf le metía la lengua en la oreja a una rubia hasta que ésta se apartaba con gesto hastiado y los labios del hombre se posaban en la axila de la muchacha. Berlín era el lugar al que acudían los alemanes que deseaban perseguir sus placeres desde el anonimato y sin toques de queda, en bares de travestidos y en otros lugares más convencionales. Lo que pasaba en Berlín no salía de Berlín.

Al otro lado de la ciudad, en el Berlín Este comunista, Donner encontró el alter ego del Ku'damm. En 1949, en el que habría sido el setenta cumpleaños de Stalin, Ulbricht rebautizó la imponente Frankfurter Strasse en honor del dictador, cuyo nombre conservaría hasta noviembre de 1961, aunque Stalin ya estaba muerto y Jrushchov había abjurado de su régimen.¹

Durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, los soldados soviéticos habían colgado a nazis de los árboles que había a ambos lados de la calle, a menudo con un cartel en el que se podía leer: AQUÍ CUELGA TAL Y TAL POR NEGARSE A DEFENDER A SU MUJER Y SUS HIJOS.

Ulbricht había reconstruido la Stalinallee para convertirla en un escaparate en el que exhibir el poder y la capacidad del comunismo, «la primera calle socialista de Alemania», cuyo objetivo era ofrecer «palacios para la clase trabajadora». Así, entre 1952 y 1960 se construyó una larga hilera de bloques de apartamentos de ocho plantas de arquitectura monumental estalinista. Los escombros de la guerra se transformaron en pisos de techos altos con balcones, ascensores, azulejos de cerámica, escalinatas de mármol y un baño en cada apartamento, todo un lujo en aquella época. Para que la ciudad dispusiera de una avenida lo bastante ancha como para acoger desfiles militares, la Stalinallee se convirtió en un paseo arbolado de seis carriles, de noventa metros de ancho y dos kilómetros de largo. La Stalinallee era el escenario del desfile anual del 1 de mayo, pero también fue donde el alzamiento obrero de 1953 adquirió mayor ímpetu.

A poca distancia de la Stalinallee, Donner describió la desesperación privada de los berlineses del Este que habían sobrevivido a la devastación de la Segunda Guerra Mundial para ir a dar una vez más en el lado equivocado de la historia. El Raabe-Diele era uno de los bares más antiguos de Berlín y estaba situado en la Sperlingsgasse, una estrecha callejuela bloqueada aún por una montaña de escombros de la guerra que nadie había despejado. No tenía más que tres mesas, una barra, un par de bancos colocados junto a las paredes y unas pocas sillas, sencillas y astrosas.

La propietaria del local era frau Konarske, que a sus ochenta y dos años llevaba ya 57 detrás de ese mismo mostrador. Aunque la anciana se negaba a hablar de su triste vida, le gustaba chismorrear con Donner sobre la clientela, todos ellos hombres a excepción de una mujer gritona de cuarenta y tantos años, que bebía licor mientras hablaba de sus operaciones de estómago.

«Prefiero a diez hombres borrachos que a una mujer medio sobria», se

quejaba Konarske.

Dos hombres de mediana edad rasgueaban sus guitarras en una mesa junto a la ventana y cantaban canciones sentimentales. Cuando ya estaban a punto de marcharse, un jorobado pidió una última canción con voz chillona. «Tocad “Lili Marlene”; es lo único que quiero oír. Tocadla y os pago una ronda.»

El hombre mejor vestido del bar (al que por ese motivo los demás clientes tomaron por un miembro del Partido Comunista o un funcionario del servicio de espionaje estatal) se quejó a voz en grito, diciendo que aquella canción era una de las preferidas de Hitler.

El jorobado protestó airadamente. «¿Cómo dice? “Lili Marlene” se cantaba durante la guerra para dar voz, sí, dar voz, al deseo de paz de los soldados. No tiene nada que ver con el nazismo.» Y era cierto: la canción la había compuesto el soldado Hans Leip durante la Primera Guerra Mundial, mientras salía de Berlín rumbo al frente ruso. El jorobado añadió que incluso a los americanos y a los ingleses les gustaba la canción.

«¡Es una canción universal!», gritó un joven borracho que tenía pinta de haber sido boxeador, con la nariz ancha y chata, orejas de coliflor y los dedos manchados de nicotina. Uno tras otro, los clientes de frau Konarske fueron mostrando estruendosamente su aprobación, en una reacción espontánea contra el supuesto comunista, pero los músicos aún se mostraban dubitativos, pues en aquella época los actos de rebeldía podían acarrear largas sentencias de cárcel.

Envalentonado por la bebida, el tipo con aspecto de boxeador desafió al hombre elegante. «Si no quiere oírla ya se puede largar», le espetó. Dicho eso entonó el primer verso de la canción y los músicos se le unieron enseguida. Uno a uno, los clientes se fueron añadiendo al coro hasta que todo el bar cantó la canción, mientras el tipo del traje oscuro bebía su cerveza en silencio.

Frau Konarske ofreció una ronda a cargo de la casa. Entonces hizo un aparte con Donner y le mostró un pequeño texto enmarcado que colgaba junto a la ventana desde la época de la Segunda Guerra Mundial. Decía: TODOS MORIREMOS IGUAL DE DESNUDOS QUE NACIMOS.

«¿Usted cree que alguien querrá ocupar mi sitio cuando me vaya?», le preguntó la mujer al desconocido. «Todos mis parientes y amigos están en la Alemania Federal. ¿Cree usted que querrán venir a Berlín Este para trabajar en este cuchitril de diez de la mañana a dos de la noche?»

Fue la mujer quien respondió a su propia pregunta: «No».

1. Aquel noviembre pasaría a llamarse Karl-Marx-Allee.

Diplomacia peligrosa

[Al gobierno de Estados Unidos](#) y a su presidente les preocupa que los líderes soviéticos puedan subestimar las capacidades del gobierno de EEUU y del propio presidente.

ROBERT KENNEDY al agente secreto militar soviético Georgi
Bolshakov,
9 de mayo de 1961

[Berlín es una llaga purulenta](#) que hay que eliminar.

El primer ministro JRUSHCHOV al embajador de EEUU Llewellyn E.
Thompson Jr. en las Ice Capades, en Moscú, acerca de los objetivos de
la Cumbre de Viena,
26 de mayo de 1961

WASHINGTON, D.C.

MARTES, 9 DE MAYO DE 1961

[Vestido con camisa blanca](#), con corbata aflojada y la chaqueta echada de manera informal sobre el hombro, el fiscal general Robert Kennedy bajó saltando las escaleras de la entrada lateral del Departamento de Justicia, en Pennsylvania Avenue, y le tendió la mano al espía soviético Georgi Bolshakov.

«Hola, Georgi, cuánto tiempo», dijo el fiscal general, como si saludara a un viejo amigo, aunque en realidad los dos hombres habían coincidido

brevemente una única vez, hacía unos siete años. A Kennedy lo acompañaba Ed Guthman, periodista ganador del premio Pulitzer al que había nombrado director de prensa y portavoz de su departamento. Guthman había organizado aquella reunión sin precedentes a través del hombre que había acompañado a Bolshakov en taxi y que en aquellos momentos se encontraba junto a él, el corresponsal del periódico neoyorquino *Daily News* Frank Holeman.

«¿Damos un paseo?», le preguntó Kennedy a Bolshakov. La actitud informal del fiscal general resultaba desarmante, más aún teniendo en cuenta que estaba a punto de producirse un encuentro nada convencional y sin precedentes. Con un gesto, les indicó a Guthman y Holeman que los esperaran allí, y a continuación él y el espía ruso se adentraron en el Washington Mall bajo la neblina primaveral, charlando sobre la revista que Bolshakov había editado aquel día.

Siguiendo la sugerencia de Kennedy, los dos hombres se sentaron sobre el césped en un lugar apartado; el olor a hierba acabada de cortar llenaba el ambiente. El Capitolio se recortaba al fondo, en un costado, y el Monumento a Washington en el otro, con la entrada principal del Smithsonian Castle a sus espaldas. Las parejitas que habían salido a dar un paseo temprano y los pequeños grupos de turistas contemplaban las nubes, que amenazaban tormenta.

Bolshakov habló de su proximidad con Jrushchov y se ofreció como un contacto más directo y útil con el líder soviético que el embajador de Moscú en Estados Unidos, Mijaíl Menshikov, a quien Bobby y su hermano consideraban un payaso.

Bobby le dijo a Bolshakov que su hermano deseaba reunirse con Jrushchov y que esperaba poder mejorar la comunicación entre ambos antes de su primer encuentro para clarificar las prioridades de ambas partes. El fiscal general dijo estar al corriente de los vínculos entre Bolshakov y algunos de los altos mandos de Jrushchov, y le aseguró que no dudaba de que podría desempeñar ese papel, si lo deseaba. «Sería fantástico recibir información de primera mano a través de usted», dijo Bobby. «Y supongo que ellos, por su parte, tendrían ocasión de informar a Jrushchov.»

Entonces se oyó un trueno y Kennedy bromeó: «Si un rayo me matara

ahora, los periódicos dirán que un espía ruso había matado al hermano del presidente; eso podría desencadenar una guerra. Vayamos a otra parte». Se alejaron de allí con paso presuroso y al cabo de un momento echaron a correr para huir del chaparrón; llegaron a la Oficina del Fiscal General utilizando el ascensor privado. Los dos hombres se quitaron las camisas húmedas y reanudaron conversación en camiseta interior, sentados en una diminuta sala de estar con dos sillones, una nevera y una pequeña biblioteca.

Así empezó una de las relaciones más excepcionales y, aún años después, más desconcertantes de la guerra fría. A partir de aquel día, el fiscal general y Bolshakov hablaron a menudo, en algunas épocas incluso dos o tres veces al mes. Fue una relación de la que no existe prácticamente constancia, algo que Robert Kennedy lamentaría más tarde; el fiscal general nunca tomó notas de las reuniones, de las que informaba directamente y sólo de forma oral a su hermano. Así, las conversaciones entre Bolshakov y Kennedy se pueden reconstruir apenas a través de la insuficiente historia oral de Robert Kennedy, a través de algunos informes soviéticos y de los recuerdos parciales de Bolshakov y del puñado de personas que, en un momento u otro, se vieron involucrados en la relación entre ambos hombres.

El presidente Kennedy había aprobado la reunión inicial de su hermano con Bolshakov sin consultar ni informar a ninguno de los jefes de su gabinete de asesores en política exterior, ni a sus expertos en cuestiones soviéticas. Eso refleja la desconfianza creciente de los Kennedy en su aparato militar y de espionaje a partir del episodio de Bahía Cochinos, su inclinación por las actividades clandestinas y su deseo de atar todos los cabos posibles para asegurar que la cumbre entre ambos presidentes discurriera sin problemas.

Jrushchov, en cambio, utilizó a Bolshakov como un peón para lograr sus objetivos. En el complejo tablero de ajedrez de la guerra fría, Jrushchov podía recurrir a Bolshakov para atraer a Kennedy sin necesidad de desvelar su propia estrategia. Desde el principio, la naturaleza de aquella relación colocó al líder soviético en una posición ventajosa. El presidente Kennedy podía descubrir a través de Bolshakov tan sólo lo que Jrushchov y otros superiores le habían indicado que transmitiera, mientras que Bolshakov podía sonsacarle mucha más información a Bobby Kennedy, que gozaba de un conocimiento

íntimo tanto del presidente como de sus ideas.

Bolshakov era tan sólo uno de los dos canales a través de los cuales Jrushchov se puso en contacto con Kennedy a principios de mayo, y aunque los altos funcionarios soviéticos trabajaban para sacar el máximo rendimiento de ambos, sus homólogos estadounidenses sólo tenían constancia del contacto formal que se había establecido cinco días antes, cuando el ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromyko había llamado al embajador Thompson para comunicarle la tardía respuesta de Jrushchov a la carta que Kennedy le había enviado hacía dos meses y en la que invitaba al líder soviético a celebrar una cumbre.

Gromyko se disculpó ante Thompson por el hecho de que Jrushchov no pudiera transmitirle su interés en persona. El líder soviético había salido de Moscú para realizar otra de sus giras por las provincias, para preparar el Congreso del Partido de octubre, y no iba a regresar hasta el 20 de mayo. Sin embargo, y hablando de parte de Jrushchov, Gromyko afirmó que el líder soviético «deploraba el hecho de que la discordia» se hubiera instalado entre los dos países a raíz de los incidentes de Bahía Cochinos y Laos.

Ciñéndose al máximo al guión preestablecido, Gromyko añadió que «si la Unión Soviética y Estados Unidos no consideran que se abre un abismo insalvable entre ambos, deberían sacar las conclusiones apropiadas de ello; al fin y al cabo, vivimos en el mismo planeta y, por lo tanto, deberíamos intentar resolver nuestras diferencias y fortalecer nuestra relación». Movido por ese objetivo, Gromyko aseguró que Jrushchov estaba dispuesto a aceptar la invitación de Kennedy para celebrar una reunión, y que creía en la necesidad de «construir puentes que unan nuestros respectivos países».

Gromyko le preguntó a Thompson si la invitación de Kennedy «sigue siendo válida o va a ser revisada» tras el episodio de Bahía Cochinos. Aunque Gromyko había formulado la pregunta de forma educada, el mensaje de fondo era considerablemente impertinente. Lo que estaba preguntando era si Kennedy aún se atrevía a reunirse con Jrushchov después de que en Cuba el tiro le hubiera salido por la culata de forma tan espectacular.

Así, el acercamiento de Jrushchov al presidente Kennedy entró en su tercera fase. La primera había coincidido con los denodados intentos de

Jrushchov por reunirse directamente con Kennedy justo después de las elecciones en EEUU y durante sus primeros días en el cargo. En la segunda, Jrushchov había retirado su interés tras el duro discurso del presidente durante el Debate sobre el Estado de la Unión. Ahora Jrushchov estaba ansioso por entrevistarse con él y explotar lo que percibía como una situación de ventaja sobre un oponente debilitado.

Thompson colgó el teléfono y escribió un telegrama. El embajador concluyó inmediatamente que si el presidente deseaba revertir el peligroso empeoramiento de las relaciones, los riesgos potenciales de una reunión se veían compensados con creces por la necesidad de celebrar dicha reunión. Tras su telegrama secreto de las 16.00, Thompson envió otro mensaje secreto informando de su conversación con Gromyko al secretario Rusk y animando al presidente a aceptar la mano tendida de Jrushchov. Los críticos afirmarían que Kennedy se dirigía como una presa herida a una trampa para osos, pero Thompson sugirió que Kennedy revelara públicamente que había extendido la invitación a Jrushchov antes del episodio de Bahía Cochinos, y que el líder soviético no había respondido hasta entonces.

Thompson expuso sus argumentos a favor de la reunión:

La perspectiva de una cumbre empujaría a los soviéticos a adoptar «un enfoque más razonable» en temas como Laos, las pruebas nucleares y el desarme.

Una reunión cara a cara era la mejor forma que tenía Kennedy de influir en las decisiones que se adoptaran durante el Congreso del Partido de octubre, que podía marcar la pauta en la relación entre ambas superpotencias durante años.

Teniendo en cuenta que Mao Zedong se oponía a las conversaciones entre EEUU y la URSS, Thompson sugería que «el simple hecho de celebrar un encuentro empeorará las relaciones entre soviéticos y chinos».

Finalmente, mostrar al mundo la voluntad de tratar directamente con Jrushchov influiría en la opinión pública y a Kennedy le resultaría más fácil adoptar una postura favorable a mantener las libertades de Berlín Oeste.

A pesar de que las relaciones con Moscú pasaban por un mal momento, Thompson también argumentaba que Jrushchov no había alterado su deseo de entenderse con Occidente, ni había abandonado su política exterior de

coexistencia pacífica. Aunque a menudo a Thompson le preocupaba que sus críticos de Washington lo tildaran de apologista de Jrushchov, afirmó que el líder soviético no había iniciado ningún enfrentamiento con Occidente en el Tercer Mundo, sino que simplemente se había aprovechado de los reveses estadounidenses en Cuba, Laos, Irak y el Congo.

Sin embargo, había demasiado en juego como para que Kennedy accediera a celebrar una cumbre de esas características sin imponer una serie de condiciones previas que pusieran a prueba las intenciones soviéticas y evitaran futuros errores en política exterior. Kennedy decidió mandar una serie de globos sonda diplomáticos encaminados a determinar si Jrushchov deseaba genuinamente mejorar las relaciones entre ambos países.

Tras un día de reflexión, Kennedy respondió cautamente a Thompson a través de Rusk. Éste le indicó al embajador que le respondiera a Jrushchov que el presidente «mantenía su deseo» de reunirse con el líder soviético y que esperaba que pudieran hacerlo a principios de junio en Viena, el lugar preferido por los soviéticos para la cumbre. Kennedy lamentaba no estar en condiciones de tomar una decisión definitiva, que, sin embargo, se produciría antes de que Jrushchov regresara a Moscú, el 20 de mayo.

A continuación se especificaban las condiciones.

En primer lugar, Rusk escribió en su telegrama que Thompson debía comunicarle a Jrushchov que las posibilidades de celebrar la cumbre menguaban si los soviéticos no modificaban su enfoque sobre el conflicto en Laos. Las conversaciones de Ginebra iban a iniciarse la semana siguiente, y Kennedy quería poner fin a la guerra y lograr la neutralidad de Laos, pero los soviéticos se habían enrocado en Ginebra mientras se producía una escalada en los enfrentamientos.

El enviado especial Averell Harriman, que dirigía la delegación estadounidense en Ginebra, había transmitido a Kennedy sus dudas de que Jrushchov estuviera dispuesto a aceptar la neutralidad de Laos, pues «los comunistas en Ginebra muestran una gran confianza y parecen seguros de poder lograr sus objetivos en Laos». Los soviéticos, aseguró Harriman, estaban maniobrando para colocar a EEUU en la posición inaceptable de tener que asistir a la conferencia antes de que se produjera en alto el fuego efectivo,

algo que no presagiaba una posición útil de la URSS en una hipotética cumbre.

Además, Rusk le dijo a Thompson que, «por razones de política doméstica», el presidente quería que Jrushchov ofreciera algún indicio de que durante las conversaciones de Viena sería factible cumplir el objetivo de Kennedy de lograr una prohibición de las pruebas atómicas. Además, el presidente quería garantías de que la declaración pública sobre Viena no incluiría ninguna mención sobre Berlín, un asunto que no estaba aún en condiciones de negociar.

Tres días más tarde, el presidente lanzó el mismo globo sonda a través de su hermano, RFK, que volvió a sentarse en mangas de camisa con Bolshakov en el Departamento de Justicia.

A Bolshakov le había gustado que Bobby hubiera elegido el 9 de mayo (festivo en Moscú) para celebrar su primera reunión furtiva. Aunque se trataba de un día laborable cualquiera en Washington, el personal de la embajada soviética había tenido el día libre para celebrar el 16.º aniversario de la derrota nazi; eso había permitido a Bolshakov ocultar incluso ante sus camaradas más próximos el canal de comunicación ultrasecreto que había establecido con el presidente Kennedy.

Al acceder a repetir aquel contacto, Bolshakov contravenía las instrucciones de su superior inmediato, el jefe de puesto (o *rezident*) de la embajada para asuntos de inteligencia militar soviética, llamado GRU. Para el jefe de Bolshakov, era impensable que el canal de comunicación más importante entre EEUU y la URSS pudiera recaer en un agente soviético de rango medio. Al reunirse con Robert Kennedy, Bolshakov establecía contacto con un hombre que era al mismo tiempo el hermano del presidente, su confidente más próximo y su fiscal general, y que, por lo tanto, supervisaba todas las actividades de contraespionaje del FBI.

Sin embargo, si Bolshakov decidió seguir adelante con aquella misión al más alto nivel fue porque contaba con el apoyo del mismísimo líder soviético a través de su yerno Alexei Adzhubei, editor del periódico *Izvestia* y amigo de Bolshakov. Adzhubei había recomendado Bolshakov a Jrushchov ya en 1959 para que éste lo aconsejara en los preparativos para su primera visita a EEUU. (Hasta poco antes, Bolshakov había servido lealmente al mariscal

Georgi Zhúkov, héroe de guerra condecorado y ministro de Defensa al que Jrushchov había purgado.)

A continuación, Bolshakov había sido destinado a EEUU, oficialmente para ocupar un puesto en la oficina de información de la embajada y también como editor de la revista de propaganda soviética en lengua inglesa *USSR*. Sería la segunda estancia de Bolshakov en Washington, después de que hubiera trabajado ya como corresponsal secreto para la agencia de noticias TASS entre 1951 y 1955.

Sin embargo, y teniendo en cuenta su misión clandestina y su perfil, Bolshakov, un tipo sociable, buen bebedor y vividor, con melena negra, penetrantes ojos azules y un marcado acento ruso, era uno de los soviéticos predilectos de los miembros del gobierno de Washington. Bolshakov contaba con diversos amigos y conocidos en el círculo íntimo de Kennedy: el editor del *Washington Post* Ben Bradlee; el periodista Charles Bartlett, que le había presentado al presidente y su mujer Jacqueline; el jefe del Estado Mayor de Kennedy, Kenny O'Donnell; su asesor especial, Ted Sorensen, y su secretario de prensa, Pierre Salinger.

[Pero el vínculo principal entre Bolshakov y Kennedy](#) había sido Frank Holeman, un periodista de Washington que anteriormente había ocupado una posición próxima a Nixon y que en aquellos momentos intentaba congraciarse con la administración Kennedy. Con sus dos metros cinco centímetros de altura, su acento y sus modales sureños, su voz grave y sus pajaritas y puros omnipresentes, sus colegas lo conocían como «el coronel». A sus cuarenta años, Holeman formaba ya parte del mobiliario de Washington, donde había cubierto las presidencias de Roosevelt, Truman, Eisenhower y, ahora, Kennedy. Holeman sabía que en Washington los contactos lo eran todo, y por ello los tenía por todas partes.

[Bolshakov había recurrido a Holeman](#) como informador no remunerado desde que ambos se conocieran en 1951, durante una comida celebrada en la embajada soviética en honor al corresponsal estadounidense. Holeman se había granjeado las simpatías del Kremlin al bloquear un intento del National Press Club de retirar la afiliación a los periodistas soviéticos como represalia por la decisión del gobierno checo de encarcelar a toda la oficina de

Associated Press en Praga. Al explicar por qué había actuado así, Holeman dijo bromeando que el club debería ser un lugar en el que todas las partes pudieran «intercambiar mentiras». A continuación, y en otro guiño hacia los soviéticos, avaló la solicitud de afiliación de otro agente de prensa soviético, un tipo que probablemente era un espía.

A su regreso a Moscú en 1955, Bolshakov le pasó el contacto de Holeman a su sucesor en el GRU, Yuri Gvozdev, que utilizaba como tapadera su puesto de agregado cultural. Gvozdev había transmitido a través de Holeman, que se describía a sí mismo como una «paloma mensajera» de los soviéticos, un mensaje crucial para que la administración Eisenhower no reaccionara de forma exagerada ante el ultimátum de Jrushchov sobre Berlín de 1958, pues Jrushchov no pensaba ir a la guerra por Berlín. A través de Holeman, Gvozdev había ayudado también a preparar el terreno para la visita de Nixon a la Unión Soviética, gestionando las negociaciones relativas a las condiciones de dicha visita.

Cuando Bolshakov reemplazó a Gvozdev en 1959, conoció a Holeman y entre los dos surgió tal amistad que sus respectivas familias empezaron a socializar. El destino quiso que durante algunos años Holeman hubiera mantenido una posición próxima al nuevo secretario de prensa del nuevo fiscal general, Ed Guthman, al que había informado de los detalles más interesantes de sus conversaciones con Bolshakov. Guthman, a su vez, transmitía la esencia de esas conversaciones a Robert Kennedy. Con la bendición de Guthman, el 29 de abril Holeman planteó por primera vez la posibilidad de una reunión, cuando le preguntó a Bolshakov: «¿No crees que sería mejor que te reunieras con Robert Kennedy para que éste pudiera recibir la información de primera mano?».

Tras diez días de incontables conversaciones, Bolshakov percibió que estaba a punto de ocurrir algo importante cuando Holeman lo invitó a una «comida tardía» a las cuatro de la tarde.

«¿Por qué tan tarde?», preguntó Bolshakov.

Holeman le explicó que había intentado contactar con él varias veces a lo largo del día, pero que el funcionario de guardia le había dicho que Bolshakov estaba en la imprenta finalizando la nueva edición de su revista.

Al cabo de un rato, cuando estuvieron cómodamente sentados en un rincón discreto de un restaurante de Georgetown, Holeman miró el reloj. Cuando Bolshakov le preguntó si tenía que marcharse, Holeman respondió: «No, quien tiene que marcharse eres tú. Tienes una reunión con Robert Kennedy a las seis».

«Maldita sea», dijo Bolshakov, echando un vistazo a su traje viejo y su camisa con los puños gastados. «¿Por qué no me has avisado antes?»

«¿Te da miedo?»

«Miedo no, pero no estoy preparado para una reunión de este calibre.»

«Tú siempre estás preparado», respondió Holeman con una sonrisa.

En el Departamento de Justicia, Bobby le dijo al agente soviético que su hermano consideraba que la tensión entre ambos países se debía en gran medida a malentendidos e interpretaciones erróneas de las intenciones mutuas. Con el episodio de Bahía Cochinos, dijo Bobby, su hermano había comprendido el peligro de actuar a partir de información incorrecta; asimismo, Robert Kennedy le confió a Bolshakov que, tras lo de Bahía Cochinos, su hermano había cometido el error de no despedir inmediatamente a los altos cargos responsables de la operación.

«Al gobierno de Estados Unidos y a su presidente», le dijo Bobby, «les preocupa que los líderes soviéticos puedan subestimar las capacidades del gobierno de EEUU y del propio presidente.» El mensaje que quería que Bolshakov transmitiera al Kremlin no podía ser más claro: si Jrushchov ponía a prueba la determinación de su hermano, el presidente no tendría más remedio que «tomar medidas correctivas» y adoptar un enfoque más duro sobre Moscú.

El nuevo fiscal general le dijo a Bolshakov: «En estos momentos, nuestra mayor preocupación es la situación en Berlín. La importancia del asunto puede pasar desapercibida para mucha gente. El presidente considera que una interpretación equivocada de nuestro punto de vista sobre Berlín puede conducir a una guerra». Sin embargo, añadió, era precisamente por las complicaciones de la situación en Berlín por lo que el presidente no quería que la cumbre de Viena se centrara en ese asunto, en el que difícilmente se iban a lograr avances.

Lo que el presidente quería, le dijo Bobby a Bolshakov, era que Jrushchov y su hermano aprovecharan la cumbre para comprenderse mejor mutuamente, crear vínculos personales y sentar las bases que les permitieran desarrollar su relación. Quería acuerdos reales en asuntos como la prohibición de las pruebas nucleares. Al mismo tiempo, sin embargo, creía que lo mejor era retrasar las relaciones diplomáticas sobre Berlín hasta que las dos partes hubieran tenido tiempo de estudiar el asunto a fondo.

Teniendo en cuenta que lo habían invitado a aquella reunión hacía apenas un par de horas, el agente soviético parecía estar muy bien preparado para responder. Si los líderes soviético y estadounidense se reunían, afirmó Bolshakov, Jrushchov consideraría la posibilidad de realizar concesiones «sustanciales» en lo tocante a las pruebas nucleares y también estaba dispuesto a realizar avances sobre la situación en Laos. Bolshakov no dijo nada sobre la insistencia de RFK en que la cumbre no tocara el tema de Berlín, algo que posiblemente Bobby interpretó erróneamente como una muestra de aquiescencia.

Animado por la respuesta de Bolshakov, Bobby esbozó las directrices de un acuerdo potencial para la prohibición de las pruebas nucleares. **Los dos países habían mantenido** negociaciones de bajo nivel a ese fin desde 1958, pero el punto de fricción entre ambos eran las medidas de verificación. EEUU había intentado sin éxito obtener permiso para inspeccionar las instalaciones soviéticas. Bobby propuso una concesión unilateral en virtud de la cual EEUU reduciría a la mitad, de veinte a diez, las inspecciones que cada país realizaría anualmente en el otro país para investigar episodios sísmicos. La condición para dicho acuerdo, añadió, era que ninguna de las partes vetaría la creación de una comisión internacional que debería encargarse de monitorizar las denuncias.

La propuesta de Bobby Kennedy obedecía al temor creciente de EEUU a que los soviéticos estuvieran cavando profundos hoyos que les permitieran ocultar sus pruebas de armas atómicas. El mayor número de inspecciones anuales que Moscú se había mostrado dispuesto a aceptar hasta la fecha eran tres. **Además, Moscú quería que las tareas** de verificación se llevaran a cabo a través de una «troica» de representantes, uno del bloque soviético, uno del

bloque capitalista occidental y otro del Tercer Mundo. El gobierno estadounidense se había opuesto a ese planteamiento, que le concedía de facto al representante soviético el derecho a veto. «El presidente no desea repetir la experiencia del encuentro de Jrushchov con Eisenhower en Camp David», dijo Bobby Kennedy, «y espera que el próximo encuentro se traduzca en acuerdos concretos.»

En su papel de pretendiente, Bolshakov no dijo nada que pudiera llevar a Bobby a pensar que las condiciones previas del presidente Kennedy para una cumbre eran inaceptables para Jrushchov. Tan sólo había un problema: Bolshakov era un mero mensajero y no sabía lo que pensaba Jrushchov tan bien como Bobby sabía lo que pensaba su hermano.

Los riesgos que los contactos entre Bolshakov y Bobby Kennedy planteaban para EEUU eran profundos y diversos. Bolshakov podía mentir en nombre de Moscú sin ni siquiera saberlo, pero era mucho menos probable que Bobby pudiera transmitir informaciones erróneas y, aunque hubiera querido, nunca lo habría hecho de forma tan hábil como el agente soviético. Además, era prácticamente seguro que a Bolshakov lo seguían los agentes del FBI; los informes de dichos agentes sobre sus reuniones podrían haber hecho crecer más aún las sospechas que J. Edgar Hoover, el jefe del FBI, albergaba ya sobre los Kennedy.

Finalmente, Bolshakov no disponía de la libertad de Bobby para negociar. Y como JFK pretendía mantener sus contactos en secreto incluso ante los miembros de su gabinete por lo menos hasta después de la Cumbre de Viena, el presidente no disponía de medios independientes para verificar la fiabilidad de Bolshakov. Moscú no sólo decidía lo que Bolshakov podía negociar, sino que también determinaba la forma concreta en que éste debía plantear las cuestiones. Si Robert Kennedy abordaba un asunto para el que Bolshakov no estaba preparado, al espía soviético le bastaba responder que consultaría la cuestión y le respondería al fiscal general más tarde.

Los mensajes más importantes que Bolshakov transmitió a sus superiores tras su primera reunión con Bobby Kennedy fueron la predisposición del presidente estadounidense a celebrar una cumbre, su temor a que el líder soviético pudiera considerarlo débil, su aversión a negociar el estatus de

Berlín y su deseo por encima de todo de alcanzar un acuerdo para la prohibición de las pruebas atómicas. En cambio, tras el contacto inicial Bobby no le pudo ofrecer a su hermano ninguna información relevante sobre Jrushchov; no sólo eso, sino que se llevó la falsa impresión de que Jrushchov estaba dispuesto a aceptar las condiciones de su hermano.

Tras cinco horas de conversación, Bobby acompañó a Bolshakov a su casa. Gracias a la inyección de adrenalina, el agente soviético estuvo despierto toda la noche antes de mandar un telegrama a Moscú con un informe completo de la reunión a la mañana siguiente. Gracias a Bolshakov, Jrushchov sabía mucho mejor lo que Kennedy esperaba sacar de la cumbre y lo que temía. Al mismo tiempo, el espía había logrado engañar al presidente sobre lo que el líder soviético estaba dispuesto a aceptar.

MOSCÚ

VIERNES, 12 DE MAYO DE 1961

Ansioso por cerrar un acuerdo sobre la Cumbre de Viena, Jrushchov satisfizo rápidamente el deseo de Kennedy, que había pedido gestos que fomentaran la confianza entre ambos líderes.

En Ginebra, los altos cargos soviéticos que negociaban la situación en Laos llegaron a un acuerdo con los representantes británicos para evitar la inminente crisis. El resultado sería la celebración en Ginebra de una conferencia de paz en la que participarían catorce países y que tendría como objetivo poner fin a las hostilidades y lograr la neutralidad de Laos.

Ese mismo día, Jrushchov pronunció un discurso en Tiflis, la capital de la República Soviética de Georgia, que los altos cargos del Departamento de Estado de EEUU consideraron el mensaje más moderado sobre las relaciones entre EEUU y la URSS desde el incidente del U-2 el mayo anterior. Recurriendo de nuevo al lenguaje que había utilizado ya para aceptar la invitación de Kennedy a la cumbre, Jrushchov dijo que «aunque el presidente Kennedy y yo somos hombres de polos opuestos, vivimos en la misma Tierra y debemos encontrar un lenguaje común en determinadas cuestiones».

Ese mismo día, Jrushchov escribió una carta a Kennedy aceptando su invitación de casi dos meses antes para celebrar una cumbre. [La carta no hacía ninguna mención](#) a la prohibición de las pruebas atómicas, aunque sí hablaba de algunos asuntos en los que podían lograr avances, como la situación en Laos. Sin embargo, Jrushchov no estaba dispuesto a aparcarse el problema de Berlín. El líder soviético aseguraba que no pretendía obtener ninguna ventaja unilateralmente sobre la ciudad dividida, pero que esperaba que su reunión permitiera acabar con un «peligroso foco de tensión en Europa».

Era el turno de Kennedy.

WASHINGTON, D.C.

DOMINGO, 14 DE MAYO DE 1961

El presidente Kennedy no quería aparentar precipitación y por ello decidió tomarse 48 horas para responder. No estaba nada satisfecho con la falta de disposición de Jrushchov por acordar una prohibición sobre pruebas nucleares, ni tampoco con su insistencia con la cuestión de Berlín. La carta del líder soviético se apartaba de las condiciones previas que Kennedy había transmitido a Bolshakov a través de su hermano Bobby. Sin embargo, y a pesar de los riesgos, Kennedy consideró que no tenía más remedio que aceptar la reunión.

El discurso de Jrushchov en Tiflis y sus gestos sobre Laos eran alentadores. Sin embargo, la verdad era que faltaba menos de un mes para uno de los encuentros más decisivos desde la Segunda Guerra Mundial y que las dos partes difícilmente iban a disponer del tiempo necesario para lograr acuerdos en lo que los diplomáticos llamaban los «elementos tangibles» de la cumbre. A ojos de los diplomáticos más veteranos, la precipitación del presidente revelaba impaciencia e ingenuidad.

[Kennedy mandó telegramas a sus aliados](#) más próximos informándolos de la inminente reunión, consciente de que alemanes y franceses en particular se mostrarían escépticos ante sus planes. En su mensaje al receloso Adenauer, escribió: «Asumo que compartiré mi opinión de que, puesto que aún no me he

reunido con Jrushchov, una cumbre de estas características puede resultar útil teniendo en cuenta la actual situación internacional. Si la reunión efectivamente se llega a celebrar, lo tendré informado del contenido de mis conversaciones con Jrushchov, que preveo que sean de naturaleza general».

Pronto se aceleraron los preparativos para lo que todo el mundo sabía que sería un encuentro histórico: la primera cumbre de esas características en la era de la televisión. A pesar de los intentos de Kennedy por evitar la cuestión de Berlín, su equipo responsable de la política exterior había empezado ya a asumir que ésta definiría el primer año de mandato del presidente mucho más que Cuba, Laos, una hipotética prohibición sobre las pruebas nucleares o cualquier otro asunto.

El 17 de mayo, Henry Owen, miembro del equipo de planificación política del Departamento de Estado, expresó el consenso creciente dentro del gobierno: «De todos los problemas a los que se enfrenta esta administración, Berlín parece el más preñado de catástrofes». Owen sugirió la necesidad de destinar una partida mayor del presupuesto de 1963 a las armas convencionales y la defensa de Europa, «para incrementar nuestra capacidad de gestionar, y así tal vez impedir, una crisis en Berlín».

Dos días más tarde, el 19 de mayo, la administración Kennedy anunció oficialmente lo que la prensa llevaba varios días publicando a través de filtraciones: el presidente iba a reunirse con Jrushchov en Viena el 3 y el 4 de junio, después de reunirse con De Gaulle en París.

A los opinadores europeos y estadounidenses les preocupaba que el presidente acudiera debilitado a Viena, donde se hallaría en situación de desventaja. El semanario intelectual *Die Zeit* comparó a Kennedy con un viajante de comercio cuyo negocio pasara por una mala época y esperara poder mejorar sus perspectivas negociando directamente con la competencia. En sus páginas de opinión europea, el *Wall Street Journal* dijo que Kennedy proyectaba la «fuerte impresión... de unos Estados Unidos titubeantes y desesperados por recuperar su liderazgo occidental en la guerra fría». El influyente rotativo suizo *Neue Zürcher Zeitung* expresó su desesperación por lo que consideraba una falta de preparación por parte de los estadounidenses de cara a la reunión y también porque Kennedy hubiera renunciado a su

requisito previo de que el Kremlin demostrara un cambio de actitud antes de organizar una cumbre de ese tipo.

Aunque Viena era terreno neutral, los diplomáticos europeos aún consideraban que Austria estaba mucho más cerca del ámbito de influencia ruso que la sede alternativa propuesta para la reunión, Estocolmo. «Por todo ello reina la sensación de que Kennedy va a reunirse con Jrushchov en un lugar y en un momento elegidos por el segundo», escribió el *Neue Zürcher Zeitung*. El periódico consideraba que el presidente de EEUU, en horas bajas, «tiene prisa por salvar sus alianzas y por ello acude dócilmente a Austria para reunirse cara a cara con el poderoso líder ruso».

BERLÍN ESTE

VIERNES, 19 DE MAYO DE 1961

Percibiendo que el viento soplaba ahora a su favor, el líder de la Alemania del Este, Walter Ulbricht, empezó a gestionar con mayor confianza la situación en Berlín. El embajador soviético en la Alemania del Este, Mijaíl Pervujin, se quejó ante el ministro de Asuntos Exteriores, Gromyko, de que Ulbricht estaba incrementando la presión sobre Berlín Oeste, endureciendo los controles civiles sin permiso del Kremlin.

«Nuestros amigos», dijo el embajador, utilizando el término que empleaba Moscú para referirse a sus aliados de la Alemania del Este, «pretenden ahora establecer unos controles en la frontera sectorial del Berlín correspondiente a la Alemania Democrática que les permitan, por expresarlo en sus propias palabras, cerrar “la puerta de Occidente”, reducir el éxodo de población de la República y debilitar la influencia de la conspiración económica contra la RDA, que se ejecuta directamente desde Berlín Oeste.» Asimismo, Pervujin informó de que Ulbricht pretendía cerrar la frontera sectorial, contraviniendo así las políticas soviéticas.

A Jrushchov le preocupaba que los excesos de Ulbricht pudieran llevar a los estadounidenses a cancelar la Cumbre de Viena, de modo que le solicitó a Pervujin que controlara a sus socios de la Alemania del Este, que se

mostraban cada vez más impacientes e insolentes.

WASHINGTON, D.C.

DOMINGO, 21 DE MAYO DE 1961

El presidente Kennedy empezaba a temer que estuviera metiéndose en una trampa.

Dos semanas antes de la reunión, Robert Kennedy contactó de nuevo con Bolshakov. El día elegido en esta ocasión fue un domingo, cuando su encuentro pasaría más desapercibido. El fiscal general invitó al espía soviético a Hickory Hill, su casa de campo en McLean, Virginia, donde los dos hombres mantuvieron una conversación de dos horas.

Bolshakov expuso la posición soviética, para lo que había memorizado detalladamente cinco páginas de informes antes de la reunión. Su memoria era extraordinaria y su forma distendida de hablar ocultaba el hecho de que aún no dominaba su papel de intermediario.

Tras dejar claro que hablaba en nombre del presidente, Bobby le dijo a Bolshakov que si necesitaba contactar con él lo llamara desde una cabina y que sólo diera su nombre a su secretaria y a su portavoz de prensa, Ed Guthman. En ocasiones, cuando Bolshakov prefería no correr el riesgo de contactar personalmente con Bobby, era Holeman quien llamaba a Guthman y le decía: «Mi hombre quiere ver a tu hombre». Bobby le confesó a Bolshakov que sólo su hermano estaba al corriente de sus reuniones, y que las aprobaba.

En cambio, el papel de Bolshakov era conocido por un número creciente de altos cargos soviéticos. El GRU enviaba copia de todos los informes de Bolshakov a Anatoly Dobrynin, el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores a cargo del grupo de asesores soviéticos para las conversaciones de Viena. **Uno de los jefes de Bolshakov en Moscú** escribió con estupefacción acerca de la reunión del 21 de mayo con Bobby Kennedy: «No existen precedentes de una situación en la que un miembro del gobierno de EEUU se reúna con nuestro hombre en secreto». Moscú enviaba comunicados a su embajada y también a sus espías sobre cómo mantener dichas reuniones en

secreto ante la prensa estadounidense y el FBI.

Bobby le dijo a Bolshakov que estaba decepcionado porque en su carta al presidente Kennedy, Jrushchov no hubiera mencionado de forma más explícita la posibilidad de firmar un tratado para la prohibición de las pruebas nucleares. A continuación realizó una concesión a Bolshakov: Washington iba a aceptar la troica de inspectores que deseaba el Kremlin (en representación del bloque soviético, el bloque occidental y los países no alineados), pero Rusia no tendría derecho a veto sobre qué podía ser inspeccionado.

Bolshakov hizo creer a Bobby que disponía de mayor libertad de negociación de la que realmente tenía. Dijo que los soviéticos aceptarían la instalación de quince estaciones de detección sin supervisión en el suelo soviético, que se acercaba a las diecinueve que exigían los estadounidenses.

En aras de establecer un vínculo más estrecho con Jrushchov, Bobby dijo que él y su hermano estaban de acuerdo en principio con los soviéticos en lo que éstos denominaban el problema histórico alemán y que simpatizaban con su temor al revanchismo germánico. Le dijo también que el presidente compartía la oposición soviética a una Alemania nuclear en situación de intentar recuperar sus territorios orientales. «Mi hermano luchó contra ellos», le dijo Bobby a Bolshakov y añadió que las dos partes discrepaban tan sólo en las posibles soluciones.

Bolshakov y Bobby Kennedy prosiguieron con sus reuniones hasta una semana antes de la Cumbre de Viena. Tal vez por ese motivo el Kremlin tardó tan sólo un día en responder a la petición del presidente Kennedy para que los dos líderes incluyeran más reuniones cara a cara de ambos líderes, acompañados tan sólo por sus intérpretes.

Pero dos días después de la última reunión con Bolshakov antes de la Cumbre de Viena, Jrushchov mandó el mensaje que reflejaría más claramente su determinación a negociar el futuro de Berlín.

Para ello, sin embargo, optó por recurrir al canal oficial y contactar con el embajador Thompson en Moscú; no quería que nadie pudiera dudar de su intención de forzar la situación.

PALACIO DE DEPORTES, MOSCÚ

MARTES, 23 DE MAYO DE 1961

Casualmente, Jrushchov iba a declarar su firme intención de abordar la cuestión de Berlín en el mismo recinto deportivo en el que había desencadenado la Crisis de Berlín hacía dos años y medio, ante un público compuesto por comunistas polacos.

Pocos minutos después de que el embajador Thompson y su mujer llegaran al palco de Jrushchov para presenciar una función especial del espectáculo americano Ice Capades, el líder soviético les dijo que había visto ya suficientes espectáculos de patinaje artístico para toda una vida y acompañó a los Thompson a una sala privada para cenar. Entonces les confesó que aquella invitación había sido una excusa para discutir la Cumbre de Viena.

Thompson no tomó notas, pero más tarde no tendría problemas para recordar su conversación en un telegrama a Washington. Con música americana de fondo, el sonido de los patines sobre el hielo y los aplausos del público, Jrushchov le transmitió un mensaje inequívoco: si no se llegaba a un nuevo acuerdo sobre Berlín, le dijo a Thompson, adoptaría medidas unilaterales y en otoño o invierno cedería el control de la ciudad a los alemanes del Este y pondría fin a los derechos de ocupación aliados.

Jrushchov descartó que la cumbre pudiera centrarse en el desarme nuclear, tal como deseaba Kennedy, pues éste era inviable mientras perdurase el problema de Berlín. Si EEUU intentaba interferir con los planes soviéticos en Berlín, dijo, responderían con el uso de la fuerza. Si EEUU quería guerra, tendría guerra. No era la primera vez que Thompson veía la cara más belicosa de Jrushchov, pero teniendo en cuenta que faltaban apenas unos días para la Cumbre de Viena, ésta resultaba más inquietante que nunca.

A continuación Jrushchov se encogió de hombros y auguró que no habría ningún conflicto. «Sólo un loco querría una guerra y los líderes occidentales no están locos, aunque Hitler sí lo estaba», afirmó. Entonces Jrushchov pegó un puñetazo encima de la mesa y habló de los horrores de la guerra, que tan bien conocía. No podía creer que Kennedy pudiera provocar una catástrofe

como ésa a causa de Berlín.

Thompson replicó que era Jrushchov, y no Kennedy, quien creaba aquel peligro amenazando con alterar la situación en Berlín.

Aunque eso fuera cierto, respondió Jrushchov, si estallaban las hostilidades iban a ser los estadounidenses y no los soviéticos quienes cruzaran la frontera de la Alemania del Este para defender Berlín y sería eso lo que desencadenaría la guerra.

Una y otra vez durante la cena, Jrushchov insistió en que habían pasado dieciséis años desde la victoria en la Gran Guerra y que había llegado el momento de poner fin a la ocupación de Berlín. Jrushchov le recordó a Thompson que en su ultimátum original de 1958 sobre Berlín había reclamado una solución satisfactoria en seis meses. «Han pasado treinta meses», dijo, indignado ante la insinuación de Thompson de que las cosas podían mantenerse como estaban actualmente en Berlín. EEUU intentaba dañar el prestigio soviético, aseguró, y eso era algo que él no podía permitir.

Thompson admitió que EEUU no podía impedir que Jrushchov firmara un tratado de paz con la Alemania del Este, pero que la cuestión importante era si el líder soviético iba a aprovechar el momento para interferir con el derecho de acceso a Berlín por parte de los estadounidenses. Jrushchov acababa de lanzar un globo sonda sobre la posibilidad de adoptar una postura más dura durante la Cumbre de Viena y, Thompson replicó con la que probablemente habría sido la respuesta de Kennedy.

Thompson argumentó también que el prestigio de EEUU en el mundo dependía de su compromiso con los berlineses. Además, Washington temía que si cedía a las presiones soviéticas en Berlín, la Alemania Federal y la Europa occidental serían las siguientes en caer. «El efecto psicológico sería desastroso para nuestra posición», le dijo a Jrushchov.

El líder soviético se burló de las palabras de Thompson y repitió lo que se había convertido en su tonadilla: Berlín no tenía demasiada importancia ni para EEUU ni para la URSS; ¿a qué venía tanto revuelo por un simple cambio en el estatus de la ciudad?

Thompson replicó que si Berlín era realmente tan insignificante, no entendía que Jrushchov asumiera un riesgo tan grande tan sólo para lograr el

control de la ciudad.

Entonces Jrushchov avanzó la propuesta que tenía pensado exponer en Viena: nadie iba a impedir la presencia de las tropas estadounidenses en la «ciudad libre» de Berlín Oeste. Lo único que cambiaría sería que en el futuro Washington tendría que negociar esos derechos con la Alemania del Este, dijo.

Thompson tanteó el terreno y preguntó qué elementos preocupaban más a Jrushchov, insinuando que tal vez se trataba del problema de los refugiados, pero el líder soviético se limitó a responder: «Berlín es una llaga purulenta que hay que eliminar».

Jrushchov le dijo a Thompson que la reunificación alemana era imposible, y que de hecho nadie la deseaba, tampoco De Gaulle, Macmillan ni Adenauer. Aseguró que De Gaulle le había dicho que Alemania no sólo debía permanecer dividida, sino que sería aún mejor si se dividía en tres partes.

El moderado Thompson se dio cuenta de que no tenía más remedio que responder a la amenaza de Jrushchov para evitar que éste lo malinterpretara y creyera que le estaba dando luz verde sobre Berlín. «Muy bien, si ustedes usan la fuerza», dijo Thompson, «si deciden cortar el acceso y las comunicaciones mediante el uso de la fuerza, nos veremos obligados a responder también con el uso de la fuerza.»

[Jrushchov respondió calmadamente](#), con una sonrisa. Thompson lo había malinterpretado, dijo. El volátil líder soviético dijo ahora que no tenía intención de recurrir al uso de la fuerza. Simplemente iba a firmar un tratado que pondría fin a los derechos de EEUU logrados como «condiciones de capitulación».

[El telegrama posterior de Thompson](#) a Washington acerca de su enfrentamiento en la pista de hielo no reflejaba la importancia de lo que acababa de oír. Para Jrushchov, había sido un ensayo general para lo que se avecinaba. Thompson, sin embargo, le quitó hierro a las bravuconadas del líder soviético. Escribió que Jrushchov había expuesto por primera vez los detalles de cómo podía llevarse a cabo una división permanente de la ciudad sin violar los derechos estadounidenses. Thompson insistió en su convicción de que Jrushchov no forzaría la cuestión de Berlín hasta después del Congreso del Partido de octubre. En Viena, auguró Thompson, Jrushchov simplemente

iba a «pasar de puntillas sobre el problema de Berlín con tono ameno y agradable».

Sin embargo, Thompson sugirió que Kennedy le ofreciera a Jrushchov en Viena una fórmula sobre Berlín que permitiera a ambas partes salvar las apariencias, ya que era probable que el problema volviera a repuntar a finales del año. De otro modo, añadió, «la guerra penderá de un hilo».

Ese mismo día, Kennedy estaba recibiendo otro tipo de información sobre Berlín. El jefe de la misión estadounidense en la ciudad dividida, el diplomático E. Allan Lightner Jr., afirmó que «Moscú puede vivir con el status quo en Berlín durante un tiempo más» y que Jrushchov no tenía un calendario de actuación. Así, aseguró Lightner, Kennedy podía pararle los pies a Jrushchov en Viena mandando un mensaje claro de que EEUU estaba decidido a defender la libertad de la ciudad y que «los soviéticos no deben entrometerse en Berlín».

Lightner quiso asegurarse de que Kennedy era consciente de las consecuencias que podía tener una postura tibia en Viena. «Cualquier señal del presidente en el sentido de que está dispuesto a negociar soluciones provisionales, compromisos o un *modus vivendi*», dijo, «reducirá el impacto de advertir a Jrushchov de las funestas consecuencias que tendría subestimar nuestra determinación.»

WASHINGTON, D.C.

MARTES, 25 DE MAYO DE 1961

Como si fuera un escritor que acabara de leer el primer borrador de su presidencia, Kennedy decidió pronunciar un segundo Discurso sobre el Estado de la Unión el 25 de mayo («un Mensaje Especial a la Nación sobre Necesidades Nacionales Urgentes») tan sólo doce semanas después del primero. Éste dejaba claro que, antes de Viena y después de Bahía Cochinos, el presidente tenía la sensación de que debía preparar el terreno y mandarle a Jrushchov un inequívoco mensaje de determinación.

Bobby Kennedy había aprovechado una de sus reuniones con Bolshakov

para advertir a Jrushchov de que, a pesar de que el presidente utilizaría una retórica dura durante su discurso, eso no significaba que el deseo de su hermano por cooperar hubiera disminuido. Sin embargo, el canal Bolshakov no era un medio apropiado para transmitir un mensaje de fortaleza que iba dirigido tanto al público nacional como a Jrushchov.

Ante una sesión conjunta del Congreso y de una audiencia televisiva de alcance nacional, Kennedy explicó que, en «momentos extraordinarios», también otros presidentes estadounidenses habían pronunciado un segundo Discurso sobre el Estado de la Unión en un mismo año. Aquél era uno de esos momentos, aseguró. Estados Unidos, afirmó, era el valedor de la causa de la libertad en el mundo, y declaró su intención de aplicar «una doctrina de libertad».

En su discurso, de 48 minutos, el presidente se vio interrumpido en dieciocho ocasiones por los aplausos. Kennedy subrayó la necesidad de contar con una economía estadounidense fuerte y se congratuló del fin de la recesión y el inicio de la recuperación. Se refirió al hemisferio sur como «la tierra de los pueblos emergentes» (Asia, Latinoamérica, África y el Oriente Próximo), donde había que plantar cara a los adversarios de la libertad en «el mayor campo de batalla del mundo».

Kennedy anunció un incremento de la partida militar de unos setecientos millones de dólares para expandir y modernizar el ejército, superar a los soviéticos en la carrera armamentística y reorganizar la defensa civil triplicando los fondos destinados a la construcción de refugios nucleares. Aseguró que tenía intención de reclutar a 15.000 marines más y destinar una mayor atención a las guerras de guerrilla en el Tercer Mundo, aumentando la producción de obuses, helicópteros y portaaviones blindados, y unidades de reserva. Pero, sobre todo, declaró que antes del fin de la década Estados Unidos mandaría un hombre a la Luna y lo haría volver a la Tierra. Era una carrera en la que estaba decidido a derrotar a los soviéticos, que habían enviado el primer satélite y el primer hombre al espacio.

A tan sólo nueve días de la Cumbre de Viena, el mensaje de Kennedy al pueblo estadounidense era que el mundo se estaba convirtiendo cada vez en un lugar más peligroso, que Estados Unidos tenía una responsabilidad global

como adalid de la libertad y que no podía eludir los sacrificios que eso comportaba. En cuanto a la Cumbre de Viena, rebajó las expectativas sobre lo que se podía conseguir con un adversario tan difícil y dedicó un único párrafo al asunto.

«No existe ningún orden del día formal, de modo que no habrá ningún tipo de negociaciones», dijo.

MOSCÚ

VIERNES, 26 DE MAYO DE 1961

[En respuesta directa a lo que había percibido](#) como un golpe bajo de Kennedy, Jrushchov reunió a la sección más importante de su gobierno, el Presidium del Partido Comunista. Como de costumbre, su decisión de llevar a una taquígrafa a la reunión indicaba que tenía intención de decir algo importante.

Jrushchov les dijo a sus colegas del Presidium que Kennedy era «un hijo de puta». A pesar de eso, aseguró que otorgaba gran importancia a la Cumbre de Viena, pues tenía intención de utilizarla para lograr avances en lo que él denominaba «la cuestión alemana». A continuación trazó la solución que iba a proponer, recurriendo básicamente a los mismos términos que había empleado ya con el embajador Thompson.

¿Era posible que sus propuestas para modificar el estatus de Berlín desencadenaran una guerra nuclear?, les preguntó a sus camaradas. Sí, respondió él mismo, pero a continuación explicó por qué consideraba que un conflicto de esas características era improbable en un 95 por ciento.

El único de sus camaradas del Presidium que osaba disentir de la opinión del líder soviético era Anastas Mikoyan. Éste aseguró que Jrushchov subestimaba la predisposición y las capacidades estadounidenses de desencadenar una guerra convencional para defender Berlín. Modificando su postura respecto a sus anteriores invectivas, en las que parecía ver a la Alemania Federal y Adenauer como las principales amenazas, Jrushchov aseguró a los asistentes que Estados Unidos era el país más peligroso para los soviéticos. En otro episodio de su relación de amor y odio con los

estadounidenses, Jrushchov volvió a jugar la carta del odio en vísperas de la Cumbre de Viena, una clara indicación a sus colegas de gobierno del resultado que preveía para la misma.

Jrushchov insistió en su obsesiva convicción de que aunque iba a reunirse con Kennedy, eran el Pentágono y la CIA quienes dirigían EEUU, algo que ya había creído percibir durante sus negociaciones con Eisenhower. Afirmó que precisamente por ese motivo, no podían confiar en que los líderes estadounidenses tomaran decisiones basadas en principios lógicos. «Por eso algunas potencias podrían aprovechar cualquier pretexto para declararnos la guerra», afirmó.

Jrushchov les dijo a sus camaradas que estaba dispuesto a asumir el riesgo de una guerra, pero también que sabía cuál era la forma de evitarla. Aseguró que los aliados europeos de Estados Unidos y la opinión pública mundial impedirían a Kennedy responder con armas nucleares a un cambio en el estatus de Berlín. Dijo que De Gaulle y Macmillan nunca apoyarían una deriva belicista estadounidense que los acercara a una guerra, pues sabían que los objetivos principales de los soviéticos, teniendo en cuenta el alcance de los misiles de Moscú, estarían en Europa.

«Son personas inteligentes y lo entenderán», dijo.

A continuación Jrushchov detalló cómo iba a evolucionar la situación en Berlín cuando expirara el ultimátum de seis meses que tenía intención de lanzar en Viena. En primer lugar, firmaría un tratado de paz unilateral con la Alemania del Este, a la que cedería el control de todas las rutas de acceso al Berlín Oeste. «No nos enrocamos en Berlín Oeste, ni llevaremos a cabo ningún bloqueo», explicó, dando a entender que no ofrecerían ningún pretexto para una confrontación militar. «Demostraremos nuestra disposición a permitir el tráfico aéreo, con la condición de que los aviones occidentales aterricen en aeropuertos de la RDA [y no en Berlín Oeste]. No exigiremos una retirada de tropas; las consideraremos ilegales, pero no recurriremos a la fuerza para lograr su supresión. No impediremos el envío de alimentos y no cortaremos ninguna otra vía de comunicación. Observaremos una estricta política de no violación y de no intervención en los asuntos de Berlín Oeste. Por todo ello, no considero que poner punto final al estado de guerra y el régimen de

ocupación pueda desencadenar una guerra.»

Mikoyan fue el único que advirtió a Jrushchov de que la probabilidad de una guerra era mayor de la que el líder soviético preveía. Por respeto al líder soviético, sin embargo, sólo la tasó en un 10 por ciento, en comparación con el 5 por ciento que había aventurado Jrushchov. «En mi opinión, EEUU podría adoptar acciones militares sin necesidad de recurrir a las armas atómicas», dijo.

Jrushchov replicó que Kennedy temía tanto la guerra que no reaccionaría militarmente. Admitió ante el Presidium que a lo mejor deberían llegar a un acuerdo sobre Laos, Cuba o el Congo, donde el equilibrio de armamento convencional era menos claro, pero aseguró que la superioridad del Kremlin en Berlín era incuestionable.

Para mayor seguridad, sin embargo, Jrushchov ordenó al secretario de defensa, Rodión Malinovski, al jefe del Estado Mayor del Ejército Soviético, Matvéi Zajárov, y al comandante del Pacto de Varsovia, Andrei Grechko (presentes en la reunión) que «reexaminen a fondo la correlación de fuerzas en Alemania para determinar cuáles son nuestras necesidades». Jrushchov aseguró que estaba dispuesto a gastar los rublos necesarios. El primer paso era potenciar la artillería y el armamento básico para posteriormente acumular más armamento para la eventualidad de que la Unión Soviética recibiera más provocaciones. Quería que en dos semanas sus comandantes le entregaran un informe sobre sus planes para una operación en Berlín, y al cabo de seis meses esperaba poder acompañar sus duras palabras en Viena con un gran incremento de su capacidad militar.

Mikoyan advirtió a Jrushchov de que estaba colocando a Kennedy en una peligrosa encrucijada en la que podía no quedarle más remedio que responder militarmente. Mikoyan sugirió que Jrushchov permitiera que el tráfico aéreo continuara aterrizando en Berlín Oeste, algo que tal vez haría que la solución fuera más aceptable para Kennedy.

Jrushchov no estaba de acuerdo. Les recordó a sus camaradas que la Alemania del Este estaba en proceso de implosión. Miles de profesionales huían del país cada semana. Si no eran capaces de atajar aquella situación, Ulbricht se pondría aún más nervioso y, lo que era aún peor, surgirían dudas

entre los aliados del Pacto de Varsovia, que «percibirían incertidumbre y falta de coherencia en nuestra forma de actuar».

Jrushchov no sólo estaba dispuesto a cerrar el corredor aéreo, dijo mirando fijamente a Mikoyan, sino que daría órdenes de derribar cualquier avión aliado que intentara aterrizar en Berlín Oeste. «Nuestra posición es muy fuerte, pero aun así tendremos que intimidarlos. Si algún avión se acerca, tendremos que derribarlo. ¿Pueden responder con actos de provocación? Desde luego... Si ejecutamos esta política y si queremos que nos reconozcan, nos respeten y nos teman, debemos mostrarnos firmes.»

Jrushchov puso punto final al consejo de guerra con una conversación sobre si debía intercambiar regalos con Kennedy en Viena, tal como exigía el protocolo.

Los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores sugirieron que le entregara al presidente Kennedy doce latas del mejor caviar negro y discos de música soviética y rusa. Entre otros regalos, sus asesores habían pensado en un juego de café de plata para la señora Kennedy, aunque querían la aprobación de Jrushchov.

«Supongo que se pueden intercambiar regalos incluso antes de una guerra», respondió Jrushchov.

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

SÁBADO, 27 DE MAYO DE 1961

Kennedy despegó en medio de un temporal a bordo del Air Force One desde la base aérea de Andrews con destino a Hyannis Port. Faltaban tan sólo tres días para que aterrizara en París para reunirse con de Gaulle, y una semana para su cara a cara con Jrushchov en Viena. Su padre había decorado el dormitorio del presidente con fotos de mujeres voluptuosas, una broma entre dos mujeriegos para celebrar el 44 cumpleaños de su hijo.

Kennedy había decidido retirarse al complejo de su familia y participar brevemente en las celebraciones antes de enterrarse bajo varias toneladas de informes sobre los temas más diversos, desde el equilibrio nuclear hasta la

naturaleza psicológica de Jrushchov. Los servicios de inteligencia ofrecían la imagen de un hombre que se mostraría encantador para, acto seguido, intentar intimidarlo; un jugador empedernido que lo pondría a prueba; un marxista convencido que quería coexistir y al mismo tiempo competir; un líder cruel e inseguro de origen campesino, astuto y, sobre todo, imprevisible.

El presidente sólo esperaba que los informes sobre él de los que disponía Jrushchov no fueran tan reveladores. La espalda le dolía más que nunca y había empeorado más aún a causa de una lesión que había sufrido plantando un árbol durante una ceremonia en Canadá, hacía pocos días. En su equipaje, y junto con la documentación, iba a llevarse también procaína para la espalda, cortisona para la enfermedad de Addison y un cóctel de vitaminas, enzimas y anfetaminas para cuando le fallaran las energías y lo aquejaran otras dolencias.

Utilizaba muletas, aunque nunca en público, e iba de aquí para allá con paso renqueante, como un atleta lesionado preparándose para un partido de alta competición.

Viena: El niño mimado contra Al Capone

Estamos atrapados en una situación ridícula. Parece una estupidez estar al borde de una guerra atómica por un tratado que pretende preservar Berlín como la futura capital de una Alemania reunificada cuando todos sabemos que probablemente Alemania no volverá a reunificarse nunca. Pero ese acuerdo nos obliga, lo mismo que a los rusos, y por eso no podemos permitir que den marcha atrás.

El presidente KENNEDY dirigiéndose a sus asesores desde dentro de la
bañera,
1 de junio de 1961, París

EEUU no está dispuesto a normalizar la situación en el lugar más peligroso del mundo. La URSS quiere llevar a cabo una operación en este punto flaco para extirpar esta espina, esta úlcera, no para perjudicar los intereses de ninguna de las dos partes, sino para mayor satisfacción de todas las naciones del mundo.

El primer ministro JRUSHCHOV dirigiéndose al presidente Kennedy,
4 de junio de 1961, Viena

PARÍS

MIÉRCOLES, 31 DE MAYO DE 1961

A pesar de la adoración que le profesaron las multitudes parisinas, de los fastuosos banquetes franceses y de la atención de los miles de corresponsales que cubrían el viaje, el presidente Kennedy pasó sus mejores momentos en

París sumergido en una bañera gigante con el borde dorado, en la Habitación Real de un palacio del siglo XIX del Quai d'Orsay.

«Dios, deberíamos tener una bañera como ésta en la Casa Blanca», le dijo el presidente a su apagafuegos, Kenny O'Donnell, mientras se sumergía en el agua humeante para intentar aliviar su insoportable dolor de espalda. O'Donnell recordaría más tarde que la bañera era tan larga y ancha como una mesa de ping-pong. El asesor David Powers sugirió que si el presidente «sabía jugar sus cartas», a lo mejor De Gaulle se la regalaba como souvenir.

Así empezaron lo que los tres hombres denominaron sus «conversaciones de bañera», en el amplio cuarto de baño de la antigua residencia de Luis XIV, donde De Gaulle había decidido alojar a Kennedy durante su estancia de tres días, antes de proseguir el viaje hasta Viena. Durante las pausas en la apretada agenda del presidente, Kennedy se ponía en remojo y compartía sus experiencias más recientes con sus dos mejores amigos dentro de la Casa Blanca, veteranos ambos de la Segunda Guerra Mundial que habían colaborado en su campaña. Oficialmente, O'Donnell era el secretario de la Casa Blanca, pero su larga relación con los Kennedy se remontaba a la época en que había sido compañero de habitación de Bobby en Harvard. Powers era el afable chico para todo de Kennedy, que lo distraía y velaba por su puntualidad, y también porque nunca faltara una mujer en su cama.

Aquella mañana, entre medio millón y un millón de personas, según quien echara las cuentas (la policía francesa se mostró algo más conservadora que la oficina de prensa de la Casa Blanca) se habían echado a las calles para recibir a la pareja más famosa del mundo. Teniendo en cuenta las gélidas relaciones entre De Gaulle y los predecesores de Kennedy, Eisenhower y Roosevelt, el caluroso recibimiento que éste dispensó a Kennedy suponía un verdadero cambio. De Gaulle sospechaba que todos los líderes estadounidenses querían minar el liderazgo francés en Europa y suplantarlo por su propio liderazgo. Al mismo tiempo, sin embargo, no le importaba deleitarse con la celebridad de la que gozaban el presidente y su esposa, cuyas fotografías ocupaban las portadas de las principales revistas francesas. La diferencia de edad también ayudaba, pues le permitía a De Gaulle adoptar el papel del hombre sabio y legendario (algo que sin duda prefería) que aceptaba a aquel joven estadounidense bajo

su tutela.

En el aeropuerto de Orly, a las diez de la mañana, De Gaulle recibió a Kennedy con una gigantesca alfombra escarlata, flanqueado por cincuenta Citroën negros y un destacamento montado de la Guardia Republicana. *Le Général*, con su metro noventa y cinco y ataviado con un traje informal, se levantó en su limusina descapotable mientras la banda interpretaba «La Marsellesa».

«Uno al lado del otro», escribió el *New York Times*, «los dos hombres pasaron el día visitando París, con una combinación de edad y juventud, de grandeza e informalidad, misticismo y pragmatismo, serenidad y entusiasmo.»

En el boulevard Saint-Michel, en la *Rive Gauche* del Sena, la ovación adquirió tales proporciones que De Gaulle persuadió al presidente estadounidense para que se levantara del asiento trasero de la limusina, lo que provocó un clamor todavía mayor. A pesar del frío viento, Kennedy iba con la cabeza descubierta y con apenas un abrigo ligero. No iba mejor preparado para el frío cuando, aquella tarde, la lluvia sorprendió a los dos hombres mientras avanzaban a toda velocidad por la avenida de los Campos Elíseos, una indignidad que De Gaulle soportó sin quejarse.

Pero detrás de todo aquel engañoso teatro había un presidente estadounidense que estaba a punto de abordar la semana más importante de su presidencia como un comandante en jefe herido y agotado, en absoluto preparado para lo que lo esperaba en Viena. Jrushchov iba a hurgar en los puntos flacos de Kennedy tras la debacle de Bahía Cochinos. Desde luego tendría donde elegir.

Dentro de su país, Kennedy debía enfrentarse a los conflictos raciales que habían estallado en el sur de EEUU, donde los afroamericanos estaban más decididos que nunca a poner fin a dos siglos de opresión. El principal problema en aquel momento giraba alrededor de los «Freedom Riders», cuyos intentos por acabar con la segregación en los medios de transporte interestatales habían recibido el apoyo poco entusiasta de la administración Kennedy y se encontraba con la oposición de dos tercios de los estadounidenses.

En el exterior, el fracaso de Kennedy en Cuba, el conflicto sin resolver en

Laos y las divergencias crecientes sobre Berlín añadían aún más tensión a aquel viaje con parada en París y Viena. Kennedy tenía muy presente la situación de Berlín incluso mientras intentaba abordar los problemas raciales que aquejaban a EEUU. Cuando el padre Theodore Hesburgh, miembro de su Comisión de Derechos Civiles, preguntó al presidente sobre sus reticencias a la hora de poner punto final a la segregación racial en EEUU, Kennedy respondió: «Mire, padre, es posible que tenga que mandar a la Guardia Nacional de Alabama a Berlín mañana mismo y, la verdad, preferiría no tener que hacerlo en medio de una revuelta interna».

[En lo que parecía otro de los infortunios](#) de los primeros compases de su presidencia, Kennedy se había vuelto a dañar seriamente los músculos de la espalda mientras ayudaba a plantar un árbol en Ottawa, en el marco de una ceremonia tradicional, y el dolor había empeorado aún más durante el largo vuelo a Europa. Era la primera vez que usaba muletas desde su operación de fijación vertebral en 1954. Para proteger su imagen, Kennedy se negaba a utilizar las muletas en público, lo que puso más presión aún en su espalda e hizo que sus dolores empeorasen estando en Francia.

[La doctora personal de Kennedy](#), Janet Travell, que lo acompañó a París, estaba preocupada por sus crecientes padecimientos y el impacto que el tratamiento al que se sometía podía tener sobre su humor y su entereza durante el viaje. El presidente ya tomaba cinco baños o duchas calientes al día para aliviar sus dolores. Aunque los estadounidenses no lo sabían, la verdadera función de su famosa mecedora del Despacho Oval era aliviar los pinchazos en la zona lumbar, donde los médicos llevaban casi una década inyectándole procaína, un potente derivado de la novocaína. Travell lo trataba también por deficiencias suprarrenales crónicas, fiebres, alto nivel de colesterol, insomnio y problemas estomacales, de colon y de próstata.

Años más tarde, Travell recordaría que París supuso el principio de «un período muy duro». Travell le administraba a Kennedy entre dos y tres inyecciones diarias en París. El doctor de la Casa Blanca, el almirante George Burkley, estaba preocupado porque la procaína aliviaba el dolor del presidente provocándole un breve entumecimiento, al que seguía un dolor aún mayor, lo que requería dosis cada vez más potentes y una cantidad mayor de

narcóticos. Burkley había recomendado ejercicio y terapias físicas, pero Kennedy prefería el alivio inmediato que le proporcionaban los medicamentos.

Travell mantenía un «Historial de Administración de Medicamentos» para no perder la cuenta del cóctel de píldoras e inyecciones que administraba al presidente: penicilina para las infecciones urinarias y los abscesos perirrenales, Tuinal para ayudarlo a dormir, Transentine para controlar la diarrea y la pérdida de peso, y una combinación de remedios que incluían testosterona y fenobarbital. Lo que no registraba, en cambio, era la administración menos convencional de medicamentos aún menos convencionales que viajaron en secreto de París a Viena.

Conocido como «Dr. Feelgood» por sus célebres pacientes, entre los que se contaban Tennessee Williams y Truman Capote, el Dr. Max Jacobson administraba inyecciones que contenían hormonas, células orgánicas animales, esteroides, vitaminas, enzimas y, sobre todo, anfetaminas para combatir la fatiga y la depresión.

Kennedy estaba tan satisfecho con los remedios de Jacobson que se los recomendó a su mujer Jackie tras el difícil parto de su hijo John-John en noviembre, y también para estimular su nivel de energía en vísperas de su viaje a París. Antes de la lujosa cena de estado con De Gaulle en Versalles, el Dr. Feelgood le administró a Kennedy la inyección de costumbre. A continuación, el menudo doctor, de mejillas sonrosadas y pelo negro, cruzó la suite de la pareja presidencial y entró en el dormitorio de Jackie, que acababa de elegir un elegante vestido francés diseñado por Givenchy en detrimento de otro diseñado por el estadounidense Oleg Cassini, decisión con la que pretendía subrayar su conexión con el país que los acogía.

La primera dama despejó la habitación para la llegada del Dr. Jacobson, que le clavó la jeringuilla en la espalda y le inyectó un fluido diseñado especialmente para hacerla brillar durante la cena de cinco platos y postre en el Salón de los Espejos. Años más tarde Truman Capote elogiaría los tratamientos de Jacobson: «Te sientes como Superman. Es como si volaras, las ideas acuden a tu mente a la velocidad de la luz. Puedes trabajar durante 722 horas seguidas sin ni siquiera tomarte un café».

Sin embargo, los mejunjes administrados al comandante en jefe justo antes de su crucial encuentro con el líder soviético podían tener consecuencias nefastas para la seguridad nacional. Aparte de la naturaleza adictiva de aquellos productos, entre sus efectos secundarios potenciales había hiperactividad, hipertensión, problemas de cálculo y nervios. Entre una dosis y la siguiente, el estado anímico de Kennedy podía oscilar del exceso de confianza a los ataques de depresión.¹

A instancias de Bobby, el presidente entregaría más tarde muestras de los combinados de Jacobson a la Dirección de Alimentos y Estupefacientes para un análisis. Kennedy reaccionó con indiferencia cuando la FDA (la Administración de Alimentos y Medicamentos) lo informó de que el Dr. Feelgood le estaba administrando esteroides y anfetaminas. «Por mí como si quiere pincharme meados de burra», dijo Kennedy. «Lo importante es que funciona.»

Al preparar la estrategia de su visita a París, Kennedy se había fijado tres objetivos principales, todos ellos relacionados con Viena y su impacto sobre la situación en Berlín. En primer lugar, quería oír la opinión de De Gaulle sobre la que, a su parecer, era la mejor forma de abordar a Jrushchov en Viena. En segundo lugar, quería conocer las recomendaciones del líder francés para los aliados en caso de una eventual crisis en Berlín, que Kennedy empezaba a considerar probable. Finalmente, Kennedy quería aprovechar su visita a París para mejorar su imagen pública y llegar a Viena en una condición de mayor fortaleza.

Cuando Kennedy informó a De Gaulle de las amenazas de Jrushchov sobre Berlín transmitidas a Thompson en el marco de las Ice Capades, De Gaulle hizo un gesto de desprecio con la mano. «El señor Jrushchov lleva años diciendo una y otra vez que su prestigio depende de la resolución de la cuestión de Berlín», afirmó en tono desdeñoso, «y que necesita una solución antes de seis meses, luego seis meses más, y luego seis más.» El líder francés se encogió de hombros. «Si hubiera querido iniciar una guerra por Berlín, ya habría pasado a la acción.»

De Gaulle le confesó a Kennedy que, en primer lugar, él consideraba Berlín una cuestión psicológica: «Resulta irritante para ambas partes que

Berlín esté ubicado donde está, pero es lo que hay», dijo.

La reunión entre Kennedy y De Gaulle apuntaba ya mucho mejor que los anteriores encuentros entre un presidente estadounidense y el líder francés. [Eisenhower había advertido a Kennedy](#) de que De Gaulle iba a debilitar la Alianza Atlántica con su actitud nacionalista hacia EEUU y la OTAN. Franklin Roosevelt había comparado el malhumor de De Gaulle con el de Juana de Arco. «A medida que me voy haciendo mayor», le había dicho Eisenhower a Kennedy, «más asco me dan; no los franceses, sino sus gobernantes.»

[En contraste con sus predecesores](#), Kennedy contaba con dos puntos favorables a la hora de tratar con el líder francés: su predisposición a aceptar el paternalismo de De Gaulle y el impacto que causaba en la vanidad del general el hecho de que su mujer hubiera estudiado en la Sorbona y hablara un francés fluido. Después de que, durante la cena, Jacqueline departiera amablemente con De Gaulle sobre los Borbones y Luis XVI, De Gaulle se volvió hacia Kennedy y, entusiasmado, le dijo: «Su esposa sabe más sobre la historia de Francia que la mayoría de francesas».

[De vuelta sano y salvo a su bañera dorada](#), Kennedy les dijo a sus amigos: «De Gaulle y yo nos llevamos muy bien, seguramente porque mi mujer es encantadora».

ESTACIÓN KIEVSKY, MOSCÚ

SÁBADO, 27 DE MAYO DE 1961

[Mientras Kennedy sobrevivía como podía](#) al torbellino parisino, Jrushchov realizaba el viaje de 2.000 kilómetros entre Moscú y Viena de forma mucho más apacible, a bordo de un tren de seis vagones especialmente equipados. Durante el trayecto, se detuvo en Kíev, Praga y Bratislava para intercambiar ideas con los líderes de las diferentes repúblicas soviéticas.

[Diversas células del Partido Comunista](#) habían logrado reunir una multitud de miles de personas que se despidieron de él en la estación Kievsky, donde Jrushchov hizo un último aparte con el embajador Thompson antes de partir. Este último intentó introducir una forzada nota de optimismo en el telegrama

que informaba de la breve conversación: «[Creo que Jrushchov quiere que el encuentro](#) con el presidente sea placentero», escribió, «y tengo la sensación de que, en la medida de lo posible, su deseo es lanzar alguna propuesta o adoptar una postura que permita mejorar el ambiente y las relaciones. Sin embargo, me resulta muy difícil imaginar de qué puede tratarse».

Cuando Jrushchov se disponía a subir al tren, una chica se le acercó y le entregó un ramo de rosas rojas. Impulsivo como siempre, Jrushchov llamó a la mujer del embajador estadounidense, Jane, y le entregó las flores ante la ovación de los reunidos.

[Sin mucha confianza, Thompson](#) declaró ante los medios: «Espero que todo vaya bien». En privado, sin embargo, Thompson empezaba a temer que Kennedy se estuviera metiendo en una emboscada en cuanto a Berlín. La última información en ese sentido era el estridente editorial del periódico del gobierno, *Izvestia*, que el mismo día de la partida de Jrushchov aseguraba que la Unión Soviética no podía seguir esperando un acuerdo con los países occidentales antes de tomar cartas en la ciudad dividida.

[Hinchado de orgullo, Jrushchov](#) saludó a las entusiastas multitudes que se agolpaban junto a las vías en cada estación por la que pasaba el tren, muchas de ellas decoradas con pancartas, pósteres y serpentinas. Jrushchov quedó particularmente conmovido por una pancarta carmesí que colgaba en la estación de Mukachevo, un pueblo ucraniano cercano a su lugar de nacimiento. El mensaje, escrito en ucraniano, decía: ¡LARGA VIDA, QUERIDO NIKITA SERGÉYEVICH!

En Kíev, miles de personas lo aclamaron mientras visitaba la ciudad y depositaba una corona en la tumba de su amado poeta Taras Shevchenko. En Čierna, su primera parada en Checoslovaquia, el líder del partido del país, Antonín Novotný, se había asegurado de que su retrato colgara junto al de Jrushchov en cada esquina. Una banda de música interpretó los himnos nacionales de ambos países con estruendo de platillos y trompetas. Uniformados miembros de los Jóvenes Pioneros, la organización de juventudes del partido, llenaron los brazos de Jrushchov de flores, mientras varias muchachas hermosas le hacían la tradicional ofrenda de bienvenida, consistente en pan y sal.

Sus anfitriones en Bratislava coreografiaron estratégicamente la última parada del líder soviético antes de llegar a Viena. En todos los edificios públicos colgaban pancartas en las que podía leerse: «GLORIA A JRUSHCHOV, INQUEBRANTABLE PALADÍN DE LA PAZ». Él y Novotný hablaron ante la multitud sobre la necesidad de encontrar una «solución final» al problema de Berlín, ajenos a los paralelismos que pudiera haber con la «solución final» de Hitler para los judíos. Los habitantes locales celebraron la víspera de la Cumbre de Viena con fuegos artificiales sobre el castillo medieval de la antigua ciudad de Trenčín, donde en abril de 1945 las tropas soviéticas habían capturado el cuartel general de la Gestapo.

En una decisión cautelosa, Jrushchov retrasó la salida de su tren a Viena hasta las dos de la tarde, cuatro horas después de lo previsto. Tras recibir la noticia de que una multitud había aclamado a Kennedy en París, los asesores de Jrushchov concluyeron que para que el líder soviético gozara de una recepción digna en Viena debían llegar más tarde, para que los sindicatos pudieran reunir a sus trabajadores al final de la jornada laboral.

PARÍS

MIÉRCOLES, 31 DE MAYO DE 1961

En su papel de tutor autoproclamado, De Gaulle le contó a Kennedy cómo había manejado a Jrushchov en sus momentos más furibundos. El líder francés advirtió a Kennedy de que era inevitable que Jrushchov amenazara con la guerra en un momento u otro durante sus conversaciones en Viena.

De Gaulle recordó sus palabras al líder soviético: «Usted finge que busca la distensión. Si ése es el caso, actúe con distensión. Si quiere la paz, inicie unas negociaciones de desarme general. Dadas las circunstancias, la situación mundial puede cambiar poco a poco y entonces podremos resolver la cuestión de Berlín y de toda Alemania. En cambio, si insiste en abordar la cuestión alemana en el contexto de la guerra fría, no habrá solución posible. ¿Qué es lo que quiere? ¿Una guerra?».

Jrushchov le había respondido a De Gaulle que no quería ninguna guerra.

«En ese caso», había respondido el líder francés, «no haga nada que pueda precipitarla.»

Pero Kennedy no creía que tratar con Jrushchov fuera a ser tan sencillo. El presidente estadounidense le dijo al líder francés que, por ejemplo, era consciente de que De Gaulle quería armas nucleares porque dudaba que EEUU fuera a arriesgar Nueva York por París (por no hablar ya de Berlín) iniciando un intercambio atómico con Moscú. Si el propio general tenía tan serias dudas acerca de la determinación de su aliado estadounidense, ¿por qué iba Jrushchov a pensar de otra forma?, se preguntaba Kennedy.

Pero De Gaulle no dio su brazo a torcer; en aquel momento lo importante era transmitir un mensaje de determinación a Jrushchov, independientemente de si el líder francés se lo creía o no. «Es importante demostrar que no tenemos intención de permitir que la situación cambie», dijo De Gaulle. «*Cualquier* paso atrás en Berlín, *cualquier* cambio de estatus, *cualquier* retirada de tropas, *cualquier* nuevo obstáculo al transporte y las comunicaciones significaría la derrota. El resultado sería la pérdida prácticamente completa de Alemania y también pérdidas muy sensibles en Francia, Italia y otros países.» Además, le dijo De Gaulle a Kennedy, «si [Jrushchov] quiere una guerra, debemos dejarle claro que tendrá guerra». El líder francés confiaba en que si Kennedy demostraba firmeza ante los dictados soviéticos, Jrushchov no se arriesgaría a provocar una confrontación militar.

Pero lo que más preocupaba a De Gaulle era que el enfoque soviético y de la Alemania del Este pasara por erosionar poco a poco la posición occidental en Berlín hasta que «perdamos sin haber perdido de forma obvia, pero de una forma que resulte evidente para todo el mundo. En particular, la población de Berlín no está compuesta exclusivamente de héroes; si adoptamos una actitud que los berlineses interpretan como de debilidad por nuestra parte, es posible que empiecen a abandonar la ciudad y que ésta se convierta en un cascarón vacío del que el bloque del Este pueda apoderarse sin más».

Kennedy se dio cuenta de que la vehemencia de De Gaulle respecto a Berlín podía deberse al hecho de que Francia no tenía que apoyar a los estadounidenses en la costosa seguridad de la ciudad. De Gaulle se mostraba tan impreciso al hablar de posibles soluciones que Kennedy intentó obtener

una respuesta más detallada. El presidente americano dijo que él era un hombre práctico y que quería que De Gaulle especificara en qué momento concreto consideraba el líder francés que estaba justificado ir a la guerra.

De Gaulle dijo que no iría a la guerra por ninguna de las hipótesis que se barajaban en aquellos momentos: que los soviéticos firmaran un tratado de paz unilateral con la Alemania del Este o que modificaran los derechos de las cuatro potencias para conceder una mayor soberanía a la Alemania del Este sobre el Berlín Este (transfiriéndoles, por ejemplo, la autoridad para sellar pasaportes en los cruces fronterizos). «Ninguna de esas posibilidades constituye motivo suficiente para una respuesta militar por nuestra parte», dijo.

Kennedy decidió insistir: «¿De qué forma, pues, y en qué momento haríamos efectiva nuestra presión?». El presidente se quejó de que los soviéticos y los alemanes del Este tenían muchas formas de complicar la situación en Berlín, tal vez provocando incluso la ruina de Berlín Oeste recurriendo a métodos que no podían merecer una respuesta occidental. «¿Cómo respondemos a eso?», se preguntó.

De Gaulle dijo que las potencias occidentales sólo podían responder militarmente si los soviéticos o la Alemania del Este adoptaban medidas militares. «Si [Jrushchov] o sus lacayos utilizan la fuerza para cortar las comunicaciones con Berlín, entonces deberemos recurrir a la fuerza», dijo.

Kennedy se mostró de acuerdo, aunque no compartía la opinión de De Gaulle de que una debilitación de la posición occidental en Berlín fuera a suponer un desastre; el líder francés aseguró que esa eventualidad supondría un golpe «que tal vez no sería mortal, pero sí grave» tanto para la Alemania Federal como para el resto de Europa.

Kennedy le pidió consejo a De Gaulle sobre la mejor forma de convencer a Jrushchov en Viena sobre la firmeza del bloque occidental, más aún teniendo en cuenta que el líder soviético dudaba de la determinación estadounidense a raíz del fiasco de Bahía Cochinos. Kennedy deseaba conocer la opinión del líder francés acerca de los planes de contingencia estadounidenses y aliados, que pasaban por responder a un hipotético nuevo bloqueo en Berlín con una demostración de fuerza equivalente por parte de sus compañías y, si con eso no bastaba, de sus brigadas.

Teniendo en cuenta la superioridad convencional soviética alrededor de Berlín, le dijo De Gaulle a Kennedy, lo único que podía disuadir a los soviéticos era la determinación de utilizar armas nucleares, que era precisamente lo que el presidente quería evitar.

«Debemos dejar claro que cualquier confrontación alrededor de Berlín supondrá una guerra global», dijo De Gaulle.

Para cuando llegó el momento del banquete en el Palacio del Elíseo aquella noche, Jack y Jackie, como los llamaba la prensa francesa, habían cautivado ya a todo el país. El presidente y la primera dama ocuparon su lugar junto a trescientos invitados más en la sala de los espejos, alrededor de una mesa enorme cubierta con un único mantel de organdí de seda blanco con bordados dorados que provocó el asombro de los Kennedy, que no comprendían cómo era posible crear una pieza como aquélla. La orquesta sinfónica de la Guardia Republicana interpretó piezas de todo tipo, de Gershwin a Ravel, aunque todas ellas revelaban los profundos vínculos entre EEUU y Francia.

[Kennedy bromeó sobre lo mucho que Francia](#) había influido en su vida: «Duermo en una cama francesa y por la mañana un chef francés me sirve el desayuno. Luego voy a mi despacho y mi secretario de prensa Pierre Salinger me comunica las malas noticias del día, aunque no en su idioma materno [el francés], y luego estoy casado con una hija de Francia».

[A través de la amplia cristalera](#) se divisaba una tarde lluviosa en la que los jardines de los palacios y las fuentes adoptaban un tono verde esmeralda bajo la luz de las farolas. La recepción posterior a la cena fue más numerosa y contó con 2.000 invitados, que el *Washington Post* describió como «indescribiblemente elegantes». Los hombres lucían fajines de colores, y enormes estrellas y cruces en las solapas de sus fracs; las mujeres llevaban guantes largos y joyas, y había un puñado de duquesas viudas que lucían sus diademas de diamantes.

[Sin embargo, la estrella de la noche](#) fue Jackie, ataviada con un vestido estilo directorio rosa palo y puntillas blanco hueso. Alexandre, el peluquero de la élite parisina, le confesó entre susurros al corresponsal del *New York*

Times que le había cortado las puntas a la primera dama y le había arreglado el flequillo para darle un aire «a lo Madonna gótica». Para la cena del día siguiente en Versalles, Alexandre prometió algo que evocara la época de Luis XIV, con el pelo sujeto con horquillas en forma de llamas para «darle aspecto de hada».

La madre de Kennedy, Rose, «delgada como una varita mágica», llevaba un vestido largo de Balenciaga, de seda blanca con flores rosadas y diamantes auténticos en el centro. Los rotativos europeos subrayaron entusiasmados lo europeos que eran todos los Kennedy.

Durante su «conversación de bañera» del día siguiente, Kennedy comentó con sus amigos la afirmación de De Gaulle en el sentido de que Occidente no podría preservar la libertad de Berlín Oeste si no estaba dispuesto a utilizar las armas nucleares.

«Estamos atrapados en una situación ridícula», dijo Kennedy por entre el vapor de agua. «Parece una estupidez estar al borde de una guerra atómica por un tratado que pretende preservar Berlín como la futura capital de una Alemania reunificada cuando todos sabemos que probablemente Alemania no volverá a reunificarse nunca. Pero ese acuerdo nos obliga, lo mismo que a los rusos, y por eso no podemos permitir que den marcha atrás.»

VIENA

SÁBADO, 3 DE JUNIO DE 1961

La avanzadilla de Kennedy había preparado la llegada del presidente a Viena de tal modo que fastidiara a Jrushchov, que se había mostrado celoso ante su equipo por la popularidad creciente de Kennedy. Cuanto más se habían opuesto los soviéticos a que Kennedy realizara una llegada triunfal en el aeropuerto o tomara parte en un desfile motorizado, más había insistido en ello O'Donnell. Ante cada nueva objeción soviética, él añadía más limusinas y banderas.

Viena disfrutaba viendo cómo los dos hombres se disputaban su atención. Ningún encuentro anterior entre jefes de estado había levantado tanta expectación entre la prensa internacional. Por lo menos 1.500 corresponsales, con su material y sus equipos, iban a cubrir las reuniones entre los dos mandatarios.

Los fotógrafos inmortalizaron frenéticamente el histórico primer encuentro entre los dos hombres, que tuvo lugar a las 12.45 sobre la alfombra roja que cubría las escalinatas de la residencia del embajador de EEUU, donde posaron bajo el baldaquín del edificio de estuco gris con columnas de piedra marrón. Detrás de ellos había un patio circular de piedra, oculto a la vista del público por densos abetos y sauces llorones empapados por la lluvia del día.

Unos minutos antes, el premier soviético había sacado sus cortas piernas de la limusina soviética negra mientras Kennedy bajaba ágilmente por las escaleras para recibirlo. El presidente estadounidense no dio muestras de sufrir el dolor crónico que lo aquejaba, y que mantenía a raya a base de inyecciones y pastillas, y gracias también a un ceñido corsé. Tras tantas expectativas, el encuentro inicial entre Kennedy y Jrushchov resultó inevitablemente incómodo.

Utilizando el tono típico de las campañas electorales, Kennedy saludó al líder soviético con bostoniana efusión: «¿Qué tal está? Me alegro de verlo».

«El placer es mutuo», respondió Jrushchov a través de su intérprete.

[La calva del líder soviético](#) llegaba apenas a la altura de la nariz de Kennedy. O'Donnell explicaría más tarde lo mucho que lamentó no tener a mano una cámara cinematográfica para documentar el momento, pues tuvo la sensación de que Kennedy estaba estudiando «al achaparrado líder soviético» de forma demasiado evidente.

Kennedy dio un paso hacia atrás y, con una mano en el bolsillo, examinó a Jrushchov de pies a cabeza, sin ocultar su curiosidad. A pesar de que los fotógrafos les pedían a gritos que volvieran a posar dándose la mano, Kennedy seguía observando a Jrushchov como si fuera un cazador que, tras años siguiéndole la pista, se hubiera topado de repente con una bestia rara.

El líder soviético le dijo algo en voz baja al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko y todos entraron en la embajada.

Tras el primer encuentro entre Kennedy y Jrushchov, el periodista del *New York Times* Russell Baker reflexionó sobre lo mucho que debían de haber cambiado las saluciones en Viena desde que, hacía 146 años, Metternich, Talleyrand y otros líderes europeos se reunieran para forjar un siglo de estabilidad europea durante el Congreso de Viena. «Aquí, en la cuna del vals, la sensiblería, los perritos calientes y los Habsburgo, los dos hombres más poderosos del mundo se han reunido hoy en una sala de música», añadió.

El *Wall Street Journal* presentó a los dos hombres como dos pesos pesados subiendo a un ring de boxeo. «El presidente estadounidense es un hombre de una generación más joven y, a diferencia de Jrushchov, que creció en la escuela de la vida, altamente educado, con sus principales ambiciones políticas ante él y no a sus espaldas. Desde luego, el enfrentamiento entre estos dos hombres, tan poderosos como lo eran Napoleón y el zar Alejandro I cuando se encontraron en 1807 en una balsa sobre el río Niemen para revisar el mapa de Europa, sobre el trasfondo de la vieja ciudad de Viena, ese antiguo centro de poder convertida hoy en la capital de un pequeño estado que sólo desea que lo dejen en paz, no está exento de dramatismo.»

El *Wall Street Journal* opinaba que «el menos malo» de los resultados posibles de la cumbre sería que Kennedy se ciñera a su promesa de que sólo había acudido a Viena para conocer a Jrushchov, y que no tenía intención de negociar con él sobre Berlín ni sobre nada más.

También los periódicos europeos se hicieron eco de la repercusión histórica del momento. El influyente rotativo suizo *Neue Zürcher Zeitung* lamentaba que, en contra de los consejos expresados desde sus páginas, Kennedy hubiera acudido poco preparado a reunirse con el impenitente líder del Kremlin. El periódico intelectual alemán *Die Zeit* informó desde Viena de que «la cuestión a la que se enfrenta Occidente es la misma que describió Demóstenes en sus discursos a los atenienses contra Filipo de Macedonia: si un hombre se presenta ante ti con un arma en la mano y a la cabeza de un gran ejército, y afirma venir en son de paz cuando en realidad viene a hacer la guerra, ¿qué otra cosa puedes hacer sino adoptar una posición defensiva?».

Seis años antes, los austriacos habían firmado el tratado para la creación de su estado con los cuatro aliados, lo que les había permitido escapar al

destino de sus vecinos, adheridos al Pacto de Varsovia, y establecer un país libre, soberano, democrático y neutral. Por ello, los vieneses se mostraron entusiasmados de que su ciudad se convirtiera en el escenario neutral de una asamblea de superpotencias. Herbert von Karajan dirigía a Wagner en la Staatsopera, y los vieneses llenaban cafés y calles, chismorreando sobre la posibilidad de atisbar fugazmente a sus visitantes.

La adolescente vienesa [Monika Sommer](#) escribió en su diario que ella y sus amigas consideraban a Kennedy un «ídolo pop», afirmó que había colgado su fotografía de la pared de su dormitorio y se lamentó de que su país no ofreciera modelos de conducta semejantes. La adolescente Veronika Seyr se mostraba más inquieta por todo el bombo y platillo que rodeaba la cumbre. Tras ser testigo directo de la brutalidad soviética en Budapest durante la ofensiva soviética de cinco años atrás, el aumento de la presencia policial en Viena la asustó. Desde lo alto de un cerezo vio como los cazas y helicópteros soviéticos empezaban a describir círculos sobre la ciudad a la llegada de Jrushchov. Aterrorizada ante la posibilidad de una nueva invasión, escribió, había caído del árbol y se había quedado en el suelo, tendida boca arriba durante un buen rato, «como un escarabajo», sin dejar de contemplar los helicópteros que volaban sobre su cabeza.

[Previendo dos largos días](#) de tira y afloja, Kennedy inició sus conversaciones con Jrushchov charlando sobre su primer encuentro en el Comité de Relaciones Extranjeras del senado en 1959, durante la primera visita del líder soviético a Estados Unidos.

Soltándole la primera de las muchas pullas que caracterizarían sus conversaciones, Jrushchov dijo que recordaba la reunión, aunque «apenas había tenido ocasión de decir hola y adiós» a Kennedy porque el senador había llegado tardísimo. El líder soviético le recordó a Kennedy que ya entonces había comentado que había oído que Kennedy era un político joven y prometedor, algo que demostraba su buen ojo.

Kennedy le recordó a Jrushchov que en esa misma ocasión había dicho también que Kennedy parecía demasiado joven para ser un senador.

El líder soviético puso en duda la memoria de Kennedy. Sin inmutarse, el líder soviético aseguró que él no decía «ese tipo de cosas, pues la gente joven quiere parecer mayor y la gente mayor quiere parecer joven». Jrushchov explicó también que él mismo había tenido siempre un aspecto joven para su edad, a pesar de haber encanecido de forma prematura a los veintidós años. El líder soviético bromeó diciendo que «le encantaría poder compartir su edad con el presidente estadounidense o incluso ocupar su lugar».

Ya en aquel intercambio inicial, Jrushchov marcó el tono y el ritmo de la conversación, respondiendo a las breves observaciones y preguntas de Kennedy con intervenciones más largas. Para contar con una cierta ventaja inicial, el equipo del presidente Kennedy había propuesto que el primer encuentro tuviera lugar en la residencia del embajador estadounidense, algo a lo que los soviéticos habían accedido con la condición de que las conversaciones se trasladaran a territorio soviético el segundo día. Sin embargo, era Jrushchov quien se desenvolvía como si estuviera en su casa.

En un intento por recuperar el control de la situación, Kennedy esbozó lo que esperaba de aquellas conversaciones; dijo que quería que sus dos poderosos países (aunque «estuvieran aliados con otros países, se rigieran por diferentes sistemas sociales y políticos, y compitieran entre ellos en distintas partes del mundo») encontrasen la forma de evitar situaciones que pudieran conducir a conflictos.

Jrushchov respondió detallando lo que él denominaba sus repetidos esfuerzos «por fomentar una relación amistosa con Estados Unidos y sus aliados». Al mismo tiempo, dijo, «la Unión Soviética no desea alcanzar ningún acuerdo con EEUU a expensas de otras naciones, pues dicho acuerdo no traería la paz».

Los dos hombres acordaron aplazar cualquier discusión sobre Berlín para el segundo día, de modo que las conversaciones iniciales se centraron en la relación general entre ambos países y en temas de desarme.

Jrushchov afirmó que su principal preocupación era que EEUU estuviera intentando imponer su superioridad económica sobre los soviéticos de una forma que pudiera desencadenar un conflicto, una referencia velada a la creciente dependencia del bloque soviético respecto a la industria y los

créditos occidentales. El líder soviético afirmó que con el tiempo iba a lograr que su país fuera más rico que EEUU, pero no actuando como un depredador, sino aprovechando mejor sus recursos.

Khrushchov no prestó demasiada atención al comentario de Kennedy sobre lo mucho que lo había impresionado la tasa de crecimiento económico soviético antes de retomar de nuevo el control de la conversación. El líder soviético se quejó de que John Foster Dulles, secretario de estado de Eisenhower entre 1953 y 1959 y antisoviético declarado, hubiera intentado liquidar el comunismo. Dijo que Dulles, cuyo nombre escupió como si de una palabrota se tratara, se había resistido «tanto de facto como de *iure*» a reconocer que la coexistencia de ambos sistemas era posible. Khrushchov le aseguró a Kennedy que durante sus conversaciones «no intentaría convencer al presidente de las ventajas del comunismo y que el presidente podía evitar también perder el tiempo tratando de convertirlo a él al capitalismo».

En las reuniones previas a la cumbre, el embajador Thompson había aconsejado a Kennedy que evitara los debates ideológicos con Khrushchov, algo que sólo serviría para desperdiciar un tiempo valioso ante un viejo comunista con toda una vida de experiencia en debates dialécticos. Sin embargo, Kennedy llegó a Viena demasiado convencido de sus poderes de persuasión como para resistirse a la tentación.

Las observaciones de Khrushchov, señaló Kennedy, ponían de manifiesto «un problema muy importante». El presidente aseguró que era «un objeto de gran preocupación para nosotros» que Khrushchov considerara aceptable eliminar los sistemas de libertad en los países asociados con Estados Unidos pero protestara ante cualquier intento occidental por revertir el comunismo dentro de la esfera de influencia soviética.

En su tono de voz más calmado, Khrushchov le dijo a Kennedy que aquella era «una interpretación incorrecta de la política soviética»; la Unión Soviética no imponía su sistema sobre los demás, dijo, sino que se limitaba a cabalgar sobre la ola del cambio histórico. A continuación, Khrushchov ofreció una lección de historia que abarcó desde el feudalismo hasta la Revolución Francesa. Aseguró que estaba convencido de que el sistema soviético triunfaría por sus propios méritos, aunque añadió que estaba seguro de que

Kennedy pensaba justamente lo contrario. «En cualquier caso, esto no puede ser motivo de discusión y mucho menos justificar una guerra», concluyó.

Empeñado en desoír los consejos de sus expertos, Kennedy insistió en enfrentarse al líder soviético en el plano ideológico. El presidente explicaría más tarde que tenía la sensación de que debía plantarle cara a Jrushchov en el debate ideológico para que éste lo tomara en serio en otros asuntos. «Nuestra postura se basa en que la gente debe tener libertad para elegir», le dijo Kennedy a Jrushchov. Lo que preocupaba al presidente era que gobiernos minoritarios que no representaban la voluntad popular (dirigidos por amigos de Moscú) se hicieran con el control en puntos de interés para EEUU. «La URSS cree que se trata de un imperativo histórico», dijo Kennedy, una opinión que EEUU no compartía. A Kennedy lo preocupaba que ese tipo de situaciones pudieran desencadenar un conflicto militar entre la URSS y EEUU.

Jrushchov se preguntó si Kennedy pretendía «construir una presa para contener el desarrollo de la mente y la conciencia humanas». Porque eso, aseguró Jrushchov, escapaba a «las capacidades del hombre. La Inquisición española quemaba a quienes no compartían sus opiniones, pero las ideas de éstos no ardieron y, con el tiempo, terminaron triunfando. Por ello, si empezamos a enfrentarnos a determinadas ideas, los conflictos y los desacuerdos entre ambos países serán inevitables».

El líder soviético estaba disfrutando del intercambio dialéctico. En un delicado intento por encontrar un punto de acuerdo, Kennedy afirmó que el comunismo podía mantenerse vigente donde ya estaba implantado, en lugares como Polonia y Checoslovaquia, pero que era inaceptable que se extendiera a cualquier lugar donde los soviéticos aún no estuvieran presentes. Al leer la transcripción de la reunión, los funcionarios del gobierno estadounidense se mostrarían estupefactos: el presidente Kennedy había ido más lejos que cualquiera de sus predecesores al expresar su disposición a aceptar la división de Europa en dos ámbitos de influencia. Aparentemente, Kennedy estaba sugiriendo que estaba dispuesto a hipotecar el futuro de quienes anhelaban la libertad en los países miembros del Pacto de Varsovia a cambio de que el Kremlin renunciara a su deseo de expandir el comunismo en el mundo.

Jrushchov rechazó la idea de Kennedy según la cual la Unión Soviética estaba detrás de la expansión mundial del comunismo. Si Kennedy insinuaba que se opondría al avance de las ideas comunistas allí donde aún no existían, advirtió Jrushchov, «los conflictos serán inevitables».

En otro seminario en honor de su díscolo alumno, Jrushchov le recordó a Kennedy que quienes habían desarrollado las ideas comunistas no habían sido los rusos, sino los alemanes Karl Marx y Friedrich Engels. Bromeó que aunque él mismo renunciara al comunismo (algo que le dejó claro a Kennedy que no tenía intención de hacer), sus ideas continuarían desarrollándose. Le pidió a Kennedy que admitiera que «para el desarrollo pacífico del mundo» era «esencial» que el presidente estadounidense reconociera que comunismo y capitalismo eran las dos principales ideologías del mundo. Naturalmente, dijo Jrushchov, para ambas partes sería una satisfacción ver cómo sus respectivas ideologías se propagaban.

Si la cumbre iba a decidirse en función de quién controlaba la conversación, Jrushchov había cobrado ya ventaja. Nada había preparado a Kennedy para hacer frente a la fuerza inamovible de Jrushchov. Y, sin embargo, Thompson, que seguía la conversación con otros altos cargos estadounidenses desde la segunda línea, sabía por experiencia propia que el líder soviético tan sólo estaba entrando en calor.

«Las ideas no pueden transmitirse con bayonetas ni con cabezas nucleares, teniendo en cuenta que las bayonetas han quedado ya obsoletas», declaró Jrushchov. En una guerra ideológica, dijo, los principios soviéticos se impondrían sin tener que recurrir a la violencia.

Pero ¿no era cierto, dijo Kennedy, que «Mao Zedong dijo que el poder se encuentra en el extremo de un rifle»? Kennedy, que estaba al corriente de las discrepancias entre chinos y soviéticos, decidió hurgar en la herida.

«No creo que Mao pueda haber dicho algo así», mintió Jrushchov, que conocía de primera mano el ansia de Mao por declarar la guerra a Occidente. Mao, explicó Jrushchov, era «un marxista, y los marxistas siempre son contrarios a la guerra».

En un intento por reconducir la conversación a sus objetivos originales de reducir tensiones y garantizar la paz, Kennedy dijo que lo que él pretendía era

evitar un posible «error de cálculo» entre EEUU y la URSS que provocara que los dos países «salieran perdiendo durante muchos años en el futuro», en una referencia a la persistencia de la radiación provocada por un hipotético intercambio nuclear.

«¿*Error de cálculo?*»

Jrushchov escupió aquella expresión como si tuviera un sabor asqueroso.

«“¡Error de cálculo!” “¡Error de cálculo!” “¡Error de cálculo!” Cada vez que oigo hablar a uno de ustedes, a sus corresponsales de prensa y a sus amigos europeos y del resto del mundo es para soltar esa maldita frase: “Error de cálculo”.»

Se trataba de una expresión imprecisa, farfulló Jrushchov. ¿Qué significaba eso de «error de cálculo»? preguntó, repitiendo la palabra una y otra vez para lograr un mayor efecto. ¿Qué esperaba de él el presidente? ¿Que se sentara «como un colegial, con las manos encima del pupitre»? preguntó. Jrushchov aseguró que él no podía garantizar que las ideas comunistas no superasen las fronteras soviéticas. Sin embargo, afirmó, «no iniciaremos una guerra por error. [...] Deberían coger la expresión “error de cálculo”, meterla en el congelador y no volver a usarla más».

Un estupefacto Kennedy se reclinó en su butaca y aguantó el chaparrón.

A continuación intentó explicar a qué se refería cuando utilizaba aquella expresión. Durante la Segunda Guerra Mundial, dijo, «la Europa occidental había sufrido por su incapacidad de prever con precisión lo que harían los demás países». Asimismo, EEUU no había logrado prever lo que China iba a hacer en Corea. Lo que esperaba era que aquel encuentro sirviera para «introducir una mayor precisión en los juicios de nuestros respectivos países para que ambos sepamos hacia dónde vamos».

Pero antes de la pausa para comer, Jrushchov aún tenía que decir la última palabra.

El objetivo de aquel encuentro, en su opinión, era mejorar y no empeorar las relaciones. Si él y Kennedy lo lograban, «los gastos contraídos con motivo de esta reunión estarán justificados». Si no, en cambio, habrían tirado el dinero y habrían frustrado las esperanzas de la gente.

Todos los participantes echaron un vistazo al reloj y se sorprendieron al

constatar que eran ya las dos de la tarde.

Jrushchov siguió llevando la voz cantante durante la comida en la residencia del embajador estadounidense, donde se sirvió ternera a la Wellington que el líder soviético regó con un martini seco que era casi todo vodka. Jrushchov entretuvo a la concurrencia (ambos líderes contaban con el apoyo de nueve asesores y altos cargos) hablando de los temas más diversos, desde tecnología agrícola hasta viajes espaciales.

Jrushchov se congratuló de haber mandado a Gagarin al espacio, aunque confesó que inicialmente los jefes de Gagarin no habían querido entregarle los mandos de la nave espacial; les parecía demasiado poder para una sola persona.

Kennedy sugirió que Estados Unidos y la Unión Soviética debían considerar lanzar una expedición conjunta a la Luna.

Tras una negativa inicial, Jrushchov reconsideró la propuesta y dijo: «De acuerdo, ¿por qué no?». Los dos hombres parecían haber logrado el primer avance del día.

Al final de la comida, Kennedy se encendió un puro y lanzó la cerilla detrás de la silla de Jrushchov. El líder soviético fingió alarmarse. «¿Está intentando pegarme fuego?», preguntó.

Kennedy le aseguró que no.

«Ah», dijo entonces Jrushchov con una sonrisa. «Ya veo: es usted un capitalista, no un incendiario.»

La energía bruta de Jrushchov estaba derrotando los encantos más sutiles de Kennedy.

El brindis con el que los dos líderes pusieron fin a la comida reflejó a la perfección el desequilibrio de sus conversaciones anteriores. Kennedy elogió brevemente «el vigor y la energía» de Jrushchov y expresó su deseo de que sus encuentros resultaran fructíferos.

El líder soviético respondió de forma mucho más extensa. Reflexionó sobre cómo ambos países tenían el poder de unirse para detener cualquier guerra iniciada por cualquier otro país en el mundo. Habló de su buena

relación inicial con Eisenhower; aunque Eisenhower había asumido la responsabilidad del incidente del avión espía U-2 que había terminado minando su relación, Jrushchov aseguró que estaba «casi seguro de que Eisenhower no sabía nada del vuelo» y que tan sólo había cargado con la culpa en un «acto de caballerosidad». Jrushchov afirmó que el vuelo lo habían orquestado quienes deseaban empeorar las relaciones entre EEUU y la Unión Soviética, objetivo que habían logrado.

A continuación expresó su deseo de recibir a Kennedy en la Unión Soviética «llegado el momento oportuno» para, acto seguido, condenar la visita de su anterior invitado, el vicepresidente Nixon, que creyó que «mostrándoles a los soviéticos una cocina de ensueño, una cocina que ni existía ni existiría nunca en EEUU, lograría convertir al pueblo soviético al capitalismo». Sólo a Nixon, aseguró, «podría habersele ocurrido tamaña estupidez».

Jrushchov le dijo a Kennedy que la derrota de Nixon había sido mérito suyo, pues había sido la consecuencia directa de su negativa a liberar a los aviadores estadounidenses que sus tropas habían derribado. Si los hubiera liberado, aseguró Jrushchov, Kennedy habría perdido la presidencia por no menos de 200.000 votos.

«No vaya divulgando esa historia», le respondió Kennedy, riendo. «Si les dice a todos que me prefiere a mí que a Nixon estoy acabado en EEUU.»

Jrushchov levantó la copa para brindar por la salud del presidente, al que confesó que le envidiaba la edad. Sin embargo, Kennedy soportaba los dolores de espalda de un hombre mucho mayor debajo de su corsé. La inyección matutina del Dr. Feelgood había empezado ya a perder efecto. La procaína, las vitaminas, las anfetaminas y las enzimas no bastaban ante las arremetidas de Jrushchov.

Después de la comida, Kennedy invitó a Jrushchov a dar un paseo por los jardines, acompañados tan sólo por sus intérpretes. Thompson y otros de sus asesores le habían asegurado a Kennedy que Jrushchov se mostraría mucho más flexible cuando no estuviera delante de otros altos cargos soviéticos a

quienes sentía que debía impresionar.

Los amigos de Kennedy, O'Donnell y Powers, observaban el paseo de los dos líderes desde una ventana de la segunda planta de la residencia. Jrushchov daba vueltas alrededor de Kennedy, asaltándolo con la brusquedad de un terrier y agitando un dedo, mientras Kennedy caminaba plácidamente a su lado, deteniéndose de vez en cuando para decir unas palabras, reprimiendo cualquier gesto de disgusto o enfado.

O'Donnell se bebió una cerveza austriaca y se maldijo una vez más por no haber cogido una cámara. Estaba lo bastante cerca como para percatarse de que aquel paseo estaba convirtiéndose en una tortura para la espalda de Kennedy, que daba un respingo cada vez que tenía que agacharse para oír mejor a un Jrushchov mucho más bajo que él.

Cuando los dos hombres regresaron al interior de la residencia, Kennedy sugirió que él y Jrushchov continuaran conversando en privado con sus intérpretes durante un rato antes de que sus asistentes se unieran de nuevo a ellos. Feliz por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos, Jrushchov accedió a ello.

Kennedy intentó explicar a qué se refería cuando hablaba de «error de cálculo». En otro torpe intento por establecer vínculos más estrechos con el líder soviético, Kennedy admitió que había cometido un error de cálculo «en relación con la situación en Cuba».

Kennedy dijo que debía tomar algunas de las decisiones que iban a guiar la política estadounidense basándose en lo que consideraba que la URSS iba a hacer en el mundo, del mismo modo que Jrushchov debía «decidir en función de los movimientos estadounidenses». Por ese motivo, dijo Kennedy, deseaba aprovechar aquel encuentro para «dotar esas decisiones de mayor precisión para que nuestros países puedan sobrevivir a este período de competencia sin poner en peligro su seguridad nacional».

Jrushchov replicó que los peligros surgían tan sólo cuando EEUU cometía un error de cálculo sobre los orígenes de la revolución, que el líder soviético insistió que eran locales, y no inventados por la Unión Soviética. Jrushchov

puso el ejemplo de Irán, un aliado estadounidense donde la Unión Soviética «no desea una revolución ni hace nada para promover dicho resultado».

Sin embargo, dijo Jrushchov, «la gente del país es tan pobre que el país se ha convertido en un volcán y los cambios se producirán antes o después. El sah será derrocado sin duda. Dando su apoyo al sah, Estados Unidos está generando sentimientos contrarios a Estados Unidos entre la gente de Irán y, por oposición, sentimientos favorables a la URSS».

Entonces abordó la situación en Cuba. «Un puñado de revolucionarios encabezados por Fidel Castro derrocaron el régimen de Batista porque se trataba de un régimen opresor», dijo. «Durante la lucha de Castro contra Batista, los círculos capitalistas estadounidenses» dieron su apoyo a Batista, y por eso las iras de la población cubana se volvieron contra Estados Unidos. La decisión del presidente de organizar un desembarco en Cuba sólo había logrado reforzar las fuerzas revolucionarias de Castro. «Castro no es un comunista», dijo Jrushchov, «pero es posible que acabe convirtiéndose al comunismo gracias a la política estadounidense.»

Haciendo referencia a su propia vida, Jrushchov aseguró que él no había nacido comunista. «Fueron los capitalistas quienes me volvieron comunista.» Jrushchov se burló de la afirmación del presidente Kennedy de que Cuba suponía un peligro para la seguridad de EEUU. ¿Cómo iban seis millones de personas a suponer un peligro para un país tan poderoso como Estados Unidos?, se preguntó el líder soviético.

Jrushchov le pidió a Kennedy que le explicara qué tipo de precedente global pretendía crear cuando argumentaba que EEUU debía tener libertad para actuar como quisiera en Cuba. ¿Significaba eso que la URSS tendría libertad para entrometerse en los asuntos internos de Turquía e Irán, que eran aliados de EEUU y contaban con bases y misiles americanos? Con la invasión de Bahía Cochinos, afirmó Jrushchov, «EEUU ha sentado un precedente de injerencia en los asuntos internos de otros países. La URSS es más fuerte que Turquía e Irán, del mismo modo que EEUU es más fuerte que Cuba. Esta situación puede provocar “errores de cálculo”, para emplear su propia expresión».

Jrushchov puso énfasis en aquellas temidas palabras.

Haciéndose eco de las palabras de Kennedy, Jrushchov admitió que ambos

países debían «descartar la posibilidad de que se cometieran errores de cálculo». Por eso, aseguró, se «alegraba de que el presidente hubiera admitido que lo de Cuba había sido un error».

Kennedy intentó de nuevo aplacar al oso. Se mostró de acuerdo con Jrushchov en que si el primer ministro iraní no lograba mejorar el nivel de vida de su población, «se van a producir cambios importantes en ese país también». Después de que Jrushchov hubiera cuestionado su posición en Cuba, Turquía e Irán, Kennedy se sintió obligado a responder. El presidente estadounidense aseguró que él no había sido partidario de Batista, pero que ahora temía que Castro transformara Cuba en una fuente de problemas regionales. Aunque era cierto que EEUU contaba con instalaciones militares en Turquía e Irán, dijo Kennedy, «se trata de dos países muy débiles que no amenazan a la URSS más de lo que Cuba puede amenazar EEUU».

Cuando, unos días más tarde, los altos funcionarios estadounidenses leyeron las transcripciones del intercambio entre los dos líderes, se mostraron estupefactos por lo que vino a continuación. En referencia a Cuba, Kennedy se preguntó cómo respondería Jrushchov si un gobierno afín a Occidente se establecía en Polonia. «Es fundamental que los cambios en el mundo que afectan el equilibrio de poder se produzcan de tal modo que no afecten al prestigio de los tratados firmados por ambos países», dijo. Kennedy sugería que, debido a las obligaciones de Polonia en el seno del Tratado de Varsovia, aquel país quedaba fuera del radio de interferencia estadounidense.

Una vez más, ningún presidente de EEUU había ido tan lejos ante un homólogo soviético a la hora de reconocer la división en Europa como algo aceptable y permanente. Para intentar compensar aquella aparente concesión, Kennedy añadió que si el bloque soviético no lograba mejorar la calidad de vida y la educación de sus habitantes, tenía los días contados. Al mismo tiempo, Kennedy dijo que EEUU no interferiría allí donde el prestigio del Kremlin estaba en juego, pero que Moscú debía atenerse a las mismas reglas.

Jrushchov replicó que la política estadounidense era contradictoria, aunque puntualizó que no estaba criticando personalmente al presidente Kennedy, que llevaba muy poco tiempo en la Casa Blanca. El líder soviético volvió al tema de Irán, y dijo que a pesar del énfasis que EEUU ponía en la

democracia, Washington daba su apoyo al sah, «que asegura que su poder dimana de Dios. Todo el mundo sabe que el sah debe el poder a su padre, que fue sargento del Ejército Iraniano y que usurpó el trono recurriendo al asesinato, los saqueos y el uso de la violencia... Estados Unidos está gastando grandes cantidades de dinero en Irán, pero ese dinero no llega a la población, pues el séquito del sah se apropia de él».

Insistiendo en lo que él consideraba la hipocresía estadounidense, Jrushchov se refirió al apoyo de Washington al dictador Franco en España. «EEUU sabe cómo llegó al poder y, aun así, lo apoya», dijo Jrushchov. «Estados Unidos apoya a los regímenes más reaccionarios y así es como la gente ve la política estadounidense.» Admitió que Castro podía terminar convirtiéndose en comunista, aunque no había empezado como tal; en ese sentido, Jrushchov tenía la sensación de que las sanciones estadounidenses estaban acercando al líder cubano a Moscú.

Kennedy estaba abrumado. A pesar de su predisposición a debatir con Jrushchov, no había sido capaz de atacar al líder soviético donde éste era más vulnerable. No había condenado el uso de la fuerza por parte de los soviéticos en la Alemania del Este y Hungría en 1953 y 1956. Peor aún, no había planteado la pregunta más importante de todas: ¿por qué cientos de miles de alemanes del Este huían a Occidente en busca de una vida mejor?

Al final del primer día de conversaciones, Kennedy volvió sobre el asunto de Polonia y aseguró que unas elecciones democráticas en ese país podían perfectamente reemplazar el gobierno prosoviético a favor de otro más próximo a Occidente. Jrushchov fingió escandalizarse. Era una falta de respeto por parte de Kennedy, dijo, «hablar de esta forma de un gobierno que EEUU reconoce y con el que tiene relaciones diplomáticas». Jrushchov aseguró que el «sistema de elección en Polonia es más democrático que el de Estados Unidos».

El posterior intento de Kennedy de diferenciar entre el sistema multipartidista estadounidense y el sistema monopartidista polaco cayó en saco roto. Los dos hombres fueron incapaces de ponerse de acuerdo en una definición de democracia, y mucho menos aún en si el sistema político en Polonia era democrático o no.

Los dos líderes circunnavegaron el planeta geográficamente y filosóficamente, con Kennedy respondiendo a las ofensivas de Jrushchov en todo tipo de frentes, desde Angola hasta Laos. La mayor concesión de Jrushchov aquel día fue aceptar un Laos neutral e independiente, un acuerdo que sus subalternos terminarían de pulir aún en Viena. Cosa rara en él, Jrushchov no le pidió casi nada a Kennedy a cambio.

Jrushchov estaba preparando el terreno para el que quería que fuera el tema central del día siguiente: Berlín.

Kennedy anunció una pausa a las 18.45, tras casi seis horas de discusiones ininterrumpidas. Cansado y demacrado, Kennedy se dio cuenta de que era tarde y sugirió discutir el siguiente punto del orden del día, la cuestión de la prohibición de las pruebas nucleares, durante la cena con el presidente austriaco, para que el día siguiente pudiera dedicarse íntegramente a Berlín. Kennedy también le ofreció a Jrushchov la opción de discutir ambas cuestiones el día siguiente.

Kennedy quería asegurarse de que Jrushchov cumplía con el compromiso adquirido antes de la cumbre de discutir una prohibición de las pruebas nucleares (algo en lo que era consciente que Moscú no estaba interesado) antes de abordar el asunto de Berlín.

Kennedy miró su reloj y Jrushchov pegó un salto al oír la palabra «Berlín». El líder soviético dijo que tan sólo accedería a negociar sobre pruebas nucleares en el marco de unas conversaciones sobre desarme general. Sin embargo, Kennedy se oponía a ese enfoque por la simple razón de que una prohibición sobre las pruebas nucleares era algo que podía acordarse rápidamente, mientras que un acuerdo general de reducción armamentística requeriría años de negociación.

En cuanto a Berlín, Jrushchov dijo que si sus exigencias no se veían satisfechas durante el día siguiente iba a pasar a la acción de forma unilateral. «La Unión Soviética espera que EEUU comprenda la situación de modo que ambos países puedan firmar un tratado de paz conjuntamente», dijo. «Eso permitiría una mejoría de las relaciones. Pero si EEUU se niega a firmar un

tratado de paz, la Unión Soviética lo hará por su parte y nadie podrá impedirselo.»

Después de que una limusina soviética se llevara a Jrushchov, de pie en las escaleras de la residencia del embajador, un aturdido Kennedy se volvió hacia el embajador Thompson y le preguntó: «¿Es siempre así?».

«Más o menos», respondió Thompson.

El embajador evitó decirle al presidente que todo habría sido mucho más fácil si hubiera seguido su consejo y hubiera evitado los debates ideológicos. Thompson era consciente de que las conversaciones del día siguiente sobre Berlín serían mucho más difíciles.

Apenas habían llegado a la media parte de la Cumbre de Viena, pero ya era evidente que el equipo estadounidense estaba perdiendo.

Kennedy había corroborado la impresión de debilidad que inicialmente había causado en Jrushchov. «Es un hombre muy inexperto, inmaduro incluso», le dijo Jrushchov a su intérprete, Oleg Troyanovsky. «En comparación con él, Eisenhower posee una gran inteligencia y visión.»

En los años siguientes, el diplomático estadounidense afincado en Viena, William Lloyd Stearman, transmitiría las lecciones que podían extraerse de la cumbre a sus estudiantes en una conferencia titulada «El niño mimado contra Al Capone». Stearman creía que ese título reflejaba bien la actitud ingenua, casi de disculpa, con la que Kennedy había respondido a los brutales ataques de Jrushchov. En su opinión, el episodio de Bahía Cochinos había minado la confianza del presidente y había llevado a Jrushchov a creer que «tenía a Kennedy a su merced».

Stearman disponía de una información mucho más precisa que la mayoría de observadores, pues su amigo Martin Hillenbrand, el encargado de tomar notas en los encuentros entre Kennedy y Jrushchov, lo mantuvo informado a diario de la evolución de las negociaciones en Viena. En opinión de Stearman, las conversaciones fracasaron en gran parte porque los asesores clave de Kennedy no supieron cumplir con su trabajo.

Stearman aseguró que el secretario de estado Rusk era un experto en Asia

que no disponía de la formación necesaria en asuntos soviéticos; el asesor de seguridad nacional Bundy era un hombre cerebral pero falto de determinación. El problema era que la administración Kennedy no disponía de asesores capaces de transmitir al presidente la importancia histórica del momento y brindarle una dirección estratégica, como Dean Acheson y John Foster Dulles habían hecho con Truman y Eisenhower.

Según Stearman, Kennedy también había minado sus opciones de victoria durante el proceso de la planificación previa a la cumbre, cuando había decidido puentear a su equipo de seguridad y otorgar una relevancia excesiva a las negociaciones secretas entre Bolshakov y su hermano Bobby. Cuando las conversaciones empezaron a torcerse, Kennedy no disponía de ningún asesor suficientemente preparado para ayudarlo a cambiar el rumbo de los acontecimientos.

[Afortunadamente, la residencia del embajador](#) estadounidense donde Kennedy se alojaba también disponía de una bañera, aunque algo más modesta que la bañera dorada de París. Mientras Kennedy se ponía en remojo, O'Donnell le preguntó al presidente por el incómodo momento, al inicio del día, en que se había quedado estudiando al líder soviético, en las escaleras de la residencia.

«Después de todo lo que he leído y hablado sobre él en las últimas semanas, no puedes culparme por sentir un cierto interés hacia su persona», dijo.

¿Era distinto a lo esperado?, le preguntó O'Donnell.

«No mucho», respondió Kennedy, aunque enseguida añadió: «A lo mejor un poco menos razonable de lo previsto... Por lo que había leído y lo que me había contado la gente, esperaba que fuera un tipo listo y duro; tiene que serlo para haber llegado a lo más alto de un gobierno como ése».

[Dave Powers le dijo al presidente](#) que él y O'Donnell habían visto desde la ventana del segundo piso como el líder soviético lo atacaba durante su paseo por el jardín. «Has sabido mantener la calma a pesar del chaparrón», lo alabó.

Kennedy se encogió de hombros. «¿Y qué querías que hiciera?», preguntó.

«¿Quitarme un zapato y aporrearle la cabeza?» El presidente estadounidense contó que Jrushchov había estado pegándole la paliza sobre Berlín para intentar agotarlo. El líder soviético le había preguntado cómo era posible que EEUU defendiera la idea de la reunificación alemana y había añadido que no sentía ninguna simpatía por los alemanes, que habían matado a su hijo durante la guerra.

Kennedy le recordó a Jrushchov que también él había perdido a un hermano, pero insistió que EEUU no tenía intención ni de dar la espalda a la Alemania Federal, ni de retirarse de Berlín. «Y no hay más que decir», había concluido Kennedy.

[El presidente comentó con sus amigos](#) la dura respuesta de Jrushchov a sus preocupaciones ante la posibilidad de que un «error de cálculo» de alguna de las dos partes pudiera desencadenar una guerra. «Jrushchov ha perdido los estribos», dijo y le aseguró a O'Donnell que debía tomar nota mentalmente para no repetir aquella expresión durante el resto de las conversaciones.

El presidente austriaco Adolf Schärf debía resolver un problema de protocolo antes de la gran cena de gala que iba a ofrecer aquella noche en el palacio de Schönbrunn. ¿La esposa de cuál de los dos líderes debía sentarse a su derecha?, se preguntaba.

[Por una parte, Jrushchov](#) había evitado que Viena se convirtiera en otra ciudad dividida como Berlín al permitirle abrazar la independencia y la neutralidad mediante el tratado de creación del estado austriaco del 15 de mayo de 1955. En ese sentido, la esposa de Jrushchov, Nina, merecía ocupar el lugar de honor. Y, sin embargo, los vieneses adoraban a los Kennedy y los austriacos, a pesar de su neutralidad, sentían que pertenecían al mundo occidental.

En una diplomática decisión de compromiso, Schärf decidió que sentaría a madame Jrushchov a su derecha durante la cena, y a la señora Kennedy durante el concierto que tendría lugar durante la segunda parte de la velada.

[Se trataba de la presentación de Austria](#) en sociedad. Más de 6.000 vieneses se reunieron ante las puertas del palacio, construido hacía 265 años,

para ver llegar a Kennedy y Jrushchov bajo la luz de los focos. El personal de palacio había encerado el suelo de parquet y había limpiado las ventanas hasta dejarlas relucientes. Habían retirado las antigüedades más valiosas de las vitrinas del museo para utilizarlas como decoración. Finalmente, habían recogido flores en los jardines del palacio y las habían dispuesto tan generosamente encima de las mesas que su perfume llenaba toda la sala. Las mesas estaban puestas con el «servicio del águila dorada», una colección de porcelana de valor incalculable con el águila austriaca de dos cabezas repujada sobre un fondo blanco, que había sido utilizada ya por el emperador Francisco José I de Austria.

[Aparte del hecho de que la comida](#) se sirvió fría, los austriacos se congratularon por una velada bien organizada. Además, los invitados observaron que Jackie y Nina congeniaban bastante. Jackie llevaba un vestido largo de tubo, de color rosa y diseñado por Oleg Cassini, sin mangas y bajo de cintura. Nina, por su parte, llevaba un vestido de seda negra con un encaje vagamente dorado, una elección más proletaria.

Sus maridos presentaban un contraste similar. Kennedy vestía esmoquin y Jrushchov un traje negro con corbata a cuadros grises. Los camareros, ataviados con guantes blancos, bombachos hasta las rodillas y galones dorados, cruzaban los pasillos y las espaciosas salas con bandejas de plata cargadas de bebidas.

«[Señor Jrushchov](#), ¿puede darle la mano a Kennedy para nosotros?», le pidió un fotógrafo.

«Preferiría dársela a ella primero», se rió Jrushchov, señalando a la esposa del presidente con la cabeza.

El reportero de Associated Press, Eddy Gilmore, escribió que, junto a Jackie, el «líder comunista, famoso por su dureza y su beligerancia, parecía un colegial enamorado cuando el hielo del Volga se derrite en la primavera». Jrushchov llegó incluso a abandonar su sitio para sentarse junto a Jackie mientras la orquesta de cámara de la Filarmónica de Viena interpretaba piezas de Mozart y luego la compañía de danza de la Ópera Estatal de Viena interpretaba «El Danubio azul».

[Kennedy estuvo algo menos elegante](#). Justo antes de que empezara la

música, fue a sentarse en una silla, pero en el último momento se dio cuenta de que ésta ya estaba ocupada por la esposa de Jrushchov. Le faltó muy poco para sentársele en el regazo.

Kennedy esbozó una sonrisa de disculpa. La Cumbre de Viena no iba nada bien.

1. El Dr. Jacobson perdió su licencia para ejercer la medicina en 1975. Otro de sus pacientes, el amigo de Kennedy Mark Shaw, murió en 1969, a los cuarenta y siete años, como resultado de un [«envenenamiento intravenoso agudo y crónico por anfetaminas»](#).

Viena: La amenaza de la guerra

EEUU **no está dispuesto** a normalizar la situación en el lugar más peligroso del mundo. La URSS quiere llevar a cabo una operación en este punto flaco para extirpar esta espina, esta úlcera.

El primer ministro JRUSHCHOV al presidente Kennedy,
Viena, 4 de junio de 1961

Nunca había conocido a un hombre así. Mencioné el hecho de que un enfrentamiento nuclear podía suponer la muerte de setenta millones de personas en diez minutos y me miró como diciendo: «¿Y qué?». Me llevé la impresión de que le importaba un pimiento si eso sucedía.

El presidente KENNEDY al periodista Hugh Sidey, *Time*,
junio de 1961

EMBAJADA SOVIÉTICA, VIENA

10.15, DOMINGO, 4 DE JUNIO DE 1961

De pie ante la embajada soviética, Nikita Jrushchov iba de un lado a otro, como un boxeador ansioso por abandonar su rincón del cuadrilátero después de imponerse en los primeros asaltos. Una ancha sonrisa dejó a la vista la mella de su dentadura mientras extendía una mano menuda y rechoncha para saludar a Kennedy.

A pesar de todas las pretensiones obreras del estado soviético, la embajada de Moscú en Viena era desvergonzadamente imperial. Adquirida

por la Rusia zarista a finales del siglo XIX, su fachada neo-renacentista daba paso a un grandioso vestíbulo de granito y mármol natural. «Le doy la bienvenida a este pequeño pedazo de territorio soviético», dijo Jrushchov, que a continuación le brindó a Kennedy un proverbio ruso cuyo sentido Kennedy no logró comprender: «A veces bebemos con vasos pequeños pero hablamos con grandes sentimientos».

Tras unos nueve minutos charlando sobre asuntos irrelevantes, Jrushchov acompañó a sus invitados estadounidenses por un pasillo con columnas que desembocaba en una amplia escalinata que conducía al segundo piso. Allí ocuparon los sillones dispuestos en una sala de conferencias cuadrada de 6 metros de largo y con las paredes pintadas de color rojo damasco.

La forma en que los dos hombres habían pasado la mañana previa a su segundo encuentro revelaba las diferencias existentes entre ambos. Los Kennedy, que eran católicos, habían escuchado a los Niños Cantores de Viena y habían asistido a una misa oficiada por el cardenal Franz König en la espectacular catedral gótica de San Esteban. Con los ojos anegados en lágrimas, la primera dama se había arrodillado para rezar. Al abandonar la catedral, los Kennedy se habían encontrado con una multitud que los aclamaba en la plaza de adoquines que había frente a la entrada. Más o menos al mismo tiempo, una multitud mucho menor y menos entusiasta contemplaba con curiosidad cómo el líder de la atea Unión Soviética depositaba una corona en el monumento de guerra soviético de la Schwarzenbergplatz que los locales conocían amargamente como el «monumento al violador anónimo».

En la sala de conferencias donde se reunieron las dos delegaciones las cortinas rojas a conjunto estaban corridas, de modo que ocultaban los altos ventanales de la embajada y creaban un ambiente de penumbra, a pesar de que en el exterior brillaba un sol espléndido. Kennedy empezó con el mismo tono distendido que había utilizado el día anterior y le preguntó al primer ministro soviético por su infancia. Jrushchov no tenía ningún interés en compartir sus orígenes campesinos con aquel hijo de la abundancia, por lo que respondió secamente que había nacido en un pueblo ruso cerca de Kursk, a menos de diez kilómetros de la frontera ucraniana.

Pasando rápidamente al presente, Jrushchov explicó que recientemente la

Unión Soviética había encontrado cerca de Kursk unos importantes yacimientos de hierro; las primeras estimaciones hablaban de 30.000 millones de toneladas, aunque probablemente las reservas totales serían diez veces mayores. En comparación, le recordó a Kennedy, los depósitos de hierro mineral estadounidenses, tasados en 5.000 millones de toneladas, suponían apenas un pequeño porcentaje de aquel total. «Los depósitos soviéticos permitirán cubrir las necesidades mundiales durante muchos años», dijo.

Durante los primeros minutos del segundo día en Viena, Jrushchov había logrado ya transformar lo que apuntaba a una conversación personal sobre asuntos familiares en un alarde de la superioridad de recursos de su país. El líder soviético no le preguntó al presidente por su infancia, de la que ya sabía lo suficiente, sino que insistió con impaciencia en que se centraran en el objetivo del día: discutir sobre Berlín y su futuro.

En su edición matutina, el rotativo londinense *Times* citaba a un diplomático británico que había expresado su preocupación acerca de la Cumbre de Viena. «Sólo esperamos que el tipo logre salir de la cueva del oso sin quedar demasiado malherido», había declarado. Efectivamente, Jrushchov había iniciado el segundo día de negociaciones enseñando las garras. A pesar de los avances que las respectivas delegaciones habían logrado sobre el asunto de Laos durante la noche, el líder soviético no parecía estar por la labor de tomar dichos avances como ejemplo sobre la forma en que ambas partes podían reducir las tensiones.

Los secretarios de estado estadounidense y soviético y sus equipos habían logrado un acuerdo que permitiría que Laos se convirtiera en un país neutral. Se trataba de una concesión que podía tener consecuencias políticas para Jrushchov, que podía toparse con la oposición de China, el Vietnam del Norte y el Pathet Lao, el movimiento comunista de Laos. Sin embargo, en lugar de felicitarse por el acuerdo con Kennedy, Jrushchov lo acusó de «megalomanía y de delirios de grandeza» por haber insistido en que EEUU continuaría velando por sus compromisos en Asia.

Aparte de eso, Jrushchov se resistió a todos los intentos de Kennedy de orientar las conversaciones hacia la prohibición de las pruebas nucleares y rechazó la argumentación del presidente de que tan sólo una mejoría general

de las relaciones podía abrir una puerta a una eventual solución en Berlín. Para Jrushchov, en primer lugar había que solucionar la situación en Berlín.

Insistiendo en la prohibición de las pruebas atómicas, Kennedy ofreció un proverbio chino: «Un viaje de mil kilómetros empieza con un paso».

«Parece conocer muy bien a los chinos», dijo Jrushchov.

«Es posible que los dos acabemos conociéndonos muy bien», respondió Kennedy.

Jrushchov sonrió. «Yo ya los conozco bastante bien», le soltó, en un resbalón poco corriente en el líder soviético, que había dejado entrever su frustración hacia Mao.

Sin embargo, los soviéticos iban a retocar la transcripción final que enviaron a Pekín, a la que añadieron una frase que en realidad Jrushchov nunca le dijo a Kennedy: «China es nuestra vecina, amiga y aliada».

El intercambio más importante de la cumbre empezó con una advertencia de Jrushchov. El líder soviético inició su declaración dejando claro que Moscú había esperado tanto como había podido para hallar una solución al problema de Berlín. Aseguró que la posición que se disponía a esbozar en lo relativo a Berlín «afectará las relaciones entre nuestros dos países en gran medida, sobre todo si EEUU es incapaz de comprender la posición soviética».

Entonces los asesores de ambos líderes se inclinaron hacia delante, conscientes de que habían llegado al momento de la verdad. «Han pasado dieciséis años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial», dijo Jrushchov. «La URSS perdió a veinte millones de personas en la guerra y gran parte de su territorio quedó devastado. Ahora Alemania, el país que provocó la Segunda Guerra Mundial, ha recuperado el poder militar y ha asumido un papel destacado dentro de la OTAN, algunos de cuyos altos cargos están ocupados por sus generales. Eso constituye una amenaza de una Tercera Guerra Mundial, que tendría consecuencias aún más devastadoras que la Segunda Guerra Mundial.»

Por ese motivo, le dijo a Kennedy, Moscú se negaba a tolerar más retrasos en la cuestión de Berlín, pues los únicos que saldrían ganando con ellos serían los militaristas de la Alemania Federal. Jrushchov aseguró que la unificación alemana no era una posibilidad práctica y que ni siquiera los alemanes la

deseaban. Por ello, los soviéticos habían decidido actuar «a partir de los hechos tal como son, es decir, basándonos en la existencia de dos estados alemanes».

Jrushchov le dijo a Kennedy que sus preferencias pasaban por lograr un acuerdo personal con él sobre un tratado que pusiera fin a la guerra y alterase el estatus de Berlín. Sin embargo, si eso no era posible, actuaría en solitario y cancelarían todos los compromisos de posguerra contraídos por los soviéticos. En consecuencia, dijo, Berlín Oeste se convertiría en una «ciudad libre» donde las tropas estadounidenses podrían permanecer, pero coexistiendo con las tropas soviéticas. Entonces los soviéticos colaborarían con los estadounidenses para garantizar «lo que Occidente denomina la libertad de Berlín Oeste». Moscú también estaría «conforme» con la presencia de tropas neutrales o de garantes de la ONU.

Kennedy empezó su respuesta dando las gracias a Jrushchov «por expresar su punto de vista de forma tan franca». Hinchado de analgésicos y anfetaminas, y dentro de su estrecho corsé, Kennedy se dio cuenta de que Jrushchov acababa de lanzar lo que equivalía a otro ultimátum sobre Berlín; eso exigía una respuesta clara y directa. Kennedy se había estado preparando para ese momento y midió sus palabras cuidadosamente.

Señaló que los dos hombres no estaban ya discutiendo cuestiones menores como Laos, sino un tema mucho más crucial como Berlín. Aquella ciudad, aseguró Kennedy, era «de gran interés para EEUU. No debemos nuestra presencia en Berlín al consentimiento de nadie: llegamos hasta allí luchando». Y aunque las bajas estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial no fueran tan altas como las de la Unión Soviética, dijo Kennedy, «no estamos en Berlín porque lo hayamos acordado con la Alemania del Este, sino por derechos contractuales».

«Éste es un ámbito», siguió diciendo Kennedy, «en el que todos los presidentes estadounidenses desde la Segunda Guerra Mundial han actuado obedeciendo a tratados y otros derechos contractuales y donde cada presidente ha reafirmado su fidelidad hacia dichas obligaciones. Si fuéramos expulsados de esa zona, y si aceptáramos la pérdida de nuestros derechos, nadie podría confiar en los compromisos y juramentos contraídos por EEUU. La seguridad

nacional de EEUU depende de ello, pues si aceptáramos la propuesta soviética, los compromisos con EEUU serían considerados un mero trozo de papel.»

Hasta aquel momento, en la Cumbre de Viena, las palabras se habían ido sucediendo sin mayores consecuencias. Sin embargo, de pronto los taquígrafos se inclinaron hacia delante y tomaron nota literalmente de los comentarios de sus líderes. Los dos hombres más poderosos del mundo estaban discutiendo cara a cara el asunto más complejo y explosivo que tenían entre manos.

Aquel momento iba a pasar a la historia.

«Europa occidental es vital para nuestra seguridad nacional y la hemos defendido ya en dos guerras», dijo Kennedy. «Abandonar Berlín Oeste significaría abandonar también Europa. Así pues, cuando hablamos de Berlín Oeste estamos hablando también de la Europa occidental.»

La novedad para los soviéticos era el énfasis repetido que Kennedy había puesto en el adjetivo «Oeste» al referirse a Berlín. Ningún presidente estadounidense había diferenciado tan claramente entre su compromiso ante todo Berlín y ante Berlín Oeste. En el que posiblemente era el momento más comprometido de su presidencia, Kennedy acababa de realizar una concesión unilateral. Le recordó a Jrushchov que, durante el primer día de conversaciones, el líder soviético había admitido que «actualmente la ratio de poder [militar] está equilibrada». Por ello, le resultaba «difícil comprender» cómo un país como la Unión Soviética, que había logrado tantos avances espaciales y económicos, podía sugerir que EEUU abandonara una posición de importancia vital donde ya estaba establecido. Dijo que EEUU nunca estaría dispuesto a renunciar a unos derechos «obtenidos en el marco de una guerra».

Jrushchov enrojeció, como si su cara fuera un termómetro que calculara el aumento de su temperatura interior. Interrumpió a Kennedy para decirle que por sus palabras interpretaba que el presidente no quería firmar un tratado de paz. A continuación dijo con sorna que la afirmación de Kennedy sobre la seguridad nacional de EEUU sonaba como si «EEUU quisiera plantarse en Moscú [con sus tropas] porque eso, naturalmente, también mejoraría su posición».

«EEUU no quiere plantarse en ninguna parte», respondió Kennedy. «No estamos diciendo que EEUU vaya a ir a Moscú, ni que la URSS vaya a ir a

Nueva York. Lo que señalamos es que estamos en Berlín y que hemos estado allí durante quince años. Y sugerimos que seguiremos estando ahí.»

Regresando a un camino que ya había intentado emprender el día anterior sin éxito, Kennedy apuntó a una solución conciliatoria. Dijo que era consciente de que la situación en Berlín «no es satisfactoria». Dicho eso, añadió Kennedy, «las condiciones en la mayor parte del mundo no son satisfactorias» y no era el momento apropiado para intentar alterar el equilibrio de fuerzas, ni en Berlín ni, de forma más general, en el resto del mundo. «Si ese equilibrio cambia, la situación en el conjunto de la Europa occidental cambiaría también, y eso supondría un serio golpe para EEUU», dijo. «El señor Jrushchov no aceptaría una pérdida similar y tampoco nosotros podemos aceptarla.»

Hasta entonces Jrushchov había logrado mantener a raya su habitual ampulosidad, pero en aquel momento empezó a agitar los brazos, su semblante adquirió un tono carmesí y comenzó a elevar el tono de voz y a disparar sus palabras, que salían de su boca como si fuera una metralleta furiosa. «EEUU no está dispuesto a normalizar la situación en el lugar más peligroso del mundo», dijo. «La URSS quiere llevar a cabo una operación en este punto flaco para extirpar esta espina, esta úlcera, no para perjudicar los intereses de ninguna de las dos partes, sino para mayor satisfacción de todas las naciones del mundo.»

La Unión Soviética no tenía intención de modificar la situación en Berlín recurriendo a «intrigas o amenazas», sino «firmando un tratado de paz solemne. Pero ahora el presidente dice que eso supone un ataque directo a los intereses de EEUU. Se trata ciertamente de una afirmación difícil de comprender». Los soviéticos no pretendían modificar las fronteras existentes, dijo Jrushchov, sino formalizarlas para «frenar a quienes quieren otra guerra».

Jrushchov se refirió con sorna al deseo de Adenauer de revisar las fronteras alemanas y de recuperar el terreno perdido tras la Segunda Guerra Mundial. «Hitler dijo que Alemania necesitaba ampliar su *Lebensraum* en los Urales», declaró. «Los generales de Hitler, que lo ayudaron a diseñar y ejecutar sus planes, ocupan [ahora] altos cargos en la OTAN.»

Jrushchov dijo que la lógica según la cual EEUU necesitaba proteger sus intereses en Berlín «es incomprensible y la URSS no la aceptará». Le dijo al presidente que lo sentía, pero que «ningún poder en el mundo» impediría a

Moscú firmar el tratado de paz que deseaba.

Jrushchov repitió de nuevo que habían pasado dieciséis años desde el fin de la guerra. ¿Cuánto tiempo quería Kennedy tener a Moscú en ascuas? ¿Dieciséis años más? ¿Treinta tal vez?

Jrushchov miró alrededor de la sala, a sus colegas y, describiendo un arco con el brazo, dijo que él había perdido a un hijo en la guerra, Gromyko había perdido a dos hermanos y Mikoyan había perdido también a un hijo. «No hay una sola familia en la URSS ni entre los líderes de la URSS que no perdiera por lo menos a un miembro de su familia en la guerra.» Admitió que las madres americanas lloraban a sus hijos lo mismo que las madres rusas, pero que mientras que EEUU contaba sus bajas en millares, la URSS los contaba en millones.

Finalmente declaró: «La URSS firmará un tratado de paz y la soberanía de la RDA será respetada. Cualquier violación de dicha soberanía será considerada por la URSS como un acto de agresión abierta» con todas sus consecuencias.

Jrushchov estaba amenazando con la guerra, tal como De Gaulle había previsto. La delegación americana esperó en silencio la respuesta de Kennedy.

El presidente preguntó con mucha calma si las rutas de acceso a Berlín permanecerían abiertas después de que los soviéticos hubieran accedido a firmar ese tratado de paz. Kennedy ya había decidido que aceptaría que los soviéticos firmaran un tratado con la Alemania del Este siempre que eso no alterase los derechos occidentales sobre Berlín Oeste, ni impidiera el acceso de los aliados a la ciudad.

Pero Jrushchov dijo que, efectivamente, el nuevo tratado alteraría la libertad de acceso.

Para Kennedy, aquello suponía cruzar el límite de lo aceptable.

«En ese caso, nos encontramos ante una situación mucho más grave, las consecuencias de la cual nadie puede prever», dijo Kennedy. A continuación dejó claro que no había ido a Viena tan sólo «para que nos nieguen la presencia en Berlín Oeste y el acceso a la ciudad». Dijo que había albergado la esperanza de que las relaciones entre EEUU y la Unión Soviética pudieran mejorar en la Cumbre de Viena, pero que a la hora de la verdad estaban

empeorando. Kennedy dijo que si Moscú quería transferir sus derechos sobre Berlín a la Alemania del Este era asunto suyo, pero que el presidente no iba a permitir que Moscú cediera también los derechos americanos.

Jrushchov empezó a sondear la posición estadounidense y preguntó si aún sería posible llegar a un acuerdo provisional en la línea de lo que Eisenhower había discutido con él, una solución que permitiera proteger el prestigio de ambos países. EEUU y la URSS podían pactar un límite de seis meses para que las dos Alemanias negociaran un acuerdo de reunificación. Sin embargo, si dicho acuerdo no llegaba (y Jrushchov estaba convencido de que iba a ser así) «cualquiera de las partes tendrá libertad para firmar un tratado de paz».

Jrushchov dijo que aunque EEUU discrepara de la propuesta soviética, debía comprender que «la URSS no puede esperar más» y que antes de fin de año iba a tomar las medidas necesarias para dejar el acceso a Berlín Oeste bajo control de la Alemania del Este. Jrushchov basó su derecho a actuar en un análisis estadístico del precio que los dos bandos habían tenido que pagar para derrotar a los alemanes: los más de veinte millones de bajas soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial comparadas con las 143.000 bajas del Ejército de EEUU.

Kennedy dijo que eran precisamente esas bajas las que lo motivaban a evitar una nueva guerra.

Repitiendo aquella expresión que tanto detestaba, el líder soviético le recordó a Kennedy su preocupación porque los soviéticos pudieran cometer un «error de cálculo». En aquel momento, añadió Jrushchov, tenía la sensación de que eran los estadounidenses quienes corrían el riesgo de incurrir en un error de cálculo. «Si EEUU quiere empezar una guerra por Berlín, adelante», dijo. «Es lo que el Pentágono desea desde hace tiempo. Sin embargo, Adenauer y Macmillan saben perfectamente lo que significa una guerra. ¡Si algún loco desea una guerra, deberían ponerle una camisa de fuerza!»

El equipo de Kennedy estaba aturdido de nuevo. Jrushchov había empleado la palabra «guerra» en tres ocasiones. Se trataba de algo inaudito en unas conversaciones diplomáticas a cualquier nivel.

Como para zanjar el asunto, Jrushchov aseguró que la URSS firmaría un tratado de paz antes del final de año que alteraría los derechos occidentales en

Berlín para siempre, pero que confiaba en que el sentido común y la paz prevalecerían.

El líder soviético aún no había respondido a lo que representaba una propuesta por parte de Kennedy, de modo que el presidente lo intentó de nuevo. Kennedy señaló que no consideraría la firma de un tratado de paz como un acto beligerante en sí mismo si Jrushchov no se inmiscuía en Berlín Oeste. «Sin embargo, un tratado de paz que nos niegue unos derechos que nos corresponden por contrato *es* un acto beligerante», dijo. «Como *es* un acto beligerante pretender ceder nuestros derechos a la Alemania del Este.»

Lo que Kennedy estaba diciendo era cada vez más claro: haga lo que quiera con lo que es suyo, pero no toque lo nuestro. Si EEUU daba su brazo a torcer en Berlín Oeste, el «mundo no lo consideraría un país serio». En cambio, Kennedy estaba sugiriendo que, como Berlín Este era territorio soviético, la URSS podía hacer allí lo que le placiera.

En su momento Jrushchov no supo identificar lo que terminaría siendo la base para el acuerdo que Kennedy estaba proponiendo; así, el líder soviético respondió que la URSS «nunca, bajo ningún concepto, aceptaría los derechos de EEUU en Berlín Oeste después de la firma de un tratado de paz».

A continuación arremetió contra lo que consideraba un trato injusto de la Unión Soviética por parte de Estados Unidos. Jrushchov dijo que EEUU había privado a la URSS de las correspondientes reparaciones de guerra, derechos e intereses en la Alemania Federal. No sólo eso, dijo, sino que EEUU utilizaba un doble rasero al negarse a negociar un tratado de paz con la Alemania del Este que pusiera fin a la guerra cuando, de hecho, ya había firmado dicho tratado con los japoneses en 1951 sin consultar a Moscú durante la preparación del documento. El viceministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromyko había dirigido la delegación soviética que, durante la conferencia, había intentado paralizar el tratado y luego se había negado a firmarlo, a la par que había reprochado a EEUU que no hubiera invitado a los chinos y de estar fomentando un Japón militarista y antisoviético.

Kennedy respondió que el propio Jrushchov había declarado públicamente que él habría firmado el tratado con Japón si hubiera ostentado el poder en aquella época.

Para Jrushchov, sin embargo, la cuestión no era lo que él habría hecho, sino que EEUU ni siquiera había intentado llegar a un acuerdo con la Unión Soviética. Jrushchov afirmó que Kennedy enfocaba el asunto de Berlín con una mentalidad similar, de «yo hago lo que quiero».

Jrushchov aseguró haberse hartado ya de esa actitud estadounidense: Moscú firmaría su tratado con la Alemania del Este, dijo, y el precio sería alto si EEUU violaba la soberanía de la Alemania del Este en lo tocante al acceso a Berlín.

Kennedy respondió que lo que él quería no era un conflicto por Berlín, sino un arreglo general de las relaciones entre la Alemania del Este y la Alemania Federal y entre EEUU y la URSS que permitiera con el tiempo hallar una solución al problema alemán en su conjunto. El presidente estadounidense insistió en que no deseaba «hacer nada que pudiera dañar los vínculos de la Unión Soviética con la Europa del Este», asegurándole una vez más a Jrushchov (como ya hiciera el día anterior) que no haría nada por alterar el equilibrio de poder en Europa.

Kennedy comentó que el líder soviético lo había tildado de «jovencito» y el presidente sugirió que Jrushchov estaba intentando aprovecharse de su relativa falta de experiencia. Sin embargo, dijo Kennedy, él no había «asumido el cargo para aceptar acuerdos completamente adversos a los intereses estadounidenses». Jrushchov repitió que la única alternativa a la acción unilateral sería la firma de un acuerdo provisional que ofreciera a las dos Alemanias un margen para negociar, tras el cual se extinguirían todos los derechos aliados. Eso permitiría «dar la apariencia de que la responsabilidad sobre el problema se había trasladado a los alemanes». Sin embargo, como las dos Alemanias no lograrían pactar la unificación, Jrushchov estaba seguro de que el resultado terminaría siendo el mismo.

Con un dominio del dramatismo del momento digno de un actor, Jrushchov le entregó a Kennedy un documento, un memorando sobre la cuestión de Berlín, que tenía como objetivo otorgarle fuerza oficial a su ultimátum. Nadie de su equipo había preparado a Kennedy para una iniciativa por escrito del Kremlin. Bolshakov ni siquiera había insinuado ese movimiento. Jrushchov dijo que su equipo había preparado aquel documento para que los

estadounidenses pudieran estudiar la propuesta soviética y «tal vez reconsiderarla más adelante, si así lo desean».

Con aquella audaz decisión, Jrushchov se arriesgaba a un enfrentamiento directo con Kennedy por Berlín. Había actuado así en parte porque Kennedy, con su insistencia en el mantenimiento del status quo, ni siquiera había mostrado la voluntad de Eisenhower por negociar la cuestión. En cuanto a Jrushchov, si aquélla era ya una situación difícil de sostener con Eisenhower y antes del incidente del U-2, ahora se había vuelto intolerable.

La mañana había pasado volando.

Mientras Jrushchov y Kennedy se retiraban para celebrar una tensa comida, sus esposas se dedicaban a visitar la ciudad. Delante del Palacio Pallavicini, en la soleada Josefplatz, una multitud de millares de curiosos recibieron a las dos mujeres, que se dirigían a comer. Un leve murmullo dio la bienvenida a la primera dama soviética, seguido de un estallido de ovaciones para Jackie. Dos periodistas americanos sintieron lástima por el desinterés que la multitud mostraba hacia Nina, de modo que mientras los vieneses gritaban «¡Jack-ie! ¡Jack-ie!», ellos respondieron con cánticos de «¡Ni-na! ¡Ni-na!» aunque no lograron que se les uniera nadie.

[El corresponsal de la agencia Reuters, Adam Kellett-Long](#), al que habían enviado desde Berlín para cubrir la cumbre, reaccionó con horror cuando oyó como los fotógrafos le gritaban a Jackie que sacara pecho para que sus fotografías resultaran más seductoras. «¡Y les hizo caso!», recordaría más tarde. «Se comportaba como si fuera Marilyn Monroe o una estrella de cine. Desde luego estaba en su salsa.»

[Desde la ventana del primer piso](#) del restaurante, las dos mujeres contemplaron la multitud. Jackie parecía una ilustración salida de una revista de moda, con su traje azul marino, gorra negra, collar de perlas de tres vueltas y guantes blancos. La prensa soviética no dijo nada sobre lo que llevaba Nina, pero el *New York Times* publicó que tenía el aspecto del ama de casa para la que se publicaban las revistas de moda de Jackie. Pero nada de eso inquietó a Nina Petrovna, que declaró que Jackie tenía una conversación inteligente y que

«parecía una obra de arte». Ante la multitud reunida, y enmarcadas por la ventana del restaurante, Nina levantó la mano enguantada de Jackie, un gesto cálido que contrastaba con el ambiente gélido en el que se desarrolló la comida entre sus maridos.

Los dos hombres conversaron sobre fabricación de armas y políticas armamentísticas. Jrushchov dijo que había estudiado el mensaje del presidente al congreso del mes de mayo, en el que había anunciado un fuerte incremento en la partida de defensa. El líder soviético dijo ser consciente de que EEUU no podía desarmarse, pues estaba controlado por monopolistas, pero advirtió de que la proliferación armamentística en EEUU iba a obligarlo a incrementar también las dimensiones de las fuerzas armadas soviéticas.

En ese contexto, Jrushchov volvió a la conversación que habían iniciado durante la comida del día anterior, y durante la que se había mostrado abierto a considerar una posible colaboración de ambos países en un proyecto lunar. El líder soviético lamentó que dicha cooperación sería imposible si no existía antes un plan de desarme; Jrushchov ni siquiera estaba dispuesto a dejar aquella minúscula puerta abierta a la cooperación.

Kennedy dijo que a lo mejor podrían coordinar el *timing* de sus proyectos espaciales.

Jrushchov se encogió de hombros sin mucho convencimiento y dijo que eso tal vez sería posible. Entonces levantó la copa de champán dulce soviético hacia Kennedy.

«El amor natural es mejor que el amor a través de intermediarios», bromeó, y dijo que era positivo que los dos hombres hubieran hablado directamente cara a cara.

Insistió en que quería que el presidente comprendiera que el nuevo ultimátum soviético sobre Berlín «no iría dirigido contra EEUU o sus aliados». Comparó lo que Moscú se proponía llevar a cabo con una operación quirúrgica, que era dolorosa para el paciente pero necesaria para su supervivencia; a continuación se hizo un lío con las metáforas y aseguró que Moscú «quiere cruzar ese puente y lo cruzará».

Jrushchov admitió que las relaciones entre EEUU y la URSS sufrirían «grandes tensiones», aunque estaba seguro de que «el sol volverá a salir y

brillará con fuerza. EEUU no quiere Berlín y la Unión Soviética tampoco... La única parte realmente interesada en Berlín es Adenauer. Adenauer es un hombre inteligente pero es viejo. La Unión Soviética no puede permitir que un viejo moribundo cierre el paso a la juventud vigorosa».

En uno de sus brindis por Kennedy, Jrushchov admitió haber puesto al presidente en una situación difícil, ya que los aliados iban a cuestionar sus decisiones en lo tocante a Berlín. Sin embargo, inmediatamente le quitó hierro a la influencia y los intereses de los aliados y aseguró que Luxemburgo no iba a causarle ningún problema a Kennedy, del mismo modo que los aliados de la Unión Soviética (a los que no nombró explícitamente) tampoco «asustarían a nadie».

Jrushchov alzó su copa y observó que, como hombre religioso, Kennedy seguramente diría que «Dios nos ayude en este empeño»; Jrushchov aseguró que él prefería brindar por el sentido común.

El brindis de Kennedy se centró en las obligaciones de los dos hombres en el contexto de una era nuclear en la que los efectos de cualquier conflicto «pasarán de una generación a otra». Asimismo, señaló que cada parte «debe reconocer los intereses y las responsabilidades de la otra parte».

El regalo que Kennedy le había llevado al líder soviético estaba encima de la mesa entre ambos hombres; se trataba de un modelo del buque de la marina estadounidense *Constitution*, cuyos cañones, observó Kennedy, tenían un alcance de apenas un kilómetro. En la era nuclear, sin embargo, los cañones eran intercontinentales y la devastación sería mucho más terrible; Kennedy dijo que los líderes no podían permitir que eso ocurriera.

Kennedy se refirió al escenario de aquellas conversaciones, la neutral Viena, y declaró que esperaba que no se marcharían de un lugar que simbolizaba tan claramente la posibilidad de encontrar soluciones equitativas habiendo puesto en peligro la seguridad y prestigio de ambas partes. «Pero ese objetivo sólo se podrá conseguir si las dos partes actúan con prudencia y saben ceñirse a su territorio», aseguró.

Ahí estaba de nuevo: la solución de Kennedy a la Crisis de Berlín. Una vez más, estaba sugiriendo que los soviéticos hicieran lo que quisieran en su área de influencia. Se trataba de un argumento negociador que había formulado

de diversas formas en numerosas ocasiones durante el día; ahora había decidido emplearlo incluso en su brindis final.

Para quitarle algo de hierro a esa última afirmación, Kennedy recordó que le había preguntado a Jrushchov qué cargo tenía cuando tenía cuarenta y cuatro años, la edad actual del presidente estadounidense. El líder del Kremlin había contestado que dirigía la Comisión de Planificación de Moscú. Kennedy bromeó diciendo que a él le gustaría ser el jefe de la Comisión de Planificación de Boston a los sesenta y siete años.

«A lo mejor el señor presidente querría convertirse en el jefe de la comisión de planificación del mundo entero», le espetó Jrushchov.

No, respondió el presidente. Sólo de Boston.

Ante la perspectiva de tener que poner fin a aquellos dos días de conversaciones de forma tan poco satisfactoria, Kennedy insistió en intentar lograr un resultado más positivo y le sugirió a Jrushchov que por la tarde celebraran otra reunión a solas con sus intérpretes.

«No puedo marcharme sin antes intentarlo una vez más», le dijo Kennedy a O'Donnell.

Su equipo lo advirtió de que aquello supondría alterar sus planes de marcha, pero Kennedy respondió airado que en aquel momento no había nada en el mundo más importante que intentar arreglar las cosas con Jrushchov. «¡No, no nos iremos a la hora prevista! ¡No pienso irme sin saber más!» Durante toda su vida, Kennedy había confiado en su encanto y en su personalidad para superar sus obstáculos, pero dichas armas no le habían permitido atravesar el campo de fuerza de Jrushchov.

Kennedy abrió su último y breve intercambio reconociendo la importancia de Berlín. Sin embargo, dijo, esperaba que Jrushchov, por el bien de la relación entre sus respectivos países, «no lo colocara en una situación tan comprometida para nuestros intereses nacionales». Subrayó una vez más «la diferencia entre un tratado de paz y los derechos de acceso a Berlín». Esperaba que las relaciones se desarrollaran de tal forma que se pudiera evitar una confrontación directa entre EEUU y la URSS.

Sin embargo, y consciente de que ya tenía a Kennedy medio grogui, Jrushchov decidió ejercer aún más presión. Si EEUU insistía en sus derechos y violaba así las fronteras de la Alemania del Este tras la firma del tratado de paz, declaró Jrushchov, «responderemos a la fuerza con fuerza. EEUU debe prepararse para ello y la URSS hará lo mismo».

Antes de marcharse de Viena, Kennedy quería comprender claramente qué opciones le dejaban los soviéticos. Con el acuerdo provisional sugerido por Jrushchov, ¿las fuerzas militares estadounidenses podrían permanecer en Berlín y tener libre acceso a la ciudad?, preguntó Kennedy.

Sí, durante seis meses, respondió Jrushchov.

¿Y a continuación deberían retirarse?, quiso saber Kennedy.

Jrushchov respondió que así era.

El presidente Kennedy dijo que, o bien Jrushchov no creía que EEUU hablaba en serio, o la situación era tan «insatisfactoria» para él que se sentía en la necesidad de adoptar «una acción tan drástica». Kennedy dijo que se entrevistaría con el primer ministro británico Macmillan en Londres de camino a casa y que le tendría que comunicar que se hallaba ante la desafortunada disyuntiva de tener que aceptar un hecho consumado soviético en Berlín o resignarse a una confrontación. Kennedy dijo que tenía la impresión de que Jrushchov le ofrecía tan sólo dos alternativas: conflicto o capitulación.

Jrushchov sugirió que, para que Kennedy pudiera salvar las apariencias, las tropas estadounidenses y soviéticas podían permanecer en Berlín, no como fuerzas de ocupación, sino sujetas al control de la Alemania del Este y bajo el paraguas de las Naciones Unidas. «Yo deseo la paz», dijo Jrushchov. «Si usted quiere la guerra es su problema. No es la URSS quien amenaza con una guerra, sino Estados Unidos.»

La prórroga solicitada por Kennedy en la reunión no iba nada bien. «Es usted, no yo, quien quiere forzar un cambio», protestó el presidente, evitando el uso provocativo que Jrushchov daba a la palabra «guerra».

Eran como dos chiquillos con porras nucleares que se peleaban para decidir cuál de los dos estaba intentando provocar una pelea con el otro.

«En cualquier caso», dijo Jrushchov, «la URSS no tendrá más remedio que aceptar el reto. Debemos responder y responderemos. Las calamidades de la

guerra se repartirán a partes iguales... Depende de EEUU decidir si habrá guerra o paz.» Kennedy, le dijo, podía contárselo a Macmillan, De Gaulle y Adenauer.

Khrushchov dijo que su decisión sobre Berlín era «irrevocable» y «firme»: un tratado de paz con Alemania del Este en diciembre con todas sus consecuencias sobre el control aliado de Berlín Oeste, o un acuerdo provisional que tendría el mismo resultado.

«En ese caso va a ser un invierno muy frío», dijo Kennedy.

A pesar de la fuerza de aquella frase final de Kennedy, se equivocó incluso en eso: sus problemas estallarían mucho antes.

BERLÍN

TARDE DEL DOMINGO 4 DE JUNIO DE 1961

Mientras Khrushchov y Kennedy discutían airadamente la posibilidad de una guerra por Berlín, los berlineses salieron en tropel para disfrutar del primer fin de semana seco y soleado tras un mes de lluvias. Montaron en sus coches y motocicletas, en el tren elevado y en el metro, y se dirigieron hacia los numerosos parques y lagos de la ciudad para nadar, navegar, jugar y disfrutar del sol.

Los periódicos de Berlín hablaban de un «hermoso clima de cumbre» y parecían coincidir en que lo más probable era que la reunión entre los dos líderes que debían decidir su destino ayudara a reducir las tensiones. Los berlineses de ambos lados de la ciudad llenaron los cines de Berlín Oeste para ver los últimos estrenos: *Espartaco*, con sus cuatro Oscars; *Ben-Hur*, con Charlton Heston, y *The Marriage-Go-Round*, con James Mason y Susan Hayward. Los anuncios de los cines recordaban a los berlineses del Este que sus devaluados marcos del Este recibirían un tipo de cambio de uno a uno al comprar una entrada: la mayor ganga de la ciudad.

En el Berlín Este, Ulbricht se enfrentaba como podía a la escasez de pan mientras celebraba el Día de la Juventud con su gente y las organizaciones juveniles comunistas. Ante las pocas noticias disponibles acerca de la Cumbre

de Viena, los periódicos iban llenos de fotografías y artículos sobre las salidas conjuntas de las dos primeras damas por la capital austriaca.

[Durante el fin de semana de la Cumbre de Viena](#) se registró el menor flujo de refugiados de los últimos años, pues los alemanes del Este confiaban en que las conversaciones trajeran un cambio a mejor.

Cuando le preguntaron qué esperaba de las conversaciones, Ulbricht declaró que ya se vería. Por su parte, el alcalde Willy Brandt les dijo a sus conciudadanos: «Nuestra causa está en buenas manos con el presidente Kennedy. [...] Debemos esperar que se aclaren algunos de los malentendidos que podrían haber desencadenado nuevos peligros y amenazas».

VIENA

TARDE DEL DOMINGO 4 DE JUNIO DE 1961

Tras amenazarlo con una guerra, Jrushchov esbozó una sonrisa de oreja a oreja mientras se despedía de un atribulado Kennedy en las escalinatas de la embajada soviética. Los fotógrafos inmortalizaron el contraste en sus estados de ánimo para los periódicos del día siguiente.

[Jrushchov era consciente de que había ganado](#), si bien aún no era capaz de calcular las consecuencias de dicha victoria. Más tarde recordaría que Kennedy «parecía no sólo angustiado, sino profundamente disgustado... Al verlo, no pude evitar sentir lástima y también un cierto disgusto. No había sido mi intención contrariarlo. Me habría gustado mucho que nos hubiéramos podido despedir de otro modo, pero no podía hacer nada por ayudarlo... Sin embargo, como ser humano, lamentaba su decepción...».

«La política es cruel», concluyó Jrushchov.

El líder soviético imaginaba qué dirían los partidarios de la línea dura dentro del gobierno estadounidense cuando se enteraran de los pobres resultados obtenidos por Kennedy. «Siempre hemos dicho que los bolcheviques no entienden el lenguaje de la negociación», suponía Jrushchov que dirían. «Lo único que entienden es la política de la fuerza. Lo han engañado, le han tomado el pelo. Le han pegado una paliza y ha regresado

humillado y con las manos vacías.»

Tras despedirse de Kennedy en el aeropuerto, el ministro de Asuntos Exteriores austriaco Bruno Kreisky se entrevistó con Jrushchov. «El presidente estaba triste en el aeropuerto», dijo Kreisky. «Parecía disgustado y le había cambiado la cara. Es evidente que la reunión no ha ido nada bien para él.»

Jrushchov dijo que también se había percatado de la amargura de Kennedy y le aseguró a Kreisky que el problema de Kennedy era que «aún no ha comprendido el realineamiento de fuerzas y actúa guiado por la política de sus predecesores, en particular en lo tocante a la cuestión alemana. No está preparado para eliminar el peligro para el mundo que se cierne sobre Berlín. Las conversaciones han sido útiles en el sentido de que nos han permitido expresar lo que pensamos y conocernos mutuamente. Pero eso es todo, y con eso no basta».

Jrushchov, que aún tenía los dos días de reuniones frescos en la mente, le relató a Kreisky muchas de sus conversaciones con Kennedy, consciente de que Kreisky informaría de su victoria a otros líderes de la izquierda europea, incluido el alcalde de Berlín, Willy Brandt.

En contraste con Kennedy, Jrushchov se marchó de Viena con la misma calma con la que había llegado. Mientras el líder soviético participaba en una cena organizada en su nombre por el gobierno austriaco, Kennedy se lamía las heridas de camino a Londres.

Kennedy fue totalmente honesto sobre su pobre actuación.

Mientras abandonaba la embajada soviética acompañado por el secretario Rusk en su limusina negra, con las banderas presidenciales y americanas ondeando, Kennedy golpeó la puerta con la mano abierta. Rusk se mostró particularmente estupefacto por el hecho de que Jrushchov hubiera empleado la palabra «guerra» durante su cáustica conversación, un término que los diplomáticos evitaban a toda costa y reemplazaban por sinónimos menos alarmantes.

A pesar de todos los informes que el presidente había leído antes de la

cumbre, Rusk tenía la sensación de que Kennedy no estaba preparado para la brutalidad intimidatoria de Jrushchov. El alcance del fracaso presidencial en Viena no sería tan fácil de medir como el fiasco de Bahía Cochinos; no habría una costa llena de cadáveres de combatientes exiliados que habían arriesgado sus vidas con la esperanza de que Kennedy y Estados Unidos no los abandonaran. Y, no obstante, las consecuencias en este caso podían ser aún más devastadoras. Tras ver confirmadas sus sospechas sobre la debilidad de Kennedy, era posible que Jrushchov incurriera precisamente en el tipo de «error de cálculo» que podía desencadenar una guerra nuclear.

[Kennedy se llevaría consigo](#) a Londres, donde debía reunirse con el primer ministro Macmillan, el memorando que detallaba las demandas soviéticas para una solución de la cuestión alemana en seis meses. «Por las buenas o por las malas.» Si los soviéticos lo hacían público, y Kennedy estaba seguro que así sería, sus críticos lo acusarían de haber acudido a Viena sin percatarse de lo evidente: que se estaba metiendo en una trampa en lo tocante a Berlín.

Kennedy quería desfogarse, pero ¿cómo debía presentar el resultado de la reunión ante un séquito de periodistas que se habían convertido en una extensión de sí mismo? ¿Debía darle la vuelta y convertirlo en un intercambio amable, tal como le había aconsejado que hiciera a Bohlen, su experto en cuestiones soviéticas?

[No. Kennedy decidió dejar en Viena](#) a su secretario de prensa, Pierre Salinger, para que informara a los primeros espadas de la industria periodística del «sombrio» resultado de la cumbre. Antes de marcharse, sin embargo, el presidente se reuniría en privado en una sala de la residencia del embajador con el periodista del *New York Times*, James «Scotty» Reston. Kennedy le dijo a O'Donnell que quería transmitir a los americanos «la gravedad de la situación, y el *New York Times* es el mejor medio para ello. Presentaré la situación ante Scotty con toda su crudeza».

Pero Kennedy aún no estaba convencido de que Jrushchov fuera a cumplir su amenaza sobre Berlín. A lo mejor De Gaulle estaba en lo cierto cuando lo había advertido de que Jrushchov le soltaría sus bravatas y sus faroles, pero que continuaría postergando cualquier intervención en Berlín, como había hecho hasta entonces. «Alguien que hable como Jrushchov lo ha hecho hoy y se

lo crea tiene que estar loco, y estoy convencido de que Jrushchov no lo está», le dijo Kennedy a O'Donnell, aunque en realidad no las tenía todas consigo.

A sus cincuenta y dos años, el escocés Reston había ganado ya dos premios Pulitzer y era tal vez el periodista más influyente y más leído en Washington. Vestido con su habitual traje de tweed y corbatín, se dedicó a mascar su pipa de brezo mientras Kennedy le exponía la situación, tras acordar que el periodista no citaría al presidente ni mencionaría su reunión privada.

Kennedy, que llevaba un sombrero calado, se hundió en el sofá, preparado para la que iba a ser una de las conversaciones más francas entre un periodista y un presidente de EEUU.

Lograr una exclusiva de Kennedy tras la Cumbre de Viena, cuando había 1.500 periodistas más intentando acceder al presidente, suponía un golpe considerable para Reston en la nueva era de la televisión, que tanto despreciaba. El encuentro resultaría aún más valioso por lo que Kennedy le confesaría en aquella sala sombría, tras las cortinas corridas con el objetivo de ocultar la reunión del resto de periodistas.

«¿Qué tal ha ido?», preguntó Reston.

«Ha sido la peor experiencia de mi vida», dijo Kennedy. «Me ha destrozado.»

Reston anotó en su libreta: «Nada de las tonterías de costumbre. Cuando un hombre quiere decir la verdad, sus ojos adoptan un aire especial».

A continuación, hundido en el sofá junto a Reston, Kennedy confesó que Jrushchov lo había atacado con violencia para reprocharle el imperialismo estadounidense, y que se había puesto particularmente agresivo en lo tocante a Berlín. «Tengo dos problemas», le dijo a Reston. «En primer lugar, averiguar por qué lo hizo y, en particular, por qué lo hizo de forma tan hostil, y en segundo, decidir qué podemos hacer al respecto.»

Reston concluyó acertadamente en su artículo para el *New York Times*, en el que respetó cautelosamente la confidencialidad de su reunión con Kennedy, que el presidente «quedó asombrado por la rigidez y la dureza del líder soviético». Calificó la reunión de cáustica y aseguró que Kennedy se había marchado de Viena sintiéndose pesimista sobre las diversas cuestiones que

había sobre la mesa; en particular, el presidente «definitivamente tenía la impresión de que la cuestión alemana iba a ser un asunto peliagudo».

Kennedy le aseguró a Reston que, a raíz del episodio de Bahía Cochinos, Jrushchov «creía que podría manejar a su antojo a alguien tan joven e inexperto como para haberse metido en un semejante atolladero. Y que el hecho de que me hubiera metido en ese lío y no lograra resolverlo demostraba una falta de agallas por mi parte. De modo que me ha pegado una paliza. [...] Estoy metido en un buen lío».

Kennedy ofreció un rápido análisis de los problemas de la situación y de la forma de abordarlos. «Si cree que no tengo experiencia ni agallas, no podremos hacer nada hasta lograr hacerlo cambiar de idea. Así pues, debemos actuar.» Le dijo a Reston que, entre otras cosas, incrementaría el presupuesto militar y enviaría otra división a Alemania.

Durante el vuelo a Londres, Kennedy llamó a O'Donnell a su cabina; deseaba desahogarse un poco más, pero sin que lo oyeran Rusk, Bohlen y el resto de personas que iban en el Air Force One. La depresión había ensombrecido hasta tal punto el estado de ánimo de los acompañantes del presidente que el enlace de Kennedy en las Fuerzas Aéreas, Godfrey McHugh, comparó aquel vuelo con «un viaje en el avión del equipo perdedor tras las series mundiales de béisbol. Nadie hablaba demasiado».

Kennedy había iniciado su presidencia decidido a posponer el asunto de Berlín. Y, de repente, aquel asunto amenazaba con estallarle en las narices. Lo aterrorizaba la posibilidad de que conservar algunos de los derechos de los aliados y de la Alemania Federal en Berlín Oeste pudiera desencadenar una guerra nuclear.

«**Todas las guerras son fruto** de la estupidez», le dijo Kennedy a O'Donnell. «Dios sabe que no soy un aislacionista, pero me parece particularmente estúpido arriesgar la vida de un millón de estadounidenses por una disputa sobre los derechos de acceso a una Autobahn de la zona soviética de Alemania, o porque los alemanes quieren una Alemania reunificada. Si voy a amenazar a Rusia con una guerra nuclear, será por algo mayor y más importante que esto. Antes de poner a Jrushchov contra la pared y obligarlo a tomar una decisión definitiva, tiene que estar en juego la libertad de toda la

Europa occidental.»

Quienes más decepcionados estaban eran aquellos que habían trabajado duro para informar a Kennedy antes de la cumbre, y en particular los miembros del personal del embajador Thompson, que habían visto como el presidente desoía la mayoría de sus consejos. Kempton Jenkins, uno de los miembros del equipo de Thompson, diría más tarde que Kennedy había perdido una «oportunidad de oro para mostrarse encantador, dejar que Jackie sedujera a Jrushchov y al final decirle: “Mire, se lo diré claramente: ponga un solo dedo sobre Berlín y les destruiremos”».

Aquéllos sí eran términos que Jrushchov habría comprendido. La superioridad nuclear de EEUU era tan grande que Kennedy no tenía por qué dejar que nadie lo intimidase de la forma en que lo había hecho Jrushchov en Viena. Más tarde, examinando detalladamente las transcripciones de las reuniones, Jenkins lamentó que Kennedy «ni en un momento» hubiera transmitido un mensaje de dureza a Jrushchov: «Todo lo que dijo fue: “Debemos encontrar una salida. ¿Qué podemos hacer para ganarnos su confianza? No queremos que recele de nuestras motivaciones. No somos agresivos”». Con ello, el presidente no había hecho más que confirmar la impresión de Jrushchov de que iba a resultarle fácil superarlo tácticamente, de modo que a partir de aquel momento Jrushchov actuaría de forma aún más agresiva, convencido de que no iba a tener que pagar ningún precio por ello.

Los predecesores de Kennedy habían defendido Berlín Oeste a capa y espada, en parte con la esperanza de poder arrebatárselos a los comunistas el control de la Alemania del Este, pero también para apoyar al gobierno de la Alemania Federal cuando afirmaba que la ciudad iba a ser la futura capital de la Alemania reunificada. Kennedy no creía en nada de todo eso y quería evitar un fracaso en Berlín tan sólo porque consideraba que una retirada pudiera empujar la Alemania Federal a volverse contra EEUU y la Gran Bretaña, y provocar una ruptura en el seno de la OTAN.

Hablando con O'Donnell de camino a Londres, Kennedy mostró una sorprendente simpatía por la posición de Jrushchov en Berlín. Era consciente de que el problema soviético era económico y que el capitalismo triunfal de Berlín Oeste estaba arrebatando a la Alemania del Este sus mejores talentos.

«No podemos culpar a Jrushchov por ello», le dijo a O'Donnell.

Aunque Jrushchov acababa de pegarle una paliza, Kennedy dirigió su veneno hacia Adenauer y los alemanes, que continuamente lo acusaban de no ser lo bastante duro con los soviéticos. No iba a provocar una guerra por Berlín, aunque los acuerdos de posguerra lo obligaran precisamente a eso. «No fuimos nosotros quienes provocamos la desunión en Alemania», le dijo a O'Donnell. «En realidad no es responsabilidad nuestra que las cuatro potencias ocuparan Berlín, un error en el que ni nosotros ni los rusos deberíamos haber incurrido. Pero ahora la Alemania Federal quiere que expulsemos a los rusos de la Alemania del Este.»

«Como si no gastáramos ya suficiente dinero defendiendo la Europa occidental», se quejó Kennedy, «y en particular la Alemania Federal, mientras ese país se convierte en la potencia con el mayor crecimiento industrial del mundo. ¡Si creen que vamos a iniciar una guerra por Berlín, a menos que sea en un movimiento desesperado por salvar la OTAN, lo llevan claro!»

Mientras su avión descendía sobre Londres, el presidente le dijo a O'Donnell que dudaba que Jrushchov, «por mucho que grite», fuera a cumplir su amenaza. Sin embargo, Kennedy también iba a guardarse de provocar a los soviéticos y obligarlos a responder a una súbita acción militar estadounidense. «Si vamos a iniciar una guerra nuclear», dijo, «tendremos que arreglar las cosas para que quien la inicie sea el presidente de Estados Unidos, y no un sargento de un convoy de camiones en un paso fronterizo de la Alemania del Este al que le dé por ponerse a disparar.»

LONDRES

MAÑANA DEL LUNES 5 DE JUNIO DE 1961

El primer ministro británico Macmillan percibió inmediatamente el tormento de Kennedy, tanto el lacerante dolor físico que le atravesaba la espalda como la angustia psicológica que le había provocado su reunión con Jrushchov.

Mientras hablaban, varios altos cargos estadounidenses se desplegaron por toda Europa en modo gestión de crisis para informar a los aliados clave de lo

que equivalía a un nuevo ultimátum soviético. Rusk fue a París, donde visitó a De Gaulle y la OTAN. Los funcionarios del Departamento de Estado Foy Kohler y Martin Hillenbrand volaron a Bonn para reunirse con Adenauer.

El primer ministro británico canceló la reunión formal matutina planeada con el presidente («con el Ministerio de Asuntos Exteriores y todo eso») y lo invitó a su residencia privada en la Admiralty House, ya que el 10 de Downing Street estaba cerrado por obras. Pasaron casi tres horas juntos, desde las 10.30 hasta las 13.25, una hora más de lo previsto, durante las que Macmillan se limitó básicamente a escuchar a Kennedy mientras le ofrecía sándwiches y whisky. A continuación se reunieron con el secretario de Exteriores lord Home hasta las 15.00. Sus conversaciones de aquel día sirvieron para que Kennedy forjara con Macmillan la relación más cercana que tendría con un líder extranjero. Al presidente estadounidense le gustaban el humor mordaz y la inteligencia profunda del viejo inglés, además de la despreocupación que mostraba ante los asuntos más serios.

«Por primera vez en su vida», recordaría Macmillan más tarde refiriéndose a la Cumbre de Viena, «Kennedy se había topado con un hombre inmune a sus encantos.» El primer ministro británico se llevó la impresión de que el presidente estaba «algo aturdido, aunque tal vez sería más preciso decir “desconcertado”... Parecía impresionado y estupefacto». Macmillan se percató de que Kennedy se había visto superado por la crueldad y la brutalidad de Jrushchov, una experiencia similar a entrevistarse por primera vez con Napoleón «en la cúspide de su poder» o como cuando Neville Chamberlain había intentado «mantener una conversación con herr Hitler».

Macmillan le dijo a Kennedy que Occidente simplemente tenía que «dejarles claro a los rusos que ellos podían firmar tantos tratados con la RDA como quisieran, pero que Occidente haría valer sus derechos y que responderían a cualquier ataque contra esos derechos con todas sus fuerzas».

Kennedy dijo que era precisamente esa amenaza la que había detenido a los rusos hasta entonces, pero que por desgracia Jrushchov percibía que la posición occidental había quedado debilitada tras los recientes acontecimientos en Laos y en «otras partes» (un eufemismo para referirse a Cuba). Al fin y al cabo, incluso en 1949, cuando Occidente aún ostentaba el

monopolio nuclear, no habían logrado romper el bloqueo a Berlín Oeste y los rusos sabían que en el momento presente gozaban de una posición bastante mejor que hacía doce años, dijo Kennedy.

Lord Home temía que Jrushchov se viera obligado a actuar sobre Berlín debido a las dificultades con los refugiados de la Alemania del Este y otros problemas similares con otras repúblicas satélite. Jrushchov «puede sentir que debe actuar para encontrar la forma de frenar esa situación», dijo. En cuanto el memorando de Jrushchov sobre Berlín se hiciera público, dijo lord Home, Occidente se encontraría en una situación incómoda, «ya que a primera vista parece bastante razonable».

Kennedy pidió a los británicos que lo ayudaran a redactar un discurso que pronunciaría al día siguiente en Washington. Éste debía recoger los puntos de vista de Jrushchov, reafirmar el compromiso occidental con Berlín Oeste e insistir en el derecho de los berlineses a elegir libremente su futuro. Lo cierto, dijo Macmillan, era que «pasara lo que pasara en el resto del mundo, Occidente está ganando en Berlín. Dice muy poco a favor del sistema soviético que tantas personas quieran abandonar el paraíso comunista».

Kennedy y Macmillan accedieron a incrementar la presencia militar y reforzar otros planes de contingencia en Berlín sobre la base de lo que Occidente debía hacer (1) si los rusos firmaban un tratado de paz con la Alemania del Este; (2) si los suministros civiles se veían interrumpidos después de la firma de dicho tratado, y/o (3) si se producía también una interrupción en los suministros militares occidentales. Home quería que Kennedy ofreciera contrapropuestas al memorando soviético, pero el presidente estadounidense se negó a hacerlo, pues una propuesta sobre Berlín podía interpretarse como otra «señal de debilidad».

En el vuelo de regreso a EEUU, Kennedy estaba sentado en pantalón corto, rodeado de sus principales asesores. Sus ojos, rojos y húmedos, revelaban todo su cansancio. La espalda le dolía muchísimo, aunque ni siquiera Kennedy sabría hasta qué punto sus dolencias y los diversos mejunjes que tomaba para combatir el dolor habían afectado negativamente a su rendimiento en Viena. El

presidente meneó la cabeza, clavó la mirada en la punta de los pies, y en un momento dado se abrazó las piernas y murmuró algo sobre la actitud inflexible de Jrushchov y los peligros que ésta entrañaba.

Kennedy le dijo a su secretaria Evelyn Lincoln que quería descansar un poco y prepararse para el difícil día que lo esperaba en Washington, por lo que le pidió que guardara los documentos secretos que había estado leyendo. Mientras lo hacía, Lincoln encontró un papel en el que Kennedy había escrito dos líneas:

Sé que Dios existe y también que se avecina una tormenta;
Si Él tiene un lugar para mí, creo que estoy preparado.

Lincoln no comprendió el sentido de la nota, pero ésta la preocupó. No tenía forma de saber que Kennedy había copiado de memoria una cita parcial de Abraham Lincoln extraída de una conversación entre el ex presidente y un educador de Illinois en la primavera de 1860, en la que el primero expresaba su determinación de abolir la esclavitud. La nota, pues, no era una invitación a la muerte (como interpretó la secretaria del presidente), sino más bien un reconocimiento de la propia vocación.

Bobby se reunió con su hermano a la llegada de éste. El presidente tenía las mejillas surcadas por las lágrimas causadas por una combinación del estrés y las decisiones que debía tomar. Bobby recordaría más tarde que «nunca había visto a mi hermano llorar por algo así. Estaba en mi dormitorio con él, cuando me miró y me dijo: “Bobby, si se llega a un intercambio nuclear, lo que nos pase a nosotros no importa. Hemos tenido una buena vida, somos adultos. Nos lo hemos buscado nosotros. Pero cuando pienso en las mujeres y niños que morirían en una guerra nuclear, no lo soporto”».

El periodista Stewart Alsop, viejo amigo del presidente, había visto a Kennedy en Londres cuando éste había visitado la catedral de Westminster para el bautizo del hijo recién nacido de Stanisław Radziwiłł, cuya tercera esposa era la hermana menor de Jacqueline Kennedy, Lee Bouvier. Fue un gran acontecimiento al que asistieron el primer ministro y toda la familia Kennedy. El presidente se llevó a Alsop a un rincón y durante quince minutos le estuvo

contando todo lo que había tenido que pasar. «Tuve la sensación de que lo sucedido lo había impactado considerablemente y que apenas había empezado a procesarlo.»

Alsop consideraba que el episodio de Bahía Cochinos había sido el momento que había «curado a Kennedy de sus ilusiones acerca de la certeza de su éxito» tras una vida en la que había experimentado muy pocos fracasos. Sin embargo, Alsop consideraba que la Cumbre de Viena había supuesto un golpe aún mayor, pues había bastante diferencia entre la lección extraída en Cuba, en el sentido de que era posible fracasar en algo de importancia, y la perspectiva de otro fracaso que podía provocar una guerra nuclear.

Kennedy llevaba cuatro meses y dieciséis días en el cargo, pero Alsop consideraba que no se había convertido en el comandante en jefe hasta Viena, pues había sido allí donde había comprendido la naturaleza brutal de su enemigo y la realidad de que Berlín iba a ser su campo de batalla.

«A partir de aquel momento se convirtió en presidente en el sentido pleno de la palabra», aseguró Alsop.

BERLÍN ESTE

MIÉRCOLES, 7 DE JUNIO DE 1961

[El líder de la Alemania del Este](#), Walter Ulbricht, apenas podía creer su buena suerte al recibir los primeros informes de las conversaciones en Viena de manos de Mijaíl Pervujin, el embajador soviético en la Alemania del Este. Aún se mostró más satisfecho cuando recibió más detalles de los altos funcionarios de la Alta Comisión Soviética en Karlhorst, con quienes habló por la tarde, como hacía casi a diario.

Los ejercicios militares de los últimos tres días y tres noches (que habían reunido a su Ejército Popular Nacional con sus homólogos soviéticos) habían demostrado que Ulbricht estaba militarmente preparado para plantar cara a Occidente cuando finalmente Jrushchov decidiera pasar a la acción en Berlín. Los soldados de Ulbricht habían impresionado al ministro de Defensa soviético Rodión Malinovski y a Andrei Grechko, comandante de las fuerzas

del Pacto de Varsovia, que consideraron aquellos ejercicios lo bastante importantes como para supervisarlos personalmente. Los soldados de la Alemania del Este se habían mostrado mucho más disciplinados de lo que habían previsto los mandamases soviéticos.

Al final de una de sus habituales jornadas laborales de doce horas, Ulbricht mostró su satisfacción mientras su chófer lo acompañaba a su nueva casa en Wandlitz, unos treinta kilómetros al noreste de Berlín, junto a un espeso bosque. Hacía meses, años tal vez, que Ulbricht no se sentía tan optimista como aquel día, mientras su coche pasaba ante los cuidados jardines y los chalets del barrio de Pankow.

Pervujin le había proporcionado una copia del memorando soviético que Jrushchov le había entregado a Kennedy en Viena. El documento contenía, acuñadas en el lenguaje oficial de Jrushchov, muchas de las ideas del propio Ulbricht sobre el futuro de Berlín, que éste había repetido hasta la saciedad en las numerosas cartas que había enviado a lo largo de los meses al líder soviético. Pervujin le reveló a Ulbricht que Moscú iba a publicar el documento al cabo de dos días.

Ulbricht confiaba que en esta ocasión Jrushchov no pudiera eludir su propio ultimátum sobre Berlín. Jrushchov también estaba adoptando una postura más dura respecto a Alemania en otros sentidos. El ministro de Asuntos Exteriores Gromyko había presentado una airada protesta ante las embajadas británica, francesa y estadounidense en Moscú por la decisión del canciller Adenauer de convocar por primera vez un plenario del Bundesrat, la cámara alta del parlamento de la Alemania Federal, en Berlín Oeste el 16 de junio. El embajador ruso calificaba aquella decisión de «una nueva provocación» a los estados socialistas.

[Después de tanto tiempo insistiéndole](#) a Jrushchov, aquel día Ulbricht le escribió una carta que rebosaba gratitud. «Queremos agradecer al Presidium [del Partido Comunista] y particularmente a usted, querido amigo», decía la carta, «los esfuerzos que está realizando para la firma de un tratado de paz y la resolución del asunto de Berlín Oeste.»

Ulbricht escribió que no sólo coincidía con los términos del ultimátum, sino que también celebraba el papel de Jrushchov durante la cumbre y su cargo

al frente del Partido Comunista, el gobierno soviético y el bloque socialista.

«Ha logrado un gran éxito político», escribió.

Sin embargo, Ulbricht era consciente de que lo conseguido se debía en gran medida a sus presiones y no tenía intención de cambiar de táctica justo en aquel momento. Así, dedicó gran parte de la carta a quejarse de las ansias «revanchistas» de la Alemania Federal, que amenazaban a ambos líderes. El ministro de Economía de la Alemania Federal había amenazado con romper las relaciones comerciales con la Alemania del Este si se firmaba el tratado de paz. Aquella decisión habría tenido un coste enorme para la Alemania del Este, que se habría visto tratada como «un país extranjero que debía abonar sus compras diarias en la Alemania Federal en una moneda extranjera» que no poseía.

Ulbricht le dijo a Jrushchov que Adenauer y otros altos cargos de la Alemania Federal estaban ejerciendo presiones en diversos países neutrales para que redujeran los derechos de los consulados y las oficinas comerciales de la Alemania del Este. Adenauer también estaba intentando impedir que la Alemania del Este pudiera participar en los siguientes Juegos Olímpicos.

Pero lo que más le importaba a Ulbricht era evitar futuras demoras ahora que Jrushchov parecía haberse centrado en la cuestión de Berlín. «El camarada Pervujin nos ha informado de que le resultaría útil llevar a cabo consultas con los primeros secretarios [de los Partidos Comunistas del bloque soviético] lo antes posible.» Ulbricht añadió que, a tal efecto, se había tomado la libertad de reunir a los líderes de Polonia, Hungría, Rumanía y Bulgaria el 20 y el 21 de julio para «discutir los preparativos de un tratado de paz».

Ulbricht quería que todo el bloque socialista cerrara filas a su alrededor. «El objetivo de dicha reunión», le indicó a Jrushchov, «pasa por alcanzar un acuerdo sobre los preparativos políticos, diplomáticos, económicos y de organización necesarios, y también sobre las medidas de coordinación y agitación de la radio y la prensa.»

MOSCÚ

MIÉRCOLES, 7 DE JUNIO DE 1961

A su regreso a Moscú desde Viena, Jrushchov ordenó imprimir múltiples copias de las actas de la cumbre y distribuir las entre amigos y aliados. Quería que la habilidad con la que había manejado a Kennedy llegara a oídos de un gran número de personas, en particular de sus críticos tanto en el interior como en el exterior. Ordenó marcar las copias como «Top Secret», pero las repartió entre un número de destinatarios superior a lo habitual para ese tipo de documentos. Una copia llegó a Castro, en Cuba, aunque dicho país aún no era considerado un miembro del bloque socialista. Entre los dieciocho países que también recibieron el documento había naciones no comunistas como Egipto, Irak, Brasil, Camboya o México. Un alto cargo soviético iba a encargarse de informar también al líder yugoslavo Josip Broz Tito.

Jrushchov actuaba como el campeón que desea recordar la final de la victoria con el resto del mundo. Así, entroncando con la dureza mostrada en Viena, decidió adoptar una actitud más severa y dictatorial en los asuntos internos, y achacó el descontento civil, la vagancia, la criminalidad y el desempleo crecientes en la URSS a un exceso de liberalización, adoptando un discurso muy similar al de sus críticos neoestalinistas. También revertió algunas reformas del sistema judicial asociadas con su proceso de desestalinización.

«¡En menudos liberales os habéis convertido!», le espetó al fiscal general Roman Rudenko al tiempo que criticó una legislación que era demasiado laxa con los ladrones, a los que en su opinión habría que fusilar.

«Abrónqueme tanto como quiera», respondió Rudenko, «pero si la ley no contempla la pena de muerte, no podemos aplicarla.»

«Los campesinos tienen un dicho: “Líbrate de las malas semillas”», dijo Jrushchov. «Stalin adoptó la postura correcta en estos asuntos. Fue demasiado lejos, pero nunca tuvo piedad con los criminales. Nuestra lucha contra nuestros enemigos debe ser implacable y precisa.»

Jrushchov impulsó cambios orientados a incrementar el uso de la pena capital, aumentó el tamaño de las unidades policiales dentro de la KGB y revertió muchas de las tendencias liberalizadoras que él mismo había introducido.

Mientras Kennedy volvía a casa, preocupado por qué iba a contarles a sus conciudadanos, Jrushchov se encontraba en la embajada indonesia celebrando el sesenta cumpleaños de su líder, Sukarno, que se encontraba de visita en Moscú.

La banda de música interpretó melodías de baile en el jardín de la embajada, mientras varios líderes del partido, entre ellos el presidente Leonid Brézhnev y el primer viceministro Anastas Mikoyan, participaban a instancias de Jrushchov en una danza tradicional; diplomáticos y rusos famosos llevaban el ritmo dando palmas. Entre quienes bailaban estaba el príncipe Souvanna Phouma de Laos.

El mismísimo Sukarno sacó a la esposa de Jrushchov, Nina, a la pista de baile. Todo el mundo parecía contagiado por la euforia de Jrushchov tras la cumbre de Viena. En una ocasión, el líder soviético cogió una batuta y dirigió la orquesta, y se pasó toda la noche contando chistes. Sukarno dijo que iba a exigir nuevos créditos soviéticos a cambio de permitir que Jrushchov dirigiera la orquesta; el líder soviético abrió el abrigo y volvió los bolsillos del revés para mostrar que estaban vacíos.

«Fijaos, me lo ha robado todo», dijo ante las carcajadas de la multitud.

Al ver a Mikoyan moverse con elegancia al ritmo de la música, Jrushchov bromeó diciendo que su número dos había conservado el cargo porque el Comité Central lo había declarado un gran bailarín. Nadie había visto a Jrushchov tan eufórico desde antes de la revuelta de 1956 en Hungría y el golpe frustrado contra su persona en 1957.

Cuando Sukarno dijo que quería besar a una chica hermosa, la esposa de Jrushchov examinó la multitud hasta encontrar a una reacia candidata, cuyo marido se mostró inicialmente poco dispuesto a ceder a su esposa.

«Oh, vamos», dijo Nina. «Sólo tienes que besarlo una vez, no dos.»

Así pues, la chica le dio un beso al líder indonesio.

Sin embargo, el recuerdo más indeleble de la velada se produjo cuando Sukarno sacó a Jrushchov a la pista de baile para un paso a dos. Bailaron un rato cogidos de la mano hasta que Jrushchov, eufórico, regaló a los presentes unos pasos en solitario. Más tarde, Jrushchov admitiría que bailaba como «una vaca sobre hielo», con pasos pesados, vacilantes e inseguros.

Aquel día, sin embargo, Jrushchov se puso en cuclillas y bailó al estilo cosaco. El pesado líder soviético hizo gala de una ligereza inaudita.

Un verano tormentoso

Los obreros de nuestra capital están ocupados construyendo bloques de apartamentos y sus fuerzas de trabajo están plenamente concentradas en esa tarea. Nadie tiene intención de levantar un muro.

WALTER ULBRICHT durante una conferencia de prensa,
15 de junio de 1961

De un modo u otro, logra pasar por un presidente, pero sólo en apariencia.

DEAN ACHESON, en una carta al presidente Truman sobre su trabajo
sobre Berlín para el presidente Kennedy,
24 de junio de 1961

La cuestión de Berlín, que Jrushchov ha convertido en una crisis... tiene un efecto que se extiende hasta mucho más allá de dicha ciudad. Se trata de un asunto más vasto y más serio incluso que el de la cuestión alemana. Se ha convertido en una cuestión que medirá el nivel de determinación de EEUU y de la URSS, y de cuyo resultado dependerá la futura confianza de Europa (y de todo el mundo) en Estados Unidos.

DEAN ACHESON en un informe sobre Berlín para el presidente Kennedy,
29 de junio de 1961

CASA DE LOS MINISTERIOS, BERLÍN ESTE
JUEVES, 15 DE JUNIO DE 1961

La decisión de Walter Ulbricht de citar a los corresponsales destinados en Berlín Oeste para una rueda de prensa que iba a celebrarse en el lado comunista de la frontera era algo tan inaudito que los propagandistas del gobierno de la Alemania del Este ni siquiera sabían cómo invitar a dichos periodistas.

El problema era que Ulbricht había cortado las líneas telefónicas interurbanas entre las dos partes de la ciudad en 1951. Así pues, los hombres de Ulbricht tuvieron que enviar a un equipo de operaciones especiales al otro lado de la frontera, equipado con paquetes de monedas de diez *pfennig* de la Alemania Federal y una lista de los miembros de la asociación de periodistas de Berlín Oeste. Los hombres de Ulbricht se dedicaron a llamar a los corresponsales occidentales desde varias cabinas de teléfono públicas para transmitirles un escueto mensaje: «Conferencia de prensa del presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana Ulbricht. Casa de los Ministerios. Jueves a las once. Está invitado».

Tres días más tarde, unos trescientos corresponsales (correspondientes en un porcentaje similar a ambas partes de la ciudad) se agolparon en la misma sala de banquetes en la que en el pasado Hermann Göring había entretenido a los oficiales del Ministerio del Aire del Tercer Reich. Un enorme emblema con un martillo y un compás, el símbolo nacional de la Alemania Democrática, presidía triunfalmente el escenario que en su día había lucido el águila y la esvástica nazis.

Cuando Ulbricht entró en la sala, reinaba ya un ambiente desagradablemente caluroso y cargado, debido al calor corporal que desprendían los periodistas, al calor exterior y a la falta de aire acondicionado. Junto a Ulbricht estaba Gerhard Eisler, el legendario comunista que dirigía las transmisiones de la prensa de la Alemania del Este. Conocido entre los corresponsales como el Goebbels de la Alemania del Este, Eisler escrutó la multitud reunida con sus diminutos ojitos aumentados por sus gruesas gafas bifocales. Aunque había sido juzgado como espía soviético y condenado en EEUU, en 1950 había logrado huir mientras se encontraba en libertad bajo fianza y se había evadido espectacularmente del país a bordo de un barco de vapor polaco para terminar instalándose en la recientemente

creada Alemania del Este. Los periodistas occidentales comentaron entre susurros lo que sabían sobre Eisler.

El corresponsal de Mutual Broadcasting Network, Norman Gelb, se empapó del ambiente. Nunca había visto a Ulbricht de tan cerca y se preguntó cómo era posible que aquel tipo bajito y sin ningún tipo de atractivo, gris y hermético, con aquella voz estridente y aquellas gafas sin montura, hubiera sobrevivido a las numerosas luchas de poder dentro del bloque soviético y la Alemania del Este. Aunque su pulcra barba de chivo le daba cierto parecido con Lenin, Gelb escribió que Ulbricht parecía más un gerente entrado en años que un dictador.

[La declaración inicial de Ulbricht, programada](#) para que coincidiera con la primera declaración pública de Jrushchov sobre la Cumbre de Viena en Moscú, decepcionó a los corresponsales, que habían acudido a la conferencia esperando algún anuncio de trascendencia histórica. El objetivo que había empujado a Ulbricht a organizar aquel encuentro extraordinario sólo se empezó a vislumbrar durante el turno de preguntas; el líder comunista respondía siempre dos o tres preguntas a la vez con largas disquisiciones que hacían imposible las contrapreguntas.

Los corresponsales tomaron nota frenéticamente mientras Ulbricht declaraba que el carácter de Berlín Oeste iba a cambiar de forma drástica después de que la Alemania del Este firmara su tratado de paz con los soviéticos, con o sin el apoyo occidental. Como «ciudad libre», dijo Ulbricht, era «evidente que se cerrarán los llamados campos de refugiados de Berlín Oeste y que todos aquellos que se dedican al tráfico de personas abandonarán Berlín». Dijo que el tratado implicaría también el cierre de los «centros de espionaje» estadounidenses, británicos, franceses y de la Alemania Federal que operaban en Berlín Oeste. Ulbricht aseguró que los desplazamientos en la Alemania del Este se regularían de forma más estricta y que sólo aquellos que obtuvieran un permiso del Ministerio del Interior podrían abandonar el país.

Annamarie Doherr, corresponsal del rotativo de izquierdas *Frankfurter Rundschau*, le pidió más detalles a Ulbricht. Se preguntaba qué medidas tenía previstas el líder comunista para controlar los desplazamientos teniendo en cuenta que las fronteras de Berlín Este estaban abiertas. «Señor presidente»,

dijo, «¿la creación de una “ciudad libre”, para emplear su terminología, implica instalar puestos fronterizos de la República Democrática Alemana en la Puerta de Brandenburgo?» La periodista quería saber si Ulbricht estaba dispuesto a ejecutar su plan «hasta las últimas consecuencias», que incluían la posibilidad de una guerra.

El rostro de Ulbricht se mantuvo impasible y su mirada no registró cambio alguno cuando respondió desapasionadamente: «Comprendo su pregunta en el sentido de que existen personas en la Alemania Federal que querrían que destináramos los obreros de la capital de la RDA a la construcción de un muro». Hizo una pausa y contempló a la bajita y rolliza frau Doherr desde la tribuna antes de continuar. «No me consta que se contemple esa posibilidad. Los obreros de nuestra capital están ocupados construyendo bloques de apartamentos y sus fuerzas de trabajo están plenamente concentradas en esa tarea. Nadie tiene intención de levantar un muro.»

Era la primera vez que Ulbricht mencionaba la palabra «muro» en público, aunque en su pregunta la periodista no había hecho ninguna referencia al respecto. El líder de la Alemania del Este acababa de descubrir su juego, aunque en los artículos del día siguiente ningún medio se hizo eco de aquellas palabras, que los corresponsales debieron de interpretar como otra de las oscuras expresiones de Ulbricht.

A las seis de la tarde, la televisión estatal de la Alemania del Este retransmitió la declaración de Jrushchov sobre el resultado de la Cumbre de Viena. «No podemos seguir postergando la firma de un tratado de paz con Alemania», declaró sin rodeos el líder soviético. Según el plan previsto, a las ocho de la tarde a la declaración del líder soviético le siguió la repetición editada de la conferencia de prensa de Ulbricht.

El efecto glacial fue inmediato. A pesar de un incremento en la presencia de funcionarios de seguridad en las fronteras, el día siguiente se registró el mayor flujo de refugiados en un solo día de todo el año: un total récord de 4.770 personas, que de mantenerse habrían supuesto la huida de 1,74 millones anuales de una población de apenas diecisiete millones. El término cada vez más utilizado para describir la huida, *Torschlosspanik* (pánico al cierre de puertas) describía el terror que se apoderó de la población de la Alemania del

Este tras el discurso de Ulbricht.

En su momento, algunos comentaristas aseguraron que el rápido incremento del número de refugiados demostraba que Ulbricht no había sabido calcular el impacto potencial de su conferencia de prensa. Sin embargo, era mucho más probable que todo formara parte de la táctica de la Alemania del Este. A pesar de las declaraciones cada vez más frecuentes de Jrushchov expresando su determinación respecto a Berlín, Ulbricht sabía que el líder soviético aún no había decidido qué iba a hacer después de Viena.

En cambio, cada uno de los movimientos de Ulbricht estaba cuidadosamente planeado. Al empeorar las cosas para sí mismo a corto plazo, el líder de la Alemania del Este lograba también que el coste de una hipotética inactividad de Jrushchov resultara aún más inaceptable.

Ulbricht estaba decidido a no perder el impulso que había adquirido su posición después de Viena.

LACASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 16 DE JUNIO DE 1961

Teniendo en cuenta sus críticas públicas a la actuación de Kennedy en Bahía Cochinos, Dean Acheson se mostró halagado y un poco sorprendido cuando el presidente acudió a él buscando consejo. Las preguntas que éste le formuló eran tan simples como difíciles de responder: ¿Cómo debía reaccionar el presidente al ultimátum lanzado por Jrushchov en Viena? ¿Hasta qué punto debía tomarse en serio la amenaza del líder soviético en Berlín? ¿Y qué debía hacer al respecto?

[La relación entre Acheson y Kennedy](#) se había ido volviendo cada vez más compleja. Los dos hombres se habían conocido a finales de 1950, cuando el senador Kennedy acompañaba a su vecino de Georgetown en coche a su casa tras las reuniones en el Congreso. Lo que Kennedy no sabía era lo mucho que Acheson detestaba al padre del futuro presidente, no sólo por el apoyo político que éste prestaba al aislacionismo estadounidense, sino también porque Acheson estaba convencido de que Kennedy había conseguido sus

riquezas de forma deshonestas. Acheson consideraba que era justamente ese dinero mal ganado lo que había allanado el camino de su hijo a la Casa Blanca.

Para el presidente Kennedy, en cambio, Acheson era seguramente su mejor opción para conseguir respuestas claras a sus preguntas urgentes. **Acheson consideraba que su labor** aquel día consistía en hallar un atajo a los mecanismos de toma de decisión de la administración, representados por el «Grupo de Coordinación Interdepartamental del Plan de Contingencia para Berlín», más conocido como el Grupo de Trabajo de Berlín. Acheson aseguró a los hombres reunidos en la sala que su objetivo «no era interferir con ninguna operación en marcha, sino más bien incitar el pensamiento y la actividad».

Dijo que el Grupo de Trabajo debía tomarse las amenazas de Jrushchov en Viena al pie de la letra, y que eso significaba que su plan de contingencia para Berlín ya no era un ejercicio teórico. Había que tomar decisiones, advirtió. La inactividad tendría un coste enorme, lo mismo que la incapacidad de revertir la creciente percepción de Jrushchov de una supuesta debilidad estadounidense. En la cuestión de Berlín estaban en juego «el prestigio de Estados Unidos y tal vez su supervivencia».

Acheson no creía que existiera ninguna solución política viable, por lo que la cuestión era si existía la voluntad política de tomar decisiones difíciles «independientemente de la opinión de nuestros aliados». Jrushchov estaba «dispuesto a hacer lo que no ha estado dispuesto a hacer en el pasado», dijo Acheson, «indudablemente porque considera que EEUU no le plantará cara con armas nucleares».

Si EEUU no estaba dispuesto a hacerlo, siguió diciendo Acheson, no podría oponerse al avance ruso. Acheson no tenía ningún interés en oír la opinión de los demás asistentes a la reunión: tan sólo había ido allí para convertirlos a sus ideas. Estaba convencido de que la administración Kennedy estaba entrando en el peor de los mundos. Cuanto más dudara Jrushchov de la determinación estadounidense a recurrir a las armas nucleares, más pondría a prueba a Kennedy, hasta que éste no tuviera más remedio que utilizarlas. «Debemos dejar de considerar que las armas nucleares son las armas

definitivas y más poderosas que podemos utilizar», dijo, «y empezar a verlas como el primer paso en una nueva política destinada a proteger Estados Unidos del fracaso de la política de disuasión.»

El alineamiento de Acheson con los partidarios de la línea dura le había valido muchos enemigos dentro del Partido Demócrata y también entre algunos de los altos cargos reunidos en la sala. A éstos, precisamente, les dijo que no pasar a la acción en Berlín produciría un efecto dominó cuyas repercusiones se dejarían sentir mucho más allá de dicha ciudad, hasta poner en peligro los intereses estadounidenses en todo el mundo. «Berlín es una posición de poder vital para EEUU», dijo. «Retirarse significaría destruir nuestra posición de poder.» Por ello, era necesario «pasar a la acción para que no se desencadene una serie de derrotas que nos precipiten a la catástrofe definitiva».

Tras disculparse ante los altos mandos del ejército y el secretario de defensa, que tenían la última palabra en cualquier asunto militar, Acheson describió la que iba ser su propuesta al presidente Kennedy. Acheson pretendía intensificar la preparación de los soldados de la reserva de EEUU, más allá de sus habituales rutinas de verano, para que estuvieran en condiciones de entrar en combate. Quería que EEUU mandara «unidades STRAC» (operativos estratégicos del cuerpo del ejército) a Europa y, al finalizar los ejercicios, dejar algunas allí para reforzar la posición aliada cerca del frente. Asimismo, propuso la creación de programas para misiles Polaris y otros misiles y submarinos que permitieran incrementar la capacidad nuclear. Quería que EEUU reanudara las pruebas nucleares, violando así la promesa que Kennedy había hecho a Jrushchov, y que volviera a lanzar los vuelos de reconocimiento que habían provocado la captura de los aviadores del U-2 y el RB-47 y que habían llevado a EEUU y la URSS a romper relaciones. Quería portaviones estacionados en posiciones que permitieran defender mejor Berlín.

Los hombres presentes en la sala quedaron aturcidos. Acheson estaba proponiendo nada menos que una movilización militar que pusiera a Estados Unidos en pie de guerra. Si las palabras de Acheson reflejaban de algún modo el punto de vista del presidente Kennedy, se hallaban ante un giro histórico en el enfrentamiento con Moscú por Berlín.

Acheson siguió exponiendo sus ideas de forma similar. Quería un incremento sustancial del presupuesto militar y la proclamación del estado de emergencia nacional para que los estadounidenses comprendieran la gravedad de la situación, todo ello acompañado por las correspondientes resoluciones del Congreso. Además, Acheson sugirió la creación de un programa de construcción de refugios nucleares para movilizar a la población.

Por otro lado, deseaba activar la alerta general dentro del Mando Estratégico del Aire y un traslado de tropas a Europa. Si aquellas medidas no tenían ningún impacto sobre los soviéticos, quería la creación de un puente aéreo en Berlín y la comprobación constante de los puntos fronterizos mediante una intensificación del tráfico para garantizar que las vías de acceso se mantenían abiertas. A todo ello podían seguirle «movimientos militares que apuntaran a un uso eventual de armas nucleares, primero tácticas y luego estratégicas».

Acheson advirtió que se producirían protestas aliadas, particularmente por parte de los británicos. «Sería importante poder contar con nuestros aliados», dijo, «pero deberíamos estar preparados para seguir adelante sin ellos, a menos que los alemanes se echen atrás.» Acheson estaba convencido de que su amigo Adenauer daría su apoyo al plan, algo vital, pues lo que habría en juego iban a ser fundamentalmente tropas e intereses alemanes. «Si los alemanes nos siguen, deberíamos estar preparados para llegar hasta el final», dijo.

[Aunque los presentes en la sala](#) no sabían hasta qué punto Acheson hablaba en nombre de Kennedy, eran conscientes de que sus palabras reflejaban sin duda la sensación de urgencia del presidente. Éste había experimentado una frustración creciente ante el letárgico proceso de toma de decisiones del Departamento de Estado, al que definía como «un cuenco de gelatina», y también del Pentágono, que a menudo tardaba días o incluso semanas en responder a sus preguntas. Kennedy quería que su aparato fuera capaz de reaccionar con mayor rapidez a un mundo donde iba a tener que tomar en cuestión de minutos decisiones que podían costar millones de vidas.

[Acheson le ofreció al grupo](#) dos semanas para estudiar sus ideas. Dijo que era necesario adoptar una decisión sobre sus propuestas y a continuación pasar a la acción. Al ver los rostros de sorpresa de los hombres que tenía a su

alrededor, Acheson dijo que era consciente de que su plan era arriesgado, pero que no se trataba de algo imprudente si el gobierno de EEUU estaba realmente dispuesto a emplear armas nucleares para proteger Berlín, donde había invertido todo su prestigio. «Si no estábamos dispuestos a llegar hasta el final, no deberíamos haber empezado. Una vez hemos empezado, echarnos atrás tendría consecuencias devastadoras. Si no estamos preparados para asumir todos los riesgos, será mejor que nos concentremos en intentar mitigar los eventuales resultados desastrosos que tendrá no cumplir con los compromisos adquiridos.»

Cuando Acheson terminó su presentación, el silencio se apoderó de la sala. Acheson era consciente de que el rumbo de la política en Washington lo marcaba quien mostraba más decisión y ninguno de los expertos del equipo de política exterior de Kennedy expresó ninguna discrepancia. Foy Kohler, miembro del Departamento de Estado y aliado de Acheson, rompió el hielo expresando su acuerdo general con lo expuesto. Sin embargo, añadió, los británicos se oponían a la idea de Acheson de mandar una gran cantidad de tropas a la Autobahn como protesta a una posible restricción de acceso a Berlín por parte de los rusos. En ese sentido, Macmillan había asegurado que los soviéticos los «harían papilla».

Paul Nitze, del Pentágono, añadió que sir Evelyn Shuckburgh, que dirigía el equipo británico de planificación política para Berlín y Alemania, había declarado que era «esencial no darle un susto de muerte a la población con una súbita concentración militar».

Acheson respondió que si los aliados de la OTAN se oponían a tomar medidas para defender Berlín, EEUU debía saberlo cuanto antes mejor. «No se trata de preguntarles si se van a asustar si gritamos “¡uh!”. Lo que debemos hacer es gritar “¡uh!” y ver si pegan un brinco muy alto.»

El embajador Thompson, un reconocido opositor a las tesis de Acheson que había volado desde Moscú para asistir a la reunión, advirtió que «no debemos acorralar [a Jrushchov] por completo». Era importante que los rusos no percibieran que EEUU estaba aislado de sus aliados y, por ese motivo, «a lo mejor sería mejor no gritar “¡uh!” hasta que tengamos a los líderes británicos de nuestro lado».

Acheson respondió que, en su opinión, sería un problema convencer a Jrushchov de que iban en serio y, al mismo tiempo, transmitirles a los británicos el mensaje de que no era así.

A diferencia de Acheson, Thompson estaba convencido de que el líder soviético no deseaba una confrontación militar y que haría lo posible por evitarla. Thompson creía que resultaría más efectivo llevar a cabo acciones de perfil bajo que, además, iban a tener menos probabilidades de obtener una respuesta irracional de Jrushchov y provocar tal vez la guerra que EEUU esperaba poder evitar.

Nitze, sin embargo, dudaba de la efectividad de las acciones de perfil bajo, pues sería imposible aplicar un plan de contingencia sin introducir iniciativas que exigían declaraciones presidenciales de alto perfil y justificaciones ante el congreso.

Acheson interpuso que era posible evitar parte de ese ruido de fondo, pues era posible convencer al Congreso de que cediera a muchas de las medidas sobre la base de la legislación de emergencia ya existente, que los congresistas podían refrendar más tarde con una resolución de apoyo.

Al parecer, Acheson había pensado en todo.

Al ser preguntado por la agenda presidencial, Acheson dijo que los secretarios de estado y de defensa debían disponer de las bases de la decisión definitiva antes de finales de la semana siguiente, o de diez días a lo sumo. Acheson había decidido marcar los plazos y los demás reaccionaron de inmediato.

Nitze, del Pentágono, dijo que iba a crear un grupo de trabajo y que tres días más tarde éste empezaría a trabajar para preparar una lista de los pasos que había que tomar en lo tocante a Berlín. La fecha límite para reunir todas las recomendaciones militares necesarias era el 26 de junio.

No estaba nada mal para un organismo gubernamental.

EL KREMLIN, MOSCÚ

MIÉRCOLES, 21 DE JUNIO DE 1961

Para darle a su aspecto un toque de teatralidad, Jrushchov se enfundó el uniforme de teniente general de la Segunda Guerra Mundial, repleto de condecoraciones, para tomar parte en las celebraciones militares de conmemoración del 20.º aniversario de la derrota de Hitler. Jrushchov no se había vuelto a poner el uniforme desde que sirviera como asesor político en el frente de Stalingrado. Teniendo en cuenta lo que había engordado desde entonces, no es de extrañar que el Ejército Soviético tuviera que hacerle uno nuevo.

Como telón de fondo para la reunión, los teatros de Moscú acababan de estrenar un documental sobre la vida de Jrushchov como héroe militar y político titulado *Nuestro Nikita Sergéyevich*. La reseña del filme en el periódico *Izvestia* empezaba así: «Siempre al lado del pueblo, en el centro de la acción: así es como el pueblo soviético ha conocido a Nikita Sergéyevich Jrushchov».

[Ante las cámaras de televisión](#), el cosmonauta Yuri Gagarin alabó a Jrushchov, al que definió como «el explorador pionero de la era cósmica». El líder soviético recibió otra Orden de Lenin y una tercera medalla de oro con la hoz y el martillo por «guiar la creación y el desarrollo de la industria espacial [...] que ha abierto una nueva era en la conquista del espacio». Jrushchov condecoró a 7.000 personas más que habían contribuido al vuelo espacial. Para consolidar sus alianzas personales y neutralizar a sus rivales, entregó la Orden de Lenin a su aliado del Politburó Leonid Brézhnev y a un rival potencial en el Congreso del Partido de octubre, Frol Kozlov. Antes de pasar a la acción en Berlín, Jrushchov había decidido proteger sus flancos como un político experto.

[Jrushchov presentó la negativa occidental](#) a alcanzar un acuerdo por Berlín como una amenaza no sólo para Moscú, sino para el bloque comunista en su conjunto. Igual que los nazis veinte años antes, dijo, los occidentales iban a sucumbir estrepitosamente al creciente poderío militar de la Unión Soviética y de todo el bloque socialista.

[Uno tras otro, los héroes militares](#) y los altos mandos de la Unión Soviética alabaron a Jrushchov por su liderazgo y expresaron su alarma por la situación en Berlín. El mariscal Vasili Chuikov, el comandante en jefe de las

fuerzas de tierra de la URSS, le dijo a la multitud: «La verdad histórica es que durante el asalto a Berlín no había un solo soldado estadounidense, británico ni francés alrededor, a excepción de los prisioneros de guerra a quienes nosotros habíamos liberado». Por ese motivo, añadió, las exigencias aliadas por conservar sus derechos especiales en Berlín tanto tiempo después de la rendición eran «totalmente infundadas».

La multitud lo ovacionó.

El general A. N. Suburov, antiguo comandante de los partisanos ucranianos, ofreció su testimonio personal y aseguró que Jrushchov era un dotado estratega, capaz de identificar y evaluar al enemigo en un momento histórico concreto y aconsejar el rumbo que había que tomar basándose en un plan factible. El ministro de Defensa, Rodión Malinovski, aseguró que los estadounidenses y sus aliados estaban creando «un aparato militar gigantesco y un agresivo sistema de bloques» alrededor de las fronteras soviéticas, al que debían oponer resistencia. Afirmó que Estados Unidos estaba acumulando armas y misiles nucleares, y creando zonas de tensión en Argelia, el Congo, Laos y Cuba. Los estadounidenses, declaró Malinovski, estaban aplicando la misma política que había llevado a la Segunda Guerra Mundial «cegados por el odio de clase hacia el socialismo».

Jrushchov estaba creando el trasfondo que justificaría cualquier acción que decidiera emprender en Berlín. Estados Unidos era el enemigo más peligroso de Moscú y Berlín era el campo de batalla que había que despejar. Jrushchov era el héroe del pasado y del presente que dirigiría a los socialistas del mundo en aquel momento histórico. La conmemoración fue al mismo tiempo un grito de batalla por Berlín y un acto de campaña de cara al Congreso del Partido de octubre. El futuro de Berlín y el de Jrushchov estaban inextricablemente unidos.

A continuación, Jrushchov ofreció al ejército una sustancial recompensa por su apoyo. Desde mediados de la década de 1950, había recortado sistemáticamente el presupuesto de defensa, al tiempo que desviaba los recursos destinados a las armas convencionales hacia la fabricación de misiles nucleares. Ahora, sin embargo, revirtió la retirada de tropas soviéticas, ofreció al ejército acceso a nuevas armas e incrementó la inversión

armamentística para poder proporcionar un apoyo equilibrado a «todas las tropas de nuestras fuerzas armadas», ya que los militares «deben disponer de todos los recursos necesarios para destrozarse inmediatamente a cualquier oponente [...] para así garantizar la libertad de la patria».

La multitud fervorosa aclamó a su líder.

WASHINGTON, D.C.

SÁBADO, 24 DE JUNIO DE 1961

[Mientras daba los toques finales](#) a su nuevo informe sobre Berlín, Dean Acheson escribió un mensaje personal a su antiguo jefe, el presidente Harry Truman, en el que expresaba sus dudas acerca de su nuevo jefe. Acheson le confesó a Truman que Kennedy lo tenía «preocupado y perplejo». «De un modo u otro, logra pasar por un presidente, pero sólo en apariencia.»

Cuatro días más tarde, el 28 de junio, Acheson envió una versión preliminar de su informe sobre Berlín a Kennedy para ayudarlo a preparar la conferencia de prensa que iba a ofrecer aquel día, y también la crucial reunión con el Consejo de Seguridad Nacional y las principales figuras del Congreso del día siguiente.

La decimotercera conferencia de prensa de Kennedy en sus seis meses en el cargo obedecía a la creciente presión del público y de los medios. Su renuencia a discutir la cuestión de Berlín durante la mayor parte del mes de junio había dado lugar a la opinión cada vez más generalizada de que el presidente no estaba a la altura del deseo de la opinión pública y del Pentágono de plantar cara a Jrushchov. [El 7 de julio, la revista Time](#), el semanario de mayor circulación en EEUU, escribió: «Existe la sensación creciente de que esta administración aún no ha demostrado el liderazgo necesario para guiar a Estados Unidos por los peligrosos vericuetos de la guerra fría». El artículo exhortaba a Kennedy a abordar el desafío de Berlín «sin dudas y con valentía».

[Kennedy se quejó a Salinger](#) por ese tipo de artículos. «Esta mierda debe terminar», dijo. Pero lo que más lo fastidió fueron las críticas de Richard

Nixon, que aseguró que «en toda la historia de Estados Unidos nunca ha habido un hombre que hablara tanto y actuara tan poco».

Como en tantas ocasiones durante su presidencia, la dureza que Kennedy empleó contra los soviéticos durante la conferencia no se correspondió con la realidad de su política. «Todo el mundo es consciente de la gravedad de estas amenazas», dijo Kennedy, «que ponen en peligro la paz y la seguridad del mundo occidental.» El presidente negó haber aprobado una propuesta de movilización militar para Berlín, aunque admitió que estaba considerando «todo tipo de medidas». Aquella afirmación era cierta en el sentido más estricto de la palabra, pues Acheson estaba citado para el día siguiente para discutir contingencias militares con el presidente.

SALA DEL GABINETE, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

JUEVES, 29 DE JUNIO DE 1961

[Los primeros tres párrafos del informe](#) de Acheson sobre Berlín contenían un inequívoco llamamiento a la acción.

La cuestión de Berlín, que Jrushchov ha convertido en una crisis que, según sus propias palabras, estallará hacia finales de 1961, tiene un efecto que se extiende mucho más allá de dicha ciudad. Se trata de un asunto más vasto y más serio incluso que el de la cuestión alemana. Esta confrontación medirá el nivel de determinación de EEUU y de la URSS, y de su resultado dependerá la futura confianza de Europa (y de todo el mundo) en Estados Unidos. No es exagerado afirmar que la posición de Estados Unidos pende de un hilo.

Hasta que se resuelva este conflicto de voluntades, cualquier intento de abordar la cuestión de Berlín supone mucho más que una pérdida de tiempo y de energías: supone un peligro. Y eso es así porque lo que pueda lograrse a través de una negociación dependerá en gran medida del estado de ánimo de Jrushchov y de sus colegas.

Actualmente, Jrushchov ha demostrado estar convencido de poder salirse con la suya, pues cree que Estados Unidos y sus aliados no están dispuestos a hacer lo que deberían hacer para detenerlo. No hay forma de persuadirlo a través de la elocuencia o la lógica, ni tampoco de engatusarlo con demostraciones amistosas. El ex embajador británico en Moscú, sir William Hayter, escribió: «La única forma de modificar la

determinación [rusa] pasa por demostrar... que lo que se proponen no es posible».

Tras ese preámbulo, Acheson pasó a detallar lacónicamente su propuesta. Berlín era un problema tan sólo porque los soviéticos habían decidido que lo fuera. Tenían diversos motivos para ello: querían neutralizar Berlín como paso previo para la toma de la ciudad; deseaban debilitar o romper la alianza occidental, y pretendían desacreditar a Estados Unidos. Acheson aseguraba que era necesario «poner énfasis en el hecho de que Jrushchov es un falso depositario de la soberanía popular, además de un belicista».

El objetivo de Acheson era lograr que Jrushchov cambiara de parecer, convencerlo de que la respuesta de Kennedy si lo ponía a prueba sobre Berlín sería tan firme que Jrushchov se lo pensara dos veces antes de arriesgarse. Quería que el presidente declarara el estado de emergencia nacional y ordenara una rápida proliferación de armas nucleares y convencionales estadounidenses. Aseguró que era fundamental reforzar inmediatamente la presencia estadounidense en Alemania fuera de Berlín, con dos o tres divisiones, para disponer de un total de seis. El mensaje subyacente era claro: si alguien daba marcha atrás en Berlín, que fueran los soviéticos.

[El informe Acheson detallaba tres «puntos esenciales»](#) que, en caso de ser violados, debían provocar una respuesta militar. Los soviéticos no podían amenazar las guarniciones occidentales en Berlín, no podían alterar el acceso aéreo y terrestre a la ciudad y no podían interferir con la viabilidad de Berlín Oeste y su posición dentro del mundo libre. Acheson dijo que la respuesta a un bloqueo en el acceso sería un puente aéreo al estilo del de 1948. Si en esta ocasión, gracias a las mejoras en su capacidad militar y a las mayores necesidades de Berlín, los soviéticos bloqueaban el espacio aéreo de forma más eficiente, Kennedy debía mandar dos divisiones acorazadas americanas a la Autobahn y despejar el acceso a Berlín Oeste por la fuerza.

Acheson había lanzado el guante, pero Kennedy no estaba por la labor de recogerlo. El presidente habló poco durante la reunión. Dudaba que el pueblo americano estuviera preparado para tomar un rumbo tan ambicioso como el que proponía Acheson y sabía que sus aliados iban a mostrarse aún menos dispuestos. De Gaulle estaba muy ocupado con Argelia y Kennedy sabía que

Macmillan no tenía las agallas suficientes para enviar sus tropas a través de la Autobahn.

Thompson lideró a los críticos con el plan. No compartía la opinión de Acheson de que Jrushchov pretendiera humillar a EEUU, sino que creía que su objetivo era estabilizar el flanco de la Europa del Este. Por ello, abogaba por una acumulación militar occidental más discreta, acompañada por una iniciativa diplomática de negociación por Berlín tras las elecciones de septiembre en la Alemania Federal. Thompson creía que si Kennedy declaraba el estado de emergencia nacional, la reacción de EEUU parecería «histórica» y obligaría a Jrushchov a adoptar contramedidas que de otro modo se ahorraría.

El almirante Arleigh Burke, jefe de la Marina de EEUU, también se opuso al plan de Acheson. [El veterano no veía con buenos ojos](#) la magnitud del «globo sonda» militar que proponía Acheson, ni tampoco un puente aéreo vinculado a ese globo sonda. Además, Burke había sido testigo directo de las reticencias de Kennedy a la hora de proporcionar el apoyo militar necesario para lograr la victoria en Cuba y no pensaba jugarse el cuello por el plan de Acheson en Berlín.

Kennedy vio como su administración se dividía en dos frentes: uno integrado por los partidarios de la línea dura sobre Berlín y el otro por los partidarios de una línea más blanda (a la que los partidarios de la línea dura llamaban SLOB, acrónimo de «Soft Liners on Berlin»).* En el primer grupo duro estaban Acheson y el subsecretario de estado Foy Kohler, toda la sección alemana del Departamento de Estado, el subsecretario de defensa Paul Nitze y, en menor medida, el Mando Conjunto del Pentágono y el vicepresidente Lyndon Johnson.

Entre los partidarios de la línea blanda no gustaba el acrónimo elegido para denominarlos, que consideraban un intento de desacreditar su mayor predisposición a encontrar una solución negociada al conflicto de Berlín, aunque sí apoyaban un trato más duro a los soviéticos y un cierto grado de acumulación militar. Éstos formaban un grupo formidable y eran mucho más próximos a Kennedy, con el embajador Thompson, el asesor de Kennedy sobre asuntos soviéticos Charles Bohlen, el asistente de la Casa Blanca Arthur Schlesinger, el consultor de la Casa Blanca y profesor de Harvard Henry

Kissinger y el consejero especial Ted Sorensen. El grupo incluía también a Robert McNamara y McGeorge Bundy.

Acheson, sin embargo, poseía un arma que los demás no podían igualar: una propuesta integral y desarrollada hasta el último detalle, hasta el último soldado que había que destinar. Los SLOB no habían ofrecido ninguna alternativa.

Tras la reunión, Schlesinger empezó a organizar la contrainsurgencia a Acheson. El historiador, de cuarenta y tres años, había colaborado en tres ocasiones con la campaña presidencial de Adlai Stevenson antes de alinearse con Kennedy. Schlesinger opinaba que los hombres con ideas debían colaborar con los hombres que tenían poder para lograr nobles objetivos. Podía citar numerosos casos a lo largo de la historia en que los intelectuales occidentales de la época (Turgot, Voltaire, Struensee, Benjamin Franklin, John Adams o Thomas Jefferson) habían «asumido la colaboración con el poder como el orden natural de las cosas». Schlesinger acudió al asesor legal del Departamento de Estado, Abram Chayes, y entre los dos empezaron a diseñar un plan que debía ofrecer una alternativa inteligente al planteamiento de Acheson.

Acheson advirtió a su viejo amigo Chayes de que él ya había considerado opciones menos drásticas, pero que no funcionarían. «Tú mismo, Abe. Inténtalo si quieres, pero ya verás como no pita.»

PITSUNDA

PRIMEROS DE JULIO DE 1961

Desde su refugio en el mar Negro, un frustrado Jrushchov exigió ver un mapa más detallado de Berlín.

Su embajador en la Alemania del Este, Mijaíl Pervujin, le había enviado un mapa que no permitía determinar si Ulbricht estaba en lo cierto cuando afirmaba que era efectivamente posible dividir la ciudad. Jrushchov se dio cuenta de que en algunas partes de Berlín los sectores estaban divididos por una línea trazada en el centro de la calle. En otras partes, la frontera

atravesaba edificios y canales. Jrushchov estudió el mapa con mayor atención y expresó su preocupación porque «una acera está en un sector y la otra en el otro. Cruzas la calle y has cruzado la frontera».

En una carta fechada el 4 de julio, Pervujin le aseguró al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko que cerrar las fronteras de la ciudad sería una pesadilla logística, ya que cada día unos 250.000 berlineses cruzaban de un lado a otro en metro, en coche o a pie. «La idea implicaría construir estructuras en toda la longitud de la frontera dentro de la ciudad y añadir un gran número de puestos de guardia», observó. Sin embargo, el embajador señaló que cerrar las fronteras «de una forma u otra» podía resultar necesario dada la «deriva de la situación política». Finalmente, Pervujin expresó su preocupación por la posible reacción negativa de Occidente a una medida de ese tipo, que incluía un posible embargo económico.

Ulbricht hacía ya tiempo que había dejado atrás ese tipo de dudas y a finales de junio, con la colaboración de su experto en seguridad dentro del Politburó, Erich Honecker, había elaborado un plan detallado sobre cómo se podía cerrar la frontera. El líder de la Alemania del Este invitó al embajador soviético y a Yuli Kvitsinsky, un joven diplomático que haría las veces de traductor, a su casa de las afueras de Berlín Este, a orillas del Döllnsee, para exponer su propuesta de forma convincente. La situación en la RDA estaba empeorando de forma clara, le dijo a Pervujin, y añadió que «pronto se producirá una explosión». Ulbricht le pidió a Pervujin que le comunicara a Jrushchov que el derrumbe de su país era «inevitable» si los soviéticos no pasaban a la acción.

Desde la Cumbre de Viena, el hijo de Jrushchov, Sergéi, había constatado que su padre acababa «una y otra vez pensando en Alemania». Al mismo tiempo, sin embargo, el líder soviético había perdido el interés en la firma de un tratado de paz con la Alemania del Este. Después de presionar con dicho documento desde 1958, había llegado a la conclusión de que éste no iba a solucionar su problema más urgente: el de los refugiados.

El hecho de que a Kennedy le preocupara tan poco que Jrushchov pudiera firmar un tratado unilateral con la Alemania del Este (un documento que EEUU y sus aliados habrían ignorado) también llevó a Jrushchov a cuestionarse su

valor. Aunque Ulbricht seguía exigiendo la firma del tratado, Jrushchov había decidido que dicho documento no era tan urgente como «tapar todos los agujeros» entre Berlín Este y Berlín Oeste.

En cuanto la puerta de Occidente se cerrara, le dijo a Sergéi, «a lo mejor la gente dejará de corretear de aquí para allá y empezará a trabajar, la economía se recuperará y pasará poco tiempo antes de que la Alemania Federal llame a la puerta de la RDA» para mejorar las relaciones. Entonces podría negociar un tratado de paz con la Alemania Federal desde una posición de fuerza.

Pero de momento el problema de Jrushchov era el mapa. Cuando las cuatro potencias habían trazado las líneas que dividían los sectores de la ciudad tras la Segunda Guerra Mundial, a nadie se le había ocurrido la posibilidad de que un día esas líneas pudieran convertirse en una frontera impermeable. «La historia nos había puesto ante aquel inconveniente», escribiría Jrushchov años más tarde, «y no teníamos más remedio que vivir con él.»

Jrushchov se quejó de que quienes habían trazado las líneas fronterizas sobre el mapa, o bien no tenían la calificación necesaria, o bien no pensaban lo suficiente. «El mapa que me enviaste no tiene ni pies ni cabeza», le dijo a Pervujin, al que pidió que citara a Iván Yakubovsky, jefe del mando militar en Berlín y del Grupo de Fuerzas Soviéticas en Alemania, y le «transmitiera mi deseo de que su personal elaborara un mapa de Berlín con las fronteras bien definidas y con comentarios sobre si era posible establecer controles sobre las mismas».

A continuación, quería que Pervujin acudiera con el mapa a visitar al camarada Ulbricht y recogiera sus comentarios sobre la viabilidad de cerrar la frontera siguiendo las erráticas y zigzagueantes líneas que separaban a los dos sistemas políticos que competían por dominar el mundo.

Pero como sucedió en tantas ocasiones a lo largo de 1961, Ulbricht le sacaba bastante ventaja.

Mientras tanto, en el otro extremo del mundo, en Miami Beach, la refugiada más prominente de la Alemania del Este atrajo de nuevo la atención del mundo al problema de los refugiados y le dio a Ulbricht otro motivo para cerrar la puerta cuanto antes.

* «Slob» significa vago, dejado, en inglés. (*N. del T.*)

*Marlene Schmidt,
la refugiada más hermosa del universo*

Para Walter Ulbricht aquélla fue la humillación definitiva.

Mientras el líder comunista maniobraba entre bastidores para cerrar la frontera berlinesa, una de sus refugiadas desfilaba por una pasarela de Miami Beach con su reluciente corona de Miss Universo. Entre los flashes de las cámaras, el problema más insoluble de Ulbricht había adoptado la forma de una muchacha a quien los jueces acababan de declarar «la mujer más hermosa del mundo».

A sus veinticuatro años, Marlene Schmidt era una chica inteligente, radiante, rubia, un poco tímida y francamente escultural. La revista de la Alemania Federal Der Spiegel la describió como alguien con el cerebro de una ingeniera electrotécnica encima del cuerpo de una figura de Botticelli. Sin embargo, su verdadero atractivo (y la razón por la que copó los titulares de la prensa mundial) era la historia de su huida de película a la libertad.

Hacia tan sólo un año, Marlene había huido de Jena, una ciudad industrial de la Alemania del Este asolada por los bombardeos aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, las expropiaciones soviéticas habían terminado de destripar la ciudad y los encargados de la planificación centralizada soviética la estaban reconstruyendo según la monotonía gris de sus anodinos bloques de pisos. Aunque su nuevo hogar, la ciudad de Stuttgart, en la Alemania Federal, se encontraba a tan sólo 350 kilómetros de Jena, parecía que perteneciera a otro mundo.

Los ataques aéreos estadounidenses y británicos también habían destruido gran parte de Stuttgart, ciudad que acumulaba la mayoría de la industria alemana alrededor de los automóviles y los motores de combustión

de Gottlieb Daimler. Sin embargo, el milagro económico de la Alemania Federal de posguerra había transformado ya la ciudad que, propulsada por la férrea determinación de la Alemania Federal por convertirse en el tercer exportador a escala mundial, se había transformado en una exuberante urbe verde y montañosa, llena de grúas, coches nuevos y grandes aspiraciones.

Pocas semanas después de llegar a Occidente, Marlene se había presentado al concurso de Miss Alemania tras leer en un anuncio de prensa que el primer premio consistía en un Renault descapotable. Tras imponerse en la lujosa ciudad balneario de Baden-Baden, en la Alemania Federal, Marlene se trasladó a Florida y superó en las votaciones a 48 competidoras de todo el mundo para convertirse en la primera y única Miss Universo alemana.

La revista Time no pudo resistirse a meter el dedo en el ojo de los comunistas por haberla dejado escapar. «Aun teniendo en cuenta la avalancha [de refugiados]», decía el artículo, «resulta difícil comprender cómo a los guardias fronterizos de la Alemania del Este se les pudo pasar por alto la grácil Marlene, con su metro setenta y cinco. [...] Es evidente que Occidente no ha tenido ese problema.»

La victoria de Marlene fue retransmitida en Technicolor a todo el mundo con un desfile organizado y producido por Paramount Pictures, con el presentador de televisión Johnny Carson como maestro de ceremonias y la actriz Jayne Meadows como comentarista. Decenas de miles de habitantes de la Alemania del Este vieron también el espectáculo gracias a las miles de antenas chapuceramente instaladas en los tejados de las casas, que permitían a casi todo el país sintonizar la señal de la televisión de la Alemania Federal. No se perdieron ni un solo detalle.

Marlene, que ganaba 53 dólares a la semana como ingeniera electrotécnica en un laboratorio de investigación de Stuttgart, se refirió con excitación a la dotación económica del premio de Miss Universo, que ascendía a 5.000 dólares en efectivo, un abrigo de visón valorado en 5.000 dólares, un contrato de explotación de imagen de 10.000 dólares y un armario ropero completo. Los periódicos informaron de que la fiesta de celebración tras la victoria se había prolongado hasta las cinco de la

madrugada. Posteriormente Marlene había tomado un «desayuno al estilo americano» con zumo de naranja, beicon y huevos, tostadas y café. «Estoy un poco cansada, pero muy feliz», declaró Marlene a través de su intérprete, un teniente de la Marina y lingüista alemán que la acompañó a todas las conferencias de prensa, entrevistas y sesiones fotográficas.

La atención mundial obligó al aparato de propaganda de Ulbricht a reaccionar. El líder de la Alemania del Este había diseñado una táctica triple para ralentizar el flujo de refugiados basada en (1) una publicidad más enérgica sobre las virtudes del socialismo y los defectos del capitalismo; (2) más medidas de represión, que incluían castigos para los miembros de las familias de los refugiados, a los que se acusaba de colaboración, y (3) mayores incentivos para los refugiados que regresaban, que iban desde trabajos hasta viviendas.

Sin embargo, nada parecía poder evitar la escalada del número de refugiados dentro de una población entre la que circulaban numerosos rumores de que las oportunidades de escapar podían desvanecerse bien pronto.

En el caso de Marlene, la publicación juvenil oficial del Partido Comunista, Junge Welt (Mundo joven), acusó a los estadounidenses de amañar el concurso de belleza para atraer la atención mundial sobre el problema de los refugiados en la Alemania del Este. La publicación se burlaba de cómo los medios de la Alemania Federal habían creado la falsa imagen de «una Cenicienta soviética» a la que el Dorado Occidente había salvado de morir de hambre por culpa del comunismo. El periodista afirmaba que, mientras los alemanes del Este la valoraban por su educación socialista como ingeniera, «ahora lo único que importa son sus pechos, su culo y sus caderas. Ya nadie se la tomará en serio. Se ha convertido en un maniquí».

Cuando los periodistas estadounidenses le pidieron que comentara esas noticias, Marlene se encogió de hombros con resignación. «Viniendo de ellos, no me esperaba otra cosa. Creo que al gobierno de la Alemania del Este le incomoda que el mundo se fije en la situación dentro de su país.»

Aparte de la corona de Miss Universo, la historia de Marlene era

similar a la de tantas otras personas de la época. Pocas semanas después de ayudar a su madre y a su hermana a escapar, Marlene había decidido seguir sus pasos tras enterarse de que las autoridades la estaban investigando por su complicidad en el crimen de Republikflucht, huida de la República. Según el Gesetz zur Änderung des Passgesetzes (Ley de Modificación de las Regulaciones de Pasaportes) de 1957, si la declaraban culpable podía tener que cumplir hasta tres años de cárcel.

Junge Welt escribió que su victoria en Miami sería uno de los efímeros placeres del capitalismo, que terminaría desvaneciéndose y se vería reemplazado por una vida dura en un país hostil. «Sólo reinarás un año y después el mundo se olvidará de ti», decía el artículo.

En este sentido, la propaganda de la Alemania del Este demostró estar parcialmente en lo cierto. [En 1962, Schmidt se convirtió en la tercera](#) de las ocho esposas del actor de Hollywood Ty Hardin, estrella de la serie televisiva del Oeste Bronco. Se divorció de él cuatro años más tarde y a continuación trabajó como actriz, guionista y productora en once películas, aunque sus papeles no incluyeron nada memorable más allá de algunos desnudos. «Me di cuenta de que la vida de Hollywood no era para mí», dijo, explicando su decisión de regresar a la Alemania Federal y trabajar en una empresa de motores eléctricos en Saarbrücken.

Sin embargo, en el momento de huir de la Alemania del Este, Marlene había tenido que elegir entre la libertad o la cárcel. Marlene sabía que, de haber terminado en la cárcel, al salir le habrían prohibido trabajar como ingeniera y se habría visto atrapada en un mundo deprimente y con muy pocas opciones. Hollywood le había reportado una serie de decepciones, pero la huida a Occidente había sido su salvación.

Marlene Schmidt luciría la corona de Miss Universo durante menos de un mes antes de que Ulbricht tomara la decisión de cerrar la vía de escape por la que ella y tantos otros habían pasado.

Tercera parte

LA CONFRONTACIÓN

«El lugar del gran reto»

La amenaza inmediata para los hombres libres está en Berlín Oeste. Pero ese puesto de avanzada aislado no es un problema aislado. La amenaza tiene un alcance mundial. [...] Por encima de todo, Berlín es hoy más que nunca el lugar del gran reto que pondrá a prueba el coraje y la voluntad occidentales, un punto focal donde nuestros compromisos solemnes, que se remontan a 1945, y las ambiciones soviéticas topan hoy en una confrontación fundamental.

El presidente KENNEDY, en un discurso especial televisado,
25 de julio de 1961

Jrushchov está perdiendo la Alemania del Este y no puede permitir que eso suceda. Si pierde la Alemania del Este, detrás vendrán Polonia y el resto de la Europa del Este. Tendrá que hacer algo para detener el flujo de refugiados, a lo mejor construir un muro, y nosotros no podremos impedirselo. Puedo apelar a la unidad de la Alianza para defender Berlín Oeste, pero no puedo hacer nada para mantener Berlín Este abierto.

El presidente KENNEDY al viceasesor de seguridad nacional Walt
Rostow, unos días más tarde

LA VOLKSKAMMER (CÁMARA POPULAR), BERLÍN ESTE
JUEVES, 6 DE JULIO DE 1961

Mijaíl Pervujin, el embajador soviético en la Alemania del Este, ordenó a su ayudante Yuli Kvitsinsky que localizara inmediatamente a Ulbricht. «Tenemos el sí de Moscú», anunció Pervujin.

Kvitsinsky, que a sus veintinueve años era una estrella emergente dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, se había convertido en una pieza inestimable para Pervujin gracias a la sensatez de sus opiniones y a su alemán impecable; el joven comprendió la trascendencia histórica del momento. Tras estudiar el mapa mejorado de Berlín que le había entregado el general Yakubovsky, comandante del Grupo de Fuerzas Soviéticas en Alemania, Jrushchov había decidido que Ulbricht tenía razón: era posible aislar Berlín.

Años más tarde, Jrushchov se apuntaría todo el mérito por la construcción del Muro de Berlín. «Fui yo», escribiría en sus memorias, «quien dio con la solución al problema al que nos enfrentábamos tras el fracaso de las negociaciones con Kennedy en Viena.» Pero lo cierto es que Jrushchov se limitó a dar el visto bueno para que Ulbricht aplicara una solución para la que el líder de la Alemania del Este había intentado obtener la aprobación desde 1952 con Stalin. Los soviéticos ayudarían a pulir y refinar el proyecto, y proporcionarían el apoyo militar crucial para el éxito de la empresa, pero había sido Ulbricht quien había provocado aquel desenlace con su insistencia, y sería el equipo de Ulbricht el que resolvería todos los detalles.

Conversando con el embajador de la Alemania Federal en Moscú Hans Kroll, Jrushchov le diría: «No quiero ocultarle que fui yo quien dio la orden final. Es cierto que Ulbricht llevaba mucho tiempo presionando, y que en los últimos meses lo hacía con vehemencia creciente, pero no tengo intención de ocultarme detrás de Ulbricht». A continuación Jrushchov bromeó con Kroll diciendo que Ulbricht era demasiado débil como para llevar a cabo un plan como aquél. «El Muro desaparecerá algún día, pero sólo cuando los motivos que han llevado a su construcción hayan desaparecido también», le dijo Jrushchov a Kroll.

La decisión de Jrushchov había sido agónica. El líder soviético era consciente de que la medida tendría una gran repercusión en la reputación global del socialismo. «¿Qué debería haber hecho?», se preguntaría más tarde. «Era una evidencia que, de no detener el flujo masivo de refugiados, la economía de la Alemania del Este se habría derrumbado. Sin embargo, tan sólo disponíamos de dos tipos de contramedidas: cortar el tráfico aéreo o

construir el Muro. La primera habría provocado un serio conflicto con Estados Unidos que posiblemente habría desembocado en una guerra, un riesgo al que no podía ni quería exponerme. Así pues, el Muro era la única solución que nos quedaba.»

Después de que Jrushchov comunicara su decisión sobre Berlín Este, Kvitsinsky localizó a Ulbricht en la Volkskammer, donde asistía a una sesión del parlamento unicameral de la Alemania del Este, cuyas decisiones, como sucedía con casi todo lo demás en el país, obedecían a sus dictados.

Pervujin le comunicó a un satisfecho Ulbricht que tenía el visto bueno de Jrushchov para empezar con los preparativos prácticos para cerrar la frontera berlinesa, pero que debía actuar con el mayor secretismo. «De cara a Occidente, debe ser una operación rápida e inesperada», dijo Pervujin.

Con un silencio asombrado, los dos soviéticos escucharon a Ulbricht recitar sin atisbo de emoción los detalles de lo que era ya un plan meticulosamente concebido.

La única forma de cerrar la frontera lo bastante rápido, dijo Ulbricht, y sin perder el elemento sorpresa, era utilizando una ingente cantidad de alambre de púas y alambrada. El líder de la Alemania del Este sabía perfectamente dónde conseguirlos y cómo trasladarlos a Berlín sin alertar a los servicios de espionaje occidentales. Justo antes de cerrar las fronteras, ordenaría la detención completa del metro y el tren elevado, dijo. Instalaría un gigantesco muro de cristal irrompible en la estación de tren de Friedrichstrasse, por la que pasaba la mayor parte del tráfico entre las dos partes de Berlín, para que los berlineses del Este no pudieran montar en los trenes que se dirigían al Berlín Oeste y escapar así al cierre.

Los soviéticos no debían subestimar la dificultad de cerrar la frontera, le dijo Ulbricht a Pervujin. La acción tendría lugar durante las primeras horas de la mañana de domingo, cuando el tráfico a través de la frontera sería menor y la mayoría de berlineses se hallarían fuera de la ciudad. Los 50.000 berlineses del Este que trabajaban en Berlín Oeste durante la semana, los llamados *Grenzgänger* o «cruzafronteras», estarían pasando el fin de semana en casa y quedarían atrapados en la trampa de Ulbricht.

Ulbricht declaró que tan sólo compartiría los detalles de la operación con

un puñado de sus lugartenientes de confianza: el jefe de seguridad del Politburó Erich Honecker, que dirigiría la operación; el jefe de Seguridad Estatal y jefe de la policía secreta Erich Mielke; el ministro del Interior Karl Maron; el ministro de Defensa Heinz Hoffmann, y el ministro de Transportes Erwin Kramer. Ulbricht dijo que una sola persona, su guardaespaldas jefe, sería la encargada de entregar en mano las novedades sobre los preparativos a Pervujin y Kvitsinsky.

LA CASABLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 7 DE JULIO DE 1961

Tan sólo un día después de que Ulbricht recibiera la luz verde de Jrushchov para su audaz plan, el asistente especial de Kennedy, Arthur Schlesinger, puso en marcha sus maquinaciones para contrarrestar las prisas de Dean Acheson.

[Tras ganar el premio Pulitzer](#) a los veintisiete años por su libro *The Age of Jackson*, Schlesinger era el historiador de cámara de Kennedy, pero también desempeñaba el papel de apagafuegos ocasional. La atención que ahora dispensaba al asunto de Berlín era la respuesta a lo que el propio Schlesinger consideraba una actuación pobre por su parte durante el período previo a la operación de Bahía Cochinos. Schlesinger había sido el único de los asesores próximos al presidente que se había opuesto a la invasión, pero se reprochaba no haber hecho algo más que «formular un puñado de dudas de forma tímida» mientras los mandos militares y la CIA ejercían presión para que Kennedy diera su aprobación a la operación. Schlesinger había limitado sus discrepancias a un informe privado en el que había advertido a Kennedy de los riesgos: «Esta decisión borraría de un plumazo la extraordinaria simpatía que la nueva administración ha despertado en todo el mundo».

[Schlesinger estaba decidido](#) a no cometer el mismo error por segunda vez. Consideraba que el plan de Acheson para Berlín era igual de insensato que el proyecto que había terminado en el desastre de Bahía Cochinos, de modo que les pidió a dos personas que tenían una influencia significativa sobre Kennedy que elaborasen un plan alternativo. Una de esas personas era el asesor legal

del Departamento de Estado Abram Chayes, un especialista en leyes de treinta y nueve años que había dirigido el equipo que había diseñado la plataforma de Kennedy para la Convención Demócrata de 1960. El otro era Henry Kissinger, consultor de la Casa Blanca de treinta y ocho años y figura emergente que había perfilado el pensamiento de Kennedy sobre las armas nucleares con su libro *The Necessity of Choice: Prospects of American Foreign Policy*. Kissinger había apoyado al gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, durante la campaña presidencial republicana de 1960, pero ahora estaba utilizando a sus colegas de Harvard para intentar ejercer una mayor influencia en la Casa Blanca de Kennedy.

Cuando el febrero anterior Kennedy había solicitado los servicios de Acheson por primera vez, Schlesinger había concluido que el presidente intentaba simplemente incorporar todos los puntos de vista a su administración. Ahora, en cambio, Schlesinger temía que, si nadie le ofrecía una alternativa, Kennedy pudiera adoptar las posturas inflexibles de Acheson sobre Berlín. El embajador en la ONU Adlai Stevenson estaba igualmente preocupado por la influencia creciente de Acheson. «A lo mejor Dean tiene razón», le dijo Stevenson a Schlesinger. «Pero su posición debería ser la consecuencia de un proceso de investigación y no el origen.»

Schlesinger quería combatir los intentos de Acheson por convencer al presidente de que «Berlín Oeste no era un problema sino un pretexto» que Jrushchov aprovecharía para poner a prueba la determinación estadounidense y de su nuevo presidente a la hora de resistir los abusos soviéticos.

A Schlesinger le preocupaba que «el ímpetu retórico de Acheson y, en particular, sus brillantes e imperiosas presentaciones orales» pudieran solidificar el debate alrededor de la idea de que los soviéticos pretendían reavivar la Crisis de Berlín para perseguir sus «objetivos ilimitados». Quienes conocían mejor Moscú, como Thompson y Averell Harriman, el antiguo embajador en Moscú, creían que Jrushchov sólo pretendía actuar sobre Berlín y que, por lo tanto, había que afrontar el asunto de otra forma. Aunque el Departamento de Estado estaba dividido en el debate sobre el duro enfoque de Acheson, Schlesinger temía que nadie fuera a darle forma a la opinión contraria, ya que Rusk «se mostraba cauto y nadie sabía con certeza cuál era

su posición».

El gobierno británico había filtrado su línea más blanda a la revista *Economist*, que había escrito: «A menos que Kennedy tome decididamente cartas en el asunto, existe el peligro de que Occidente deje pasar una opción de compromiso tras otra hasta llegar a un callejón sin salida en el que ni a Occidente ni a Rusia les queden más opciones que una retirada ignominiosa o la devastación nuclear».

Schlesinger tenía la sensación de que debía actuar con rapidez si no quería perder capacidad de influencia, ya que «hablar de movilizaciones de guerra dentro del marco de una proclamación de emergencia nacional implicaba el riesgo de llevar la crisis más allá de un punto de no retorno». En concreto, le preocupaba incurrir de nuevo en los errores que habían precedido la crisis de Bahía Cochinos, donde un mal plan había adquirido un ímpetu imparable porque nadie se había opuesto a él ni había presentado una opción alternativa.

Schlesinger estaba decidido a provocar un enfrentamiento por la cuestión de Berlín antes de que fuera demasiado tarde.

El 7 de julio, después de una reunión con Kennedy para tratar otro asunto durante el almuerzo, le entregó al presidente su informe sobre Berlín y le pidió que se lo leyera de camino a Hyannis Port esa tarde. El *timing* era bueno, ya que el presidente iba a reunirse allí al día siguiente con un grupo de altos cargos para discutir la situación en Berlín. Kennedy dijo que prefería leer las ideas de Schlesinger de inmediato, pues Berlín era su problema más urgente.

Schlesinger había previsto correctamente que nada lograría atraer tanto la atención de Kennedy como una advertencia creíble de que el presidente se estaba arriesgando a cometer los mismos errores que en Cuba. Tras la debacle, Kennedy había bromeado que el cauto informe de Schlesinger sobre Cuba «causaría muy buena impresión» cuando un historiador decidiera escribir un libro sobre su administración. A continuación, sin embargo, advirtió: «Aunque más le vale no publicar el informe mientras yo esté vivo». En su informe anti-Acheson, Schlesinger recordaba a Kennedy que el fiasco de Cuba había sido el resultado de prestar «una atención excesiva a las contingencias militares y operativas» en la etapa preparatoria y de haber pasado de puntillas por la vertiente política del asunto.

Aunque el documento de Schlesinger elogiaba a Acheson por su «análisis de las cuestiones de último recurso», expresaba su preocupación porque el ex secretario de estado planteara la cuestión, «hablando en plata, en términos de si somos unos gallinas o no. Cuando alguien propone algo que parece duro, severo, y te dice que o lo tomas o lo dejas, es difícil oponerse sin parecer un blandengue, un idealista, un sensiblón...». Schlesinger recordaba al presidente que su experto en asuntos soviéticos, Chip Bohlen, opinaba que nada facilitaría tanto la discusión con los soviéticos como eliminar los términos «duro» y «blando» del lenguaje del debate.

«Los que tenían dudas sobre Cuba», dijo Schlesinger, en clara referencia a sí mismo, «suprimieron dichas dudas por miedo a parecer “blandos”. No hace falta señalar la importancia de que temores análogos no influyan en el libre debate sobre Berlín.»

El presidente leyó el informe detenidamente y a continuación miró a su amigo con gesto de preocupación. Estaba de acuerdo en que el plan de Acheson era cerrado de miras, y que «era necesario devolver el equilibrio a los planes sobre Berlín». Le pidió a Schlesinger que ampliara su memorando inmediatamente para que pudiera utilizarlo al día siguiente en Hyannis Port.

Schlesinger trabajó contra reloj, pues el helicóptero de Kennedy iba a despegar del jardín de la Casa Blanca a las cinco de la tarde. Con apenas dos horas de margen antes de la partida del presidente, Chayes y Kissinger, el experto en leyes y el especialista en ciencias políticas, dictaron mientras Schlesinger corregía y mecanografiaba frenéticamente. Cuando Schlesinger extrajo la versión final de su máquina de escribir, el documento que tenía entre las manos planteaba diversas preguntas sobre el informe de Acheson y sugería una serie de nuevos enfoques. El nuevo memorando decía:

La premisa de Acheson es fundamentalmente la siguiente: el principal objetivo de Jrushchov al forzar la cuestión de Berlín es humillar a EEUU en una cuestión primordial y forzarnos a no cumplir con un compromiso solemne para así hacer añicos nuestro poder e influencia en el mundo. Desde ese punto de vista, la Crisis de Berlín no tiene nada que ver con Berlín, Alemania o Europa. Partiendo de esta premisa sólo se puede llegar a la conclusión de que nos encontramos ante un fatídico enfrentamiento de voluntades [...] y que la única forma de disuadir a Jrushchov pasa por dejar patente la

predisposición estadounidense a desencadenar una guerra nuclear antes que renunciar al status quo. Según esa teoría, cualquier negociación será perjudicial hasta que la crisis esté bien madura momento en el que ésta tendrá tan sólo objetivos propagandísticos; finalmente, la negociación se centrará exclusivamente en encontrar una fórmula que permita ocultar la derrota de Jrushchov. En ese sentido, la lucha de voluntades se convierte en un fin en sí mismo en lugar de un medio para lograr un fin político.

A continuación, los tres hombres listaban los detalles que creían que Acheson había pasado por alto:

«¿Qué movimientos políticos llevamos a cabo hasta que estalle la crisis?», se preguntaba el informe. «Si guardamos silencio o nos limitamos a rebatir los argumentos soviéticos», Jrushchov seguiría teniendo la iniciativa, poniendo a Kennedy a la defensiva y haciendo que el presidente estadounidense pareciera rígido y poco razonable.

«El informe [Acheson] no establece ninguna relación entre la acción militar propuesta y objetivos políticos de mayor alcance.» El informe argumentaba, empleando un lenguaje que pretendía causar impresión, que Acheson «no formula ningún objetivo político más allá de conservar el actual procedimiento de acceso, por el que estamos preparados a incinerar el mundo». Por ese motivo, añadía, «es fundamental expresar de forma articulada la causa por la que estamos dispuestos a ir a una guerra nuclear».

«El informe cubre tan sólo una eventualidad [...], la interrupción comunista del acceso militar a Berlín Oeste.» Sin embargo, afirmaba el nuevo memorando, «en realidad existe un amplio espectro de medidas de acoso, entre las que posiblemente un bloqueo total sea una de las menos probables».

«El informe pivota sobre nuestra determinación a enfrentarnos a una guerra nuclear, pero ésta es una opción poco definida.» Los tres hombres, que conocían ya la aversión de Kennedy a la posibilidad de una guerra, aseguraban que «antes de verse empujado a tomar la decisión de ir a una guerra nuclear, [el presidente] tiene derecho a saber qué significará concretamente dicha guerra nuclear. Habría que pedir al Pentágono que llevara a cabo un análisis concreto sobre los posibles niveles e implicaciones de un intercambio nuclear y las gradaciones de nuestra respuesta nuclear».

El informe atacaba a Acheson por centrarse «casi exclusivamente en el problema del acceso militar» a Berlín. Sin embargo, el tráfico militar suponía tan sólo el 5 por ciento del total, mientras que el restante 95 por ciento correspondía a provisiones para la población civil. Asimismo apuntaba que la Alemania del Este

controlaba ya gran parte del tráfico civil, que «por sorprendente que parezca, ha hecho mucho por facilitar». El informe señalaba que el tráfico civil era crucial para el objetivo estadounidense de preservar la libertad de Berlín Oeste.

El informe acusaba a Acheson de ignorar las diferentes sensibilidades existentes dentro de la OTAN. «¿Qué pasará si nuestros aliados se niegan a seguirnos?» Era poco probable que los aliados dieran su apoyo a la idea de Acheson de mandar tropas por la Autobahn para romper un bloqueo por tierra, algo a lo que De Gaulle ya se había opuesto. «¿Qué sucede con las Naciones Unidas? Pase lo que pase, el asunto llegará a las Naciones Unidas. Para bien o para mal, debemos mantener una posición convincente en la ONU.»

Pocas veces un documento tan importante había sido redactado con tanta presteza. Schlesinger escribía a toda velocidad para seguir el ritmo de los pensamientos de sus brillantes socios de conspiración. Siempre pendiente del reloj, creó una sección que tituló «Ideas aleatorias sobre alternativas no exploradas» y que ofrecía una lista de cuestiones que el presidente debía explorar, más allá de las que había planteado Acheson.

Pero, sobre todo, los autores del informe deseaban que «se consideraran y se discutieran sistemáticamente» todas las cuestiones y alternativas antes de adoptar apresuradamente el plan Acheson. El informe Schlesinger (que no iba firmado) sugería que el presidente considerara la posibilidad de retirar el informe Acheson de la circulación; el peligro de que las ideas de Acheson pudieran filtrarse, aseguraba el informe, era mayor que el peligro que entrañaba la distribución completa del informe a un número más limitado de personas.

Ajenos al hecho de que Jrushchov había decidido ya un cambio de rumbo en Berlín, varios altos cargos de Washington se enzarzaron en una guerra burocrática entre bastidores contra Dean Acheson. Aunque redactado a toda prisa, el memorando inspirado por Schlesinger era minucioso e incluía incluso ideas sobre qué individuos debían incorporarse al proceso para diluir la capacidad de influencia de Acheson. Entre otros, sugería los nombres de Averell Harriman y Adlai Stevenson.

Era la revancha de los llamados SLOB, los partidarios de la línea blanda sobre Berlín.

El informe Schlesinger sugería finalmente que uno de sus autores debía dirigir el proceso. «En particular, Henry Kissinger debería tener un papel central en la planificación de la cuestión de Berlín», concluía el memorando. Era una de las primeras apariciones de un hombre que, con el tiempo, iba a convertirse en uno de los protagonistas de la historia de la política exterior estadounidense.

Al mismo tiempo, a Kennedy le llegaron también las dudas sobre la planificación de una eventual guerra nuclear por Berlín de parte del secretario de defensa McNamara y del asesor de seguridad nacional Bundy. En su propio informe antes de la reunión de Hyannis Port, Bundy se quejaba de la «peligrosa rigidez» de un plan de guerra estratégico que dejaba al presidente muy pocas opciones más allá de un ataque total contra la Unión Soviética o una inhibición absoluta. Bundy sugería que McNamara estudiara y reformulara dicho plan.

LACASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 7 DE JULIO DE 1961

Henry Kissinger pasaba sólo uno o dos días a la semana en Washington, trabajando como consultor para la Casa Blanca, a la que se desplazaba desde la Universidad de Harvard, donde daba clases. Sin embargo, bastó con eso para que Kissinger ocupara pronto una posición central en la lucha por definir el pensamiento de Kennedy sobre Berlín. El ambicioso joven profesor habría trabajado con mucho gusto a tiempo completo para el presidente, pero el asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy, antiguo decano de Kissinger y actual mandamás de Washington, lo había impedido.

Aunque Kissinger dominaba el arte de adular a sus superiores, Bundy se reveló más inmune a los halagos que la mayoría. Junto con el presidente, Bundy consideraba a Kissinger un tipo brillante pero también tedioso. Bundy imitaba los largos discursos de Kissinger, pronunciados con su acento alemán, y también la forma en que el presidente ponía los ojos en blanco mientras lo escuchaba. Por su parte, Kissinger acusaba a Bundy de haber puesto su

considerable talento intelectual al «servicio de unas ideas más populares que sustanciales». El biógrafo de Kissinger, Walter Isaacson, concluyó que las diferencias entre los dos hombres eran una cuestión de clase y de estilo: el discreto bostoniano de clase alta se mostraba inevitablemente condescendiente con el presuntuoso judío alemán.

En cualquier caso, estar tan cerca del centro de poder de EEUU fue una experiencia nueva para Kissinger a la par que una introducción temprana a las luchas internas de la Casa Blanca que se convertirían en una parte fundamental de su extraordinaria vida. Nacido Heinz Alfred Kissinger en Fürth, Baviera, en 1923, éste había huido de la persecución nazi junto con su familia y había llegado a Nueva York con quince años. Desde ahí, había tenido que recorrer un largo camino hasta poder asesorar al presidente de Estados Unidos. Aunque Bundy había hecho lo posible para mantenerlo alejado de Kennedy, Kissinger había accedido al presidente a través de otro profesor de Harvard, Arthur Schlesinger, que había recurrido a él para enfrentarse a Acheson.

Kissinger no gozaba del prestigio histórico de Acheson, ni tampoco de sus contactos dentro del Despacho Oval, y con sus treinta y ocho años era treinta años más joven que Acheson, pero las 32 páginas de su «Memorando para el presidente» sobre Berlín constituían un audaz intento de superar al ex secretario de estado. El informe llegó a la mesa de Kennedy justo antes de que éste partiera hacia Hyannis Port para seguir desarrollando su enfoque de la situación en Berlín. Aunque Kissinger era mucho más partidario de la línea dura respecto a Moscú que Schlesinger, opinaba que sería una temeridad por parte de Kennedy aceptar la postura de Acheson, que descartaba la diplomacia como opción viable.

A Kissinger le preocupaba que los asesores de Kennedy, y tal vez el propio presidente, pudieran ser lo bastante ingenuos como para dejarse tentar por la idea de «ciudad libre» que esgrimía Jrushchov, y que debía dejar Berlín bajo el control de la ONU. Kissinger también estaba preocupado por la aversión que Kennedy sentía por el gran Adenauer y por el convencimiento del presidente de que el dilatado compromiso occidental con una eventual reunificación alemana, a través de unas elecciones libres, era una fantasía que debía ser susceptible de nego-ciación. Kennedy, temía Kissinger, no

comprendía que no prestar la atención necesaria a Berlín podía desencadenar una crisis dentro de la Alianza Atlántica, cuyos efectos para la seguridad estadounidense resultarían mucho más negativos de lo que podía justificar cualquier acuerdo con Moscú.

Por todo ello, Kissinger formuló sus advertencias a Kennedy en términos inequívocos:

La primera tarea consiste en definir qué hay en juego. El destino de Berlín es la piedra de toque que decidirá el futuro de la comunidad del Atlántico Norte. Una derrota en Berlín, es decir, cualquier deterioro de las opciones de Berlín de vivir en libertad, causará inevitablemente la desmoralización de la República Federal Alemana. Su política, basada en un seguimiento escrupuloso de las directrices occidentales, se vería como un fiasco; el resto de naciones de la OTAN sacarían sin lugar a dudas las conclusiones pertinentes ante tal demostración de la impotencia occidental. En el resto del mundo se pondría de manifiesto la naturaleza irresistible del movimiento comunista. Tras los logros comunistas de los últimos cinco años, esa derrota supondría una clara indicación incluso para los partidarios de la neutralidad. Las garantías occidentales, que actualmente han perdido ya parte de su relevancia, significarían bien poco en el futuro. De llegar a hacerse realidad, la propuesta comunista de que Berlín se convierta en una «ciudad libre» daría un giro decisivo a la lucha de la libertad contra la tiranía. Cualquier consideración sobre el rumbo político a tomar debe partir de la premisa de que Occidente no puede permitirse una derrota en Berlín.

En cuanto a la unificación alemana, Kissinger advertía a Kennedy que abandonar la tradicional postura estadounidense de apoyo desmoralizaría a los habitantes de la Alemania Federal, que empezarían a poner en duda su posición dentro de Occidente, al tiempo que invitaría a los soviéticos a incrementar su presión sobre Berlín, pues llegarían a la conclusión de que Kennedy había decidido «cortar por lo sano». Lo que Kissinger sugería, en cambio, era que la respuesta de Kennedy al incremento de las tensiones en Berlín por parte de Jrushchov «respecto a la reunificación alemana debe ser ofensiva y no defensiva. Debemos aprovechar todas las oportunidades para insistir en el principio de elecciones libres y adoptar claramente esa posición en las Naciones Unidas». Kissinger advertía a Kennedy del peligro de dar por sentado que los berlineses del Oeste conservarían la moral alta, tal como los

líderes estadounidenses habían hecho desde que estallara la Crisis de Berlín en noviembre de 1959. «Debemos ofrecerles una prueba tangible de nuestra confianza que les permita mantener las esperanzas y el coraje», escribió.

Pero lo que más preocupaba a Kissinger era que Kennedy no dispusiera de un plan de contingencia militar creíble para una crisis en Berlín. En un enfrentamiento convencional, aseguraba Kissinger, EEUU se vería atropellado por la superioridad soviética y dudaba que Kennedy accediera a iniciar una guerra nuclear por la libertad de Berlín. El informe de Kissinger recogía todas esas ideas de forma más clara y estratégica que cualquier otro documento que hubiera llegado a la Casa Blanca hasta aquel momento.

El informe de Kissinger iba acompañado por una nota introductoria escrita por Bundy, que decía: «Él, [los altos cargos de la Casa Blanca Henry] Owen y [Carl] Kaysen y yo coincidimos en que el plan estratégico de guerra actual es peligrosamente rígido y que, de aplicarse sin introducir enmiendas, puede dejarle muy pocas opciones cuando llegue el momento de la verdad termonuclear. En el fondo, el plan actual apuesta por gastar toda la munición de la que disponemos de un solo disparo, y está diseñado de tal forma que resultaría muy difícil adoptar un rumbo más flexible.»

Kissinger aseguraba que la única actitud posible para Kennedy en los tensos días que se avecinaban (siempre y cuando los soviéticos mantuvieran la agresiva postura respecto a Berlín que habían adoptado tras la Cumbre de Viena) pasaba por convencer a Jrushchov, que sentía verdadera aversión por el riesgo, de que cualquier acción unilateral suponía un peligro excesivo. «En otras palabras, debemos prepararnos para un enfrentamiento», señalaba el informe. Kissinger se mostraba contrario a la opinión de algunos miembros de la administración, que sugerían que Kennedy debía realizar concesiones para ayudar a Jrushchov en sus luchas internas contra adversarios más dogmáticos y peligrosos de cara al Congreso del Partido de octubre. «La situación de Jrushchov en su país es su problema, no el nuestro», afirmaba el informe, que añadía que sólo un Jrushchov fuerte podía mostrarse conciliador, y que eso no era a lo que se enfrentaba Kennedy.

Otra de las principales preocupaciones de Kissinger era su percepción de que Kennedy había decidido no actuar sobre Berlín y que prefería esperar a

que fueran los soviéticos quienes movieran pieza, una postura que consideraba la más arriesgada posible. «Lo que para nosotros puede ser atenta vigilancia puede parecer inseguridad [a ojos de Jrushchov]», advertía el informe. Proféticamente, Kissinger señalaba que ese enfoque podía hacer que Moscú se sintiera tentado de desencadenar una crisis en un momento de «máxima dificultad» para Estados Unidos, situación que podría llevar al mundo a dudar de la determinación de Kennedy.

En una nota a Schlesinger, Kissinger dijo más tarde: «Me siento como si estuviera sentado junto a un conductor que dirige su coche hacia el abismo, y me pidieran que me asegurara de que el depósito de combustible está lleno y la presión del aceite es la correcta». Frustrado por su posición marginal dentro del engranaje de toma de decisiones, Kissinger expresó su preocupación porque Kennedy lo considerara tan sólo alguien a quien recurrir para generar ideas, pero no para seguir sus consejos. Finalmente presentaría su dimisión en octubre, tras concluir que sus ideas no recibían la atención que merecían.

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

SÁBADO, 8 DE JULIO DE 1961

[El presidente Kennedy estaba contrariado.](#)

[Meter la pata en Laos](#), o incluso en Cuba, entraba dentro de lo asumible: ninguno de los dos casos suponían una amenaza verdadera para la posición estadounidense, ni tampoco para el lugar del presidente en la historia. Pero Berlín era el escenario principal de la batalla mundial definitiva. Kennedy repitió aquella idea varias veces ante sus asesores, al tiempo que expresaba su consternación por el hecho de que Moscú continuara con su ofensiva por Berlín, mientras ellos ni siquiera habían respondido al memorando que Jrushchov les había entregado en Viena, aunque había pasado ya más de un mes desde la cumbre. [Las noticias que llegaban de la Unión Soviética](#) aquella mañana eran malas; Jrushchov había anunciado su decisión de cancelar los planes para reducir el Ejército Ruso en 1,2 millones de efectivos y de

incrementar el presupuesto de defensa en un tercio, hasta los 12.399 millones de rublos (un incremento de aproximadamente 3.400 millones de dólares). Ante una audiencia formada por graduados de las academias militares soviéticas, Jrushchov afirmó que consideraba que una nueva guerra mundial por Berlín no era inevitable, pero aun así exhortó a los soldados a prepararse para lo peor.

Las tropas soviéticas expresaron su aprobación con un rugido.

Jrushchov les dijo también que sus medidas eran una respuesta a las noticias que apuntaban a que el presidente Kennedy iba a solicitar un incremento de 3.500 millones de dólares para su presupuesto de defensa. Con esa decisión, el líder soviético abandonaba su política de dar prioridad a las inversiones generales por delante del presupuesto militar, y de incrementar las reservas de misiles en detrimento del número de soldados. «Se trata de medidas forzosas, camaradas», dijo. «Las adoptamos porque no podemos desatender la seguridad del pueblo ruso.»

[Kennedy reaccionó con furia](#) a la publicación por parte de *Newsweek* de los detalles del plan de contingencia ultrasecreto del Pentágono para Berlín, que aparentemente había sido la base para la respuesta de Jrushchov. A Kennedy lo molestó tanto la filtración que incluso ordenó al FBI que investigara su procedencia.

[Jrushchov había respondido al artículo de Newsweek](#) como si se tratara de una declaración oficial de la política de Kennedy. Consciente de que Londres era el aliado estadounidense más débil en lo tocante a Berlín, Jrushchov citó al embajador británico Frank Roberts a su palco del Ballet Bolshoi para soltarle una reprimenda durante la media parte de una actuación de la famosa primera bailarina británica Margot Fonteyn. Jrushchov se burló de la oposición británica a los objetivos soviéticos en Berlín, que calificó de vana. Le dijo a Roberts que seis bombas de hidrógeno serían «más que suficientes» para destruir las islas Británicas, que nueve acabarían con Francia, y que el Kremlin daría una respuesta cien veces más severa a cualquier nueva división que intentara Occidente. Consciente de que estaba repitiendo el discurso del primer ministro Macmillan, Jrushchov le preguntó: «¿Es realmente necesario que doscientos millones de personas mueran por dos millones de berlineses?».

En Hyannis Port, Kennedy abroncó al secretario Rusk, que estaba sentado con su habitual traje de oficina en la parte trasera del *Marlin*, la lancha motora de Kennedy, de quince metros de eslora, por no haber sido capaz de dar una respuesta al ultimátum de Jrushchov sobre Berlín. Mientras el presidente montaba en cólera, la primera dama se adentraba en el océano para practicar esquí acuático y Robert McNamara y el general Maxwell Taylor comían perritos calientes y sopa de pescado en compañía de los amigos de los Kennedy, Charles Spalding y esposa.

Cuando Rusk replicó que el texto se había retrasado por la necesidad de acordarlo con los aliados, Kennedy estalló y dijo que no eran los aliados sino el presidente de EEUU quien cargaba con la responsabilidad sobre Berlín. Inspirado por el informe Schlesinger, ordenó a Rusk que le entregara un plan de negociaciones sobre Berlín en el plazo de diez días. A continuación el presidente se volvió hacia el experto en asuntos soviéticos del Departamento de Estado y ex embajador en Moscú, Chip Bohlen: «Chip, ¿qué cojones pasa en tu departamento? Os pregunte lo que os pregunte, sois incapaces de darme una respuesta rápida».

Martin Hillenbrand, jefe de la sección alemana del Departamento de Estado, insistiría más tarde en que habían entregado puntualmente un borrador de respuesta al memorando soviético. Diez días más tarde, sin embargo, el Departamento de Estado fue informado de que la Casa Blanca lo había perdido. Así pues, el asistente especial Ralph Dungan había pedido al Departamento de Estado que enviara un nuevo borrador. A continuación, sin embargo, un alto cargo de la Casa Blanca lo había guardado en su caja fuerte antes de marcharse dos semanas de permiso sin dejar la combinación a nadie. Al mismo tiempo, los aliados de la OTAN también estaban atascados preparando sus propias respuestas.

Mientras los dedos acusadores apuntaban en varias direcciones, un agitado Kennedy exigió que el Pentágono le proporcionara un plan de actuación no nuclear en caso de una confrontación en Berlín. Éste debía ser lo bastante elocuente como para detener un avance soviético y darle tiempo al presidente para hablar con Jrushchov y evitar un intercambio nuclear. «Quiero el maldito documento antes de diez días», bufó Kennedy.

El presidente pidió a sus asesores que le proporcionaran nuevas opciones más allá de la elección actual entre «holocausto o humillación».

DORMITORIO LINCOLN, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

MARTES, 25 DE JULIO DE 1961

A última hora de la tarde, el presidente Kennedy se retiró a su dormitorio para leer el discurso televisado para todo el país que iba a ofrecer esa noche a las diez. Era la primera vez que Kennedy utilizaría el Despacho Oval para dicho fin y los técnicos habían pasado el día entero instalando cables y micrófonos.

Kennedy era consciente de lo mucho que había en juego. Dentro del país, debía responder a las voces cada vez más numerosas que lo acusaba de debilidad en política exterior, algo que lo volvía vulnerable políticamente. Tras fracasar en Cuba y Viena, también debía demostrarle a Jrushchov que estaba dispuesto a defender Berlín Oeste a toda costa. Su problema era que Jrushchov había dejado ya de creer que Kennedy fuera a luchar por Berlín, tal como Menshikov, el embajador soviético en Washington, no paraba de repetir a quien quisiera escucharlo. Al mismo tiempo, sin embargo, Kennedy quería que Jrushchov supiera que seguía abierto a alcanzar una solución de compromiso razonable.

Kennedy tomó un baño caliente para intentar calmar su implacable dolor de espalda. A continuación cenó a solas, de una bandeja, como solía hacer. A media comida llamó a su secretaria, Evelyn Lincoln, y le dijo: «Anote esto, quiero añadirlo a mi discurso de esta noche». Y a continuación empezó a dictar:

Finalmente, me gustaría concluir con unas palabras personales. Cuando decidí aspirar a la presidencia de Estados Unidos era consciente de que los años sesenta iban a plantearnos importantes desafíos; lo que no sabía, ni puede saber nadie que no asuma esta responsabilidad, era lo agotadora y constante que iba a ser esta carga.

Desde finales de los años cuarenta, Estados Unidos ha basado su seguridad en el hecho de que era el único país que poseía la bomba atómica y los medios para lanzarla. Incluso a principios de los cincuenta, cuando la Unión Soviética empezó a desarrollar

sus propias armas termonucleares, aún gozábamos de una clara ventaja en lo que al alcance se refiere. Sin embargo, durante los últimos años la Unión Soviética ha desarrollado su propio arsenal nuclear y también ha perfeccionado sus aviones y misiles, de modo que hoy es capaz de lanzar bombas contra nuestro país.

Lincoln tomó notas taquigráficas frenéticamente mientras Kennedy continuaba dictando un discurso organizado en frases y párrafos perfectos.

Eso significa que si Estados Unidos y la Unión Soviética se enzarzan en un intercambio de misiles, el resultado puede ser la destrucción de ambas naciones y de toda su población.

Esta situación es aún más sombría por el hecho de que la Unión Soviética está intentando imponer sus decisiones por la fuerza y eso los lleva a chocar con nosotros en algunas zonas, como en Berlín, donde ostentamos antiguos compromisos. A lo largo de mi vida, nuestro país y Europa se han visto involucrados en tres guerras; en todos los casos se produjeron estimaciones equivocadas por ambos lados que provocaron una gran destrucción. Ahora, sin embargo, una estimación equivocada por cualquiera de las dos partes sobre las intenciones del otro puede provocar más destrucción en unas pocas horas de la que hemos visto en todas las guerras de nuestra historia juntas.

Consciente de la gravedad de las palabras del presidente, Lincoln se concentró en anotarlas todas correctamente. Lincoln percibió la relevancia del momento histórico y el dolor en la voz de un hombre que debía soportar aquella «carga», palabra que utilizaría varias veces en su discurso y con frecuencia cada vez mayor en el futuro.

Por ello, yo como presidente y Comandante en Jefe, y vosotros como ciudadanos estadounidenses, deberemos enfrentarnos juntos a unos tiempos difíciles. Yo cargaré con la responsabilidad de la Presidencia según lo que establece la Constitución durante los próximos tres años y medio. Estoy seguro de que sabéis que actuaré tan bien como sepa para defender nuestro país y nuestra causa.

Como vosotros, tengo una familia que deseo ver crecer en un país en paz y en un mundo donde la libertad perdure.

Sé que a veces os impacientáis, y que querriais que pudiéramos tomar alguna decisión inmediata que pusiera fin a los peligros que nos acechan, pero no existe ninguna solución sencilla y rápida. Nos enfrentamos a un sistema que ha organizado a mil millones de personas y que sabe que si Estados Unidos flaquea, su victoria será

inminente. Por ello, nos esperan días muy largos, pero si somos valientes y perseverantes lograremos lo que todos deseamos. Por ello, os pido que durante estos días nos transmitáis vuestras sugerencias y consejos. Os pido que expreséis vuestras críticas cuando creáis que nos equivocamos, pero por encima de todo, queridos compatriotas, quiero que sepáis que amo este país y que haré todo lo posible por protegerlo. Necesito vuestra buena voluntad, vuestro apoyo y, por encima de todo, vuestras plegarias.

Evelyn no recordaba cuándo había sido la última vez que el presidente había añadido un texto tan largo al final de un discurso tan sólo dos horas antes de pronunciarlo.

«¿Puede mecanografiarlo y entregármelo en cuanto llegue?», [le preguntó Kennedy a su secretaria.](#)

El presidente entró en el Despacho Oval a las 21.30 para probar la altura de la silla y la iluminación. Entonces le pidió a Evelyn Lincoln si podía echarle un vistazo al texto que le había dictado y se lo llevó a la Sala del Gabinete, donde introdujo algunas revisiones y recortes que pulieron el texto, pero que no le restaron ni un ápice de dramatismo. Cuando llegó el momento de posar ante las cámaras, regresó al despacho Lincoln, pidió que lo peinaran y fue al baño para asegurarse de que todo estaba donde tenía que estar.

A pesar de todos esos preparativos, el resultado final fue un discurso pronunciado por un presidente sudoroso y tenso, en un despacho excesivamente caldeado. Para mejorar la calidad del sonido, los técnicos habían apagado el aire acondicionado a pesar de que aquel día las temperaturas habían alcanzado los 35 grados. El ambiente se volvería aún más incómodo debido a los focos de las siete cámaras y al calor corporal de las sesenta personas que se amontonaron en el despacho presidencial para presenciar aquel momento histórico.

Kennedy salió un momento para secarse la cara y los labios antes de regresar a su despacho apenas unos segundos antes de dirigirse a un público nacional y planetario. Bajo unas luces que dificultaban la lectura de su discurso recientemente modificado, tropezó en algunas frases y pronunció otras con una elocuencia inferior a la habitual, pero pocos espectadores se percataron de ello. Sin embargo, tras su conmovedora y dura retórica se

vislumbraban una serie de compromisos que había acordado durante los últimos días y que debilitaban considerablemente el plan Acheson.

Kennedy había rechazado la idea de Acheson de declarar el estado de emergencia nacional, había descartado la movilización inmediata de tropas y había reducido el incremento del presupuesto de defensa. En los diecisiete días transcurridos entre las reuniones de Hyannis Port y el discurso del 25 de julio, los SLOB habían ido minando metódicamente el enfoque de Acheson, mientras la organización de la política exterior estadounidense se concentraba casi exclusivamente en Berlín, con dos reuniones cruciales del Consejo de Seguridad Nacional el 13 y el 19 de julio.

El 13 de julio, en la Sala del Gabinete, el secretario Rusk utilizó unas palabras del propio Acheson para suavizar su enfoque y citó una parte del informe de su amigo que hablaba de aplicar la máxima discreción posible durante los primeros compases. «Debemos intentar evitar cualquier acción que no responda a un plan militar sólido y que pueda considerarse ofensiva», advirtió Rusk.

Acheson contraatacó con el apoyo del vicepresidente Johnson. En su opinión, si seguían las indicaciones de su amigo Rusk y aplazaban hasta el final la llamada a filas de la reserva, «influiríamos tanto en el juicio que Jrushchov se forme de la crisis como si empezamos a lanzar bombas después de que éste haya llevado la situación al límite».

Bundy planteó cuatro alternativas: (1) reforzar las fuerzas estadounidenses de forma sustancial con la mayor celeridad posible; (2) aplicar todas las medidas que no requerían la declaración del estado de emergencia nacional; (3) declarar el estado de emergencia nacional y llevar a cabo todos los preparativos excepto llamar a la reserva o a las unidades de guardia, o (4) evitar de momento la acumulación militar sobre la base de que aquélla no era tanto una crisis de naturaleza militar como de unidad y de determinación políticas.

El presidente escuchó mientras sus altos cargos debatían las opciones. De hecho, Kennedy no mostró sus cartas claramente hasta que compareció ante las cámaras de televisión. En una sesión del reducido Grupo de Dirección del Consejo de Seguridad Nacional, el presidente aseguró que sólo le importaban

dos cosas: «Nuestra presencia en Berlín y nuestro acceso a la ciudad».

La frustración de Acheson con lo que consideraba la deriva política que había tenido lugar durante el mes de julio llegó a tal punto que ante un pequeño grupo de trabajo sobre Berlín, declaró: «Caballeros, debemos asumir que nuestro país sufre un vacío de liderazgo».

Durante la segunda reunión clave del Consejo de Seguridad Nacional, que tuvo lugar a las 16.00 del 19 de julio, el plan Acheson tuvo una muerte plácida tras un intercambio de opiniones entre su autor y el secretario de defensa McNamara. Acheson quería una decisión definitiva del grupo sobre la declaración del estado de emergencia nacional y la llamada a filas de la reserva no más tarde de septiembre. McNamara prefería no comprometerse aún, aunque quería dejar claro que Kennedy podía declarar el estado de emergencia y llamar a las defensas terrestres más tarde, «cuando la situación lo exigiera».

Acheson no dio su brazo a torcer y aseguró que la propuesta de McNamara no era lo bastante enérgica o concreta.

Kennedy dejó que la conversación prosiguiera, hasta que Acheson comprendió que el comandante en jefe no tenía intención de ordenar una movilización total. Finalmente, Acheson aprobó la propuesta de McNamara, que proporcionaría al secretario de defensa un calendario más flexible, tal como deseaba, para evitar «tener un largo contingente de reservistas a su disposición sin una misión concreta». Sin embargo, el despliegue sería rápido si estallaba una crisis.

El embajador Thompson no estaba en la sala, pero aun así dejó su impronta en la decisión con sus telegramas desde Moscú, en los que aseguraba que Kennedy impresionaría más a los soviéticos si lograba mantener a los aliados unidos alrededor de movimientos militares limitados pero sustanciales que si los dividía ordenando movimientos excesivos. La argumentación de Thompson era que la predisposición aliada a largo plazo tendría más impacto que un puñado de gestos dramáticos, inmediatos y propagandísticos. Los asesores de espionaje de Kennedy aseguraron también que una postura pública excesivamente dura podía empujar a Jrushchov a adoptar una rigidez aún mayor y obligarlo a ordenar una escalada de contramedidas militares.

El resultado fue que el 25 de julio el presidente no declaró el estado de emergencia nacional, pero anunció que pediría la autorización del congreso para triplicar los destacamentos, llamar a filas a los reservistas e imponer sanciones económicas a los países del Pacto de Varsovia en caso de un bloqueo sobre Berlín. Durante una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, Kennedy dijo que la declaración del estado de emergencia nacional era «una alarma que tan sólo podía activarse una vez» y que adoptar las medidas propuestas por Acheson no habría transmitido a los soviéticos un mensaje de firmeza estadounidense, sino «de pánico».

Acheson había defendido la declaración del estado de emergencia nacional argumentando que éste serviría para impresionar tanto a los soviéticos como a los oponentes de Kennedy dentro de EEUU de la gravedad de la situación, al tiempo que permitiría al presidente llamar a un millón de reservistas y prolongar las condiciones de servicio.

Kennedy, sin embargo, estaba decidido a no responder con una reacción excesiva, en parte porque deseaba reconstruir la confianza aliada en su liderazgo tras los errores cometidos en Bahía Cochinos. Asimismo, el presidente era consciente de que tenía ante sí una larga serie de enfrentamientos con los soviéticos y temía poder provocar una escalada prematura para contrarrestar lo que consideraba que podía ser «un falso clímax» en la confrontación. Finalmente, el presidente deseaba conservar algo de pólvora seca.

Así pues, Kennedy pidió un nuevo incremento de 3.454 millones de dólares para las fuerzas armadas, prácticamente la misma cantidad anunciada por Jrushchov, y menos de los 4.300 millones que Acheson había solicitado originalmente. Aquel nuevo incremento, no obstante, dejaba el incremento del gasto combinado de defensa de la administración Kennedy en los 6.000 millones de dólares. El presidente quería que los efectivos autorizados para el Ejército pasaran de los 875.000 soldados a un millón. EEUU se pondría manos a la obra para incrementar las capacidades de un nuevo puente aéreo en Berlín y trasladar seis divisiones más a Europa antes de diciembre, la fecha límite anunciada por Jrushchov.

Sin embargo, y aunque pasó desapercibido a los medios de comunicación,

lo más notable fue el hecho de que el discurso se refirió hasta diecisiete veces a Berlín *Oeste*, siguiendo con la insistencia del presidente en añadir el adjetivo «Oeste». Kennedy volvía a repetir el mensaje que había lanzado a Jrushchov en Viena: los soviéticos podían hacer lo que quisieran en la parte Este de la ciudad siempre y cuando no se inmiscuyeran en la parte Oeste.

El día anterior a la hora de comer, uno de los altos cargos de la Agencia de Información de EEUU, James O'Donnell, había expresado ante Ted Sorensen, uno de los responsables de la redacción del discurso, sus protestas por el énfasis que la versión final ponía en el término Berlín «Oeste». La opinión de O'Donnell era importante, pues era un amigo de la familia Kennedy y un veterano de Berlín que, en su condición de soldado victorioso, había sido el primer no soviético en examinar el interior del búnker de Hitler. O'Donnell había escrito un libro sobre los últimos días de Hitler y había vivido el bloqueo de la ciudad como corresponsal de la revista *Newsweek*. De hecho, tenía una posición tan preeminente que había escrito un informe para el candidato Kennedy sobre los acuerdos de las cuatro potencias en Berlín.

Sorensen había mostrado con orgullo el borrador del discurso del 25 de julio a O'Donnell y le había asegurado que éste iba a gustarles «incluso a los partidarios de la línea dura» como él. Sin embargo, a medida que fue estudiándolo de forma detallada, O'Donnell se mostró consternado por las concesiones unilaterales que contenía. El discurso hacía referencia a la predisposición de Kennedy a eliminar las «molestias reales» de Berlín Oeste, al tiempo que declaraba que «la libertad de la ciudad no es negociable». Según Ulbricht, esas «molestias» incluían la enérgica prensa libre de Berlín Oeste, la emisora de radio estadounidense RIAS, la libertad con que los militares y las agencias de inteligencia occidentales operaban en la ciudad y, sobre todo, la posibilidad de que los alemanes del Este cruzaran la frontera buscando refugio.

Otro párrafo reconocía «la preocupación histórica de la Unión Soviética por su seguridad en la Europa Central y del Este, tras una serie de asoladoras invasiones, y creemos que podemos llegar a acuerdos que permitan abordar esa preocupación y garantizar tanto la seguridad como la libertad en la turbulenta región».

¿A qué debía de estar refiriéndose Kennedy?, se preguntaba O'Donnell, que no podía saber que el discurso ahondaba en el lenguaje que Kennedy había utilizado en privado en Viena. ¿Era posible que el presidente se hiciera eco de las quejas de Moscú sobre un resurgimiento del militarismo alemán? ¿Estaba entregando definitivamente los países cautivos de Polonia, Checoslovaquia y Hungría a los soviéticos?

Pero nada preocupaba a O'Donnell tanto como las repetitivas referencias a la seguridad exclusivamente de Berlín «Oeste». Aquello tan sólo podía ser un mensaje intencionado que, en opinión de O'Donnell, dejaba a los soviéticos las manos libres para actuar en Berlín Este, aunque técnicamente toda la ciudad se encontraba bajo la tutela de las cuatro potencias.

El discurso de Kennedy les transmitió a los estadounidenses que «la amenaza más inmediata para los hombres libres está en Berlín Oeste». El presidente acompañó sus palabras de un mapa para mostrarles a sus compatriotas que el Berlín Oeste era una isla blanca en un mar negro de comunismo. Kennedy dijo:

[Porque Berlín Oeste, situado](#) 180 kilómetros en el interior de la Alemania del Este, rodeado por tropas soviéticas y cerca de las líneas soviéticas de aprovisionamiento, tiene muchos papeles. Es más que un escaparate de la libertad, un símbolo, una isla de libertad en un mar de comunismo. Es más incluso que un vínculo con el mundo libre, un faro de esperanza detrás del telón de acero y una vía de escape para los refugiados.

Berlín Oeste es todo eso. Pero, por encima de todo, Berlín es hoy más que nunca el lugar del gran reto que pondrá a prueba el coraje y la voluntad occidentales, un punto focal donde nuestros compromisos solemnes, que se remontan a 1945, y las ambiciones soviéticas topan hoy en una confrontación fundamental. Estados Unidos está allí; el Reino Unido y Francia están allí; el compromiso de la OTAN está allí. Y los habitantes de Berlín están allí. En ese sentido, están tan seguros como el resto de nosotros, pues no hacemos diferencias entre su seguridad y la nuestra. [...] Hemos dado nuestra palabra de que responderemos a cualquier ataque contra la ciudad como si fuera un ataque contra nosotros.

Kennedy volvió a Berlín Oeste al final de su discurso, que duró 31 minutos.

La promesa solemne que cada uno de nosotros hizo a Berlín Oeste en tiempos de paz no se romperá en tiempos de peligro. Si no cumplimos con nuestros compromisos en Berlín, ¿cuál será nuestra posición más tarde? Si no somos fieles a nuestra palabra allí, el camino que hemos recorrido en cuanto a seguridad colectiva, que depende de esa palabra, no significará nada. Y si hay un camino que lleva directamente a la guerra, ése es el camino de la debilidad y de la desunión.

A Sorensen lo molestó que O'Donnell subestimara la importancia del compromiso emocional del discurso con la defensa de Berlín. En cuanto al hecho de que ignorase el Berlín Este y el resto de europeos del Este cautivos en general, Sorensen le respondió a O'Donnell que el discurso no hacía más que admitir la realidad. Los rusos ya hacían lo que querían en su sector. Los estadounidenses iban a mostrarse ya bastante reacios a aceptar una concentración armamentística para salvaguardar a dos millones de berlineses del Oeste, pero sería mucho esperar que se avinieran a arriesgar sus vidas por el millón y pico de berlineses del Este atrapados en el lado equivocado de la historia.

O'Donnell sugirió una solución rápida: que el presidente omitiera simplemente la palabra «Oeste» en la mayoría de ocasiones en que precedía la palabra «Berlín». Tras una hora discutiendo, Sorensen dijo: «No puedo seguir retocando la redacción de este discurso. [...] El texto ha pasado el escrutinio de seis delegaciones del gobierno. Hemos estado mandando copias de aquí para allá durante diez días. Ésta es la versión final. Ésta es la línea política de esta administración».

«Esto es lo que hay.»

Aquel fue el broche a la comida.

Sorensen rechazó igualmente todas las protestas similares que surgieron desde el interior del gobierno. La llamada Mafia Berlinesa, el grupo de altos cargos que habían seguido cada coma del reñido pulso por Berlín durante años, percibieron el discurso de Kennedy como una herejía por decirles a los soviéticos que podían ignorar los acuerdos de las cuatro potencias y hacer lo que les placiera con su parte de la ciudad.

«La reacción ante las palabras del presidente fue de consternación», dijo Karl Mautner, nacido en Austria y que había servido en la oficina de

inteligencia e investigación del Departamento de Estado después de haber trabajado en la misión americana en Berlín. Tras luchar en la Segunda Guerra Mundial con la 82.^a Unidad de las Fuerzas Aerotransportadas en Normandía y en la batalla de las Ardenas, Mautner se indignó ante la recaída de Kennedy. «Nos dimos cuenta de inmediato del significado de sus palabras. [...] Estábamos dinamitando nuestra propia posición.»

El **énfasis sobre Berlín Oeste** les quedó aún más claro a los soviéticos cinco días más tarde de aquel discurso, cuando, el 30 de julio, el senador William Fulbright declaró en el programa matutino de la ABC *Issues and Answers* que los soviéticos podían reducir las tensiones de la Crisis de Berlín cerrando la vía de escape de Berlín Oeste a los refugiados. «Lo cierto del caso, creo yo, es que los rusos pueden cerrar la frontera si quieren», dijo Fulbright. «Si la semana que viene decidieran cerrar las fronteras, podrían hacerlo sin violar con ello ningún tratado. No entiendo por qué los alemanes del Este no cierran la frontera, pues creo que tienen derecho a hacerlo.»

La **interpretación de Fulbright del tratado** era equivocada y el 4 de agosto tuvo que retractarse por ello en una declaración ante el Senado, en la que admitió que los acuerdos de posguerra regulaban la libertad de movimiento entre las dos partes de Berlín y que su entrevista televisiva había dado una «impresión desafortunada y errónea». En cualquier caso, Kennedy nunca lo repudió y McGeorge Bundy informó favorablemente al presidente de la aparición televisiva de Fulbright, en una nota que mencionaba «comentarios sobre diversos asuntos, desde Bonn a Berlín, y se refería al útil impacto de las observaciones del senador Fulbright».

Lo cierto, sin embargo, fue que los líderes de la Alemania Federal expresaron su desesperación ante los comentarios, mientras que los de la Alemania del Este se mostraron encantados con la sugerencia de Fulbright. El periódico de Berlín Oeste *Der Tagesspiegel* señaló amargamente que el comentario del senador podía incitar las acciones enemigas del mismo modo que había sucedido con las palabras de Acheson en vísperas de la guerra de Corea, cuando había declarado que Corea del Sur se encontraba fuera del perímetro de defensa estadounidense. El rotativo del Partido Comunista, *Neues Deutschland*, en cambio, calificó las ideas de Fulbright de «realistas».

A primeros de agosto, Kennedy reflexionó sobre lo que podía suceder en Berlín durante un paseo entre las columnas del Jardín de Rosas con Walt Rostow, economista que asesoraba a Kennedy. «Jrushchov está perdiendo la Alemania del Este y no puede permitir que eso suceda. Si pierde la Alemania del Este, detrás vendrán Polonia y el resto de la Europa del Este. Tendrá que hacer algo para detener el flujo de refugiados, a lo mejor construir un muro, y nosotros no podremos impedirselo. Puedo apelar a la unidad de la Alianza para defender Berlín Oeste, pero no puedo hacer nada para mantener Berlín Este abierto.»

MOSCÚ

JUEVES, 3 DE AGOSTO DE 1961

Hacia una mañana sofocante en Moscú y Ulbricht se dirigía a reunirse con Jrushchov en una limusina con las ventanas cerradas y cubiertas con cortinillas. Ulbricht no había anunciado su partida de Berlín para asistir a una reunión de emergencia del Pacto de Varsovia y, si podía evitarlo, prefería no ser visto en público.

El ambiente en Moscú era sereno en comparación con la situación a la que Ulbricht debía hacer frente dentro de su país. Había grupos de turistas paseando con guías por la Plaza Roja; las primeras barcas que hacían la ruta por los lugares de interés habían empezado ya a remontar el río Moskva y pasaban junto a hombres en kayak que hacían ejercicio matutino; las piscinas gigantescas de los parques públicos iban abriendo sus puertas. No había colegio y la ciudad estaba llena de padres que paseaban con sus hijos.

Jrushchov y Ulbricht se reunieron para ultimar los detalles del cierre de fronteras antes de presentar la propuesta a los miembros del Pacto de Varsovia para su aprobación. Ulbricht también quería que sus aliados valoraran la posibilidad de ofrecer apoyo económico de emergencia a su país si Occidente respondía con sanciones.

Los dos hombres habían estado siguiendo de cerca las tareas preparatorias de sus servicios de seguridad y sus fuerzas militares durante la mayor parte

del mes anterior, de modo que no tenían necesidad de revisar cada detalle. Jrushchov declaró que, juntos, iban a «rodear Berlín con un anillo de acero. [...] Nuestras fuerzas deben crear ese anillo, pero las fuerzas de la Alemania del Este deben controlarlo». Mientras los dos hombres hablaban, 4.000 soldados soviéticos más se dirigían ya hacia Berlín. Jrushchov le dijo a Ulbricht que sus tanques iban a desplegarse también junto a la frontera con la Alemania Federal, justo detrás de las posiciones de los soldados de la Alemania del Este.

El objetivo de aquella reunión matutina era decidir el *timing* de la operación. Jrushchov expresó su deseo de aplazar la firma del tratado de paz con Ulbricht hasta después del cruce de fronteras. Asimismo, tampoco estaba dispuesto a permitir que Ulbricht bloqueara las rutas de acceso ni el acceso aéreo a Berlín Oeste. Ulbricht dijo que, aunque aún deseaba firmar un tratado de paz con Moscú que pusiera fin a la guerra, aquello se había convertido en un objetivo secundario y que lo primordial en aquellos momentos era detener el flujo de refugiados y salvar así el país. Ulbricht le dijo al líder soviético que necesitaba tan sólo dos semanas para estar en disposición de bloquear todo el movimiento entre Berlín Este y Berlín Oeste.

«¿Cuándo sería el mejor momento para usted?», le preguntó Jrushchov. «Hágalo cuando quiera; podemos hacerlo en cualquier momento.»

Teniendo en cuenta la urgencia de su problema con los refugiados y el peligro de que su plan pudiera filtrarse, Ulbricht quería actuar con rapidez. Por ello sugirió la noche entre el sábado 12 y el domingo 13 de agosto.

Jrushchov comentó que el trece se consideraba un número de mala suerte en Occidente y bromeó diciendo que «para nosotros y para todo el bloque socialista sería ciertamente un día de mucha suerte».

Jrushchov, el constructor del metro de Moscú, pidió conocer más a fondo los detalles logísticos de la operación. ¿Cómo pensaba actuar Ulbricht en las calles que había visto en su mapa detallado, en las que había edificios que daban por un lado a Berlín Este y el otro a Berlín Oeste?

«En las casas que tienen salida a Berlín Oeste, tapiaremos la salida», dijo Ulbricht. «En otros lugares, levantaremos barreras de alambre de púas. El alambre ya está preparado. La operación puede llevarse a cabo con gran

rapidez.»

Jrushchov rechazó la petición de Ulbricht de convocar una conferencia económica de emergencia para preparar el apoyo necesario para la economía de la Alemania del Este. El líder soviético temía que la simple convocatoria de una reunión como aquella pudiera delatar sus planes a Occidente y acelerar aún más el flujo de refugiados. Ulbricht iba a tener que apañárselas y preparar la operación sin apoyo.

Jrushchov también quería que Ulbricht comprendiera que todas las operaciones debían tener lugar dentro de su territorio, sin penetrar «ni un solo milímetro en Berlín Oeste». Todas las señales que Kennedy le había enviado a Jrushchov, desde la Cumbre de Viena hasta su discurso del 25 de julio, pasando por las declaraciones televisivas de Fulbright, apuntaban en el mismo sentido: mientras todas las acciones soviéticas y de la Alemania del Este discurrieran en territorio del bloque soviético y no afectaran en modo alguno a los derechos de acceso de los aliados a Berlín, pisarían terreno seguro. De hecho, su conversación más reciente con el embajador estadounidense Thompson lo había convencido de que era incluso posible que Kennedy y Adenauer celebraran la solución. En una reunión dos días antes, Jrushchov le había dicho a Ulbricht:

[Cuando se cierran las fronteras](#), los estadounidenses y los habitantes de la Alemania Federal estarán contentos. Thompson me reveló que el flujo de refugiados estaba causando muchos problemas a la Alemania Federal. Así pues, la introducción de estos controles es una medida que satisfará a todos. Y, sobre todo, hará que sientan nuestra fuerza.

Sin hacer referencia explícita al Muro de Berlín, Jrushchov preguntó a los líderes del Pacto de Varsovia si aprobaban un cierre de fronteras tan impermeable como el que existía entre los territorios de Alemania del Este y la Alemania Federal desde 1952. «En aras de poner fin a las actividades subversivas, proponemos que los estados del Pacto de Varsovia aprueben la implementación de controles en las fronteras de la RDA, incluidas las fronteras de Berlín, similares a las ya existentes en los estados que comparten frontera con las potencias occidentales.»

A lo largo de los tres días que duró la reunión del Pacto de Varsovia, Ulbricht consiguió algunas de las cosas que quería, pero no todas. Sus vecinos socialistas aceptaron de forma unánime el cierre de fronteras y accedieron a reubicar sus tropas para proporcionar su apoyo al Ejército Soviético. Sin embargo, lo que los aliados de Ulbricht no podían proporcionarle, para consternación de Jrushchov, era apoyo económico. Los diversos líderes de los Partidos Comunistas (Władysław Gomułka por Polonia, Antonín Novotný por Checoslovaquia y János Kádár por Hungría) expresaron su preocupación ante las posibles represalias occidentales contra todo el bloque e hicieron referencia a lo limitado de sus recursos. Gomułka le pidió a Ulbricht que considerara la posibilidad de ayudarlo *a él* si Occidente decidía responder con un boicot contra todo el bloque comunista, adquiriendo los bienes que normalmente habría vendido a los países occidentales.

Novotný le dijo a Ulbricht que, debido a los problemas agrícolas de su país, no contara con que él le proporcionara productos alimenticios. Además, considerando que el porcentaje de negocio de Checoslovaquia con Occidente era superior al de cualquier otro país del Pacto de Varsovia, temía que su país fuera el más perjudicado por las consecuencias de cualquier acción en Berlín. Kádár se quejó de que los aliados soviéticos no hubieran tenido ocasión de discutir previamente el potencial impacto económico de un hipotético cierre de fronteras de la Alemania del Este, sobre todo teniendo en cuenta que un tercio de la economía de su país dependía de sus exportaciones a Occidente (una cuarta parte de las cuales tenían como destino la Alemania Federal).

Jrushchov reaccionó de forma airada:

Yo creo que debemos ayudar a la RDA. Camaradas, hagamos un esfuerzo por comprender la situación de forma más precisa, profunda y aguda. [...] Camaradas, vamos a ayudar a la RDA. No voy a decir quién de ustedes va a ayudar más. Todos debemos ayudar y debemos ayudar más. Considerémoslo de otra forma: si ahora no prestamos atención a las necesidades de la RDA y no hacemos un sacrificio, la RDA no podrá subsistir, pues no posee la suficiente fuerza interior.

«¿Qué implicaría la liquidación de la RDA?», les preguntó Jrushchov a los líderes reunidos ante él. ¿Querían tener al Ejército de la Alemania Federal

junto a sus fronteras? En ese sentido, reforzando la posición de la Alemania del Este «reforzamos también nuestra posición», dijo, frustrado ante la poca solidaridad existente dentro de su bloque. Los argumentos de Jrushchov no convencieron a los miembros de la alianza, que se sentían amenazados por Occidente pero, al mismo tiempo, eran cada vez más dependientes económicamente de los países occidentales.

Cuando sus camaradas comunistas preguntaron a Jrushchov por qué no estaba más preocupado por una posible respuesta militar estadounidense, Jrushchov les dijo que hasta aquel momento Occidente había reaccionado a la escalada de sus presiones y su retórica con mucha menos resolución de la temida. EEUU, dijo, había «demostrado ser menos duro de lo que creíamos» en lo tocante a Berlín. Jrushchov dijo que era cierto que el adversario aún «podía dejarse ver, pero hoy podemos decir que esperábamos más presión; hasta el momento, el principal elemento intimidatorio ha sido el discurso de Kennedy».

Jrushchov les dijo a sus aliados que tenía la sensación de que EEUU tenía «un gobierno apenas operativo» y que el senado norteamericano le recordaba al principado ruso medieval de Novgorod, donde los boyardos «gritaban, chillaban y se tiraban de la barba para decidir quién tenía razón».

Incluso se refirió con nostalgia a la época en que el secretario de estado estadounidense era John Foster Dulles, que aunque anticomunista, daba una «mayor estabilidad» a las relaciones entre EEUU y la Unión Soviética. En cuanto a Kennedy, Jrushchov aseguró que «siento compasión por él. [...] Es un peso demasiado ligero, tanto para los republicanos como para los demócratas». En definitiva, Jrushchov confiaba en que su débil e indeciso adversario no iba a responder de forma significativa.

Ulbricht regresó a su casa y empezó la cuenta atrás para el día más importante de su vida y de su país. Pero antes iba a tener que superar una última escaramuza con el proletariado de la Alemania del Este.

Ulbricht y Kurt Wismach se las tienen

FÁBRICA DE CABLEADO DE OBERSPREE, BERLÍN ESTE
JUEVES, 10 DE AGOSTO DE 1961

A pesar de que faltaban apenas 48 horas para el inicio de la operación, Walter Ulbricht asistió como estaba previsto a un encuentro con los obreros de la Fábrica de Cableado de Oberspree, al sur de Berlín Este. Unos 1.500 operarios se reunieron en una nave gigantesca, vestidos con monos y zapatos de madera que los protegían de las descargas eléctricas y del metal fundido. Algunos se subieron a los brazos de las grúas para ver mejor, otros treparon a lo alto de unos rollos de cable de cuatro metros.

Tras informar a los obreros de que acababa de regresar de Moscú, Ulbricht les dijo que «es fundamental que se firme sin demora un tratado de paz [entre la Alemania del Este] y nuestra gloriosa camarada y aliada, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». En tono combativo, aseguró que «nadie puede detener el socialismo... Ni siquiera quienes han caído en las garras del tráfico de esclavos». Dijo que el flujo de refugiados (al que él llamaba «tráfico de carne y secuestro») tenía un coste anual para la Alemania del Este de dos millones y medio de marcos al año. «Todos los ciudadanos del estado estarán de acuerdo conmigo en que debemos poner fin a esas condiciones.»

Kurt Wismach, al que inicialmente Ulbricht tomó por un obrero más, hervía por dentro mientras escuchaba lo que consideraba una muestra más de la doble moral comunista. Imbuido por una falsa sensación de fuerza por encontrarse en una posición mucho más elevada que Ulbricht, pues estaba

sentado en lo alto de un rollo de cable, empezó a aplaudir burlescamente y durante largo rato tras cada una de las frases de Ulbricht. Al parecer, nada podía detener las manos de Wismach, ni tampoco su voz, que gritaba en el silencio de la nave:

«Aunque sea el único que se atreva a decirlo: ¡Elecciones libres!», exclamó.

Ulbricht levantó la mirada hacia el obrero y contraatacó: «¡Alto ahí!», respondió bruscamente. «¡Vamos a aclarar este asunto ahora mismo!»

«¡Adelante, y ya veremos quién está en lo cierto!», replicó Wismach al líder al que millones temían.

Ulbricht le dirigió una mirada fulminante y, volviéndose hacia todos los que había sentados y de pie en la nave, a su alrededor, exclamó: «¿Elecciones libres? ¿Qué es lo que quiere elegir libremente?... ¡Eso es lo que le pregunta el pueblo!»

A esas alturas, Wismach hablaba ya con la valentía del hombre que es consciente de que ha llegado demasiado lejos para dar media vuelta: «¡Qué sabrá usted de lo que piensa realmente el pueblo!», chilló, al ver que la mayoría de sus colegas tenían las manos heladas en los costados; nadie salió a apoyarlo.

Ulbricht agitó las manos y respondió a gritos que habían sido las elecciones libres de los años veinte y treinta en Alemania lo que había aupado a Hitler al poder y había empujado al país a la Segunda Guerra Mundial. «Y ahora les pregunto: ¿desean volver a recorrer ese mismo camino?»

«Nein, nein», respondió a coro la minoría de leales al partido que había en la multitud. Con cada nueva refutación de Ulbricht y su exigencia de que los presentes lo apoyaran, el grupito fue envalentonándose y celebrando al líder comunista.

Los demás trabajadores que podrían haberse puesto de lado de Wismach (probablemente la mayoría) permanecieron en silencio, conscientes de que si actuaban de otra forma se exponían al castigo que sin duda iba a recibir su colega.

«¡El cacareador solitario se cree muy valiente!», gritó Ulbricht. «¡Que

tenga la valentía de luchar contra el militarismo alemán!»

El grupito volvió a ovacionar fielmente a su líder.

«¡Quien defiende las elecciones libres defiende a los generales de Hitler!», añadió Ulbricht, rojo de furia.

La multitud aplaudió por última vez y Ulbricht abandonó la nave echando pestes.

Al día siguiente, los responsables de la disciplina del partido interrogaron a Wismach, al que, entre otras cosas, acusaron de formar parte de las organizaciones occidentales de tráfico de carne y espionaje. Wismach se vio obligado a escribir una declaración retractándose de su arrebató y tuvo que aceptar un recorte de paga y una degradación de rango que tan sólo podría revertir trabajando duro y mostrando «conciencia política».

Wismach abandonó Berlín Este como refugiado unos días más tarde con su mujer y su hijo. Sería una de las últimas personas que cruzara tan fácilmente la frontera.

El muro: Armando la trampa

La RDA tenía que competir con un enemigo que era económicamente muy poderoso y, por lo tanto, muy atractivo para los ciudadanos de la RDA... La huida de trabajadores estaba creando una situación simplemente desastrosa en la RDA, que sufría ya de falta de mano de obra, por no hablar de trabajadores especializados. Si las cosas hubieran seguido por ese camino durante mucho más tiempo, no sé qué habría pasado.

El primer ministro JRUSHCHOV, explicando en sus memorias su decisión de aprobar el cierre de la frontera de Berlín

Nos adentramos en un período que demostrará si lo sabemos todo y si estamos firmemente afianzados. Ahora debemos demostrar que comprendemos la política del partido y que somos capaces de ejecutar sus órdenes.

ERICH MIELKE, jefe de la policía secreta de la Alemania del Este, al proporcionar las instrucciones finales para el cierre fronterizo, el 12 de agosto de 1961

CUARTEL GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA, BERLÍN ESTE

MIÉRCOLES, 9 DE AGOSTO DE 1961

Como un veterano director teatral preparándose para la obra de su vida, Walter Ulbricht ensayó todas las escenas con sus lugartenientes durante las últimas horas cruciales antes de que se abriera el telón el 13 de agosto. La obra, bautizada con el nombre clave de «Operación Rosa», estaría tan sólo

una noche en cartel. Ulbricht debía ofrecer una interpretación perfecta a la primera, pues no iba a disponer de una segunda oportunidad.

No había ningún detalle demasiado pequeño para la atención de Ulbricht, ni tampoco para la del hombre que éste había puesto a cargo de la dirección del espectáculo, Erich Honecker, el jefe de seguridad del Comité Central. A sus cuarenta y ocho años, Honecker poseía dos cualidades que lo convertían en el hombre perfecto para el trabajo: una lealtad sin fisuras y una capacidad de organización sin parangón.

Con su pelo canoso repeinado hacia atrás y su sonrisa a lo *Mona Lisa*, Honecker había cambiado mucho desde que fuera el joven y apuesto agitador comunista que había pasado la década de 1930 en las cárceles de Hitler. Honecker sabía que aquella operación podía catapultarlo por delante de sus rivales y convertirlo en el principal candidato a la sucesión de Ulbricht. Y de paso podía salvar el socialismo alemán. El fracaso podía costarle tanto la carrera como la ruina de su país.

La lista de control final de Honecker era tan larga como exhaustiva.

En primer lugar debía asegurarse de que sus hombres habían comprado la cantidad suficiente de alambre de púas para rodear los 155 kilómetros de circunferencia de Berlín Oeste. Para evitar sospechas, el equipo de Honecker había distribuido los pedidos entre una serie de compradores de la Alemania del Este que, a su vez, habían negociado con diferentes empresas de Gran Bretaña y de Alemania Federal.

De momento, ninguna de esas empresas occidentales había dado la señal de alarma; Honecker no tenía constancia de que las agencias de espionaje occidentales sospecharan lo que se estaba preparando. Un pedido era un pedido. Honecker recordó la predicción de Lenin: «Los capitalistas nos venderán la cuerda con la que los ahorcaremos». En este caso, los capitalistas estaban aplicando grandes descuentos al alambre de púas con que los comunistas encerrarían a su propia gente. Para evitar reacciones diplomáticas adversas, los hombres de Honecker habían arrancado y quemado cientos de etiquetas de empresas británicas y de la Alemania Federal del alambre de púas.

Los equipos de la Alemania del Este y los asesores soviéticos habían

estudiado cada metro de los 44 kilómetros de frontera interior que dividían Berlín Oeste y Berlín Este, y también de los ciento once que separaban Berlín Oeste de los campos de la Alemania del Este, y habían analizado con detalle las peculiaridades de cada tramo.

El 24 de julio, el segundo de Honecker, Bruno Wansierski, un tecnócrata del partido y carpintero cualificado de cincuenta y seis años, envió a su jefe una actualización del enorme proyecto de construcción que él debía supervisar. Para ocultar su propósito, el informe de Wansierski llevaba el insustancial título de «Análisis general del alcance de las operaciones de ingeniería del círculo exterior oeste de Berlín.» Quienes leyeron el documento más tarde compararon su precisión con los proyectos nazis de construcción y operación de los campos de concentración. Aunque el proyecto de Ulbricht tenía un objetivo menos criminal, su ejecución se aplicó con un rigor igual de cínico.

Sólo tres semanas antes de la fecha marcada, Wansierski (director del Departamento de Cuestiones de Seguridad del Comité Central del Partido Socialista Unificado) se había quejado de que aún le faltaban dos tercios de los suministros. Tras realizar inventario de «todos los materiales disponibles», había informado de que aún faltaban unos 2.100 pilares de hormigón, 1.100 kilos de grapas metálicas, 95 brazas de madera, 1.700 kilos de bielas y 31,9 toneladas de tela metálica. Lo más problemático, sin embargo, era que le faltaban 303 toneladas de alambre de púas, la materia prima más fundamental para el proyecto.

La actividad febril había suplido la falta de medios en las dos semanas transcurridas desde la recepción del informe de Wansierski. El 9 de agosto, Ulbricht constató con satisfacción que todo estaba ya preparado. Decenas de camiones habían transportado cientos de postes de hormigón de Eisenhüttenstadt, población industrial junto al río Oder, cerca de la frontera polaca, a los almacenes de los barracones policiales del barrio berlinés de Pankow y otras ubicaciones.

Varios cientos de miembros de la policía de la Alemania del Este trabajaron en secreto en el recinto de la Dirección de la Seguridad Estatal de Hohenschönhausen, en las afueras de Berlín. Muchos construían caballos de

frisa de madera (conocidos en alemán como «*spanischer Reiter*», jinetes españoles), que constituirían las primeras barreras físicas en las calles. Para ello, y equipados con los miles de pares de guantes de protección comprados especialmente para la ocasión, clavaron los clavos y los ganchos a los que otros ensamblarían el alambre de púas.

Ulbricht también especificó con precisión qué unidades del ejército y de la policía debían desplegarse. Empezando a la 1.30, su tarea consistiría en formar un cordón humano alrededor de Berlín Oeste que debía encargarse de detener cualquier intento espontáneo de fuga y otros actos de resistencia hasta que las brigadas de construcción pudieran levantar las primeras barreras físicas. Para ello, Ulbricht recurriría tan sólo a sus cuerpos de confianza: la policía de fronteras, la policía en la reserva, los cadetes de la escuela de policía y las tropas de primera, conocidas como las milicias de combate fabril, pues se organizaban alrededor de las fábricas.

Los planes concretos para cada sección de frontera definían el operativo con todo detalle. Así, por ejemplo, el comandante de la Policía Fronteriza Erich Peter tenía previsto desplegar 97 agentes en el paso más importante de la ciudad, en la parte de Friedrichstrasse correspondiente a Berlín Este. Con ello se lograría la densidad exigida para aquel punto: un hombre por metro cuadrado. Su plan preveía también el despliegue de 39 agentes más, que se encargarían de construir la barrera inicial de alambre de púas, postes de hormigón y caballos de frisa.

Los soldados regulares del ejército formarían una segunda línea defensiva que, en caso de emergencia, avanzaría para cubrir cualquier brecha en la primera línea. El Ejército Soviético, con su poder infalible, formaría un tercer cordón que pasaría a la acción tan sólo si las fuerzas aliadas intervenían para desbaratar la operación, o si las unidades de la Alemania del Este cedían.

Los lugartenientes de Ulbricht planearon con la misma meticulosidad la ubicación de las municiones, distribuidas en cantidades suficientes para la tarea pero de tal forma que no pudieran producirse tiroteos indiscriminados. En los puntos fronterizos más comprometidos, las unidades policiales recibirían un cargador con cinco balas de fogeo que introducirían de antemano en sus carabinas. Las instrucciones dejaban bien claro que debían

disparar las balas de fogeo como advertencia si los berlineses, ya fueran del Este o del Oeste, se aproximaban con actitud hostil. Si las balas de fogeo no lograban su objetivo, cada policía dispondría de tres cargadores con fuego real que tan sólo podrían cargar y disparar con la aprobación de los oficiales al mando.

En la segunda línea de defensa, los soldados del Ejército Popular Nacional irían armados con metralletas y una cantidad limitada de balas reales. Para evitar accidentes, los soldados no precargarían sus armas, sino que guardarían la munición dentro de la cartuchera que llevaban atada al cinto. Como medida preventiva, Ulbricht había decidido que las unidades de confianza fueran armadas desde buen principio: la Primera División de Rifles Motorizada, algunas milicias fabriles y dos *Wachregimenten* de élite (unidades de guardia especializadas en seguridad interna), una del ejército y la otra vinculada a la Stasi (Staatssicherheit), el Ministerio de Seguridad Estatal.

Desde el momento en que la policía y las unidades militares recibieran las primeras órdenes, a la una de la madrugada, todas las luces de Berlín Este se apagarían y, bajo la luz de la luna, dispondrían de treinta minutos para cerrar la frontera con su cadena humana. A continuación, tendrían 180 minutos más para alzar las barreras alrededor de la ciudad, incluyendo el cierre total de 68 de los 81 pasos fronterizos con Berlín Oeste. Eso dejaría tan sólo trece pasos fronterizos abiertos, que a la mañana siguiente la policía de la Alemania del Este podría controlar sin problemas.

Exactamente a la 1.30 de la madrugada, las autoridades de la Alemania del Este ordenarían el cese de todo el transporte público e impedirían que todos los trenes procedentes de Berlín Oeste descargaran pasajeros en Friedrichstrasse, la principal estación de tráfico entre Este y Oeste. En cruces clave que nunca iban a ser reabiertos, operarios equipados con herramientas especiales partirían las vías de los trenes. Otras unidades desenrollarían y colocarían el alambre de púas, mientras que ochocientos miembros extra de la policía de transportes, además del personal habitual, patrullarían por las estaciones para evitar disturbios.

Si todo iba bien, la operación finalizaría a las seis de la madrugada.

Ulbricht dio los últimos retoques a la declaración oficial que durante las

primeras horas del 13 de agosto divulgaría por todos los rincones de la Alemania del Este y por todo el mundo. Su gobierno culparía de la acción a los «planes sistemáticos» del gobierno de la Alemania Federal «para provocar una guerra civil», ejecutados por «fuerzas militaristas y revanchistas». La declaración afirmarí que «el único objetivo» del cierre de fronteras era proteger a los ciudadanos de la Alemania del Este de aquellas fuerzas nefandas.

Desde aquel momento, los habitantes de la Alemania del Este sólo podrían acceder a Berlín Oeste con un permiso especial expedido por el Ministerio del Interior. Al cabo de diez días, los habitantes de Berlín Oeste podrían volver a acceder a Berlín Este.

Ulbricht no había dejado ni uno solo detalle al azar. Quienes mejor lo conocían aseguraron que muy pocas veces lo habían visto tan tranquilo y satisfecho.

EMBAJADA SOVIÉTICA, BERLÍN ESTE

TARDE DEL MIÉRCOLES 9 DE AGOSTO DE 1961

Sin revelar ninguna emoción, Ulbricht informó al embajador soviético Pervujin de los preparativos finales. Ulbricht, o el «Camarada Célula», apodo que había recibido en su juventud por sus dotes de organización, estaba en su elemento. Hablaba sin notas, pues había confiado todos los detalles a su memoria legendaria. A pesar de los numerosos movimientos que había precisado la operación, aún no había percibido ninguna reacción por parte de los servicios de espionaje occidental que indicara que pudieran sospechar lo que estaba a punto de suceder o que planearan contramedidas. Pervujin informaría a Jrushchov de que la operación podía seguir adelante según el calendario previsto.

Jrushchov recibió la noticia con resignación y determinación. El éxodo de la Alemania del Este había alcanzado unas dimensiones monstruosas, con 10.000 refugiados semanales y más de 2.000 en algunos días concretos. Más tarde, el líder soviético recordaría lo mucho que le costó dar el visto bueno

final. «La RDA tenía que competir con un enemigo que era económicamente muy poderoso y, por lo tanto, muy atractivo para los ciudadanos de la RDA. La Alemania Federal era aún más atractiva para los alemanes del Este porque hablaban el mismo idioma. [...] La huida de trabajadores estaba creando una situación simplemente desastrosa en la RDA, que ya sufría de falta de mano de obra, por no hablar de trabajadores especializados. Si las cosas hubieran seguido por ese camino durante mucho más tiempo, no sé qué habría pasado.»

Jrushchov se había visto obligado a elegir entre una acción que dejaba al comunismo en muy mal lugar y una negativa a actuar que podría haber provocado el desmoronamiento de su flanco oeste. «Invertí muchas horas intentando encontrar otra solución. ¿Cómo podíamos introducir incentivos en la RDA que nos permitieran contrarrestar el éxodo de jóvenes de la Alemania del Este a la Alemania Federal? ¿Cómo podíamos crear las condiciones en la RDA que permitieran al estado regular aquel desgaste constante de su fuerza productiva?»

Jrushchov era consciente de que los críticos, «especialmente en las sociedades burguesas», dirían que los soviéticos habían encerrado a los ciudadanos de la Alemania del Este contra su voluntad. La gente decía que «las puertas del paraíso socialista están vigiladas por patrullas armadas». Pero Jrushchov concluyó que el cierre de fronteras era «un defecto necesario y temporal». En cualquier caso, el líder soviético estaba convencido de que nada de todo aquello habría sido necesario si Ulbricht hubiera sabido explotar de forma más eficiente «el potencial moral y material que algún día lograría la dictadura del proletariado».

Pero aquello era una utopía y Jrushchov debía enfrentarse al mundo real.

Sabía que la Alemania del Este, junto con la Unión Soviética y otros satélites del Este de Europa, aún no habían «alcanzado el nivel de desarrollo moral y material que le permitiría competir con Occidente». Debía ser honesto consigo mismo: era imposible mejorar la economía de la Alemania del Este de forma lo bastante rápida como para detener el flujo de refugiados e impedir el derrumbe de la Alemania del Este ante la aplastante superioridad material de la Alemania Federal.

La única opción era la contención.

BERLÍN ESTE

VIERNES, 11 DE AGOSTO DE 1961

A menos de 36 horas del inicio de la operación, el mariscal Iván Konev, héroe de guerra ruso, se presentó a la que iba a ser su primera reunión con Ulbricht. Para garantizar la disciplina y el éxito, Jrushchov lo había puesto al mando de todas las fuerzas soviéticas estacionadas en Alemania, en sustitución del general Iván Yakubovsky, al que colocaría como su segundo. El gesto de Jrushchov estaba lleno de simbolismo. Uno de los grandes hombres de la historia soviética regresaba a Berlín para librar un nuevo combate.

A sus sesenta y tres años, Konev era un hombre alto, enérgico y de aspecto ciertamente llamativo, con la cabeza pulcramente rapada y unos ojos azulísimos en los que brillaba toda su experiencia. Durante la Segunda Guerra Mundial, y tras liberar la Europa del Este, sus tropas habían entrado en la capital alemana desde el sur y, junto a los soldados del mariscal Zhúkov, habían derrotado a los nazis en la sangrienta Batalla de Berlín, en mayo de 1945. Su heroico liderazgo le había valido seis Órdenes de Lenin. Además, había sido condecorado en dos ocasiones como «Héroe de la Unión Soviética» y había servido como comandante en jefe del Pacto de Varsovia.

En cuanto a la tarea que lo ocupaba en esta ocasión, Konev había dirigido ya la ofensiva del Ejército Soviético en Budapest de 1956, que se había saldado con la muerte de 2.500 húngaros y 700 soldados soviéticos. Unos 200.000 húngaros habían huido del país como refugiados. Teniendo en cuenta la relación entre Konev y los alemanes en el pasado, Jrushchov sabía que no iba a temblarle el pulso si debía tomar medidas sangrientas.

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, Konev había perseguido a una división alemana que se batía en retirada, y a la que había dado caza en el pequeño pueblo soviético de Shanderovka. Tras rodear la ciudad para impedir que los soldados alemanes, que se habían refugiado en el pueblo huyendo de una tormenta de nieve, pudieran escapar, había atacado a sus enemigos con bombas incendiarias. A continuación, sus tanques T-34 habían aplastado a las tropas alemanas que evacuaban la ciudad y que sus soldados no habían

logrado liquidar a punta de metralleta. La leyenda decía que su caballería de cosacos había masacrado a los últimos supervivientes con sus sables, cortándoles incluso los brazos que llevaban alzados en gesto de rendición. Sus hombres habían matado a unos 20.000 alemanes.

Jrushchov era consciente de los riesgos de enviar a un alto mando militar tan prominente a la Alemania del Este tan sólo unos días antes de ejecutar una operación secreta. La tarde anterior, y en otro gesto arriesgado, el general Yakubovsky había invitado a los oficiales militares de enlace que representaban a los tres aliados occidentales en Berlín a conocer a su sucesor, un cambio que no había sido anunciado previamente.

«Caballeros, mi nombre es Konev», les dijo el general con su voz de trueno. «Tal vez hayan oído hablar de mí.»

Konev se deleitó en la mirada de sorpresa que reflejaron los rostros de los aliados occidentales mientras los tres intérpretes traducían sus palabras a los tres idiomas correspondientes. «Hasta hoy, naturalmente, han tratado con el comandante en jefe del Grupo de Fuerzas Soviéticas en Alemania», dijo. «Pues muy bien, ahora el comandante en jefe soy yo, y a partir de este momento van a tratar conmigo.» A continuación pidió a los oficiales de enlace que informaran a sus comandantes del cambio y del hecho de que su amigo, el general Yakubovsky, iba a servir como su segundo.

Preguntó si alguno de los tres tenía alguna pregunta. Los oficiales estadounidense y británico, que inicialmente se habían quedado sin palabras, respondieron torpemente que transmitirían los saludos a sus comandantes. El oficial francés, sin embargo, dijo que no podría hacerlo, pues su comandante no tenía noticia ni de la presencia de Konev ni de su nombramiento.

«Si me permite hablarle de soldado a soldado», le dijo Konev, sonriendo, al oficial francés, «le diré algo que deseo que transmita a su superior. Como siempre les digo a mis oficiales, a un comandante nunca pueden cogerlo por sorpresa.»

Teniendo en cuenta lo que se avecinaba, tenía bastante gracia.

Konev no contaba con órdenes específicas sobre cómo actuar si las potencias occidentales respondían al cierre de fronteras de forma más agresiva de la prevista. Jrushchov confiaba en que su implacable comandante

sabría tomar la decisión correcta. Actuando como superior directo de Ulbricht, Konev le recordó al líder de la Alemania del Este que el éxito de la misión dependía de una serie de aspectos innegociables. Aunque se cerrase la frontera, dijo, las unidades de la Alemania del Este no debían impedir en modo alguno que los habitantes de Berlín Oeste ni los aliados occidentales accedieran o salieran de la Alemania Federal por aire, suelo o en tren.

En segundo lugar, dijo Konev, la operación debía ser tan rápida como el viento.

[Jrushchov había diseñado el plan](#) para que «el establecimiento de los controles fronterizos en la RDA no diera a Occidente derecho ni pretextos para resolver la disputa mediante una guerra». Para ello, Konev consideraba que la rapidez era un elemento fundamental no sólo para lograr un hecho consumado, sino también para garantizar la lealtad de las fuerzas de la Alemania del Este y para evitar que un hipotético comandante estadounidense con ganas de utilizar su rifle pudiera improvisar. Una ejecución rápida también tendría la virtud de convencer a Occidente de la imposibilidad de revertir la realidad impuesta por las tropas comunistas sobre el terreno.

VOLKSKAMMER, BERLÍN ESTE

10.00 DEL VIERNES 11 DE AGOSTO DE 1961

[A sus veintiséis años, Adam Kellett-Long](#), de la agencia Reuters, era el único corresponsal occidental destinado a Berlín Este y lo cierto era que no le iba nada mal. Una multitud de periodistas debía pelearse por cada novedad que acontecía en Berlín Oeste; él, en cambio, no sólo tenía todo el bloque comunista para él solo, sino que además había llegado a un acuerdo con el gobierno de la Alemania del Este en virtud del cual éste cubría los gastos de la agencia de noticias proporcionándole una oficina y una acreditación. Ulbricht se refería a Kellett-Long como «mi sombrita», en referencia a su frecuente presencia.

Aquella mañana, la oficina de prensa del gobierno de la Alemania del Este llamó al joven reportero y le dio instrucciones para que cubriera la sesión de

emergencia de la Volkskammer, el parlamento del país, situado en la Luisenstrasse, a las 10 de la mañana del viernes, 11 de agosto. Se trataba de una llamada muy poco corriente. El reportero británico solía evitar las triviales reuniones de la Volkskammer, ya que era poco probable que sus editores accedieran a publicar nada de lo que allí sucedía. Sin embargo, si los mandamases de la Alemania del Este tenían tantas ganas de que asistiera a aquella sesión, debía de haber algún motivo.

Aquel día, el consejo votó lo que Kellett-Long describió como una «enigmática resolución», en virtud de la cual sus miembros aprobaban las medidas que el gobierno de la RDA decidiera adoptar para revertir la situación de «revanchismo» en Berlín. Se trataba de un cheque en blanco para Ulbricht.

Tras la reunión, Kellett-Long acorraló a su fuente más fiable, Horst Sindermann, que dirigía las operaciones de propaganda del Partido Comunista.

Sindermann se mostró menos locuaz de lo habitual. Estudió al joven británico a través de sus gruesas gafas, se peinó los mechones de pelo con los que intentaba ocultar su calva y cuando habló lo hizo en tono mesurado, formal. «Si yo fuera usted y tuviera planes para marcharme de Berlín este fin de semana, no lo haría», dijo.

Con eso, Sindermann desapareció entre la muchedumbre.

Más tarde, Kellett-Long escribiría que, «en un país comunista, difícilmente podría haber recibido una indicación más clara de que, independientemente de lo que fuera a suceder, sucedería ese fin de semana».

El reportero británico leyó la prensa del día pero no encontró ninguna noticia reveladora. Sender Freies Berlin, la emisora de radio de Berlín Oeste, financiada por EEUU, informaba aquella mañana de la llegada al campo de refugiados de emergencia de Marienfelde de otro contingente récord de refugiados de la Alemania del Este. Kellett-Long había comentado en broma con su mujer que, según sus cálculos, la Alemania del Este quedaría desierta más o menos en 1980.

La radio oficial de Berlín Este, Deutschlandsender, no hizo ningún comentario sobre los refugiados del día, ni habló de nada que pudiera ayudar a Kellett-Long. De hecho, emitió un reportaje sobre el segundo ser humano en

orbitar alrededor de la Tierra, el cosmonauta soviético Gherman Titov, que había dado diecisiete vueltas al globo en veinticinco horas y dieciocho minutos antes de regresar a la Tierra. Se trataba de un logro «sin precedentes en la historia de la humanidad», dijo la emisora, que añadió que aquello demostraba la superioridad socialista, algo que el flujo de refugiados se empeñaba obstinadamente en desmentir.

En un intento por seguirle la pista a la información de Sindermann, el reportero británico se desplazó a Ostbahnhof, la principal estación de trenes de Berlín Este a la que llegaban todos los pasajeros procedentes de la RFA, desde donde solía realizar el seguimiento del flujo de refugiados. El número de viajeros era mayor al habitual, pero lo que más sorprendió a Kellett-Long fue la presencia de policías uniformados y de paisano.

La policía acosaba a la multitud con actitud agresiva e interrogaba a los viajeros de forma aparentemente aleatoria; algunos eran arrestados y otros quedaban en libertad. El periodista británico anotó en su cuaderno: «escalada en la operación policial». No obstante, Kellett-Long tenía la sensación de que las autoridades de la Alemania del Este estaban perdiendo la batalla y que intentaban contener la marea con las manos. Percibió la tensión en los ojos de los agentes.

[Kellett-Long regresó a su oficina](#) y escribió un artículo que llamó la atención de las salas de redacción de todo el mundo. «Este fin de semana soleado Berlín contiene el aliento», escribió, «a la espera de medidas drásticas para detener el flujo de refugiados de Berlín Oeste.» Basándose en el soplo de Sindermann, Kellett-Long informó de que las autoridades iban a responder de forma «inminente».

Se trataba de un mensaje potente y pesimista, el tipo de artículo presuntuoso que había llevado a Kellett-Long a granjearse la antipatía de sus superiores. Pero en esta ocasión el corresponsal confiaba en la información. Kellett-Long barajó las diversas posibilidades existentes y preparó una lista para sus lectores: las autoridades de la Alemania del Este podrían endurecer el control sobre los viajeros o imponer castigos más severos a quienes eran capturados mientras intentaban huir. Naturalmente, las autoridades de la RDA también podían cerrar por completo las rutas de acceso.

Pero Kellett-Long no quería imaginar esa posibilidad; sabía que en ese caso estaría escribiendo sobre una guerra en potencia.

CUARTEL GENERAL DE LA STASI, NORMANNENSTRASSE, BERLÍN ESTE
ÚLTIMAS HORAS DE LA TARDE DEL VIERNES 11 DE AGOSTO DE 1961

Durante la primera reunión con sus lugartenientes antes del intenso fin de semana que los esperaba, el jefe de la Stasi Erich Mielke bautizó aquel momento histórico con su nombre en clave. «La presente operación será conocida como “Rosa”», dijo. No explicó el motivo de un nombre que sugería tal vez que detrás de las decenas de miles de púas de los alambres había un plan de gran belleza organizativa.

Mielke rezumaba confianza en sí mismo. A pesar de su escaso metro sesenta y cinco, más o menos la misma estatura que Ulbricht y Honecker, Mielke era un hombre más robusto, atlético y apuesto que los otros dos líderes comunistas. Estaba permanentemente ojeroso y llevaba siempre una barba de ocho horas.

En 1931, y con sólo veinticuatro años, Mielke había empezado su canallesca carrera comunista con el asesinato de dos agentes de policía berlineses que habían acudido a un mitin político delante de los cines Babylon, en la Bülowplatz. Tras el asesinato, y rodeado de camaradas en un bar de la zona, Mielke exclamó: «¡Hoy celebramos algo que he urdido yo mismo!» («*Heute wird ein Ding gefeiert, das ich gedreht habe!*»). Sus camaradas de partido lograron sacar a Mielke a escondidas de Alemania, donde fue condenado *in absentia*. A continuación llegó a Moscú, ciudad en la que recibió su preparación como agente de inteligencia política soviético.

Mielke dirigía la seguridad estatal de la Alemania Federal desde 1957, pero las horas que se avecinaban iban a suponer la prueba definitiva para su complejo equipo de más de 85.000 espías internos y 170.000 informadores. La mayor parte de sus agentes más antiguos, reunidos en la cantina del cuartel general de la policía secreta, no habían tenido noticia de la operación hasta aquel momento.

«Hoy empieza un nuevo capítulo de nuestra obra chequista», dijo, en una de sus frecuentes referencias a la Checa, el brazo de seguridad estatal original de la revolución bolchevique. «Este nuevo capítulo exige la movilización de todos y cada uno de los miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Nos adentramos en un período que demostrará si lo sabemos todo y si estamos firmemente afianzados. Ahora debemos demostrar que comprendemos la política del partido y que somos capaces de ejecutar sus órdenes.»

Mielke se mantenía en forma, bebía poco y no fumaba, pero tenía tres vicios: su pasión por las marchas prusianas, la caza en los bosques privados reservados a los altos cargos del Partido Comunista y los triunfos del equipo de fútbol de las fuerzas de seguridad, la Sportsvereinigung Dynamo, que ganaba regularmente la liga gracias a su manipulación de partidos y jugadores. Sin embargo, ninguno de aquellos partidos se podía comparar al que se disponía a amañar ahora.

Les dijo a sus agentes que lo que estaban a punto de hacer demostraría «la fuerza de nuestra república. [...] He aquí lo que deben tener siempre presente: mantener una actitud vigilante en todo momento, mostrar una eficiencia extrema y eliminar todos los elementos negativos. No podemos permitir que ningún enemigo pase a la acción, ni tolerar ninguna aglomeración de enemigos».

A continuación repartió las instrucciones para el fin de semana. Éstas iban desde controlar fábricas concretas hasta evaluar con precisión a las «fuerzas enemigas» distrito a distrito. Mielke quería policía secreta dentro de las fuerzas armadas para garantizar la disposición al combate y la lealtad absoluta mediante un contacto lo más próximo posible con los oficiales. «Quienquiera que responda con actos hostiles será arrestado», dijo. «Debemos eliminar a los enemigos por completo. Nuestro objetivo es evitar cualquier fenómeno negativo. Debemos arrestar a las fuerzas enemigas de forma inmediata y discreta [...] si pasan a la acción.»

Mielke había asumido el liderazgo después de que en junio de 1953 su mentor Wilhelm Zaisser fracasara en su intento por evitar la propagación de las protestas obreras. Las huelgas se habían extendido como una ola por todo el país y habían tenido que ser las tropas y los tanques soviéticos quienes

reinstauraran el orden.

Mielke debía impedir a toda costa que se produjeran problemas similares y, para ello, estaba decidido a anticiparlos y a sofocar la disidencia antes de que ésta pudiera tomar impulso.

BERLÍN ESTE Y OESTE

SÁBADO, 12 DE AGOSTO DE 1961

Para la mayoría de berlineses aquél era tan sólo otro fin de semana de verano.

El tiempo era agradable, con 24 grados y apenas las nubes necesarias para evitar que el sol resultara molesto. Tras las lluvias torrenciales de la semana anterior, los berlineses se reunieron en las terrazas de los cafés, los parques y las playas a orillas de los lagos.

En Kreuzberg, un barrio cercano a la frontera entre Berlín Este y Berlín Oeste, se había cerrado el tráfico, aunque el motivo era la celebración del *Kinderfest*, el festival infantil anual de la Zimmerstrasse. Banderas y serpentinas decoraban la estrecha calle, donde niños de todos los sectores de Berlín reían, jugaban y pedían a sus padres que les compraran helados y pastel. Desde las ventanas de los apartamentos que daban a la calle, los vecinos arrojaban caramelos.

La mayoría de soldados aliados se habían tomado el día libre para estar con sus familias. Algunos habían ido a navegar por Wannsee y más allá, por el ondulante río Havel. El general de división Albert Watson II, el comandante de las fuerzas estadounidenses en Berlín, estaba jugando al golf en el Blue-White Club, la pertenencia al cual formaba parte de los derechos de ocupación.

La empresa de autobuses turísticos Severin + Kühn tenía un día movido mostrando a los visitantes el epicentro de la guerra fría, con parada en el sector soviético. Los guías advertían a los pasajeros de que no fotografiaran determinados edificios públicos, pero los animaban a tomar tantas instantáneas como desearan del monumento soviético de Treptower Park, con su estatua de un gigantesco soldado del Ejército Rojo que acunaba un bebé alemán con un brazo al tiempo que aplastaba la esvástica con la bota.

La noticia del día en la prensa de Berlín Oeste se hacía eco de un nuevo récord en el número de refugiados. En el campo de refugiados de Marienfelde, una voz nasal iba anunciando por unos altavoces para quienes esperaban en fila el número de personas que iban llegando («765, 766, 767»), y que al final del día ascendería a más de 2.000.

Colaboradores de la iglesia, miembros de grupos cívicos y voluntarios, entre ellos muchas esposas de los miembros de las fuerzas aliadas, habían acudido para alimentar a los refugiados hambrientos y consolar a los bebés, que lloraban incansablemente. Las instalaciones del campo de Marienfelde se habían visto superadas, y los refugiados habían sido distribuidos por toda la ciudad para que pudieran pasar la noche en iglesias, escuelas, dormitorios militares y camas de hospital. Heinrich Albertz, el jefe del Estado Mayor del alcalde Brandt, llamó a George Muller, el segundo asesor político de la misión americana, para pedirle víveres, pues Marienfelde se había quedado sin comida. «Esto no puede seguir así», le dijo.

Muller le envió varios miles de raciones C (enlatadas) de la guarnición estadounidense. Tan sólo alcanzarían para unos días, pero Albertz no se encontraba en situación de protestar.

Berlín no había visto una estampida similar desde 1953. Los veinticinco bloques de apartamentos de tres pisos de Marienfelde estaban llenos a reventar, lo mismo que los veintinueve campamentos temporales establecidos para absorber la riada. Veintiún vuelos chárter diarios trasladaban a miles de los nuevos refugiados de Berlín Oeste a otras partes de la Alemania Federal, donde había trabajo abundante.

Pero aun así era imposible gestionar aquella marea humana. Los centros de procesamiento habían dejado ya de intentar distinguir a los refugiados auténticos de los falsos, entre ellos sin duda decenas de espías de la Alemania del Este que el jefe de espionaje extranjero de Ulbricht, Markus Wolf, enviaba a Occidente.

A medida que la oscuridad descendió sobre Berlín, los fuegos artificiales del festival infantil iluminaron el cielo. Las parejas que bailaban en la terraza del nuevo Berlin Hilton se detuvieron para admirar el espectáculo pirotécnico. Aquel fin de semana era imposible encontrar una butaca libre en los cines de

Berlín Oeste, donde más de la mitad de los espectadores eran berlineses del Este. Y no era de extrañar, teniendo en cuenta los éxitos que podían ver por un marco y veinticinco *pfennig* en moneda del Este o del Oeste: *The Misfits*, con Clark Gable y Marilyn Monroe, en el Atelier am Zoo; *Ben-Hur*, con Charlton Heston, o *El viejo y el mar*, con Spencer Tracy, en el Delphi Filmpalast. También podían ver *Por quién doblan las campanas*, con Gary Cooper e Ingrid Bergman, en el Studio de Kurfürstendamm, o *El tercer hombre*, con Orson Welles, en el Ufa Pavillion.

En otro escenario, el nuevo musical de Leonard Bernstein, *West Side Story*, había cautivado a Berlín Oeste. Aunque Berlín Este también tenía sus atractivos teatrales. Cientos de habitantes de Berlín Oeste cruzaban la frontera cada tarde para ver la última obra de Bertolt Brecht en el famoso Berliner Ensemble, o una pieza de cabaret político en el Distel. Otros iban a la parte Este tan sólo en busca de bebida barata en lugares como el Rialto Bar, en el barrio de Pankow, que no tenía hora de cierre.

Las tropas soviéticas pasaban las noches confinadas en sus barracones debido a la política de no-confraternización. En cambio, los soldados británicos, franceses y estadounidenses no se perdían una y aprovechaban el atractivo que despertaban en las chicas alemanas, más aún teniendo en cuenta que disponían de mucho menos dinero de bolsillo que los alemanes para entretenerlas. El Primer Regimiento Galés se había reunido en una sala de baile del sector británico. Los franceses tenían una discoteca en la Maison du Soldat. Los soldados estadounidenses salían por sus clubs y sus bares favoritos. Como de costumbre, la de aquel sábado iba a ser una noche larga y líquida.

NÚREMBERG, ALEMANIA FEDERAL

NOCHE DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

El alcalde de Berlín, Willy Brandt, dio inicio a la fase final de su campaña nacional a la cancillería en la ciudad bávara de Núremberg, un centenar de kilómetros al norte de Múnich. Ante 60.000 votantes reunidos en la plaza

adoquinada de la ciudad, atacó a su contrincante, Adenauer, por negarse a enfrentarse a él en un debate público, al estilo del que había enfrentado a Nixon y Kennedy.

Con voz ronca y emocionada, el alcalde, de cuarenta y siete años, lanzó a los asistentes una pregunta retórica: ¿por qué llegaban cada día tantos refugiados a Berlín Oeste? «La respuesta», dijo, «es porque la Unión Soviética se prepara para asestar un golpe contra nuestra gente, un golpe de una gravedad que muy pocos imaginan.» Brandt dijo que los habitantes de la Alemania del Este temían que «el telón de acero se cierre con hormigón» y que ellos quedaran «encerrados en una gigantesca prisión. Los atormenta la angustia de terminar olvidados o sacrificados en el altar de la indiferencia y las oportunidades perdidas».

Tan profético como poético, Brandt lanzó otro cañonazo de advertencia a su contrincante, Adenauer. «Hoy nos encontramos ante la crisis más grave de nuestra historia de posguerra, pero el canciller prefiere quitarle importancia al asunto...»

Brandt invitó a los alemanes de ambos lados de la línea divisoria a participar en un plebiscito sobre su futuro, confiado en que elegirían una opción democrática y occidental. Si los habitantes de la Alemania del Este no podían incluirse en dicho referéndum, los alemanes y los berlineses del Oeste iban a tener que votar solos, dijo. «También nosotros aspiramos a la autodeterminación», dijo en referencia a la derrota alemana en la guerra, «no porque seamos mejores que otros, pero sí porque no somos peores que otros pueblos.»

La multitud aplaudió a rabiar hasta mucho después de que un agotado Brandt se retirara al tren de dos vagones en el que se desplazaba de un acto de campaña a otro. Durante la noche éste lo llevaría hasta Kiel, en la costa del mar Báltico.

Mientras Brandt estaba en Núremberg, Adenauer hacía campaña más cerca de su casa de Bonn, en Lübeck. En su discurso, menos centrado y más lleno de digresiones, pidió a los alemanes del Este que abandonaran su estampida hacia Occidente y permanecieran en sus casas, ayudando a preparar la Alemania del Este para la reunificación.

«Es nuestra obligación», dijo, empleando el emotivo término alemán *Pflicht*, «decirles a nuestros hermanos y hermanas alemanes del otro lado de la frontera: “Que no cunda el pánico”.» Juntos, aseguró, los alemanes superarían un día su difícil separación y volverían a ser un solo pueblo.

GROSSER DÖLLNSEE, ALEMANIA DEL ESTE

17.00 DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

Walter Ulbricht apareció extrañamente relajado ante sus invitados a la fiesta que se celebraba en el Grosser Döllnsee, unos cuarenta kilómetros a las afueras de Berlín. La residencia para los invitados del gobierno, conocida como «La casa entre los abedules», había sido en su día el coto privado de caza del comandante de la Luftwaffe Hermann Göring, algo que los invitados de Ulbricht sabían pero preferían no mencionar.

La fiesta de Ulbricht obedecía a un objetivo doble. En primer lugar, poner en cuarentena, en un entorno que podía sellar herméticamente, a los funcionarios de su gobierno que más tarde iban a aprobar su operación. Y en segundo lugar, llevar a cabo una maniobra de distracción. Cualquier organismo de espionaje occidental que siguiera sus movimientos informaría de que el líder de la Alemania del Este estaba ofreciendo una recepción privada en su casa de campo.

Sus invitados también se preguntaban por qué los habrían reunido. Algunos se habían percatado de la presencia de un número anormalmente elevado de soldados y vehículos militares en los bosques que rodeaban la residencia, pero ninguno de ellos gozaba de una posición lo bastante alta dentro de la jerarquía de Ulbricht para formular demasiadas preguntas.

El sol de agosto caía a plomo, mientras los invitados buscaban cobijo bajo la sombra de los abedules, junto al sereno lago. Para quienes preferían quedarse dentro de la casa, Ulbricht había elegido una película, una popular comedia soviética con el título alemán de *Rette sich wer kann!* (o *Sálvese quien pueda*), sobre el caos en un buque de carga ruso que transportaba leones y tigres.

Sólo unos pocos invitados sabían que, a las cuatro de la tarde, Ulbricht había firmado la orden definitiva que daba a Honecker luz verde para poner en marcha la Operación Rosa. Junto al líder comunista había también varios hombres que aquella noche iban a desempeñar un papel clave dentro de la cadena de mando: los miembros del Politburó, Willi Stoph y Paul Verner, que dirigía el gobierno; el ministro de Defensa, Heinz Hoffmann; el ministro de Seguridad Estatal, Erich Mielke; el ministro del Interior, Karl Maron; el ministro de Transportes, Erwin Kramer; el viceministro del Interior, Fritz Eikemeier, y el presidente de la Policía Popular, Horst Ende.

Ante todos ellos, Honecker había proporcionado a sus funcionarios de mayor rango las instrucciones para aquella noche y ninguno de ellos había formulado preguntas ni presentado objeciones. A continuación había entregado a cada uno sus órdenes detalladas por escrito, firmadas de su puño y letra con las mismas palabras que se incluían en todas las órdenes que iba a entregar aquella noche: «Saludos socialistas, E. Honecker».

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

MEDIODÍA DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961 (18.00 EN BERLÍN)

Aparentemente ajeno a lo que sucedía en Berlín, el presidente Kennedy intentaba combatir los 33 grados de calor de Cabo Cod a bordo de un barco. Había pasado toda la mañana leyendo informes de seguimiento de las conversaciones del viernes con el secretario de estado Rusk y el secretario de defensa McNamara sobre cómo preparar una posible crisis en Berlín.

Los comunicados diplomáticos del día no contenían ninguna información preocupante.

Jrushchov había pronunciado un discurso en el Encuentro de Amistad Soviético-Rumana el día anterior, y el embajador estadounidense en Moscú expresaba su preocupación ante las amenazas del líder soviético de «destruir completamente» a los miembros de la OTAN Grecia, Italia y Alemania Federal si estallaba una guerra. Al mismo tiempo, Jrushchov se había referido de forma más enfática que nunca a la determinación soviética de garantizar el

acceso a Berlín Oeste y la no-ingerencia en los asuntos internos de la ciudad.

Ambos podían interpretarse como mensajes dirigidos a Kennedy: un palo y una zanahoria.

El secretario de estado Rusk había enviado un severo telegrama al embajador estadounidense en Alemania, Dowling, que empezaba diciendo: «La situación en la Alemania del Este nos genera una preocupación creciente». Más tarde advertía que «en estos momentos un estallido como el de 1953 sería de lo más inoportuno».

Rusk temía que si había una rebelión en aquellos momentos en respuesta al peligro de un «cierre de la válvula de escape», ésta se produciría «antes de que se hayan podido hacer efectivas las medidas militares y políticas en curso para atajar el problema de Berlín». Y añadió: «Eso sería particularmente desafortunado si el estallido en la Alemania del Este se basara en la expectativa de recibir asistencia militar occidental inmediata».

Por todo ello, le pidió a Dowling información acerca de la opinión del gobierno de la Alemania Federal sobre «el grado de probabilidad de una explosión temprana», además de «qué acciones contempla para prevenirla, y qué acciones estadounidenses y de los demás aliados consideraría útiles». Finalmente, le pedía a Dowling que se acordara de transmitirles a los dirigentes de la Alemania Federal «que desde el punto de vista político, los aliados deben abstenerse de cualquier acción que pueda contribuir a agravar la situación».

Pero a pesar del claro malestar por los problemas que se intuían, al mediodía Kennedy dejó sus papeles a un lado y, con el sol asomando por entre el cielo nublado, puso rumbo hacia el estrecho de Nantucket con su mujer, su hija Caroline, de tres años, y Lem Billings, viejo amigo y publicista de Nueva York. El presidente echó el ancla en Cotuit Harbor, después de que las embarcaciones de la policía y de los guardacostas hubieran despejado una zona de baño para la familia presidencial. Jackie guardó su parasol rosa y se zambulló en el agua enfundada en un traje de baño azul y blanco.

Las últimas noticias sobre las actividades de Jrushchov no incluían ninguna información de interés. El líder soviético se había marchado a pasar el fin de semana en Crimea, donde se preparaba para el Congreso del Partido

de octubre, y decían los rumores que tenía planeado permanecer allí hasta la última semana de septiembre. El entusiasmo de la prensa se concentraba en la extraordinaria temporada de los New York Yankees: Mickey Mantle había conseguido ya 44 *home runs* y Roger Maris 42.

Después de cuatro horas y media navegando, los Kennedy regresaron a su muelle privado, donde nadaron con Caroline, que llevaba un chaleco salvavidas naranja. El *Los Angeles Times* diría más tarde que «aunque el presidente no nadó de forma vigorosa... no mostró rastro de sus recientes dolores de espalda cuando subió ágilmente a la popa del *Marlin*».

Mientras los soldados de la Alemania del Este cargaban en secreto camiones con trampas antitanque, pilares y caballos de frisa, Kennedy condujo su cochecito de golf blanco hasta el pueblo de Nantucket, donde compró helado para Caroline y cuatro de los primos de la niña. Con su blusa azul y sus shorts rojos, Jackie parecía recién salida de una revista de modas.

BERLÍN ESTE

19.00 DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

El corresponsal de la agencia Reuters, Kellett-Long, había creado tanto revuelo con su artículo del viernes, en el que había predicho un acontecimiento inmediato en Berlín, que su editor jefe David Campbell se había desplazado en avión a la ciudad ese mismo sábado para seguir la noticia en persona.

A primera hora de la tarde, los dos hombres aún buscaban algún hecho que confirmara la aparente primicia de Kellett-Long. «Nos has metido en un buen lío», le dijo Campbell a su joven reportero. «Más te vale que pase algo.»

Kellett-Long volvió a leer su artículo y se preguntó si debería haber utilizado un lenguaje menos hiperbólico. Él y Campbell dieron vueltas en coche por todo Berlín Este, buscando pistas de la crisis que el artículo predecía. Pero lo único que Kellett-Long vio fue un día radiante, piscinas llenas de bañistas y cafés abarrotados de clientes.

A lo mejor sucedería más tarde, le dijo el reportero a su jefe.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO POPULAR, STRAUSBERG, ALEMANIA DEL ESTE

20.00 DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

El general Heinz Hoffmann, que era al mismo tiempo ministro de defensa de la Alemania del Este y comandante del ejército, se presentó orgulloso ante sus hombres. A sus cincuenta años, parecía un personaje salido directamente de una película sobre la Segunda Guerra Mundial, más tieso que un palo, con su planchadísimo uniforme decorado con ocho hileras de medallas, y su ondulado pelo rubio, canoso y repeinado hacia atrás. Sus pómulos altos y angulosos le daban un aspecto casi inapropiadamente apuesto.

Como la mayoría de los líderes de la Alemania del Este, Hoffmann había sido un joven comunista bravucón en la Alemania de preguerra. Condenado por agresión durante más de una manifestación antinazi, había pasado largas temporadas en la cárcel. En 1937 y en 1938, Hoffmann había caído gravemente herido luchando en la guerra civil española, donde había servido en una brigada internacional bajo el nombre de Heinz Roth. Tras dos años en un campo de internamiento, se había trasladado a la Unión Soviética, donde lo habían educado para su futuro trabajo. En 1949 se había encargado de organizar la creación de las fuerzas armadas de la Alemania del Este que ahora se disponía a desplegar contra su propia gente.

A su lado tenía al más imponente de sus oficiales, Ottomar Pech, un hombre con un pasado bastante distinto al suyo, que había combatido en las filas de la Wehrmacht del Tercer Reich antes de ser capturado por los rusos en el frente Este. Su trabajo consistía en entrenar a las unidades militares de élite y supervisar la coordinación entre la policía secreta y el ejército, que sería fundamental aquella noche.

Ante ellos, en el cuartel general del Ejército Popular de Strausberg, situado a unos treinta kilómetros de Berlín, estaban los comandantes y los agentes de policía fronteriza de alta graduación. Habían comido generosamente de un bufet frío cargado del tipo de comida de calidad a la que no todos los habitantes de Berlín Este tenían acceso: salchichas, mermelada,

ternera, caviar y salmón ahumado. Aunque había alcohol, la mayoría de hombres prefirieron tomar café, pues decían los rumores que aquella noche iban a participar en una misión secreta.

Tras visionar una película sobre el poder de las fuerzas de combate socialistas destinada a ensalzar la moral de la tropa, [Hoffmann dio el parte a sus hombres](#) sobre lo que sucedería. A las 20.00 en punto, Hoffmann entregó a sus oficiales las primeras órdenes selladas. El resto de oficiales de menor rango fueron informados sucesivamente, muchos de ellos por teléfono. Estaban preparados para movilizar a los miembros del ejército y la policía, miles de los cuales habían pasado el fin de semana encerrados en barracones y campos de entrenamiento por orden de sus superiores.

[A las 22.00 Honecker](#) estaba seguro de que su aparato había respondido con exactitud al plan establecido y estaba preparado para la movilización total. Durante toda la noche, recibiría informes de oficiales de mando, comités de distrito del partido y departamentos gubernamentales. Sus tentáculos llegaban a todas partes. Más tarde, Honecker reconocería que la operación que él mismo había iniciado «al amanecer de aquel domingo» había obligado al mundo a «aguzar el oído».

[La poca información](#) sobre el operativo que se había filtrado a Occidente no parecía estar generando ninguna respuesta. El jefe del Partido Democrático Libre de la Alemania Federal, Erich Mende, se había puesto en contacto con el ministro de Adenauer a cargo de las *innendeutsche Angelegenheiten*, los asuntos internos alemanes, después de que el jefe de los espías de la Alemania Federal, Ernst Lemmer, le dijera que sus hombres estaban recibiendo «indicaciones» que apuntaban a que Ulbricht planeaba introducir en algún momento *Sperrmassnahmen*, o medidas de bloqueo, en el centro de Berlín. La información era tan convincente que Mende había acudido al despacho de Lemmer para discutir sobre el alcance del peligro mientras inspeccionaban juntos un mapa de la ciudad.

«Sería imposible», concluyó Mende.

Sin embargo, a las doce en punto de la noche, Honecker llamó a los cuarteles generales del ejército y dio la orden para que lo imposible diera comienzo.

«¡Ya saben cuál es su misión!», dijo. «¡En marcha!»

Hoffmann puso sus unidades a trabajar de inmediato: unos 3.150 soldados de la 8.^a División Motorizada de Artillería empezaron a dirigirse hacia Berlín Este desde Schwerin, con cien tanques y 120 vehículos acorazados de transporte de tropas, que debían aparcar en un matadero del barrio de Friedrichsfelde, en Berlín Este. Hoffmann ordenó también la puesta en marcha de los 4.200 hombres de la 1.^a División Motorizada, acantonados en el cuartel de Potsdam, acompañados por 140 tanques y doscientos vehículos de transporte de tropas. Ellos serían los encargados de formar la segunda línea de defensa detrás de la línea del frente, intergrada por 10.000 miembros de la Volkspolizei de Berlín Este, la 1.^a Brigada de Policía de Asalto y las Tropas de Seguridad de Berlín.

En total, unos 8.200 policías y 3.700 miembros de las fuerzas policiales móviles (reforzados por 12.000 agentes de las milicias de combate fabril y 4.500 miembros de la Seguridad del Estado) entrarían en acción en cuestión de horas. Estos contarían con el apoyo de 40.000 soldados de la Alemania del Este dispersos por todo el país, preparados por si el cierre de fronteras provocaba una reacción similar a la rebelión de junio de 1953. Los soldados de Sajonia, considerados particularmente eficientes, reforzarían a los 10.000 soldados del Ejército Popular estacionados en Berlín.

Era una noche clara y fresca, unas condiciones perfectas para la misión prevista.

A lo mejor la Madre Naturaleza era comunista.

GROSSER DÖLLNSEE, ALEMANIA DEL ESTE

22.00 DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

Ulbricht echó un vistazo a su reloj. «Vamos a celebrar una pequeña reunión», les dijo a sus invitados.

Eran las diez en punto y, por lo tanto, había llegado la hora de reunir a los presentes en una sala y realizar el anuncio. Los invitados estaban cansados y hartos de comer, y tenían ganas de irse a sus casas; llevaban ya más de seis

horas con Honecker. Varios de ellos estaban borrachos, o cuanto menos achispados. Todos acudieron obedientemente a la reunión.

Entonces Ulbricht los informó de que el sector fronterizo entre Berlín Este y Berlín Oeste quedaría cerrado al cabo de tres horas. Mediante un edicto impreso, que los ministros presentes debían aprobar, iba a autorizar a las fuerzas de seguridad de la Alemania del Este a poner «bajo control la frontera aún abierta entre la Europa socialista y la Europa capitalista».

«*Alle einverstanden?*» ¿Estamos todos de acuerdo?, preguntó Ulbricht. La concurrencia silenciosa asintió.

Entonces informó a sus invitados de que, lo mismo que su personal doméstico, deberían permanecer en Döllnsee hasta que la operación estuviera bien avanzada para garantizar su seguridad. Aún quedaba comida y alcohol, añadió.

Nadie protestó. Tres días antes, Ulbricht le había dicho al embajador soviético Pervujin: «Comeremos juntos, les comunicaré la decisión de cerrar la frontera y estoy absolutamente convencido de que aprobarán la medida. Pero, por encima de todo, no permitiré que se marchen hasta que hayamos completado la operación».

«*Sicher ist sicher*», añadió: más vale prevenir.

OFICINA DE LA AGENCIA DE NOTICIAS REUTERS, BERLÍN ESTE
22.00 DEL SÁBADO 12 DE AGOSTO DE 1961

Kellett-Long estaba más preocupado por su carrera que por el destino de Berlín.

Eran más de las diez de la noche y no disponía de ninguna información adicional que confirmara su artículo del viernes, en el que había asegurado que Berlín se enfrentaba a un fin de semana decisivo. Regresó a Ostbahnhof en busca de algún tipo de actividad fuera de lo corriente y encontró al vendedor al que le compraba regularmente el *Neues Deutschland*, el periódico del Partido Comunista que publicaba todas las noticias importantes.

Escudriñó ansiosamente sus páginas y comprobó «desolado» que el

rotativo tan sólo contenía artículos anodinos que «no sugerían que fuera a suceder nada especial».

Los editores londinenses de Kellett-Long, ante la presión de sus suscriptores, le exigían que enviara un artículo confirmando o desmintiendo su anterior noticia. «No puedo limitarme a esconder la cabeza bajo la arena», pensó mientras empezaba a escribir.

«Contrariamente a lo previsto», tecléo.

«Contrariamente a lo previsto, ¿qué?», se preguntó.

«¿Cómo puedo ser tan amateur?», musitó para sí.

Arrugó el papel y lo tiró. Continuó fumando un cigarrillo tras otro, nerviosísimo.

RÖNTGENTAL, ALEMANIA DEL ESTE

MEDIANOCHE DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

[Tres aullidos de sirena largos y agudos](#) despertaron al sargento Rudi Thurow de su duermevela. Thurow encendió la luz y miró el reloj: pasaba un minuto de la medianoche. Probablemente debía tratarse de otro simulacro, se dijo, maldiciendo su suerte; últimamente había simulacros cada dos por tres. Y aun así, el líder del 4.º Pelotón, 1.ª Brigada, de la policía de fronteras de la Alemania del Este, un tipo delgado y rubio de veintitrés años, sabía que su trabajo consistía en tomárselos todos en serio.¹

Pero Thurow había advertido el incremento de la actividad militar que se había producido durante la tarde anterior y sospechaba que podía tratarse de algo más que un ejercicio. Durante toda la tarde, los tanques soviéticos T-34 y T-54 habían estado cruzando Röntgental, situado unos cuarenta kilómetros al norte de Berlín, y Thurow había visto varios trenes cargados con soldados de la Alemania del Este que se dirigían a Berlín Este.

Habían pasado seis años desde que Thurow se presentara voluntario a la guardia fronteriza, atraído por la posibilidad de cobrar un salario elevado y tener acceso privilegiado a bienes de consumo escasos. Desde entonces había logrado todo tipo de condecoraciones y se había distinguido como el mejor

francotirador de su brigada.

Thurow se vistió en un abrir y cerrar de ojos y fue corriendo al dormitorio contiguo, donde despertó a sus hombres, que se quejaron ostensiblemente mientras él les arrancaba las mantas. En cuanto los tuvo reunidos en la plaza de armas, el primer teniente Witz, el comandante de la compañía, les dijo a sus hombres y a varias decenas más que aquella noche, y obligados por el enemigo, iban a tomar medidas.

Durante demasiado tiempo, dijo Witz, el gobierno había tolerado la pérdida de su fuerza productiva a manos de Occidente. Pero había llegado el momento de poner a los traficantes de carne de Berlín Oeste, que vivían a costa de los ciudadanos de la RDA, en su sitio. A continuación se refirió a los 38 centros de espionaje y terrorismo de Berlín Oeste para los que la operación que se disponían a llevar a cabo aquella noche supondría un golpe mortal.

Witz, que afirmó haber sido informado hacía tan sólo una hora, abrió con cuidado un sobre grande, marcado con las palabras «Alto Secreto», y sacó su contenido. Thurow y los demás escucharon con impaciencia mientras Witz leía el documento durante cinco minutos antes de llegar al meollo del asunto.

Con el único objetivo de prevenir las actividades enemigas de las fuerzas vengativas y militaristas de la Alemania Federal y de Berlín Oeste, se introducirán controles en las fronteras de la República Federal Alemana, incluida la frontera del sector occidental de Berlín...

Berlín iba a quedar partida en dos y los hombres de Thurow ayudarían a trazar la línea divisora. Thurow oyó cómo otro sargento, un comunista leal, susurraba: «¿Y los aliados? ¿Van a quedarse de brazos cruzados?».

¿O acaso estaban en guerra?

OFICINA DE LA AGENCIA DE NOTICIAS REUTERS, BERLÍN ESTE

1.00 DE LA NOCHE DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

Poco antes de la una de la madrugada, Adam Kellett-Long vio como el teletipo

escupía el habitual mensaje de buenas noches de la agencia de noticias de la Alemania del Este. Entonces decidió que por la mañana «haría las maletas» y empezaría a buscar otro trabajo.

Pero en aquel preciso instante sonó el teléfono y una voz que no reconoció le aconsejó en alemán que aquella noche no se acostara. A la una y once minutos, el teletipo volvió a cobrar vida. Kellett-Long empezó a leer las 10.000 palabras del nuevo decreto del Pacto de Varsovia a medida que iban saliendo. El reportero británico se mostró frustrado porque el aparato no fuera capaz de imprimir a la misma velocidad que él leía. El teletipo hablaba de cómo las «personas engañadas», es decir, los refugiados, terminaban reclutadas como espías y saboteadores. [Como respuesta, los estados miembros](#) del Pacto de Varsovia habían decidido tomar las medidas necesarias para implementar «las garantías y el control efectivo alrededor del territorio de Berlín Oeste». La declaración tranquilizaba a los aliados de la OTAN, a quienes aseguraba que el Pacto de Varsovia no alteraría las rutas de acceso a Berlín Oeste.

Kellett-Long subió apresuradamente a su coche y se dirigió hacia la frontera para ver qué sucedía. Aparte de las habituales parejitas abrazadas en los portales, vio tan sólo una ciudad desierta, mientras descendía por Schönhauser Allee y desembocaba en Unter den Linden, rumbo a la Puerta de Brandenburgo.

Pero al llegar allí un policía con una linterna de color rojo le indicó que se detuviera.

«Lo siento pero no se puede pasar», dijo el policía con voz tranquila. «*Die Grenze ist geschlossen.*» (La frontera está cerrada.)

Kellett-Long dio media vuelta para volver a su oficina a escribir la crónica, pero en la misma Unter den Linden, a la altura de la Marx-Engels Platz, escenario habitual de los desfiles militares de la Alemania del Este, otro policía con una linterna roja lo obligó a detener el vehículo para dejar pasar a un enorme convoy de vehículos cargados con policías y soldados de uniforme. El convoy parecía no tener fin.

Kellett-Long llegó precipitadamente a su oficina y envió un boletín de emergencia que llegaría a los teletipos de las agencias de noticias de todo el

mundo. No le costó nada escribirlo: «A primera hora del día de hoy se ha cerrado la frontera entre el Este y el Oeste de la ciudad...»

El artículo seguía en primera persona.

[Esta madrugada he sido la primera persona](#) en conducir un coche de Berlín Este a través de los cordones policiales después de que los controles fronterizos se iniciaran poco después de la medianoche. [...] La Puerta de Brandenburgo, principal punto de tráfico entre las dos partes de la ciudad, estaba rodeada de agentes de la policía de la Alemania del Este, algunos con metralletas, y también de miembros del cuerpo paramilitar conocido como las «milicias de combate fabril».

Kellett-Long sintonizó entonces varias emisoras de la Alemania del Este y oyó a los locutores leer un decreto tras otro acerca de las nuevas restricciones sobre los desplazamientos y su aplicación. Kellett-Long fue enviando sucesivas crónicas tan rápidamente como era capaz de teclear. Al reportero británico le pareció curioso que, entre los interminables decretos, la radio de la Alemania del Este deleitara a sus oyentes con relajantes y modernas melodías de jazz.

«Así pues, eso es lo único que hacen», pensó. «Leer decretos y poner buena música.»

SECTOR FRANCÉS, BERLÍN OESTE

1.50 DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

Veinte minutos después del inicio de la operación, el sargento de la policía de Berlín Oeste Hans Peters quedó deslumbrado por los focos de media docena de camiones del Ejército de la Alemania del Este que cruzaron la calle por la que patrullaba. La Strelitzer Strasse era tan sólo una de las 193 calles por las que pasaba la frontera, previamente no explicitada, entre las dos mitades de Berlín.

[De los camiones empezaron a salir soldados](#), que se dispersaron por las dos aceras de la calle; todos ellos llevaban unos objetos largos y negros que a Peters le parecieron metralletas. Peters, un veterano del Ejército del Tercer

Reich que había servido en el frente Este, desenfundó su revólver Smith & Wesson y empezó a colocar balas en la recámara, pero pronto se dijo que aquel revólver no iba a permitirle defenderse de un número tan elevado de enemigos. Así pues, se puso a cubierto en un portal y desde allí observó una escena que aquella noche se repetiría en multitud de ocasiones en muchos otros puntos de la ciudad.

Dos brigadas de seis soldados se apostaron en cuclillas por toda la acera, mirando hacia el oeste, apuntando en esa dirección con sus metralletas montadas sobre trípodes. No tenían intención de invadir el Oeste de la ciudad, tan sólo pretendían establecer un perímetro para disuadir a un adversario de momento inexistente. Detrás de ellos aparecieron dos brigadas más, éstas cargadas con alambre de púas; los soldados desenroscaron los rollos de alambre y los fueron colocando encima de una serie de caballos de frisa montados a lo ancho de la calle. El cordón estaba ubicado claramente dentro de la zona soviética y lejos de la zona de demarcación.

Aunque técnicamente Peters se encontraba en el sector francés, todos los soldados franceses estaban durmiendo. Así pues, él, un solitario agente de policía de Berlín Oeste, fue el único testigo de una operación ejecutada de forma impecable. Peters vio cómo el enemigo cerraba la calle de forma tan sigilosa y eficiente que ninguno de los residentes de la Strelitzer Strasse encendió siquiera una luz.

En cuanto tuvieron la frontera controlada, los soldados de la Alemania del Este giraron las metralletas hacia el Este, preparados para contener a su propia gente. Peters alertó a sus superiores de lo que acababa de presenciar.

MISIÓN ESTADOUNIDENSE EN BERLÍN OESTE

2.00 DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

Tras recibir las primeras informaciones acerca del cierre de fronteras sobre las dos de la madrugada, el oficial estadounidense de más rango en Berlín, E. Allan Lightner Jr., dudó de la conveniencia de despertar a sus superiores. Washington tendía a reaccionar de forma exagerada y Lightner quería estar

seguro de lo que sucedía antes de pasar el parte. Además, era un fin de semana de verano y sus jefes se mostrarían más contrariados que de costumbre si los despertaba sin motivo.

Los altos cargos de las misiones estadounidense, británica y francesa en Berlín Oeste habían empezado ya a cruzar frenéticas llamadas telefónicas, intentando encajar las piezas de lo que estaba ocurriendo. «Parece que pasa algo en Berlín Este», le dijo Lightner midiendo sus palabras al diplomático William Richard Smyser, que servía en la sección de asuntos relacionados con el Este; Lightner le pidió que lo investigara.

Pasadas las tres de la madrugada, con las primeras luces del alba del norte de Europa, Smyser subió a su Mercedes 190SL con su colega Frank Trinka y se dirigió a Potsdamer Platz, donde los Vopos (como se conocía a los miembros de la Volkspolizei) de la Alemania del Este y la milicia fabril desenroscaban los primeros metros de alambre de púas. Cuando se les dijo a los americanos que no podían pasar, Smyser protestó: «Somos miembros de las fuerzas armadas estadounidenses. No tienen ningún derecho a detenernos».

Sería la primera oportunidad de comprobar si los soviéticos y sus aliados de la Alemania del Este iban a negarles a los aliados el derecho a circular libremente por Berlín, lo que potencialmente podía desencadenar una respuesta militar estadounidense. Tras hablar por radio con sus superiores, los miembros de la policía de la Alemania del Este retiraron la alambrada para permitir el paso de los diplomáticos. Iban a impedir que los alemanes del Este de a pie cruzaran la frontera aquella noche, pero la policía tenía órdenes claras de no impedir el movimiento de los oficiales aliados. La decisión de Jrushchov de actuar dentro de las directrices marcadas por Kennedy era ya oficial.

Durante la hora que pasaron circulando por Berlín Este, Smyser y Trinka vieron una ciudad sumida en una frenética actividad policial y fueron testigos de numerosas desesperaciones privadas. A lo largo de la frontera, los Vopos estaban descargando postes de hormigón y rollos de alambrada de púas y bloqueando las calles que daban de Este a Oeste. En la Bahnhof Friedrichstrasse, la principal estación de paso entre Berlín Este y Berlín Oeste, la policía armada impedía el paso a los andenes mal iluminados,

mientras los aspirantes a viajeros aguardaban en vestíbulos cavernosos, sentados sobre sus maletas y fardos, muchos de ellos llorando. «Dios mío, ojalá nos hubiéramos ido veinticuatro horas antes», imaginó Smyser que pensaban al estudiar sus rostros.

La alambrada separó a familiares, amantes y amigos. Uno de los hombres del sargento de policía Rudi Thurow, avergonzado al verse obligado a detener a quienes pretendían seguir adelante con sus vidas como hasta entonces, saltó la alambrada y salió corriendo hacia la libertad esa misma mañana.

Smyser y Trinka regresaron a Berlín Oeste a través de la Puerta de Brandenburgo, que lograron cruzar tras una breve espera y después de que un policía de la Alemania del Este recibiera la aprobación del funcionario del Partido Comunista de la Alemania del Este encargado de supervisar aquel punto fronterizo.

Pero [los diplomáticos se habían formado](#) una visión tan parcial de los hechos que la misión estadounidense decidió no enviar ningún informe a Washington mientras la crisis se desarrollaba. El equipo de Lightner concluyó que no disponía ni de los recursos ni del personal necesario para igualar los informes de las agencias de noticias en lo que se había convertido en una noticia bomba. Además, y debido a la burocracia del Departamento de Estado, se necesitaban entre cuatro y seis horas para enviar un telegrama a través de los canales oficiales, de Berlín a la embajada estadounidense en Bonn y desde allí a Washington. El cierre de fronteras también había interrumpido la comunicación entre los servicios de espionaje estadounidenses y sus contactos habituales, por lo que era imposible obtener una confirmación independiente de lo que estaba sucediendo en Berlín Este.

Cuando los exploradores de Lightner le informaron de lo que habían visto, éste se mostró particularmente aliviado al oír que no habían detectado la presencia de fuerzas soviéticas directamente implicadas en la operación. Por un lado, eso reducía la posibilidad de que aquel cierre supusiera una amenaza militar para EEUU, ya que Berlín no estaba lleno de tropas soviéticas. Por otro lado, el régimen de la Alemania del Este estaba violando el acuerdo vigente entre las cuatro potencias, que prohibía específicamente la presencia de sus tropas en Berlín Este y aún más su derecho a ocupar la ciudad y cerrar sus

fronteras.

A las 11 de la mañana, hora berlinesa, Lightner mandó un telegrama a Rusk con su primer informe completo; previamente había enviado tan sólo ráfagas de información parcial a través de un canal de emergencia que no requería tantos permisos. Su informe decía simplemente: «A primera hora de la madrugada del 13 de agosto, el régimen de la Alemania del Este ha introducido drásticas medidas de control para evitar el acceso a Berlín Oeste de los residentes de la zona soviética y de Berlín Este». Y añadió que aquella decisión era «sin duda el resultado del creciente flujo de refugiados y de las subsiguientes pérdidas económicas para la RDA y de prestigio para todo el bloque socialista».

Lightner no volvió a mandar un telegrama hasta las diez de la noche, en el que resumió todo lo que la misión había podido averiguar sobre lo acontecido durante las veinticuatro horas precedentes. Así, puso énfasis en el gran despliegue militar, que contaba con un apoyo significativo por parte de los soviéticos y que estaba «diseñado para intimidar a la población desde buen principio y cortar así de raíz cualquier conato de resistencia, [dejando claro] que la desobediencia civil sería reprimida de forma implacable».

El informe concluía que la considerable movilización soviética por toda la Alemania del Este revelaba las dudas que la fiabilidad del ejército de Walter Ulbricht generaba en Moscú. Sin embargo, también hacía constar que las autoridades de la Alemania del Este permitían el paso de personal civil y militar occidental a través de la frontera. Lightner informó que se habían registrado ochocientos nuevos refugiados en Berlín Oeste entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde del primer día de la división física de la ciudad; dichos refugiados, explicó, o bien habían cruzado la frontera el 12 de agosto, o «lo han hecho hoy a través del campo o de los canales».

CERCADE POTSDAMER PLATZ, BERLÍN OESTE

9.00 DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

La desorientación y la confusión de los habitantes de Berlín Oeste fueron

convirtiéndose en rabia a medida que avanzaba la mañana. El policía de Berlín Oeste, Klaus-Detlef Brunzel, que tenía tan sólo veinte años y era nuevo en su puesto, llegó a Potsdamer Platz y descubrió lo mucho que el mundo había cambiado en tan sólo unas horas.

La tarde anterior había realizado un turno rutinario, durante el que se había dedicado a confiscar contrabando y a charlar con las prostitutas que merodeaban por la plaza, que seguía arrasada desde la guerra y que hasta aquel día había sido un lugar perfecto para atraer a clientes de ambas partes de la ciudad. Ahora, en cambio, en su lugar había tan sólo policías de la Alemania del Este que, con la ayuda de martillos neumáticos, practicaban agujeros en el suelo en los que clavaban pilares de hormigón, alrededor de los cuales enrollaban alambradas de púas. Brunzel tenía tan sólo cuatro años cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, pero en aquel momento, al ver los tanques de la Alemania del Este que lo apuntaban con sus cañones mientras iba de aquí para allá ante ellos, temió que hubiera empezado otra guerra.

A última hora de la mañana, una multitud de furiosos berlineses del Oeste se había congregado ante la frontera, lanzando piedras contra los agentes de policía de la Alemania del Este, a los que llamaban cerdos y nazis. Brunzel tuvo que ponerse a cubierto «¡para evitar ser golpeado por los ladrillos que arrojaba nuestra propia gente!»

Transcurrió poco tiempo antes de que la furia de los habitantes de Berlín Oeste se volviera hacia los ausentes soldados norteamericanos, supuestos protectores que deberían haber evitado que se llegara a aquella situación. Toda la retórica sobre el compromiso estadounidense con la libertad de Berlín no había servido para que acudiera ni un solo regimiento de fusileros.

CUARTEL MILITAR DE ESTADOS UNIDOS, CLAYALLEE, BERLÍN OESTE

MAÑANA DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

El general Watson, el comandante estadounidense en Berlín, estaba paralizado ante las informaciones e instrucciones que recibía. Además no podía fiarse de sus intuiciones, pues llevaba tan sólo tres meses en la ciudad.

Berlín le había parecido un lugar bastante tranquilo, hasta el punto de que había decidido reubicar a su suegra en la ciudad. Watson solía comparar la situación en la ciudad dividida en el pulso entre estadounidenses y rusos con «la calma en el ojo del huracán». Desde su llegada a Berlín, había pasado menos tiempo ocupado con asuntos militares que aprendiendo alemán, reduciendo su hándicap en los campos de golf y jugando al tenis (en lo que él denominaba «dobles de veteranos») con su mujer.

Al hablar del comandante, de cincuenta y dos años, la prensa berlinesa se refería a su afición por montar a caballo, oír ópera ligera y leer novelas de misterio. Watson, que se había resignado ya a dirigir un puesto de mando en el que se sabía ampliamente superado por el enemigo, era consciente de que Berlín Oeste sería indefendible en el caso de un ataque convencional soviético coordinado. Además, aun en el caso de que hubiera contado con los efectivos necesarios, tampoco disponía de la autoridad necesaria para utilizarlos.

La burocracia operativa en Berlín era lo peor que Watson había experimentado en su dilatada carrera militar. Por un lado, debía informar directamente al embajador estadounidense Walter Dowling, estacionado a unos quinientos kilómetros de distancia, en Bonn. En segundo lugar, debía pasar el parte también al general Bruce Clarke, el comandante del Ejército de EEUU en Europa, que tenía el cuartel general en Heidelberg. Finalmente, debía informar al comandante de la OTAN, el general Lauris Norstad, ubicado en París. Asimismo, Watson recibía órdenes indistintamente de los tres; éstas no solían coincidir.

También había momentos, como durante la noche del 12 al 13 de agosto y la mañana siguiente, en que todos esos canales quedaban prácticamente en silencio. En esos momentos de duda, la reacción instintiva de Watson consistía en mantenerse firme en sus posiciones y que fuera lo que Dios quisiera. Desde hacía semanas, las instrucciones que recibía del Pentágono incluían a menudo advertencias de que no debía responder con acciones militares a las provocaciones de los alemanes del Este o de los soviéticos para evitar así una escalada de violencia, como si sus superiores hubieran estado al corriente de la operación que se preparaba.

Los alemanes del Este no habían cruzado ninguna de sus líneas, no habían

penetrado en ninguna de las zonas no-soviéticas y, a pesar de que se había producido un incremento de la actividad militar soviética alrededor de la ciudad, los exploradores de Watson no habían apreciado movimientos importantes dentro de Berlín. Así pues, Watson no vio motivos para despertar al general Clark o al general Norstad. Los miembros del Departamento de Estado avisarían al embajador Dowling en Bonn, de modo que Watson tampoco se puso en contacto con él.

A primera hora de la mañana, Watson había enviado un helicóptero para que sobrevolara el espacio aéreo de Berlín Este para evaluar la situación. En cambio, había optado por no enviar sus tropas a la frontera recientemente reforzada. Es posible que una demostración de fuerza por parte de los estadounidenses hubiera apaciguado los ánimos de los berlineses, que esperaban una demostración de su compromiso, pero los superiores de Watson lo habrían considerado una provocación imprudente.

Watson también consideró que dicha moderación estaba justificada a las 7.30 de la mañana, cuando el coronel Ernest Von Pawel se puso en contacto con su centro de operaciones de emergencia en el sótano del cuartel general de EEUU en la Clayallee. Von Pawel informó a Watson de que cuatro divisiones soviéticas habían abandonado sus plazas fuertes habituales en la Alemania del Este y habían rodeado Berlín.

A sus cuarenta y seis años, «Von» era el destacado jefe de la Misión de Enlace Militar Estadounidense con el comandante en jefe del Grupo de Fuerzas Soviéticas Occidentales, cuyo cuartel general se encontraba ubicado en Potsdam. A pesar de que su nombre tenía un aire de nobleza alemana, las raíces y los modales de Von provenían inconfundiblemente del oeste de EEUU, concretamente de Laramie, Wyoming. A ojos de Watson, Von gozaba de una reputación de infalible.

Tan sólo cuatro días antes, durante una reunión del Comité de Guardia de Berlín, Von había pronosticado que Ulbricht iba a construir «un muro». El comité era un grupo secreto de espionaje interdepartamental que operaba en la ciudad y cuyo trabajo consistía en hacer sonar las alarmas al menor indicio de acciones militares hostiles. Aunque en su momento nadie había prestado atención a sus palabras, de repente Von gozaba de una considerable

credibilidad ante su comandante.

El teniente coronel Thomas McCord, jefe del Grupo de Inteligencia Militar 513 del Ejército de EEUU en Berlín, había estado estudiando una serie de fotografías e informes relacionados con las grandes cantidades de materiales de construcción (bloques de hormigón, rollos de alambre de púas y otras reservas) almacenadas cerca de la línea fronteriza de la ciudad. Sin embargo, el material se encontraba distribuido en tantos lugares distintos y correspondía a pedidos de tantas fuentes distintas que sus hombres no sabían cómo interpretar lo que veían.

«¿Tú crees que van a construir un muro, Tom?», había preguntado el coronel David Goodwin, jefe de espionaje del personal del general Watson, en un momento de la reunión. McCord había contestado que él disponía de tres fuentes y que sus informaciones eran contradictorias. Una fuente «fiable» pero no verificada decía que iba a haber un muro y que la operación era «inminente». Las otras dos fuentes, que se consideraban aún más fiables, le habían asegurado que no habría nada por el estilo.

Todos los ojos se habían vuelto hacia Von Pawel. Éste había recordado a los presentes que durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes habían construido una muralla en Varsovia para aislar el gueto judío, una comparación que había parecido extravagante en su momento. «Si creéis que un muro es la opción menos probable», concluyó, «yo apuesto por eso, porque nunca antes nos hemos anticipado a los soviéticos.» El problema era que Von Pawel no disponía de pruebas que corroborasen su teoría.

El subdirector de la base de la CIA, John Dimmer, descartó la sugerencia de Von Pawel. Construir un muro, dijo, sería un «suicidio político» para Ulbricht; por lo tanto, el grupo había concluido que un muro era la «menos probable» de las muchas alternativas que barajaban.

Pero el informe de Von Pawel durante la mañana del 13 de agosto no dejaba lugar a dudas sobre lo que sucedía. Uno de sus hombres, que había estado oculto bajo un puente en la Alemania del Este desde las cuatro hasta las seis de la madrugada, había visto una división soviética entera avanzar por la Autobahn. El propio Von había contado cien tanques mientras se dirigía hacia Potsdam. En su informe a Watson, escribió:

La 19.^a División de Rifles Motorizada, combinada con la 10.^a División Acorazada de Guardia y posiblemente la 6.^a División de Rifles Motorizada se han puesto en marcha a primera hora de la mañana para posicionarse alrededor de Berlín. Algunos elementos de la 1.^a División de Rifles Motorizada del Ejército de la Alemania del Este han abandonado Potsdam y se encuentran actualmente en paradero desconocido. Las unidades soviéticas se han movilizadas y han abandonado la Autobahn; algunas unidades se han desplegado en pequeños puestos de avanzada y controles de carretera formados por tres o cuatro tanques, un transporte acorazado de tropas y varios soldados. Los puestos de avanzada se encuentran separados por tres o cuatro kilómetros y al parecer rodean por completo Berlín.

Se trataba de una operación minuciosa y perfectamente orquestada, sobre la que los servicios de espionaje militar estadounidenses no habían advertido nada. Para Watson, el informe de Von Pawel significaba que las tropas soviéticas disponían de tantos efectivos que aplastarían sus escasas fuerzas si éstas osaban responder.

Hubo que esperar hasta las diez de la mañana para que los tres comandantes occidentales (el francés, el británico y el estadounidense) y su personal se reunieran en la Correnplatz, en el cuartel general aliado del barrio residencial de Dalhem, situado en el sector estadounidense. La operación había cogido por sorpresa a los tres hombres, que no tenían ni idea de cómo responder. Watson presidió casualmente la reunión, obedeciendo a la rotación mensual entre los tres comandantes. Que Watson no gozara de experiencia en Berlín no significaba que no supiera contar: sus veintiséis tanques, menos de uno por cada kilómetro de la frontera interior entre Berlín Este y Berlín Oeste, y seis obuses de 105 milímetros no bastaban para enfrentarse a los Ejércitos Soviético y de la Alemania del Este combinados.

OFICINA DE LA AGENCIA DE NOTICIAS REUTERS, BERLÍN ESTE
MEDIA MAÑANA DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

Mary Kellett-Long miró por la ventana de su oficina en Berlín Este hacia la multitud furiosa, que había ido creciendo a medida que avanzaba la mañana.

Mary nunca se había dado cuenta de lo cerca que su apartamento de la Schönhauser Allee se encontraba de la frontera berlinesa, situada a apenas cuatrocientos metros de distancia, una línea que nunca había estado tan claramente visible como aquel día.

La mayor parte de los manifestantes eran airados jóvenes de Berlín Este que habían visto cortada su conexión con Occidente. Su marido, Adam, que a aquellas horas se había mezclado ya con la multitud, observó que parecían furiosos seguidores de algún equipo de fútbol que, tras una derrota dolorosa, buscaran a alguien a quien echarle la culpa. La policía y las fuerzas paramilitares fabriles obligaron a retroceder a los manifestantes, que a aquellas horas estaban formados ya por unas veinte líneas.

Cuando empezaron las explosiones, Mary temió que los soldados de la Alemania del Este estuvieran disparando contra los civiles y tal vez contra su marido. Pero se trataba del sonido de las latas de gas lacrimógeno que la policía arrojaba contra los manifestantes, que optaron por dispersarse en todas las direcciones.

[Aquel episodio le recordó a Adam](#) una época más inocente. Poco antes del 13 de agosto, mientras regresaba en su coche de hacer unas compras en Berlín Oeste, un Vopo lo había detenido para un control rutinario. Mientras el policía le registraba el maletero, Adam había sacado una lata de judías y la había lanzado por los aires al grito de: «*Das ist eine Bombe!*». El policía se había echado al suelo y sus colegas habían desenfundado las pistolas. A continuación, el Vopo se había sacudido el polvo de la chaqueta, se había echado a reír y había dejado pasar al reportero. Era evidente que el momento para las bromas había quedado atrás.

Al igual que las protestas esporádicas puntuales que tuvieron lugar por toda la Alemania del Este aquel día, la manifestación no tuvo ni las dimensiones, ni la determinación, ni el alcance necesarios para poner en duda la victoria de Ulbricht. En contraste con lo sucedido en 1953, ahora Ulbricht estaba plenamente preparado y asentado en el cargo, y gozaba de todo el apoyo militar y político de los soviéticos. El líder de la Alemania del Este había evitado cualquier oposición organizada gracias al elemento sorpresa y al despliegue de miles de policías y soldados en puntos estratégicos de toda la

ciudad.

Los lugartenientes de Ulbricht utilizaron varios cañones de agua situados en lugares clave para mantener a raya a los revoltosos berlineses del Oeste. Mientras las tropas aliadas apostadas en Berlín Oeste se mantuvieran inoperantes, algo a lo que parecían estar decididas, Ulbricht sabía que podría controlar cualquier movimiento que se produjera a ambos lados de la frontera. No iba a tener que recurrir al seguro de vida de Jrushchov: los tanques soviéticos que esperaban en el interior del país.

El mariscal Konev había ganado su segunda batalla de Berlín, en esta ocasión sin derramamiento de sangre.

En virtud de los acuerdos entre las cuatro potencias, Kennedy habría tenido todo el derecho a ordenar a sus militares que echaran abajo las barreras levantadas aquella mañana por unas unidades de la Alemania del Este que no tenían ningún derecho a operar en Berlín. El 7 de julio de 1945, los gobernadores estadounidense, soviético, británico y francés en Alemania habían decidido que garantizarían el movimiento sin restricciones a través de Berlín; aquella decisión se había visto corroborada por el acuerdo entre las cuatro potencias que había puesto fin al bloqueo de Berlín.

Sin embargo, mucho antes del 13 de agosto Kennedy había dejado claro a través de diversos canales que no respondería si Jrushchov y los alemanes del Este limitaban sus acciones a su propio territorio. Además, con su movilización militar masiva, Konev había enviado un claro mensaje sobre el coste de cualquier intervención. No se trataba tan sólo de que las tropas soviéticas hubieran rodeado Berlín de una forma que no podían pasar por alto los aliados: Jrushchov había ido un paso más allá y había decretado la alerta roja para todos sus misiles en la Europa del Este.

Aun así, había sido una noche tensa para Konev. Si hubiera sido necesario luchar, tenía sus dudas de que los militares y la policía de la Alemania del Este se hubieran mantenido leales, a pesar de su preparación, adoctrinamiento y estricta supervisión. Cientos de miembros de ambos cuerpos habían huido ya como refugiados y muchos de los que no lo habían hecho tenían familiares en

la Alemania Federal.

Konev sabía que los miembros del ejército, la milicia y la policía de la Alemania del Este sabrían colocar las barreras en la frontera, pero tenía sus dudas sobre cómo habrían reaccionado si las tropas aliadas hubieran dado un paso al frente para derruir las barricadas y reintroducir el libre movimiento.

Para su alivio, no se produjo dicha situación; Kennedy no llegó a ponerlos a prueba.

BERLÍN OESTE

MAÑANA DEL DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 1961

[Cuando oyó la noticia del cierre](#) de fronteras, el director de la emisora de radio RIAS, Robert H. Lochner, estaba despierto aún, preparando las reuniones que su jefe, el legendario periodista televisivo estadounidense Edward R. Murrow, iba a celebrar el día siguiente. Murrow había acudido a Berlín a inspeccionar el terreno como director del Servicio de Información de Estados Unidos.

Lochner dejó sus papeles a un lado y ordenó a la RIAS que alterara la programación y sustituyera el habitual rock and roll del fin de semana por música más seria y boletines de noticias cada cuarto de hora. Sabía que la RIAS, que contaba con el transmisor más grande de Europa, debía actuar como cable de conexión entre los berlineses del Este y el mundo en aquel momento de crisis, como ya hiciera el 17 de junio de 1953.

[A continuación se dirigió hacia Berlín Este](#) en su coche, con matrículas del Departamento de Estado; durante la tarde realizó tres viajes a través de la zona soviética y tomó nota de cuanto vio con una grabadora oculta. Narró historias de familias divididas y de amantes desesperados, utilizando sus voces grabadas y agitadas para darle aún más dramatismo al momento. Lochner no había visto nunca a un grupo de seres humanos tan abatidos como los que encontró aquella mañana en las estaciones de tren cerradas de Berlín Este, que de un modo u otro habían llegado hasta allí sin saber o sin creerse lo que decían las noticias: que la frontera de la ciudad estaba cerrada.

A las diez de la mañana, atravesó la inmensa sala de espera de la estación de Friedrichstrasse, donde vio a miles de personas «con rostros de desesperación, cajas de cartón y algunos con maletas». Los frustrados viajeros estaban sentados encima de sus equipajes, sin ningún lugar adónde ir.

En las escaleras que conducían a las vías elevadas del S-Bahn había varios miembros de la Transportpolizei, llamados Trapos, bloqueando el acceso con sus uniformes negros. A Lochner le recordaron las SS de Hitler, con sus amenazantes uniformes y sus rostros fríos, jóvenes, obedientes.

Una anciana se acercó tímidamente a uno de los Trapos, que le sacaba más o menos medio metro, y le preguntó cuándo saldría el siguiente tren a Berlín Oeste. Lochner nunca olvidaría el tono de desdén con que el agente le respondió:

«Todo eso se ha terminado; ahora están todos metidos en una ratonera».

[Al día siguiente Lochner le enseñó Berlín](#) Este a Murrow, que dudaba de que su amigo Kennedy comprendiera la gravedad de la situación que había desencadenado su inacción. Esa misma tarde escribió un telegrama en el que le decía al presidente que se enfrentaba a un desastre político y diplomático. Si el presidente no mostraba su determinación pronto, Murrow predecía una crisis de confianza que podía debilitar EEUU mucho más allá de las fronteras de Berlín. «Lo que podría desaparecer aquí es un bien perecedero llamado esperanza», escribió.

CUARTEL GENERAL DE LA POLICÍA, BERLÍN ESTE

6.00, SÁBADO 13 DE AGOSTO DE 1961

Erich Honecker pasó la noche presa de un agitado estado de excitación, conduciendo por toda la frontera y saboreando la ejecución casi perfecta de su plan.

Supervisó cada detalle y vio como la policía comprobaba las entradas de las alcantarillas en busca de potenciales refugiados. Asimismo, había barcas patrullando las vías de agua que no podían cerrarse tan fácilmente como las calles. Las tropas extra que había solicitado para la estación de

Friedrichstrasse habían bastado para contener el número de personas que habían acudido allí durante la mañana del domingo.

Honecker felicitó a cada comandante con el que se cruzó aquella noche, y sólo muy de vez en cuando sugirió modificar pequeños detalles. A las cuatro de la madrugada, y tras constatar con satisfacción que la parte más crítica de la operación se había ejecutado sin impedimentos, regresó a su oficina. A las seis de la madrugada, todos los comandantes habían informado ya de que habían cumplido con sus misiones según lo indicado.

Quedaba mucho trabajo por hacer antes de completar la tarea en los días siguientes, pero Honecker no podría haber estado más satisfecho. Unos cientos de berlineses del Este habían cruzado la frontera por zonas que aún no habían sido reforzadas, y algunos habían atravesado a nado lagos y canales. Otros simplemente permanecerían en Occidente, donde habían tenido la suerte de ir a pasar el fin de semana. Unos pocos berlineses del Oeste ayudarían a sus parejas o amigos a cruzar la frontera en el maletero de sus coches, o debajo de los asientos, durante las primeras horas. Algunos berlineses del Este más ingeniosos habían reemplazado las matrículas de sus coches por las de algún amigo de Berlín Oeste y habían cruzado así la frontera.

Desde el mediodía del sábado a las cuatro de la tarde del lunes, el campo de Marienfelde registró la llegada de 6.904 refugiados, el número más alto durante un fin de semana en la historia de la Alemania del Este. Sin embargo, las autoridades de Berlín Oeste estimaban que, menos 1.500, los demás habían cruzado la frontera ya antes de que las fuerzas de seguridad comunista la cerraran. En todo caso, se trataba de un número razonablemente bajo, sobre todo teniendo en cuenta que el éxodo de refugiados se había detenido para siempre.

Honecker llamó a Ulbricht para transmitirle su informe definitivo. «Y ahora podemos irnos todos a casa», le dijo a continuación a su personal.

Más tarde, Jrushchov declararí: «La introducción del control fronterizo reinstauró el orden y la disciplina en la vida de los habitantes de la Alemania del Este; los alemanes siempre han apreciado la disciplina».

1. Thurow huyó a Occidente el 21 de febrero de 1962. Como desertor, se convirtió en uno de los objetivos de la Seguridad del Estado; logró eludir una orden confirmada de asesinato y por lo menos un intento de secuestro contra su persona.

El muro: Días de desesperación

¿Por qué iba Jrushchov a construir un muro si quisiera apropiarse de Berlín Oeste?... Ésta es la forma que tiene de salir del aprieto. No es una solución particularmente elegante, pero es mucho mejor que una guerra.

El presidente JOHN F. KENNEDY,
13 de agosto de 1961

Los rusos [...] están convencidos de que si logran doblegar nuestra voluntad en Berlín, nunca volveremos a levantar la cabeza y que habrán ganado la batalla en 1961.

El fiscal general de EEUU, ROBERT KENNEDY,
30 de agosto de 1961

HUMBOLDTHAFEN, BERLÍN ESTE
JUEVES, 24 DE AGOSTO DE 1961

Günter Litfin, un sastre de veinticuatro años cuyas mayores hazañas hasta el momento se habían limitado a sus creaciones con hilo y aguja, reunió el coraje necesario para huir de Berlín Este once días después de que los comunistas cerraran la frontera.

Hasta el 13 de agosto, Litfin había vivido una vida ideal en la ciudad dividida, sacando el máximo partido de las ventajas que ofrecían ambas partes de Berlín como uno de los 50.000 *Grenzgänger*, o «cruzafronteras», de la ciudad. Durante el día trabajaba en Berlín Oeste, donde cobraba en marcos del

Oeste, moneda fuerte que luego cambiaba en el mercado negro por un tipo de cambio de uno a cinco por marcos del Este. Trabajaba en un estudio de confección cerca de la estación de Zoologischer Garten, en Berlín Oeste, donde se había convertido ya en el sastre de algunas estrellas del mundo del espectáculo como Heinz Rühmann, Ilse Werner o Grete Weiser. Las actrices, en particular, se sentían atraídas por sus maneras juveniles, sus ojos negros y su oscuro pelo rizado. Por la noche, Litfin se retiraba a un cómodo piso del tranquilo barrio de Weissensee, en Berlín Este, que alquilaba a buen precio y pagaba con marcos del Oeste.

Pero de la noche a la mañana, el sueño de Litfin se convirtió en pesadilla. El cierre de fronteras le impedía viajar a Berlín Oeste, de modo que perdió el trabajo y también su posición social. Peor aún, el proceso de empleo obligatorio de la Alemania del Este estaba a punto de destinar a Litfin a una fábrica textil, donde debería llevar a cabo un trabajo soporífero durante muchas más horas y cobrando mucho menos que en su empleo anterior.

Litfin se maldijo por no haberse mudado a vivir a Berlín Oeste cuando aún tenía ocasión de hacerlo. De hecho, unos días antes del cierre de fronteras incluso había alquilado un estudio en el barrio de Charlottenburg, en Berlín Oeste, en la frondosa Suarezstrasse. Él y su hermano habían empezado ya a trasladar sus bienes personales en pequeñas cantidades y utilizando dos coches distintos, para no levantar suspicacias; incluso habían logrado pasar ya de contrabando su bien máspreciado: su moderna máquina de coser, que habían desmontado y trasladado por piezas.

Pero lo más exasperante del caso era que Günter Litfin había acudido a la fiesta de inauguración de un piso de Berlín Oeste con su hermano, Jürgen, la noche en que la ciudad había sido dividida. Al regresar a casa en el S-Bahn, justo después de la medianoche, no habían notado nada extraño.

No fue hasta la mañana siguiente a las diez, cuando Jürgen oyó las malas noticias por la radio y decidió despertar a su hermano. «Han cerrado todas las rutas de acceso y todos los transportes», le dijo a Günter. [Los dos hermanos recordaron](#) la última vez que Ulbricht había cerrado la frontera de Berlín: el 17 de junio de 1953, después de que los tanques soviéticos sofocaran la revuelta obrera. La vida había vuelto a la normalidad unos días más tarde, e

imaginaban que lo mismo sucedería en esta ocasión. Incluso durante el Puente Aéreo de 1948, las fronteras de la ciudad habían permanecido abiertas. Inicialmente, los Litfin se dijeron que era imposible que los estadounidenses toleraran el cierre de fronteras durante demasiado tiempo teniendo en cuenta lo que había en juego. Aunque los hermanos desconfiaban del compromiso de británicos y franceses con la libertad de la ciudad, no tenían ninguna duda de que los estadounidenses acudirían a su rescate.

Los Litfin montaron en sus bicicletas y fueron a echar un vistazo a la ciudad. Llegaron al paso fronterizo que solía utilizar Günter, en Bornholmer Brücke, donde una carretera de dos carriles pasaba por encima de varias vías de tren. La policía había bloqueado la calzada con alambre de púas y trampas antitanque. Con un suspiro, Günter le dijo a su hermano: «Yo no creo que esto pueda durar mucho tiempo».

Sin embargo, a medida que pasaban los días los dos hermanos se fueron convenciendo de que los estadounidenses no acudirían a su rescate. Los comunistas habían empezado ya a reemplazar las barreras temporales hechas con caballos de frisa y alambradas de púas por un muro de tres metros y medio de alto formado por secciones de hormigón prefabricadas y unidas con mortero. Ulbricht estaba cerrando las vías de escape sin perder un instante. Así pues, Günter decidió arriesgarse e intentar escapar antes de que fuera demasiado tarde.

[Escuchó con atención las informaciones](#) de la emisora RIAS sobre los fugitivos que habían logrado huir de la ciudad después del 13 de agosto. Desde entonces unos 150 berlineses del Este habían cruzado a nado el canal de Teltow, muchos de ellos con niños a cuestas. Una docena de adolescentes habían logrado cruzar el canal nadando juntos. Un osado joven se había precipitado con su Volkswagen contra uno de los tramos de alambrada y había logrado penetrar en el sector francés sano y salvo. Otro valiente berlinés del Este había desarmado a un guarda fronterizo, al que había arrebatado la metralleta para que no pudiera dispararle, antes de cruzar la frontera a la carrera, con el arma aún en las manos.

Alentado por todas esas historias, y a pesar de sus problemas cardíacos, Litfin decidió pasar a la acción. A las cuatro de la tarde del jueves 24 de

agosto, con 25 grados y un sol de verano, Günter cruzó una zona de vías entre la estación de Friedrichstrasse y Lehrter Bahnhof, la estación del Oeste. Vestido con una ligera chaqueta marrón y pantalones negros, se zambulló en las cálidas aguas del Spree, en Humboldthafen. Günter no era un nadador particularmente dotado, pero imaginaba que aun así tendría la fuerza necesaria para cruzar los treinta metros de agua que lo separaban de la libertad.

Cerca de él, encima de un puente cercano, un policía de tráfico, o Trapo, le gritó hasta cinco veces que se detuviera, pero el sastre no hizo más que nadar con redoblada determinación. El agente realizó dos disparos de advertencia que impactaron en el agua, junto a la cabeza de Günter. Al ver que Litfin seguía nadando, el Trapo disparó una ráfaga de disparos de metralleta a su alrededor. Las primeras balas impactaron en el sastre cuando éste se encontraba aún a diez metros de la orilla.

Herido, Günter agitó los brazos y se hundió aún más en el agua para intentar evitar los disparos de lo que eran ya tres policías. Cuando volvió a salir a la superficie para respirar y levantó los brazos en señal de rendición, los Trapos se burlaron de él. Un disparo le atravesó el cuello y Günter se hundió como una roca.

Günter Litfin sería la primera persona que moriría tiroteada mientras intentaba huir de Berlín Este, víctima de un mal *timing*. Lo que Litfin no podía saber era que aquella mañana la policía había recibido por primera vez órdenes de disparar a matar para detener a quienes cometían el crimen de *Republikflucht*, o fuga de la república. Si Litfin hubiera huido unos días antes, habría logrado su objetivo. Aquel día en cambio, dos lanchas de los bomberos de la Alemania del Este ocupadas por varios agentes de policía inspeccionaron el Spree durante más de dos horas, hasta que tres hombres rana del ejército recuperaron el cuerpo de Günter del agua, aproximadamente a las siete de la tarde.

El día siguiente al asesinato de Günter, ocho policías secretos arrasaron el piso de su madre, mientras ésta lloraba incontinentemente. Los agentes arrancaron la puerta del horno y destrozaron la cocina. Destriparon el colchón y vaciaron los cajones del tocador. Un agente le dijo a la llorosa madre de Günter: «Su hijo ha sido abatido a tiros. Era un criminal».

Para castigar aún más a la familia, las autoridades prohibieron a la madre y al hermano de Günter que vieran el cuerpo antes del funeral, ni siquiera para identificarlo. La familia enterró el cuerpo de Günter en un ataúd cerrado en el cementerio de Weissensee el miércoles 30 de agosto, un brillante día de verano. Jürgen pasó los dedos por encima de la lápida de granito negro pulido que había elegido, y en la que, con letras doradas, podía leerse: «NO TE OLVIDAMOS, GÜNTER».

Cientos de berlineses asistieron al sepelio: amigos del colegio, familiares y decenas de personas que no conocían a Günter, pero que acudieron para mostrar su disconformidad.

Sin embargo, y a pesar del gran número de asistentes, Jürgen no podía dejar que su hermano desapareciera sin confirmar que era él. Así pues, saltó dentro de la tumba y abrió el ataúd con una palanca que llevaba oculta. Aunque la piel de Günter había adquirido un tono negruzco y una venda le cubría la mandíbula y el cuello, para ocultar la herida del disparo que lo había matado, a Jürgen no le cupo duda de su identidad.

El hermano de Günter levantó la cabeza y asintió, mirando a su madre: se trataba de su hijo.

Berlín vivió los días que siguieron al 13 de agosto en estado de shock. La ciudad pasó por los diversos estadios del dolor: negación, incredulidad, rabia, frustración, depresión y, finalmente, resignación. La respuesta de los berlineses dependió en gran medida de dónde se hallaban, si en el Este o en el Oeste.

Para los habitantes de Berlín Oeste, la rabia inicial contra los comunistas se vio pronto acompañada por un resentimiento creciente ante la traición de los estadounidenses. Por toda la ciudad se comentaba cómo el 13 de agosto éstos no habían enviado ni un solo pelotón para mostrar su solidaridad, ni habían impuesto ninguna sanción a la Alemania del Este o a los soviéticos para castigarlos.

Por contraste, los berlineses del Este reaccionaron con autoodio por haber dejado escapar la oportunidad de huir cuando aún podían, mezclado con asco

hacia el cinismo de los líderes comunistas que los habían encerrado. Los omnipresentes agentes de la Stasi de Mielke habían logrado su misión: quienes se habrían podido plantear una rebelión, renunciaron a ello ante la vigilancia constante de los espías de la Stasi, presentes en cada fábrica, cada escuela y cada bloque de viviendas.

EN LA FRONTERA, BERNAUER STRASSE, BERLÍN ESTE
TARDE DEL MARTES 15 DE AGOSTO DE 1961

Pasados poco más de dos días desde el cierre de fronteras, unas grúas gigantescas dirigidas por operarios de la Alemania del Este empezaron a colocar segmentos de muro de hormigón en la Bernauer Strasse. Cada bloque medía exactamente 1,25 metros cuadrados y veinte centímetros de grosor; había cientos más en un camión de plataforma cercano. Satisfecho al constatar que EEUU y sus aliados difícilmente iban a hacer nada para detener su proyecto, Ulbricht había decidido dar un paso más y había dado órdenes para que los equipos de construcción empezaran a reemplazar las barreras temporales por algo más duradero en varios puntos delicados de la ciudad.

El corresponsal de la CBS, Daniel Schorr, acudió rápidamente a la Bernauer Strasse para informar de la noticia. «Hemos visto cómo movían losas de hormigón, como si pretendieran construir un *muro*», dijo con voz vacilante; fue de los primeros en utilizar la palabra «muro» para referirse a lo que, finalmente, dividiría a los berlineses. Con su inconfundible voz de barítono tocada por la emoción y la incredulidad, comparó aquel muro con el que los alemanes habían construido en Varsovia para contener a los judíos.

Schorr intentó explicar a sus oyentes estadounidenses por qué el Ejército de EEUU contemplaba pasivamente cómo los comunistas convertían un metafórico telón de acero en una realidad física de hormigón y mortero. «Posiblemente estaríamos dispuestos a ir a la guerra para defender nuestro derecho a permanecer en Berlín», dijo, «pero ¿podemos ir a la guerra para defender el derecho de los alemanes del Este a salir de su país?»

Los equipos de construcción habían empezado a trabajar también en

Potsdamer Platz, iluminados por unos potentes focos que les permitían mantenerse activos veinticuatro horas al día. Sin embargo, la Bernauer Strasse se convertiría en el centro y el símbolo de la intención de Ulbricht de lograr que la división de Berlín fuera tan permanente como impermeable.

Un golpe de suerte durante la planificación de preguerra había colocado la Bernauer Strasse en la línea que dividía el barrio de Mitte, en la zona soviética, del de Wedding, en el sector francés. Hasta 1938, la línea de demarcación pasaba por el centro de la Bernauer Strasse, una calle de adoquines de un kilómetro de largo, pero aquel año los barrenderos del barrio de Wedding habían protestado. Para facilitar su tarea, las autoridades del Tercer Reich en Berlín habían decidido expandir el territorio de Wedding hasta el límite de los edificios de cuatro plantas situados en la parte este, de modo que los barrenderos pudieran disponer de toda la vía pública.

A consecuencia de ello, la división de Berlín durante la guerra fría había dejado los bloques de la acera norte en Berlín Oeste y los de la acera sur en Berlín Este. Así pues, durante los primeros días después del 13 de agosto, los residentes de aquella zona de Berlín Este pudieron huir al Oeste (en función de la ubicación de sus pisos dentro de los edificios) o bien saliendo simplemente por la puerta del edificio, o utilizando una cuerda o una sábana para descender a la calle a través de una ventana abierta.

Como muchos de los soldados destinados a Berlín Este para la Operación Rosa, Hans Conrad Schumann, de diecinueve años, había nacido en la Sajonia rural, donde su padre criaba ovejas en el pueblo de Leutewitz. Las autoridades sabían por experiencia que, con aquellas raíces, el joven Schumann tenía menos posibilidades de actuar de forma políticamente susceptible. Sin embargo, aquel 15 de agosto, mientras patrullaba por el lado correspondiente a la Alemania del Este de la fronterera Bernauer Strasse, Schumann no logró ver la amenaza para su patria socialista que le habían ordenado combatir. Lo único que vio fue un grupo de manifestantes justificadamente airados que agitaban sus puños y le gritaban que era un cerdo, un traidor o (lo que resultaba aún más ofensivo teniendo en cuenta el pasado alemán) un guardia de campo de concentración.

Para Schumann había sido una experiencia confusa, pues había

experimentado una simpatía mayor hacia la multitud que hacia los soldados que pretendían dispersarla utilizando latas de humo y cañones de agua. Fue en aquel momento cuando Schumann empezó a planear su propia huida. Teniendo en cuenta el ritmo al que trabajaban los obreros, pensó Schumann, harían falta pocos días para que la alambrada de púas que aún separaba las dos aceras de la Bernauer Strasse se viera reemplazada por un muro de hormigón. En cuestión de semanas, todo Berlín Este quedaría rodeado y, con ello, su posibilidad de huir se habría desvanecido.

Mientras imaginaba su huida, Schumann pisó con la punta del pie la alambrada de púas para comprobar en qué medida cedía a la presión.

«Oye, ¿qué haces?», le preguntó un colega.

Aunque el corazón le iba a cien por hora, Schumann respondió con voz tranquila:

«El alambre ha empezado ya a oxidarse», dijo. Y era cierto.

Un joven fotógrafo observaba a Schumann desde unos metros de distancia, en Berlín Oeste. Peter Leibing, que trabajaba para la agencia Conti-Press, de Hamburgo, había acudido rápidamente a Berlín para capturar aquel momento histórico crucial. Las imágenes eran poderosas: soldados de la Alemania del Este armados con metralletas, mujeres llorando, caras furiosas y tristes, todo ello enmarcado por las alambradas de púas. Cuando Leibing llegó al epicentro del drama, la Bernauer Strasse, se unió a una multitud de berlineses del Oeste que ya se habían congregado en aquel punto para presenciar la construcción del muro. En una esquina de la Ruppinerstrasse, en el Oeste, Leibing observó a través de su lente a Conrad Schumann, que fumaba un cigarrillo apoyado en un edificio del lado Este. Algunos de los presentes le contaron a Leibing que Schumann se había aproximado varias veces a la alambrada, y que en cada ocasión la había chafado un poco con el pie, como si deseara comprobar hasta qué punto cedía a la presión.

Cuanto mayor fuera el número de espectadores, se dijo Schumann, más probabilidades tenía de huir, pues sus colegas se lo pensarían dos veces antes de dispararle mientras huía. Schumann le gritó a un joven berlinés del Oeste que se había acercado demasiado a la frontera que retrocediera, pero a continuación, y en voz baja, había añadido: «*Ich werde springen*» (Voy a

saltar).

El joven se marchó corriendo y al poco tiempo una furgoneta de la policía de Berlín Oeste se aproximó tanto como pudo a la línea de demarcación sin atraer la atención de otros soldados de la Alemania del Este. Leibing enfocó el punto de la alambrada que Schumann había estado tanteando; le pareció irónico que fuera a utilizar una cámara Exakta, de la Alemania del Este, para sacar aquella fotografía. Cuanto más esperaba, más le parecía a Leibing que Schumann había perdido el valor o que no había tenido intención de saltar en ningún momento.

Sobre las cuatro de la tarde, Schumann vio como sus dos colegas desaparecían tras la esquina y se perdían de vista. Entonces arrojó el cigarrillo, esprintó y saltó por encima del rollo de alambre de púas, apoyándose con la bota lo justo para darse impulso sin hundirse. A medio salto, agarró la metralleta Kalashnikov con la mano derecha mientras extendía el brazo izquierdo para mantener el equilibrio. La multitud que lo ovacionaba tuvo la sensación de que estaba desplegando las alas, como si fuera a salir volando. Su casco de acero se mantuvo inmóvil sobre su cabeza, al tiempo que Schumann encogía el cuello. Como si de un saltador de vallas experimentado se tratara, aterrizó sobre el pie izquierdo y, sin dejar de correr, entró a través de la puerta abierta de la furgoneta policial, una Opel Blitz, que lo estaba esperando.

Su experiencia fotografiando saltos de caballos en Hamburgo le permitió a Leibing tomar una instantánea que capturó a la perfección el momento en el que el soldado saltaba el obstáculo. Su disparador manual tan sólo le permitía tomar una foto, pero eso le bastó para conseguir una imagen icónica.

«Bienvenido a Occidente, joven», le dijo el agente de la policía de Berlín Oeste a un Schumann tembloroso y silencioso, que se hundió en el asiento de la furgoneta.¹ Entonces, la puerta se cerró de golpe y el vehículo se alejó a gran velocidad. Fue un breve triunfo.

Al cabo de una semana, Ulbricht estaba ya tan seguro de que Kennedy no iba a intervenir que el 22 de agosto empezó a ampliar la construcción del muro a otros puntos. Aunque el 13 de agosto pasaría a la historia como la fecha de construcción del Muro de Berlín, lo cierto es que éste fue creciendo

gradualmente a lo largo de los siguientes días, cuando los comunistas estuvieron seguros de que no iban a hallar resistencia.

RATHAUS SCHÖNEBERG, AYUNTAMIENTO DE BERLÍN OESTE

4 DE LA TARDE DEL MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO DE 1961

Willy Brandt no había estado nunca tan preocupado antes de un discurso.

En el Rathaus Schöneberg, y ante 250.000 airados berlineses, Brandt era consciente de que iba a costarle dar con el tono adecuado. Debía lograr canalizar la rabia de los presentes, aunque no hasta el punto de que decidieran cruzar la frontera por la fuerza y terminaran tiroteados.

También sabía que aquel momento crucial era una oportunidad de oro para su campaña. Faltaba tan sólo un mes para las elecciones y Brandt quería demostrar ante los alemanes que era capaz de defender mejor sus intereses que el veterano canciller Adenauer, que con sus amigos estadounidenses no había hecho nada para detener o revertir el cierre de la frontera. Adenauer había rechazado la invitación de Brandt de acompañarlo durante aquel mitin y desde el 13 de agosto no había puesto los pies en Berlín.

Hasta aquel momento, Adenauer había resistido a las presiones de su partido y del público en general para que visitara la ciudad porque, decía, su presencia allí podía agravar el malestar político y provocar falsas expectativas. Lo que no dijo, sin embargo, fue que su presencia también pondría de manifiesto su impotencia. Adenauer no quería por nada del mundo darles a los soviéticos ninguna excusa que les permitiera expandir su éxito y amenazar la libertad de Berlín Oeste o de la Alemania Federal, una línea que Moscú se había cuidado mucho de cruzar.

Así, mientras Brandt se preparaba para pronunciar su discurso, Adenauer se reunía en Bonn con el embajador soviético en la Alemania Federal, Andrei Smirnov. El canciller accedió a firmar el comunicado con el que el soviético se había presentado a la reunión. «La República Federal no tomaría ninguna decisión que pudiera comprometer su relación con la Unión Soviética ni poner en peligro la situación internacional.»

El comunicado apestaba a política de temporización.

Cuarenta y ocho horas después del cierre de fronteras, Adenauer se había retractado ya de sus amenazas de cortar los vínculos comerciales con la Alemania del Este. Incluso su ministro de defensa, Franz Josef Strauss, partidario de la línea dura, había apelado a la calma. «Si empiezan los disparos», había declarado ante una multitud de ciudadanos de la Alemania Federal, «nadie sabe qué tipo de arma va a ponerles fin.»

El primer ministro británico Macmillan, el aliado más reacio a provocar al oso ruso, había alabado a Adenauer por haber sabido reaccionar con «el corazón caliente y la cabeza fría». Era como si, tras su preocupación por el liderazgo de Kennedy, Adenauer hubiera decidido adoptar la posición del presidente estadounidense respecto al muro.

Sin embargo, la reacción de Adenauer respondía más a la resignación que a la convicción: había visto como, debido al liderazgo dubitativo de Kennedy, sus peores temores se hacían realidad. Heinrich Krone, el presidente del grupo parlamentario de Adenauer en el Bundestag, escribió en su diario: «Ésta ha sido la hora de nuestra mayor desilusión». La construcción del muro acabó con cualquier resto de la confianza que Adenauer pudiera conservar en que su pertenencia a «la alianza más poderosa del mundo» pudiera considerarse una garantía de seguridad absoluta.

Pero el canciller también alteró su perspectiva a largo plazo. Su Alemania Federal permanecía intacta y anclada en la OTAN. De nada servía negar la evidencia de que Berlín Este había caído en manos comunistas. Por ello, su objetivo principal pasaba por ganar las elecciones del 17 de septiembre y mantener su país fuera del control socialista.

Fiel al estilo soviético, Smirnov se dedicó a cortejar y amenazar a Adenauer a partes iguales. Habló de la constructiva labor desempeñada por Moscú y Adenauer, al tiempo que lo amenazó con la destrucción absoluta de su país si olvidaba el papel que éste había tenido en las dos últimas guerras mundiales y optaba por lo que el embajador denominó actividades bélicas y una escalada del conflicto.

Durante su reunión con Smirnov, Adenauer optó por no condenar a los soviéticos ni a Jrushchov. Al contrario, le pidió al embajador que trasladara

su salutación al líder soviético, recordó afablemente su último encuentro con Jrushchov y aseguró que en aquel momento estaba centrado en ganar las elecciones del 17 de septiembre.

Tan sólo entonces mencionó Berlín. «En mi opinión, nos encontramos ante una situación grave y desagradable, que se ha llevado más allá de lo que era estrictamente necesario», le dijo a Smirnov. «Agradecería mucho que el gobierno soviético hiciera lo posible por suavizar la situación», declaró Adenauer, que añadió que le preocupaba que «determinadas condiciones puedan provocar un derramamiento de sangre». Finalmente, y en tono lastimero, añadió: «Estaría muy agradecido si el gobierno soviético pudiera evitar ese extremo».

Si Adenauer optó por una actitud de moderación hacia los soviéticos, la que adoptó en relación con su oponente político, Willy Brandt, fue radicalmente opuesta. Adenauer era consciente de que el cierre de fronteras le iba a costar votos. Sabía también que un número cada vez mayor de votantes se preguntaban si su anciano líder estaba en condiciones físicas de guiarles y que Brandt había conducido a sus socialdemócratas hacia el centro, una posición mucho más aceptable políticamente. En el otro plato de la balanza, Adenauer esperaba que los votantes supieran valorar la pujanza económica de la Alemania Federal y la estabilidad que su gobierno le había proporcionado a su país dentro de la alianza occidental.

Apenas 48 horas después de que los comunistas cerraran la frontera, y en lugar de acudir a Berlín, Adenauer había celebrado un acto de campaña en la ciudad bávara de Regensburg. En aquella ocasión, Adenauer aseguró ante la multitud que no quería empeorar la situación fanfarroneando en Berlín y, en lugar de atacar a los comunistas, asestó un golpe bajo a Brandt, a quien echó en cara por primera vez en público su nacimiento ilegítimo. «Si alguien ha gozado de la consideración de sus oponentes políticos, es el señor Brandt, alias Frahm», dijo Adenauer, haciendo referencia al nombre de soltera de su madre, que Brandt había descartado mientras estaba en el exilio.

El 29 de agosto, durante otro mitin de campaña en Hagen, Westfalia, Adenauer dijo ante los seguidores de su partido que Jrushchov había cerrado la frontera de Berlín para echarle una mano al socialista Brandt en las

elecciones. La prensa alemana atacó a Adenauer por su enconada actitud contra Brandt, pero Adenauer logró sembrar dudas sobre su oponente entre los votantes.

Brandt, que hasta aquel momento había respondido con moderación, contraatacó: «El viejo ya no entiende de qué va la cosa», dijo y le recomendó a Adenauer que se buscara «*ein friedliches Lebensabend*», un retiro apacible. Brandt consideró que la única estrategia posible pasaba por abandonar el electoralismo. «Para mí, lo único que importa ahora es la batalla por Berlín», dijo y anunció que iba a reducir sus compromisos electorales a un día por semana para así poder concentrarse en «el destino de Alemania».

Brandt se dio cuenta de que seguramente para sus electores aún era más importante su trato con los estadounidenses. El día de su mitin en Berlín, el periódico más leído en la Alemania Federal, el *Bild-Zeitung*, con una circulación de 3,7 millones de ejemplares, dedicó la mitad superior de la página de portada a un titular que recogía perfectamente el sentir popular: «EL ESTE ACTÚA. ¿Y OCCIDENTE? OCCIDENTE NO HACE NADA».

Junto al titular, los editores añadieron la fotografía de los tres líderes aliados, acompañados de tres pies de foto burlones: «El presidente Kennedy guarda silencio / Macmillan se va de caza / y Adenauer insulta a Brandt».

En el editorial de portada, el *Bild* decía:

Nos incorporamos a la Alianza Occidental porque lo consideramos la mejor solución, tanto para Alemania como para Occidente. La mayoría de alemanes, una mayoría aplastante, siguen estando convencidos de ello. Pero dicha convicción decaerá si, en un momento de gran peligro para la causa alemana, algunos de nuestros socios declaran fríamente: «Los derechos de los aliados permanecen intactos».

La causa alemana corre un gran peligro. Han pasado ya tres días y no ha habido ninguna reacción más allá de una protesta por escrito de los comandantes aliados.

¡Estamos desencantados!

El rotativo de gran formato *Der Tagesspiegel*, más sobrio, condensó el espíritu del día en un cómic gigante de cuatro viñetas que se hizo tan popular que los berlineses se lo pasaban de mano en mano.

El personaje principal del cómic es un personaje llamado OCCIDENTE y

caracterizado como un americano viejo y calvo vestido con un traje oscuro y una pajarita, que levanta un dedo con gesto de advertencia.

En la primera viñeta, Occidente hace una mueca de dolor ante los golpes que Jrushchov le asesta en la cabeza con un palo en el que puede leerse «VISIÓN DE ALEMANIA». Lo único que dice es: «Golpéame otra vez y saco mi garrote». En la segunda viñeta aparece Occidente con dos chichones; en el nuevo puede leerse «Hungría». En el tercero aparece un Ulbricht diminuto que aporrea a Occidente con un garrote en el que pone: «CIERRE DE LA FRONTERA INTERIOR DE LA CIUDAD». La última viñeta presenta a un Occidente magullado y apaleado, que se sostiene patéticamente encima de un cartel en el que puede leerse: «*UND SO WEITER*»: «Etcétera».

Tras secarse el sudor de la frente, Brandt les dijo a los 250.000 berlineses congregados ante él que, con el cierre de fronteras, los soviéticos «le han dado algo más de cuerda a su perrito faldero, Ulbricht» con su «régimen de injusticia». Brandt recogió a la perfección la frustración de la multitud cuando dijo: «No podemos ayudar a nuestros conciudadanos del sector y a nuestros compatriotas de la zona Este a soportar esta carga, ¡Y eso nos llena de amargura! ¡Tan sólo podemos ayudarlos demostrándoles que sabemos sobreponernos y estar a su lado en esta hora de desesperación!».

La multitud estalló con alivio al oír como Brandt ponía palabras a su consternación.

Brandt estableció paralelos entre la dictadura de Ulbricht y el Tercer Reich. Describió el cierre de fronteras como «una nueva versión de la ocupación de Renania por parte de Hitler, sólo que hoy el hombre se llama Ulbricht». Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los ensordecedores vítores de la multitud, con la voz ronca tras tantos días de campaña y debido a su hábito de fumar un cigarrillo tras otro.

Brandt hizo una pausa antes de abordar la parte más sensible de su discurso, durante la cual se refirió a Estados Unidos y Kennedy. Así, empezó defendiendo a los estadounidenses, para disgusto de muchos de quienes lo escuchaban: «Sin ellos», dijo, «los tanques habrían seguido avanzando».

La multitud tan sólo aplaudió cuando Brandt expresó su decepción por la actitud de Kennedy.

«[Pero] los berlineses esperan más que palabras», dijo. «Esperan acciones políticas.» Los asistentes le dedicaron otra ovación cuando les dijo que le había escrito al presidente Kennedy para hacérselo saber. «Le he trasladado nuestras opiniones con total franqueza», dijo, ante un clamor de aprobación. Brandt percibió el placer que aquel ataque contra los estadounidenses producía en los presentes, a pesar de que sabían que no podían enfrentarse a los soviéticos solos.

DESPACHO OVAL, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

MAÑANA DEL MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO DE 1961

El presidente Kennedy estaba furioso.

La carta del alcalde Brandt, que yacía en lo alto de su correspondencia matutina, le parecía insultante e impertinente. Teniendo en cuenta la situación en Berlín, el lenguaje empleado superaba con creces lo aceptable en una comunicación entre un alcalde y el presidente de EEUU. Con cada nueva línea que leía, Kennedy se iba convenciendo de que aquella carta no era sino un elemento más de la campaña electoral alemana.

Brandt definía el cierre de fronteras como una usurpación de poder, «la más grave en toda la historia de posguerra de la ciudad desde el bloqueo». En un sorprendente reproche contra la administración Kennedy, escribía: «Mientras en el pasado los comandantes aliados protestaron ante los desfiles del llamado Ejército Popular en Berlín Este, en esta ocasión, y tras la ocupación militar del Sector Este por parte del Ejército Popular, tan sólo ha habido reacciones tardías y no demasiado vigorosas». Con ello, añadía, los aliados habían dado su aprobación a «la soberanía ilegal del gobierno de Berlín Este».

«Nos encontramos en una situación de extorsión consumada», se quejaba Brandt, que le decía a Kennedy que, aunque eso no había debilitado el espíritu de lucha de los berlineses del Oeste, «tiende a generar dudas sobre la determinación de las tres potencias y su capacidad de reacción». La carta aceptaba el argumento de Kennedy según el cual las garantías firmadas por las

cuatro potencias tan sólo eran aplicables a Berlín Oeste y sus habitantes, la presencia de sus tropas allí y sus rutas de acceso. «Sin embargo», señalaba, «este asunto dejará una profunda herida en la vida del pueblo alemán.»

Brandt advertía a Kennedy de que Berlín era ahora «como un gueto» y que había «perdido su función como refugio de la libertad y símbolo de esperanza en la reunificación». Peor aún, añadía, «en lugar de una huida a Berlín, podríamos estar ante el inicio de la huida *de* Berlín» si sus ciudadanos perdían la fe en el futuro de la ciudad.

La carta de Brandt incluía una serie de propuestas, ignorando una vez más que su autor era tan sólo un alcalde y que, en todo caso, aquel intercambio bilateral le correspondía al canciller. Brandt exigía a Kennedy que introdujera un nuevo estatus de tres potencias sobre Berlín Oeste, que incluyera a franceses y británicos pero excluyera a los soviéticos. Asimismo, quería que Kennedy llevara la cuestión de Berlín ante las Naciones Unidas, ya que la Unión Soviética «ha violado de la forma más flagrante la Declaración de los Derechos Humanos». Finalmente, decía Brandt, «sería de agradecer un fortalecimiento de la guarnición estadounidense».

Brandt concluía su carta con la siguiente frase: «Considero que la situación es lo bastante grave, señor presidente, para escribirle con toda la franqueza posible entre dos amigos que confían plenamente el uno en el otro». Y firmaba: «Suyo, Willy Brandt».

Kennedy echaba humo. Aquella carta era pura dinamita política. Cuando aún estaban muy vivas las críticas de quienes lo habían acusado de actuar con debilidad en Cuba, Laos y Viena, las palabras de Brandt eran como sal en una herida abierta para Kennedy, al que molestó particularmente la última frase, en la que Brandt apelaba a su relación de confianza con el presidente.

«¿Confianza?», escupió Kennedy mientras agitaba la carta con gesto airado ante su secretario de prensa, Pierre Salinger. «Yo no confío en este tipo. Se encuentra en medio de una campaña contra el viejo Adenauer y quiere arrastrarme con él. ¿Qué se ha creído, llamándome amigo?»

El Departamento de Estado y la Casa Blanca estaban también furiosos por el hecho de que Brandt hubiera revelado la existencia de la carta en un mitin, antes incluso de que Kennedy la hubiera recibido, lo que ponía aún más de

relieve su objetivo electoralista. Los funcionarios de la administración informaron a los periodistas en esos términos, desencadenando con ello una oleada de comentarios negativos en la prensa estadounidense. El *Daily News* describió la carta de Brandt como «grosera y presuntuosa»; el columnista del *Washington Evening Star*, William S. White, condenó a Brandt, al que definió como «un simple alcalde» que intentaba «tomar el mando de la política exterior, no sólo de su país, sino de todo Occidente, mandando notas personales al presidente de Estados Unidos. [...] Para un demagogo es muy fácil exaltar a las multitudes excitadas, tal como hace el señor Brandt, que desprecia a las potencias occidentales y las acusa de inacción».

Más tarde, Brandt aseguraría que su carta había empujado a Kennedy a adoptar una postura más activa respecto a Berlín, pero tal vez más decisiva aún fue la intervención de Marguerite Higgins, a quien Kennedy mostró la carta, indignado, mientras se balanceaba en la mecedora del Despacho Oval. A sus cuarenta y un años, la conocida reportera estadounidense, que había cubierto la Segunda Guerra Mundial y el conflicto de Corea, era además amiga personal del presidente. «Señor presidente», le dijo, «si le soy totalmente sincera, en Berlín existe la sospecha creciente de que tiene intención de traicionar a los berlineses del Oeste.»

Kennedy terminó aceptando que debía hacer algo rápidamente para convencer a berlineses, estadounidenses y soviéticos por igual de que seguía estando dispuesto a plantarle cara al Kremlin. Dos días después de recibir la carta de Brandt, Kennedy le escribió al alcalde para comunicarle que tenía intención de mandar a Berlín tanto al vicepresidente Johnson como al general Lucius Clay, el héroe del Puente Aéreo de Berlín en 1948 y amigo de Marguerite Higgins.

Iba a seguir el consejo de Brandt y enviaría más tropas a Berlín, aunque en su carta dejó muy claro que no había sido el alcalde quien había provocado aquella decisión. «Tras considerarlo detenidamente», le escribió a Brandt, «he decidido por mí mismo que la mejor respuesta inmediata pasa por reforzar significativamente la guarnición occidental.»

En todo caso, Kennedy aseguró que lo importante no era el número de tropas, que iba a ser reducido, sino el hecho de que enviar refuerzos se viera

como la respuesta estadounidense a la exigencia de Moscú de que los soldados aliados abandonaran Berlín. «Creemos que bastará con un contingente reducido para mostrar nuestro rechazo al proyecto», dijo.

Por otro lado, Kennedy descartó otras de las sugerencias de Brandt. Así, por ejemplo, dijo que la idea de establecer un nuevo estatus en Berlín Oeste basado en tres potencias debilitaría el principio de los derechos de las cuatro potencias como fundamento para las protestas aliadas contra el cierre de fronteras. Tampoco iba a llevar el caso ante la ONU, como pedía Brandt, pues «probablemente resulte infructuoso». «A pesar de la gravedad de los hechos», escribió, «y tal como usted mismo ha escrito, no podemos adoptar ninguna medida que permita generar un cambio material significativo en la situación. Este brutal cierre de fronteras equivale a una rotunda confesión de fracaso y de debilidad política, y representa una decisión soviética básica que sólo una guerra podría revertir. Ni ustedes, ni nosotros, ni ninguno de nuestros aliados hemos imaginado jamás que podríamos ir a la guerra por este motivo.»

La argumentación de Kennedy se basaba en la idea de que la acción soviética era «demasiado grave para ofrecer respuestas inadecuadas». En el fondo, cualquier respuesta que no pasara por una guerra le parecía inadecuada y por ese motivo había rechazado todas las soluciones que le habían ofrecido hasta el momento, incluidas «la mayoría de sugerencias de su carta».

Kennedy decidió lanzar a Brandt un hueso que no iba a costarle nada y apoyar la idea del alcalde de celebrar «un plebiscito que reafirme la convicción de Berlín Oeste de que su destino es la libertad y la conexión con Occidente».

A Kennedy no le gustaba la idea de premiar a Brandt después de que éste lo hubiera arrastrado a las arenas movedizas de la insignificante política alemana. Por el otro lado, sin embargo, tenía razones de política interna para realizar una demostración de fuerza. Si alguien comprendía la estrecha relación existente entre la política nacional e internacional de Estados Unidos, ése era Kennedy.

[Brandt leyó la respuesta de Kennedy](#) con decepción, convencido de que el presidente estadounidense los había «vendido». Los periodistas estadounidenses escribieron con la confianza de los bien informados que el

cierre de fronteras había dejado a Kennedy conmocionado y abatido, pero la verdad era bastante distinta.

Kennedy no ocultó su alivio ante sus colaboradores más próximos; consideraba que el cierre de fronteras era un punto de inflexión potencialmente positivo, que podía ayudar a poner fin a una Crisis de Berlín que había colgado sobre su cabeza como una espada de Damocles. Pensaba que el hecho de que Berlín Oeste permaneciera intacto ilustraba los límites de las ambiciones de Jrushchov y la relativa cautela con que pensaba ejecutarlas.

«¿Por qué iba Jrushchov a construir un muro si quisiera apropiarse de Berlín Oeste?», le preguntó Kennedy a su amigo y asesor, Kenny O'Donnell. «No habría ninguna necesidad de construir un muro si planeara ocupar toda la ciudad. Ésta es la forma que tiene de salir del aprieto. No es una solución particularmente elegante, pero es mucho mejor que una guerra.»

La decisión comunista también permitía a Kennedy reforzar la causa de EEUU ante la opinión pública de todo el mundo. El enemigo comunista se había visto obligado a construir una barrera alrededor de su propia gente para contenerla; nada podría haber sido más irrefutable. Era imposible encontrar un argumento mejor a favor del mundo libre, aunque el precio fuera la libertad de Berlín Este o, en términos más amplios, de toda la Europa del Este.

Kennedy se consideraba a sí mismo un hombre pragmático y creía que, de todos modos, los pueblos de la Europa del Este estaban más allá de cualquier esperanza razonable de liberación.

Kennedy no sentía demasiada simpatía por los habitantes de la Alemania del Este y, en declaraciones al periodista James «Scotty» Reston, afirmó que EEUU les había brindado el tiempo suficiente para que huyeran de su prisión, pues la frontera de Berlín había permanecido abierta desde la creación de la zona soviética, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, hasta el 13 de agosto de 1961.

Durante los primeros días tras la construcción del muro, una observación similar llegó a oídos del alarmado embajador de la Alemania Federal, Wilhelm Grewe, y del canciller Konrad Adenauer: «Al fin y al cabo, los alemanes del Este han tenido más de quince años para pensar si querían quedarse en la Alemania del Este o marcharse al Oeste». Grewe escuchó con

preocupación aquella despiadada observación, que envenenaría aún más la viciada relación entre Kennedy y Adenauer.

«A veces», recordaría más tarde Grewe a propósito de Kennedy, «me daba la sensación de que no estaba completamente seguro de si lo apropiado en aquel momento era mantener una actitud completamente pasiva, o si debería haber intentado adoptar una política más activa para evitar la construcción del muro.» Kennedy expresaba aquellas dudas con algunas de las preguntas que le formulaba a Grewe: «Así pues, ¿cree usted que deberíamos haber abordado este asunto de otra forma?». La cuestión ocuparía al presidente de forma creciente tras el 13 de agosto, a medida que fue dándose cuenta de que el cierre de fronteras no simplificaba su relación con Jrushchov.

EL KREMLIN, MOSCÚ

MEDIADOS DE AGOSTO DE 1961

Jrushchov se felicitó por haber superado tácticamente a estadounidenses, británicos y franceses sin haber desencadenado un conflicto militar y sin haber sufrido contrapartidas políticas o siquiera la menor sanción económica.

Su hijo Sergéi lo vio respirar aliviado después del 13 de agosto; más tarde, cada vez que reflexionara sobre aquel logro, se mostraría más y más encantado. Si Jrushchov no hubiera actuado, el bloque soviético podría haber empezado a deshacerse con la implosión de su avanzadilla más occidental. Si hubiera continuado la sangría de refugiados en Berlín, sus enemigos internos, incitados por Mao, habrían pedido su cabeza en una bandeja en el Congreso del Partido.

Más tarde, Jrushchov reflexionó también sobre cómo un error de cálculo por su parte «podría haber desencadenado una guerra». Sin embargo, había sabido interpretar las señales de Kennedy a la perfección y, a partir de ahí, había trazado su plan de acción. El único interés expresado por Kennedy había pasado por preservar el estatus de Berlín Oeste y garantizar el acceso a la ciudad, algo que Jrushchov se había asegurado de dejar intacto, al tiempo que confiaba en que Kennedy no haría nada para liberar a los alemanes del Este o

poner en tela de juicio lo que los soviéticos decidieran hacer en su sector.

Jrushchov creía que había conseguido más aún de lo que habría podido esperar de un tratado de paz. En un tratado, Kennedy lo habría obligado a aceptar una redacción que señalara la necesidad de buscar la reunificación alemana mediante elecciones libres a largo plazo. Ahora, en cambio, tenía motivos para creer que el compromiso occidental con la ciudad continuaría erosionándose, junto con la moral de los berlineses del Oeste, que a lo mejor decidían abandonar la ciudad en bandada ante la duda de que los aliados fueran a continuar velando por su libertad y su conexión con la Alemania Federal.

Jrushchov concluyó sin lugar a dudas que las conversaciones de Viena habían «representado una derrota» para Kennedy. El Kremlin había decidido actuar y «no había nada que Kennedy pudiera hacer, más allá de emprender acciones militares, para detenernos. Kennedy era listo y sabía que un conflicto militar no tenía ningún sentido. Por ello, a Estados Unidos y a sus aliados occidentales no les quedaba más remedio que tragarse el sapo mientras nosotros empezábamos a tomar decisiones unilaterales».

En un guiño al deporte nacional de su país, Jrushchov se refirió a sí mismo como un hábil jugador de ajedrez. Cuando EEUU incrementó su presión militar en Berlín, Jrushchov respondió enviando al mariscal Konev. «Utilizando un símil del mundo del ajedrez», dijo, «los estadounidenses avanzaron un peón, de modo que nosotros protegimos nuestra posición con un caballo.» A Jrushchov le gustaba aquella expresión, pues la palabra rusa para referirse al caballo en ajedrez es *kon*, que casualmente es también la raíz del apellido de Konev. El peón al que se refería Jrushchov era la tardía decisión de Kennedy de enviar a Clay a Berlín.

Con todo ello, explicó Jrushchov, lo que le estaba diciendo a Kennedy era que «si insistes en blandir el escudo de guerra y coartarnos con tus intenciones, estamos dispuestos a responder en tus propios términos».

En Viena, recordaba Jrushchov, el presidente había señalado que según el acuerdo de Potsdam había una única Alemania y que un tratado de paz debía reconocer aquella realidad. Sin embargo, su decisión había provocado un reconocimiento occidental de facto a la existencia de dos Alemanias de una

forma mucho más drástica de lo que hubiera podido imaginar.

Pero Jrushchov aún no había terminado. Durante el mes de agosto, y alentado por la inacción de Kennedy, el líder soviético había reforzado las posiciones de sus tropas en la Alemania del Este y había tomado otras medidas para subrayar su victoria y solidificar su liderazgo de cara al Congreso del Partido. El 16 de agosto, dio la orden de iniciar unas maniobras militares soviéticas que por primera vez incluían misiles con cabezas nucleares en ejercicios tácticos que simulaban una hipotética guerra por el acceso a Berlín. Y para que a la administración Kennedy le quedara claro, los soviéticos invitaron a los agregados militares occidentales a presenciar sus ejercicios sobre el terreno por primera vez desde 1936.

La maniobra táctica incluía un batallón movilizado como los que operaban en la Autobahn berlinesa. El guía soviético que acompañaba a los agregados occidentales reveló que los misiles estaban equipados con cabezas nucleares. Los soviéticos incluso simularon una nube nuclear sobre una posición enemiga en el pueblo de Kubinka, al oeste de Moscú.

En un giro aún más dramático, a finales de agosto Jrushchov anunció el fin de la moratoria autoimpuesta de tres años para pruebas nucleares. Dos días más tarde, la Unión Soviética provocó varias explosiones atmosféricas sobre Semipalatinsk, en Asia Central, que se dejaron oír en todo el mundo.

«**Otra vez jodidos**», gruñó el presidente Kennedy al recibir la noticia después de echar la siesta.

El 30 de agosto el presidente se reunió con sus asesores militares para discutir una posible respuesta. Su hermano Bobby observó con pesimismo que los rusos «están convencidos de que si logran doblegar nuestra voluntad en Berlín, nunca volveremos a levantar la cabeza y que habrán ganado la batalla en 1961. [...] Su plan, evidentemente, no pasa por ser los más populares, sino los más temidos, y aterrorizar al mundo para así lograr su sumisión».

Bobby recordó lo que Chip Bohlen había dicho a principios de 1961: «Que éste sería el año en que los rusos estarían más cerca de una guerra nuclear. Creo que no hay duda de que es así». Tras la reunión, cuando el presidente Kennedy le preguntó a su hermano qué pensaba, Bobby dijo: «Me quiero largar».

El presidente no entendió a qué se refería.

«¿Largarte?»

«Me quiero largar del planeta», dijo Bobby.

A continuación, Bobby comentó en tono de broma que no iba a seguir el consejo de Paul Corbin, que le había sugerido que se enfrentara a su hermano en las elecciones de 1964: no quería el puesto.

BERLÍN OESTE

FIN DE SEMANA DEL 18 AL 20 DE AGOSTO DE 1961

No era la primera vez que el vicepresidente Johnson se mostraba contrariado ante una tarea que le encargaba el presidente. La misión que en esta ocasión Kennedy esperaba que aceptara consistía en desplazarse a Berlín Oeste con el general Lucius Clay para reforzar la moral de los habitantes de la ciudad. Apenas cinco días después del cierre de fronteras, Johnson se percató de inmediato de que a aquella misión le faltaba sustancia lo mismo que le sobraban riesgos.

Sólo unos meses antes, Kennedy había enviado a Johnson a su rancho con el canciller Adenauer, mientras él metía la pata con la invasión de Bahía Cochinos. Por ello, cuando el 17 de agosto Kennedy lo llamó a la hora de la cena para pedirle que fuera a Berlín, Johnson respondió: «¿Es necesario?».

«Sí, es necesario», insistió Kennedy. No sería apropiado que el presidente acudiera tan rápidamente a Berlín. Debía mandar un mensaje al mundo de que EEUU no abandonaría Berlín Oeste, pero al mismo tiempo no quería provocar una respuesta soviética. Kennedy no podía expresar públicamente el alivio que le producía que los comunistas hubieran cerrado la frontera, pero al mismo tiempo no quería expresar una indignación fingida de forma excesivamente llamativa.

Johnson aún se mostró más reacio a realizar el viaje cuando supo que parte de su misión consistía en recibir a un contingente de 1.500 soldados en Berlín Oeste, tropas que cruzarían la Autobahn desde Helmstedt, en la Alemania Federal, para reforzar los 12.000 efectivos aliados presentes ya en la ciudad.

Aunque su reducido número no serviría para defender a los berlineses, Lyndon B. Johnson sabía que su llegada no estaría exenta de riesgos.

«¿Por qué tengo que ser yo?», le preguntó al asesor de Kennedy, Kenny O'Donnell. «Va a haber muchos tiros y yo estaré en medio.»

Tras una insistente labor de persuasión, el vicepresidente accedió a aceptar la misión y acompañar a un Clay mucho mejor dispuesto.

El 18 de agosto, durante el vuelo nocturno a bordo de un Boeing 707 de las Fuerzas Aéreas de EEUU, Clay obsequió a Johnson con anécdotas de su heroica intervención en Berlín en 1948 y le contó al vicepresidente cómo había logrado que el presidente Truman se sumara a aquella operación, que había empezado sin la ayuda de nadie. Lo que aprendió en esa ocasión, le dijo Clay a Johnson, era que la única forma de tratar con los soviéticos era plantándoles cara.

Si él fuera presidente, derribaría el muro, le dijo a Johnson. Estaba convencido de que la guerra de Corea se podría haber evitado si el gobierno de EEUU hubiera demostrado antes a los soviéticos que estaba dispuesto a adoptar una postura agresiva en Berlín, pero Truman no había permitido que Clay guiara a una columna acorazada a través de la Autobahn para demostrar el compromiso estadounidense.

La jubilosa recepción que los berlineses dispensaron a Johnson y Clay en el aeropuerto de Tempelhof, escenario en su día del Puente Aéreo de Berlín, demostró de forma irrefutable hasta qué punto los habitantes de la ciudad necesitaban que los tranquilizaran. Se trataba de un vicepresidente sin apenas autoridad y un general retirado sin tropas, pero aun así una banda de música interpretó el himno estadounidense, siete tanques estadounidenses dispararon una salva y 100.000 berlineses rugieron de aprobación.

Para evitar que Johnson se saliera del discurso pautado, la Casa Blanca le había proporcionado un guión escrito con la poesía habitual de Kennedy: «Ante la división, nunca habéis desfallecido», les dijo Johnson a los berlineses. «Ante la amenaza, nunca habéis vacilado. Ante cada nuevo reto, nunca os habéis mostrado débiles. Hoy, en una nueva crisis, vuestro coraje da esperanza a todos aquellos que anhelan la libertad y se alza como una barrera majestuosa, imponente, ante las ambiciones de los tiranos.»

Ese mismo día, en su comparecencia ante el senado de Berlín Oeste, Johnson declaró: «A la supervivencia y el futuro creativo de esta ciudad, los estadounidenses hemos comprometido, de hecho, lo mismo que nuestros antepasados comprometieron al fundar los Estados Unidos: “Nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor sagrado”. Ésas son las últimas palabras de nuestra Declaración de Independencia».

Sus palabras electrizaron a una ciudad que tras el 13 de agosto se había quedado sin energías. La multitud de 300.000 personas reunidas en la plaza del ayuntamiento eran los mismos berlineses que, tres días antes, habían acudido a ver a Brandt deprimidos y airados. Ahora muchos de ellos lloraban de alegría; ni siquiera Clay pudo contener las lágrimas.

A medida que fue encadenando citas, Johnson fue transformándose de viajero reacio a luchador entusiasta, y a menudo salía del coche para darse un baño de masas entre una multitud que lo adoraba. La lluvia intermitente no logró disuadirlo, como tampoco disuadió a las decenas de miles de berlineses del Oeste, cuyo estado de ánimo le recordó al corresponsal del *New York Times*, Sydney Gruson, el ambiente que había acompañado a la liberación de París al final de la Segunda Guerra Mundial.

«La ciudad era como un boxeador que había caído a la lona tras un duro golpe y que estaba recuperándose para el siguiente asalto», escribió. «En esencia, el vicepresidente no dijo nada nuevo, pero no pareció que importara. Los ciudadanos de Berlín Oeste querían oír aquellas palabras, en aquel momento y en su ciudad, y, sobre todo, necesitaban la presencia de Johnson como expresión palpable del vínculo que los sostiene.»

Johnson arrancó una gran ovación del público al anunciar que los hombres del 1.º batallón del 18.º Cuerpo de Infantería avanzaban ya por la Autobahn para reforzar la guarnición de Berlín Oeste.

Para Kennedy, el despliegue de tropas fue el primer momento durante la Crisis de Berlín en que temió por un intercambio violento. Aunque el contingente estadounidense era pequeño, Kennedy le dijo al asesor especial de la Casa Blanca Ted Sorensen que consideraba aquellas tropas como «nuestro rehén para el propósito» del compromiso estadounidense con la defensa de Berlín Oeste.

Kennedy había aplazado su habitual salida de fin de semana a Hyannis Port para recibir cada veinte minutos un informe del avance de las tropas que se dirigían hacia Berlín. El Pentágono había exigido conocer de antemano todos los detalles de la misión, incluida cada parada que el contingente realizaría para que los soldados pudieran ir al baño en la Autobahn, mientras cruzaban el territorio de la Alemania del Este rumbo a Berlín.

Los asesores militares de Kennedy, el director del Mando Conjunto Lyman Lemnitzer y el asesor militar de la Casa Blanca Maxwell Taylor se habían opuesto al envío de refuerzos. [El primer ministro británico Macmillan consideraba](#) que se trataba de un gesto políticamente provocador y militarmente «ridículo». Al general Bruce C. Clarke, el comandante de las tropas estadounidenses en Europa, de sesenta años, que durante la Segunda Guerra Mundial había ayudado a darle un giro a la batalla de las Ardenas que había permitido la victoria final estadounidense, tampoco le gustaba el cariz de la operación.

[El comandante del operativo](#), el coronel Glover S. Johns Jr., era un orgulloso tejano, antiguo comandante del Instituto Militar de Virginia y comandante condecorado durante la Segunda Guerra Mundial. Johns era un tipo alto y rubio, con un alemán fluido y una afición por los golpes teatrales, pero era consciente de que aquella misión no tenía valor militar y que, en cambio, planteaba unos riesgos considerables. Kennedy lo había elegido porque había oído que sabría mantener la calma mientras comandaba a un pequeño grupo de 1.500 hombres a través de territorio enemigo, rodeado por no menos de un cuarto de millón de soldados soviéticos.

[A pesar de los numerosos detalles](#) que le exigían sus superiores, nadie le había indicado cómo debía responder si le disparaban. Sin instrucciones específicas sobre qué armas debía llevar, había decidido por sí mismo qué incluía en las cajas de munición de cada vehículo. Como era su costumbre, Johns llevaba también su antigua pistola Colt. Si efectivamente estallaban las hostilidades, Johns era consciente de que «nos dirigíamos a la destrucción segura». Si los soviéticos no los querían en la Autobahn, serían como corderos de camino al matadero.

Mientras Johns elaboraba su plan de defensa, el vicepresidente Johnson

estaba preocupado por su calzado. Mientras se daba un baño de multitudes en compañía de Brandt por las calles de Berlín, en un Mercedes descapotable, Johnson echó un vistazo a los mocasines del alcalde. «Hace días que nos pide más hechos y menos palabras», le dijo. «Pero me gustaría ver si también usted es capaz de actuar.»

Entonces señaló sus zapatos y le preguntó: «¿Dónde puedo conseguir un par como éste?».

«Le puedo conseguir un par idéntico aquí mismo, en Berlín», respondió Brandt, que se dijo que la defensa de la ciudad bien valía un par de zapatos para el vicepresidente estadounidense.

Poco después del mediodía del sábado 19 de agosto, la embajada estadounidense en Bonn llamó al general Bruce Clarke en Heidelberg y le anunció que el vicepresidente Johnson se marcharía de Berlín el domingo a las 2 de la tarde, tanto si las tropas de refuerzo estadounidenses habían llegado a la ciudad como si no. Clarke elevó una airada protesta a Washington a través de su comandante en Berlín y dijo que Johns y sus hombres no iban a correr tamaño riesgo para que Johnson ni siquiera se quedara en la ciudad para recibirlos.

El asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy llamó a Clarke el sábado a las 7 de la tarde. «General, he oído que está peleándose con todo el mundo porque no le satisface que el vicepresidente se marche antes de la llegada de las tropas.»

«Por decirlo con palabras suaves, señor Bundy», replicó Clarke. «Los hombres harán todo lo posible para llegar aquí y que el vicepresidente pueda recibirlos.» Clarke era incapaz de imaginar que cualquier cosa que Johnson tuviera que hacer en Washington fuera más importante «que recibir a las tropas ante la mirada de todo el mundo». Clarke no sabía nada sobre las preocupaciones de Johnson sobre los posibles peligros de la situación.

«¿A qué hora va a tener a todos sus hombres en Berlín?», le preguntó Bundy.

«Si pudiera asegurarle eso», replicó Clarke, «no tendríamos una crisis, ¿no le parece? ¿Quién sabe dónde nos pueden detener?»

«Veré lo que puedo hacer, general», replicó Bundy.

A las 12.30 del mediodía del domingo 20 de agosto (las 6.30 de la mañana en la Casa Blanca), tan sólo una semana después del cierre de las fronteras, los primeros sesenta camiones cargados de soldados estadounidenses entraron en Berlín sin incidentes. Jrushchov había cumplido con su palabra y no había impedido el acceso aliado a la ciudad, más allá de un retraso de tres cuartos de hora acumulado en un control fronterizo, donde las tropas soviéticas habían contado uno por uno a todos los hombres que accedían a Berlín.

Berlín Oeste recibió a los hombres de Johns como si fueran gladiadores victoriosos; miles de personas esperaban en puentes y carreteras. Cientos de berlineses acompañaron al vicepresidente Johnson, que había decidido aplazar su partida, en el punto fronterizo de Dreilinden, donde la Autobahn se adentraba en Berlín Oeste. Una lluvia de flores recibió a los soldados, que llegaron en sus sucios vehículos, agotados y vestidos con traje de campaña, pero que reaccionaron con sorpresa y satisfacción.

El coronel Johns nunca había visto nada parecido, «con la excepción tal vez de la liberación de Francia». Los hombres de Johns habían pasado cuatro días seguidos en la carretera; habían abandonado precipitadamente las maniobras en la Alemania Federal, pues eran el único grupo de combate totalmente equipado y capaz de llegar lo bastante rápido a Berlín. A pesar de que los berlineses los ovacionaban mientras cruzaban la ciudad, muchos se durmieron, exhaustos.

La respuesta soviética fue débil. El Kremlin tachó los refuerzos de «militarmente insignificantes» y dijo que tan sólo suponía la llegada de más hombres aún «a la ratonera en que se ha convertido Berlín Oeste». Un artículo publicado en *Pravda* y firmado «Un observador» (lo que señalaba que se trataba de un comentario que reflejaba la opinión del gobierno soviético) aseguraba que aquélla era «una provocación que no se debe ignorar».

Entre los soldados estacionados en Berlín que asistían al espectáculo, el sargento de la Policía Militar Vern Pike también se mostró disgustado, aunque por otro motivo. Como la mayoría de soldados estadounidenses en Berlín, estaba convencido de que Kennedy y Johnson podrían haber derribado el muro antes de que se hubiera construido siquiera, y que los rusos no habrían podido hacer más que retirarse lloriqueando.

«Johnson se comportó como un auténtico payaso», dijo. «Lo único que quería era darse un baño de masas.»

En cuanto al contingente recién llegado, Pike lo definió como «un grupo pésimo, asqueroso»; sus miembros no estaban preparados para la batalla pero, aun así, se comportaron con arrogancia ante los soldados que llevaban tanto tiempo en la ciudad. Cuando los recién llegados se instalaron en los Barracones Roosevelt, se vanagloriaron ante los soldados residentes de que los habían enviado para rescatarlos después de que ellos fueran incapaces de detener el cierre de fronteras.

«Nos pareció una ofensa», dijo Pike, «más aún teniendo en cuenta que ellos iban a quedarse tan sólo noventa días antes de que empezara la rotación de tropas. Nosotros no necesitábamos que nos salvara nadie y sabíamos que los habían mandado a Berlín tan sólo por motivos simbólicos.» Pero lo peor era que la unidad de Johns estaba formada por «borrachos y alborotadores, que se pelaban y luego se resistían a los arrestos».

Aun así, los berlineses sabían tan sólo que EEUU había mostrado de una vez su verdadero rostro. Pocas veces tantas personas habían celebrado tanto un rescate tan exiguo. Pike se dijo que el hecho de que los berlineses mostraran tanto entusiasmo ante un gesto tan modesto daba una idea de su desesperación.

Johnson no pisó Berlín Este en toda su estancia, para no provocar a Moscú ni incitar a las multitudes. Sin embargo, y después de dar una vuelta sin hacer demasiado ruido por la parte soviética, amputada de la ciudad, el general Clay declaró que Berlín Este «era un campamento armado» con una población que parecía «totalmente oprimida».

A pesar de la gravedad del momento histórico, Johnson no perdió de vista el otro objetivo de su misión: ir de compras.

A las 5.30 de la mañana del domingo, su escolta del Departamento de Estado, Lucian Heichler, despertó al mozo de hotel de Johnson y le pidió la talla de zapato del vicepresidente para que Brandt pudiera proporcionarle los zapatos que le había pedido. Johnson gastaba un número distinto en cada pie (motivo por el que llevaba siempre zapatos hechos a medida), de modo que los hombres de Brandt hicieron que el propietario de una zapatería Leiser

enviara veinte pares distintos a Johnson. De entre todos esos zapatos, el vicepresidente eligió los dos que mejor le iban.

El domingo por la tarde, una famosa fábrica de porcelana de Berlín, la Königliche Porzellan-Manufaktur, abrió su sala de exposición a petición expresa de Johnson, que había quedado asombrado por la vajilla utilizada durante la cena oficial que Willy Brandt había ofrecido en el ayuntamiento la noche anterior. Johnson le había dicho al alcalde que quería una igual para su nueva residencia vicepresidencial de Washington, el Observatorio Naval de Estados Unidos en Massachusetts Avenue.

Le enseñaron una vajilla tras otra, pero el vicepresidente protestó diciendo que eran demasiado caras para él y preguntó si tenían alguna con «defecto de fábrica». Mientras su acompañante estadounidense, Heichler, buscaba algún agujero en el que esconderse, el teniente de alcalde Franz Amrehn, salvó la situación y anunció: «El senado y el pueblo de Berlín desean regalarle una vajilla».

«Ah, bueno», replicó Johnson. «En ese caso...»

A continuación el vicepresidente eligió la vajilla más cara que encontró, de 36 cubiertos, y dijo que su oficina enviaría la insignia vicepresidencial, que debía pintarse en cada uno de los platos, platillos, cuencos y tazas.

Compras aparte, Johnson se había contagiado del espíritu de Berlín. En un informe marcado como «ALTO SECRETO», le escribió a Kennedy:

[Regreso de Alemania](#) con un orgullo renovado en el liderazgo estadounidense, pero también con una conciencia sin precedentes de la responsabilidad que recae sobre nuestro país. El mundo espera muchísimo de nosotros y debemos estar a la altura, al tiempo que intentamos conseguir más ayuda de nuestros aliados. Porque si alguna vez fracasamos, vacilamos o nos ausentamos, todo estará perdido y es posible que la libertad no disponga de una segunda oportunidad.

Dicho eso, tras encargar una vajilla de 36 cubiertos, comprar dos pares de zapatos y dar la bienvenida a Berlín a 1.500 soldados más, Johnson regresó a casa.

BERLÍN ESTE

MARTES, 22 DE AGOSTO DE 1961

Ulbricht estaba demasiado ocupado consolidando su victoria para felicitar-se por lo conseguido.

Su decisión de cambiar el estatus de Berlín, que a principios de año no contaba ni con la aprobación rusa ni con los medios necesarios, se había llevado a la práctica con mucho más éxito del que hubiera podido esperar. Había jugado una mala mano con una destreza asombrosa y ahora quería sacar aún más provecho de su ventaja.

El 22 de agosto, Ulbricht anunció públicamente su decisión de establecer una tierra de nadie que se extendería cien metros a ambos lados del Muro de Berlín. Sin esperar a recibir la aprobación soviética, las autoridades de la Alemania del Este habían anunciado que dispararían contra los berlineses del Oeste si éstos penetraban en la zona de seguridad, que pronto pasó a conocerse como «la franja de la muerte».

Rebosante de seguridad, al día siguiente Ulbricht había desoído las protestas del embajador ruso Pervujin y había limitado los puntos fronterizos que los berlineses del Oeste podían utilizar a tan sólo uno: Checkpoint Charlie, en la Friedrichstrasse.

Dos días más tarde, Pervujin y Konev habían convocado a Ulbricht y lo habían reprendido por haber adoptado aquellas medidas unilaterales. Los soviéticos, dijo Pervujin, no podían aceptar la existencia de una zona de nadie que se adentrara en el territorio de Berlín Oeste y que «podía provocar un enfrentamiento entre la policía de la RDA y los ejércitos de las potencias occidentales».

Ulbricht dio marcha atrás, no sin antes protestar ante los soviéticos y asegurar que «no tenía ninguna intención de intervenir» en los asuntos de Berlín Oeste. No debió de costarle mucho ceder, pues ya había logrado más derechos sobre Berlín de los que hubiera osado imaginar a principios de año. Sin embargo, se negó a modificar su decisión de reducir los pasos fronterizos para los occidentales a tan sólo uno.

Como tantas otras veces en 1961, los soviéticos dejaron el asunto en manos de Ulbricht.

AEROPUERTO DE TEMPELHOF, BERLÍN OESTE

MIÉRCOLES, 23 DE AGOSTO DE 1961

El **canciller Adenauer aterrizó finalmente** en Berlín cuando habían pasado ya diez días desde que los comunistas cerraran la frontera de Berlín y después de que el vicepresidente Johnson y el general Clay hubieran abandonado la ciudad. Tan sólo unos centenares de personas recibieron a Adenauer en el aeropuerto de Tempelhof y apenas unas 2.000 lo esperaban a su llegada al campo de refugiados de Marienfelde.

Muchos berlineses del Oeste lo eludieron ostensiblemente mientras visitaba la ciudad en coche. Otros salieron a recibirlo con pancartas que criticaban su gestión de la crisis. Uno de los mensajes más habituales decía: «*SIE KOMMEN ZU SPÄT*» (Llega usted demasiado tarde). En otra decía, sarcásticamente: «HURRA, HALLEGADO EL SALVADOR». En Marienfelde y en el resto de la ciudad, todo parecía indicar que los votantes lo castigarían por su débil respuesta al cierre de fronteras.

Cuando se acercó a inspeccionar el muro en varios puntos fronterizos, el régimen de Ulbricht lo provocó desde el lado Este, con un camión equipado con altavoces a través de los cuales una voz lo comparaba con Adolf Hitler y lanzando agua en su dirección con una manguera de agua de alta presión. En otro punto, en cambio, un grupo de ancianos de la Alemania del Este se echó a llorar y lo aclamó mientras lo saludaba con sus pañuelos blancos.

Adenauer visitó al rey de los medios de comunicación de la Alemania Federal, Axel Springer, que había construido su cuartel general junto a la frontera de la ciudad y cuyo *Bild-Zeitung*, el periódico con mayor circulación en la Alemania Federal, se había mostrado sumamente crítico con la impotencia de Adenauer y los estadounidenses durante el cierre de fronteras. «Herr Springer», le dijo el canciller, «no le comprendo. Nada ha cambiado en Berlín», excepto que los medios de comunicación se dedican a causar más

revuelo.

Adenauer advirtió a Springer de que las payasadas de su periódico podían reavivar el nacionalsocialismo.

Springer abandonó la sala hecho una furia.

BERNAUER STRASSE, BERLÍN ESTE
MIÉRCOLES, 4 DE OCTUBRE DE 1961

Los berlineses se acostumbraron a convivir con el Muro con una rapidez sorprendente. El flujo de refugiados se redujo hasta casi detenerse, a medida que los intentos de fuga se volvían más arriesgados y los controles fronterizos se intensificaban. Cada vez eran más los berlineses del Oeste que decidían trasladarse a la Alemania Federal por temor a que los soviéticos dieran un paso más.

En la Bernauer Strasse había buses turísticos y también grupos de decenas de berlineses del Oeste que protestaban cada vez que, desde el 13 de agosto, la calle entraba en una nueva fase: primero fue el cierre de la frontera, luego evacuaron a los residentes de la acera de la calle perteneciente a Berlín Este, más tarde tapiaron puertas y ventanas, y finalmente construyeron el Muro de Berlín.

[El agente de policía de Berlín Oeste](#) Hans-Joachim Lazai y sus colegas habían tendido una cuerda entre dos árboles, cerca de la Bernauer Strasse, que marcaba el límite al que se permitía el acceso de espectadores. Sin embargo, había días en que la multitud estaba tan furiosa que resultaba difícil contenerla. En aquellas ocasiones, Lazai no tenía más remedio que reprimir su sentimiento de culpa y dirigir los cañones de agua de la policía contra la multitud de berlineses del Oeste. Pero aún era peor cuando Lazai debía observar cómo la policía fronteriza de la Alemania del Este arrestaba y se llevaba a personas que intentaban huir. Lazai, que tenía órdenes de mantener su posición y no provocar a nadie, sentía «una gran impotencia al tener que contemplar una injusticia absoluta sin poder hacer nada».

Pero lo peor fueron las trágicas muertes que se registraron durante

aquellos días desesperados. La primera que Lazai presencié fue la de Ida Siekmann, que el 21 de agosto, tan sólo un día antes de cumplir los treinta y nueve años, se convirtió en la primera víctima de la Bernauer Strasse. Lazai, que se dirigía al trabajo, acababa de girar a la izquierda en la calle cuando vio algo negro que se precipitaba desde uno de los edificios. Siekmann había arrojado un colchón desde la ventana del tercer piso antes de lanzarse al vacío, con la vana esperanza de que éste absorbiera el golpe.

Murió en el acto.

Tras aquel episodio, la policía de la Alemania Federal decidió utilizar redes de bombero reforzadas para intentar rescatar a quienes saltaban. Sin embargo, los aspirantes a refugiados debían medir sus saltos con gran precisión, ya que los dieciséis hombres que generalmente sujetaban los extremos de las redes no podían moverse lo suficientemente rápido en una dirección concreta para compensar un salto en falso.

[Eran las ocho de la tarde](#) del 4 de octubre cuando Lazai gritó por primera vez a través de la oscuridad a Bernd Lünser, un estudiante de ingeniería de veinticuatro años de Berlín Este, que saltara a una de esas redes, después de que el joven hubiera logrado encaramarse al tejado de un bloque de cuatro pisos, en el número 44 de la Bernauer Strasse.

Durante un buen rato, Lünser y dos amigos habían estado intentando hacer acopio de valor para descender del tejado a Berlín Oeste haciendo *rappel* con un cable de tender la ropa que habían llevado consigo. Sin embargo, los gritos de aliento de la multitud creciente de berlineses del Oeste alertaron del intento de fuga a un policía de la Alemania del Este que patrullaba cerca de allí.

Gerhard Peters, de diecinueve años y miembro de la policía de fronteras de la Alemania del Este, inició una persecución tras acceder al tejado a través de una trampilla. Lünser empezó a arrancar tejas y a arrojárselas a Peters, que, al cabo de un momento, contaba ya con la ayuda de tres agentes más. Tras una dramática persecución, los dos amigos de Lünser fueron arrestados por la policía tras caer rodando por el tejado y quedar atrapados en una barandilla de protección.

Uno de los agentes de policía de la Alemania del Este disparó contra los aspirantes a refugiados y los agentes de la Alemania Federal respondieron

desenfundando sus pistolas y disparando veintiocho balas contra sus homólogos del otro lado del muro. Los agentes del Oeste, que tenían órdenes de utilizar el arma tan sólo para defenderse, aseguraron más tarde que habían respondido a un ataque.

Ante su última oportunidad de huir, y al ver como la bala de uno de los policías de Berlín Oeste impactaba en la pierna del agente de la Alemania del Este, Lünser logró soltarse y echó a correr. Algunos de los reunidos le gritaron que arrojara al policía desde el tejado. Otros, entre ellos Lazai, lo animaron a saltar a la red que lo esperaba. Cuando el estudiante finalmente decidió saltar, se le enganchó un pie en el canalón y cayó de cabeza al suelo, a unos cuatro metros de donde los hombres lo esperaban con la red extendida.

El impacto fue mortal.

Más tarde, Lazai se culpaba por su participación en el incidente. «Joder, lo arrastré a su propia muerte.»

Al día siguiente, las autoridades de la Alemania del Este mandaron rosas al policía fronterizo Peters. El ministro del interior de la Alemania del Este, Karl Maron, lo condecoró por su sacrificio en cumplimiento del deber. El periódico del Berlín Oeste tituló con sorna: CONDECORADO POR ASESINATO.

Regine Hildebrandt, que vivía cerca del 44 de la Bernauer Strasse, había presenciado muchos intentos de fuga, algunos fallidos, otros exitosos, antes de que Lünser muriera aquel día.

Como escribió en su diario, fumaba un cigarrillo del paquete que había sacado de un cesto que había recuperado con la ayuda de una cuerda a través de su ventana, un regalo de unos amigos de Berlín Oeste; en la cesta había también naranjas, plátanos y otras mercancías: «pequeñas señales de condolencia por una vida arruinada».

«Dos enormes buses turísticos de la Alemania Federal pasaron por la calle», escribió. «Sí, nos hemos convertido en la atracción número uno de Berlín. ¡Ay, ojalá nos ignorasen! ¡Cómo nos gustaría hacer retroceder las ruedas del tiempo y dejar las cosas como estaban! ¡No, otra vez no! ¡Otro autobús! Vivimos una época espantosa. Nuestras vidas han perdido su espíritu;

ya nadie disfruta del trabajo ni de la vida. Un petulante sentimiento de resignación pende sobre nuestras cabezas. Nada tiene sentido. Dispondrán de nosotros como se les antoje y no podemos hacer nada para impedirselo.»

«**Inclinad la cabeza**, amigos, nos hemos convertido todos en ovejas. Dos autobuses más. Incontables rostros que miran hacia nosotros, mientras esperamos con los puños apretados, ocultos en los bolsillos.»

En los días siguientes Berlín contaría con algunos héroes inesperados, aunque sus esfuerzos cosecharon tantos éxitos como fracasos.

1. Más tarde, Schumann se instaló en Baviera, en la Alemania Federal, donde conoció a su mujer. Tras la caída del Muro de Berlín declaró: «Sólo me he sentido verdaderamente libre desde el 9 de noviembre de 1989 [fecha de la caída del Muro]». Sin embargo, experimentó tensiones con antiguos colegas y familiares de Sajonia; el 20 de junio de 1998, aquejado de depresión, se suicidó ahorcado de un árbol.

Eberhard Bolle termina en la cárcel

Eberhard Bolle estaba tan preocupado por el potencial peligro al que se enfrentaba que tan sólo echó un breve vistazo al quiosco de prensa de la estación de trenes de Zoologischer Garten, el Zoo de Berlín. Los periódicos informaban de la llegada del vicepresidente Johnson, el general Clay y las tropas de refuerzo del Ejército de EEUU, pero Bolle tenía otras preocupaciones: el estudiante de filosofía estaba a punto de correr el mayor riesgo de su vida.

Antes de abrocharse los botones de su chaqueta azul claro, Bolle tanteó el bolsillo para asegurarse de que llevaba los dos documentos de identidad. Aunque no era un día particularmente caluroso, sudaba con profusión. Su madre adoraba su encantadora sonrisa, pero en aquel momento Bolle tenía el rostro fruncido de preocupación.

Uno de los dos documentos que llevaba en el bolsillo era el suyo, que utilizaría para pasar a Berlín Este. Según las normas vigentes desde el cierre de fronteras, que se había producido seis días antes, los berlineses del Oeste aún podían cruzar libremente a la zona soviética mostrando simplemente su documento de identidad. Lo que Bolle tenía planeado hacer con el segundo documento de identidad de Berlín Oeste era ayudar a escapar a Occidente a un amigo y compañero suyo de la Freie Universität, Winfried Kastner,¹ con quien compartía su pasión por la música jazz americana. Como la mayoría de estudiantes berlineses aquel verano, habían pasado gran parte de sus vacaciones escuchando el último hit de Ricky Nelson, «Hello Mary Lou», que había arrasado en Berlín.

Aunque la Freie Universität estaba situada en Berlín Oeste,

aproximadamente un tercio de sus 15.000 estudiantes antes del 13 de agosto vivían en Berlín Este. De la noche a la mañana, el cierre de fronteras había puesto punto final a sus carreras. Para Kastner se trataba de un revés particularmente duro, pues se disponía a iniciar el último año de la carrera de historia y, además, sabía que en la Alemania del Este no iba a poder proseguir con sus estudios, ya que su familia era políticamente desafecta. Así pues, Bolle le llevaba el documento de identidad de un amigo de Berlín Oeste que se parecía mucho a Kastner; el plan era simple: Kastner debía utilizarlo cuando la policía se lo solicitara y acceder así a Berlín Oeste.

Bolle era un estudiante conservador y apolítico, con una inclinación nula al riesgo, que el día después del cierre de fronteras se había negado a ayudar a otro compañero a escapar. Lo que lo había hecho cambiar de opinión desde entonces había sido el discurso de Willy Brandt del 16 de agosto. De hecho, había quedado tan impresionado que incluso había anotado en su diario su llamada a la acción: «Ahora es el momento de ser valientes», dijo Brandt, «para que el enemigo no pueda festejar mientras nuestros compatriotas se hunden en la desesperación. Debemos demostrar que somos dignos de los ideales que simboliza la Campana de la Libertad que pende sobre nuestras cabezas».

Dos días más tarde, entre lágrimas, la madre de Kastner le había pedido a Bolle que ayudara a su hijo durante una visita de éste a su piso del barrio de Köpenick, en Berlín Este. Los rumores decían que los controles fronterizos se volverían cada vez más estrictos, dijo, de modo que si alguien quería abandonar el Este debía hacerlo de inmediato. Aunque ella y su marido no querían separarse de su hijo, afirmó, eran conscientes de que lo primero era satisfacer su sueño de convertirse en profesor de historia, algo que nunca conseguiría en el Este.

Bolle había sugerido que su amigo cruzara uno de los canales a nado, pero Kastner había dicho que no era lo bastante buen nadador para eso. Kastner insistió en que la mejor forma de escapar pasaba por conseguir un documento de identidad de Berlín Oeste, de modo que le entregó a Bolle una foto suya y el nombre y la dirección de un cura católico que, según le dijo, se dedicaba a falsificar documentos.

Después de que el cura rechazara a Bolle, el estudiante de filosofía fue a visitar a un amigo que guardaba un gran parecido con Kastner. Éste se prestó a regalarle su documento, que podía sustituir declarando simplemente haberlo perdido. Sin embargo, se negó a realizar la entrega personalmente en Berlín Este, pues era demasiado arriesgado intentar regresar sin él. Hablando con falsa confianza, Bolle declaró que lo transportaría él mismo. «Si no te pescan, no te pueden colgar», fanfarroneó.

La noche antes de su arriesgada misión, Bolle le preguntó a su madre si, de encontrarse en su situación, ella ayudaría a alguien a escapar. Sólo si fuera un miembro de la familia o un amigo íntimo, respondió su madre. Su padre se mostró admirado por las buenas intenciones de su hijo, aunque temía que su Eberhard fuera demasiado asustadizo para aquella misión.

«Come algo», le dijo su padre. «¿Quién sabe cuándo volverás a hacerlo?» Bolle comió poco y sin hambre, mientras su padre le preguntaba qué diría si la policía de la Alemania del Este descubría su segundo pasaporte. Sus respuestas no fueron muy convincentes, de modo que ambos esperaron que no se llegara a ese extremo.

Bolle bajó del metro en la estación de Friedrichstrasse, donde descendían todos los viajeros que se dirigían a Berlín Este. Sudoroso y tembloroso, soltó un suspiro de alivio al ver que los guardias fronterizos lo dejaban pasar sin más. Pero cuando se encontraba ya en las escaleras de salida de la estación, un policía apareció por la derecha y lo asió firmemente del brazo.

Muchos años más tarde, después de que lo interrogaran, lo juzgaran, lo condenaran y lo encarcelaran, Bolle aún se preguntaba cómo era posible que aquel policía lo hubiera elegido justamente a él entre la multitud. Por desgracia conocía la respuesta.

Su miedo lo había delatado.

Tendría que ser el regreso de un general estadounidense retirado lo que devolviera la valentía a los habitantes de Berlín Oeste.

1. A petición del antiguo estudiante, en este libro no utilizamos su apellido real.

Un héroe vuelve a casa

[Hemos perdido Checoslovaquia](#). Noruega está amenazada... Si Berlín cae, la Alemania Federal irá detrás. Si realmente queremos... defender Europa del comunismo, no podemos ceder... Si Estados Unidos no comprende esto ahora, si no sabe que estamos ante un momento decisivo, nunca lo sabrá y el comunismo se impondrá. En mi opinión, el futuro de la democracia exige que nos quedemos.

El general LUCIUS CLAY, argumentando ante sus superiores por qué en su opinión EEUU debía permanecer en Berlín,
10 de abril de 1948

[¿Por qué iba alguien a querer escribir](#) un libro sobre una administración que tan sólo ha cosechado una ristra de desastres?

El presidente KENNEDY en respuesta a la propuesta del periodista Elie Abel, de escribir un libro sobre su presidencia,
22 de septiembre de 1961

AEROPUERTO DE TEMPELHOF, BERLÍN OESTE
MARTES, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1961

El regreso triunfal del general Lucius D. Clay a Berlín se produjo una tarde impropriadamente cálida y soleada de septiembre.

La mirada de terrazas de los cafés de Berlín Oeste, normalmente ya cerradas en septiembre, estaban rebosantes de clientes. El Zoológico de Berlín

batía récords de asistencia. Una suave brisa hacía oscilar una flotilla de barcos de vela en Wannsee, el gran lago de Berlín, y en las diversas vías fluviales conectadas con éste. Los años de la guerra, la división de la ciudad y ahora la construcción del muro no habían hecho más que exacerbar la inclinación de los berlineses a disfrutar de cada momento apacible.

Sin embargo, lo que levantó los ánimos de Berlín Oeste aquel día fue más la llegada del general Clay que el tiempo. Los habitantes de la ciudad consideraban que la decisión del presidente Kennedy de nombrar a Clay como su «representante personal» en Berlín era la prueba más convincente de la determinación y el compromiso de EEUU con la defensa de la ciudad. Ciertamente, concluyeron los berlineses, un hombre con el pedigrí de Clay no habría aceptado el trabajo a menos que Kennedy se hubiera decidido finalmente a plantarles cara a los soviéticos.

En 1948, y como gobernador militar de la zona estadounidense de Alemania, Clay se había convertido en el héroe del pueblo alemán al ordenar y ejecutar, con la ayuda de los británicos, el Puente Aéreo que había salvado a los dos millones de habitantes de Berlín Oeste de tener que elegir entre morir de hambre o rendirse a los comunistas. La operación, que duró 324 días, fue aún más extraordinaria por haberse producido apenas tres años después de que EEUU y sus aliados derrotaran a la Alemania nazi. En aquellos momentos aún no estaba nada claro que los estadounidenses fueran a arriesgar sus vidas y su fortuna por la seguridad de Europa, y menos aún por la mitad occidental de la que hasta hacía dos días había sido la capital de Adolf Hitler, que flotaba como una isla indefendible dentro del territorio comunista.

Los berlineses aún hablaban con asombro de los «*Rosinenbomber*» de Clay, los pilotos estadounidenses que habían lanzado golosinas con paracaídas para los niños de la ciudad al tiempo que rompían el bloqueo soviético. Pocas veces en la historia había habido una acción humanitaria tan arriesgada y exitosa para salvar a un enemigo derrotado. Los padres de la ciudad habían bautizado una de las avenidas más anchas y largas de Berlín Oeste, la Clayallee, en el barrio de Dahlem, en honor al hombre que había hecho posible dicha misión.

La determinación de Clay a la hora de luchar por la libertad de Berlín

Oeste nacía de su convicción (que se había forjado poco a poco, pero que ya había expresado ante sus superiores en abril de 1948) de que no había en el planeta ningún lugar en el que la presencia estadounidense fuera más fundamental que en esa ciudad. «Hemos perdido Checoslovaquia. Noruega está amenazada», les dijo. «Si realmente queremos... defender Europa del comunismo, no podemos ceder.» En su opinión, si Estados Unidos no comprendía la importancia de Berlín Oeste, el comunismo se impondría. «En mi opinión, el futuro de la democracia exige que nos quedemos.»

La nueva misión de Clay tan sólo tenía un defecto: sus motivaciones para aceptar el trabajo eran más nobles que las razones de Kennedy para ofrecérselo.

Para Clay, aquélla era una oportunidad de volver al campo de batalla principal de la guerra fría en otro momento histórico, cuando sus acciones volverían a ser decisivas. Para Kennedy, en cambio, la presencia de Clay en la ciudad obedecía fundamentalmente a motivaciones de política interna y relaciones públicas.

El nombramiento de Clay ayudaría a neutralizar a los conservadores críticos con Kennedy, ya que el general retirado no sólo era un héroe en Berlín: también era un héroe estadounidense y, en particular, republicano. Clay había sido decisivo a la hora de convencer a Eisenhower de que aspirara a la presidencia y a continuación había dirigido su campaña. Por otro lado, incorporando a Clay a su administración, Kennedy también minimizaba el daño que éste podía ocasionarle atacándolo desde fuera.

Sin embargo, las dudas de Kennedy sobre cuánto poder debía concederle a Clay en Berlín ponían de manifiesto su ambivalencia sobre cuál era la mejor forma de abordar a Jrushchov. Aunque Clay era el único estadounidense en Berlín que gozaba de línea directa con el presidente, éste no lo había puesto formalmente al mando de ningún organismo o contingente.

Kennedy incluso había modificado las instrucciones que había proporcionado a Clay para limitar la amplia autoridad que inicialmente le había ofrecido y que otorgaba al general «la responsabilidad total y absoluta sobre todas las decisiones relativas a Berlín». El presidente pidió disculpas a Clay por el cambio: «Lamento que al final la carta no sea como yo habría

deseado y como la había redactado originalmente, pero el Departamento de Estado considera que de otro modo habría que cortar todo tipo de canales».

A Clay no le quedó más remedio que aceptar aquel recorte de atribuciones, pues ya había dimitido como director general de la Continental Can Company, un trabajo francamente bien pagado. Con su lealtad habitual, Clay le respondió al presidente: «Teniendo en cuenta la situación en la ciudad, será una tarea muy difícil independientemente de cómo se lleve a cabo. [...] Si para usted es más sencillo que la carta esté redactada en estos términos, a mí me parece bien». Los dos hombres acordaron que Clay llamaría al presidente para discutir cualquier asunto importante.

La forma en que Kennedy nombró a Clay demuestra una vez más que el presidente se sentía más cómodo aparentando dureza que actuando realmente con dureza. Kennedy temía cada vez más que Jrushchov lo empujara hasta el precipicio y lo obligara a recurrir a las armas atómicas para defender Berlín, pero aún no había decidido en qué circunstancias y de qué forma estaba dispuesto a hacerlo. Tampoco tenía ni idea de qué papel debía asumir Clay en el proceso de toma de decisión, ni siquiera de si debía asumir alguno.

A pesar de sus dilemas, la popularidad de Kennedy parecía inexpugnable. La última encuesta Gallup apuntaba a que la mayoría de estadounidenses consideraban que la retahíla de reveses de su administración obedecía a golpes de mala suerte más que a una falta de liderazgo. El índice de valoración de Kennedy subiría hasta el 77 por ciento en octubre después de no bajar del 70 por ciento en todo el año y de alcanzar un 83 por ciento cuando la opinión pública cerró filas a su alrededor tras el episodio de Bahía Cochinos. En el cuarto de siglo de existencia de las encuestas Gallup, tan sólo Franklin Roosevelt después de Pearl Harbor y Harry Truman tras la muerte de Roosevelt habían gozado de unos índices de popularidad tan altos, aunque no habían logrado mantenerlos durante tanto tiempo.

Kennedy era un ávido lector de encuestas de opinión, que mostraban que nada menos que un 64 por ciento de los estadounidenses aprobarían una intervención militar de EEUU si los soviéticos o la Alemania del Este bloqueaban el acceso a Berlín Oeste, decisión a la que tan sólo se oponía un 19 por ciento de los encuestados. Asimismo, más del 60 por ciento de

estadounidenses aceptaban que hubiera una guerra si los soviéticos insistían en asumir el control sobre Berlín.

Con una base electoral tan belicosa, no es de extrañar que la elección de Clay resultara popular. Aún lo fue más entre los berlineses, que celebraron la llegada de Clay como si se tratara de un gladiador victorioso que regresara a casa. Sobre el asfalto del aeropuerto de Tempelhof, escenario de su heroica misión de 1948, los tanques americanos lo recibieron con una salva de diecinueve disparos. La élite de Berlín Oeste se reunió en un hangar, debajo de una inmensa bandera estadounidense y dos banderas de la ciudad de Berlín. [A diferencia de Kennedy, Clay se dirigió](#) a todos los berlineses y no sólo a los del Oeste. Se refirió a «nuestro compromiso con la libertad de Berlín y su gente. [...] He venido aquí impulsado por una fe absoluta en nuestra causa y por la confianza en el coraje y la firmeza de los habitantes de Berlín».

El alcalde de Berlín Oeste, Willy Brandt, que aún se lamía las heridas tras su derrota electoral de dos días antes, recibió a Clay en Fráncfort y lo escoltó en un vuelo de Pan American Airlines a Berlín. Su derrota a manos del canciller Adenauer le había provocado una gran decepción, particularmente después de la desagradable campaña electoral vivida, durante la cual su oponente lo había atacado vilmente. Sin embargo, Brandt había logrado hacer mella en Adenauer, cuyo electorado lo había castigado por las dudas que despertaba su avanzada edad y por su tibia respuesta al cierre de fronteras en Berlín. Los democristianos de Adenauer se habían mantenido como primera fuerza política del país, pero el canciller había perdido su mayoría absoluta y se había visto obligado a fiar su supervivencia política a una nueva coalición con los liberalesdemócratas.

[Los democristianos y sus socios](#) bávaros, la Unión Social Cristiana (CSU), habían perdido el 5 por ciento de los votos respecto a las elecciones anteriores y se habían quedado en un 45,3 por ciento. Los socialdemócratas de Brandt habían subido un 4,5 por ciento hasta conseguir un 36,2 por ciento de los votos. Los liberalesdemócratas se habían convertido en la tercera fuerza política alemana, aumentando su base de votantes del 4 al 12,8 por ciento. El cierre de fronteras en Berlín había provocado una realineación política en la Alemania Federal, de la cual Adenauer nunca llegaría a recuperarse del todo.¹

Brandt había apelado públicamente a los berlineses para que brindaran un cálido recibimiento a Clay, pero éstos no necesitaban apelaciones. Cientos de miles de berlineses abarrotaron las aceras de los diez kilómetros que Clay recorrió en coche por la ciudad. Había niños que hacían ondear banderines de EEUU a hombros de sus padres, que habían sido testigos del Puente Aéreo. Hubo tantas personas que lanzaron ramos a Clay que pronto el asiento trasero de su Mercedes negro estuvo lleno de flores.

Oficialmente, la misión de Clay en Berlín consistía en «informar, recomendar y aconsejar». Sin embargo, desde buen principio su intención fue la de ampliar sus atribuciones y asumir toda la responsabilidad sobre la política estadounidense en la ciudad, a la manera de un gobernador militar. Eso le llevaría a enfrentarse con varios hombres que se habían opuesto a su nombramiento y cuya autoridad se veía amenazada por su llegada: el general Lauris Norstad, comandante Jefe de la OTAN, destinado a París; el general Bruce Clarke, comandante de las tropas de EEUU en Europa, destinado a Heidelberg, y el embajador estadounidense en Alemania Walter Dowling, destinado a Bonn.

Clay anunció que su nueva misión consistiría en «demostrar la fuerza y la determinación de Estados Unidos» y obligar a la Unión Soviética a reconocer su responsabilidad sobre su sector. Clay estaba decidido a dejar claro que quienes dirigían Berlín eran aún las cuatro potencias, y no la Alemania del Este, a la que pretendía desenmascarar como el régimen títere que era. El general lamentaba que EEUU y sus aliados hubieran permitido la erosión de sus derechos sobre Berlín en su ausencia, y estaba decidido a revertir esa tendencia con la fuerza de su voluntad.

A Martin Hillenbrand, del Departamento de Estado, le preocupaba que Clay no se percatara de la poca libertad de movimiento de que disponía en Berlín ahora que EEUU había perdido el monopolio nuclear. Sin embargo, aquélla era otra de las posturas derrotistas que Clay llevaba toda su carrera combatiendo. Clay había ordenado la ejecución del Puente Aéreo de 1948 por su propia cuenta y riesgo, después de que el presidente Truman rechazara su plan inicial de enviar una brigada completa por la Autobahn para reabrir el acceso a Berlín. En el punto álgido del Puente Aéreo, cada tres minutos

atterrizaba en Tempelhof un avión de carga (relucientes C-54 y maltrechos C-47 de la guerra) lleno de comida y provisiones.

El inesperado éxito inicial de Clay había convencido al presidente Truman de dar su apoyo a la operación, contra la oposición de miembros del Pentágono y del Departamento de Estado que advertían de que la decisión de Clay podía provocar una nueva guerra cuando hacía tan sólo tres años que había terminado la última. Los llamados expertos militares de la época le habían dicho a Clay que era imposible mantener a dos millones de berlineses a través de un puente aéreo que debía trasladar 4.000 toneladas de provisiones diarias. La operación superaba en diez veces el puente aéreo nazi al Sexto Ejército alemán en Stalingrado, una operación que había terminado fracasando.

Clay había desafiado a los pesimistas y había ganado. Aquél había sido el momento decisivo de su vida y el que marcaría cada decisión que tomaría desde su nueva llegada a Berlín, en septiembre de 1961.

BERLÍN OESTE

MEDIADOS DE SEPTIEMBRE DE 1961

Un mes después del cierre de fronteras del 13 de agosto, los equipos de construcción trabajaban a destajo en toda la frontera, reemplazando las barreras temporales por las monumentales y permanentes *Todesstreifen*, o franjas de la muerte. Las autoridades de la Alemania del Este enviaban cada día brigadas de supuestos voluntarios que ayudaban a cavar las fosas y a despejar de árboles y arbustos la amplia tierra de nadie que debía contener el muro en expansión.

El periódico de la Alemania del Este *Sonntag* se vanaglorió de que los grupos de construcción incluyeran a científicos, filólogos, historiadores, doctores, directores cinematográficos, obreros de la construcción, periodistas y comerciantes. «Todo un pueblo trabajando en el Muro», declaró con orgullo el rotativo. Los internos estaban plantando los cimientos de su propia prisión. Cada semana, varios de esos «voluntarios» aprovechaban la proximidad del

muro para saltarlo o colarse por uno de sus cada vez más escasos puntos débiles. Las historias más espectaculares se convirtieron en leyenda.

A sus veintiún años, el estudiante de ingeniería agrícola Albrecht Peter Roos empezó a planear su fuga mientras trabajaba en uno de esos grupos de obreros, cerca de la Puerta de Brandenburgo. Sus dos hermanas vivían ya en la Alemania Federal y él prefería ir con ellas a construir una barrera más eficiente que lo hiciera imposible. Cuando los trabajadores realizaron una pausa para comer, Roos buscó al policía que escoltaba al grupo y le pidió permiso para ir a orinar.

El guarda se encogió de hombros. «No tarde», le dijo.

Roos se metió en el bosque, donde se tropezó con otros dos estudiantes ocultos entre los matorrales que también esperaban poder escapar. Encabezando su carrera rumbo al Oeste, Ross saltó una fosa y pasó por debajo de una barrera, tras la cual se topó con una alambrada de púas en la que quedó atrapado. Logró soltarse con la ayuda de sus dos compañeros de fuga, a los que a continuación ayudó a cruzar. Sangrando debido a las docenas de cortes sufridos, los tres se lanzaron apresuradamente y en zig-zag hacia el Oeste, temiendo que los guardias los estuvieran persiguiendo y pudieran dispararles.

Un policía de Berlín Oeste los recibió en tierra libre con una botella de vino y el primer plátano que Roos hubiera visto o comido en su vida.

Cada día, las páginas de los periódicos de Berlín Oeste iban llenas de noticias sobre fugas similares. Se contaba la historia de un conductor de ambulancias de veinticuatro años que había cruzado con su ambulancia la alambrada de púas en Prinzenstrasse, entre una lluvia de disparos de metralleta. Existen fotos en las que aparece posando, sonriente e ileso, junto a su vehículo acribillado. Hubo también tres berlineses del Este que lograron atravesar la barrera de la Bouchestrasse a bordo de su camión de 6,5 toneladas, que se detuvo justo encima de la acera que marcaba el límite fronterizo. Los tres hombres lograron eludir los disparos de la policía y alcanzar la libertad. Un policía de Berlín Oeste devolvió la llave del vehículo con gesto triunfante a los Vopos por encima de la barrera.

Para los berlineses, lo que más cambió tras el cierre de fronteras fueron los domingos por la tarde, el momento de la semana en que los alemanes

suelen reunirse con la familia y los amigos. Con las conexiones telefónicas cortadas, los berlineses del Este y del Oeste se comunicaban entre sí desde ambos lados del muro, desde plataformas y escaleras; algunos sujetaban bebés acabados de nacer para que los abuelos pudieran verlos, otros exhibían carteles con mensajes de amor escritos con letras grandes y colores vivos, para que se pudieran leer desde lejos.

Rápidamente lo extraño se convirtió en rutina. Novias y novios de Berlín Oeste vestidos con traje de bodas se acercaban al Muro para que sus familiares pudieran saludarlos desde el Este. La policía de la Alemania del Este, cansada ya de las protestas de los habitantes de Berlín Oeste, los dispersaba con cañones de agua y gas lacrimógeno en los puntos fronterizos de los barrios de Neukölln, Kreuzberg y Zehlendorf.

Los buses turísticos mostraban las principales nuevas atracciones de la ciudad: una iglesia tapiada junto a la frontera, las puertas tapiadas de un cementerio, personas tristes tras una alambrada de púas, extraños animales de un zoológico surrealista. Un guía turístico le dijo al grupo de holandeses que iban en uno de esos autobuses que otro puñado de refugiados escaparían aquella noche: he aquí otro aspecto de la nueva forma de vida de los berlineses.

ENCLAVE DE STEINSTÜCKEN, BERLÍN OESTE
JUEVES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1961

El general Clay decidió actuar rápidamente para que su llegada no pasara desapercibida a las autoridades soviéticas y de la Alemania del Este.

Cuarenta y ocho horas después de su llegada, centró su irresistible atención en el curioso drama de los 190 residentes en Steinstücken, unas 42 familias en total. Un accidente geográfico había querido que el pequeño enclave del barrio de Zehlendorf, en Berlín Oeste (situado en el extremo suroeste del sector estadounidense de Berlín) quedara separado de Berlín Oeste por una franja de zona soviética. El único acceso al enclave era una carreterita llena de curvas que desde 1945 se encontraba bajo el control de la

policía de la Alemania del Este.

Como resultado del cierre de fronteras, aquel aislado poblado se había convertido en la parte más vulnerable de Berlín Oeste y, con ello, de Occidente. La policía de la Alemania del Este había rodeado Steinstücken con alambre de púas y barreras, que más tarde había reforzado con torres de vigilancia y una zona de nadie de cien metros de ancho. A continuación habían negado el acceso a los no-residentes y con cada día que pasaba, aquella comunidad cerrada iba perdiendo poco a poco cualquier esperanza en su futuro.

Las autoridades de la Alemania del Este habían amenazado con tomar por asalto el enclave para recuperar a un súbdito de la Alemania del Este que se había refugiado allí para, a continuación, descubrir que no tenía forma de escapar. Existía un rumor bastante extendido que aseguraba que Ulbricht tomaría el control de aquella comunidad si antes de final de año Occidente no demostraba que tenía intención de protegerla. La Alemania del Este había hecho ya lo mismo con otras regiones igualmente precarias del territorio de Berlín Oeste, aunque en esos casos se trataba de zonas menos delicadas, que contenían apenas huertos o bosques deshabitados.

Sin comunicar sus planes a sus superiores estadounidenses ni a las autoridades comunistas, el 21 de septiembre, unos minutos después de las once de la mañana, Clay voló a Steinstücken a bordo de un helicóptero militar, con dos helicópteros más protegiendo sus flancos, y proporcionó a la comunidad dos cosas que les faltaban: un televisor y esperanza. A petición expresa de Clay, el alcalde se reunió con él en el restaurante Steinstücken, el único establecimiento del enclave que hacía también las veces de bar y supermercado. Los dos hombres abrieron una botella de vino y bebieron generosamente mientras discutían los temores de los habitantes y las posibles soluciones.

El general Clay pasó tan sólo cincuenta minutos en Steinstücken, pero éstos bastaron para que el periódico de Berlín Este *Neues Deutschland* describiera su acción como «un movimiento casi-bélico en una situación por lo demás calmada». La embajada británica protestó ante Washington, alegando que Clay estaba arriesgando demasiado por demasiado poco.

Sin embargo, y para demostrar que no iban a amedrentarlo, al día siguiente Clay envió otro helicóptero con un destacamento de tres hombres de la 278.^a Compañía de la Policía Militar para que establecieran la primera avanzadilla estadounidense en Steinstücken, que iba a mantenerse activa durante una década. El teniente de la Policía Militar Vern Pike voló también al enclave para ayudar a instalar el centro de mando en el sótano del alcalde y montar las antenas de comunicaciones dentro de la chimenea. A continuación, Clay ordenó al general Watson, el comandante local, que organizara una ofensiva terrestre programada para tres días más tarde, el 24 de septiembre, para «liberar» Steinstücken. El plan consistía en utilizar dos compañías para abrir un corredor hasta la comunidad a través de la nueva barrera berlinesa.

Casualmente, el comandante europeo, el general Bruce C. Clarke, llegó en tren esa misma mañana procedente de Heidelberg para inspeccionar el operativo en Berlín. Mientras desayunaban, Watson y el brigadier general Frederick O. Hartel le comentaron alegremente a su superior que había elegido una mañana «muy interesante» para visitar la ciudad, pues tres horas más tarde empezaría la operación Steinstücken.

«¿Quién te ha ordenado *eso*?», protestó Clarke.

«El general Clay», respondió Watson.

«Al, ¿acaso no sabes para quién trabajas?», le espetó Clarke. «¿Has olvidado quién escribe tu informe de eficiencia?»

Clarke dio instrucciones a sus subordinados para que no obedecieran más órdenes de Clay, retiraran sus tropas del bosque y las devolvieran a sus barracones. Entonces fue a ver a Clay en su despacho y, señalando el teléfono rojo que tenía encima de la mesa, lo desafió a llamar a Kennedy o a «mantener sus malditos dedos lejos de mis hombres».

«Vaya, Bruce», respondió Clay, «ya veo que no vamos a llevarnos bien.»

Clay estaba convencido de saber hasta dónde podía presionar a los soviéticos y también de que pisaba terreno seguro, pues Moscú «no iba a permitir que un asunto menor [como lo de Steinstücken] se convirtiera en un incidente internacional porque sus títeres de la Alemania del Este no supieran manejar la situación».

Unos días más tarde, las tropas estadounidenses evacuaron a siete

ciudadanos de la Alemania del Este que habían cruzado la verja del jardín del alcalde en su camión para conseguir refugio en Occidente. La policía militar les cortó el pelo para que parecieran soldados, los vistió con uniformes y cascos de la policía militar, y los evacuó en un helicóptero del Ejército de EEUU. Aunque las autoridades de la Alemania del Este amenazaron con derribar el helicóptero, Clay estaba en lo cierto y Moscú no les permitió asumir ese riesgo.

Los vuelos de y a Steinstücken se convirtieron en una práctica rutinaria. Generalmente los helicópteros trasladaban a miembros de la policía militar del cuartel general a la base y viceversa, pero a veces también escoltaban a refugiados. Clay no sólo tenía la sensación de haber dado ejemplo tanto a los berlineses como a sus superiores, sino que también se había afianzado en su convicción, forjada en 1948, de que los soviéticos se echarían atrás siempre que Occidente adoptara una actitud firme.

Envalentonado, Clay pisó el acelerador y anunció que el Ejército Estadounidense reanudaría las patrullas en la Autobahn, que Washington había decidido detener hacía seis años. Se trataba de su respuesta a la política de acoso y hostigamiento de la policía de la Alemania del Este a los vehículos americanos, que a menudo se veían sujetos a inspecciones que podían durar varias horas. Las patrullas iban a intervenir en cualquier incidente en el que se viera involucrado un coche estadounidense; los problemas se terminaron al cabo de poco tiempo.

Los habitantes de Berlín Oeste estaban eufóricos. El *Berliner Morgenpost* publicó en portada una foto del general Clay besando a su mujer Marjorie, a su llegada al aeropuerto de Tempelhof. El pie de foto decía: «Hasta el último niño de Berlín sabe lo mucho que este norteamericano ha hecho por la libertad de la ciudad. Sus últimas acciones han llegado al corazón de los berlineses: el establecimiento de un comando estadounidense en Steinstücken y la reanudación de los controles militares en la Autobahn».

Lo que no podían saber era que los enemigos más peligrosos de Clay estaban ya planeando la contraofensiva. En Washington. La última vez que Clay había excedido sus órdenes en Berlín, el presidente Truman le había cubierto las espaldas. Clay no tenía forma de saber si Kennedy iba a hacer lo

mismo, aunque estaba a punto de averiguarlo.

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

SÁBADO, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1961

El habitual corrillo de invitados se había reunido en el complejo de los Kennedy en Hyannis Port, donde el presidente Kennedy estaba trabajando en un discurso que iba a pronunciar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas al día siguiente.

Entre dichos invitados estaban el hermano del presidente, Teddy; su cuñado, el actor Peter Lawford; Frank Sinatra, y el playboy dominicano Porfirio Rubirosa con su última esposa. Sinatra había llegado acompañado de lo que el chófer de Joseph Kennedy, Frank Saunders, describió como «un grupo de miembros de la jet set y la *beautiful people*», entre ellos varias mujeres que, a su parecer, parecían prostitutas. Las criadas estaban excitadísimas.

Saunders recordaría más tarde que durante la noche había oído jaleo de fiesta en la casa y que en un momento dado había salido de su bungalow para devolverle a Joe Kennedy sus botas de montar. Había encontrado al viejo padre del presidente al fondo del pasillo, manoseando a una mujer tan bien dispuesta como bien dotada.

«¡Mis botas de montar!», lo oyó exclamar Saunders. «¡Justo a tiempo!»

Todo ello formaba parte del escandaloso ruido de fondo de la administración Kennedy y del caos apenas controlado que regía la vida personal del presidente y de quienes lo rodeaban. La imagen pública del presidente adicto al trabajo, ávido lector y padre de familia contrasta vivamente con una realidad que sólo emergería años más tarde a través del testimonio directo de, entre otros, los miembros de su Servicio Secreto. A sus miembros, que no compartían la motivación de sus asesores y familiares por forjar la imagen de Kennedy, les preocupaban los riesgos y los problemas de seguridad que podían derivarse de la actitud mujeriega de Kennedy.

A Larry Newman, que se había incorporado al servicio secreto en 1960, le

preocupaban menos los dilemas morales que el hecho de que el hombre que se encargaba de procurarle mujeres al presidente, Dave Powers, no permitiera que los agentes de seguridad cachearan a las mujeres. En aquella época se rumoreaba que Fidel Castro podía estar tramando una venganza por el episodio de Bahía Cochinos. «Nunca podíamos saber si al día siguiente el presidente iba a estar vivo o muerto», le contaría más tarde al periodista Seymour Hersh. Newman dijo que los agentes de seguridad debatían medio en broma a quién le tocaría comparecer ante el subcomité de la Casa Blanca si le pasaba algo al presidente.

Tony Sherman, miembro del equipo de seguridad de Kennedy en Salt Lake City, recordaría más tarde los días en que Kennedy «no trabajaba en absoluto». A Sherman no le hacía ninguna gracia que parte de su trabajo consistiera en alertar a los asesores de Kennedy si su mujer llegaba por sorpresa y había peligro de que descubriera sus correrías. Al oficial de policía William T. McIntyre, de Phoenix, le preocupaba que como agente del orden le pidieran que hiciera la vista gorda ante la obtención ilegal de prostitutas. El agente Joseph Paoella, de Los Ángeles, adoraba a Kennedy y le encantaba que éste recordase siempre el nombre de sus agentes de seguridad, pero le preocupaba que alguien pudiera hacerle chantaje al presidente con sus infidelidades. Él y otros agentes habían apodado a uno de los invitados de Kennedy aquel fin de semana, Peter Lawford, como «el rancio», por sus excesos con la bebida y su agresividad con las mujeres.

Con todo ese jolgorio de fondo, Kennedy estaba dando los toques finales a uno de los discursos más importantes de su presidencia y su primera indicación importante al mundo de cómo tenía intención de proceder en lo tocante a Moscú y al control de armas nucleares tras el cierre de fronteras en Berlín. El discurso se producía tan sólo cuatro días después de que un accidente de aviación en África se hubiera cobrado la vida del Secretario General de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld. Los soviéticos habían empezado a intrigar para lograr que Hammarskjöld fuera reemplazado por una troica que representara al bloque occidental, al bloque comunista y a los «países neutrales».

[Los índices de popularidad de Kennedy](#) desafiaban la ley de la gravedad,

pero el presidente era consciente de que tras éstos se ocultaba una serie de reveses políticos y de enconados problemas internos que, con el paso del tiempo, podían socavar su liderazgo. El viernes anterior, antes de salir de Washington con rumbo a Hyannis Port, Kennedy se había reunido brevemente con el director de la oficina del *Detroit News* en Washington, Elie Abel, al que un editor de Nueva York había pedido que escribiera un libro sobre el primer mandato del presidente y que había acudido a Kennedy para pedirle su cooperación. Sentados en la sala de estar de la Casa Blanca, con los motores del *Marine One* rugiendo de fondo, Abel se tomó un bloody mary mientras Kennedy intentaba disuadirlo de aquel proyecto. «¿Por qué iba alguien a querer escribir un libro sobre una administración que tan sólo ha cosechado una ristra de desastres?», le preguntó.

Abel se encontró en la curiosa posición de tener que intentar convencer a Kennedy de que, aunque las cosas no habían empezado muy bien, al final lograría grandes objetivos y que él y sus amigos estarían orgullosos de su administración.

El domingo, Kennedy aterrizó con Lawford en la terminal de la Marina del aeropuerto de La Guardia, en Nueva York, a las 18.35. Allí los recibieron el alcalde Robert Wagner, el secretario de estado Rusk y el embajador estadounidense en las Naciones Unidas Adlai Stevenson. Pierre Salinger, el secretario de prensa del presidente, hombre corpulento y buen vividor, había llegado anticipadamente tras una llamada urgente del espía soviético Georgi Bolshakov, que seguía desempeñando su papel de contacto informal con Jrushchov. Bolshakov había dicho que era urgente que Salinger se reuniera con Mijaíl Jarlamov, el director de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, que tenía un mensaje urgente para el presidente.

Bolshakov, que llevaba varios meses trabajando de forma impecable para sus superiores, empezaba a cansarse de su papel. Aunque seguía siendo un agente de espionaje militar de rango medio, ahora era también el custodio de una línea directa con Jrushchov ya totalmente instaurada, a la par que francamente explotada. Salinger consideraba a Bolshakov como «un hombre tres-en-uno: intérprete, editor y espía».

Siguiendo las instrucciones de Salinger, a las 19.15 del domingo,

Bolshakov acompañó a Jarlamov a través de una entrada lateral poco concurrida del Carlyle, el hotel que servía como residencia del presidente en Nueva York. El vestíbulo estaba abarrotado de periodistas ansiosos por captar una instantánea del presidente, de modo que un agente del servicio secreto escoltó a los dos soviéticos hasta un ascensor trasero.

Salinger quedó desconcertado ante las primeras palabras de Jarlamov: «La tormenta en Berlín ha terminado».

En su opinión, le dijo Salinger a Jarlamov, la situación en Berlín no podía ser mucho peor.

«Tenga paciencia, amigo mío», respondió Jarlamov, que le preguntó a Salinger si el presidente había recibido el mensaje que Jrushchov le había enviado a través del corresponsal del *New York Times* en París, Cyrus L. Sulzberger, que había entrevistado al líder soviético a primeros de septiembre.

Salinger dijo que no, aunque en realidad el 10 de septiembre Sulzberger le había entregado a Kennedy una nota personal que Jrushchov le había confiado durante una entrevista hacía tan sólo cinco días, y a la que Kennedy aún no había respondido.

Jrushchov le había dicho a Sulzberger: «Si ve al presidente Kennedy personalmente, me gustaría que le dijera que no vería con malos ojos organizar algún tipo de contacto informal con él para encontrar una forma de resolver la crisis [de Berlín] sin dañar el prestigio de Estados Unidos, sobre la base de un tratado de paz con Alemania y [el establecimiento] de la Ciudad Libre de Berlín Oeste». El líder soviético había sugerido que Kennedy se sirviera de contactos informales para hacerle llegar su opinión sobre la propuesta y para «discutir varias formas y fases operativas para preparar a la opinión pública sin poner con ello en peligro el prestigio de Estados Unidos».

Jarlamov repitió ante Salinger la esencia del mensaje de Jrushchov, aunque hablaba tan atropelladamente que Bolshakov tenía problemas para traducir sus palabras. Salinger le dijo que se lo tomara con calma, que tenían tiempo; el presidente había salido a cenar y posteriormente iba a asistir a una obra de teatro en Broadway, de modo que no volvería al hotel hasta después de la medianoche.

Jarlamov respiró hondo y dijo que la situación era urgente. Jrushchov

consideraba que los planes de Kennedy para una concentración militar estadounidense en Europa entrañaban un peligro inminente. Por eso el líder soviético le había comentado a Sulzberger su deseo de establecer un canal privado con Kennedy para resolver la cuestión alemana.

Jrushchov quería celebrar otra cumbre con Kennedy para discutir las propuestas estadounidenses sobre Berlín, dijo Jarlamov. El líder soviético dejaría que fuera Kennedy quien marcara el tempo, pues era consciente de las «evidentes dificultades políticas» del presidente estadounidense, pero en el fondo tenía prisa. Jarlamov se refirió a las «continuas presiones» dentro del bloque soviético para que Jrushchov firmara un tratado de paz con la Alemania del Este. Por otro lado, añadió, el peligro de un incidente militar en Berlín era demasiado alto como para aplazar el acuerdo.

Jrushchov también quería influir en el discurso que Kennedy iba a pronunciar en la ONU el lunes (o cuando menos conocer su contenido), pues deseaba evitar cualquier tipo de tensión que pudiera dar esperanzas a sus oponentes de cara al Congreso del Partido que iba a celebrarse a finales de octubre. Jarlamov le dijo a Salinger que el líder soviético «espera que el discurso del presidente en la ONU no se convierta en otro ultimátum belicoso como el del 25 de julio. [...] No lo necesita».

Salinger dejó un mensaje para que Kennedy lo llamara en cuanto regresara a su habitación. Entonces les sirvió whisky y soda a sus invitados rusos. Cuando éstos se marcharon, dos horas más tarde, Salinger les prometió que tendrían la respuesta del presidente al día siguiente a las 11.30 de la mañana, antes del discurso de Kennedy ante la Asamblea General en la ONU.

Kennedy llamó a Salinger a la una de la madrugada y lo invitó a su dúplex de la planta 34 del Carlyle. Aquélla era su «casa» de Nueva York; su padre pagaba el alquiler y el dúplex estaba lleno de antigüedades francesas. Con las cortinas abiertas, como estaban aquella noche, el apartamento ofrecía unas espectaculares vistas de la ciudad. Salinger encontró a Kennedy en la cama, con un pijama blanco, mascando un puro y leyendo. A petición del presidente, Salinger repitió varias veces los puntos clave de su conversación con Jarlamov.

El presidente le dijo a Salinger que Sulzberger no le había dicho nada

acerca de su reunión con Jrushchov, de modo que el mensaje seguramente no había llegado a Kennedy. Kennedy se alzó de la cama y echó un vistazo a Manhattan. Le dijo a Salinger que «si Jrushchov está dispuesto a escuchar nuestras opiniones sobre Alemania» aquello era una buena noticia, y que significaba que seguramente no firmaría un tratado de paz con el régimen de Ulbricht aquel año que pudiera provocar otra crisis. Sin embargo, Kennedy creía que la insistencia continua de Moscú por firmar un tratado de paz que reconociera la existencia de la Alemania del Este podía volver a conjurar el fantasma de la guerra si Jrushchov ponía en peligro el acceso a Berlín Oeste.

El presidente llamó al secretario Rusk a la una y media de la madrugada y, juntos, elaboraron un mensaje que Salinger entregaría a los soviéticos a la mañana siguiente. Salinger escribió a mano sobre el papel de carta del hotel mientras el presidente dictaba. Les diría a los soviéticos que Kennedy se había mostrado «cautelosamente receptivo» a la propuesta de celebrar una cumbre por Berlín, pero que antes quería que los soviéticos demostraran su buena fe garantizando la neutralidad de Laos. Sólo entonces tendría sentido organizar una cumbre sobre la cuestión alemana, mucho más compleja, con la esperanza de alcanzar «un acuerdo significativo».

El tono debía ser cordial pero cauto. Aunque en Viena Kennedy y Jrushchov habían acordado colaborar en la consecución de un Laos unido y neutral, los soviéticos se habían hecho a un lado mientras los norvietnamitas prestaban su apoyo militar al Pathet Lao comunista; además, Moscú contribuía a financiar dos tercios de su creciente ejército secreto. Salinger repetiría ante Jarlamov las palabras exactas del presidente: «Estaremos observando y esperando». Ése era el mensaje que Kennedy deseaba que Salinger transmitiera a los soviéticos.

Kennedy repasó su discurso ante la ONU con Salinger hasta las tres de la madrugada. La versión final del texto era mucho más moderada de lo que los soviéticos preveían y se mostraba particularmente cauta en lo tocante a Berlín.

El presidente llevaba varias semanas trabajando agónicamente en el discurso. Aunque aún faltaban tres años para las elecciones, Kennedy tenía la sensación de que sus oponentes habían empezado a percibir su debilidad. Barry Goldwater, senador por Arizona y el republicano mejor posicionado,

había abandonado sus reservas a la hora de atacar a Kennedy y había declarado que los temores de los berlineses del Oeste a verse abandonados estaban «perfectamente justificados». Goldwater añadió: «En cualquier momento, los diplomáticos empezarán a hablar de negociaciones sobre la situación creada por los soviéticos cuando en realidad no hay nada que negociar; es la hora de que los defensores de la libertad se muestren precavidos». El 28 de septiembre, en el marco de una conferencia republicana, Goldwater había asegurado que si las elecciones se celebraran el día siguiente, se impondría con la mayoría republicana más abrumadora de todos los tiempos.

Kennedy debía recuperar la iniciativa. Jrushchov «nos ha escupido en el ojo tres veces», se quejó Kennedy ante su embajador en la ONU, Adlai Stevenson. «Ha logrado una serie de victorias aparentes: en el espacio exterior, en Cuba, el trece de agosto... Quiere dar la sensación de que estamos derrotados.»

El vicepresidente Lyndon Johnson arguyó que el presidente no podía apelar al desarme en Nueva York para, acto seguido, regresar a Washington, mandar más divisiones a Berlín y reiniciar las pruebas nucleares subterráneas, que era exactamente lo que Kennedy tenía planeado hacer. Pero tras diez meses tratando a Jrushchov el presidente había aprendido ya que tan sólo podía enfrentarse a él recurriendo a contradicciones.

El discurso de Kennedy en las Naciones Unidas fue extraordinario, alimentado por su creciente fijación en la perspectiva de un conflicto nuclear. Ésta, a su vez, estaba alimentada por un sinfín de reuniones secretas con sus asesores, en las que habían discutido todos los detalles de una hipotética guerra nuclear, hasta el número de víctimas que ésta tendría en el bando soviético. Cada palabra de su discurso reflejó su preocupación ante esa carga.

«**Un desastre nuclear**», dijo Kennedy ante la Asamblea General, «propagado por el viento, el agua y el miedo, podría sepultarnos a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, alineados y no alineados por igual. La humanidad debe poner fin a la guerra, o la guerra pondrá fin a la humanidad.»

El presidente subrayó su propuesta para un «desarme general y completo», garantizado por un efectivo control internacional. «Hoy, cada habitante del

planeta debe pensar en el día en que éste no sea habitable», dijo. «Cada hombre, cada mujer y cada niño vive bajo una espada de Damocles nuclear que pende del hilo más exiguo, un hilo que puede romperse en cualquier momento por accidente, por un error de cálculo o por una locura. Debemos eliminar las armas de guerra antes de que éstas nos eliminen a nosotros.»

Enterrado en el discurso había también un mensaje conciliador dirigido a Jrushchov. Aunque sólo los iniciados lo supieron interpretar, sugería que las preocupaciones soviéticas respecto a la Alemania del Este habían estado justificadas e incidía en una opinión de Jrushchov que molestaba a los diplomáticos veteranos y que aseguraba que los intereses estadounidenses en Europa no se extendían más allá de Berlín Oeste. Aunque más tarde Salinger insistiría en que Kennedy no había modificado su discurso la noche anterior, la verdad es que el mensaje debió de satisfacer a Jrushchov.

«No nos enrocamos en fórmulas inflexibles», dijo. «Sabemos que no existe una solución perfecta. Somos conscientes de que los soldados y los tanques pueden, durante un tiempo, mantener una nación dividida en contra de su voluntad, por muy poco sensata que esa política nos pueda parecer. Pero creemos también que es posible alcanzar un acuerdo pacífico que proteja la libertad de Berlín Oeste y la presencia y el acceso aliado, al tiempo que reconozca los intereses históricos y legítimos de otras partes, y que garantice la seguridad europea.»

Kennedy cerró su discurso inflamado por la relevancia del momento histórico: «Los acontecimientos y las decisiones de los próximos diez meses pueden decidir el destino de la humanidad durante los próximos 10.000 años... Y nosotros, los presentes hoy en esta sala, seremos recordados como parte de la generación que convirtió este planeta en una humeante pira funeraria o como la generación que cumplió con su promesa de “salvar a las futuras generaciones del azote de la guerra”.»

Aunque expresado en términos poéticos, el discurso de Kennedy finalizaba con otra oferta a negociar, sin dedicar una sola palabra a reprochar a Moscú el cierre de fronteras de agosto. «Nunca negociaremos empujados por el miedo y nunca tendremos miedo a negociar. [...] Pues juntos salvaremos nuestro planeta, o juntos pereceremos entre sus llamas.»

La elevada retórica de su discurso ayudó a establecer la reputación de Kennedy como líder mundial. El senador estadounidense Mike Mansfield aseguró haber presenciado «uno de los mejores discursos de nuestra generación». Sin embargo, a quienes oyeron a Kennedy desde Berlín Oeste no les pasó por alto que el presidente estadounidense se había mostrado dispuesto a seguir negociando a expensas suyas, o su falta de determinación a la hora de eliminar la barrera que los dividía.

[Pero más reveladores fueron los halagos](#) que el discurso mereció por parte de las autoridades de la Alemania del Este. El régimen de Ulbricht lo definió como una piedra de toque hacia una nueva coexistencia pacífica. El periódico del partido, *Neues Deutschland*, lo tildó de «extraordinario en tanto que demuestra la voluntad estadounidense de negociar».

[Los editorialistas de la Alemania Federal](#) obviaron las florituras del discurso y se centraron en sus afirmaciones más flojas. El *Bild-Zeitung* se preguntó amargamente si cuando Kennedy hablaba de «los intereses históricos y legítimos de otras partes» sugería que Moscú tenía derecho a «dividir Alemania o impedir su reunificación».

[El ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Federal](#) Heinrich von Brentano declaró ante el comité central de la Unión Democristiana que el país debía «prepararse para combatir con todas sus fuerzas las tendencias que pretendían alcanzar una solución sobre Berlín a expensas de la Alemania Federal».

El canciller alemán Konrad Adenauer se quejó ante algunos amigos de que Kennedy no hubiera mencionado ni una sola vez la unificación alemana ante las Naciones Unidas. Kennedy tampoco realizó la demanda ritual de elecciones libres en toda Alemania. De hecho, el presidente estadounidense parecía decidido a reformular todas las cuestiones de principio relacionadas con Berlín. Kennedy ni siquiera había hecho lo mínimo: exigir la reintroducción de la libre circulación de personas en Berlín. Adenauer empezó a preparar un viaje a Washington con la esperanza de intentar que Kennedy volviera a la senda del mensaje de sus predecesores, si no era ya demasiado tarde.

[Los temores de Adenauer](#) a que Kennedy pudiera abandonar a la Alemania

Federal alcanzaron cotas tan altas que el 29 de agosto envió a Jrushchov un mensaje secreto a través del embajador de la Alemania Federal Kroll. A pesar de que en público se mostraba contrario a las negociaciones con Moscú, en privado instó a los soviéticos a entablar nuevas negociaciones. «Los dos mayores peligros», dijo, «surgen cuando los tanques de un bando y los tanques del otro están encarados a pocos metros de distancia, como sucede ahora en Berlín, aunque aún es más peligroso que no sepan calcular correctamente la situación.»

En el *Berliner Morgenpost*, los lectores debatían si aún podían confiar en que los estadounidenses fueran a defender la libertad de Berlín. Uno de los lectores, del barrio de Steglitz, se preguntaba si Occidente le entregaría a la Unión Soviética un cheque en blanco sobre Berlín Oeste antes de final de año. Otro escribió que los marxistas estaban en lo cierto cuando afirmaban que la abundancia capitalista estadounidense había dado lugar a una sociedad indecisa e indiferente, «aunque tan sólo faltan cinco minutos para la medianoche».

Junto a esas cartas se publicó una de Raymond Aron, el famoso filósofo francés, que recogía las palabras del líder francés Charles de Gaulle durante una aparición televisiva aquella semana. «Lo que está en juego», escribió Aron, «no es sólo el destino de dos millones de berlineses, sino la capacidad de Estados Unidos de convencer a Jrushchov de que posee la tenacidad necesaria para no ceder en el tira y afloja.»

Los habitantes de Berlín Oeste estaban confundidos por los mensajes contradictorios que recibían de quien debía ser su garante. Un día el general Clay aterrizaba en Steinstücken y demostraba la fuerza de EEUU reiniciando las patrullas en la Autobahn. Al día siguiente, Kennedy pronunciaba un discurso que apuntaba a la continuación de la retirada estadounidense. Kennedy ni siquiera se había referido a la existencia del Muro, ni al hecho de que la Alemania del Este continuara reforzándolo cada día.

El columnista del *New York Times* James «Scotty» Reston escribió que Kennedy «ha hablado como Churchill pero actúa como Chamberlain». En la misma columna, Reston se refería a la filtración de un informe de Kennedy sobre las medidas de confrontación aplicadas por Clay en Berlín; en el

informe, el presidente preguntaba a sus altos cargos por qué se malinterpretaba su política de negociación sobre la cuestión de Berlín.

A partir de diversas señales y de los informes de sus servicios de espionaje, Jrushchov empezaba a presentir que la línea dura de Clay en Berlín obedecía tan sólo a la improvisación de un general retirado, y que no contaba con la bendición presidencial. Existían suficientes señales sobre las discrepancias existentes en los círculos políticos estadounidenses como para que Jrushchov se aventurara a poner a prueba esas diferencias.

Así pues, el mariscal Konev envió una seca nota al general Watson exigiendo el fin de las patrullas «ilegales» de Clay en la Autobahn. Su carta, advertía Konev, no era «una protesta sino una advertencia». La administración Kennedy ordenó poner fin a las patrullas de Clay en la Autobahn después de que éstas hubieran operado de forma satisfactoria durante una semana. Los enemigos estadounidenses de Clay se habían convertido en los mejores aliados de Konev.

El 27 de septiembre, el general Clarke voló a Berlín para abroncar de nuevo a su comandante. Tras una comida con Clay y con la prensa, el general Clarke advirtió al general Watson, su comandante en Berlín, de que las fuerzas estadounidenses no podían seguir respondiendo a las acciones soviéticas o de la Alemania del Este sin su consentimiento. La prensa de la Alemania del Este se enteró de las diferencias entre Clay y la administración Kennedy y decidió sacarle punta al asunto.

Pero entonces Clarke se enteró de otra operación secreta de Clay.

Éste había ordenado a los ingenieros del ejército que construyeran en un bosque oculto a las afueras de Berlín unas barreras que reprodujeran lo más fielmente posible las características del Muro. A continuación, las tropas estadounidenses habían montado bulldozers sobre sus tanques y, con la supervisión de Clay, se habían dedicado a derribar el muro utilizando diferentes velocidades y colocando la pala a diferentes alturas para lograr el máximo efecto. El objetivo de Clay era encontrar la mejor forma de atravesar la barrera si se presentaba la oportunidad o la necesidad de hacerlo.

«En cuanto me enteré de la existencia de la operación», escribiría más tarde el general Clarke en una correspondencia privada, «ordené detenerla y

eliminar todo lo que se había hecho.»

Clarke no informó a Washington de la operación ni tampoco de su propia acción contra ésta, con la esperanza de que el asunto cayera simplemente en el olvido.

Kennedy nunca supo de su existencia, pero Jrushchov sí. Un espía soviético oculto en el bosque sacó fotos de las pruebas. Jrushchov no tenía forma de saber que el general Clarke había cancelado los ejercicios, de modo que aquellas fotos constituían en su opinión una prueba de que los estadounidenses podían estar preparando una operación en Berlín para desafiarlo o humillarlo durante el Congreso del Partido.

1. Adenauer dimitiría en 1963 y Brandt se convertiría en el primer canciller socialdemócrata del período de posguerra en 1969.

Póquer nuclear

En cierto modo existe una analogía (esta comparación me gusta) con el Arca de Noé, donde encontraron refugio tanto los «puros» como los «impuros». Independientemente de quién se defina a sí mismo como «puro» y quién sea considerado «impuro», todos están interesados en lo mismo: que el Arca siga navegando.

El primer ministro JRUSHCHOV al presidente Kennedy, en la primera
carta de su correspondencia secreta,
29 de septiembre de 1961

Nuestra confianza en nuestra capacidad de desalentar a los comunistas de sus intenciones se basa en un juicio sobrio del poder militar relativo de ambas partes. Y lo cierto es que nuestro país dispone de unas capacidades nucleares de represalia tan letales que cualquier acción del enemigo que pueda provocar su uso equivaldría a un acto de autodestrucción por su parte.

El vicesecretario de defensa ROSWELL GILPATRIC, Hot Springs, Virginia,
21 de octubre de 1961

HOTEL CARLYLE, NUEVA YORK
SÁBADO, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1961

Con dos periódicos doblados bajo el brazo, Georgi Bolshakov se presentó ante la puerta de Pierre Salinger en el Carlyle a las 15.30, tal como habían acordado, después de que un agente del Servicio Secreto lo escoltara hasta la

habitación.

Oculto dentro de uno de los periódicos había un grueso sobre, del que Bolshakov extrajo un pliego de páginas. Con extravagancia conspirativa, el espía soviético anunció que tenía en sus manos una carta de veintiséis páginas de Jrushchov dirigida a Kennedy, un manuscrito que, aseguró, había pasado la noche entera traduciendo. Las ojeras de Bolshakov eran tan permanentes que Salinger fue incapaz de decir si estaba diciendo la verdad.

«Léala si quiere», le dijo Bolshakov a Salinger, «pero luego tan sólo es para los ojos del presidente.» Había pasado apenas una semana desde que Bolshakov y Salinger se reunieran en aquella misma habitación antes del discurso de Kennedy en la ONU. Jrushchov estaba ansioso por poner a prueba las palabras conciliadoras de Kennedy y su voluntad expresa de abrir negociaciones por Berlín, a pesar de la oposición francesa y de la Alemania Federal. Bolshakov le entregó a Salinger tanto la versión inglesa de la carta como la rusa, para que los traductores del gobierno estadounidense pudieran compararlas y juzgar la precisión de su traducción.

Así empezó lo que el asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy bautizó como el «carteo entre dos amigos por correspondencia», la curiosa relación epistolar privada y directa entre los líderes de las dos potencias rivales de la época. Durante los siguientes dos años, Jrushchov continuaría operando según aquel método digno de una película de espías, en el que Bolshakov y otros entregaban sus cartas a Salinger, a Robert Kennedy o a Ted Sorensen en esquinas solitarias, en bares o en otros lugares, a menudo en sobres sin nombre, ocultos dentro de periódicos doblados.

Jrushchov consideraba que el asunto era tan urgente que Bolshakov había llamado a Salinger el día anterior con la oferta de fletar un avión para entregar la carta en Newport, Rhode Island, donde Kennedy estaba pasando una semana de vacaciones otoñales en casa de la madre de Jacqueline, Janet Lee Bouvier, y su padrastro, Hugh Auchincloss. Sin embargo, Kennedy y Rusk habían preferido evitar el revuelo mediático que se habría armado si alguno de las decenas de periodistas que seguían al presidente se hubiera percatado de la presencia del agente ruso y habían optado por enviar a Salinger a Nueva York el día siguiente.

«Si fueran conscientes de la importancia de lo que tengo en mi poder no me harían esperar tanto», había protestado Bolshakov.

Más tarde, Salinger resumiría el mensaje de la carta de 6.000 palabras de Jrushchov: «Usted y yo, señor presidente, somos los líderes de dos naciones que van camino del enfrentamiento. [...] No tenemos más opción que ponernos de acuerdo y encontrar una forma de vivir en paz».

El hombre que había destrozado a Kennedy en Viena iniciaba su carta con unas cálidas palabras personales en las que explicaba que estaba descansando con su familia en su refugio de Pitsunda, en el mar Negro. En la hermética Unión Soviética, ni siquiera sus propios súbditos sabían dónde se encontraba. «Como antiguo oficial de la Marina», le decía Jrushchov a Kennedy, «estoy seguro de que apreciaría las virtudes de este entorno, la belleza del mar y las imponentes montañas del Cáucaso.» Jrushchov añadía que, en un entorno como aquél, resultaba difícil admitir la existencia de problemas insolubles, capaces de proyectar «su siniestra sombra sobre una vida en paz, sobre el futuro de millones de personas».

Sin embargo, y como aquél era justamente el caso, Jrushchov sugería iniciar un intercambio confidencial entre los dos hombres cuyas acciones iban a determinar el futuro del planeta. Si Kennedy no estaba interesado en ello, el líder soviético aseguró que el presidente podía ignorar aquella carta; él, por su parte, no volvería a mencionarla nunca.

Salinger se mostró sorprendido por la simplicidad campesina de las palabras de Jrushchov, «en contraste con el galimatías estéril que suele caracterizar la correspondencia diplomática a este nivel». La carta no contenía ninguna de las habituales amenazas de Jrushchov y se limitaba a pedirle a Kennedy propuestas alternativas si no le satisfacían las sugerencias de Jrushchov.

La iniciativa de Jrushchov podía obedecer a motivos diversos. El principal, sin duda, era que faltaban tan sólo dos semanas para que se iniciara el Congreso del Partido y que entablar una relación de aquel tipo con Kennedy era una garantía de que EEUU no llevara a cabo nada que pudiera trastocar su esmerada coreografía. En segundo lugar, el líder soviético esperaba poder rebajar unas tensiones que habían provocado un incremento en el presupuesto

de defensa estadounidense mucho mayor de lo que él había previsto.

Jrushchov sabía que la Unión Soviética no disponía de los medios económicos necesarios para mantener una carrera armamentística a largo plazo con un país tan rico como Estados Unidos. Por primera vez, al líder soviético le preocupaba que Occidente pudiera desafiar su superioridad militar convencional alrededor de Berlín. El incremento del presupuesto de defensa de Kennedy también daba argumentos a los partidarios de la línea dura dentro de la Unión Soviética, que exigían a Jrushchov una postura más agresiva respecto a Occidente y también que hiciera más por neutralizar Berlín Oeste. En su carta, Jrushchov advertía a Kennedy de que el tira y afloja en inversión militar, provocado por la situación en Berlín, era otro de los motivos por los que Moscú daba «tanta importancia a la cuestión alemana».

El líder soviético se mostró dispuesto a reexaminar unas posturas que se habían enquistado tras quince años de guerra fría. Dirigiéndose al católico Kennedy, el ateo soviético comparó el mundo de posguerra con el Arca de Noé, a bordo de la cual todas las partes, puras o impuras, podían proseguir con su viaje. «No tenemos otra opción: o vivimos en paz y cooperamos para que el Arca siga flotando, o ésta se hunde.»

Jrushchov también se mostró dispuesto a ampliar los contactos entre el secretario de estado Rusk y el ministro de Asuntos Exteriores Gromyko, que habían celebrado una primera reunión en Nueva York el 21 de septiembre. Además, afirmó estar dispuesto a aceptar la sugerencia de Kennedy e iniciar conversaciones preparatorias entre los embajadores de ambos países en Yugoslavia, el legendario diplomático estadounidense George Kennan y el general Alexei Yepishev, hombre de confianza de Jrushchov.

Justo un día después del cierre de fronteras, el 14 de agosto, el Departamento de Estado había autorizado a Kennan a abrir ese canal, pero en ese momento Moscú no había mostrado ningún interés. Ahora Jrushchov parecía mejor predispuesto, aunque temía que, sin instrucciones claras, los embajadores se dedicarían «a beber té» y a «tirar balones fuera en cuanto la conversación abordara asuntos más sustanciosos». Jrushchov sugería que el representante de Kennedy en las conversaciones fuera el embajador estadounidense Thompson, que había demostrado ser un interlocutor válido y

de fiar, aunque inmediatamente se disculpaba por la injerencia y afirmaba que era consciente de que aquella decisión dependía de Kennedy.

Jrushchov se quejaba largo y tendido de que Occidente aún albergara sospechas de que Moscú pretendía apoderarse de Berlín Oeste. «Es una idea ridícula», aseguraba, argumentando que la ciudad no poseía ningún valor geopolítico. Para demostrar sus buenas intenciones, sugirió trasladar el cuartel general de las Naciones Unidas a Berlín Oeste, una idea que ya había insinuado ese mismo mes en reuniones separadas con el ministro de Asuntos Exteriores belga Paul-Henri Spaak y con el ex primer ministro francés Paul Reynaud.

Además de abrir aquel canal de comunicación con Kennedy, Jrushchov también había tomado otras medidas para evitar una escalada de las tensiones con EEUU. El Presidium del partido de Jrushchov había congelado un avanzado plan para proporcionar más armas a Cuba, entre ellas misiles que podrían alcanzar EEUU. Jrushchov también había impedido que Ulbricht adoptara una serie de medidas encaminadas a reforzar su dominio sobre Berlín Este, advirtiéndole a su díscolo socio que iba a tener que conformarse con lo que ya había logrado en 1961, que no era poco.

En su gesto más importante, Jrushchov respondía a la petición que Kennedy había formulado la semana anterior en el sentido de que se realizaran progresos sobre Laos. El líder soviético ratificaba el acuerdo alcanzado por ambos en Viena, que debía convertir Laos en un estado neutral e independiente, como Birmania y Camboya. Sin embargo, Jrushchov afirmaba no compartir la preocupación de Kennedy sobre quién debía asumir específicamente qué posiciones de liderazgo en Laos, un asunto que, en su opinión, escapaba a las atribuciones de Moscú y Washington.

Finalmente, Jrushchov concluía su carta expresando sus mejores deseos hacia la esposa de Kennedy y hacia la salud del presidente y su familia.

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE DE 1961

Pasarían dos semanas antes de que Kennedy estuviera preparado para responder.

Durante el fin de semana, en Cabo Cod, Kennedy escribió y reescribió un borrador en el que la creciente desconfianza que le generaba Jrushchov hacía de contrapeso a su deseo de evitar una guerra por culpa de un error de apreciación. Una respuesta negativa podía precipitar otra acción de Moscú en Berlín, pero, en cambio, una respuesta demasiado positiva podía ser considerada como una ingenuidad por parte de los críticos internos y aliados. Tanto Charles de Gaulle como Konrad Adenauer temían que unas nuevas conversaciones entre Kennedy y Jrushchov pudieran traducirse en nuevas concesiones sobre Berlín Oeste.

[Las preocupaciones de Adenauer](#) habrían sido aún mayores si hubiera estado al corriente de las instrucciones que Kennedy había proporcionado a Rusk para modificar radicalmente las posiciones estadounidenses de cara a una nueva ronda de conversaciones sobre Berlín, con el objetivo de organizar una conferencia de paz. Kennedy había descartado al embajador estadounidense en la Alemania Federal, Walter Dowling, como negociador porque «refleja en exceso la opinión de Bonn». No sólo eso, sino que también quería que Rusk planteara tan sólo cuestiones que Moscú pudiera aceptar y, por lo tanto, hiciera caso omiso de la insistencia de Adenauer por que incorporara a las conversaciones la cuestión de la reunificación de Alemania y de Berlín mediante elecciones libres. «No se trata de propuestas negociables», dijo. «Su vacuidad en ese sentido está comúnmente aceptada y nos veríamos obligados a retirarlas demasiado pronto.» En cambio, sí estaba dispuesto a considerar muchas de las ideas de Moscú que anteriormente se habían considerado inaceptables, entre ellas la propuesta de convertir Berlín Oeste en una «ciudad libre» bajo control internacional, siempre y cuando fuera la OTAN quien garantizara su futuro y no un contingente extranjero que incluyera tropas soviéticas.

Teniendo en cuenta las numerosas concesiones que estaba dispuesto a realizar, Kennedy se mostró decepcionado por la respuesta soviética. Los aparatos soviéticos se acercaban cada vez más a los aviones estadounidenses que se dirigían a Berlín, Jrushchov había reiniciado sus pruebas nucleares y el

líder soviético amenazaba de nuevo con firmar un tratado de paz con la Alemania del Este. Por otro lado, sin embargo, Jrushchov ya no amenazaba con una guerra y se había comprometido a garantizar la independencia de Berlín Oeste.

Una cosa era segura: después de haber intentado mantener el asunto de Berlín en un segundo plano al inicio de su presidencia, Kennedy se sentía ahora abrumado por la cuestión. Ante la imposibilidad de atraer la atención del presidente a su programa de conservación del territorio, el secretario de Interior Stewart Udall afirmó: «Está obsesionado con Berlín, no piensa en otra cosa. Es un hombre inquieto al que le gusta interesarse por todos los temas, pero desde agosto Berlín lo tiene completamente consumido».

Kennedy se planteó la posibilidad de acudir a sus aliados para pedirles consejo sobre cómo responder a Jrushchov, pero la experiencia le dijo que aquello tan sólo serviría para generar confusión y filtraciones a la prensa. Y entonces perdería la confianza de Jrushchov. Aunque, ¿qué valor tenía realmente la confianza de aquel hombre? Chip Bohlen, el ex embajador estadounidense en Moscú, le dijo a Kennedy que su respuesta a Jrushchov «puede convertirse en la carta más importante que el presidente escriba jamás».

En una carta con fecha del 16 de octubre, más de dos semanas después de recibir la misiva de Jrushchov, Kennedy recurrió al tono personal utilizado por el líder soviético y escribió sobre el valor que tenía para él poderse alejar de Washington y pasar tiempo en la costa con sus hijos y los primos de éstos. Dio la bienvenida a la oferta de Jrushchov de establecer una relación epistolar confidencial y dijo que no la mencionaría en público ni ante la prensa. Sin embargo, Kennedy advirtió a Jrushchov de que iba a compartir sus cartas con Rusk y otros colaboradores más próximos.

Kennedy se mostró de acuerdo con la analogía de Jrushchov sobre el Arca de Noé. Teniendo en cuenta los peligros que entrañaba la era nuclear, dijo, la colaboración entre EEUU y la URSS en aras de la paz era más importante aún que su alianza durante la Segunda Guerra Mundial. Kennedy no podría haber expresado de forma más clara su aceptación de facto del cierre de fronteras en Berlín. El presidente estadounidense aseguró que su actitud hacia Berlín y

Alemania era «razonable y no beligerante. Actualmente reina la paz en la zona; este gobierno no iniciará ni tolerará ninguna acción que pueda alterar dicha paz».

Aunque había permitido la construcción del Muro de Berlín, ahora trazó una línea que no estaba dispuesto a cruzar. Por ello, rechazó la oferta de Jrushchov para iniciar contactos con el objetivo de modificar el estatus de Berlín y convertirla en una denominada «ciudad libre», donde las tropas soviéticas se unirían a las de los aliados como garantes de la libertad de la ciudad, el acceso a la cual estaría controlado por la Alemania del Este. «Si lo hiciéramos, estaríamos “comprando el mismo caballo dos veces”», escribió Kennedy, «cediendo a los objetivos que usted persigue a cambio de conservar simplemente lo que ya tenemos.» Sin embargo, Kennedy expresó su predisposición a iniciar conversaciones a través del intermediario estadounidense que Jrushchov había sugerido para tal fin, el embajador Thompson.

Kennedy también quería que Jrushchov ofreciera algo más a EEUU en Laos como muestra de su buena voluntad en Berlín. «No veo de qué modo podemos aspirar a alcanzar un acuerdo en una situación tan enconada y compleja como la de Berlín», dijo el presidente, «donde los dos tenemos intereses vitales en juego, si no somos capaces de llegar a un acuerdo definitivo sobre Laos, que ya habíamos pactado que se convertiría en un país neutral e independiente, al estilo de Birmania y Camboya.» Ahora que estaba claro que una figura neutral, el príncipe Souvanna Phouma, iba a convertirse en primer ministro, Kennedy afirmó que él y Jrushchov debían garantizar que el príncipe «cuenta con el apoyo de los hombres que consideramos necesarios para lograr los estándares de neutralidad». Y añadió que los crecientes ataques comunistas contra la República de Vietnam, muchos de ellos iniciados desde territorio laosiano, suponían «una seria amenaza para la paz».

En todo caso, y más allá del contenido de la carta, lo importante para Jrushchov era que Kennedy hubiera mordido el anzuelo y hubiera respondido. Ahora el líder soviético podía estar relativamente seguro de que Kennedy estaba dispuesto a iniciar nuevas conversaciones sobre Berlín y que, por lo tanto, evitaría discursos o acciones polémicas que pudieran poner en peligro

los planes de Jrushchov de cara al crucial e inminente Congreso del Partido. Sólo dos meses después del cierre de fronteras en Berlín, el líder soviético había logrado empujar a Kennedy a unas nuevas negociaciones sobre el estatus de la ciudad sin haber sufrido ni siquiera la menor represalia en forma de sanciones económicas.

Lo que Kennedy sacaría de aquel intercambio iba a ser mucho menos satisfactorio. La siguiente comunicación por parte de Jrushchov llegaría en forma de una bomba de hidrógeno de cincuenta megatones.

PALACIO DE CONGRESOS, MOSCÚ

MARTES, 17 DE OCTUBRE DE 1961

La luz del sol asomaba por entre la neblina matutina y se reflejaba en las cúpulas doradas de las iglesias del Kremlin, de los siglos XV y XVI. Las banderas rojas de las quince repúblicas soviéticas ondeaban frente al moderno Palacio de Congresos, rojo y dorado y con el frontal de cristal, terminado justo a tiempo para el XXII Congreso del Partido Soviético.

El enorme auditorio estaba completamente abarrotado. No había ni una sola butaca roja vacía. Nunca había habido tantos comunistas reunidos en un mismo lugar y al mismo tiempo: 4.394 delegados con derecho a voto y 405 sin derecho a él, casi 5.000 en total, procedentes de ochenta países comunistas y no comunistas. Había tres veces y media más delegados que en el congreso anterior.

[Aquellas cifras reflejaban](#) el crecimiento del partido, que estaba a punto de alcanzar la cota de los diez millones de miembros, tras haber aumentado en casi un millón y medio desde el XXI Congreso del Partido de 1959. Jrushchov quería contar con una multitud récord para su espectáculo de 1961, y por ese motivo había autorizado a todas las organizaciones del partido a enviar delegados adicionales.

[El Palacio de Congresos era un edificio](#) único, aunque sólo fuera porque todo funcionaba mucho mejor que en la mayoría de edificios gubernamentales soviéticos. Tenía escaleras mecánicas con motores casi silenciosos,

modernísimos equipos estereofónicos, un sistema de aire acondicionado fabricado en la RFA, neveras de origen británico y baños de mármol con agua corriente fría y caliente. Los corresponsales occidentales se reunieron para beber y comer en la séptima planta de un edificio que describieron como «lo Marx de lo Marx».

La revista *Time* repasó la lista de asistentes: «Camaradas llegados de pequeños pueblos rusos, sofisticados parisinos de café, agitadores asiáticos duros como el bambú...». Entre los invitados estrella estaban el líder vietnamita Ho Chi Minh, el chino Chou En-lai, la activista sindicalista estadounidense Elizabeth Gurley Flynn, de setenta y un años, la famosa Dolores Ibárruri, la «Pasionaria», y también János Kádár, el líder que había ayudado a sofocar la rebelión húngara de 1956. Todos ellos estaban sentados bajo un gigantesco bajorrelieve de plata de Lenin, sobre un fondo púrpura.

Los reporteros occidentales solían referirse a Jrushchov como «el líder absoluto» de la Unión Soviética, pero la realidad era algo más compleja. Tras tan sólo un año en el poder, Jrushchov había resistido por los pelos a un golpe de estado en 1957. Tras el incidente del G-2 y el fracaso de la Cumbre de París en mayo de 1960, los restos del estalinismo habían empezado a hacer campaña contra Jrushchov. En particular, sus críticas se centraban en lo que consideraban una reducción irresponsable de las fuerzas armadas soviéticas, su alienación respecto a la China comunista y su aproximación a los imperialistas estadounidenses. Mediante votaciones sobre resoluciones preacordadas, Jrushchov había logrado controlar a rivales potenciales que podían llevarlo a la ruina.

Los tres principales opositores políticos de Kennedy en EEUU, el senador republicano de Arizona Barry Goldwater, el gobernador de Nueva York Nelson Rockefeller y el ex vicepresidente Richard Nixon, eran figuras dóciles en comparación con los oponentes de Jrushchov, personajes menos visibles pero mucho más peligrosos, forjados durante los tiempos más sangrientos del estalinismo.

Aunque debía su posición a Jrushchov, el miembro del Presidium Frol Kozlov personificaba el tipo de matón que había empezado a conspirar contra el líder soviético tras el fracaso de la Cumbre de París. Kozlov era un hombre

de escasa educación, bajito, zafio, estalinista y hostil con Occidente. El diplomático estadounidense Richard Davies lo describió como un borracho asqueroso que comía como un cerdo y bebía como un pez. Pero Jrushchov también se enfrentaba a un enemigo potencial más elegante y despiadado, el principal ideólogo e intelectual del partido, Mijaíl Suslov.

En 1961, Jrushchov se había afianzado en el poder gracias al tráfico de favores, las purgas entre facciones y sus visitas a los líderes locales del partido durante sus viajes por todo el país. El viaje espacial de Gagarin, el episodio de Bahía Cochinos, la Cumbre de Viena y el cierre de fronteras en Berlín habían terminado de neutralizar a sus oponentes potenciales. [En palabras de su colega de partido](#), Piotr Demichev, Jrushchov estaba disfrutando de una inusitada «época de bonanza». La revista *Time* lo expresó de la siguiente forma: «En 44 años y tras quince Congresos de Partido desde la Revolución de octubre de 1917, nunca antes la jerarquía interna del comunismo había parecido tan estable y exitosa».

Sin embargo, Jrushchov sabía mejor que nadie hasta qué punto se encontraba en una posición vulnerable. A pesar de sus esfuerzos por expandir el comunismo en África y Asia, tan sólo Cuba se había incorporado al bloque soviético bajo el liderazgo de Jrushchov, y más por un golpe de suerte que por sus aciertos. Algunos líderes del partido no le perdonarían jamás que hubiera denunciado a Stalin, algo que a su modo de ver constituía no sólo un ataque contra un individuo, sino también contra la historia y la legitimidad comunista. China seguía manteniendo una postura contraria a Jrushchov y el líder de la delegación de Pekín, Chou En-lai, abandonaría el Congreso echando pestes, tras depositar una corona en la tumba de Stalin.

[Sin embargo, Jrushchov parecía más delgado](#) y en forma de lo que había estado desde hacía meses, como si se hubiera estado entrenando para la ocasión. «Propongo que empecemos a trabajar», declaró ante los asistentes, sus palabras interpretadas simultáneamente en veintinueve idiomas. «Se inicia la primera sesión del XXII Congreso.»

Incluso Stalin habría admirado la coreografía de Jrushchov. El líder soviético monopolizó los primeros dos días de congreso con sus dos discursos, cada uno de ellos de unas seis horas de duración. Jrushchov pasaba

de un tema a otro con una energía inagotable, describiendo con todo detalle cómo, tras haber multiplicado su producto interior bruto por cinco, su producción industrial por seis y tras proporcionarle a cada familia un apartamento libre de alquiler, la economía soviética superaría la de Estados Unidos en 1980. En 1965, aseguró, la Unión Soviética produciría ¡tres pares de zapatos por persona por año!

A continuación insistió una vez más en sus ataques contra el fallecido Stalin y anunció que, antes del final del Congreso, retiraría los restos del dictador del mausoleo de la Plaza Roja, donde descansaba junto a Lenin, para enterrarlo en un lugar más discreto, al lado de varios héroes comunistas de menor rango junto al muro del Kremlin.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de los delegados y del mundo fueron dos bombas relacionadas con Berlín, una de ellas metafórica, pero la otra muy real.

En un anuncio que debió de decepcionar a Ulbricht, Jrushchov declaró que renunciaba a firmar un tratado de paz con la Alemania del Este antes de fin de año. El líder soviético justificó su decisión aduciendo que las recientes conversaciones entre Gromyko y Kennedy mostraban que las potencias occidentales «estaban dispuestas a llegar a un acuerdo» sobre Berlín.

Tras ofrecer la zanahoria a Kennedy, Jrushchov lo atizó con el garrote nuclear. Abandonando el texto que tenía preparado, se refirió a las proezas nucleares soviéticas, particularmente en lo tocante al desarrollo de misiles. Jrushchov comentó riéndose que los soviéticos habían llegado tan lejos que los barcos espía estadounidenses estaban siguiendo y confirmando la admirable precisión de sus proyectiles.

Siguiendo con la improvisación, Jrushchov sorprendió a sus oyentes con una revelación. «Como de todos modos ya me he apartado del texto escrito, me gustaría señalar que nuestras pruebas de nuevas armas nucleares también van por buen camino. En breve, previsiblemente a finales de octubre, completaremos dichas pruebas. Es probable que el punto final venga marcado por la detonación de una bomba de hidrógeno de cincuenta megatonnes de TNT.»

Los delegados se pusieron en pie y prorrumpieron en una atronadora ovación; hasta la fecha, nadie había probado un arma tan poderosa. Los

periodistas tomaban nota a toda velocidad.

«Hemos dicho que poseemos una bomba de cien megatones», añadió, animado por la reacción del público. «Y es cierto. Pero a ésta no la haremos explotar: aunque la lanzáramos en el sitio más remoto imaginable, es posible que rompiéramos los cristales de todas las ventanas.»

Los delegados soltaron una carcajada y aplaudieron a rabiar.

A continuación, el líder ateo dirigió sus palabras hacia el Todopoderoso: «Quiera Dios, como se decía antes, que nunca nos veamos obligados a detonar dichas bombas en el territorio de nadie. Ése es nuestro mayor deseo».

Era una maniobra típica de Jrushchov. Primero le había quitado algo de presión a Kennedy eliminando el plazo de negociación de un tratado sobre Berlín para, acto seguido, lanzarle a la cabeza la noticia de una inminente prueba nuclear. Durante el último día del Congreso, la Unión Soviética detonaría el arma nuclear más poderosa jamás construida. La «Bomba Zar», como se conocería más tarde en Occidente, tenía el equivalente a diez veces los explosivos utilizados en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki durante la Segunda Guerra Mundial.

Kennedy, al que una vez más habían cogido a contrapié, sabía que tenía que responder.

LA CASABLANCA, WASHINGTON, D.C.

MIÉRCOLES, 18 DE OCTUBRE DE 1961

[Al día siguiente, durante una comida](#) por lo demás bastante plácida con varios directores de medios de comunicación tejanos, el editor conservador del *Dallas Morning News*, E. M. «Ted» Dealey, decidió retar al presidente. «Podemos aniquilar Rusia», dijo, «y debería dejárselo claro al gobierno soviético.»

Siguiendo el guión de una declaración de quinientas palabras que se había sacado del bolsillo, Dealey declaró: «La opinión general de las bases de este país es que a usted y a su administración les falta coraje». El editor añadió que lo que el país necesitaba era «un jinete montado a caballo», pero que

«mucha gente en Texas y en el suroeste cree que usted sólo monta el triciclo de Caroline».

Kennedy, que tenía los nervios a flor de piel por el anuncio de Jrushchov tras varias semanas de presión implacable por Berlín, respondió con irritación. «La diferencia entre usted y yo, señor Dealey, es que yo fui elegido presidente por la gente de este país y usted no. Yo tengo bajo mi responsabilidad las vidas de 180 millones de estadounidenses, algo que usted no tiene. [...] Es mucho más fácil hablar de una guerra que luchar en ella. Yo soy tan duro como usted; si me eligieron presidente no fue precisamente porque mis opiniones fueran blandas.»

Pero Kennedy se enfrentaba al reto más grande de su vida: prepararse para librar una guerra nuclear con la Unión Soviética. Y Jrushchov se había encargado de que aquella cuestión se convirtiera en algo más que un mero ejercicio teórico. El plan que barajaba tras semanas de reuniones intensas y altamente secretas tenía como objetivo la destrucción preventiva de todo el arsenal nuclear soviético para evitar que el rival pudiera tomar represalias. El plan precisaba con gran lujo de detalle las trayectorias que debían tomar los bombarderos estadounidenses, la altitud que debían mantener para evitar ser detectados y qué objetivos atacarían con qué tipo de armas nucleares.

Para cuando el plan había superado todos los trámites burocráticos, se habían debatido decenas de borradores y el Muro de Berlín llevaba ya tres semanas en pie. El informe de 33 páginas, que llevaba el insulso título de «Plan Aéreo Estratégico y Berlín», llegó a manos del general Maxwell Taylor, el representante militar del presidente, el 5 de septiembre. Carl Kaysen, redactor del proyecto y uno de los jóvenes cerebros de la administración, concluía que «tenemos bastantes probabilidades de lograr un éxito considerable» a costa «tan sólo» de entre medio millón y un millón de vidas soviéticas. El informe, sin embargo, incluía gráficos que mostraban cómo, en caso de que los misiles soviéticos supervivientes alcanzaran EEUU, las bajas podían ascender a entre cinco y diez millones, debido a la concentración de población en ciudades como Nueva York o Chicago. «En una guerra termonuclear», observaba secamente Kaysen, «resulta sencillo matar a la gente.»

Durante el mes anterior, Kaysen había estado trabajando como subasistente especial del asesor de seguridad nacional Bundy y, aprovechando sus contactos dentro de la administración, había logrado tener acceso a una serie de proyectos de muy diversa naturaleza, desde comercio internacional hasta el coste de producción de los sistemas de detección aérea. El profesor de economía de Harvard, de cuarenta y un años, había servido en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, eligiendo objetivos europeos a bombardear para la Oficina de Servicios Estratégicos, el por aquel entonces nuevo servicio de espionaje de EEUU.

El informe de Kaysen empezaba señalando los puntos flacos del llamado Plan Operativo de Integración Único, o SIOP-62, el último proyecto sobre cómo debía utilizar Kennedy las armas estratégicas estadounidenses en caso de guerra. El SIOP-62 preveía el uso de 2.258 misiles y bombarderos, cargados con un total de 3.423 armas nucleares, en 1.077 «objetivos militares y urbanos-industriales» en todo «el bloque chino-soviético». Estimaba que el ataque acabaría con el 54 por ciento de la población soviética (incluido el 71 por ciento de la población urbana) y destruiría el 82 por ciento de sus edificios «en un cálculo basado en metros cuadrados de terreno». Kaysen opinaba que, en realidad, el SIOP-62 subestimaba el número de bajas, ya que tan sólo contemplaba las víctimas durante las primeras 72 horas de guerra.

Kaysen apuntaba a la existencia de dos circunstancias que exigían la eliminación o, cuando menos, una revisión en profundidad del SIOP. En primer lugar, le preocupaba la posibilidad de una falsa alarma, debido a una «finta deliberada» de Jrushchov o a una «interpretación errónea de los hechos» por parte de cualquier de los dos países en contienda. Kaysen aseguraba que «si el actual estado de tensión en Berlín se prolonga durante meses, es probable que, en un momento dado, alguna acción soviética pueda apuntar a un ataque probable e inminente contra Estados Unidos» capaz de desencadenar una respuesta nuclear.

Kaysen advertía de que el problema surgiría si, tras tomar una decisión nuclear, Kennedy quería replegar sus fuerzas, porque se había equivocado o porque lo habían engañado. Según Kaysen, el plan actual no le dejaba demasiadas opciones en ese sentido. Aparte de eso, un hipotético repliegue

también exigiría un parón de unas ocho horas para las fuerzas que ya habían sido desplegadas, lo que ofrecería a Moscú un «período de degradación» que podría literalmente explotar.

Pero, según Kaysen, el principal problema (tal como la inacción de Kennedy en Berlín durante el mes de agosto venía a confirmar) era que el presidente nunca aceptaría el enorme nivel de respuesta nuclear que requeriría el rechazo de un ataque soviético convencional contra la Alemania Federal o Berlín Oeste. En su informe, Kaysen se preguntaba con total franqueza: «¿Estará el presidente dispuesto a asumir dicha respuesta? Las represalias soviéticas son inevitables y probablemente irán dirigidas contra nuestras ciudades y las de nuestros aliados europeos».

El mensaje era claro: tan sólo diez meses después del inicio de su administración, Kennedy se enfrentaba a una crisis en Berlín que amenazaba con empeorar más aún y disponía tan sólo de un plan estratégico que difícilmente querría utilizar. Kaysen aseguraba que la situación en Berlín exigía no sólo teorizar, sino también disponer de un plan de ataque específico por si las circunstancias sobre el terreno se volvían en contra de EEUU.

«En esas circunstancias haría falta algo distinto», dijo. «Deberíamos estar preparados para iniciar una guerra global con nuestro primer ataque, pero debería ser una guerra planeada para dicha situación concreta y no para implementar una estrategia de represalias masivas. Deberíamos elaborar una lista de objetivos lo más reducida posible, que tuviera en cuenta la capacidad de ataque de larga distancia de los soviéticos y que, en la medida de lo posible, evitara provocar bajas y daños entre la sociedad civil soviética.»

La idea pasaba por «mantener en la reserva una parte considerable de nuestras fuerzas estratégicas de ataque». La lógica de Kaysen era que sólo eso permitiría disuadir a Jrushchov de emplear su armamento contra centros de población estadounidenses. Kaysen también opinaba que los esfuerzos estadounidenses por minimizar las bajas civiles soviéticas reducirían también los ánimos de revancha del enemigo que podían llevar a una proliferación bélica. A continuación, el autor del informe ofrecía detalles específicos de un plan «más efectivo y menos espantoso» que el SIOP-62 en el caso de que la crisis en Berlín se tradujera en «una debacle radical sobre el terreno en la

Europa occidental».

Ese nuevo plan le ofrecía al presidente lo que había estado pidiendo durante la mayor parte del año: una guerra nuclear más *racional*. Kennedy estaría en condiciones de destruir la mayor parte de armamento nuclear de largo alcance de la Unión Soviética y, con ello, limitar los potenciales daños sobre Estados Unidos y sus aliados.

A continuación, Kaysen exponía los detalles de un plan que Kennedy leería una y otra vez antes de responder. Las fuerzas aéreas estratégicas de EEUU (en un número reducido y recurriendo a una dispersión amplia y una penetración a baja altitud para evitar ser interceptadas) atacarían aproximadamente 46 bases de bombarderos nucleares soviéticos, las veintiséis bases de desprendimiento de dichos bombarderos, y hasta ocho instalaciones de misiles intercontinentales balísticos, con dos puntos de ataque para cada instalación. Los objetivos totales del primer ataque serían 88.

Kaysen calculaba que el primer ataque podía llevarse a cabo con 55 bombarderos, en particular B-47 y B-52, asumiendo un índice de desgaste del 25 por ciento que dejaría los 41 aviones requeridos. El éxito con tan pocos aviones se lograría porque éstos «se desplegarían en abanico y penetrarían a baja altitud, sin ser detectados, por diferentes puntos del perímetro de detección temprana soviético, lanzarían las bombas y se retirarían volando de nuevo a baja altitud».

Kaysen admitía que eran necesarios más estudios y ejercicios para poner a prueba sus suposiciones. «Esta idea plantea inmediatamente dos cuestiones», seguía diciendo el informe. «Hasta qué punto se basa en supuestos válidos y si disponemos de la pericia y el armamento necesarios para llevar a cabo un ataque de estas características.» El propio Kaysen respondía que sus suposiciones eran razonables, que EEUU disponía de los medios militares y que, «aunque potencialmente se pueden dar muchos resultados, tenemos unas probabilidades bastante altas de conseguir un éxito sustancial».

Si era posible evitar errores durante el bombardeo, opinaba Kaysen, las muertes soviéticas durante el primer ataque aéreo podían limitarse a no más de un millón, tal vez incluso a medio millón; seguía tratándose de unas cantidades monstruosas, pero considerablemente inferiores a las que barajaba el SIOP-62,

según el cual moriría el 54 por ciento de la población soviética, o más de cien millones de personas.

En una Casa Blanca que no estaba acostumbrada a discutir una carnicería en términos tan francos, el informe de Kaysen provocó una verdadera conmoción. El asesor jefe Ted Sorensen le gritó a Kaysen: «¡Está usted loco! No deberíamos dejar que tipos como usted se acercaran por aquí». Marcus Raskin, amigo de Kaysen en el Consejo de Seguridad Nacional, no volvió a dirigirle la palabra después de enterarse del contenido de su informe. «¿De qué modo nos hace eso mejores que quienes idearon las cámaras de gas o los ingenieros que construyeron las vías para los trenes de la muerte en la Alemania nazi?», le preguntó a Kaysen, sacando espuma por la boca.

Pero Kennedy, que hacía meses que esperaba un análisis como el que acababan de proporcionarle, no compartía sus prejuicios. «La evolución de la crisis en Berlín puede terminar con una situación en la que nos parezca preferible asumir la iniciativa si se produce una escalada del conflicto y éste pasa de un enfrentamiento local a una guerra global», escribió el presidente en la lista de cuestiones que quería discutir durante la reunión del 19 de septiembre con el general Taylor, el general Lyman Lemnitzer, jefe del Mando Conjunto, y el general Thomas S. «Tommy» Power, el comandante jefe del Mando Estratégico del Aire. El nivel de detalle de las preguntas del presidente ponía de manifiesto su dominio y su interés crecientes en cuestiones relacionadas con ataques nucleares. Kennedy se estaba preparando para la guerra.

Primera pregunta. «¿Sería posible introducir alternativas al plan, como por ejemplo opciones alternativas para diferentes situaciones?», preguntó Kennedy. En particular, quería saber si podía desviarse de la «combinación óptima» de objetivos civiles y militares, y, en situaciones concretas, evitar las zonas urbanas o excluir China o los satélites europeos de la lista de objetivos. «En caso afirmativo, ¿cuáles serían los riesgos?»

Segunda pregunta. Si la crisis en Berlín ponía a Kennedy en una situación en la que deseara una escalada de un conflicto local a una guerra global, el presidente quería saber si era posible llevar a cabo un primer ataque sorpresa contra las armas soviéticas de largo alcance.

Tercera pregunta. A Kennedy lo preocupaba que un ataque sorpresa contra las armas soviéticas de largo alcance pudiera dejar disponibles «un número considerable» de misiles de medio alcance que permitieran un ataque contra Europa. En resumen, Kennedy quería saber cuál sería el coste de proteger Europa además de EEUU. Concretamente, se preguntaba si la inclusión en los objetivos de esas armas de medio alcance en el ataque inicial supondría «una ampliación tal de la lista de objetivos que excluiría la sorpresa táctica».

Cuarta pregunta. «Me preocupa», dijo Kennedy, «mi capacidad de controlar nuestras acciones militares una vez que la guerra haya empezado. Parto del supuesto de que estaría en situación de detener el ataque estratégico en cualquier momento si llega la noticia de que el enemigo se ha rendido. ¿Estoy en lo cierto?»

Kennedy formuló cuatro preguntas más en ese sentido. El presidente quería saber si se podría evitar «destrucción innecesaria» y replegar las subsiguientes armas si el primer ataque contra un objetivo producía los «resultados deseados». Asimismo, si resultaba que su decisión de atacar respondía a una falsa alarma, quería saber cuáles eran sus opciones de retirada.

[El Consejo de Seguridad Nacional del día](#) siguiente no logró ofrecer respuestas claras a la mayoría de preguntas del presidente y también puso de manifiesto la división existente entre los asesores de Kennedy sobre lo que constituía una guerra nuclear limitada. El comandante jefe del Mando Estratégico del Aire, el general Tommy Power, dijo: «El momento de mayor peligro de un hipotético ataque sorpresa soviético es ahora y durante el próximo año. Si la guerra atómica global es inevitable, EEUU debería ser el primero en atacar». Para ello, antes era necesario identificar los principales objetivos nucleares soviéticos.

[Power había supervisado los ataques aéreos](#) con bombas incendiarias sobre Tokio de marzo de 1945 y había sido el vicepresidente de operaciones de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de EEUU en el Pacífico durante los ataques atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki. Había asesorado al general Curtis E. LeMay durante la ampliación del Mando Estratégico del Aire tras incorporarse a éste en 1948; bajo la dirección de ambos, el Mando Estratégico

del Aire se había convertido en su feudo privado. Power, hombre brutal e irascible, creía firmemente que la única forma de mantener a raya a los comunistas (que ahora disponían también de armas nucleares) era convencerlos de que si iban demasiado lejos serían aniquilados.

En una ocasión, cuando lo informaron de las consecuencias genéticas de la lluvia radioactiva a largo plazo, Power respondió con humor perverso: «La verdad es que aún es hora de que alguien me demuestre que tener dos cabezas no es mejor que tener sólo una». El asesor de seguridad nacional Bundy pensaba justamente en Power cuando advirtió a Kennedy de que un comandante subordinado podía «iniciar un holocausto termonuclear por propia iniciativa» si no lograba localizar al presidente tras un ataque soviético.

Power le aseguró a Kennedy que los soviéticos escondían «muchos más» misiles de los que revelaban las fotos espía de la CIA, y añadió que, en su opinión, EEUU disponía tan sólo de imágenes aéreas del 10 por ciento del territorio de la Unión Soviética. Asimismo, le dijo al presidente que habían localizado veinte bases de lanzamiento de misiles balísticos intercontinentales, pero que podía haber muchas más ocultas en áreas no monitorizadas. Ante la falta de información crucial sobre el alcance de las reservas de misiles soviéticos, Power le recomendó encarecidamente a Kennedy que reanudara los vuelos de U-2 que le había prometido a Jrushchov que prohibiría.

Kennedy ignoró el consejo de Power. El presidente estaba obsesionado por obtener una respuesta a su pregunta de si realmente era posible lanzar un ataque sorpresa contra la Unión Soviética que no se tradujera en represalias devastadoras. También pidió a sus generales que le proporcionaran «una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Cuánta información y tiempo necesita la Unión Soviética para lanzar sus misiles?».

[Martin Hillenbrand](#), director de la Oficina de Asuntos Alemanes del Departamento de Estado, observaría más tarde que cada día que Kennedy pasaba sumergido en la Crisis de Berlín, «se mostraba más impresionado por su complejidad y sus dificultades». Para sus antecesores en la presidencia, la guerra había sido una alternativa cruel pero deseable a la brutalidad nazi o las agresiones japonesas. En cambio para Kennedy, en opinión de Hillenbrand, la

guerra «equivalía prácticamente a un problema de supervivencia humana».

Con esa percepción de encontrarse ante un momento histórico decisivo, el 10 de octubre Kennedy convocó a los altos cargos de su administración y del ejército en la Sala del Gabinete para ultimar los planes de contingencia nuclear para Berlín. El vicesecretario de defensa Paul Nitze llevó consigo un documento titulado *Secuencia preferente de acciones militares en caso de conflicto en Berlín*.

Frío y racional, y trabajando entre bastidores, Nitze, de cincuenta y cuatro años, se había convertido ya en la figura más influyente en lo tocante a las políticas de desarrollo y control de las armas atómicas. Reflexionando sobre cómo las buenas intenciones raramente servían para evitar los conflictos, Nitze no podía olvidar el momento en que, durante su niñez, había sido testigo del comienzo de la Primera Guerra Mundial mientras viajaba por Alemania, el país de sus antepasados, donde en Múnich había visto a la multitud celebrando el desastre inminente.

Nitze, al que los presidentes Roosevelt y Truman habían encargado investigar el impacto de los bombardeos estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial, había visto las grandes urbes alemanas en ruinas y había analizado el impacto de las armas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Sin embargo, nada había marcado su visión sobre la importancia de las capacidades nucleares estadounidenses como la preocupación por la vulnerabilidad estratégica que había revelado su estudio de Pearl Harbor.

Como jefe de planificación política de Truman tras la guerra, en sustitución del cesado George Kennan, Nitze había sido el principal impulsor del crucial informe de 1950 titulado *Objetivos y Programas de Seguridad Nacional de Estados Unidos*, o NSC 68. En un mundo en el que EEUU había perdido el monopolio nuclear, el NSC 68 había abogado por un incremento significativo de los gastos de defensa y había trazado la política de seguridad estadounidense para las siguientes cuatro décadas, poniendo especial énfasis en «el proyecto del Kremlin para dominar el mundo». Nitze creía que si Truman no hubiera aprobado el desarrollo de la bomba de hidrógeno ese mismo año, a pesar de contar con una oposición considerable, «los soviéticos habrían logrado una superioridad nuclear incontestable a finales de 1950».

Así, dos demócratas partidarios de la línea dura, Acheson y Nitze, eran respectivamente director y subdirector de los comités de Defensa y de Asuntos Exteriores, que habían definido la posición defensiva de Kennedy y su idea de una «respuesta flexible» tras su nominación.

Al igual que Acheson, Nitze consideraba que Berlín era el terreno de prueba para objetivos comunistas más amplios, que pasaban por la derrota psicológica de Occidente al poner de relieve su impotencia ante el incremento de las capacidades soviéticas. Así, por ejemplo, estaba de acuerdo con Acheson en que no tenía sentido pensar que la crisis pudiera desactivarse a partir de nuevas conversaciones.

El 13 de agosto, Nitze se había mostrado inicialmente furioso ante la incapacidad estadounidense de responder al cierre de fronteras en Berlín. Sin embargo, y al considerar la reacción del Pentágono, había descubierto que la ciudad de Berlín estaba rodeada por tres divisiones soviéticas y dos divisiones de la Alemania del Este. Aquello sugería la posibilidad de que Moscú les hubiera tendido una trampa, y que EEUU pudiera derribar el Muro para, acto seguido, ver como los soviéticos invadían Berlín Oeste. Así pues, el Pentágono había decidido no adoptar ninguna medida contra el Muro por miedo a que estallara una guerra global para la que EEUU no estaba preparado.

Ahora, la labor de Nitze pasaba por diseñar la respuesta estadounidense en previsión de otra confrontación en Berlín. Después del 13 de agosto, se le pidió que reuniera a los representantes militares de la Gran Bretaña, Francia y la Alemania Federal para acordar una respuesta común a la siguiente provocación soviética en Berlín.

Para garantizar el acceso a Berlín, el documento elaborado definía cuatro escenarios detallados que preveían una escalada, empezando por acciones convencionales a pequeña escala y terminando por una guerra nuclear. Mientras lo elaboraba, Nitze había observado que «las permutaciones se multiplican como los posibles movimientos sucesivos en una partida de ajedrez», hasta que alguien había sugerido que necesitarían «una hoja de papel del tamaño de una manta de caballo para anotarlas todas». Cuando el grupo logró finamente acordar un plan abreviado de respuesta para Berlín, decidieron bautizarlo como «*Pony Blanket*», o manta para poni. Nitze señaló

con satisfacción que había logrado transformar un programa de presiones crecientes en un marco de trabajo organizado y coherente que proporcionaba a EEUU y sus aliados un nivel de confianza mucho mayor.

Kennedy llegó tarde a la reunión del Consejo de Seguridad Nacional que debía discutir el informe. Rusk había informado al grupo de que Moscú retiraría su fecha tope para la firma de un tratado de paz con la Alemania del Este si las conversaciones con EEUU resultaban prometedoras. Sin embargo, Rusk creía aún que era necesario acumular recursos militares en Europa. A continuación, el secretario McNamara esbozó sus recomendaciones.

Kennedy las aprobó todas rápidamente. Éstas incluían el despliegue en Europa (a partir del 1 de noviembre) de once escuadrones de la Guardia Nacional del Aire, el regreso a Europa de siete escuadrones de las Fuerzas Aéreas del Mando Estratégico del Aire y la preparación de los medios materiales necesarios para destinar una división acorazada y una división de infantería a Europa. A través de rotaciones, Kennedy se aseguraría de disponer siempre por lo menos de dos batallones preparados para entrar en combate, con todos sus elementos de apoyo. Al mismo tiempo, desplegaría el 3.º Regimiento de Caballería Acorazada en Europa, acompañado de su destacamento de inteligencia, destinado en aquellos momentos en Fort Meade, Maryland.

Sin embargo, al presidente seguía preocupándole cómo gestionar un conflicto nuclear limitado. Su pesadilla seguía siendo una hipotética pérdida de control que lo obligara a contemplar la «pira funeraria» a la que se había referido durante su discurso en las Naciones Unidas, hacía un mes. Cuestionando el informe de Nitze, Kennedy dijo que lo que más le preocupaba era si existía realmente la posibilidad de utilizar las armas nucleares de forma selectiva, sin que el conflicto escalara a una guerra total.

En ese sentido, Nitze difería de su jefe McNamara y creía que un uso inicial limitado de armas nucleares «incrementaría en gran medida la tentación» de una respuesta estratégica soviética. Por ello, aseguraba, «si se llega al uso de armas nucleares, para nosotros sería mejor considerar de forma más seria la opción de que fuéramos nosotros quienes lanzáramos el ataque estratégico inicial». Nitze creía que aquélla era la única forma de lograr la

victoria en un intercambio nuclear, y que EEUU podía perder si permitía a los soviéticos asestar el primer golpe.

Como de costumbre, Kennedy asimiló los detalles y la gravedad de la conversación en silencio, planteando alguna pregunta ocasional, mientras los hombres que lo rodeaban discutían los escenarios bélicos más escalofriantes.

A Rusk lo preocupaba que los estrategas militares se hubieran olvidado del contexto moral: «El bando que lance el primer ataque nuclear deberá cargar con una gran responsabilidad y hacer frente a graves consecuencias ante el resto de mundo», dijo.

Kennedy no resolvió la división de opiniones entre sus hombres, pero el grupo acordó elaborar un borrador con las nuevas instrucciones de Kennedy al general Norstad, su comandante aliado supremo en Europa, que recogiera unas «directrices claras» sobre las intenciones estadounidenses en caso de contingencia militar.

WASHINGTON, D.C.

VIERNES, 20 DE OCTUBRE DE 1961

Durante los diez días siguientes, el presidente centró prácticamente toda su atención en la situación de Berlín y otros asuntos militares relacionados, sus esperanzas de negociación con Moscú y las dificultades crecientes con sus propios aliados.

El *Washington Post* informó de los intentos de poner fin a la discriminación racial en los restaurantes de Maryland. El *New York Times* publicó en portada un artículo sobre cómo el Tribunal Supremo había aceptado escuchar los argumentos de los responsables de las huelgas de brazos caídos contra la discriminación que tenían lugar en el sur. La policía se encargaba de hacer cumplir los nuevos y meticulosos planes de desegregación en los colegios, ante las protestas de los miembros del Ku Klux Klan, encapuchados y vestidos de blanco.

Sin embargo, el presidente pensaba tan sólo en la guerra y cómo abordarla. Y sus preocupaciones se estaban contagiando a la opinión pública

estadounidense. [La revista Time dedicó](#) una portada a color a Virgil Couch, director de la Oficina de Defensa Civil. El titular rezaba: «REFUGIOS NUCLEARES: ¿CUÁNDO? ¿DE QUÉ TAMAÑO? ¿SERÁN SEGUROS?». Couch aseguraba a los estadounidenses que prepararse para un ataque nuclear debía ser algo tan normal como vacunarse contra la viruela.

Tres días después de que Jrushchov hubiera anunciado el lanzamiento de una bomba de cincuenta megatones, el presidente reunió a los miembros de su equipo de seguridad para dar los toques finales a las instrucciones militares que debían presentar ante la OTAN. No iba a ser una reunión sencilla.

El Mando Conjunto se encontraba ya sumido en un enfrentamiento verbal sobre la acumulación de efectivos convencionales en Europa ordenada por Kennedy y su impacto potencial en la credibilidad de la capacidad disuasoria de las armas nucleares estadounidenses.

De Gaulle y Adenauer habían apuntado ya con preocupación que Kennedy parecía demasiado dispuesto a negociar el futuro de Berlín Oeste con Jrushchov y no estaba haciendo lo necesario para convencer al líder soviético de que estaba dispuesto a utilizar las armas nucleares para defender la ciudad.

[Parecía que tan sólo Macmillan](#) coincidía con el deseo creciente de Kennedy de entablar conversaciones con Moscú. Tras expresar su desacuerdo con la actitud belicosa que Kennedy había mostrado ante los soviéticos durante la primavera anterior, el primer ministro veía con satisfacción como Kennedy adoptaba ahora la postura británica, más conciliadora con Moscú. Macmillan también constató con satisfacción que Kennedy parecía estar cada vez más «harto» de De Gaulle y Adenauer.

[Ante la falta de acuerdo entre los aliados](#) sobre cómo abordar la estrategia en Berlín, Kennedy decidió intervenir para pulir diferencias. A la reunión de las diez de la mañana en la Sala del Gabinete asistieron el hermano del presidente Bobby Kennedy, Rusk, McNamara, Bundy y Lemnitzer. Junto a ellos estaba también el vicesecretario de defensa Roswell Gilpatric, que había asumido el liderazgo dentro del Pentágono en lo tocante a las amenazas nucleares rusas. También estaban presentes el resto de figuras clave de la política estadounidense en Berlín: Nitze, el director del Destacamento Especial en Berlín Foy Kohler, el jefe de la Sección Alemana del

Departamento de Estado Martin Hillenbrand, y (como de costumbre en los momentos cruciales de la Crisis de Berlín) el agitador externo Dean Acheson.

Lemnitzer dio inicio a la reunión informando al presidente de las «significativas discrepancias» en el seno del Mando Conjunto sobre la necesidad de implementar una acumulación rápida de efectivos. El jefe de las Fuerzas Aéreas, el general Curtis LeMay, y el de la Marina, el almirante George Whelan Anderson Jr., compartían la opinión del general Norstad de que era necesaria una acumulación rápida de efectivos convencionales en «el futuro inmediato». Lemnitzer y el general George Decker, jefe del Estado Mayor del Ejército de EEUU, en cambio, coincidían con McNamara en que dicha acumulación debía ser inmediata.

Rusk transmitió el argumento de Norstad en el sentido de que el conflicto de Berlín experimentaría tan pronto una escalada nuclear que la acumulación de fuerzas convencionales sería irrelevante. Además, dijo Rusk, Norstad temía que la acumulación de fuerzas convencionales pudiera «degradar tanto la credibilidad como las capacidades de las armas nucleares». Al adoptar aquella opinión, Norstad se estaba alineando con los franceses y los alemanes en contra del presidente.

Como tantas veces en los momentos difíciles relacionados con Berlín, Kennedy buscó la opinión de Acheson. El informe sobre la reunión, elaborado por Bundy, señala en tono burlón: «A partir de ese punto, la reunión estuvo dominada por los argumentos del señor Acheson». Más tarde, Bundy lo expresó de forma más elegante: «Como de costumbre, el señor Acheson fue la reina del baile».

Acheson, que no tenía paciencia para las sensibilidades aliadas, afirmó que, en un momento de emergencia nacional, los altos cargos estadounidenses estaban invirtiendo demasiado tiempo intentando lograr un acuerdo con los líderes franceses, británicos, de la Alemania Federal y otros, cuando a la hora de la verdad sería EEUU quien debería asumir la carga. Acheson afirmó que EEUU debía trasladar nuevas divisiones a Europa antes de noviembre, independientemente de lo que pensarán o dijeran sus aliados.

Acheson creía que la demostración de intenciones del presidente enviando fuerzas convencionales a Europa resultaría útil «tanto en el plano diplomático

como en el político». No estaba de acuerdo en que la lógica nuclear disminuyera la necesidad estadounidense de llevar a cabo acciones convencionales; unos considerables movimientos militares estadounidenses supondrían «una señal ominosa», dijo, que transmitiría claramente «la determinación del gobierno de EEUU».

Kennedy dijo que le preocupaba que aquello se convirtiera en una «alcantarilla de oro», en relación al coste de una operación de aquella envergadura. McNamara y Gilpatric aseguraron que las negociaciones con los aliados permitirían distribuir o sufragar los costes.

Unas horas después de la reunión, Bundy mandó una carta presidencial secreta a Norstad, en la que incluyó el llamado «Pony Blanket». Titulado «Política estadounidense sobre las acciones militares en el conflicto de Berlín», ésta recibiría la aprobación presidencial tres días más tarde con el nombre de Memorando de Acción de Seguridad Nacional n.º 109. Organizado en cuatro fases, el memorando detallaba los pasos graduales que había que adoptar si los soviéticos cortaban el acceso a Berlín:

Fase I. Si los soviéticos y la Alemania del Este interferían en el acceso a Berlín Oeste pero no lo bloqueaban por completo, el plan prescribía exploraciones estadounidenses, francesas y británicas en la Autobahn, con un pelotón o menos sobre el terreno y un caza escoltándolo desde el aire. El documento señalaba que dicha acción era lo bastante limitada como para evitar cualquier riesgo de guerra.

Fase II. Si los soviéticos persistían en bloquear el acceso a pesar de las acciones aliadas, Occidente provocaría una escalada y la OTAN iniciaría actividades de apoyo no combativas, como embargos económicos, movimientos de hostigamiento marítimo y protestas ante la ONU. Los aliados reforzarían sus tropas y se movilizarían para prepararse para la siguiente escalada. El documento advertía que, sin una acumulación apropiada, las opciones aliadas se verían limitadas, cosa que podía provocar un retraso que debilitaría la credibilidad nuclear, amenazaría la viabilidad de Berlín Oeste y erosionaría la resolución aliada.

Fase III. Occidente provocaría otra escalada en caso de un bloqueo comunista prolongado sobre Berlín Oeste. Dicha escalada incluiría una ampliación de las operaciones terrestres en territorio de la Alemania del Este mediante medidas como por ejemplo el envío de divisiones acorazadas a Berlín Oeste a través de la Autobahn y maniobras encaminadas a lograr la superioridad aérea local con ataques contra campos de aviación no-soviéticos. «Superar militarmente una resistencia soviética

decidida no es factible», admitía el informe, que añadía: «Los riesgos crecen, al tiempo que lo hace la presión militar sobre los soviéticos.» En uno de los puntos más controvertidos, llegado este momento Kennedy emprendería acciones globales contra intereses soviéticos. Eso incluiría explotar la superioridad naval estadounidense como parte de un bloqueo marítimo, que retrasaría aún más el momento de la verdad termonuclear mientras los diplomáticos negociaban.

Eso llevaba el informe a la ominosa *Fase IV*. Sólo si los soviéticos no reaccionaban como se esperaba a un uso sustancial de armas convencionales por parte de los aliados, Kennedy optaría por la escalada a una guerra nuclear. Entonces, el presidente tendría aún la opción de elegir una o más de las siguientes medidas: ataques selectivos que demostraran la determinación estadounidense a utilizar armas nucleares, un uso limitado de armas nucleares para lograr una ventaja táctica y, finalmente, una guerra global.

El informe advertía de que «los aliados sólo controlan parcialmente el *timing* y el alcance del uso de las armas nucleares. Dicho uso pueden iniciarlo también los soviéticos en cualquier momento tras el estallido de hostilidades a pequeña escala. Las acciones nucleares limitadas por parte de los aliados pueden provocar una respuesta acorde, pero también un ataque preventivo ilimitado».

Se trataba de un documento que daba que pensar. Diez meses después de acceder a la presidencia, Kennedy disponía ya de la secuencia militar que podía desembocar en una guerra nuclear por Berlín.

En la carta para el general Norstad que acompañaba el documento, Kennedy escribió: «Este plan requiere vigor en la preparación, buena disposición para la acción y precaución para no tener que actuar con el seguro echado». Kennedy añadió que todas las contingencias exigían incorporaciones rápidas a sus fuerzas y su despliegue en el frente central. También advirtió a Norstad de que si los soviéticos despleaban fuerzas suficientes para derrotar a Occidente, la respuesta, para la cual recibiría instrucciones específicas, sería nuclear.

Contra el escepticismo de Norstad (y, por analogía, también de franceses y alemanes), Kennedy aseguraba que la acumulación de fuerzas convencionales aliadas no contradecía el mensaje que deseaba enviar a los soviéticos en el sentido de que estaba dispuesto a recurrir a las armas nucleares si era

necesario. «Para mí resulta evidente», le escribió Kennedy a Norstad, «que nuestro elemento de disuasión nuclear no será creíble a menos de que los soviéticos estén convencidos de que la OTAN está dispuesta a actuar también en situaciones con un nivel de violencia inferior, y que eso deje claro los riesgos de una escalada a una hipotética guerra nuclear».

Los preparativos bélicos de Kennedy se vieron acompañados por un frenesí de actividad diplomática (informes, llamadas telefónicas, reuniones). Como en otros momentos de gran estrés, el presidente invitó a un amplio grupo de expertos a dar su punto de vista. Kennedy les había pedido que fueran sinceros y su embajador en el Reino Unido (y ex embajador en Alemania) David Bruce no se mordió la lengua.

Bruce aseguró que al aceptar la construcción del Muro sin ofrecer ningún tipo de respuesta militar, Kennedy había hecho que la presencia estadounidense en Berlín fuera más vulnerable y había erosionado la moral de Berlín Oeste y de toda la Alemania Federal. Los soviéticos, añadió, siempre habían aceptado la presencia estadounidense en Berlín tan sólo por la imposibilidad de eliminarla militarmente.

Bruce advertía al presidente de que el objetivo soviético no era Berlín Oeste, sino lograr algún día el control de «la Alemania Federal y sus inmensos recursos». Al embajador lo preocupaba también que Kennedy hubiera flaqueado en el compromiso estadounidense a largo plazo con la reunificación alemana. Bruce le recordó a Kennedy que había sido justamente ese compromiso lo que en 1953 había convencido a Adenauer de rechazar «la tramposa pero tentadora oferta soviética de reunificación y decantarse por una alianza con los países de la OTAN». En otras palabras, Bruce estaba diciendo que la predisposición de Kennedy a abandonar dicho compromiso podía generar una respuesta alemana que no sería del agrado de Washington.

Utilizando una frase con gancho, Bruce aseguró que la realidad de la división alemana no era motivo suficiente para ofrecer un reconocimiento oficial como si se tratara de una situación permanente: «Pues ningún gobierno de la Alemania Federal podría sobrevivir a la aceptación abierta por parte de sus aliados de que lo que *hasta hoy fue una esperanza pospuesta era en realidad un objetivo eternamente huérfano de esperanzas*». Bruce fue muy

sincero: Kennedy debía enfrentarse a la carga histórica de unos problemas que él mismo había ayudado a crear. «Supongo que estamos cerca del momento decisivo», escribió. «A mi parecer, es esencial adoptar, de forma que resulte creíble, la decisión de recurrir a la guerra nuclear antes que perder Berlín Oeste y, en consecuencia, la Alemania Federal.»

HOT SPRINGS, VIRGINIA

SÁBADO, 21 DE OCTUBRE DE 1961

Kennedy tenía la sensación de que cada vez disponía de menos tiempo.

Preocupado ante la posibilidad de que Jrushchov pudiera adoptar acciones militares inminentes, el presidente optó por un ataque nuclear preventivo de otra naturaleza que, además, supondría un humillante golpe contra Jrushchov durante su Congreso del Partido de octubre.

Kennedy decidió hacer públicos detalles hasta aquel momento secretos que revelaban claramente las dimensiones, el poder y la superioridad del arsenal nuclear de EEUU. La información de los satélites espías de Kennedy hacía cada vez más patente el alcance de la superioridad nuclear estadounidense, pero el presidente estadounidense suponía que Jrushchov no disponía de una información equivalente sobre las capacidades estadounidenses.

El presidente Eisenhower nunca había revelado lo que sabía acerca de la inferioridad militar soviética porque no quería acelerar la proliferación armamentística de la URSS. Había sido la falta de esa información lo que había llevado a Kennedy a acusar infundadamente a Eisenhower de haber permitido que los soviéticos abrieran una peligrosa «brecha militar» a su favor. Irónicamente, ahora Kennedy había decidido que mostrar las cartas era necesario para garantizar la seguridad de EEUU. No era una coincidencia que la decisión favoreciera también sus objetivos políticos.

Kennedy temía estar ofreciendo una imagen de debilidad ante Moscú, los aliados y los electores estadounidenses, cuando en realidad disponía de la fuerza necesaria para derrotar a Moscú o a cualquier otro país en cualquier

conflicto militar. El presidente consideró que sería un gesto excesivamente beligerante por su parte transmitir aquel mensaje de forma personal, de modo que eligió para ello al número dos del Departamento de Defensa, Roswell Gilpatric, que debía participar en una conferencia ante la cámara de comercio de Hot Springs, Virginia, el 21 de octubre.

Se trataba de un escenario insólito para realizar un anuncio de tanta trascendencia, pero el hombre elegido por Kennedy era ideal. Gilpatric se había convertido en amigo íntimo de Jacqueline Kennedy, que lo había descrito como «el segundo hombre más atractivo del Pentágono», por detrás de McNamara. A Kennedy le gustaba aquel abogado de Wall Street educado en Yale y confiaba en él. Un joven estratega del Pentágono llamado Daniel Ellsberg escribió la primera versión del discurso, pero el propio presidente, Bundy, Rusk y McNamara se encargaron de perfilar el redactado final.

Ellsberg, que ignoraba la existencia del canal Bolshakov o de la correspondencia privada entre Jrushchov y Kennedy, le preguntó a Kaysen si no sería más efectivo que Kennedy enviara un mensaje más privado al líder soviético en el que dejara patente la superioridad estadounidense. ¿Qué necesidad había de provocar tanto revuelo? ¿No bastaba con que Kennedy le enviara a Jrushchov las coordenadas precisas de los misiles balísticos intercontinentales soviéticos y tal vez algunas de las fotos de satélite de las que disponían?

Pero aquel enfoque no tenía en cuenta que Kennedy deseaba que su anuncio tuviera un marcado perfil público que diera confianza tanto a la ciudadanía estadounidense como a la europea. Los portavoces de la Casa Blanca invitaron a los principales periodistas del país a Hot Springs y los informó de antemano para que la importancia del discurso no pasara desapercibida. «Berlín es la emergencia del momento porque los soviéticos han querido que así fuera», dijo Gilpatric.

En una respuesta conjunta con nuestros aliados occidentales, hemos reforzado nuestras guarniciones en la ciudad asediada. Hemos llamado a unos 150.000 reservistas, hemos incrementado el ritmo de reclutamientos y hemos extendido el servicio de muchos miembros de las Fuerzas Armadas...

Pero nuestra verdadera fuerza en Berlín, y en cualquier otro punto del perímetro

defensivo del mundo libre donde los comunistas puedan sentir tentaciones de sondear el terreno, tiene una base mucho más amplia. Nuestra confianza en nuestra capacidad de desalentar a los comunistas de sus intenciones se basa en un juicio sobrio del poder militar relativo de ambas partes. Y lo cierto es que nuestro país dispone de unas capacidades nucleares de represalia tan letales que cualquier acción del enemigo que pueda provocar su uso equivaldría a un acto de autodestrucción por su parte.

A continuación Gilpatric ofreció detalles hasta entonces nunca revelados sobre los cientos de bombarderos intercontinentales, entre ellos seiscientos bombarderos pesados, que podían devastar la Unión Soviética con la ayuda de modernísimas técnicas de repostaje. Se refirió también a fuerzas de ataque terrestres y con base en transbordadores capaces de «lanzar cientos de megatonnes adicionales». Gilpatric aseguró que EEUU poseía decenas de miles de vehículos de transporte nuclear estratégico y táctico, con más de una cabeza explosiva en cada uno de ellos.

«Nuestras fuerzas están desplegadas y protegidas de tal forma que un ataque por sorpresa jamás lograría desarmarnos», aseguró. Incluso en el caso de sufrir un ataque sorpresa, Gilpatric aseguró que EEUU seguiría disponiendo de un poder de destrucción inigualable para cualquier enemigo, y que las fuerzas de represalia estadounidenses sobrevivirían mejor que las de los soviéticos porque estaban mejor escondidas, tenían mayor movilidad y, en consecuencia, constituían objetivos más difíciles.

«Las bravatas y las amenazas soviéticas sobre ataques balísticos contra el mundo libre, dirigidos particularmente a los miembros europeos de la OTAN, deben considerarse a la luz de la evidente superioridad nuclear estadounidense», dijo Gilpatric. «Estados Unidos no quiere resolver conflictos con violencia. Sin embargo, si una interferencia con nuestros derechos y obligaciones deriva en un conflicto violento, *opción en absoluto descartable*, Estados Unidos no tiene intención de salir derrotado.»

Finalmente, Kennedy había destapado el farol de Jrushchov.

PALACIO DE CONGRESOS, MOSCÚ

DOMINGO, 22 DE OCTUBRE DE 1961

Teniendo en cuenta el redoble de tambores que llegaba de Hot Springs, Virginia, Jrushchov, en Moscú, empezó a preocuparse ante la posible inminencia de un conflicto en Berlín.

Durante una pausa en el Congreso del Partido en Moscú, el general Konev le entregó a Jrushchov las pruebas que demostraban que los estadounidenses se estaban preparando para la guerra. Aunque oficialmente Konev era el comandante soviético en Alemania, Jrushchov consideraba que el general realizaba fundamentalmente tareas de enlace, de modo que éste había acudido a Moscú como delegado del partido.

Más tarde, Jrushchov recordaría que Konev le había ofrecido detalles sobre el día y la hora exactas en que Occidente iniciaría las hostilidades en Berlín. «Sabemos que han estado preparando bulldozers para derribar nuestras instalaciones fronterizas. Tras los bulldozers llegarán los tanques y varias oleadas de jeeps con soldados de infantería.» Jrushchov estaba convencido de que los americanos habían preparado la acción de modo que ésta coincidiera con los primeros días del Congreso del Partido.

Aunque no hay motivos para dudar de que Jrushchov tuvo conocimiento de las maniobras de tanques no autorizadas de Clay, en realidad el líder soviético debería haber culpado a su molesto aliado, Walter Ulbricht, del *timing* poco oportuno de lo que sucedió a continuación. Molesto por la decisión de Jrushchov de abandonar el objetivo de firmar un tratado de paz con la Alemania del Este, Ulbricht decidió una vez más pasar a la acción en Berlín Este. Sin embargo, en esta ocasión se topó con unos EEUU dispuestos a pararle los pies.

El escenario estaba preparado para la primera y última confrontación militar directa entre EEUU y la URSS.

Enfrentamiento en Checkpoint Charlie

No creo que me enviara aquí para hacerme vivir en el vacío y sé que no puedo ser de ninguna ayuda si lo aconsejable es actuar con una cautela extrema en Berlín. También quisiera añadir que no vine aquí para causarle aún más problemas y que si decide prescindir de mí lo aceptaré de buena gana.

El general LUCIUS CLAY en una carta al presidente Kennedy,
18 de octubre de 1961

Teniendo en cuenta la naturaleza de las cosas, hacía ya tiempo que habíamos decidido que el acceso a Berlín no era un interés vital cuya protección y mantenimiento justificara el uso de la fuerza por nuestra parte. En ese sentido consentimos la construcción del Muro, aunque francamente debemos reconocer que con ello aceptamos en gran medida que los soviéticos podían, en el caso de Berlín Este como ya habían hecho anteriormente en otras zonas sometidas a su control físico efectivo, aislar a sus sujetos contra su voluntad.

El secretario de estado DEAN RUSK al general Clay,
26 de octubre de 1961

BARRIO DE DAHLEM, BERLÍN OESTE
DOMINGO, 22 DE OCTUBRE DE 1961

La tarde que desencadenó la crisis decisiva en Berlín empezó de forma bastante inocente. E. Allan Lightner Jr., el principal diplomático estadounidense en Berlín Oeste, le dijo a su mujer Dorothy que se apresurara,

pues no quería llegar tarde a la función de una compañía de teatro experimental checa que actuaba en Berlín Este. Dorothy se había enterado de la obra a través de uno de los periódicos de la ciudad y le había parecido una buena distracción después de dos meses y nueve días de presión implacable desde el cierre de la frontera berlinesa.

Hacía un fresco tiempo otoñal en el elegante barrio de Dahlem, en Berlín Oeste, donde los Lightner vivían en un amplio chalet confiscado a un oficial nazi de alto rango tras la guerra. Sus vecinos habían empezado ya a prepararse para el invierno. Algunos aprovechaban el día para rastrillar el jardín y retirar las hojas amarillas y marrones que habían perdido las hayas y los robles. Otros habían sacado los edredones de invierno y los habían puesto a ventilar en tendederos y balcones.

Aunque Lightner no había sabido adelantarse a la construcción del Muro, éste no había dañado su carrera; difícilmente habría logrado un destino con un perfil más alto que aquél, situado en plena falla geológica de la guerra fría. Como muchas esposas de los miembros del Departamento de Estado de la época, Dorothy había abrazado completamente la carrera de su marido y sus privilegios; el personal a su servicio la consideraba una mujer prepotente y excesivamente exigente. A los Lightner siempre les había gustado salir por la zona soviética de la ciudad, donde actuaban los mejores artistas del bloque socialista. Sin embargo, desde el 13 de agosto sus visitas habían adquirido un gran valor simbólico. Los habitantes de Berlín Este que reconocían a Lightner solían agradecerle simplemente su presencia.

Lightner sabía que existía una vaga probabilidad de que su trayecto a través de la ciudad resultara más movido que de costumbre. Aquella semana, la llamada Policía Popular de la Alemania del Este, la Volkspolizei (o los Vopos), había empezado a comprobar la documentación de los civiles aliados. Aquella decisión suponía no sólo una violación de los acuerdos entre las cuatro potencias, sino que también contradecía las instrucciones soviéticas, transmitidas recientemente por el ministro de Defensa soviético, el mariscal Rodión Malinovski, que había advertido a las autoridades de la Alemania del Este de la prohibición de introducir modificaciones fronterizas sin previa autorización soviética.

[Al parecer, Ulbricht había dado](#) el visto bueno a la decisión desde Moscú, donde aún seguía echando chispas por el contenido del discurso inaugural de Jrushchov ante el Congreso del Partido. Aunque a Kennedy las palabras del líder soviético le habían parecido beligerantes, a Ulbricht lo había enfurecido la decisión de Jrushchov de extender el plazo para la firma de un tratado de paz, que inicialmente finalizaba a final de aquel año. En opinión de Ulbricht, Jrushchov había vuelto a su viejo hábito de titubear en Berlín a costa de la Alemania del Este. En su discurso, tres días más tarde, Ulbricht había definido el tratado como «una tarea de la máxima urgencia». Ulbricht necesitaba el tratado para consolidar su victoria de agosto y expandir su control sobre Berlín Este, al tiempo que aislaba y desmoralizaba a los habitantes de Berlín Oeste.

Pero las palabras nunca bastaron con Jrushchov, de modo que Ulbricht decidió endurecer unilateralmente los controles fronterizos, imaginando que Occidente iba a protestar pero no iba a oponer resistencia después de haber aceptado una indignidad mucho mayor como el cierre de fronteras. Sin embargo, con ello la Alemania del Este su-bestimó la determinación del último elemento desplegado por los estadounidenses: el general Lucius Clay.

Ulbricht y Clay desencadenarían un enfrentamiento entre las dos superpotencias que sus superiores en Moscú y en Washington ni deseaban ni habían previsto, aunque ambos adversarios imaginaron que el enfrentamiento había sido planificado por el otro.

[Alentado por Clay, aquella semana](#) Lightner había dado instrucciones a los miembros de su Misión Estadounidense para que se resistieran a los nuevos procedimientos de la Alemania del Este. Así, había prohibido a su personal someterse a los controles y apenas el día anterior su propia secretaria había preferido dar media vuelta en su coche antes que mostrar su documentación. Lightner y Clay se habían mostrado furiosos al descubrir que el primer ministro británico Macmillan había acatado los nuevos controles sin rechistar, en lo que consideraban otra dosis de la política británica de apaciguamiento. Las órdenes de Londres a los comandantes locales eran claras: tras haber cedido en la construcción del muro, no tenía sentido plantar cara por eso.

[Clay no estaba de acuerdo.](#) Si Washington permitía que la Alemania del

Este siguiera interfiriendo en lo que habían sido los derechos aliados desde 1945, Clay estaba convencido de que EEUU socavaría la ya frágil moral de Berlín Oeste y erosionaría la maltrecha posición legal de los aliados. Además, a partir de sus conversaciones preparatorias en Washington, también creía que Kennedy estaba más dispuesto que sus asesores a mantenerse firme en Berlín. De momento, sin embargo, sus enemigos habían estado presionando porque tenían la sensación de que Kennedy no apoyaba a Clay como en su día lo había hecho Truman.

Así, para Clay, aquella situación suponía una oportunidad triple. En primer lugar, podía poner de manifiesto la determinación renovada de EEUU en Berlín. En segundo lugar, podía servir para que tanto las tropas estadounidenses como los habitantes de Berlín Oeste recuperaran la confianza perdida. Y, finalmente, podía demostrar a sus oponentes en Moscú y en Washington que contaba con el apoyo del presidente Kennedy.

Pero había un problema: ni siquiera el propio Clay podía estar convencido de que su titubeante presidente fuera a mantenerse firme.

[A diferencia de Clay, Lightner](#) no se consideraba a sí mismo un guerrero de la guerra fría, aunque en realidad sí lo era. A sus cincuenta y tres años, el ex estudiante de Princeton calificaba de «rojillos de salón» a los intelectuales que se dedicaban a escribir y hablar ingenuamente del «gran experimento soviético» del comunismo. A menudo le decía a su mujer, Dorothy, que un par de meses en la Unión Soviética los haría cambiar rápidamente de opinión. Y lo decía por experiencia: de joven, Lightner había sido destinado a la Rusia de Stalin, hasta que en 1941 lo habían evacuado del Moscú en guerra, junto con la documentación de la embajada. A continuación había trabajado con exiliados anticomunistas en Escandinavia, había compartido refugios antiaéreos en Londres con británicos intrépidos y había participado en la redacción de los acuerdos de posguerra, que ahora lamentaba que cedieran una parte tan considerable de Europa al control soviético.

[Lightner les había dicho a sus amigos](#) que si Clay hubiera estado en Berlín el 13 de agosto, el Ejército estadounidense habría derribado las primeras barreras y los alemanes del Este no habrían osado arriesgarse a reemplazarlas. Lightner había aceptado el argumento de Clay de que EEUU no podía

permitirse retroceder más, pero le preocupaba que en esta ocasión Clay sucumbiera a una burocracia estadounidense en Berlín, mucho más consolidada de lo que lo había estado en 1948. El propio Lightner estaba sometido a una confusa doble línea de mando, como número dos tanto del general Watson en Berlín como del embajador Dowling en Bonn.

El guión de aquella noche quiso que la policía de la Alemania del Este detuviera el Volkswagen de Lightner mientras éste zigzagueaba a través de la primera de las tres barreras de hormigón pintadas de rojo y blanco del control fronterizo: dos que salían de la acera izquierda y una de la derecha. Siguiendo el procedimiento habitual, Lightner se negó a mostrar sus documentos a la policía de la Alemania del Este y exigió ver a un representante soviético. Normalmente la policía dejaba pasar a los diplomáticos estadounidenses; sin embargo, y obedeciendo a las nuevas órdenes, en aquella ocasión el agente de la Alemania del Este se negó a dejar pasar a Lightner. No podía localizar a ningún representante soviético porque era domingo, le dijo y a continuación exigió de nuevo que Lightner le mostrara su documentación o diera media vuelta.

Una vez más Lightner se negó a hacer lo que le pedían y en esta ocasión fue Dorothy quien le soltó al agente de la Alemania del Este un discurso sobre los derechos de las cuatro potencias desde el asiento del acompañante. Durante los siguientes 45 minutos la discusión fue subiendo de tono, con argumentos cada vez más acerados, pero siguió sin aparecer ningún oficial soviético. Entonces Lightner decidió que había llegado el momento de provocar una escalada. Después de avisar a Clay a través del teléfono especial de su coche, Lightner se preparó para cruzar la frontera a la fuerza. Aunque sabía que los Vopos tenían ordenes de disparar a matar si uno de sus compatriotas intentaba escapar, estaba seguro de que no iban a atreverse a disparar contra un diplomático estadounidense que intentara acceder a Berlín Este, pues eso habría supuesto un acto de guerra.

«Mire», le dijo a Lightner al policía que había junto a su ventana, «lo siento pero voy a ejercer mi derecho aliado a acceder a cualquier sector de Berlín.» Entonces arrancó el motor. «¡Apártese! ¡Vamos a pasar!»

Lightner pisó el acelerador y obligó a un par de Vopos a hacerse a un lado

de un brinco. Sin embargo, su vehículo tan sólo podía sortear el laberinto de hormigón a poca velocidad, de modo que un grupo mayor de Vopos a pie rodeó el coche y lo obligó a detenerse.

«Puede esperar hasta mañana por la mañana a que se presente un ruso», gritó furiosamente uno de los agentes. «¡Si es que se presenta!»

Sin embargo, al mismo tiempo Clay había empezado a mover también sus piezas. Había ordenado a un pelotón del 2.º Batallón que recorriera los quince kilómetros que separaban el Cuartel McNair, en Lichterfelde, de Checkpoint Charlie con dos vehículos acorazados de transporte de tropas a los que seguirían de cerca cuatro tanques M48 con bulldozer incorporado. Para dirigir la operación, Clay y el comandante militar en Berlín, el general Watson, se habían retirado al centro de operaciones de emergencia, conocido como «el búnker», construido para casos como aquél en el sótano del consulado estadounidense de la Clayallee. Aunque originalmente el edificio había sido construido en 1936 para albergar el cuartel general de la Luftwaffe del Tercer Reich, éste se había convertido en el centro neurálgico de Clay durante el Puente Aéreo de Berlín, un papel que estaba a punto de asumir de nuevo.

Mientras la acción se iba desplegando, el capitán preboste estadounidense, el teniente coronel Robert Sabolyk, contemplaba la escena de Checkpoint Charlie con unos prismáticos desde el puesto de madera de la policía militar, situado a un centenar de metros del lugar de enfrentamiento. Siguiendo las órdenes, que indicaban que debía mantener la situación bajo control hasta que llegaran refuerzos, aquel antiguo boxeador federado montó en su coche oficial, sorteó a gran velocidad la primera barrera, derrapó en la segunda y frenó delante mismo del Volkswagen de Lightner. Le faltó poco para arrancarles de cuajo las piernas a varios de los Vopos, que se apartaron de un salto y protestaron airadamente.

Más o menos en aquel preciso instante, los cuatro tanques estadounidenses cruzaron la franja pintada de blanco que marcaba el límite de Berlín Oeste. Otro policía militar salió corriendo de la caseta de mando, se acercó a la ventanilla de Dorothy Lightner y le sugirió educadamente que bajara del Volkswagen inmovilizado. Sin embargo, la mujer se negó a moverse del lado de su marido.

El policía militar regresó a la caseta de mando, pero volvió a salir al cabo de unos minutos. «Lo siento, pero el general Clay ordena que la señora Lightner salga del vehículo», dijo.

Entonces, y susurrando para que no lo oyeran los Vopos, le dijo a Lightner: «Tenemos un proyecto en el que no queremos que se vea involucrada su esposa».

Cuando el miembro de la policía militar se hubo retirado de la escena, dos escuadrones de infantería formados por cuatro hombres cada uno desenvainaron las bayonetas de sus rifles M14 y tomaron posiciones a ambos lados de la Friedrichstrasse. Con los cañones de los cuatro tanques apuntándolos, los Vopos retrocedieron. Lightner metió primera e hizo avanzar su Volkswagen muy lentamente, flanqueado por los dos escuadrones del Ejército estadounidense. Tras superar la última barrera y penetrar en territorio comunista, el líder del pelotón le preguntó a Lightner si debían detenerse allí.

«No», respondió el diplomático.

Era la primera vez en la historia del Berlín de posguerra en que una unidad de infantería acorazada de las fuerzas estadounidenses de ocupación marchaba por el sector soviético. Para reafirmar aún más el derecho aliado de libre acceso, Lightner avanzó dos bloques más y al llegar al siguiente cruce dio media vuelta y regresó, escoltado en todo momento por su guardia armada. Ante la amenaza de los cañones estadounidenses, la policía de la Alemania del Este no osó abandonar sus posiciones.

Tras regresar sano y salvo a territorio estadounidense, Lightner se preparó para cruzar el paso fronterizo por segunda vez, para que quedara claro. A estas alturas, las noticias sobre el enfrentamiento se habían dispersado ya por todo Berlín, y periodistas y fotógrafos habían acudido a Checkpoint Charlie para documentar cada movimiento. Con el corazón en la garganta, Albert Hemsing montó en el asiento del acompañante del coche de Lightner. El funcionario de información pública, de cuarenta años y alemán de nacimiento, había trabajado en el equipo de grabación del Plan Marshall en París tras la guerra, elaborando películas de apoyo para el proyecto de reconstrucción europea, pero nunca se había encontrado en una situación de riesgo como aquella. Más tarde los Vopos asegurarían que el aliento le olía a alcohol.

Cuando la policía de la Alemania del Este volvió a impedirle el paso a Lightner, éste sacó el brazo por la ventanilla y les hizo una señal a las unidades armadas para que volvieran a acompañarlo. Éstas lo escoltaron una vez más y, una vez más, la policía de la Alemania del Este se hizo a un lado. Entretanto, el asesor político de la misión estadounidense, Howard Trivers, había llamado al cuartel general soviético para pedir que un oficial ruso se acercara a Checkpoint Charlie a resolver la situación.

Para cuando el Volkswagen de Lightner regresó de su segunda ronda había llegado ya un representante soviético. Tras hablar con los Vopos y los estadounidenses, el oficial soviético se excusó por el hecho de que la policía de la Alemania del Este no hubiera sabido reconocer la jerarquía de Lightner. Así pues, Lightner cruzó la frontera una vez más, en esta ocasión seguido por un segundo coche civil. Los Vopos se hicieron de nuevo a un lado y pareció que la victoria estadounidense era completa.

Entonces los dos vehículos estadounidenses completaron algo así como una vuelta triunfal: subieron por Friedrichstrasse hasta Unter den Linden, la ancha avenida del centro de Berlín, giraron a la izquierda, llegaron hasta la Puerta de Brandenburgo, volvieron a girar a la izquierda y terminaron de nuevo en Friedrichstrasse. Sobre las 22.00 llegó un oficial soviético de mayor rango, el viceasesor político coronel Lazarev. Éste se disculpó por la actitud de la policía de la Alemania del Este, que achacó a la falta de matrículas aliadas, que impedía saber a quién había que pedir la documentación y a quién no, pero al mismo tiempo protestó airadamente por aquella «incursión armada» estadounidense en territorio soviético.

Lightner y su mujer se habían perdido la obra de teatro, pero Clay los felicitó por su actuación. A la mañana siguiente, Clay sacó pecho ante la prensa y aseguró que habían «destruido la ficción» de que las autoridades de la Alemania del Este podían impedir el acceso aliado a Berlín Este.

Su victoria, sin embargo, fue breve. Esa misma mañana, el gobierno de la Alemania del Este publicó un decreto oficial en virtud del cual a partir de aquel momento se obligaba a *todos* los extranjeros (excepto los aliados militares vestidos de uniforme) a mostrar su documentación antes de entrar en el Berlín «democrático». La agencia de noticias de la Alemania del Este, ADN,

condenó el incidente del domingo por la noche, que definió como una «provocación fronteriza» causada, según sus palabras, por un civil (Lightner) acompañado por una mujer desconocida (Dorothy) a los que más tarde se unió un borracho (Hemsing).

En cuanto la radio de la Alemania del Este tuvo constancia de los nombres de los estadounidenses implicados, emitió una noticia en inglés destinada a los soldados del Ejército de EEUU: «Pasará mucho tiempo antes de que el ministro Lightner intente rejunarse con su novia en Berlín Este durante el fin de semana».

En Washington, Kennedy estaba molesto. El presidente estaba intentando relanzar sus negociaciones con los soviéticos y no tenía ningún interés en provocar una nueva confrontación. «No mandamos a Lightner allí para que fuera a la ópera en Berlín Este», dijo, demostrando que no comprendía lo que había sucedido y pasando por alto el hecho de que Lightner se había limitado a seguir las directrices del representante personal del presidente.

Al mismo tiempo, a Kennedy le surgió otro problema: tan sólo cuatro días antes Clay le había ofrecido su dimisión si no se le permitía ser más efectivo. Si quería evitar un terremoto político, al presidente no le quedaba más remedio que ofrecerle a Clay más margen de maniobra política.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DE EEUU, BERLÍN OESTE
MIÉRCOLES, 18 DE OCTUBRE DE 1961

La frustración creciente había llevado al general Clay a incluir una oferta de dimisión en la primera carta personal que le escribía al presidente Kennedy desde su regreso a Berlín.

El asesor de seguridad nacional Bundy había advertido a Kennedy de que, con la elección de Clay, se arriesgaba a «otro caso MacArthur-Truman», en referencia a la decisión políticamente dañina de despedir al general MacArthur que el presidente Truman había tenido que tomar después de que el primero expresara públicamente su disconformidad con la política del presidente en relación con la guerra de Corea. En su momento MacArthur

había querido bombardear China; ahora, Bundy creía muy probable que Clay deseara mostrarse más agresivo que Kennedy en Berlín, en un momento en el que la administración estadounidense se estaba planteando realizar importantes concesiones sobre la ciudad a Jrushchov.

Aunque en su carta Clay se ofrecía a abandonar su puesto con menos revuelo del que había organizado MacArthur, desde luego el general era consciente de que los motivos de su salida se filtrarían casi con total seguridad a la prensa y que eso daría argumentos a los críticos con Kennedy y desanimaría aún más a los berlineses.

Clay empezaba su carta disculpándose ante el presidente por la longitud de la misma, 1.791 palabras, y por el hecho de no haber escrito antes. A continuación, sin embargo, aclaraba que no le había parecido que los numerosos incidentes con los que se había topado desde su llegada a Berlín fueran dignos de la atención presidencial.

Sobre todo, le escribió al presidente, «debemos conservar la confianza de los habitantes de Berlín Oeste. De no ser así, la fuga de capital y de ciudadanos responsables puede destruir nuestra posición aquí; en ese caso, la pérdida de confianza en nuestro país se expandiría por todo el mundo». Clay afirmaba que, mientras al berlinés medio le importaba relativamente poco la actitud de franceses y británicos, «si nosotros le fallamos, se sentirá consternado».

Clay no se mordió la lengua y criticó indirectamente la actitud del presidente durante el cierre de fronteras del 13 de agosto, que creía que se podría haber evitado sin asumir excesivos riesgos. «No creo que tuviéramos que ir a la guerra para evitar la construcción del Muro», dijo, pero añadió que «cruzar una y otra vez por puntos seleccionados con camiones militares no armados podría haber evitado la consolidación del Muro».

Sin embargo, Clay se apresuró a no culpar a Kennedy, sino a sus subordinados en Berlín. «Me llenó de estupor que nadie aquí hubiera ordenado acciones concretas con dicho objetivo», afirmó y criticó que entre el personal estadounidense en Berlín se hubiera instalado lo que él consideraba una cultura de aversión al riesgo. «Bastan unas pocas muestras de desaprobación para rechazar cualquier pensamiento independiente y cualquier

recomendación positiva», dijo. A Clay le preocupaba que Kennedy no tuviera acceso a puntos de vista más independientes, como el suyo, porque incluso «un comandante tan capaz como [el comandante supremo de la OTAN Lauris] Norstad» estaba influenciado por las reticencias aliadas.

Dicho eso, Clay fue directo al grano y se refirió a «la necesidad urgente de evitar que [las tropas de la Alemania del Este] violen nuestros derechos, mientras las fuerzas soviéticas observan desde un segundo plano». Al veterano general no le gustaba que el Mando Europeo hubiera «descartado sin más» sus recomendaciones de que EEUU respondiera a cualquier incidente, por pequeño que fuera. Por ello, deseaba que el presidente le otorgara una mayor autoridad personal para asumir el control en acciones orientadas a dejar clara la determinación estadounidense, como en el caso de los controles fronterizos practicados por las autoridades de la Alemania del Este, pues éstos tenían un coste final mucho mayor de lo que creían los asesores de política exterior de Kennedy.

El general escribía con la seguridad de alguien que era consciente de haber cambiado el rumbo de la historia gracias a su comunicación directa con el anterior presidente. «Si queremos reaccionar de forma adecuada e inmediata», dijo, «el comandante local debe tener la autoridad necesaria en caso de emergencia para actuar inmediatamente, siguiendo mis consejos y mi aprobación, y teniendo en cuenta la autoridad que ha delegado usted en el Mando Militar en Europa.»

Clay quería que Kennedy liberara al general Watson, el comandante local de Berlín, de las obligaciones impuestas por el general Clarke en Heidelberg y del general Norstad en París. Y aunque reconocía que EEUU no podía alterar la situación en Berlín por la vía militar, añadía que «podemos perder Berlín si no estamos dispuestos a arriesgarnos a utilizar la fuerza. [...] Podríamos vernos fácilmente arrastrados a otra guerra si no logramos dejar claro sobre el terreno que hemos llegado a un punto peligroso».

Clay defendió todas las acciones que había ordenado hasta el momento, aunque sabía que los asesores de Kennedy se habían opuesto a muchas de ellas y, en particular, a la liberación de los refugiados de Steinstücken y la reintroducción de las patrullas militares estadounidenses en la Autobahn.

«Estas acciones, simples y limitadas, nos han permitido reducir las tensiones y devolver la confianza a Berlín Oeste», insistió. También le dijo al presidente que defender el derecho de paso en Checkpoint Charlie debía convertirse en una prioridad para EEUU, no porque sí, sino porque los habitantes de Berlín Oeste los estaban observando. Por ese motivo, añadió Clay, había ordenado que «cada día crucen el punto fronterizo tantos vehículos como sea posible».

Aunque el presidente no se lo había pedido, Clay le ofreció a Kennedy un plan de contingencia militar en caso de que los soviéticos contraatacaran, tal como había hecho con Truman después del embargo soviético. «Si nos detienen en la Autobahn [camino de Berlín], debemos reaccionar rápidamente y, en mi opinión, mandar fuerzas militares ligeras desde Berlín para comprobar el alcance de las intenciones [enemigas]. Si nuestras tropas topan con una fuerza superior y se ven obligadas a retroceder, debemos poner en marcha inmediatamente un puente aéreo y, simultáneamente, aplicar sanciones públicas y bloqueos económicos para forzar una rectificación por parte de los soviéticos. Si esos pasos se adoptan de forma simultánea, no se creará el pánico en Berlín Oeste y ganaremos tiempo para que usted pueda tomar la acción definitiva con calma y objetividad.»

Cuando Clay se refería a «la acción definitiva», Kennedy comprendía sin duda que se estaba refiriendo a un conflicto nuclear. Con total sangre fría, Clay añadió: «Si nuestra acción en la Autobahn concluye con destrucción o captura de las unidades involucradas, entonces será evidente que el gobierno soviético desea una guerra».

La carta de Clay terminaba con la promesa de escribir notas más cortas en el futuro. Expresaba el honor que significaba para él servir como enviado de Kennedy en Berlín, aunque añadía que «me doy cuenta de que nadie comprende qué significa eso». A continuación, Clay advertía a Kennedy de que «si no se produce una respuesta positiva y concreta sobre mis demandas, interpretaré que cuento con su aprobación directa. [...] No creo que me enviara aquí para hacerme vivir en el vacío y sé que no puedo ser de ninguna ayuda si lo aconsejable es actuar con una cautela extrema en Berlín».

Dicho eso, Clay ofrecía su dimisión al presidente. A lo largo de su carrera militar, el general se había ganado una cierta reputación por sus frecuentes

amenazas de dimisión, que en casi todos los casos le habían permitido lograr sus propósitos. Clay había descubierto que a veces, para lograr que sus superiores le prestaran atención, no había nada como ofrecer la dimisión.

Clay sopesó cuidadosamente sus palabras para expresar la lealtad de un soldado ante su comandante en jefe y, al mismo tiempo, poner en duda que pudiera seguir sirviendo de forma efectiva en las condiciones actuales: «También quisiera añadir que no vine aquí para causarle aún más problemas y que si decide prescindir de mí lo aceptaré de buena gana. Quiero que sepa que nunca permitiría que mi figura se convirtiera en motivo de controversia en estos momentos críticos, de modo que si usted decide, o yo creo necesario comunicarle, que mi presencia aquí no es de ninguna utilidad concreta, me retiraré tan sólo de una forma que goce de su aprobación y que no le cause aún más problemas».

Y dicho eso, el general firmaba la carta:

Con todos mis respetos,

Suyo

Lucius D. Clay,

General retirado,

Ejército de EEUU

PARÍS

LUNES, 23 DE OCTUBRE DE 1961

Siguiendo instrucciones de Kennedy, el embajador estadounidense en París, el general James M. Gavin, había concertado una reunión con el presidente Charles de Gaulle para tratar una carta que el líder francés le había escrito a Kennedy dos días antes y que el presidente estadounidense había leído con considerable irritación.

En un momento en el que Kennedy deseaba más que nunca un frente aliado común que respaldara su deseo de entablar nuevas conversaciones sobre Berlín con Moscú, De Gaulle se había convertido en su aliado más

problemático y estaba incitando también al canciller de la Alemania Federal Adenauer. De Gaulle se había negado a participar ni siquiera en las conversaciones preliminares con EEUU, Gran Bretaña y la Alemania Federal sobre la posibilidad de iniciar nuevas negociaciones con los soviéticos, y no parecía que fuera a dejarse convencer.

De Gaulle había mostrado su **disconformidad** con las conversaciones entre Rusk y Gromyko, que se habían producido de forma tan inminente tras el cierre de fronteras que habían dado la impresión de que EEUU aceptaba para Berlín el estatus de ciudad permanentemente dividida. Además, le preocupaba que Kennedy se mostrara incluso dispuesto a discutir con los soviéticos el futuro de la pertenencia de la Alemania Federal a la Alianza Atlántica. El líder francés creía que entablar nuevas conversaciones con Jrushchov tan sólo podía comportar más concesiones, que alterarían el equilibrio en Europa de forma aún más negativa y que «crearían un grado de desmoralización psicológica difícil de contener en países que forman parte de nuestra alianza, sobre todo en Alemania, y que alentarían a los soviéticos a adoptar medidas aún más radicales».

En su carta, De Gaulle había prescindido del afecto paternalista que había mostrado durante la visita de Kennedy a París, previa a la Cumbre de Viena. Sus palabras ahora eran claras y duras: «Debo decirle, señor presidente, que hoy más que nunca creo que la política a seguir es la siguiente: negarse a considerar ningún cambio en el status quo en Berlín y en la situación actual en Alemania, y, en consecuencia [negarse a] negociar al respecto mientras la Unión Soviética no renuncie a actuar unilateralmente y mientras no ceje en sus amenazas».

A pesar de su dureza, la carta de De Gaulle no hacía más que ahondar en el tono de confrontación que había empleado con Kennedy desde el 13 de agosto. Apenas dos semanas después de esa fecha, Kennedy le había pedido a De Gaulle que lo ayudara a influir en la opinión que el Tercer Mundo tenía sobre el comunismo. También le había pedido la colaboración francesa en su intención de establecer nuevas negociaciones con Moscú sobre Berlín.

De Gaulle había rechazado la petición de ayuda de Kennedy en el Tercer Mundo argumentando que los países en vías de desarrollo no compartían el

nivel de responsabilidad occidental y asegurando que «en su mayoría han tomado ya una decisión, y ya sabe en qué sentido». De Gaulle fue aún más claro en lo tocante a entablar nuevas conversaciones con los soviéticos debido a «las amenazas que nos lanzan y a los hechos consumados que violan los acuerdos firmados».

El presidente francés advirtió a Kennedy de que los soviéticos iban a interpretar unas negociaciones que tuvieran lugar cuando había pasado tan poco tiempo desde el cierre de fronteras como «una anuncio de rendición», algo que supondría un duro golpe para la OTAN. Jrushchov, escribió De Gaulle, tan sólo utilizaría las conversaciones para aplicar aún más presiones sobre los berlineses.

A pesar de los dos meses de esfuerzos diplomáticos para intentar convencer a De Gaulle, que incluían varias cartas personales de Kennedy, el líder francés no había hecho más que endurecer su postura. El 14 de octubre, Kennedy había informado a De Gaulle de que había logrado un «avance» con Moscú, pues Jrushchov había accedido a negociar directamente con los aliados por Berlín en lugar de referirlos a los líderes de la Alemania del Este. Kennedy había declarado que esperaba poder organizar una reunión de los ministros de exteriores aliados a mediados de noviembre para preparar las nuevas negociaciones con Moscú sobre Berlín. «No tenemos intención de retirarnos de Berlín», le había asegurado Kennedy a De Gaulle, «ni tampoco de ceder nuestros derechos en ninguna negociación.» Sin embargo, aseguró, los aliados no debían escatimar esfuerzos diplomáticos para evitar que la situación en Berlín llegara «al punto de una crisis dramática». Kennedy dijo que lo que él quería era clarificar los objetivos aliados comunes e iniciar preparativos militares «antes de la confrontación definitiva».

De Gaulle se burló de la afirmación de Kennedy de que Jrushchov hubiera realizado una concesión en cuanto a la Alemania del Este y descartó también el temor de Kennedy de que pudiera estallar una guerra. Viendo a Jrushchov, dijo de Gaulle, «no parece que el Kremlin esté preparado para lanzar la bomba. Una bestia salvaje que va a abalanzarse sobre una presa lo hace sin esperar tanto tiempo».

Con ese prelude, el embajador Gavin sabía que lo esperaba una reunión

complicada. Kennedy había elegido a Gavin en parte porque, con su hoja militar de servicios, era uno de los pocos hombres disponibles a los que De Gaulle respetaba. Gavin había sido el general de división más joven de la Segunda Guerra Mundial, y sus hombres lo llamaban «Jumping Jim» porque, a pesar de su rango, a menudo participaba en operaciones con paracaidistas. Aun así, De Gaulle empleó su habitual tono condescendiente.

De Gaulle le dijo a Gavin que aunque no haría nada para evitar que EEUU organizara una reunión con los aliados en noviembre, Kennedy iba a tener que apañárselas sin la participación francesa.

Gavin le preguntó a De Gaulle si no creía que era preferible participar y dejar claro en un frente aliado común «nuestra disposición a tomar parte en las hostilidades» si los soviéticos persistían en su actitud actual.

De Gaulle respondió que en su opinión los soviéticos tenían tan sólo dos opciones, y que ninguna de las dos precisaba de negociaciones. O bien, tal como creía De Gaulle, los soviéticos no querían arriesgarse a una guerra global y nuclear (con lo cual no había prisa para entablar negociaciones), o bien deseaban una guerra, en cuyo caso los aliados debían negarse a entablar conversaciones «porque estaríamos negociando bajo una amenaza directa».

«Uno no puede llegar a acuerdos con personas que lo amenazan», declaró De Gaulle. Y para que quedara aún más claro, De Gaulle afirmó que los aliados no podían negociar con los soviéticos «después de que nos hayan amenazado con la bomba atómica, hayan construido el Muro de Berlín, hayan amenazado con firmar un tratado con la Alemania del Este sin promesas de garantizar el acceso a Berlín y, en general, se hayan dedicado a exhibir su belicosidad». Su fórmula era la siguiente: «Si recurren al uso de la fuerza, nosotros haremos lo mismo y ya veremos qué pasa. Cualquier otra postura sería sumamente costosa, no sólo para Alemania sino para todos».

Como ya les había ocurrido a sus predecesores en la Casa Blanca, Kennedy estaba empezando a perder la paciencia con De Gaulle, que parecía demasiado dispuesto a arriesgar vidas estadounidenses en Berlín. Las frustraciones de Kennedy no hacían más que crecer, mientras debía lidiar con los impredecibles soviéticos, con unos aliados nada cooperativos y con un general retirado que actuaba según sus propias reglas en Berlín y que ahora,

además, pretendía interferir en los asuntos diplomáticos.

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DE EEUU, BERLÍN OESTE

LUNES, 23 DE OCTUBRE DE 1961

Envalentonado por el éxito de sus escoltas militares, Clay decidió que había llegado el momento de aconsejar a Washington sobre cómo recuperar la iniciativa negociadora al tiempo que ponía de manifiesto su preponderancia militar. El general expuso sus ideas en un telegrama al secretario de estado Rusk, uno de sus rivales clave en Washington.

Clay escribió que estaba de acuerdo con Rusk cuando éste afirmaba que la obligación de mostrar la documentación en los puntos fronterizos de la Alemania del Este no era en sí mismo un asunto de «importancia mayor», pero que aun así EEUU debía oponerse a ello. «No creo», le dijo a Rusk, repitiendo el mensaje que le había enviado a Kennedy, «que podamos permitirnos ceder ningún derecho más antes de entablar negociaciones, pues de otro modo éstas se iniciarían tan sólo con los derechos restantes, que estamos obligados a mantener por la fuerza si es necesario.»

Por ello, «recomendaba urgentemente» a Rusk que citara al embajador ruso y le comunicara que EEUU rechazaba el nuevo régimen fronterizo de la Alemania del Este y que se negaría a participar en unas hipotéticas conversaciones con Rusia sobre Berlín hasta que la Alemania del Este diera marcha atrás en su decreto. Clay aseguraba que aquello mejoraría la posición estadounidense en Berlín, pondría a prueba la buena voluntad de Jrushchov de cara a una negociación y permitiría a EEUU abordar las conversaciones sobre Berlín desde una posición más próxima a la que defendían Francia y la Alemania Federal.

Clay le aseguró a Rusk que utilizar la disputa fronteriza para obtener una ventaja diplomática era un enfoque más prometedor que la perspectiva de tener que proseguir sus escoltas armadas en Checkpoint Charlie, una política que antes o después se toparía con la abrumadora superioridad convencional soviética. Por ese motivo, Clay anunció que pondría fin a sus incursiones en

Checkpoint Charlie un día después de que éstas se hubieran iniciado para que Rusk pudiera tantear la vía diplomática que Clay creía haber abierto para él.

«Hoy evitaremos otra confrontación en Friedrichstrasse mientras esperamos que usted considere nuestra recomendación», dijo. Y añadió: «Debemos reanudar las incursiones no más tarde de mañana».

DESPACHO OVAL, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

MARTES, 24 DE OCTUBRE DE 1961

El personal de la Casa Blanca consideraba al embajador de la Alemania Federal Wilhelm Grewe el miembro más desagradable del cuerpo diplomático extranjero. Hombre condescendiente y sin sentido del humor, Grewe había mostrado tan abiertamente su desdén hacia los denominados «New Frontiersmen» de Kennedy que incluso Adenauer en persona lo había reprendido por ello.

Aquella mañana, después de que el embajador Gavin no hubiera logrado convencer a De Gaulle el día anterior, Kennedy no estaba precisamente eufórico ante la perspectiva de su reunión con Grewe en el Despacho Oval. Además, estaba irritado por las crecientes filtraciones a los medios estadounidenses y europeos sobre la oposición francesa y alemana a su deseo de iniciar una nueva ronda de negociaciones sobre Berlín y quería ponerles fin.

Al poco de empezar la reunión, el embajador Grewe se refirió abruptamente a la preocupación del canciller sobre la falta de compromiso de Kennedy con Berlín Oeste en particular y con la unificación alemana en general. Grewe exhibía la actitud seca y acusadora que le confería el hecho de ser uno de los abogados internacionales más reconocidos de su país. Había participado en la negociación del fin de la ocupación aliada con la Alemania Federal y había tenido un papel fundamental en el desarrollo de la Doctrina Hallstein, la dura política que dictaba que la Alemania Federal no podía establecer ni mantener relaciones diplomáticas con ningún país que reconociera a la Alemania del Este.

Grewe dijo que Adenauer estaba dispuesto a ir a la guerra por defender la libertad de Berlín Oeste. Para prepararse para dicha eventualidad, aseguró, el canciller había decidido incrementar la partida presupuestaria de defensa y potenciar sus fuerzas armadas, al tiempo que intentaba cerrar una nueva coalición de gobierno. Sin embargo, Grewe afirmó que a Adenauer le preocupaban los planes de Kennedy de aumentar su fuerza convencional en Europa. Adenauer «consideraba que dichas operaciones tan sólo serían convincentes si su preparación contemplaba un ataque nuclear preventivo en caso necesario».

El temor alemán, afirmó Grewe, era que una confianza mayor de los aliados en las fuerzas convencionales pudiera crear una situación en la que la ausencia de un elemento nuclear de disuasión claramente definido o creíble alentara a los soviéticos a «cruzar la frontera y ocupar zonas considerables» de la Alemania Federal, una eventualidad que comparó con la situación en China en 1947, cuando las tropas comunistas se apoderaron del país. «Los soviéticos deben tener clara la determinación estadounidense a utilizar armas nucleares», dijo Grewe, «y también el hecho de que la Unión Soviética sería un objetivo.»

Kennedy no dejó entrever la impaciencia creciente que sentía ante las lecciones cada vez más frecuentes de los aliados acerca de los riesgos que debía asumir en relación a las vidas de los estadounidenses apostados en Berlín. Le mintió a Grewe al afirmar que estaba ansioso por reunirse con Adenauer, encuentro que estaba programado para mediados de noviembre, y que esperaba que pudieran ponerse de acuerdo en la política a adoptar respecto a los soviéticos. El presidente dijo que «deploraba» las filtraciones de prensa que sugerían que ambas partes estaban en desacuerdo sobre la posibilidad de entablar conversaciones con Moscú. Kennedy aseguró que deseaba poner a prueba las ideas más flexibles de Jrushchov sobre qué podía constituir un Berlín Oeste libre. «Personalmente me sentiría mucho mejor si pudiéramos hacerlo antes de llegar a la fase nuclear», le dijo a Grewe.

Kennedy se quejó ante Grewe de que De Gaulle «aparentemente tenía la sensación de que cualquier aproximación a los soviéticos era una muestra de debilidad».

Grewe sabía que Adenauer compartía dicha preocupación. Como De Gaulle, Adenauer se había mostrado profundamente disgustado por las conversaciones entre Rusk y Gromyko. Además, Grewe aseguró que a Adenauer le preocupaba que EEUU pudiera abandonar su apoyo tradicional a la unificación alemana reconociendo de facto a la Alemania del Este, alentando la cooperación entre las dos Alemanias y renunciando al objetivo final de una reunificación alemana mediante elecciones libres.

Impaciente por tener que lidiar con las quejas de siempre, Kennedy respondió que EEUU y la Alemania Federal «deberían buscar nuevas formas de aproximarse» a los soviéticos. Kennedy le dijo a Grewe que no parecía que hubiera perspectivas de unificación en el futuro inmediato y que no creía que los aliados debieran adoptar una postura inflexible en Berlín Oeste. Kennedy estaba buscando fórmulas que permitieran mejorar el estatus actual de la ciudad y quería contar con la ayuda de Adenauer para ello.

Reflejando el desprecio que las «nuevas aproximaciones» de Kennedy provocaban en Adenauer, Grewe repitió las palabras de De Gaulle en el sentido de que no creía que existieran posibilidades de lograr progresos con los soviéticos, pues el enfoque de Moscú pasaba por obtener mayores concesiones, a las que Occidente debía negarse. A continuación pasó a detallarle los costes que la aquiescencia del presidente con el cierre de fronteras había tenido hasta el momento para Alemania y para el propio Adenauer.

Antes del 13 de agosto, dijo Grewe, Berlín había registrado 500.000 cruces de frontera diarios de familias, amigos y trabajadores, algo que servía para unir tanto a las dos mitades de la ciudad como a sus habitantes. Los cruces fronterizos se habían visto reducidos a unos quinientos, afirmó. Además, Grewe le aseguró a Kennedy que la respuesta «reservada y moderada» de Adenauer a la construcción del Muro de Berlín le había costado al canciller la mayoría parlamentaria y había estado a punto de hacerle perder las elecciones de hacía poco más de un mes.

Kennedy le recordó a Grewe que la alternativa a entablar conversaciones con los soviéticos sobre Berlín era «la perspectiva bien real de un enfrentamiento militar». EEUU no iba a entregar Berlín Oeste, aseguró, pero

por otro lado quería tener la seguridad de que «cuando llegemos al final del camino» nadie pudiera preguntarse si no podría haberse evitado el uso de la fuerza poniendo más énfasis en una solución de consenso. Kennedy añadió con impaciencia que en lugar de cargarse las ideas estadounidenses, Alemania debía formular «propuestas propias que le parecieran aceptables».

Grewe aseguró que los dirigentes de la Alemania Federal también buscaban formas de mejorar la situación de Berlín, pero que no creían que en aquellos momentos la coyuntura permitiera dicho resultado. No sólo eso, sino que tildó de irrealizable la idea apuntada por algunas fuentes de la administración Kennedy en el sentido de que Berlín pudiera convertirse en la sede de la ONU. En el mejor de los casos, dijo, aquella idea peregrina podía constituir una estrategia inicial en unas negociaciones.

Tras un frío apretón de manos, Grewe regresó a la embajada y le mandó otro telegrama desalentador a Adenauer.

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE EEUU, WASHINGTON, D.C.

TARDE DEL MARTES 24 DE OCTUBRE DE 1961

El secretario Rusk no ocultó la irritación que le producía el hecho de que el general Clay se dedicara a proporcionarle consejos que no le había pedido nadie sobre cómo abordar el trato diplomático con Moscú y que luego, por si eso fuera poco, tomara unilateralmente decisiones sobre el despliegue de sus hombres en la frontera de Berlín relacionadas con dichos consejos. A petición de Rusk, el jefe del destacamento especial de Berlín, Foy Kohler, llamó a Allan Lightner a las nueve de la noche, hora alemana, para transmitirle las reservas del Departamento de Estado y para desactivar el seductor atractivo del general Clay.

[Dirigiéndose a Lightner, Kohler](#) echó por tierra el consejo de Clay de que Rusk utilizara la disputa fronteriza en curso para intentar adquirir ventaja en las negociaciones con Moscú. Además, le recordó a un Lightner a la defensiva que su superior inmediato era Rusk y no Clay. Más tarde, en su informe a Rusk sobre la conversación con Lightner, Kohler se quejó de que «prácticamente

toda la conversación se desarrollara a base de evasivas».

Lightner le aseguró a Kohler que su participación en el incidente en Checkpoint Charlie hacía tan sólo dos días había sido «completamente inesperada y tirando a desagradable». En toda su vida como diplomático, Lightner nunca había recibido tanta atención mediática, desde las insinuaciones desdeñosas de la prensa comunista, que aseguraba que se dirigía a Berlín Este para reunirse con su amante, hasta los excesivos elogios en la prensa de Berlín Oeste, que se congratulaba de que el representante estadounidense con más rango en Berlín estuviera demostrando por fin que EEUU tenía pelotas.

Kohler se burló de que, de la noche a la mañana, el nombre de Lightner se hubiera convertido en «una palabra de uso común en EEUU», algo que, teniendo en cuenta la aversión a la publicidad del Departamento de Estado, no era precisamente un cumplido. No obstante, Kohler aseguró que lo que más lo había molestado había sido que Clay hubiera suspendido los cruces fronterizos sin permiso de Washington, algo que Kohler definió como un «grave error táctico». Kohler consideraba que el hecho de que, al final, un oficial soviético hubiera acudido al cruce fronterizo el 22 de octubre había refrendado el objetivo estadounidense: dejar claro que seguían siendo los soviéticos y no los alemanes del Este quienes debían garantizar la libertad de paso estadounidense en Berlín Este.

En cuanto a la cancelación de las escoltas militares, Lightner se disculpó ante sus superiores en Washington y aseguró que se había visto superado por «una autoridad de rango superior». Es decir Clay. Al mismo tiempo, no obstante, deseaba saber qué pensaba Rusk de la ingeniosa idea de Clay de llamar al embajador soviético e informarlo de que EEUU se negaba a negociar con Rusia mientras la Alemania del Este no pusiera fin a sus inspecciones fronterizas.

Kohler aseguró que estaban estudiando la propuesta de Clay, pero que en la decisión final sobre cuándo y cómo había que entablar negociaciones con los rusos influirían muchos otros factores. Por ello, Rusk quería que Clay reanudara las incursiones fronterizas «con vehículos del ejército tanto armados como desarmados» si las autoridades de la Alemania del Este

seguían negando el derecho de libre acceso a los estadounidenses.

Así, el general Clay disponía ahora de instrucciones claras para reanudar sus incursiones. Sin embargo, la reprimenda a Clay era igualmente inequívoca. Rusk quería que se mantuviera apartado de las relaciones diplomáticas entre EEUU y la URSS, en las que no pintaba nada. Por algún motivo, los superiores de Clay lo alentaron a adoptar su postura más enérgica, pero se negaron a apoyar dicha postura con una diplomacia igualmente enérgica.

Era evidente que el resultado final no podía ser positivo.

CHECKPOINT CHARLIE

TARDE DEL VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1961

El primer teniente del Ejército de Estados Unidos Vern Pike tenía dos preocupaciones principales mientras observaba los cañones de los tanques enemigos, se colocaba el casco verde del ejército con las iniciales «MP» de la policía militar escritas en blanco en la parte delantera, y se aseguraba de que le había quitado el seguro a su rifle M14 y de que llevaba tanto una bala en la recámara, como la bayoneta desenfundada.

En primer lugar, el oficial de la policía militar estadounidense, de veinticuatro años, estaba preocupado por su mujer, Renny, de veintidós años, a la que cada día se le notaba más el embarazo de gemelos. Pike había decidido no mandarla de vuelta a casa por Navidades, ya que la joven pareja no deseaba pasar tanto tiempo separada, una decisión que de repente le parecía sumamente irresponsable.

Aquel cambio de opinión obedecía a su segundo temor. Pike sabía por experiencia que la situación que se estaba desarrollando ante sus ojos podía fácilmente dar lugar a una escalada y convertirse en una guerra (tal vez incluso una guerra nuclear) que se lo llevaría todo por delante: a él, a su joven esposa y a sus hijos aún por nacer, por no mencionar una buena parte del planeta. Y para ello bastaba tan sólo que uno de los soldados americanos o soviéticos se dejara llevar por los nervios y apretara el gatillo, pensó.

Eran las nueve y pico de la noche y había diez tanques estadounidenses

M48 Patton apostados en el cruce de la Friedrichstrasse, frente a otros tantos tanques soviéticos T-54, situados a un centenar de pasos de distancia. El enfrentamiento había empezado a fraguarse horas antes, por la tarde, cuando los tanques estadounidenses se habían acercado a la frontera tal como habían hecho los dos últimos días, para lo que ya se habían convertido en escoltas militares rutinarias que acompañaban a vehículos civiles estadounidenses a Berlín Este.

A las 16.45, tras otra operación exitosa y sin incidentes, los comandantes estadounidenses habían ordenado a sus tanques que se retirasen a la base aérea de Tempelhof. Pike, cuyo pelotón de la policía militar se encargaba de la supervisión en Checkpoint Charlie, se tomó una pausa para fumar con el mayor Thomas Tyree, que estaba al mando del grupo de tanques. Desde el calor de una cafetería situada en la esquina de la Friedrichstrasse y la Zimmerstrasse, miraron por la ventana hacia el Este y a continuación intercambiaron una mirada de incredulidad.

«¿Tú estás viendo lo mismo que yo?», le preguntó Tyree a Pike.

«¡Señor, eso son tanques!», respondió Pike alarmado. «Y no son nuestros.»

Pike calculó que los tanques enemigos se encontraban a no más de entre setenta y cien metros de su posición. Aunque parecían tanques soviéticos T-54 nuevos, no llevaban marcas nacionales. Más misteriosamente aún, el personal militar que los conducía y que dirigía sus cañones parecía ir vestido con uniformes negros, también sin marcas. Si eran soviéticos (y resultaba difícil imaginar que pudieran ser otra cosa), era evidente que querían poder negarlo todo posteriormente.

«Vern», dijo Tyree, «no sé de quién son esos tanques, pero lárgate cagando leches a Tempelhof y tráeme mis tanques tan rápido como puedas.»

«Sí, señor», respondió Pike, que echó un vistazo a su reloj. Los tanques estadounidenses se habían marchado hacía diez minutos, de modo que no tardaría mucho en dar con ellos. Así pues, montó en su coche militar, un Ford azul, y se adentró a toda velocidad en el tráfico de hora punta de un viernes, abriéndose paso con la sirena a todo volumen y la sirena luminosa lanzando destellos. Alcanzó a los tanques justo cuando éstos llegaban a la base.

Pike gritó por la ventana al tanque que abría la marcha, pilotado por su

vecino en Berlín, el capitán Bob Lamphir. «Señor, tenemos problemas en Checkpoint Charlie; sígame, debemos regresar cuanto antes.»

«¡Adelante!», exclamó Lamphir mientras ordenaba a los tanques que dieran media vuelta y se dirigieran de nuevo hacia la frontera. Pike recordaría más tarde cómo la emoción por el peligro inminente se había apoderado de él. «Ahí estábamos, a las cinco de la tarde, en pleno tráfico de hora punta de Berlín, cruzando Mariendamm a toda velocidad hacia Checkpoint Charlie, con mi pequeño coche de la policía militar abriendo la marcha a golpe de sirena, mientras todos los berlineses a la vista se apartaban de en medio.»

Justo antes de que los tanques estadounidenses regresaran a la escena, a las 17.25, los tanques rusos se habían retirado y estaban aparcados ya en Unter den Linden, la principal avenida de Berlín Este. A pesar del peligro potencial de la situación, la escena tenía un innegable aire de vodevil, con los actores soviéticos escondiéndose tras el telón justo cuando sus homólogos estadounidenses aparecían en escena. Ante la perspectiva de que sus oponentes pudieran regresar, los tanques estadounidenses permanecieron dispuestos en posición defensiva.

Al cabo de unos cuarenta minutos, a las seis y pico de la tarde, lo que parecían tanques rusos regresaron y se colocaron apuntando con sus cañones desde el otro lado de la frontera. Un reportero del *Washington Post* que se había reunido en el cruce con docenas de corresponsales más anunció que era «la primera vez que las fuerzas de los dos aliados de guerra, y actualmente las mayores potencias mundiales, se encontraban cara a cara en una confrontación directa y hostil».

En referencia a la falta de marcas nacionales, el corresponsal de radio CBS, Daniel Schorr, escribió: «Tomando el término prestado de Orwell, [...] los no-tanques. O a lo mejor un día oiremos que se trataba de voluntarios rusohablantes que habían comprado tanques de saldo y habían ido hasta allí por iniciativa propia». Schorr describió aquella curiosa escena: en el Oeste, los soldados americanos sentados encima de sus tanques, fumando, charlando y cenando de sus fiambreras. Los berlineses del Oeste se agolpaban tras el cordón de seguridad, compraban *bretzels* a los vendedores ambulantes y entregaban flores a los soldados. La escena estaba iluminada por unos

enormes focos instalados en el lado comunista, en un intento de intimidación utilizando un voltaje superior. En el lado Este, los tanques en apariencia rusos estaban inmóviles en la oscuridad, con sus tripulantes ataviados con uniforme negro. «¡Qué imagen para los libros de historia!», exclamó Schorr.

Los superiores de Clay en Washington le pidieron confirmación de que se trataba de tanques soviéticos. No se trataba de una cuestión puramente teórica: para los estadounidenses, el peligro de una confrontación con los rusos era que ésta pudiera convertirse en una guerra global. Los tanques de la Alemania del Este, en cambio, suponían otro tipo de dificultad, pues los acuerdos entre las cuatro potencias prohibían su presencia en Berlín Este.

Tras recibir órdenes de determinar el origen de los tanques, Pike y su chófer Sam McCart montaron en un coche del ejército, cruzaron las barricadas, dejaron atrás los tanques por una calle lateral, aparcaron y regresaron andando. En una situación tan surrealista, a nadie le sorprendió que ambas partes siguieran respetando la libertad de movimiento militar en la frontera, de modo que Pike pudo cruzarla sin hallar impedimentos.

A Pike le sorprendió la ilógica posición de los tanques, una formación dos-tres-dos que en la práctica impedía que los tanques de la última fila pudieran disparar contra el enemigo. Además, eso los convertía también en un objetivo fácil. Pike se aproximó al último tanque, pero no vio nada que pudiera ayudarlo en su investigación: «Ni rusos, ni alemanes del Este, allí no había nadie». Así pues, trepó a lo alto del tanque y se metió en el compartimento del conductor. Allí confirmó que eran soviéticos, pues los mandos tenían letreros en cirílico; además, junto al freno de mano Pike encontró el periódico del Ejército Rojo, que identificó gracias a sus conocimientos básicos de ruso. «Oye, McCart, fíjate en esto», le dijo mientras le mostraba el periódico que se había llevado como prueba.

Los miembros de la tripulación de los tanques, unos cincuenta hombres en total, estaban sentados en el suelo a pocos metros de distancia, aparentemente recibiendo información sobre su misión. Pike se acercó lo suficiente para oír que hablaban en ruso. Cuando uno de los oficiales soviéticos se percató de su presencia, Pike se volvió hacia McCart y le dijo: «Larguémonos de aquí volando».

Tras cruzar de nuevo la frontera en coche, informaron al coronel Sabolyk, el superior de Pike, de que los tanques eran soviéticos. Pike le contó al coronel cómo lo habían descubierto y le enseñó el periódico. «¿Que ha hecho qué?», preguntó Sabolyk, anonadado.

El incrédulo coronel puso a Pike al teléfono con el centro especial de operaciones, que lo pasó con el representante especial de Kennedy para que éste pudiera oírlo con sus propios oídos. «¿De quién son los tanques?», preguntó Clay.

«Son soviéticos, señor», dijo Pike.

«¿Y cómo lo sabe?»

Cuando Pike se lo contó, Clay se quedó en silencio durante un largo rato. A Pike le pareció que podía oírlo pensar: «Oh, Dios, un teniente acaba de empezar la Tercera Guerra Mundial».

Pike se había atrevido a llevar a cabo aquella misión porque era joven y se sentía invencible, pero también porque los soldados estadounidenses tenían una opinión muy baja de la disciplina, la moral y la capacidad militar soviética. A pesar de que eran conscientes de que los soviéticos los superaban en número, los soldados estadounidenses se sentían superiores. Mientras cruzaban la Helmstedt Autobahn, que conectaba la Alemania Federal con Berlín Oeste, Pike había visto a los rusos ofrecerles hebillas de sus cinturones, sus gorras e incluso sus medallas soviéticas como souvenirs a cambio de ejemplares del *Playboy*, chicles, bolígrafos y, sobre todo, cigarrillos.

En otros momentos, en los que no se sentían tan generosos, los soldados estadounidenses arrojaban cigarrillos a medio fumar al suelo tan sólo por el placer de ver cómo los rusos se afanaban por recuperarlos para darles unas caladas. Pike recordaría más tarde que los rusos llevaban herramientas de mala calidad, botas endebles y chaquetas viejas; a Pike le parecían prendas usadas ya por otros reclutas y les aseguraba a sus amigos que «su olor corporal atraería a una nube de moscas de un carro de estiércol».

Pike no tenía una opinión mucho más alta de los tanques enemigos, que maniobraban con dificultad. Los conductores, había constatado Pike, solían pertenecer a minorías étnicas asiáticas, suponía que porque eran los únicos

que cabían en unos compartimentos demasiado pequeños. Aquel día, él y sus hombres no pudieron evitar reírse cuando, con la llegada de los primeros tanques, los oficiales que había en la calzada y que debían colocarlos en sus posiciones empezaron a hacer gestos exagerados y semáforos que, aparentemente, debían servir para superar las dificultades de comunicación y pilotaje.

Sin embargo, Pike era consciente de que el Ejército Soviético podía «apartarnos de en medio de un manotazo si decidía tomar la mitad Oeste de la ciudad» y eso, ciertamente, no tenía nada de divertido. Pike recordaba la sesión informativa inicial que había recibido, a su llegada a Berlín Oeste.

«Ustedes constituyen nuestra primera línea de defensa», les había dicho el comandante. «La mejor forma de salir de aquí si se arma la gorda es colocarse un brazalete de *Strassenmeister* [barrendero] en el brazo izquierdo, coger una escoba y empezar a barrer la Autobahn hasta llegar a la Alemania Federal. Ésa es la única forma en que lograrán salir de Berlín con vida.»

Pike se había reído en su momento, pero ahora no lo hizo. Golpeó con los pies en el suelo para mantener el calor mientras intentaba imaginar todos los resultados posibles. O bien uno de los dos contendientes, estadounidenses o soviéticos, se retiraba del campo de batalla, o alguien disparaba y empezaba la guerra. En cualquier caso, no era capaz de imaginar a su esposa, Renny, embarazada de gemelos, cogiendo una escoba y marchándose de Berlín mientras barría la Autobahn.

Ante los ojos de Pike se iba desplegando una escena de amenaza inminente con toques de drama humano.

En un momento dado, una mujer de Berlín Este de ochenta años decidió aprovechar la confusión para cruzar la frontera y huir como refugiada. Desde el lado oeste de la frontera, a apenas quince metros, su hijo le gritaba que no se detuviera, aunque un policía de la Alemania del Este le impedía el paso. La multitud observaba con temor mientras el hombre gritaba, una y otra vez: «*Mutter, komm doch, bitte!*» (¡Ven, madre, por favor!).

El agente, que tenía órdenes inequívocas de disparar a matar en caso de un intento de fuga, se hizo a un lado y llamó a su perro en un acto aleatorio de misericordia. Tras unos pasos vacilantes, la anciana terminó de cruzar la línea

que la separaba de la libertad y se lanzó a los brazos de su hijo, entre los aplausos de los espectadores.

Frente a los tanques soviéticos sin marcas, en el Occidente capitalista, iluminados por la luz de seis focos de alta potencia instalados por las autoridades de la Alemania del Este el día anterior, los cuatro tanques estadounidenses M48 Patton esperaban, los primeros dos pisando la línea blanca de Friedrichstrasse que separaba el Este del Oeste. Había dos tanques más en un descampado, junto a la Friedrichstrasse, y cuatro más a punto para intervenir, estacionados a medio kilómetro de allí. Junto a éstos había cinco vehículos de transporte de tropas y cinco jeeps cargados de policías militares equipados con chalecos antibalas y bayonetas incorporadas a los rifles.

El alto mando estadounidense había colocado a toda la guarnición de 6.500 hombres de Berlín en estado de alerta. El alto mando francés había acuartelado a sus 3.000 hombres y los británicos habían llevado dos cañones antitanque cerca de la Puerta de Brandenburgo, a unos seiscientos metros de Checkpoint Charlie, y habían mandado patrullas armadas hasta la barricada de alambrada de púas de la frontera. Un periodista del *New York Times* describió así la escena: «Era como si dos ajedrecistas intentaran encontrarle la lógica a una partida caótica, con el general Clay moviendo las piezas estadounidenses y, presumiblemente, el mariscal Iván S. Konev, el nuevo comandante soviético en la Alemania del Este, moviendo a los soldados soviéticos. [...] Como representante personal del presidente Kennedy, el general Clay no ocupa un lugar concreto en la cadena de mando, pero es evidente que su posición especial le confiere la última palabra en las decisiones locales».

Pike y sus agentes de la policía militar estaban ansiosos por plantarles cara a los comunistas, tras haber constatado con frustración cómo sus comandantes los obligaban a permanecer en los barracones el 13 de agosto. Habían pasado tres semanas desde el cierre de fronteras y Pike y sus hombres se habían visto limitados a observar con impotencia cómo, al otro lado de la frontera, las brigadas de construcción de los Jóvenes Pioneros alemanes reemplazaban las endeble alambradas de púas con bloques de hormigón.

Pike había preguntado a sus superiores si debía hacer algo para interrumpir aquellos trabajos, pero siempre había recibido la misma

respuesta: los soldados estadounidenses debían observar de brazos cruzados cómo el Muro iba creciendo.

La tarde del 1 de septiembre, recordaría más tarde Pike, uno de los alemanes del Este que construía el Muro había mirado a derecha e izquierda para asegurarse de que no lo veía nadie y entonces le había dicho, por encima de la alambrada: «Teniente, mire lo despacio que voy. ¿A qué espera?». Era evidente que quería que los estadounidenses intervinieran.

Más tarde, un agente de policía que había detrás del operario le había dicho más o menos lo mismo: «Fíjese, teniente, ni siquiera llevo la metralleta cargada. ¿A qué espera?». Para evitar tiroteos no deseados, las autoridades de la Alemania del Este habían decidido no proporcionar munición a los agentes de frontera; aquel policía estaba compartiendo aquella información con Pike para que EEUU supiera que podía intervenir.

Pike comunicó toda esa información a sus superiores, pero una vez más recibió órdenes de abstenerse de actuar.

Las órdenes de empezar las escoltas militares el domingo anterior habían sido la mayor inyección de moral del año. Los hombres de Pike debían actuar con disciplina, estar atentos y disparar contra los miembros de la policía comunista de fronteras sólo si éstos iniciaban las hostilidades. Con sus rifles cargados y varios tanques protegiéndoles las espaldas, habían acompañado diversos vehículos civiles aliados y buses turísticos a través de las zigzagueantes barreras del puesto fronterizo.

Los tanques de la Unión Soviética se habían presentado aquella tarde y la operación había discurrido tal como estaba planeado. Ahora todos los efectivos estaban inmóviles, mientras los respectivos comandantes aguardaban en sus cuarteles generales, situados en extremos opuestos de Berlín, esperando instrucciones de Washington y de Moscú.

Por lo menos, Pike podía estar satisfecho de que sus pertrechos estaban secos. La parafernalia que llevaba encima iba a serle de poca ayuda si debía detener a los tanques o la infantería soviética: un brazalete de la policía militar en el brazo izquierdo, un botiquín, una cantimplora, esposas, una cachiporra, una pistola automática del calibre 45 y su rifle. Pike se preparó para lo que parecía que iba a ser una noche larga y fría. Mientras estudiaba

con sus prismáticos los rostros jóvenes y asustados de sus enemigos, se preguntó con preocupación «qué pasaría si uno de esos idiotas disparaba contra nosotros y el enfrentamiento se convertía en un tiroteo».

Al tiempo que los soviéticos enviaban más tanques hacia la frontera, Clay recibió nuevas instrucciones de Washington que le ordenaban que se retirara. Rusk advirtió a Clay de que abandonara la actitud agresiva que el propio Rusk había aprobado hacía tan sólo tres días. Foy Kohler, el principal responsable del Departamento de Estado al cargo del enfrentamiento en Checkpoint Charlie, había añadido una nota al telegrama de Rusk que tenía como objetivo convencer a Clay de que apelar a Kennedy sería una pérdida de tiempo. «Aprobado por Rusk tras decisión del presidente.» A lo largo de los años, Clay había leído muchos mensajes procedentes de Washington que eran pura palabrería, pero ninguno superaba el telegrama que tenía en las manos.

«Teniendo en cuenta la naturaleza de las cosas», había escrito Rusk, «hacía ya tiempo que habíamos decidido que el acceso a Berlín no era un interés vital cuya protección y mantenimiento justificara el uso de la fuerza por nuestra parte. En ese sentido consentimos la construcción del muro, aunque francamente debemos reconocer que con ello aceptamos en gran medida que los soviéticos podían, en el caso de Berlín Este y como ya habían hecho anteriormente en otras zonas sometidas a su control físico efectivo, aislar a sus sujetos contra su voluntad.»

El mensaje de Rusk era inequívoco: Clay no podía sino considerar que la falta de resistencia de Kennedy al cierre de fronteras suponía una aceptación de facto de que los soviéticos podían hacer lo que desearan en el territorio que ya controlaban. Rusk dijo que los aliados estadounidenses no apoyaban medidas más contundentes, «especialmente en lo tocante a tener que mostrar las credenciales», en lo que los británicos ya habían cedido.

Rusk admitió ante Clay que Kennedy tenía problemas para convencer a sus aliados de la «perspectiva real» de un conflicto armado por Berlín Oeste. Consecuentemente, y aunque la administración Kennedy deseaba demostrar la ilegalidad de las acciones soviéticas y de la Alemania del Este del 13 de

agosto, «no deseamos que esto se convierta en una simple demostración de impotencia, atraer la atención mundial sobre el asunto equivocado, y crear esperanzas y expectativas en los habitantes de Berlín Oeste y de la Alemania Federal que en última instancia conducirán tan sólo a la desilusión», explicaba Rusk.

Clay no había estado nunca tan convencido de que la política de apaciguamiento tan sólo lograría excitar al oso ruso. Por ese motivo, ese mismo día había mandado un telegrama en el que solicitaba permiso para realizar «un asalto por la fuerza» con el objetivo de derribar partes del Muro si la Alemania del Este respondía a las acciones estadounidenses cerrando el paso fronterizo de Friedrichstrasse, algo que consideraba posible.

Clay incluso había detallado el operativo: tanques con bulldozers cruzarían legalmente a la Alemania del Este, algo que estaba técnicamente permitido según los derechos acordados por las cuatro potencias, pero al regresar al Oeste derribarían varias secciones de Muro. El 26 de octubre, el comandante Supremo de la OTAN Norstad había autorizado al general Watson a utilizar «el plan [Clay] para “derribar” la barrera de Friedrichstrasse» si la Alemania del Este bloqueaba el paso fronterizo. Norstad dio órdenes a Watson de que preparara un plan alternativo en el que los tanques estadounidenses «derribarían» varias porciones de muro simultáneamente, «si es militarmente factible, en varios [dos o más] puntos más, además de en la Friedrichstrasse».

A continuación, y en un mensaje claramente dirigido a Clay, añadía: «Este plan alternativo no se pondrá en marcha bajo ninguna circunstancia sin mi expresa aprobación».

En la práctica, el telegrama de Rusk desautorizaba a Norstad y a Clay al mismo tiempo. «No entiendo qué objetivo nacional se podría conseguir con el propuesto asalto por la fuerza», escribió Rusk, que añadió que aquella misma tarde discutiría con el presidente el plan secundario de Clay: abrir el punto fronterizo de Friedrichstrasse utilizando un tanque.

Sin embargo, aclaró Rusk, teniendo en cuenta la importancia de mantener «a los tres aliados principales unidos es bastante posible que no logremos ponernos de acuerdo ni siquiera en eso». Rusk declaró que apreciaba el consejo de Clay, pero le dijo que por el momento era mucho más importante

mantener a los aliados unidos «ante la seria amenaza rusa, al tiempo que incrementamos las presiones contra los soviéticos para que no lleven a cabo más acciones unilaterales».

El gran general Lucius Clay del Puente Aéreo de Berlín de 1948 estaba atado de pies y manos por Washington, mientras los tanques soviéticos lo apuntaban con sus cañones.

Nunca antes se había sentido tan impotente.

EL KREMLIN, MOSCÚ

VIERNES, 27 DE OCTUBRE DE 1961

El mariscal Konev le comunicó a Jrushchov que los tanques estadounidenses hacían rugir sus motores junto a la frontera y que se preparaban para lo que parecía una operación de gran magnitud. Después de haberle proporcionado al líder ruso pruebas fotográficas de los ejercicios de Clay en el bosque, en que los tanques habían practicado derribando réplicas del Muro, creía que Jrushchov debía considerar seriamente la posibilidad de que los estadounidenses intentaran revertir el éxito soviético del 13 de agosto.

Jrushchov, que a aquellas alturas gestionaba la crisis personalmente desde Moscú a pesar de que el Congreso del Partido seguía en marcha, había ordenado ya enviar veintitrés tanques soviéticos adicionales a Berlín. «[Dirija los tanques](#) hasta una calle cercana», le dijo a Konev, «meta una marcha alta y reproduzca el rugido de los tanques con amplificadores».

Konev advirtió a Jrushchov de que si desafiaba a los estadounidenses de aquella forma, se exponía a que sus tanques «se abalancen contra nosotros». Al mariscal le preocupaba que el impetuoso Jrushchov pudiera ir demasiado lejos e iniciar una guerra.

«No creo que pase», respondió Jrushchov. «A menos, claro está, que a los militares estadounidenses los ciegue la ira.»

SALA DEL GABINETE, LA CASA BLANCA, WASHINGTON, D.C.

18.00 DEL VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1961

Un asesor le entregó al general Clay una nota informándolo del incremento de efectivos soviéticos en Checkpoint Charlie justo cuando éste se encontraba en plena conversación telefónica con el presidente Kennedy, que estaba celebrando una sesión de emergencia en la Sala del Gabinete con su equipo de seguridad nacional. A aquellas alturas parecía que todo Washington se había vuelto contra Clay excepto Kennedy, que aún no había revelado sus intenciones.

Para contrarrestar los temores de los asesores del presidente, Clay le aseguró a Kennedy que la situación en Berlín estaba bajo control e insistió en que la decisión soviética de enviar veinte tanques más era un simple mensaje de moderación, ya que los soviéticos se limitaban a igualar con precisión matemática la presencia de tanques estadounidenses en Berlín.

Lo cierto, sin embargo, era que los soviéticos estaban lo bastante nerviosos por la situación en Checkpoint Charlie y una potencial escalada como para que Jrushchov hubiera ordenado poner sus fuerzas de ataque nuclear en estado de alerta por primera vez en un enfrentamiento entre EEUU y la URSS. Jrushchov no podía estar seguro de que las cosas no fueran a descontrolarse y quería estar preparado para cualquier eventualidad.

La opinión de Clay era clara: «Si los soviéticos no quieren empezar una guerra por Berlín Oeste, no podemos obligarlos a hacerlo. Y si quieren empezarla, no podemos hacer nada por impedirselo». El general apostaba a que no querían una guerra y creía que EEUU debía plantar cara. Sin embargo, el presidente ocultaba sus cartas y no parecía dispuesto a asumir riesgos.

Lo que Clay no sabría nunca era que Kennedy estaba tan nervioso por la situación en Checkpoint Charlie que había enviado a su hermano a intentar resolver la crisis a través de su interlocutor habitual durante los últimos seis meses, el espía soviético Georgi Bolshakov. Al mismo tiempo, el presidente

había activado un segundo canal más tradicional a través del embajador Thompson en Moscú, tal como ya hiciera antes de la Cumbre de Viena.

El presidente no recurría al canal Bolshakov porque éste se hubiera demostrado particularmente efectivo: las reuniones de Bobby con Bolshakov antes de Viena no habían logrado preparar al presidente para la emboscada de Jrushchov sobre Berlín. En aquel momento de peligro, sin embargo, Bolshakov constituía la línea más rápida y directa con Jrushchov.

A finales de octubre, Bobby había descubierto ya cual era la forma más rápida de concertar una reunión con Bolshakov en un lugar donde la prensa no los podría encontrar. James Symington, el ayudante de Bobby en la Oficina del Fiscal General, opinaba que Bobby le había cogido cariño a «Georgi» en parte por su «predilección por los bufones inofensivos». Los dos hombres se reunían aproximadamente cada dos semanas, y Bobby discutía con él «la mayoría de asuntos relacionados con la Unión Soviética y Estados Unidos».

El hermano del presidente, que organizaba las reuniones personalmente, lamentaría más tarde que «desgraciadamente, cometí la estupidez de no tomar nota de muchas de las cosas que dijimos. Me limitaba a comunicar los mensajes de palabra a mi hermano, que actuaba como mejor le parecía; creo que unas veces informaba al Departamento de Estado y otras no».

El primer encuentro entre Bobby Kennedy y Bolshakov sobre el incremento de las tensiones fronterizas en Checkpoint Charlie se produjo a las 17.30 del 26 de octubre, un día antes de que los tanques soviéticos se dirigieran al paso fronterizo. Según los recuerdos del hermano del presidente, el segundo día de negociaciones cruciales tuvo lugar a las 23.30 del 27 de octubre, hora de Washington (o a las 5.30 de la madrugada del 28 de octubre en Berlín), al mismo tiempo que los tanques y los soldados de ambos bandos mantenían sus posiciones frente a frente, una húmeda y fría madrugada de otoño.

Bobby Kennedy recordaría más tarde haberle dicho a Bolshakov: «La situación en Berlín se ha puesto más difícil». El hermano del presidente se quejó de que el día anterior el ministro de Asuntos Exteriores hubiera rechazado los intentos del embajador Thompson por desactivar la crisis. «En nuestra opinión ese tipo de actitudes no resultan nada útiles en un momento en

el que nos estamos esforzando por encontrar la forma de resolver este problema», dijo Bobby Kennedy, que apeló a un «período de relativa moderación y calma durante el transcurso de las siguientes entre cuatro y seis semanas».

Más tarde, el fiscal general recordaría también que a continuación le dijo a Bolshakov: «Al presidente le gustaría que retiraran sus tanques de ahí en veinticuatro horas». Y eso fue exactamente lo que Jrushchov hizo. Bobby afirmaría más tarde que su intercambio con motivo del enfrentamiento con tanques en Checkpoint Charlie demostró que Bolshakov «era efectivo cuando se trataba de un asunto importante».

Lo que no consta en ninguna parte son los detalles del acuerdo. Sin embargo, a partir de aquel día EEUU dejó de escoltar a civiles y Clay dejó de cuestionar la autoridad de la Alemania del Este en los puntos fronterizos. Asimismo, se archivaron los casos de emergencia para los que Clay había previsto la posibilidad de derribar tramos de muro, y se desmontaron y guardaron las excavadoras montadas en los tanques para tal efecto.

A falta de resistencia, la Alemania del Este continuó reforzando y expandiendo el Muro.

WASHINGTON, D.C.

22.00 DEL VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1961

La noche del viernes 27 de octubre, el secretario de estado Rusk envió un telegrama a la misión estadounidense en Berlín que declaraba la victoria al tiempo que ordenaba la retirada. El telegrama anunciaba que la decisión crucial que ponía fin a la Crisis de Berlín se había tomado durante una reunión celebrada en la Casa Blanca a las 17.00, y a la que habían asistido el presidente, Rusk, McNamara, Bundy, Kohler y Hillenbrand. El telegrama se envió a la OTAN y a las embajadas estadounidenses de las tres capitales aliadas. Casi como si hubiera sido una ocurrencia de última hora, enviaron una copia también a Clay.

«Las incursiones en la frontera han logrado su objetivo», mintió Rusk.

Kennedy y Clay podían argumentar que la presencia de tanques soviéticos en la frontera había sido una victoria, pues demostraba que era Moscú y no la Alemania del Este quien controlaba lo que sucedía en la ciudad.

Sin embargo, era evidente que Rusk estaba agitando la bandera blanca. El telegrama decía: «Se posponen las incursiones de personal estadounidense vestido de civil al mando de vehículos estadounidenses oficiales o de vehículos privados con matrículas de las Fuerzas Armadas estadounidenses, y el uso de guardias armados o de escoltas militares».

Por si alguien no había entendido el mensaje, la siguiente orden de Rusk dejaba claro que el presidente quería que Clay evitara futuros enfrentamientos con las autoridades soviéticas o de la Alemania del Este. «Los funcionarios civiles estadounidenses», decía, «se abstendrán por el momento de desplazarse a Berlín Este; sin embargo, un funcionario civil intentará cada día entrar en Berlín Este con un vehículo privado y sin escolta armada.»

Clay permanecería en la ciudad varios meses más, pero sus enemigos habían ganado. Rusk lo confirmó cuando escribió: «Por el momento no hay nada más que hacer sobre el terreno, pues el asunto se ha trasladado a los más altos niveles gubernamentales. [...] Se han dictado las instrucciones oportunas para posponer las incursiones civiles con escoltas armadas en Berlín Este».

Incluso un hombre tan obstinado como Clay sabía que no tenía más remedio que pasar a un segundo plano.

PALACIO DE CONGRESOS, MOSCÚ

MAÑANA DEL DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 1961

[Tras una tarde de tensiones](#) en la frontera de Berlín, el mariscal Konev se reunió con Jrushchov en Moscú, mientras se iniciaban los últimos dos días del largo Congreso del Partido. Konev informó a Jrushchov de que la situación en la frontera de Berlín no había cambiado. Nadie se movía, le dijo al líder soviético, «excepto cuando los conductores de los tanques de ambos bandos abandonan los vehículos para andar un poco y calentarse».

Jrushchov dio órdenes a Konev para que retirara los tanques soviéticos en

primer lugar. «Estoy seguro de que en veinte minutos o lo que tarden en dar las instrucciones los tanques estadounidenses se retirarán también», dijo, hablando con la seguridad de un hombre que acababa de cerrar un trato.

«Sus tanques no pueden dar media vuelta mientras nuestros cañones los estén apuntando», dijo Jrushchov. «Se han metido en una situación difícil y ahora no saben cómo salir de ella. [...] Les ofreceremos una salida.»

Poco después de las 10.30 de la mañana del sábado, los primeros tanques soviéticos se retiraron de Checkpoint Charlie. Algunos estaban cubiertos de flores y guirnaldas colocadas aquella misma mañana por las Freie Deutsche Jugend, las juventudes del Partido Comunista.

Tras media hora de espera, los tanques estadounidenses se retiraron también.

Y así, el momento más peligroso de la guerra fría terminó como si nada. Sin embargo, las réplicas de Berlín 1961 se dejarían sentir de forma dramática y duradera; sacudirían el mundo un año más tarde, en Cuba, y determinarían el curso de la historia durante tres décadas más.

EPÍLOGO

Réplicas

Soy plenamente consciente de que el objetivo principal de Jrushchov puede ser el de incrementar sus opciones en Berlín; estaremos dispuestos a asumir el papel que nos corresponde tanto allí como en el Caribe. Lo esencial en este momento de gran dificultad es que Jrushchov comprenda que si esperaba encontrar debilidad o falta de resolución, ha cometido un error de cálculo.

El presidente KENNEDY, en un telegrama secreto informando al primer ministro británico Harold Macmillan de la existencia de pruebas fotográficas de la presencia de misiles en Cuba,
21 de octubre de 1962

Hay mucha gente en el mundo que no entiende, o dice no entender, cuál es la gran diferencia entre el mundo libre y el mundo comunista. Que vengan a Berlín. Hay quienes dicen que el comunismo es la tendencia del futuro. Que vengan a Berlín. Y los hay que dicen que podemos cooperar con los comunistas, en Europa y en el resto del mundo. Que vengan a Berlín. [...] Todos los hombres libres, vivan donde vivan, son habitantes de Berlín. Y por ello, como hombre libre, me enorgullezco de decir: *«Ich bin ein Berliner»*.

El presidente KENNEDY en un discurso en Berlín,
26 de junio de 1963

BERLÍN Y LA HABANA

MEDIADOS DE AGOSTO DE 1962

Un año después de que el presidente John F. Kennedy permitiera a los

comunistas construir el Muro de Berlín, dos dramas separados por 8.000 kilómetros de distancia sirven para ilustrar el elevado coste de uno de los peores años inaugurales de un presidente de la historia moderna de EEUU.

[La primera escena tuvo lugar](#) bajo el sol del verano berlinés, diez minutos después de las dos de la tarde, cuando el albañil de dieciocho años Peter Fechter y su amigo Helmut Kulbeik arrancaron a correr hacia la libertad a través de la llamada franja de la muerte, la tierra de nadie que se extendía más allá del muro. El primero de los 35 disparos de la policía se produjo después de que los dos jóvenes saltaran una barrera intermedia de alambre de púas. Dos balas alcanzaron a Fechter en la espalda y el estómago, y el joven vio como su amigo, más ágil, lograba alcanzar la libertad saltando por encima de los alambres de púas que coronaban el muro. Fechter se derrumbó junto al Muro, donde permaneció en temblorosa posición fetal, con los brazos cruzados encima del pecho, el zapato izquierdo medio sacado y sus pálidos tobillos a la vista. Durante más de una hora, su voz, cada vez más débil, estuvo pidiendo ayuda, mientras su cuerpo se iba desangrando por culpa de las múltiples heridas.

[Al mismo tiempo, y a más de un océano](#) de distancia, un gran número de barcos soviéticos habían empezado a atracar en secreto en once puertos cubanos distintos, cargados con el material necesario para construir varios misiles nucleares soviéticos con suficiente alcance y potencia para borrar del mapa ciudades como Nueva York o Washington, D.C. El 26 de julio, el carguero soviético *Maria Ulyanova*, bautizado en honor de la madre de Lenin, atracó en el puerto de Cabañas, el primero de 85 buques soviéticos que realizarían 150 viajes de ida y vuelta durante los siguientes noventa días. Los barcos transportaban fuerzas de combate y los componentes de unos veinticuatro lanzamisiles de medio alcance y dieciséis de largo alcance, todos ellos equipados con una cabeza nuclear y dos misiles balísticos.

De nuevo en Berlín Oeste, la policía y los periodistas (que habían trepado a lo alto de escaleras de mano para ver mejor el Muro) documentaron y fotografiaron el triste final de Fechter. Varios soldados estadounidenses con uniforme de combate se mantuvieron al margen, siguiendo unas órdenes que especificaban que no podían asistir a refugiados en ciernes a menos que éstos

hubieran abandonado ya el territorio comunista. Una multitud de habitantes de Berlín Oeste protestaban a gritos, acusando a las autoridades de la Alemania del Este de asesinas y a los estadounidenses de cobardes. «No es problema mío», le dijo un teniente de la policía militar estadounidense a uno de los espectadores, una expresión de resignación que el día siguiente se propagaría entre los furiosos berlineses del Oeste a través de los periódicos.

Por su parte, la policía de fronteras de la Alemania del Este evitó evacuar a la víctima mortal, por el temor infundado a que los soldados estadounidenses pudieran dispararles. Sólo después de que el cuerpo de Fechter adoptara el rigor de la muerte, los soldados de la Alemania del Este lanzaron bombas de humo para ocultar su actuación, mientras una patrulla de guardias cargaba con el cadáver. Sin embargo, un fotógrafo logró capturar una instantánea del momento, que evoca el descenso de Jesús de la cruz. En la fotografía, que fue publicada al día siguiente en la portada del *Berliner Morgenpost*, aparecen tres policías con casco, dos de ellos con metralletas, sujetando a Fletcher en lo alto, con los brazos en cruz y las muñecas ensangrentadas.

[El asesinato de Fechter](#) activó algo en el interior de los habitantes de Berlín Oeste. Al día siguiente, decenas de miles de manifestantes tomaron las calles para protestar contra la impotencia estadounidense con la misma rabia con la que condenaban la crueldad comunista. Sus sentimientos acumulados de furia y frustración provocaron lo que el corresponsal del *New York Times*, Sydney Gruson, describió como «una escena casi inconcebible», en la que la policía de Berlín Oeste intentaba aplacar a sus propios ciudadanos con mangueras de agua y gas lacrimógeno para evitar que se abalanzaran contra el Muro. Gruson escribió: «Más que cualquier otro momento desde la construcción del Muro, la muerte solitaria y brutal de Peter Fechter ha despertado en los habitantes de Berlín Oeste una acusada sensación de impotencia ante la sutil pero progresiva usurpación de libertades por parte de los comunistas».

[Mientras tanto, en Cuba](#), a mediados de agosto las fotos aéreas de la CIA habían detectado ya el incremento de la actividad naval soviética, en parte debido a la magnitud del material trasladado, y en parte por la dejadez en la ejecución del operativo. Los soldados descargaban los barcos por la noche,

con las farolas apagadas, y a continuación el material era enviado por caminos de tierra en vehículos camuflados, pero tan largos que en ocasiones las tropas no tenían más remedio que derribar casas de campesinos para que éstos pudieran girar. Los comandantes en vanguardia (cuando no estaban ocupados declarando la guerra a los mosquitos, el calor o los monzones) comunicaban los constantes progresos a Moscú mediante mensajeros para evitar que EEUU pudiera interceptar electrónicamente sus comunicaciones.

El 22 de agosto, la CIA advirtió a la Casa Blanca de que hasta 5.000 efectivos soviéticos habían llegado a Cuba en más de veinte barcos, con grandes cantidades de medios de transporte y material de comunicación y construcción. Los analistas de la CIA afirmaron que la velocidad y la magnitud de aquel flujo de personal y material soviético a un país no adscrito al bloque comunista constituía una operación «sin precedentes en las actividades de apoyo soviéticas; sin duda, nos encontramos ante algo nuevo y distinto». No obstante, los misiles en sí tardarían aún dos meses en llegar, por lo que en aquel momento los servicios de espionaje estadounidenses concluyeron que probablemente Moscú había decidido reforzar los sistemas defensivos aéreos de Cuba.

Inicialmente, puede parecer que no existe demasiada relación entre el asesinato público de un albañil adolescente en Berlín Este y la llegada clandestina de tropas soviéticas y de partes de lanzamisiles a Cuba. Sin embargo, ambos episodios simbolizan las dos réplicas más significativas de la incapacidad de Kennedy por abordar los acontecimientos que rodearon la situación en Berlín en 1961:

La primera réplica sería la más duradera: la cristalización de la división europea de la guerra fría durante tres décadas más, con su elevado coste humano. La construcción del Muro no sólo evitó la resolución de la situación en la Alemania del Este en un momento en el que había serias dudas sobre la viabilidad de dicho país: también condenó a otra generación de decenas de millones de habitantes del Este de Europa a un régimen autoritario de corte soviético, que imponía sus límites sobre la libertad tanto de las personas como de los pueblos.

La segunda réplica fue más inmediata: la Crisis de los Misiles en Cuba de finales de 1962, que trajo aparejado el peligro de una nueva guerra mundial. [Aunque la historia loaría a Kennedy](#) por su gestión de la Crisis de Cuba, Jrushchov no se habría atrevido a transportar misiles a Cuba si, a raíz de lo sucedido en Berlín en 1961, no hubiera concluido que Kennedy era un líder débil e indeciso.

El mundo sabe hoy lo que el presidente Kennedy no imaginó en su momento: que el Muro de Berlín caería en noviembre de 1989, que Alemania y Berlín se unificarían un año más tarde, en octubre de 1990, y que la Unión Soviética se hundiría al cabo de unos meses, a finales de 1991. Teniendo en cuenta el final feliz de la guerra fría, muchos historiadores se han sentido tentados de concederle a Kennedy más crédito del que merece por ese resultado. Al evitar riesgos innecesarios impidiendo la construcción del Muro de Berlín, argumentan, Kennedy evitó una guerra y sentó las bases para la posterior unificación alemana, la liberación de las naciones cautivas dentro del bloque soviético y la ampliación de una Europa libre y democrática.

Sin embargo, los elementos de análisis (que incluyen nuevas pruebas y exámenes más detallados) exigen un juicio menos generoso. Tal como el dos veces asesor de seguridad nacional Brent Scowcroft señala correctamente en el prólogo de este libro, «la historia, por desgracia, nunca revela sus alternativas». Lo que sí ofrece, en cambio, son valiosas pistas. Nunca sabremos si un Kennedy más decidido habría podido poner fin antes a la guerra fría. En cambio, lo que es irrefutable es que las acciones de Kennedy permitieron a los líderes de la Alemania del Este detener el mismo flujo de refugiados que acabaría con su país veintiocho años más tarde. Los hechos también revelan que la motivación principal de las acciones de Kennedy en 1961 no fue el deseo de la libertad de Berlín Oeste.

Durante su primer año en el cargo, Kennedy no centró sus esfuerzos en hacer retroceder el comunismo en Europa, sino más bien en detener su avance en los países en vías de desarrollo. En cuanto a Berlín, Kennedy estuvo mucho más preocupado por evitar la inestabilidad y los errores de cálculo que podrían haber desencadenado una guerra nuclear. A diferencia de sus predecesores, los presidentes Eisenhower y Truman, Kennedy adoptó una actitud desdeñosa tanto respecto al canciller Konrad Adenauer como a sus

sueños de una reunificación alemana.

Pero tal vez quien mejor juzgó la pobre actuación de Kennedy en 1961 fue el propio presidente, que en privado se mostró francamente sincero sobre los fracasos cosechados durante la crisis de Bahía Cochinos y en la Cumbre de Viena. Cuando el 22 de septiembre (más de un mes después del cierre de fronteras) el periodista del *Detroit News* Elie Abel acudió a Kennedy para pedirle su apoyo para escribir unas memorias sobre su primer mandato, el presidente respondió: «¿Por qué iba alguien a querer escribir un libro sobre una administración que tan sólo ha cosechado una ristra de desastres?».

Desde luego, fue una clara demostración de hasta qué punto Kennedy era consciente de que su primer año como presidente se había visto marcado por la falta de coherencia, la indecisión y el fracaso político.

Aunque la campaña electoral de Kennedy se había basado en la introducción de nuevas ideas y la necesidad urgente de cambios, su gestión de la Crisis de Berlín se limitó a intentar mantener el frágil status quo. Kennedy creía que sólo sería posible abordar la situación de Berlín tras iniciar un proceso de negociación sobre la prohibición de las pruebas nucleares y otras cuestiones armamentísticas que fomentaran la confianza entre las dos partes.

Sin embargo, ya durante los primeros días de su administración Kennedy no supo aprovechar la mejor oportunidad de que dispondría para lograr una mejoría en las relaciones, debido a un error de amateur en la interpretación de las señales que le mandaba Jrushchov. El líder soviético había mostrado una nueva voluntad de cooperar con EEUU con una serie de gestos unilaterales, entre ellos la liberación, la misma mañana del discurso de investidura de Kennedy de los aviadores estadounidenses capturados. Sin embargo, el presidente estadounidense decidió que Jrushchov estaba provocando una escalada de la guerra fría para ponerlo a prueba, una conclusión a la que llegó tras sacar conclusiones precipitadas de la dura retórica de un discurso rutinario del líder soviético cuyo único objetivo era arengar a los propagandistas del partido.

La consecuencia fue el alarmista Discurso del Estado de la Unión de

Kennedy. Abusando de la hipérbole, el presidente explicó ante el país lo que había aprendido durante las menos de dos semanas que llevaba en el cargo, y que lo había llevado a modificar su discurso original de toma de posesión, mucho más moderado:

Cada día la crisis se agrava. Cada día la solución parece más difícil. Cada día estamos más cerca del momento más peligroso. Me siento en la obligación de informar al congreso de que nuestros análisis durante los últimos diez días dejan claro que, en todos los ámbitos de la crisis, la marea de acontecimientos está tocando a su fin, y que el tiempo no es nuestro aliado.

El momento más ilustrativo de la indecisión que marcó el primer año de Kennedy en la Casa Blanca se produjo con la debacle de Bahía Cochinos en abril, cuando el presidente optó por no cancelar una operación que se había fraguado bajo la administración Eisenhower, pero al mismo tiempo decidió no asignarle los recursos necesarios para garantizar su éxito. A partir de aquel momento, a Kennedy le preocupó que Jrushchov hubiera concluido que era un líder débil, sobre todo teniendo en cuenta la contundente respuesta que el líder soviético había dado a la revolución húngara de 1956. Tal como Kennedy le confesó al columnista James Reston después de que el líder soviético lo machacara durante la Cumbre de Viena, Jrushchov «creía que podría manejar a su antojo a alguien tan joven e inexperto como para haberse metido en semejante atolladero. Y que el hecho de que me hubiera metido en ese lío y no lograra resolverlo demostraba una falta de agallas por mi parte. De modo que me ha pegado una paliza». Y, a continuación, Kennedy había añadido: «Estoy metido en un buen lío».

Después de que en Viena Jrushchov amenazara con cambiar unilateralmente el estatus de Berlín antes de final de año, Kennedy respondió con una escalada retórica, un incremento de la partida de defensa, una disposición más ágil de sus tropas y una revisión de los planes de contingencia militar, incluido un plan de respuesta nuclear estadounidense. Pero siempre fue a remolque de los soviéticos. Cuando el 13 de agosto, en una operación sorprendente por su velocidad y su eficiencia, las fuerzas de la Alemania del Este cerraron la frontera de Berlín con el apoyo soviético, EEUU y sus aliados

no supieron responder.

Los documentos de la época sugieren que el acontecimiento cogió a Kennedy totalmente por sorpresa. Sin embargo, un análisis más detallado revela claramente no sólo que Kennedy había previsto que los soviéticos reaccionarían de un modo u otro, sino que incluso había ayudado a escribir el guión de los hechos. La reacción de Kennedy en privado no fue de indignación, sino de alivio; en público, decidió no intervenir en el cierre fronterizo cuando aún tenía ocasión de hacerlo, ni castigar a sus rivales comunistas con sanciones. Así, por ejemplo, hoy sabemos que les dijo a sus asesores: «No es una solución particularmente elegante, pero es mucho mejor que una guerra».

El mensaje que Kennedy le había hecho llegar una y otra vez a Jrushchov (directamente en Viena y de forma indirecta mediante sus discursos y mensajes a través de terceros) era que el líder soviético podía hacer lo que le placiera en el territorio que controlaba, siempre y cuando no interviniera en Berlín Oeste ni en el acceso aliado a la ciudad.

Tal como Kennedy le dijo a Walter Rostov, el asesor económico de la Casa Blanca, varios días antes del cierre de fronteras, «Jrushchov está perdiendo la Alemania del Este y no puede permitir que eso suceda. Si pierde la Alemania del Este, detrás vendrán Polonia y el resto de la Europa del Este. Tendrá que hacer algo para detener el flujo de refugiados, a lo mejor construir un muro, y nosotros no podremos impedirselo. Puedo apelar a la unidad de la Alianza para defender Berlín Oeste, pero no puedo hacer nada para mantener Berlín Este abierto».

El 13 de agosto de 1961, Jrushchov y Ulbricht actuaron relativamente confiados de que Kennedy no respondería si no se excedían de los límites que éste había marcado; probablemente por ese motivo construyeron la totalidad del Muro no directamente sobre la frontera interna de la ciudad, sino unos metros al interior de Berlín Este. Kennedy, que desdeñaba el concepto de la reunificación alemana y estaba dispuesto a aceptar el equilibrio de poderes en Europa, actuó desde la errónea convicción de que si permitía que los soviéticos se sintieran más seguros en Berlín, aumentarían las posibilidades de entablar negociaciones más fructíferas en otros ámbitos. No obstante, y tal

como la Crisis de los Misiles en Cuba demostraría más tarde, la pasividad de Kennedy en Berlín no hizo más que alentar el juego sucio soviético.

Los historiadores se han preguntado durante mucho tiempo si Kennedy expresó previamente su aprobación a la construcción del Muro de Berlín de forma aún más explícita. Si efectivamente se produjo algún tipo de comunicación en ese sentido, lo más probable es que ésta se viera restringida a las reuniones regulares entre el hermano del presidente, Robert, y el intermediario soviético Georgi Bolshakov, el espía militar soviético que se erigió como canal de comunicación secreto entre Kennedy y Jrushchov. Más tarde, Bobby lamentaría no haber documentado esos encuentros. La documentación de Bolshakov no recoge sus conversaciones con Bobby justo antes o después del cierre de fronteras, y los archivos de los servicios de inteligencia soviéticos y del Kremlin que podrían aportar pruebas en ese sentido están cerrados.

No obstante, y a pesar de todo ello, resulta difícil creer que las similitudes existentes entre el rumbo sugerido por Kennedy y la solución adoptada finalmente por soviéticos y alemanes del Este se deban a una simple coincidencia. Kennedy ofreció a Jrushchov más libertad de acción en Berlín que cualquiera de sus predecesores. Las transcripciones desclasificadas de la Cumbre de Viena detallan el acuerdo de facto propuesto por Kennedy: estaba dispuesto a darle a Jrushchov carta blanca para cerrar la frontera a cambio de que los soviéticos no perturbaran la libertad de Berlín Oeste ni el acceso aliado a la ciudad. Más tarde, los altos cargos del gobierno estadounidense que tuvieron ocasión de leer las transcripciones de la cumbre se mostrarían asombrados ante la inaudita predisposición de Kennedy a reconocer como definitiva la división europea de posguerra como paso previo para lograr la estabilidad. Tal como Kennedy le dijo a Jrushchov durante el primer día de sus conversaciones en Viena, «era fundamental que los cambios en el mundo que afectaran el equilibrio de poder se produjeran de tal forma que no afectara el prestigio de los tratados firmados por ambos países».

Al día siguiente, Kennedy abundaría en esa línea de argumentación y se centraría de forma más explícita en Berlín, al repetir una y otra vez que el compromiso estadounidense se limitaba a «Berlín *Oeste*» y no a todo Berlín,

como había sido el caso con sus predecesores. Kennedy dejó aún más clara aquella distinción públicamente el 25 de julio, en un discurso televisado en directo, que transmitió un mensaje tan inequívoco de retirada ante Jrushchov en Berlín que molestó a los responsables de trazar las directrices de la política estadounidense, que tanto habían trabajado para acuñar el lenguaje diplomático del país desde la Segunda Guerra Mundial.

Dos semanas antes del cierre de fronteras en Berlín, el 30 de junio, el director del Comité de Relaciones Exteriores del senado, William Fulbright, declaró en la televisión nacional y en relación a la frontera de Berlín: «Lo cierto del caso, creo yo, es que los rusos pueden cerrar la frontera si quieren... Si la semana que viene decidieran cerrar las fronteras, podrían hacerlo sin violar con ello ningún tratado. No entiendo por qué los alemanes del Este no cierran la frontera, pues creo que tienen derecho a hacerlo».

Con ello, el senador por Arkansas expresó públicamente lo que Kennedy pensaba en privado. El presidente no hizo nada por repudiar aquella opinión y, en una conversación privada con Kennedy, el asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy aseguró que las palabras de Fulbright le parecían «útiles». A falta de una declaración del presidente en sentido contrario, Jrushchov llegó a la conclusión de que Fulbright había expresado aquella opinión de forma intencionada, algo que refleja la conversación entre el líder soviético, el líder de la Alemania del Este y el presidente italiano Amintore Fanfani, que se encontraba de visita en Moscú. «Cuando se cierren las fronteras», le dijo Jrushchov a Ulbricht, «los estadounidenses y los habitantes de la Alemania Federal estarán contentos. [El embajador en Moscú Llewellyn] Thompson me reveló que el flujo de refugiados estaba causando muchos problemas a la Alemania Federal. Así pues, la introducción de estos controles es algo que satisfará a todos. Y, sobre todo, hará que sientan nuestra fuerza».

«Sí», respondió Ulbricht, «y también lograremos la estabilidad.» Si había algo que unía a Ulbricht, Jrushchov y Kennedy era precisamente eso: el deseo de estabilidad para la Alemania del Este.

Durante 1961, Berlín fue para Kennedy un problema heredado y no deseado, y en ningún caso constituyó una causa que quisiera defender. Sumergido en las vaporosas aguas de la bañera dorada de su residencia en

París, durante una pausa en sus conversaciones con De Gaulle, Kennedy se quejó a sus asesores Kenny O'Donnell y Dave Powers: «Parece una estupidez estar al borde de una guerra atómica por un tratado que pretende preservar Berlín como la futura capital de una Alemania reunificada cuando todos sabemos que probablemente Alemania no volverá a reunificarse nunca». En el avión que lo llevaba a Londres tras la Cumbre de Viena, Kennedy volvió a expresar sus quejas a O'Donnell: «No fuimos nosotros quienes provocamos la desunión en Alemania. En realidad no es responsabilidad nuestra que las cuatro potencias ocuparan Berlín, un error en el que ni nosotros ni los rusos deberíamos haber incurrido».

Si la cristalización de las condiciones de la guerra fría durante las siguientes tres décadas fue el resultado a largo plazo de la Crisis de Berlín de 1961, la Crisis de los Misiles en Cuba fue la réplica inmediata más significativa. En la mente de Kennedy y de Jrushchov, las situaciones en Cuba y en Berlín estaban inextricablemente conectadas.

[Sus críticos aseguraron que la decisión](#) de Jrushchov de colocar misiles nucleares en Cuba fue una imprudencia, pero desde la perspectiva del líder soviético se trató de un riesgo calculado basado en lo que sabía sobre Kennedy. A finales de 1961, el líder soviético les dijo a un grupo de altos cargos de su partido que estaba seguro de que Kennedy haría prácticamente lo que fuera con tal de evitar una guerra nuclear. «Sé con certeza», aseguró, «que Kennedy no es un tipo duro y que, en términos generales, no tiene la valentía necesaria para resistir a un desafío serio.» [En relación con Cuba, Jrushchov](#) le dijo a su hijo Sergéi que Kennedy «montará un escándalo, luego montará un escándalo aún mayor y al final nos pondremos de acuerdo».

[A pesar de los reveses de su primer año](#) de presidencia, Kennedy seguía tan dispuesto a realizar concesiones ante Jrushchov para lograr un acuerdo en Berlín, que su propuesta de abril de 1962 provocó un considerable enfrentamiento con el canciller de la Alemania Federal Konrad Adenauer. Lo que Kennedy bautizó como «Informe de Principios» proponía la creación de una «Autoridad de Acceso Internacional» que transferiría el control de acceso

a Berlín de los cuatro poderes a un organismo nuevo a través del cual soviéticos y alemanes del Este podrían impedir la entrada de todo aquel que desearan. Lo único que Kennedy pedía a cambio era que el Kremlin aceptara seguir respetando los derechos y la presencia militar aliada en Berlín Oeste.

El documento se basaba de forma tan clara en la perspectiva soviética que en una versión que Washington envió a Moscú, los responsables del borrador habían subrayado párrafos enteros para marcar las ideas que habían tomado prestadas. Además, el documento no hacía referencia ni una sola vez a la reunificación alemana en tanto que objetivo a largo plazo que se debía lograr mediante elecciones libres, algo que hasta entonces había sido un punto innegociable con Moscú. Las propuestas estadounidenses nunca se habían aproximado tanto a las posiciones soviéticas ni se habían alejado tanto de las de Adenauer. En un primer momento, Kennedy le concedió a Adenauer un solo día para responder al borrador; posteriormente, y ante las protestas de las autoridades de la Alemania Federal, amplió el plazo a 48 horas.

[Adenauer, que ya no podía seguir ocultando](#) su indignación con Kennedy, protestó ante Paul Nitze, el vicesecretario de defensa estadounidense que lo visitó en Bonn, y aseguró que si los principios de Kennedy se aprobaban, no habría en Berlín Oeste suficientes furgonetas de mudanzas para todos los que querrían marcharse de la ciudad. [A continuación envió una áspera nota](#) a Kennedy en la que decía: «Tengo considerables objeciones a algunas de sus propuestas. Le pido con urgencia, querido señor presidente, que detenga inmediatamente estas medidas...».

Una filtración del informe, que probablemente contara con la bendición de Adenauer, provocó tal alboroto que los comentaristas políticos de ambos lados del Atlántico atacaron a Kennedy por batirse en retirada al tiempo que sus adversarios continuaban abatiendo a tiros a aspirantes a refugiados, hostigando a los soldados aliados y reforzando el Muro. Kennedy se vio obligado a retirar su propuesta. Sin embargo, lo más humillante del asunto fue que un envalentonado Jrushchov anunció que habría rechazado las propuestas de todos modos, pues éstas no incluían la retirada completa de los efectivos estadounidenses.

Jrushchov jugaba cada vez más fuerte.

Al mismo tiempo que ultimaba los detalles de su operación en Cuba, el 5 de julio de 1962 Jrushchov contraatacó enviándole a Kennedy su propuesta más detallada hasta la fecha para poner fin a lo que él denominaba «el régimen de ocupación de Berlín Oeste». Según el plan, las tropas aliadas se verían reemplazadas por fuerzas policiales de las Naciones Unidas, formadas por miembros de las tres potencias occidentales presentes ya en la ciudad, pero también de estados neutrales y dos estados miembros del Pacto de Varsovia. Mediante un recorte gradual en sus contingentes de un 25 por ciento anual, al cabo de cuatro años no quedarían en Berlín Oeste fuerzas extranjeras de ningún tipo. Kennedy rechazó la propuesta dos semanas más tarde, el 17 de julio, pero mientras tanto Jrushchov continuó trabajando en su estrategia en Berlín mientras, en secreto, daba las últimas instrucciones sobre Cuba.

Las operaciones militares soviéticas en alta mar en Cuba eran de tal envergadura que Jrushchov debió de asumir que Kennedy y sus servicios de inteligencia las descubrirían, pero que el presidente no tendría la determinación necesaria para detener el despliegue de los misiles.

El 4 de septiembre, Kennedy le comunicó a un selecto grupo de miembros del Congreso que la CIA había concluido que los soviéticos estaban ayudando a Castro a mejorar sus instalaciones defensivas. Esa misma tarde, Kennedy hizo pública una declaración de prensa que decía básicamente lo mismo y advertía a Jrushchov de que se preparara para «las consecuencias más graves» si EEUU encontraba pruebas de la presencia de tropas de combate o armas ofensivas soviéticas en la isla. El tono y la determinación a dar una respuesta eran mucho más firmes de lo que Jrushchov había previsto.

Dos días más tarde, el 6 de septiembre, Jrushchov le pidió al sorprendido Secretario de Interior estadounidense Stewart Udall, que se encontraba en Rusia visitando plantas eléctricas, que lo visitara en su refugio del mar Negro en Pitsunda. A través de su conversación con Udall, Jrushchov intentó determinar qué cambios en la política doméstica podían estar llevando a Kennedy a adoptar una postura más férrea, aunque seguía convencido de que Kennedy era fundamentalmente débil. «Como presidente tiene conocimientos», le dijo Jrushchov a Udall, «lo que le falta es coraje; coraje para resolver la cuestión alemana.» Consciente de que el operativo en Cuba se encontraba ya

muy avanzado, Jrushchov le dijo a Udall: «Por eso hemos decidido ayudarlo a resolver el asunto. Lo pondremos en una situación que hará necesario resolverlo. [...] No permitiremos que sus tropas permanezcan en Berlín».

Jrushchov le confió a Udall que para evitar dañar la imagen de Kennedy en las elecciones de noviembre, no abordaría la situación hasta más adelante. Sin hacer referencia a Cuba, le dijo a Udall que el creciente poder soviético había empezado ya a cambiar el equilibrio de fuerzas. «Ha pasado ya mucho tiempo desde que podían zurrarnos como a un niño; ahora somos nosotros quienes podemos azotarles el culo.» La guerra por Berlín, advirtió Jrushchov, significaría que en cuestión de una hora no quedaría rastro «ni de París, ni de Francia».

[El 16 de octubre de 1962](#), con la mayoría de lanzamisiles cubanos ya en su sitio, Jrushchov le dijo a Foy Kohler, el sucesor de Thompson como embajador en la URSS, que quería reunirse con el presidente durante la reunión de la Asamblea General de la ONU en Nueva York que iba a celebrarse durante la segunda mitad de noviembre, para discutir la situación en Berlín y también otros asuntos. A aquellas alturas, el líder soviético habría alterado significativamente el equilibrio estratégico y Moscú estaría por primera vez en condiciones de alcanzar EEUU con armas nucleares. Eso, naturalmente, lo colocaría en una posición mucho más favorable para o bien negociar, o bien imponer la solución sobre Berlín que deseaba. [Jrushchov le dijo a su nuevo embajador](#) en las Naciones Unidas, Anatoly Dobrynin, que Berlín seguía siendo «el principal punto de discrepancia en las relaciones entre soviéticos y estadounidenses».

Como Jrushchov recordaría más tarde:

[Mi idea era la siguiente](#): si lográbamos instalar los misiles en secreto y los EEUU los descubrieran cuando ya estaban preparados para el ataque, los estadounidenses se lo pensarían dos veces antes de intentar liquidar nuestras instalaciones por medios militares. Era consciente de que EEUU podía cargarse algunas de nuestras instalaciones, pero no todas. Si una cuarta parte o incluso un 10 por ciento de los misiles sobrevivían (incluso si nos quedábamos tan sólo con uno o dos de los grandes), aún podíamos atacar Nueva York. Y entonces no quedaría demasiado de Nueva York en pie. No digo que matáramos a todo el mundo en Nueva York; desde luego no sería todo

el mundo, pero sí nos cargaríamos a muchísima gente... Además, ya era hora de que los estadounidenses supieran qué se siente cuando tu propio país y tu propia gente están amenazados.

De todas las medidas de Jrushchov vinculando Cuba y Berlín durante ese período, tal vez la más reveladora fue la construcción por parte de los soviéticos de un oleoducto no subterráneo a través de la Alemania del Este que debía abastecer a las tropas soviéticas apostadas en la frontera con la Alemania Federal. Las tuberías le mandarían a Kennedy un mensaje inequívoco sobre la determinación de Jrushchov de ir a la guerra en Berlín si los estadounidenses contraatacaban en Cuba. «Los estadounidenses», dijo Jrushchov, «sabían sin lugar a dudas que si se derramaba sangre rusa en Cuba, se derramaría sangre americana en Alemania.»

Las palabras y las acciones de Kennedy durante los trece días que duró la Crisis de los Misiles en Cuba, del 16 al 29 de octubre, ponen de relieve su convicción de que las estrategias de Jrushchov en Cuba y en Berlín estaban interrelacionadas. Kennedy sospechó desde el principio que el objetivo de la estrategia de Jrushchov en Cuba era conseguir la victoria en Berlín, la principal prioridad del líder soviético. Por ello, Kennedy declaró ante sus Mandos Conjuntos:

En primer lugar, permítanme que señale dónde está el problema desde mi punto de vista. Primero, en general, creo que debemos reflexionar sobre por qué los rusos han hecho lo que han hecho. En realidad, considero que tomaron una decisión bastante arriesgada pero también bastante útil. Nosotros no hemos actuado y ellos disponen de una base militar allí, con toda la presión que eso supone para Estados Unidos y nuestro prestigio. Si atacamos los misiles cubanos o Cuba de la forma que sea, dispondrán de una excusa perfecta para tomar Berlín, tal como hicieron con Hungría durante la Guerra del Sinaí [la Crisis de Suez]. El mundo nos vería como los americanos exaltados que perdieron Berlín, no podríamos contar con el apoyo de nuestros aliados y la actitud de la Alemania Federal hacia nosotros se vería también afectada. La gente creería que habríamos perdido Berlín por no haber tenido las agallas necesarias para resolver la situación en Cuba. En el fondo, Cuba se encuentra a 8.000 o 9.000 kilómetros de distancia de su país. Cuba no les importa nada. Lo que sí les importa, en cambio, es Berlín y su propia seguridad.

La decisión de Kennedy de adoptar una línea más dura con los soviéticos por la situación en Cuba en 1962 de la que había adoptado en Berlín en 1961 obedeció por lo menos a tres factores. En primer lugar, se trataba de una situación más peligrosa para EEUU debido a la mayor proximidad con su territorio. En segundo lugar, una mala gestión de la Crisis Cubana habría afectado de forma mucho más negativa a la reelección de Kennedy que su actuación en un lugar tan lejano como Berlín. Y, finalmente, Kennedy había aprendido ya que sus muestras de debilidad sólo alentaban a Jrushchov a ponerlo aún más a prueba. Por otro lado, el líder soviético lo había engañado descaradamente al afirmar que posponía las conversaciones sobre Berlín en deferencia a las elecciones estadounidenses, cuando en realidad tan sólo quería ganar tiempo para desplegar los misiles.

Kennedy subrayó de nuevo la conexión entre Cuba y Berlín cuando informó al primer ministro británico Harold Macmillan de las evidencias fotográficas de la presencia de los misiles en un teletipo secreto que fue recibido por Londres el 21 de octubre a las 22.00. Kennedy escribió:

Soy plenamente consciente de que el objetivo principal de Jrushchov puede ser el de incrementar sus opciones en Berlín; estaremos dispuestos a asumir el papel que nos corresponde tanto allí como en el Caribe. Lo esencial en este momento de gran dificultad es que Jrushchov comprenda que si esperaba encontrar debilidad o falta de resolución, ha cometido un error de cálculo.

Kennedy insistió en subrayar su preocupación por Berlín en un segundo mensaje enviado a Macmillan ese mismo día, unas pocas horas antes de su histórica comparecencia televisiva para informar a los estadounidenses del peligro, exigir a los soviéticos la retirada de los misiles e introducir una cuarentena naval en Cuba. «No hace falta que señale la posible relación entre esta secreta y peligrosa operación por parte de Jrushchov y Berlín», escribió.

En 1962, Kennedy también rechazó el consejo de los llamados SLOB, los partidarios de la línea débil respecto a Berlín. El embajador Thompson, que había regresado de Moscú al Departamento de Estado, quería que Kennedy detuviera el tráfico militar durante el enfrentamiento en Cuba para no provocar al Kremlin, idea que el presidente rechazó. *El asesor de seguridad nacional*

Bundy se preguntó si no sería posible cerrar un acuerdo que intercambiara Berlín por los misiles, pero Kennedy se negó también a ello, pues no quería ser el presidente que había perdido Berlín.

A pesar de la nueva determinación presidencial, Kennedy se opuso al consejo de sus militares de atacar las bases cubanas, en gran medida por su temor a posibles represalias militares soviéticas en Berlín. En un momento dado, el general Curtis E. LeMay, el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, criticó la negativa de Kennedy a atacar y aseguró que «esto es casi tan malo como la política de temporización en Múnich». «Si no hacemos nada en Cuba», argumentó LeMay, «nos van a poner contra las cuerdas también en Berlín, pues nos estaremos batiendo en retirada.»

Kennedy le dijo al Comité Ejecutivo, el organismo que él mismo había creado en el seno del Consejo de Seguridad Nacional para gestionar la crisis, que lo preocupaba que una cuarentena naval pudiera llevar a los soviéticos a responder con un bloqueo en Berlín. El presidente nombró un subcomité dentro de ese grupo, dirigido por Paul Nitze, que debía encargarse de los asuntos relacionados con Berlín. Incluso planificó el regreso del general Lucius Clay a Berlín, si era necesario, para que coordinara las acciones norteamericanas.

En su discurso televisado para todo el país del 22 de octubre, Kennedy advirtió públicamente a Jrushchov respecto a Berlín: «Cualquier movimiento hostil en cualquier parte del mundo contra la seguridad y la libertad de los pueblos con los que estamos comprometidos, incluidos en particular los valerosos habitantes de Berlín Oeste, recibirá la respuesta apropiada».

Y, con esas palabras, la Crisis de Berlín de Kennedy se trasladó a Cuba.

En su reunión con el embajador estadounidense en Londres David Bruce la misma tarde del discurso de Kennedy, el primer ministro Macmillan expresó su preocupación: «¿No sería posible que el verdadero objetivo de Jrushchov fuera intercambiar Cuba por Berlín? Si fuera derrotado en Cuba y su prestigio se resintiera, ¿no se sentiría tentado de resarcirse en Berlín? ¿No es posible que ése sea el único objetivo de la operación? ¿Avanzar un peón para poder sacrificarlo por otro?». Por su parte, Kennedy expresó ante Macmillan su temor a que Jrushchov pudiera adoptar acciones militares preventivas en

Berlín que obligaran a EEUU a dar una respuesta equivalente en Cuba. «Ésa es realmente la elección ahora», escribió. «Si Jrushchov toma Berlín, nosotros tomaremos Cuba.»

Sin embargo, Jrushchov empezó la retirada de Cuba al verse desafiado con decisión por Kennedy, exactamente el tipo de reacción que el general Clay había previsto un año antes respecto a Berlín. Cuando el viceministro de Asuntos Exteriores soviético Vasili Kuznetsov sugirió un ataque contra Berlín para distraer la atención, el líder soviético respondió: «Guárdese ese tipo de ideas para usted. ¿No sabemos cómo salir de un apuro y quiere meternos en otro?». Jrushchov también rechazó la idea del embajador Dobrynin de responder a la situación en Cuba cerrando las rutas terrestres de Berlín «como primer paso». «Mi padre consideraba que cualquier acción en Berlín era injustificadamente peligrosa», recordaría más tarde el hijo de Jrushchov, Sergéi, que insistió en que su padre no se había planteado «ni por un momento» un ataque nuclear contra EEUU. Tras el discurso de Kennedy, Jrushchov empezó a retirar las tropas soviéticas de la frontera con la Alemania Federal para que quedara claro que no tenía intención de provocar una escalada del conflicto.

Con todo, Kennedy no actuó de forma tan tajante respecto a Cuba como dio a entender ante el público estadounidense. El 27 de octubre, el hermano del presidente, Bobby, y el ministro Dobrynin llegaron a un acuerdo para que EEUU retirara sus misiles nucleares Júpiter de Turquía. Cuando Jrushchov mencionó esa concesión al día siguiente en una carta a Kennedy, Bobby devolvió la carta a los soviéticos y negó haber cerrado dicho acuerdo. Sin embargo, Jrushchov consideraba la retirada en Turquía fundamental para su acuerdo.

En cualquier caso, Kennedy logró poner de su lado incluso a sus principales críticos aliados. De Gaulle le dijo al emisario de Kennedy, Dean Acheson, al que el presidente estadounidense había enviado para que informara al líder francés durante la crisis, que no necesitaba ver las fotografías espía de «una gran nación» para apoyar a Kennedy. Adenauer también aseguró que su país apoyaría a Kennedy aun en el caso de que EEUU decidiera bombardear o invadir Cuba. «Los misiles deben desaparecer sin

lugar a dudas», dijo, implicando con ello a su país en un bloqueo contra Berlín o incluso en un intercambio nuclear. [Resulta también revelador que Kennedy rechazara](#) la oferta del apocado Macmillan para interceder con Moscú y organizar una cumbre sobre Cuba, que el presidente estadounidense creía que sería desastrosa para Berlín. «No veo qué íbamos a discutir en esa reunión», dijo Kennedy. «Él se limitará a adoptar la misma postura de siempre respecto a Berlín y probablemente se ofrecerá a desmantelar los misiles si accedemos a convertir Berlín en una ciudad neutral.»

Pero el más sorprendido por la demostración de fuerza de Kennedy fue el propio Jrushchov, que había apostado fuerte a que no se produciría dicha reacción. [El general Clay le sugirió al diplomático William Smyser](#) que la Crisis de los Misiles en Cuba nunca habría tenido lugar si Jrushchov no hubiera tenido la sensación de que Kennedy era débil; Clay estaba convencido de que las amenazas contra Berlín tan sólo disminuyeron cuando Kennedy dejó claro que no pensaba dejarse intimidar por Moscú.

Pero quienes celebraron con más entusiasmo el resultado de la Crisis de los Misiles en Cuba fueron los habitantes de Berlín Oeste, que llegaron a la conclusión de que las amenazas soviéticas contra ellos se habían terminado.

RATHAUS SCHÖNEBERG, AYUNTAMIENTO DE BERLÍN OESTE

JUEVES, 27 DE JUNIO DE 1963

Kennedy realizó su primera y última visita presidencial a Berlín ocho meses después de la crisis cubana, el 27 de junio de 1963. Después de visitar Checkpoint Charlie y recorrer a pie parte del Muro, pronunció un discurso en el Ayuntamiento, donde se habían reunido 300.000 berlineses. La mayoría recordarían aquel momento durante el resto de sus vidas.

[Aproximadamente un millón de berlineses](#) más llenaron la ruta de 55 kilómetros desde Tegel. Kennedy pasó la mayor parte del trayecto de pie en el asiento trasero de su Lincoln descapotable, junto al alcalde Willy Brandt y el canciller Konrad Adenauer. Para poder ver a su héroe, los berlineses se colgaron de árboles y farolas, y se encaramaron a tejados y balcones. La Cruz

Roja, que se había movilizado para atender a la multitud en caso de que hubiera accidentes, informó de que se produjeron más de mil desmayos.

En el aeropuerto, y también mientras cruzaban Berlín en coche, algunos miembros de la delegación de Kennedy comentaron que también Hitler había provocado el delirio de multitudes de alemanes. El entusiasmo de los berlineses por Kennedy era tan extremo que molestó a Adenauer, que le susurró a Rusk: «¿Significa esto que un día podemos tener a otro Hitler en Alemania?». En un momento dado, Kennedy le dijo a su asesor militar, el general Godfrey T. McHugh: «Si ahora les dijera que fueran al Muro y lo derribaran, lo harían».

En cualquier caso, cuanto más tiempo llevaban Kennedy y su séquito en Berlín Oeste, más encandilados estaban por sus habitantes. Kennedy se mostró tan conmovido por el valor de los berlineses del Oeste como conmocionado por la visión del Muro, cuya construcción había hecho tan poco por evitar. «Parece un hombre que acabara de vislumbrar el infierno», observó el corresponsal de la revista *Time*, Hugh Sidey. Mientras cruzaba la ciudad, Kennedy reescribió el discurso más importante de los tres que iba a pronunciar, descartando el tono vago que le había dado en Washington para no provocar a los soviéticos. Su discurso ante el ayuntamiento de Berlín Oeste sería el más emotivo y potente que pronunciaría en el extranjero.

Hay mucha gente en el mundo que no entiende, o dice no entender, cuál es la gran diferencia entre el mundo libre y el mundo comunista. Que vengan a Berlín. Hay quienes dicen que el comunismo es la tendencia del futuro. Que vengan a Berlín. Y los hay que dicen que podemos cooperar con los comunistas, en Europa y en el resto de mundo. Que vengan a Berlín. Incluso los hay que dicen que, efectivamente, el comunismo es un sistema perverso, pero que nos permite desarrollarnos económicamente.

En aquel punto, Kennedy introdujo una frase en alemán que no aparecía en el texto original, pero que había estado practicando antes de su comparecencia con Robert Lochner, el director de la Radio en el sector americano de Berlín, o RIAS, y con el intérprete de Adenauer, Heinz Weber. Kennedy había escrito fonéticamente lo que quería decir en fichas. «*Lasst sie nach Berlin kommen.*

Que vengan a Berlín...», dijo. «Todos los hombres libres, vivan donde vivan, son habitantes de Berlín. Y por ello, como hombre libre, me enorgullezco de decir: *Ich bin ein Berliner*.»

O, tal como Kennedy había escrito en su tarjeta, «*Ish bin ine Bear-LEAN-er*».

Más tarde, lingüistas aficionados señalarían que Kennedy había cometido un error al utilizar el artículo «ein» delante de «Berliner» (nombre que en alemán denomina una pasta de pastelería), de modo que lo que en realidad le había dicho al público era: «Soy un donut relleno». Sin embargo, el presidente había discutido aquel punto con sus dos profesores particulares, que habían concluido correctamente que, de no incluir el artículo, podía parecer que Kennedy estaba sugiriendo que había nacido en Berlín, algo que podía confundir al público y hacer que se perdiera el efecto simbólico de la frase. En cualquier caso, la fervorosa multitud entendió perfectamente el sentido de las palabras de Kennedy.

Además de expresar toda la indignación que no había mostrado en agosto de 1961, Kennedy denunció el comunismo. Admitió que la democracia es un sistema imperfecto, «pero nunca hemos tenido que levantar un muro para evitar la huida de nuestra gente». Para deleite de Adenauer, por primera vez durante su presidencia se refirió también al derecho a la reunificación que los alemanes se habían ganado con dieciocho años de buen comportamiento. Kennedy expresó su confianza en que, un día, Berlín, la nación alemana y el continente europeo se reunificarían.

Era un nuevo Kennedy.

El presidente le pidió al general Clay, que se había desplazado con él a Berlín, que lo acompañara en el podio. Juntos, se regodearon con la ovación de la multitud: el hombre que había condenado a Kennedy en privado por no haber sabido plantar cara a los soviéticos y el comandante en jefe que de pronto había adoptado una actitud muy próxima a Clay, para consternación de sus asesores. Tras el discurso, Bundy le dijo al presidente: «Creo que ha ido demasiado lejos».

Con un solo discurso, Kennedy había alterado la política estadounidense sobre Alemania y Berlín de acuerdo con la nueva determinación que había

demostrado en Cuba. Por primera vez en su presidencia, Kennedy estaba tratando Berlín como un lugar que había que defender, un lugar sobre el cual construiría su legado, y no como una molestia heredada y habitada por un pueblo por el que no sentía ninguna simpatía. A partir de aquel momento, ni Kennedy ni ningún otro presidente estadounidense iba a poder retirarse de Berlín.

Tal como [Kennedy le dijo a Ted Sorensen](#) en su vuelo de Berlín a Irlanda, «nunca volveremos a vivir un día como éste, por mucho que vivamos».

Apenas cinco meses más tarde, el 22 de noviembre de 1963, un asesino acabó con la vida del presidente John F. Kennedy en Dallas, Texas. Menos de un año después, el 14 de octubre de 1964, los correligionarios comunistas de Nikita Jrushchov lo desbancaron del cargo. Jrushchov murió de una enfermedad cardiaca en 1971, después de lograr sacar sus memorias de contrabando a Occidente.

En octubre de 1963, Adenauer renunció a la cancillería como parte del acuerdo de coalición al que había llegado para seguir en el poder tras las elecciones de septiembre de 1961. Murió de causas naturales en 1967, a los noventa y un años, dejando tras de sí el legado de una Alemania Federal democrática y económicamente potente, y el sueño (que, aunque aparentemente poco realista, seguía siendo parte de la política estadounidense) de que un día su país pudiera reunificarse. Sus palabras finales a su hija fueron: «No hay motivos para llorar».

Poco más de una década después del cierre de fronteras en Berlín, en mayo de 1971, el líder de la Alemania del Este, Walter Ulbricht dimitió y fue reemplazado por Erich Honecker, el hombre que él mismo había puesto a cargo del proyecto del Muro de Berlín. Honecker dimitió un mes antes de la caída del Muro que él mismo había construido. Murió de cáncer en 1994, exiliado en Chile, tras ser acusado pero no juzgado, entre otras cosas, por haber ordenado a los guardias de la policía de fronteras que dispararan contra sus propios ciudadanos si intentaban huir.

Pero en Berlín, en 1961, sus destinos se unieron en una ciudad que encarnó la lucha política e ideológica de la segunda mitad del siglo XX. Al final, la historia terminaría bien, pero sólo porque en Cuba Kennedy fue capaz de

corregir el peligroso rumbo que había tomado el año anterior en Berlín.

Lo que sin embargo Kennedy no pudo enmendar fue el Muro, que se alzó ante su mirada pasiva y que durante tres décadas, y tal vez para el resto de la historia, se convertiría en la imagen icónica de lo que los sistemas basados en la falta de libertad pueden llegar a imponer cuando los líderes del mundo libre no son capaces de plantar cara.

Agradecimientos

Mi relación con Berlín empezó en el útero materno.

Mi madre, Johanna Schumann Kempe, nació el 30 de enero de 1919 en el barrio de Pankow de lo que más tarde sería el Berlín Este comunista. Ella y su familia emigraron a Estados Unidos en 1930, tres años antes del inicio del Tercer Reich. A menudo me contó cómo, de adolescente, regresó a Berlín en 1936 y asistió a los Juegos Olímpicos organizados por Adolf Hitler, donde su «raza superior» se llevó la mayoría de medallas pero se vio eclipsada por el atleta estadounidense negro Jesse Owens, cuyas cuatro medallas de oro los berlineses celebraron de forma entusiasta. Mi madre se llevó de souvenir a Estados Unidos un libro de fotografías que aún hoy se encuentra en mi biblioteca, como recordatorio de los numerosos dramas de Berlín.

Como la mayoría de berlineses, mi madre se sentía extraordinariamente orgullosa de sus orígenes. Los berlineses se consideran a sí mismos una estirpe aparte de sus compatriotas alemanes. Mi madre insistía siempre en que los berlineses son más abiertos de mente y más flexibles que el resto de los alemanes, y también más ingeniosos y sofisticados.

Mi padre, también alemán pero con un pedigrí mucho más provinciano, tuvo que aguantar durante toda su vida las ideas de mi madre acerca de la excepcionalidad de los berlineses. Nacido el 21 de mayo de 1909 en el pueblo de Leubsdorf, en la Sajonia rural, mi padre creció en Kleinzschachwitz, cerca de Dresde, antes de emigrar a Estados Unidos en 1928. Lo que unió a una profesora de escuela como mi madre y a un panadero como mi padre fue que ambos habían crecido en partes de Alemania que cayeron bajo dominio soviético tras la Segunda Guerra Mundial. La construcción del Muro de Berlín

en 1961 partió a nuestra familia en dos. Recuerdo cómo cada año, por Navidades, mis padres enviaban unos enormes paquetes a sus familiares de la Alemania del Este, llenos de productos que éstos no podían comprar. Una de las cosas que más lamento es que ambos murieran un año antes de poder ver como el Muro de Berlín se hundía bajo su opresivo peso, en 1989.

Así pues, y principalmente, estoy en deuda con mi madre y mi padre, sin los que jamás habría escrito este libro. De ellos aprendí el significado de Berlín como la línea que dividía el mundo libre de un mundo sin libertad. Fueron mis padres quienes me inculcaron la indignación tanto contra quienes impusieron como contra quienes toleraron el sistema opresivo que encerró a dieciocho millones de sus compatriotas alemanes (y, por ende, a decenas de millones de europeos del Este) tras los muros de hormigón, las alambradas de púas, las torres de guardia y los policías armados de Berlín.

Pero también debo dar las gracias a muchas personas más. Vaya mi gratitud, una vez más, para Neil Nyren, mi editor por cuarta vez ya en Putnam, cuya labor resultó crucial en cada fase de este proyecto, desde el desarrollo del concepto hasta los toques finales. Su destreza y su creatividad introdujeron grandes mejoras en el manuscrito de este libro. Gracias también a una de las agentes más dotadas del mundo, Esther Newberg, que junto con Neil me disuadió de perseguir proyectos menos prometedores para concentrarme en éste.

Gracias también a Ivan Held, presidente de Putnam y un hombre enormemente creativo; a Marilyn Ducksworth y su equipo de publicidad, y al grupo que dirige Meredith Dros, incluida Sara Minnich, que se encargaron de preparar el e-book. Mi agradecimiento especial para John Makinson, gran amigo desde hace tantos años y visionario dentro de Penguin, que siempre tiene un sabio consejo a mano.

También estoy en deuda con los cronistas que me precedieron y que relataron partes de esta historia. He confeccionado una bibliografía íntegra para que el lector pueda tener acceso a todos los textos que he consultado durante los más de seis años que he dedicado a investigar y redactar este libro. Sin embargo, me parece oportuno citar a quienes más han influido en mi interpretación de los hechos: Hope Harrison y Mario Frank sobre Ulbricht y su

relación con Jrushchov; Hans Peter Schwartz y Charles Williams sobre Adenauer; Strobe Talbott y su extraordinario trabajo sobre las memorias de Jrushchov, y Michael Beschloss, Robert Dallek, Christopher Hilton, Fred Kaplan, Timothy Naftali y Aleksandr Fursenko, Robert Slusser, Jean Edward Smith, W. M. Smyser, Frederick Taylor, Theodore Sorensen y Peter Wyden, autores todos ellos de destacadas obras. Existen también dos textos, obras de Norman Gelb y Curtis Cate, que se centran en agosto de 1961 y que merecen mi reconocimiento, pues fueron escritos por testigos que guardaron una gran proximidad con los hechos de la época.

Sin embargo, y a pesar del buen trabajo realizado sobre el tema, pronto me di cuenta de que ninguno de esos libros había logrado reunir todas las piezas que provocaron los hechos que se desencadenaron en Berlín en 1961. Mi objetivo era escribir una historia legible y acreditada, que fuera de interés tanto para los expertos como para el lector general y que analizara todos los testimonios históricos disponibles y los combinara con el material recientemente desclasificado en Estados Unidos, Alemania y Rusia.

En la consecución de ese reto, debo mi mayor agradecimiento al talentoso y ingenioso Nicholas Siegel, mi asistente de investigación durante la parte más crucial del proyecto. Gracias también a Roman Kilisek por su meticulosa, rigurosa y concienzuda labor durante las últimas etapas del proyecto. Estoy profundamente agradecido a Natascha Braumann y Alexia Huffman, mis secretarias personales, que contribuyeron en gran medida a este libro al tiempo que dirigían con brillantez la oficina ejecutiva del Atlantic Council. También estoy en deuda con las diversas personas que me echaron una mano durante el proceso de investigación: Milena Brechenmacher, Bryan Hart, Petra Krischok, Maria Panina y Dieter Wulf. La experta labor de investigación fotográfica de Susan Hormuth también permitió desenterrar material excepcional para el libro y sus diversas versiones electrónicas, y Natascha, una vez más, hizo una gran labor al dotar de sentido las montañas de material. Gracias también a Maryrose Grossman y Michelle DeMartino, de la biblioteca John F. Kennedy, y a William Burr, del Archivo de Seguridad Nacional.

Estoy también en deuda con mis colegas de mi antigua empresa, el *Wall Street Journal*, y con el Atlantic Council de Estados Unidos, donde trabajo

ahora. Gracias en particular a mi antiguo jefe en el *Wall Street Journal*, Paul Steiger, y también a Jim Pensiero, por permitirme escribir este libro. En el Atlantic Council, nuestro sabio presidente emérito Henry Catto y el entonces presidente Jan Lodal me animaron a seguir con este proyecto. Estoy también muy agradecido al general Brent Scowcroft, una de las personas más extraordinarias de Estados Unidos, y a Virginia Mulberger, una mujer con un criterio y un carácter excepcionales, por su amistad, su inspiración y su apoyo. A lo largo de este proyecto, he contado también con los sabios consejos de Richard Steele.

He tenido la gran suerte de poder trabajar como director general del Atlantic Council bajo las órdenes de dos hombres que se cuentan entre los principales líderes y mentores del país: el senador Chuck Hagel y el general Jim Jones. El senador Hagel, nuestro actual presidente, encarna el liderazgo coherente, fundado y bipartidario que tanto necesita Estados Unidos. Todos los estadounidenses se han beneficiado de los 42 años de excelente servicio público del general Jones, más recientemente como asesor de seguridad nacional del presidente Obama.

Gracias en especial a Walter Isaacson por apoyar este proyecto desde el principio. Gracias a los muchos estadounidenses y berlineses que compartieron sus experiencias y a David Acheson, por permitirme tener acceso a la correspondencia de su padre. También estoy en deuda con Vern Pike por compartir conmigo su manuscrito, aún no publicado, sobre la época que pasó en Berlín.

Ningún proyecto de este tipo es posible sin el apoyo de amigos y familiares. Pete y Maria Bagley me ofrecieron todo su apoyo y bondad, algo por lo que nunca podré corresponderles. Mis queridos amigos Pete y Alex Motyl me proporcionaron valiosísimos consejos organizativos y de edición que mejoraron considerablemente este manuscrito.

Durante la vida adulta, lo mismo que de niño, he confiado en todo momento en mis hermanas Jeanie, Patty y Teresa, a las que quiero agradecer su apoyo y su comprensión con un proyecto que nos privó de un tiempo que podría haber pasado con ellas. Los cuatro estamos unidos por la herencia común de ser estadounidenses de primera generación.

Este libro está dedicado a mi mujer, Pam, que ha sido la amiga, compañera, editora y consejera perfecta desde primera hora de la mañana, cada día de la semana y cada fin de semana que pasamos ocupados con este proyecto. Durante todo este tiempo, nuestra extraordinaria hija, Johanna Natalie (o «Jo-Jo»), bautizada en honor a la berlinesa que me trajo al mundo, ha sido el sostén de nuestra felicidad con su contagiosa alegría y su curiosidad sin límites. Me muero de ganas de enseñarle Berlín.

Fotografías



1. Maestro y mentor: Yosif Stalin con el líder del Partido Comunista de Moscú, Nikita Jrushchov, en el aeródromo de Schchelkovo, en 1936. (*Sovfoto*)



2. Jrushchov saluda a una multitud en Los Ángeles durante su viaje a EEUU de 1959, en la que fue la primera visita de un primer ministro de la Unión Soviética. (*Frank Baumann/Biblioteca del Congreso*)



3. Jrushchov con el presidente Dwight Eisenhower, Nina Jrushchov y el ministro de Asuntos Exteriores soviético Andrei Gromyko, en 1959. (*ITAR-TASS/Sovfoto*)



4. El embajador en la Gran Bretaña Joseph Kennedy en 1938, flanqueado por sus hijos Joe Jr. y John, en Southampton, Inglaterra. *(Colección presidencial/Biblioteca JFK)*



5. El cambio de la guardia: Eisenhower da los últimos consejos a John F. Kennedy, que al día siguiente se convertiría en el presidente más joven de la historia de EEUU. (*Abbie Rowe/Biblioteca JFK*)



6. Walter Ulbricht en el exilio: el futuro líder de la Alemania del Este conoció a Jrushchov estando exiliado en la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. Aquí Ulbricht y su colega comunista alemán Erich Weinert (izquierda y derecha, respectivamente) intentan convencer a los soldados de desertar. (*Sovfoto*)



7. Jrushchov y Ulbricht durante el V Congreso del Partido Socialista Unificado, Berlín Este, 1958.
(Sovfoto)



8. Durante la época de la crisis de Berlín, el canciller Konrad Adenauer, ya en su tercer mandato, era el primer y único líder electo de la República Federal Alemana. *(Biblioteca del Congreso)*



9. «Der Alte», posa con unos huérfanos vestidos de Blancanieves y dos de sus enanitos durante la celebración de su 85 cumpleaños, en enero de 1961. (*Bundesarchiv*)



10. Como regalo de investidura, Jrushchov liberó a dos aviadores norteamericanos capturados de la cárcel soviética. Aquí, JFK saluda a los capitanes Freeman B. Olmstead (segundo por la izquierda) y John McKone y sus esposas durante una recepción privada. *(AP Photo)*



11. Kennedy con Dean Acheson, secretario de estado de Truman, al que recurrió en busca de consejo sobre Berlín y la OTAN. *(AP Photo/Tom Fitzsimmons)*



12. Historia de dos ciudades: Berlín Este. Unas ancianas miran por la ventana de un edificio que presenta aún marcas de bala de las batallas callejeras de la Segunda Guerra Mundial. (*USIS/Archivo Nacional de EEUU*)



13. Esta tienda de Alexanderplatz, dañada durante la guerra, contrasta con el mensaje de las pancartas del edificio del fondo: «Cuanto más fuerte sea la RDA, más segura será la paz en Alemania». (USIS/Archivo Nacional de EEUU)



14. Historia de dos ciudades: Berlín Oeste. Vida nocturna en Kurfürstendamm. (USIS/Archivo Nacional de EEUU)



15. Mujeres de la Alemania Federal a la moda en el exterior del local más famoso del Ku'damm, el Café Kranzler. (USIS/Archivo Nacional de EEUU)



16. 11 de febrero de 1961. El presidente Kennedy celebra la primera reunión con sus expertos sobre el Kremlin para recoger ideas. De izquierda a derecha, el embajador en la URSS Llewellyn «Tommy» Thompson, el vicepresidente Johnson, el embajador General W. Averell Harriman, el asesor del Departamento de Estado Charles Bohlen, el secretario de estado Dean Rusk, JFK y el experto en temas soviéticos George Kennan. *(AP Photo/Harvey Georges)*



17. Kennedy se reunió con el embajador en Moscú Thompson a finales de febrero y le entregó su primera carta a Jrushchov, que el líder soviético se negó a recibir durante diez días. (*Abbie Rowe/Biblioteca JFK*)



18. 13 de marzo. Infringiendo el protocolo, Kennedy recibe al alcalde de Berlín Willy Brandt, el líder de la oposición en la RFA, antes de reunirse con el canciller Adenauer. (*Biblioteca del Congreso*)



19. 5 de abril. Kennedy da un paseo con el primer ministro británico Harold Macmillan durante una pausa de sus conversaciones en Washington, donde el presidente sorprendió a su aliado presentando la línea dura de su administración en Berlín. (*Robert Knudsen/Biblioteca JFK*)



20. 15 de abril. Adenauer y Kennedy se elogian mutuamente durante una conferencia de prensa, a pesar de que ninguno de los dos confía en el otro. (*Abbie Rowe/Biblioteca JFK*)



21. 16 de abril. Johnson organiza una barbacoa en honor a Adenauer en su rancho de Texas. De camino al aeropuerto le informará de la operación de Bahía Cochinos, en marcha en aquellos momentos. (AP Photo)



22. 22 de abril. Kennedy y Eisenhower se reúnen en Camp David para discutir las consecuencias del desastre de Bahía Cochinos. (*Robert Knudsen/Biblioteca JFK*)



23. Jrushchov viaja por la Unión Soviética en el marco de una «visita agrícola» para recoger apoyos locales de cara al Congreso del Partido de octubre. (*Novosti/Sovfoto*)



24. Un espía soviético en Hyannis Port. En una fotografía poco vista, el agente de inteligencia militar Georgi Bolshakov (segundo por la derecha) conversa con JFK en presencia de su intérprete e hijo político de Jrushchov, Alexei Adzhubei (derecha). Antes de la Cumbre de Viena, Bolshakov entabló conversaciones secretas con Robert Kennedy para establecer un canal de comunicación entre el Presidente Kennedy y Jrushchov. *(Cecil Stoughton/Biblioteca JFK)*



25. Junio de 1961, Washington. Una nueva lesión en la espalda le provocó a JFK un intenso dolor durante la Cumbre de Viena. Por lo general procuró que no lo fotografieran usando muletas. (*Abbie Rowe/Biblioteca JFK*)



26. 31 de mayo. Niños con banderas americanas dan la bienvenida a Kennedy a París. (USIA/Biblioteca JFK)



27. La pareja presidencial vestida para una cena formal en su honor en el Palacio del Elíseo. (USIA/Biblioteca JFK)



28. 3 de junio, Viena. Kennedy y Jrushchov se dan la mano durante el primer día de las históricas conversaciones. (USIA/Biblioteca JFK)



29. Al empezar todo eran sonrisas. (*Sovfoto*)



30. Jrushchov tomó rápidamente el control de la conversación. (*Cornell
Capa/Biblioteca del Congreso*)



31. Cenaron en el Palacio de Schönbrunn, donde Jackie encandiló a Jrushchov.
(USIA/Biblioteca JFK)



32. Pero el ambiente durante las conversaciones fue tenso. Al final, Kennedy se marchó con la sensación de que el primer ministro soviético le había pegado una paliza. (USIA/Biblioteca JFK)



33. 21 de junio. Jrushchov se viste con su viejo uniforme y prepara a su brazo militar para la posibilidad de una guerra durante su discurso en el Gran Palacio del Kremlin. *(ITAR-TASS/Sovfoto)*



34. 8 de julio, a bordo del Marlin, Kennedy reúne a sus asesores en Hyannis Port para discutir la crisis creciente. De izquierda a derecha, JFK, el asesor militar Maxwell Taylor, el secretario de estado Dean Rusk, y el secretario de defensa Robert McNamara. *(AP Photo)*



35. Entretanto, cada semana, la marea de refugiados de la Alemania del Este a Berlín Oeste no hacía más que crecer, agravando aún más la crisis. Una fotografía aérea del centro de refugiados de Marienfelde, a las afueras de Berlín.
(USIS/Archivo Nacional de EEUU)



36. Una madre cuida de sus hijos mientras esperan a ser aceptados en Marienfelde. (*USIS/Archivo Nacional de EEUU*)



37. Una de las refugiadas es Marlene Schmidt, que se impone en el desfile de Miss Universo celebrado el 15 de julio en Miami, menos de un mes antes del cierre fronterizo. (UPI/Archivo Nacional de EEUU)



38. 25 de julio. Un pensativo JFK antes de su primer discurso televisado en directo a la nación desde el Despacho Oval. (*Cecil Stoughton/Biblioteca JFK*)



39. Comentando con su secretaria, Evelyn Lincoln, los cambios de última hora para el discurso. (*Robert Knudsen/Biblioteca JFK*)



40. 13 de agosto. La frontera se cierra. Los soldados de infantería de la Alemania del Este bloquean el punto de acceso de la Puerta de Brandenburgo. *(USIS/Archivo Nacional de EEUU)*



41. Un policía de la Alemania del Este dispersando una manifestación en Berlín Oeste con una manguera de agua de alta presión. *(USIS/Archivo Nacional de EEUU)*



42. Niños de Berlín Este mirando a través del alambre de púas a Berlín Oeste.
(UPI/Biblioteca del Congreso)



43. 16 de agosto. Mitin del alcalde Willy Brandt en Berlín Oeste. Delante de un cuarto de millón de ciudadanos, advierte de la amenaza que se cierne sobre la existencia de todo el mundo no comunista. (*AP Photo, arriba, y USIS/Archivo Nacional de EEUU, siguiente*)





44. 18 de agosto. Después de resistirse a la petición presidencial para que visitara Berlín Oeste, el vicepresidente Johnson disfruta de la atención de la multitud. (*USIS/Archivo Nacional de EEUU*)

Bild
ZEITUNG
UNABHÄNGIG - ÜBERPARTeilICH
Berliner illustrierte
Nachtausgabe

**Willkommen in
Berlin, Freunde!**

**Stein-Flex
Flour-Flex**
UHRBANDER
... willkommen
„Gold Adler“ Qualitäten
Erlaubt in
15 Min. die Wiederherstellung
von EISEN bis zu 100°C
und in Gold
IN ALLEN FACHGESCHAFTEN

**Welcome to
Berlin, Friends!**

**Und der
Kanzler..?**

Sechs Stunden brachten die Kommunisten. Dann war Berlin zerfassen. Sechs Tage brachte der Westen. Dann regierte er.
Die Berliner die Wochen kam spät - aber nicht zu spät. Die Schritte der Amerikaner sind überaus groß und gutartig, die Entschlossenheit der letzten Tage aufbringen.
Vierzigtausend Tausend der Mine von Tausen, belagerte, liegt in der Schanzung des Bekannten Amerikas zur Freiheit der West-Berliner.
Wir sind dankbar dafür!
Lieser D. Clay, der Vater Berlin, brachte durch seine herrliche Menschlichkeit die Grenze zwischen Amerika und Deutschland.
Wir sind dankbar dafür!
Kennedy gab durch die Entsendung der 180 amerikanischen Soldaten nach Berlin eine neue Garantie für unsere Hauptstadt.
Wir sind dankbar dafür!
Was hat der Bundeskanzler in diesen Tagen der nationalen Not? Zuerst beauftragte er in der vergangenen Woche Willy Brandt, und am Sonntag hielt er eine Fernsehrede. Er wollte nicht gehen nach Berlin, sondern die Sicherung Berlins. Er wusste außerdem vor aller Verantwortung stehen, die Verantwortung der Alliierten. Dazu stehen wir fest.
① Dank des Kommanders General Kraft und Arbeit der Sicherung Berlins gehen, wird die Berliner rühren. Allerdings fragen sie, warum er seit dem 15. August noch nicht in unserer Stadt war. Jetzt wird er am Dienstag kommen. Erst am Dienstag.
② Es gab keine Verweigerung zwischen dem deutschen Volk und den Alliierten. Das deutsche Volk war nur über die unangenehme Haltung der Alliierten entsetzt. Aber das ist vorbei.
Wenn es eine Verweigerung gab und wohl noch gibt, dann zwischen Bevölkerung und Bundeskanzler.
Adenauer hat gesagt: Wer Berlin und die Zone zwischen den Fronten verlassen. Wer das Kommando eines kleinen Mannes bringen sie nicht sein.
Bismarck hat gesagt: Wer Berlin und die Zone verlassen... oder Ernst Lammert oder Bryan Steinbock oder Frau Gumbert.
Adenauer hat nicht gesagt: Wer Berlin und die Zone verlassen... oder Ernst Lammert oder Bryan Steinbock oder Frau Gumbert.
Adenauer hat nicht gesagt: Wer Berlin und die Zone verlassen... oder Ernst Lammert oder Bryan Steinbock oder Frau Gumbert.
Adenauer hat nicht gesagt: Wer Berlin und die Zone verlassen... oder Ernst Lammert oder Bryan Steinbock oder Frau Gumbert.
Adenauer hat nicht gesagt: Wer Berlin und die Zone verlassen... oder Ernst Lammert oder Bryan Steinbock oder Frau Gumbert.



Welcome friends!
We Berliners are happy that you came.
Here in Berlin you stand shoulder to shoulder with your friends. You are no guests. You are our fellow-citizens.
Our city is also your city. We thank you and your comrades who stand on guard here for us in these difficult days. Together with you Berlin will stay free.

Willkommen, Freunde!
Wir Berliner freuen uns, daß ihr gekommen seid. Hier in Berlin steht ihr Schulter an Schulter mit unseren Freunden. Ihr seid keine Gäste. Ihr seid unsere Mitbürger. Unsere Stadt ist auch eure Stadt. Wir danken euch und euren Kameraden, die hier für uns in diesen schweren Tagen zur Wache stehen. Mit euch zusammen wird Berlin frei bleiben.

10 Wochen-raten
Die neuen Herbst- und Winterkälte mit 100 Jahren auf Anforderung zu schenken und unverbindlich. Bestellung von Bewohnern.
BRUNNEN
FRIEDRICH BAHR
GEM. ABT. 100
10000 BERLIN

10 Wochen-raten
Schöne Kleidung
Wäsche
Leder-
waren.
Uhren
Haarhilf-
mittel
Kosmetik
Spielzeug
Papier-
waren
Kaffee-
Spezial-
waren
BRUNNEN
FRIEDRICH BAHR
GEM. ABT. 100
10000 BERLIN



100 Jahre selbst Berlin bisher noch nicht erlebt: Mit über 1000 Mann starker US-Kampfgruppe, die Präsident Kennedy zur Verteidigung nach Berlin entsandt hat, über den Weg der Truppe wandern und können überblickt. Viele Soldaten und Soldaten Berliner stehen Ehrenstreifen in den Augen US-Vorposten. (1) vom Photo Desk bezogen die

Reine und gesunde Haut
in wenigen Tagen durch
D.D.D.
HAUTMITTEL
In weiteren Abteilungen...
10000 BERLIN

Berichte auf den Seiten 2, 3, 4, 5 und 12

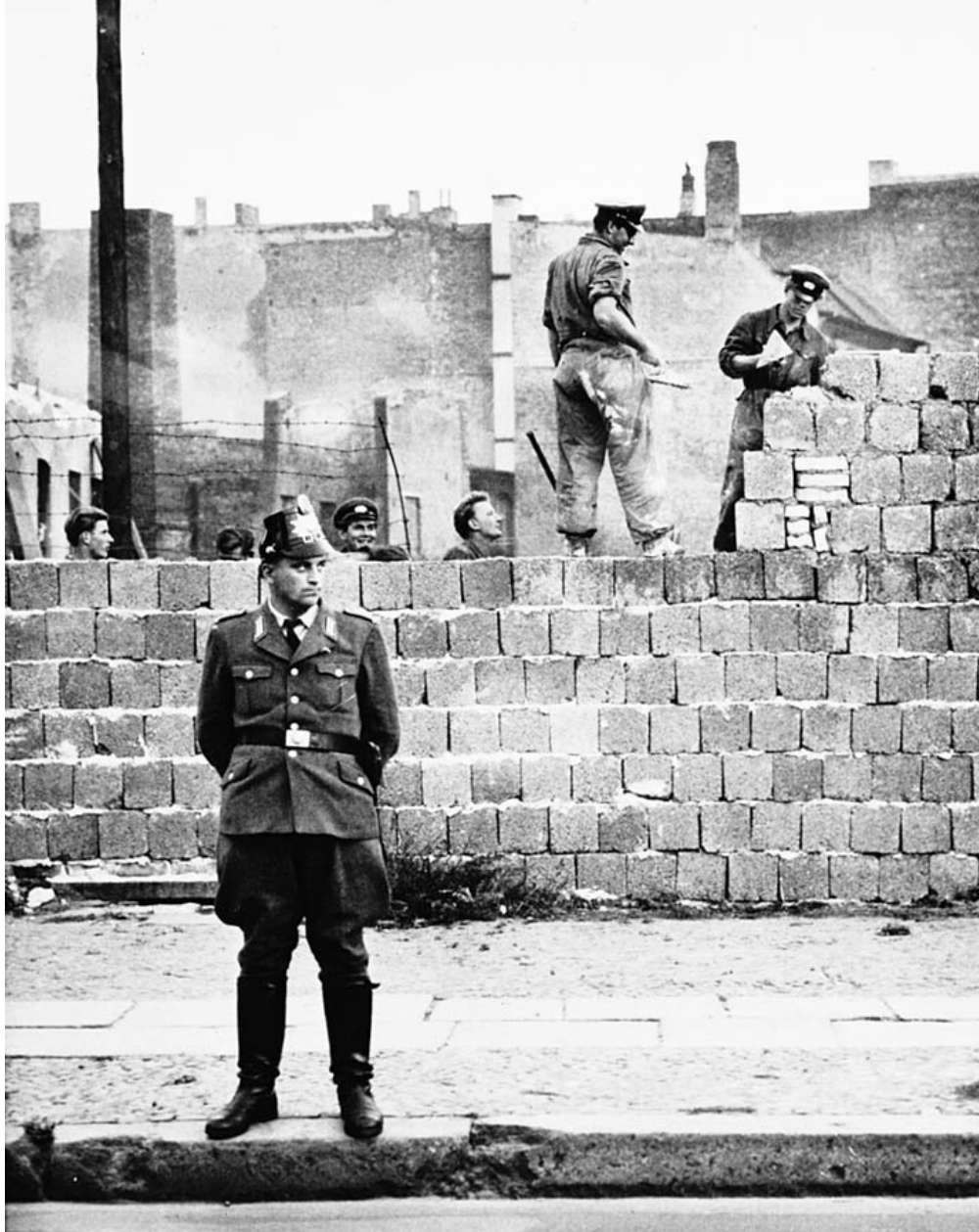
45. 21 de agosto. El principal periódico de la Alemania Federal, Bild, anuncia la llegada de los refuerzos simbólicos pertenecientes al 1.º batallón del 18.º Cuerpo de Infantería. (Archivo Nacional de EEUU)



46. 22 de agosto. Adenauer finalmente aparece en Berlín, nueve días después del cierre fronterizo, en medio de grandes críticas por la tardanza. (*AP Photo/Biblioteca del Congreso*)



47. Walter Ulbricht agradece a un grupo de milicianos fabriles que hayan protegido el país contra los subterfugios imperialistas. *(AP Photo/Biblioteca del Congreso)*



48. El muro crece. Operarios de Berlín Este colocan ladrillos. (*AP Photo/Biblioteca del Congreso*)



49. Un ciudadano de la Alemania Federal subido a un coche saluda por encima del muro. (UPI/Biblioteca del Congreso)



50. Berlineses del Oeste se suben a escaleras de mano y saludan a sus seres queridos del otro lado del muro. (USIS/Archivo Nacional de EEUU)



51. Grandes fugas: el policía fronterizo de la Alemania del Este Conrad Schumann desecha su rifle mientras salta por encima del alambre de púas. (*USIS/Archivo Nacional de EEUU*)



52. Amigos y bomberos de Berlín Oeste bajan a una anciana del Berlín Este a través de una ventana de un edificio situado en la zona comunista al Berlín Oeste.
(UPI/Archivo Nacional de EEUU)



53. El general Lucius Clay, héroe del Puente Aéreo de Berlín de 1948. (*AP Photo/Biblioteca del Congreso*)



54. 19 de septiembre. Una guardia de honor de soldados norteamericanos y policía de Berlín Oeste saludan a Clay, el representante especial de Kennedy en Berlín, a su llegada al aeropuerto de Tempelhof. *(AP Photo/Werner Kreuzsch)*



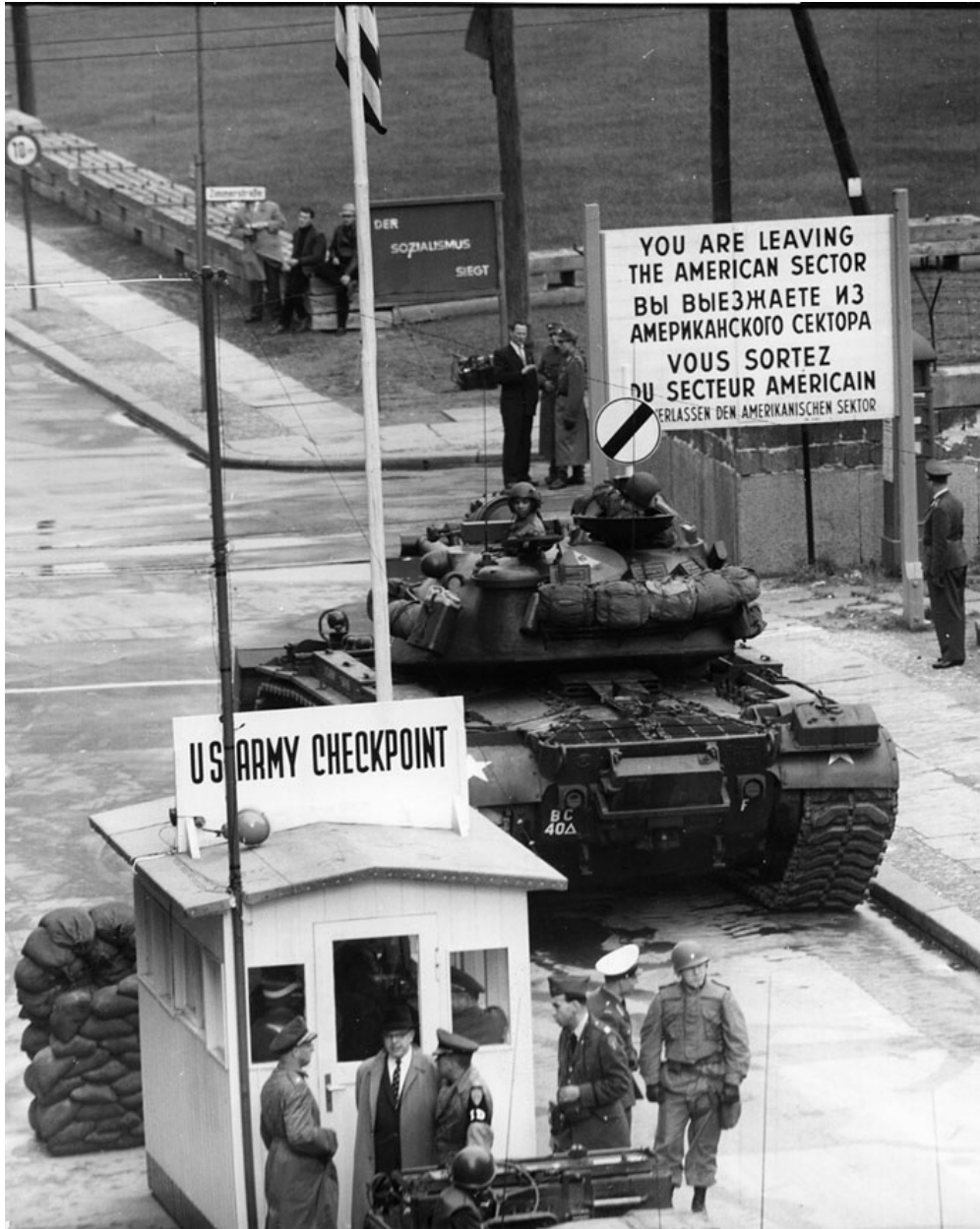
55. 24 de septiembre. Kennedy advierte a la ONU del peligro de guerra nuclear al que se enfrenta el mundo, en la misma época en la que ha revisado los planes norteamericanos de primer ataque nuclear. *(Cecil Stoughton/Biblioteca JFK)*



56. 18 de octubre. Jrushchov sorprende al mundo anunciando durante el XXII Congreso del Partido de octubre su intención de realizar una prueba nuclear en la que detonará la bomba atómica más grande de la historia. *(ITAR-TASS/Sovfoto)*



57. 25 de octubre. Inicio del enfrentamiento. Tres jeeps con policía militar norteamericana armada escoltan a un automóvil norteamericano a Berlín Este en el punto fronterizo de Friedrichstrasse. (UPI/Archivo Nacional de EEUU)



58. Uno de los varios tanques norteamericanos que llegaron a Checkpoint Charlie.
(USIS/Archivo Nacional de EEUU)



59. Tanques soviéticos vistos desde la perspectiva del piloto de uno de los tanques norteamericanos.
(*dpa/Archivo Nacional de EEUU*)



60. Espectadores alineados en Friedrichstrasse. (*Cuerpo de señales del Ejército de EEUU/Archivo Nacional de EEUU*)



61. Los tanques norteamericanos, en primer plano, ante los tanques soviéticos en Checkpoint Charlie. (AP Photo)



62. Agosto de 1962. Un año después del cierre fronterizo, Peter Fechter, de dieciocho años, recibe un disparo por la espalda de la policía fronteriza de la Alemania del Este y se desangra en el suelo durante más de una hora antes de que su cadáver sea retirado. El incidente provoca una oleada de protestas en Berlín Oeste. *(UPI/Archivo Nacional de EEUU)*



63. 27 de junio de 1963. Kennedy, Brandt y Adenauer saludan desde un descapotable al medio millón de berlineses, de camino al que sería un discurso histórico por parte del presidente norteamericano. (*Cuerpo de señales del Ejército de EEUU/Archivo Nacional de EEUU*)



64. «Ich bin ein Berliner.» (Robert Knudsen/Biblioteca JFK)

Notas

Fuentes

Los hechos, las citas y las reconstrucciones de reuniones y episodios cruciales que se incluyen en este texto están basados en fuentes múltiples y variadas, escritas en inglés, alemán y ruso. Éstas incluyen documentos desclasificados, colecciones manuscritas, historias orales, entrevistas, memorias, diarios, grabaciones y artículos de prensa de la época. He incorporado todas las fuentes relevantes en las notas y en la bibliografía. Algunos de estos materiales no estaban disponibles (o simplemente no fueron utilizados) cuando cronistas anteriores realizaron sus trabajos, lo que me ha permitido una interpretación más precisa y completa de los hechos. Muchos documentos potencialmente importantes siguen estando clasificados o no disponibles, de modo que el relato de esta historia se completará aún más con el tiempo. Entonces, tanto yo como otros escritores estaremos en condiciones de ampliar lo relatado en estas páginas. Por mi parte, incluiré cualquier nueva información que surja en las páginas web berlin1961.com y fredkempe.com.

Para mejorar la legibilidad, he añadido artículos y otros conectores y preposiciones en mis citas de telegramas del Departamento de Estado y otros organismos gubernamentales; originalmente, éstos fueron omitidos en aras de la brevedad. También me he tomado la libertad de utilizar como citas directas las citas de dichos telegramas cuando era evidente que éstos se referían a las palabras específicas de una persona. En algunos casos (las informaciones sobre las reuniones entre Robert Kennedy y Georgi Bolshakov son un buen ejemplo) he tenido que basarme en información parcial que dejaba muchos interrogantes abiertos. En dichos casos he echado mano del sentido común, al tiempo que citaba las fuentes incluidas en las notas finales.

Lista de abreviaturas

(En la bibliografía se incluyen citas y lugares completos.)

AVP-RF: Arjiv Vneshnei Politiki Russkoi Federatsii (Archivos del Ministerio de Asuntos

Exteriores de la Federación Rusa)

BstU: Behörde der Bundesbeauftragten für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der Ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik (Oficina del Comisionado Federal de Documentos del Servicio Secreto de la Antigua República Democrática Alemana)

CWIHP: Cold War International History Project (Proyecto Histórico Internacional de la guerra fría)

DDEL: Dwight D. Eisenhower Presidential Library (Biblioteca Presidencial Dwight D. Eisenhower)

DNSA: Digital National Security Archive (Archivo Digital de Seguridad Nacional)

FRUS: Foreign Relations of the United States (U. S. Department of State, Office of the Historian) - Asuntos Exteriores de Estados Unidos (Departamento de Estado de EEUU, Oficina del Historiador)

GRU: Archivo de la Administración de Inteligencia Principal del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa

HSTL: Harry S. Truman Presidential Library (Biblioteca Presidencial Harry S. Truman)

JFKL: John F. Kennedy Presidential Library (Biblioteca Presidencial John F. Kennedy)

MfS: Ministeriums für Staatssicherheit (Ministerio de Seguridad Estatal)

OH: Oral History (Fuentes Orales)

RGANI: Rossiiskii Gosudarstvennyi Arjiv Noveishei Istorii (Archivo de Estado Ruso de Historia Contemporánea)

SAPMO-BArch: Stiftung Archive der Parteien und Massenorganisationen im Bundesarchiv (Institución de Archivos de Partidos y Organizaciones Populares del Archivo Federal)

SED Archives, IfGA, ZPA: Sozialistische Einheitspartei Deutschland Archives, Institut für Geschichte der Arbeiterbewegung, Zentrales Parteiarchiv (Archivos del Partido Socialista Unificado de Alemania, SED, Instituto de Historia del Movimiento Obrero, Archivo Central del partido)

TsK KPSS: Materiales desclasificados de los Plenarios del Comité Central del PCUS

TsKhSD: Tsentr Jraneniia Sovremmenoi Dokumentatsii (Archivo del Comité Central Soviético)

TsAmo: Tsentral'nyi derzhavnyi arjiv hromads' kyj ob'ednan' Ukrainy (Archivo Central del Ministerio de Defensa, Podalsk, Federación Rusa)

ZAIG: Zentrale Auswertungs und Informationsgruppe Hauptverwaltung Aufklärung des Ministeriums für Staatssicherheit der DDR (Grupo Central de Análisis e Información de la Administración Central de Propaganda del Ministerio de Seguridad Estatal de la RDA)

Prólogo

«*Berlín fue el peor momento de la guerra fría*»: Entrevista con el Profesor William Kaufmann, 30/08/1996, Archivo de Seguridad Nacional, Universidad George Washington.

Introducción

«*Quien tenga Berlín*»: Antony Beevor, *Berlin: The Downfall 1945*. Nueva York: Viking, 2002, 139; citando el Archivo del Ministerio de Defensa (TsAmo) 233/2356/5804, 320-321.

«*Berlín es el lugar más peligroso*»: William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*. Nueva York: W. W. Norton, 2004, 407.

Desafiando la húmeda noche: Archivo de Estado Ruso de Historia Contemporánea (RGANI), 5/30/367, Bl. 179-182, Bericht des Verteidigungsministeriums an das ZK der KPdSU über die Situation in Berlin und in der DDR, 28.10. 1961; Matthias Uhl, *Krieg um Berlin? Die sowjetische Militär-und Sicherheitspolitik in der zweiten Berlin-Krise 1958 bis 1962*. Múnich: Oldenbourg Wissenschaftsverlag, 2008, 146-147.

Informando desde el escenario de los hechos: Daniel Schorr, Colección de textos de Schorr, División de manuscritos, Biblioteca del Congreso, Berlín, 27 de octubre de 1961.

La situación era tan tensa: Entrevista con Adam Kellett-Long, 15 y 16 de octubre de 2008.

«*Es una escena extraña, casi increíble*»: Daniel Schorr, Colección de textos de Schorr, División de manuscritos, Biblioteca del Congreso, Berlín, 27 de octubre de 1961.

Entre la multitud circulaban rumores: Norman Gelb, *The Berlin Wall-Kennedy, Khrushchev, and a Showdown in the Heart of Europe*. Nueva York: Dorset Press, 1986, 256; Entrevista con Vern Pike, 17 de noviembre de 2008; boletines de la RIAS (Radio in the American Sector) del 25 al 28 de octubre de 1961; recuperados de Chronik-der-Mauer.de.

Clay, que había comandado el Puente aéreo: Andrei Cherny, *The Candy Bombers: The Untold Story of the Berlin Airlift and America's Finest Hour*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 2008, 253; Departamento de Estado de EEUU, Oficina del Historiador, Asuntos Exteriores de EEUU (FRUS), 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 186, Telegrama de la misión en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 23 de octubre de 1961, 14.00; Curtis Cate, *The Ides of August: The Berlin Wall Crisis-1961*. Nueva York: M. Evans, 1978, 477.

Convencido por propia experiencia: William R. Smyser, «Tanks at Checkpoint Charlie», *The Atlantic Times*, octubre de 2005: <http://www.atlantic-times.com/>

[archive_detail.php?recordID=319](#); NYT, 24/10/1961; Cate, *The Ides of August*, 479.

Desde entonces, los comunistas habían reforzado: Gelb, *The Berlin Wall*, 3. Winston Churchill, «“Iron Curtain” Speech», Westminster College, Fulton, Missouri, 5 de marzo de 1946; citado en Katherine A. S. Sibley, *The Cold War*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1998, 136-137.

la demostración de fuerza de los tanques ante Checkpoint Charlie: boletines de la RIAS, del 25 al 28 de octubre de 1961; Raymond L. Garthoff, «Berlin 1961: The Record Corrected», *Foreign Policy*, núm. 84 (otoño de 1991), 142-156.

El corresponsal de la agencia Reuters Adam Kellett-Long: Entrevista con Adam Kellett-Long, 15 y 16 de octubre de 2008.

llamaron al general Clay a su sala de mapas: Biblioteca presidencial John F. Kennedy (JFKL), *Lucius D. Clay OH*.

«Hola, señor presidente», dijo Clay: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 195, 196; Cate, *The Ides of August*, 485-486.

Entre la creación del estado de la Alemania del Este: Estadísticas sobre el Muro de Berlín (Der Polizeipräsident von Berlin), [chronik-der-mauer.de](#).

1. Jrushchov: Un comunista en apuros

«Tenemos treinta cabezas nucleares»: Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev 1960-1963*. Nueva York: HarperCollins, 1991, 52; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 449.

«Por muy bueno que fuera»: *Pravda*, núm. 2 (15492), 2 de febrero de 1961.

Dentro del país, Jrushchov debía: Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary*. Nueva York: W. W. Norton, 2006, 343-344.

A Jrushchov le gustaba decir: Dean Rusk, *As I Saw It: A Secretary of State's Memoirs*. Londres: I. B. Tauris, 1991, 227.

La creciente capacidad de Jrushchov: Bryant Wedge, «Khrushchev at a Distance: A Study of Public Personality», *Society (Social Science and Modern Society)*, 5, núm. 10 (octubre de 1968), 24-28.

Otro perfil de personalidad secreto: CIA, Office of Current Intelligence (OCI), núm. 2391-61, copia núm. 22.

Durante la campaña, las instrucciones: Arkady N. Shevchenko, *Breaking with Moscow*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985, 108-109.

Mientras la cuenta atrás: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 106-107.

A pesar de que se conservaba aún vigorosamente joven: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 16; Beschloss, *The Crisis Years*, 47; Taubman, *Khrushchev*:

- The Man and His Era*, 39, 191; Marshall MacDuffie, *The Red Carpet: 10,000 Miles Through Russia on a Visa from Khrushchev*. Nueva York: W. W. Norton, 1955, 202; Michael R. Beschloss, *Mayday: The U-2 Affair: The Untold Story of the Greatest US-USSR Spy Scandal*. Nueva York: Harper & Row, 1986, 163-164, 199.
- Reconoció muchas caras*: MacDuffie, *Red Carpet*, 198.
- Teniendo en cuenta sus objetivos*: Beschloss, *The Crisis Years*, 50-52.
- «*Consideramos que el sistema socialista*»: *Pravda*, núm. 2 (15492), 2 de febrero de 1961.
- La Segunda Guerra Mundial*: Sidney Pollard, *The International Economy Since 1945*. Nueva York: Routledge, 1997, 2; Leon Clark, *The Beginnings of the Cold War-Civilizations Past and Present the Bipolar «North», 1945-1991*, disponible en http://history-world.org/beginnings_of_the_cold_war.htm: «*The Elusive Peace-Soviet And American Spheres*», Introducción.
- A todo ello había que sumarle*: William H. Chamberlin, «Khrushchev's War with Stalin's Ghosts», *Russian Review*, 21, núm. 1 (enero de 1962), 3-10.
- Jrushchov culpaba a Stalin*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 332; Nikita S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergeevicha Jrushchova», *Voprosy Istorii*, núm. 2 (1995), 76.
- Kroll había nacido*: Hans Kroll, *Lebenserinnerungen eines Botschafters*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 1967, 15-17; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 205-206.
- el «lobby Ulbricht»*: Eberhard Schulz, Hans-Adolf Jacobsen, Gert Leptin, y Ulrich Scheuner, *GDR Foreign Policy*. Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1982, 197.
- El único consuelo de Marta Hillers*: Anónima. *Una mujer en Berlín*, traducción de Jorge Seca. Barcelona: Anagrama, 2005; Jens Bisky, «Kleine Fussnote zum Untergang des Abendlandes.» *Süddeutsche Zeitung*, 10/06/2003, 10.
- Publicado por primera vez*: Ilko-Sascha Kowalczuk y Stefan Wolle, *Roter Stern über Deutschland: Sowjetische Truppen in der DDR*. Berlín: Christoph Links, 2010, 38.
- Una de esas críticas*: Maria Sack, «Schlechter Dienst an der Berlinerin / Bestseller im Ausland-Ein Verfälschender Sonderfall», *Tagesspiegel*, 06/12/1959, 35.
- La relación entre la Alemania del Este*: Kowalczuk y Wolle, *Roter Stern über Deutschland*, 105.
- La lástima que los alemanes*: Silke Satjukow, *Besatzer: «Die Russen» in Deutschland 1945-1994*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2008, 41, 43.
- La última fuga*: «Vopo feuert auf Sowjet-Soldaten-Sie wollten in den Westen», *Bild-Zeitung*, 01/04/1958; «Sowjets jagen Deserteure», *Abendzeitung* (Múnich), 03/01/1958.
- Ese temor creció*: Jan Foitzik, *Berichte des Hohen Kommissars der UdSSR in Deutschland aus den Jahren 1953/1954*, en *Machtstrukturen und*

Entscheidungsmechanismen im SED Staat und die Frage der Verantwortung (Materialien der Enquete-Kommission «Aufarbeitung von Geschichte und Folgen der SED-Diktatur in Deutschland», Band II, 2), Baden-Baden, 1995, 1361.

2. *Jrushchov: El estallido de la Crisis de Berlín*

«*Berlín Oeste se ha convertido*»: *The Current Digest of the Soviet Press*, 10, núms. 40-52 (1958), 17.

«*El próximo presidente deberá enfrentarse*»: Libertad de Comunicación: Informe final del Comité de Comercio, Senado de EEUU, Parte III: *The Joint Appearances of Senador John F. Kennedy and Vice President Richard M. Nixon and Other 1960 Campaign Presentations*. 87.º Congreso, 1.ª Sesión, Informe del Senado núm. 994, Parte 3. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1961.

De pie en el centro: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 396; Nikita S. Jrushchov, *For Victory in Peaceful Competition with Capitalism*. Nueva York: E. P. Dutton, 1960, 38.

«*Es evidente que ha llegado el momento*»: Departamento de Estado de EEUU, Documentos sobre Alemania 1944-1985, Oficina del Historiador, *Khrushchev Address, November 10, 1958*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1985, 542-546.

Los polacos no fueron los únicos sorprendidos: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 195-211; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 396-403.

Jrushchov le explicó a Gomulka: «New Evidence on the Berlin Crisis 1958-1962», «Minutes from the Discussion between the Delegation of the People's Republic of Poland and the Government of the USSR» (25 de octubre - 10 de noviembre de 1958), *Cold War International History Project Bulletin* (CWIHP-B), Centro Internacional Woodrow Wilson para Especialistas, núm. 11 (1998); extraído de Douglas Selvage, *Khrushchev's November 1958 Berlin Ultimatum: New Evidence from the Polish Archives*, 200-203, www.wilsoncenter.org; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 207-209.

«*Ahora el equilibrio de fuerzas*»: CWIHP-B, núm. 11 (1998), en Selvage, *Khrushchev's November 1958 Berlin Ultimatum*, 202; Matthias Uhl y Vladimir I. Ivkin, «“Operation Atom”: The Soviet Union's Stationing of Nuclear Missiles in the German Democratic Republic, 1959», CWIHP-B, núm. 12/13 (2001), 299-307.

Lo que sí le contó a su público polaco: CWIHP-B, núm. 11 (1998), en Selvage, *Khrushchev's November 1958 Berlin Ultimatum*, 200-201; Nikita S. Jrushchov, *For Victory in Peaceful Competition with Capitalism*, 738.

también había reducido: Matthew Evangelista, «“Why Keep Such an Army?” Khrushchev's

- Troop Reductions», CWIHP Documento de trabajo núm. 19, Washington, D.C.: diciembre de 1997, 4-5; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 379.
- El segundo motivo que había empujado*: Robert Service, *Comrades! A History of World Communism*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2007, 314; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 148.
- El tercer elemento que había motivado*: Service, *Comrades!*, 310; Nikita S. Jrushchov, «Khrushchev Remembers, Part III: The Death of Stalin, the Menace of Beria», *Life*, 11 de diciembre de 1970, 54-72.
- En aquella época, Jrushchov*: Hope M. Harrison, *Driving the Soviets up the Wall-Soviet-East German Relations. 1953-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003, 27; Mark Kramer, «The Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe: Internal-External Linkages in Soviet Policy Making (Part 1)», *Journal of Cold War Studies*, 1, núms. 1-3 (1999), 12-28.
- En marzo de 1953 abandonaron*: Bundesministerium für Gesamtdeutsche Fragen (BMG), ed., *Die Flucht aus der Sowjetzone und die Sperrmassnahmen des Kommunistischen Regimes vom 13. August 1961 in Berlin*, 1961; Helge Heidemeyer, *Flucht und Zuwanderung aus der SBZ/DDR 1945/1949-1961, Die Flüchtlingspolitik der Bundesrepublik Deutschland bis zum Bau der Berliner Mauer*. Düsseldorf: Droste, 1994, 338.
- «Lo que necesitamos es una Alemania pacífica»*: Feliks Chuev, *Sto sorok beseds Molotovym*. Moscú: Terra, 1991, 332-334; *Izvestia*, 23/12/2003.
- Beria quería negociar el cobro*: Vladislav M. Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1996, 159-160; Andrei Gromyko, *Memories*. Londres: Hutchinson, 1989, 316.
- La dirección colectiva que había sucedido*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 24; «Memorandum, V. Chuikov, P. Iudin, L. Il'ichev to G. M. Malenkov, 18 May 1953, Secret», extraído de Christian F. Ostermann, «“This Is Not a Politburo, but a Madhouse”-The Post-Stalin Succession Struggle, Soviet *Deutschlandpolitik* and the SED: New Evidence from Russian, German, and Hungarian Archives», CWIHP-B, núm. 10 (1998), 74-78.
- En el plenario del partido*: «Postanovlenie plenuma TsK KPSS o prestupnykh antipartiinykh i antigosudarstvennykh deistviakh Beriia», en «Delo Beriia», Plenum TsK KPSS Iiuli 1953 goda, Stenografi cheskii Otchet, 203, 304.
- Durante los primeros días tras el discurso*: FRUS, 1958-1960, vol. VIII, Berlin Crisis, 1958-1959, telegramas de Thompson a Washington el 11 y el 14 de noviembre de 1958, 47-48, 62; y conversación telefónica entre Eisenhower y Herter del 28 de noviembre de 1958, 114.
- «Berlín Oeste se ha convertido»*: Oleg Grinevskii, «Berlinskii krizis 1958-1959»,

- Zvezda*, núm. 2 (1996), 127.
- Al hijo de Jrushchov, Sergéi*: Sergéi N. Jrushchov, *Nikita S. Khrushchev: Krizisy i Rakety. Vzgliad Iznutri*. Moscú: Novosti, vol. 1, 1994, 416.
- Respondiendo a unas dudas similares*: Oleg Troyanovsky, *Cherez godi i rasstoiania: Istoriia Odnoi Semyi*. Moscú: Vagrius, 1997, 211-213.
- Con una nota enviada apenas*: Hubert Horatio Humphrey Papers. Archivos de viaje, en ruso, Archivos del Senado, 1949-1964, caja 703, Minnesota Historical Society, Minneapolis, MN; FRUS, 1958-1960, vol. VIII, Berlin Crisis, 1958-1959, 149-153; JFKL, Memorando de conversación (Memcon) entre el senador Humphrey y el secretario de estado en funciones Christian Herter, 8 de diciembre de 1958, caja 126; Hubert H. Humphrey, «Eight Hours with Khrushchev», *Life*, 12 de enero de 1959, 80-91.
- Para exhibir sus conocimientos*: FRUS, 1958-1960, vol. VIII, Berlin Crisis, 1958-1959, 149-153.
- «un hombre que, partiendo de»: Humphrey, «Eight Hours with Khrushchev», 82.
- Al día siguiente, comentando los particulares*: Citado en los Archivos Centrales del Departamento de Estado, 762.00/12-358.
- Eisenhower respondió al ultimátum*: Christian Bremen, *Die Eisenhower-Administration und die zweite Berlin-Krise 1958-1961*. Veröffentlichungen der Historischen Kommission zu Berlin, Bd. 95, Berlín y Nueva York: de Gruyter, 1998, 383-386.
- Jrushchov se jactó de ello*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 416, citando a Sergéi N. Jrushchov, *Krizisy i Rakety*, 442-443; Troyanovsky, *Cherez godi*, 218.
- Por ese motivo, las consideraciones*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 421; Nikita S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergeevicha Jrushchova», *Voprosy Istorii*, núm. 4 (1993), 36.
- «los capitalistas nunca desperdiciaban»: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*. Boston: Little, Brown, 1974, 372.
- Haciendo caso omiso de los consejos*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 372. Sergéi N. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*. University Park: Pennsylvania State University Press, 2000, 328-330; Fred Kaplan, *1959: The Year Everything Changed*. Hoboken, Nueva Jersey: John Wiley & Sons, 2009, 107.
- «Nos habíamos transformado de una Rusia»: Nikita S. Jrushchov, «Memuary Nikity Sergeevicha Jrushchova», *Voprosy Istorii*, núm. 4 (1993), 38-39.
- Para alivio y deleite de Jrushchov*: Morton Schwartz, *The Foreign Policy of the USSR: Domestic Factors*. Encino, California: Dickenson, 1975, 89; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 377.
- «no contemplamos emprender»: JFKL, Memcon, USSR-Vienna Meeting, Background Documents, 1953-1961, 15 de septiembre de 1959, caja 126.

Por su parte, Eisenhower admitió: Jean Edward Smith, *The Defense of Berlin*. Baltimore: Johns Hopkins Press, 1963, 212; Gelb, *The Berlin Wall*, 43.

El viaje estuvo a punto de terminar: *Los Angeles Times*, 20 de septiembre de 1959, 1.

El culminante encuentro en Camp David: FRUS, 1958-1960, vol. IX, Berlin Crisis, 1959-1960, 35-53; vol. X, Part I, Eastern Europe, Soviet Union, Cyprus, Doc. 129-136 (132), 459-485; Beschloss, *Mayday*, 206-215.

A la mañana siguiente, Jrushchov accedió: Fursenko, *Khrushchev's Cold War*, 238; JFKL, reuniones entre Eisenhower y Jrushchov, 26 y 27 de septiembre de 1959. USSR-Vienna Meeting, Background Documents 1953-1961, caja 4, National Archives and Records Administration (NARA).

Inicialmente, Jrushchov celebró el incidente: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 365-367.

Años más tarde, Jrushchov le confesó: Dr. A. McGhee Harvey, «A Conversation with Khrushchev: The Beginning of His Fall from Power», *Life*, 18 de diciembre de 1970, 48B.

Pero Eisenhower desacreditó la tapadera: FRUS, 1958-1960, vol. X, Part I, Eastern Europe Region, Soviet Union, Cyprus, Doc. 82, Memorando de la conferencia con el presidente Eisenhower, 8 de julio de 1959.

En la que terminaría siendo la única sesión: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 465, 495, citas *Pravda*, 19 de mayo de 1960; Beschloss, *Mayday*, 299; A. Merriman Smith, *A President's Odyssey*. Nueva York: Harper, 1961, 199; Thomas P. Whitney, ed., *Khrushchev Speaks-Selected Speeches, Articles, and Press Conferences, 1949-1961*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1963, 389-390.

giraba en torno a la triste historia: Stanislaw Gaevsk, «Kak Nikita Sergeyeovich vstrech v verkhak sorval», *Kievski Novosi*, núm. 1 (1993).

Pero a pesar de todo el teatro, Jrushchov: Beschloss, *Mayday*, 305; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 282; Beschloss, *Crisis Years*, 31-32.

Ante la sorpresa de los diplomáticos estadounidenses: *Pravda*, 21 de mayo de 1960, 1-2; «Text of the Address by Khrushchev in East Berlin», *New York Times*, 20/05/1960; «Mr. K. Quiet in East Berlin», *Christian Science Monitor*, 20 de mayo de 1960; «Back Home in Berlin, Mr. K. Smiles Again», *New York Times*, 20/05/1960.

En lugar de llegar a EEUU: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 472; Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 408-409; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 463.

Cuando uno de los marineros soviéticos: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 474; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 467.

«En fin, otra jugarreta»: Shevchenko, *Breaking with Moscow*, 105-106.

Lo único que permitió salvar: Shevchenko, *Breaking with Moscow*, 96-101; Martin Ebon, *The Andropov File: The Life and Ideas of Yuri V. Andropov, General Secretary of the*

- Communist Party of the Soviet Union*. Nueva York: McGraw-Hill, 1983, 26; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 474.
- Pero nada de todo eso logró*: Aleksei I. Adzhubei, *Krushenie illiuzii*. Moscú: Interbuk, 1991, 235; Nikolai Zakharov, «Kak Khrushchev Ameriku Pokarial», en *Argumenty i Fakty*, núm. 52 (2004), 12; Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 471.
- El 26 de septiembre, sólo una semana*: *New York Times*, 26/09/1960.
- Jrushchov estaba decidido a utilizar*: Robert Divine, *Blowing on the Wind: The Nuclear Test Ban Debate, 1954-1960*. Nueva York: Oxford University Press, 1978, 100; Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: The President*, vol. 2. Nueva York: Simon & Schuster, 1984, 349-350; Biblioteca presidencial Dwight D. Eisenhower (DDEL). Eisenhower-Bulganin, 21/10/1956.
- En público, Jrushchov contestaba con evasivas*: Shevchenko, *Breaking with Moscow*, 108.
- Entre bastidores, sin embargo*: John Bartlow Martin, *Adlai Stevenson and the World: The Life of Adlai E. Stevenson*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1977, 471-475.
- Stevenson respondió que no esperaba*: Documentos de Adlai E. Stevenson. Memorando (Memo) 16/01/1960: Conversación con Tucker; Martin, *Adlai Stevenson*, 471-475.
- El republicano Henry Cabot Lodge Jr.*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 489-490.
- En otoño, la administración Eisenhower*: Beschloss, *Crisis Years*, 35; DDEL, Lodge-Christian Herter, 02/09/1960; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 489-491; Documentos de Richard Nixon, nota telefónica de Nixon 27/02/1960.
- «Creíamos que las esperanzas de mejorar»*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 489.
- Aunque a lo largo de la campaña electoral*: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 340; Archivo del Comité Central Soviético (TsKhSD), Gromyko a N. S. Jrushchov, 3 de agosto de 1960, folio 5, lista 30, archivo 335, 92-108; reproducido en CWIHP-B, núm. 4 (1994), 65-67.
- Los candidatos continuaron brindando sus atenciones*: *New York Times*, 27/09/1960.
- Kennedy predijo que el próximo presidente*: *New York Times*, 07/10/1960.
- Sin embargo, el tema era más difícil*: *Washington Post*, 08/10/1960.
- Durante su tercer debate*: JFKL, «Face-to-Face, Nixon-Kennedy» Vice President Richard M. Nixon and Senator John F. Kennedy Third Joint Television-Radio Broadcast, 13 de octubre, 1960; The American Presidency Project: <http://www.presidency.ucsb.edu>; Smith, *The Defense of Berlin*, 229.
- Entre bastidores, sin embargo*: Donald S. Zagoria, *The Sino-Soviet Conflict 1956-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press 1962, 245-251; Nikita S.

- Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 254-255.
- La embajada soviética en Pekín*: Vladislav M. Zubok, «Khrushchev and the Berlin Crisis (1958-1962)» CWIHP Documento de trabajo núm. 6, mayo de 1993, 17.
- Mao era contrario a la política de Jrushchov*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*. Boston: Little, Brown, 1970, 461-479; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 245-248.
- «Imagine», *le dijo*: Beschloss, *Crisis Years*, 42.
- Mao había sorprendido a Jrushchov*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 254-255; Nikita S. Jrushchov, *Memoirs of Nikita Khrushchev*, ed. Sergéi Jrushchov. University Park: Pennsylvania State University, 2004-2007, vol. 3, 458.
- «Comprendieron perfectamente las implicaciones»: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 471.
- Durante ese mismo viaje*: Zhisui Li y Anne F. Thurston, eds., *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*. Nueva York, 1994, 261; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 391-392.
- «El intérprete traducía»: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 391-392; Sergéi N. Jrushchov, *Memoirs of Nikita Khrushchev*, vol. 3, 458; Mikhail Romm, *Ustnye rasskazy*. Moscú: Kinotsentr, 1991, 154.
- Dos días antes de la reunión*: Edward Crankshaw, *The New Cold War: Moscow v. Pekin*. Harmondsworth, Inglaterra, y Baltimore: Penguin Books, 1963/1970, 97-105; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 470.
- Con la ausencia de Mao*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 471; Crankshaw, *New Cold War*, 107.
- «Antes de un mes»: Carta del Comité Central del Partido Comunista Chino del 29 de febrero de 1964 al Comité Central Soviético, citado en John Gittings, ed., *Survey of the Sino-Soviet Dispute: A Commentary and Extracts from Recent Polemics, 1963-1967*. Londres y Nueva York: Royal Institute of International Affairs, 1968, 130-131, 139; Jung Chang y Jon Halliday, *Mao: The Unknown Story*. Nueva York: Alfred A. Knopf/Doubleday, 2005, 456.
- Jrushchov tildó a Mao*: Beschloss, *Crisis Years*, 42-43; Beschloss, *Mayday*, 323-325; Chang, *Mao*, 456; David Floyd, *Mao Against Khrushchev-A Short History of the Sino-Soviet Conflict*. Nueva York: Praeger, 1964, 280; *New York Times*, 02/12/1960; *New York Times*, 12/02/1961.
- Deng atacó el discurso del líder*: Crankshaw, *New Cold War*, 131-133; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 475-477.
- Según el intérprete de Mao, Yan Mingfu*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 472.
- Ulbricht estaba sentado en su silla*: Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de la

- Federación Rusa (AVP-RF), Acta de la reunión entre el camarada N. S. Jrushchov y el camarada W. Ulbricht, 30 de noviembre de 1960, fond 0742, opis 6, por 4, papka 43, secreto, en Hope Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”»: New Archival Evidence on the Dynamics of Soviet-East German Relations and the Berlin Crisis, 1958-61», CWIHP Documento de trabajo núm. 5, mayo de 1993, 68-78, Documentos, Apéndices.
- El embajador soviético en el Berlín Este*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 147: TsKhSD, Pervujin, «Otchet o rabote Posol'stva SSR. V GDR za 1960 god», 15.12.60, R, 8948, Fond 5, opis 49, D. 287, 85; AVP-RF, Informe de Pervujin a Gromyko, 19 de octubre de 1960, «K voprosu o razyryve zapadnoi Germaniei soglasheniia o vnutrigermanskoi gorgovle s GDR», Fond 5, Papka 40, D. 40, 3.
- Un segundo secretario*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 149: TsKhSD, «Zapis' besedy s sekretarem Berlinskogo okruzhkoma SEPG G. Naemliisom», 17 de octubre de 1960, del diario de A. P. Kazennov, segundo secretario de la embajada de la URSS en la RDA, 24 de octubre de 1960, R. 8948, Fond 5, opis 49, D. 288, 5; Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 147.
- Ulbricht había creado un nuevo Consejo Nacional*: Armin Wagner, *Walter Ulbricht und die geheime Sicherheitspolitik der SED: Der Nationale Verteidigungsrat der DDR und Seine Vorgeschichte (1953-1971)*. Berlín: Christoph Links, 2002, 189; Matthias Uhl y Armin Wagner, «Another Brick in the Wall: Reexamining Soviet and East German Policy During the 1961 Berlin Crisis: New Evidence, New Documents», Documento de trabajo del CWIHP, publicado como «Storming On to Paris: The 1961 “Buria” Exercise and the Planned Solution of the Berlin Crisis», en Vojtech Mastny, Sven G. Holtzmark, y Andreas Wenger, eds., *War Plans and Alliances in the Cold War: Threat Perceptions in the East and West*. Nueva York: Routledge, 2006, 46-71; Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 149.
- En su carta más reciente*: Stiftung Archive der Parteien und Massenorganisationen im Bundesarchiv (SAPMO-BArch), Carta de Ulbricht y la delegación del SED en Moscú al Primer Secretario del CC del PCUS, Camarada Jrushchov, Moscú, 22 de noviembre de 1960, ZPA, DY, 30/J IV 2/202/336, Bd. 2, 1;11.
- Jrushchov le aseguró a un escéptico Ulbricht*: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 340-341.
- Aunque Ulbricht continuaba sin fiarse*: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 341; Carta de Ulbricht a Jrushchov, 15 de septiembre de 1961. Archivos del SED, IfGA, ZPA, Archivos del Comité Central, Oficina de Walter Ulbricht, Archivos Internos del partido, J IV 2/202/130, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP núm. 5, 126-130, Apéndices; Carta de Ulbricht y la delegación del CC del SED al 22 Congreso del PCUS en Moscú a Jrushchov, 30 de octubre de 1961, Archivos del SED, IfGA, ZPA, NL 182/1206, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», 132-139.

«*La situación en Berlín*»: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 151.

«*Aún no hemos tomado*»: AVP-RF, Acta de la reunión entre el camarada N. S. Jrushchov y el camarada W. Ulbricht, 30 de noviembre de 1960, fond 0742, opis 6, por 4, papka 43, secreto, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP núm. 5, 69, Apéndices.

«*Por suerte nuestros adversarios*»: AVP-RF, Acta de la reunión entre el camarada N. S. Jrushchov y el camarada W. Ulbricht, 30 de noviembre de 1960, fond 0742, opis 6, por 4, papka 43, secreto, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP núm. 5, 73.

3. *Kennedy: La formación de un presidente*

«*Podemos vivir con el status quo*»: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 342; cita extraída de David G. Coleman, «“The Greatest Issue of All”: Berlin, American National Security, and the Cold War, 1948-1963», disertación no publicada (University of Queensland, 2000), 236-237.

«*Empecemos, pues, de nuevo*»: The National Archives, *Our Documents: 100 Milestone Documents from the National Archives*. Nueva York: Oxford University Press, 2003, 222.

A Eisenhower le preocupaba que Kennedy: Robert Dallek, *An Unfinished Life: John F. Kennedy, 1917-1963*. Boston: Little, Brown, 2003, 302; DDEL, *Earl Mazo OH* (Columbia Oral History Project); Herbert S. Parmet, *JFK-The Presidency of John F. Kennedy*. Nueva York: The Dial Press, 1983, 72; Geoffrey Perret, *Eisenhower*. Nueva York: Random House, 1999, 597.

Eisenhower dudaba mucho de que el joven Kennedy: Michael O'Brien, *John F. Kennedy: A Biography*. Nueva York: St. Martin's Press, 2005, 175-176, 189-190; John Hersey, «Reporter at Large: Survival», *New Yorker*, 17 de junio de 1944.

Aquella mañana fría y nublada: *Washington Post*, 19/01/1961; *New York Times*, 19/01/1961.

Antes de la reunión: JFKL, Documentos de la Oficina Presidencial (POF), Memorando de temas de conversación en la reunión entre el presidente Eisenhower y el senador Kennedy el martes, 19 de enero de 1961, caja 29a.

De hecho, Eisenhower le había dicho: Dallek, *An Unfinished Life*, 303; *New York Times*, 07/12/1960; JFKL, *Robert F. Kennedy OH*; JFKL, *Clark Clifford OH*; O'Brien, *JFK*, 501.

Kennedy, por su parte, había quedado: JFKL, *Robert F. Kennedy OH*; JFKL, *Charles Spalding OH*; Dallek, *An Unfinished Life*, 302.

Al comparar a Eisenhower con Kennedy: JFKL, *Hervé Alphand OH*.

Kennedy estaba perplejo: JFKL, Robert F. Kennedy OH; Arthur M. Schlesinger, *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. Boston: Houghton Mifflin, 1965, 118-119; Gary A. Donaldson. *The First Modern Campaign: Kennedy, Nixon, and the Election of 1960*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2007, 150; O'Brien, JFK, 499; Geoffrey Perret, *Jack: A Life Like No Other*. Nueva York: Random House, 2002, 271-272; JFKL, John Sharon OH.

Además, el nuevo presidente iba a contar con pocos apoyos: *New York Times*, 10/11/1960; Schlesinger, *A Thousand Days*, 125; Perret, *Jack: A life like no other*, 272; Benjamin C. Bradlee, *Conversations with Kennedy*. Nueva York: W. W. Norton, 1975, 33-34; JFKL, Clark Clifford OH.

Durante las reuniones informativas de transición: Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars-Berlin, Cuba, Laos and Vietnam*. Nueva York: Oxford University Press, 2000, 61; O'Brien, JFK, 550, 624, 644, 664.

Sin embargo, los dos equipos: O'Brien, JFK, 509-513, 644.

«*La actual táctica soviética*»: DDEL, *Dwight D. Eisenhower Papers as President of the United States, Presidential Transition Series*, caja 1, Temas sugeridos por el señor Kennedy.

Martin Hillenbrand, el director: JFKL, Martin Hillenbrand OH.

«*Podemos vivir con el status quo*»: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 342; cita extraída de David G. Coleman, «“The Greatest Issue of All”: Berlin, American National Security, and the Cold War, 1948-1963», disertación no publicada (University of Queensland, 2000), 236-237.

En febrero de 1959, Kennedy: *New York Times*, 23/02/1959.

«*Nuestra posición en Europa*»: *Washington Post*, 02/08/1959.

En un artículo publicado por: *New York Times*, 15/06/1960.

El presidente tenía tan sólo 5.000 hombres: Kowalczyk y Wolle, *Roter Stern über Deutschland*, 97; Alan John Day, ed. *Border and Territorial Disputes*. Detroit: Gale Research, 1982, 42.

El documento de la CIA advertía a Kennedy: CIA, *National Intelligence Estimate (NIE) 11-4-60 Main Trends in Soviet Capabilities and Policies, 1960-1965*; reproducido en Loch K. Johnson, *Strategic Intelligence*, vol. 1. Westport, Connecticut: Praeger, 2007, Apéndice E, 257-263 (263).

Así pues, con el asunto de Berlín: O'Brien, JFK, 355, 512, 613-614, 624.

Eisenhower describió Laos como: O'Brien, JFK, 512-513; Mark K. Updegrove, *Second Acts: Presidential Lives and Legacies after the White House*. Guilford, Connecticut: The Lyons Press, 2006, 29.

A Kennedy lo sorprendió la tranquilidad JFKL, POF, JFK Memorando, Correspondencia especial, Greenstein e Immerman, enero de 19 de 1961, caja 29a, 573, 577; POF, Clark Clifford a JFK, Correspondencia especial, 24 de enero de 1961, caja 29a; Robert S.

McNamara, *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*. Nueva York: Vintage Books, 1996, 35-36; *Time*, 27/01/1961, 10; Perret, *Eisenhower*, 599-600; DDEL, Memcon, 19 de enero de 1961; Harry S. Truman Library. Memorando, Clark Clifford a LBJ, 29 de noviembre de 1967; DDEL, *Major General Wilton B. Persons OH* (Columbia Oral History Project); Dallek, *An Unfinished Life*, 302-305; Hugh Sidey, *John F. Kennedy, President*. Nueva York: Atheneum, 1964, 37; Parmet, *JFK*, 80.

Eisenhower no hizo ninguna referencia: Freedman, *Kennedy's Wars*, 47-48; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 258.

«*Con el Polaris dispone*»: Perret, *Jack: A Life Like No Other*, 278.

Eisenhower cogió un teléfono especial: Perret, *Jack: A Life Like No Other*, 278. «Kennedy Given Example of Fast Helicopter Service», *Washington Post*, 20/01/1961; *Times Herald*, «The Unusual and the Routine Fill Eisenhower's Final Day at the White House», *New York Times*, 20/01/1961.

Dos tercios de los asistentes: *Christian Science Monitor*, 21/01/1961.

Los cielos se abrieron: Beschloss, *Crisis Years*, 48; Charles C. Kenney, *John F. Kennedy: The Presidential Portfolio: History as told through the collection of the John F. Kennedy Library and Museum*. Nueva York: Public Affairs, 2000; Richard M. Nixon, RN: *The Memoirs of Richard Nixon*. Nueva York: Warner Books, 1979, 23; Theodore C. Sorensen, *Kennedy*. Nueva York: HarperCollins, 1965, 240-242.

Dean Acheson, que había sido el secretario: Beschloss, *Crisis Years*, 19.

El 1 de diciembre de 1960, Kennedy: Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964*. Nueva York: W. W. Norton, 1997, 81-82; JFKL, RFK Archivos Políticos Anteriores a la Administración, 1960 telephone log, caja 54; Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 166-167; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 349-351.

En cambio, la intención de Kennedy: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 81-82, citando el Archivo del Servicio de Inteligencia Exterior. Shelepin a N. S. Jrushchov, 3 de diciembre de 1960.

Unos días más tarde, el 12 de diciembre: Sidey, *JFK*, 39; Beschloss, *Crisis Years*, 32.

El embajador, al que los altos cargos: Beschloss, *Crisis Years*, 32; Documentos de Adlai E. Stevenson, memorando Stevenson: conversación con Tucker, 16 de enero de 1960.

Menshikov le aseguró a Bobby: JFKL, Memorando, Robert F. Kennedy a Rusk, Documentos de Robert F. Kennedy, 12 de diciembre de 1960.

Dos días después de su conversación: Beschloss, *Crisis Years*, 42; JFKL, Harriman Memcon, Documentos de Harriman, 21 de noviembre y 14 de diciembre de 1960.

«*Creo que es importante saber*»: Martin, *Adlai Stevenson*, 571.

Para colmo, el canciller de la Alemania Federal: *Baltimore Sun*, 20/10/1960.

Tras mucho comer y beber: Entrada del diario de David K. E. Bruce, 5 de enero de 1961, Departamento de Estado, Diarios de Bruce, Lote 64, D 327, Secreto; FRUS, 1961-

1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 10.

Tan sólo nueve días antes: George F. Kennan y T. Christopher Jespersen, eds., *Interviews with George F. Kennan*. Jackson: University Press of Mississippi, 2002, 56-57.

Sin embargo, ahora Kennan se oponía: JFKL, *George Kennan OH*.

Durante la campaña, Kennan le había dicho a Kennedy: David Mayers, *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*. Nueva York: Oxford University Press, 1988, 208.

A la pregunta de Kennedy sobre por qué Jrushchov: Kennan y Jespersen, *Interviews with Kennan*, 59.

La primera versión, por ejemplo, decía: Sorensen, *Kennedy*, 242.

Pero tan importante como las palabras: Dallek, *An Unfinished Life*, 176, 317, 322, 342; Documentos de Lincoln, *Evelyn Lincoln Diary*, 2, 4, 11, 16 y 20 de enero de 1961; JFKL, *Janet Travell OH*.

Citando a sus médicos, el artículo aseguraba: *New York Times*, 17/01/1961.

El artículo incluía una lista de sus problemas de salud: *New York Times*, 21/01/1961.

David Murphy, jefe de la base de la CIA: David E. Murphy, Sergéi A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1997, 343-349, 359; Telegrama, Berlín, 4 de enero de 1961, Nota, Berlín, 15 de febrero 1961, CIA-HRP (Programa de Crítica Histórica); «Goleniewski's Work with the Soviets», Memorando, 4 de enero de 1964, CIA-HRP.

Murphy había advertido a los operadores: David C. Martin, *Wilderness of Mirrors: Intrigue, Deception, and the Secrets That Destroyed Two of the Cold War's Most Important Agents*. Guilford, Connecticut: Lyons Press, 2003, 97-98.

La CIA también necesitaba: Martin, *Wilderness of Mirrors*, 91.

4. Kennedy: El primer error

«El gobierno de EEUU»: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 12.

«Cada día la crisis se agrava»: Brian R. Dirck, *The Executive Branch of Federal Government: People, Process, and Politics*. Santa Barbara, CA: ABC-CLIO, 2007, 457-459 (457).

Nikita Jrushchov llamó al embajador estadounidense: Beschloss, *Crisis Years*, 54-55; JFKL, Thompson a Rusk, 21 y 24 de enero de 1961.

A continuación Jrushchov le hizo un gesto: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 9-10, Telegrama de la Embajada de la Unión Soviética al Departamento de Estado, Moscú, 21 de enero de 1961, 16.00 y 19.00.

Jrushchov había calculado a la perfección: Beschloss, *Crisis Years*, 149; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 290, 338; David Knight, *The Spy Who Never Was and*

- Other True Spy Stories*. Nueva York: Doubleday, 1978.
- El noviembre anterior, justo después*: JFKL, Archivos de Seguridad Nacional NSF, Harriman a JFK, 12 y 15 de noviembre de 1960, caja 176; ver también FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 10-11.
- El memorando decía que Jrushchov*: JFKL, POF, Telegrama, Thompson a JFK, 21 de enero de 1961, caja 125a.
- Cuando Kennedy se enteró de la intención*: JFKL, Rusk a Thompson, 23 de enero de 1961; Beschloss, *Crisis Years*, 55, 56; Philip A. Goduti Jr., *Kennedy's Kitchen Cabinet and the Pursuit of Peace: The Shaping of American Foreign Policy, 1961-1963*. Jefferson, NC: McFarland, 2009, 20-21.
- El secretario de estado Dean Rusk*: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 11, Telegrama del Departamento de Estado a la embajada de la Unión Soviética, 23 de enero de 1961, 17.57.
- Entretanto, sin embargo, Jrushchov*: Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*.
- Ansioso por ayudar a Kennedy*: JFKL, POF, Telegrama, Thompson a JFK, 19 de enero de 1961, caja 125a.
- Inicialmente, el presidente había respondido*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 487; JFKL, Memorando, Bundy a JFK, 27 de febrero de 1961.
- Kennedy transmitió una imagen de seguridad y satisfacción*: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 12.
- Sin embargo, en las conversaciones con amigos*: JFKL, JFK a Bundy, 6 de febrero de 1961; JFKL, McNamara a Bundy, 23 de febrero de 1961, caja 328 NSF/NSWTB; Schlesinger, *A Thousand Days*, 303-306, 344, 346-347. Richard Reeves, *President Kennedy: Profile of Power*. Nueva York: Simon & Schuster, 1993, 40-41.
- «Deben comprender el sentido»*: JFKL, *Robert F. Kennedy OH*; Beschloss, *Crisis Years*, 61; Ralph G. Martin, *A Hero of Our Time: An Intimate Story of the Kennedy Years*. Nueva York: Macmillan, 1983, 351; *Saturday Evening Post*, 31/03/1962.
- El texto hablaba del apoyo*: Existe una transcripción del discurso de Jrushchov del 6 de enero en *Pravda*, 24 de enero de 1961; extractos publicados también en *American Foreign Policy, Current Documents*, 1961, 555-558; CIA, *Current Intelligence Weekly Review*, 26 de enero de 1961, Job 79-S01060A; FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 15. JFKL, NSF, caja 176; «Khrushchev Report on Moscow Conference of Representatives of Communist and Working Parties», Documentos del presidente Kennedy: NSF, Países, caja 189.
- Kennedy concluyó erróneamente*: JFKL y DDEL, Thompson-Herter, 19 de enero de 1961; Beschloss, *Crisis Years*, 61.
- El entonces secretario de estado Christian A. Herter le había dicho*: Archivo Digital de Seguridad Nacional (DNSA). Memorando para el Presidente, Christian A. Herter, 9 de diciembre de 1960, Tema: Análisis de la Declaración de Moscú sobre los Partidos

Comunistas.

Kennedy empezó detallando los retos: JFKL, John F. Kennedy, 30 de enero de 1961.

Cuatro días más tarde, y durante una conferencia de prensa en el Pentágono, McNamara: Beschloss, *Crisis Years*, 65-66. Andrew Bacevich, «Field Marshal McNamara», *The National Interest* online, 1 de mayo de 2007.

El 11 de febrero, Jrushchov regresó: Beschloss, *Crisis Years*, 78-79; Alexander Rabinowitch, ed., *Revolution and Politics in Russia: Essays in Memory of B. I. Nicolaevsky*. Bloomington: Indiana University Press, 1972, 281-292.

Doce días después de pronunciar su discurso: JFKL, NSF, Discurso de N. S. Jrushchov, Telegramas de Thompson, Promoción de la reunión del 11/02/1961 y Preparación para el viaje de Thompson a Moscú, caja 176.

Aquella reunión, tan largamente esperada: Sidey, *JFK*, 164; Sorensen, *Kennedy*, 164, 542; JFKL, NSF, *Notes on Discussion*, 11 de febrero de 1961, Series Países, URSS, Top Secret, «*The Thinking of the Soviet Leadership*», Sala del Gabinete; borrador de Bundy.

A sus cincuenta y seis años, Thompson: David Mayers, «After Stalin: The Ambassadors and America's Soviet Policy, 1953-1962», *Diplomacy and Statecraft*, 5, núm. 2 (julio de 1994), 213-247; David Mayers, *The Ambassadors and America's Soviet Policy*. Nueva York: Oxford University Press, 1995, 201.

En ese sentido, estaba de acuerdo con Jrushchov: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 399.

«Hemos rechazado todas las propuestas»: DNSA, Relación del problema de Berlín con el futuro de Alemania y las relaciones generales con la Unión Soviética, secreto, telegrama, 1773, 9 de marzo de 1959.

«Es el más pragmático de todos»: JFKL, Memcon, 11 de febrero de 1961; JFKL, Kennan, Bohlen, Thompson *OH*; JFKL, Thompson-DFR, 13 de febrero de 1961, caja 176, Documentos de telegramas de Thompson; Beschloss, *Crisis Years*, 69.

En referencia a los opositores de Jrushchov: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 20.

En cuanto a Berlín, Thompson afirmó: JFKL, Thompson-Rusk, 4 de febrero de 1961, también en Documentos desclasificados, 1977/74B; Marc Trachtenberg, *History and Strategy*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991, 172.

Thompson aseguraba también que las decisiones: JFKL, Thompson-Rusk, 4 de febrero de 1961, también en Documentos desclasificados, 1977/74B; Beschloss, *Crisis Years*, 175.

Walter Dowling, el embajador de EEUU: Departamento de Estado, Telegrama 1.218 desde Bonn, Archivos Centrales, 762.00/2-861, también en Documentos desclasificados, 1977/74C.

«Estoy convencido de que nos equivocaremos»: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión

Soviética, Doc. 20.

La reunión del 11 de febrero: JFKL, *Charles Bohlen OH*, 21 de mayo de 1964; FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 26, Notas sobre la discusión, borrador de Bundy, «The Thinking of the Soviet Leadership», Sala del Gabinete, 11 de febrero de 1961; Dallek, *An Unfinished Life*, 342, 546.

Los hombres que tenía ante sí diferían: Beschloss, *Crisis Years*, 68-70; JFKL, Memcon, 11 de febrero de 1961; JFKL, *Kennan, Bohlen, Thompson OHs*; JFKL, Thompson-DFR, 13 de febrero de 1961; *New York Times*, 10/02/1961, 12/02/1961, 19/02/1961; Schlesinger, *A Thousand Days*, 303-306; Sorensen, *Kennedy*, 510, 541-542.

Según Thompson, la «esperanza de futuro»: JFKL, NSF, Notas sobre la Discusión, 11 de febrero de 1961, Series Países, URSS, Top Secret, «The Thinking of the Soviet Leadership», Sala del Gabinete; borrador de Bundy; FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 26.

Bohlen se oponía a la sugerencia de Jrushchov: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 26.

Tal como le dijo a su asesor: Kenneth P. O'Donnell y David F. Powers, con Joe McCarthy, «Johnny, We Hardly Knew Ye»: *Memories of John Fitzgerald Kennedy*. Boston: Little, Brown, 1972, 286.

Por otro lado, el resto de países: Sidey, *JFK*, 164.

«Mi obligación es tomar decisiones»: Sorensen, *Kennedy*, 542-543.

El 27 de febrero, Bundy solicitó: DNSA, *Crisis over Berlin*, 27 de febrero de 1961, vol. 7.

Sin embargo, cuando Thompson llamó al ministro: Beschloss, *Crisis Years*, 80.

Al día siguiente, Jrushchov pronunció en Sverdlovsk: *New York Times*, 07/03/1961.

5. Ulbricht y Adenauer: Alianzas inestables

«Independientemente del resultado electoral»: John F. Kennedy, «A Democrat Looks at Foreign Policy», *Foreign Affairs*, 36, núm. 1 (octubre de 1957), 49.

«Berlín Oeste está experimentando un boom»: SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/2/743. «Stichwort Protokoll der Beratung des Politbüros am 4. Januar 1961 über “Die Gegenwärtige Lage und die Hauptaufgaben 1961”», Politbüro, «Reinschriftenprotokoll Nr. 1 vom 4.1.1961».

A sus sesenta y siete años, Ulbricht: Mario Frank, *Walter Ulbricht: Eine Deutsche Biographie*. Berlín: Siedler, 2001, 282.

«Nuestra tarea consistía en lograr»: Konrad Adenauer, *Memoirs, 1945-1953*. Chicago: Henry Regnery, 1966, 41, 79.

Dirigiéndose a sus súbditos: *Berliner Zeitung*, 01/01/1961.

Ulbricht nunca había hablado: SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/2/743. «Stichwort Protokoll

der Beratung des Politbüros am 4. Januar 1961 über ‘Die Gegenwärtige Lage und die Hauptaufgaben 1961’», Politbüro, «Reinschriftenprotokoll Nr. 1 vom 4.1.1961».

Los miembros del gobierno de Ulbricht: Frank, *Walter Ulbricht*, 344-345.

Como su mentor Stalin, Ulbricht: Frank, *Walter Ulbricht*, 287; Thomas Grimm, *Das Politbüro Privat-Ulbricht, Honecker, Mielke & Co. aus der Sicht ihrer Angestellten*. Berlín: Aufbau-Verlag, 2004, 203; Wolfgang Weber, *DDR-40 Jahre Stalinismus: Ein Beitrag zur Geschichte der DDR*. Essen: Arbeiterpresse, 1993, 63; Catherine Epstein, *The Last Revolutionaries: German Communists and Their Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2003, 20-22.

Ulbricht era también un fanático: Grimm, *Das Politbüro Privat*, 203.

A las seis de la mañana: Weber, *DDR-40 Jahre Stalinismus*, 159.

Wolfgang Leonhard, que a sus veintitrés años: Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*. Chicago: Henry Regnery, 1958, 300, 303.

Ulbricht reaccionó de forma furiosa: Leonhard, *Child of the Revolution*, 312.

Un ejemplo de ello tuvo lugar en 1946: Weber, *DDR-40 Jahre Stalinismus*, 16-17.

En abril de 1952, Stalin: «Record of Conversation of Leaders of the Socialist Unity Party of Germany W. Pieck, W. Ulbricht, and O. Grotewohl with J. V. Stalin», 7 de abril de 1952, reimpresso en Christian F. Ostermann, *Uprising in East Germany 1953: The Cold War, the German Question, and the First Major Upheaval Behind the Iron Curtain*. Budapest y Nueva York: Central European University Press, 2001, 38.

Aunque el canciller había elogiado: Henning Köhler, *Adenauer: Eine politische Biographie*. Fráncfort del Main: Propyläen, 1994, 730.

Sin embargo, la actitud personal indisciplinada: Terence Prittie, *Konrad Adenauer, 1876-1967*. Londres: Tom Stacey, 1972, 283.

Sin embargo, el canciller sonrió: *Der Spiegel*, 11/01/1961.

El joven país de Adenauer: Eric Owen Smith, *The West German Economy*. Nueva York: St. Martin's Press, 1983, 18.

A pesar de sus logros, Adenauer: Charles Williams, *Adenauer: The Father of the New Germany*. Nueva York: John Wiley & Sons, 2000, 177; Hans-Peter Schwarz, *Konrad Adenauer: A German Politician and Statesman in a Period of War, Revolution and Reconstruction*. Vol. 1: *From the German Empire to the Federal Republic, 1876-1952*. Trad. Louise Willmot. Providence, Rhode Island: Berghahn Books, 1995, 154, 160, 357, 402, 602, 604.

Dean Acheson, secretario de estado: Dean Acheson, *Sketches from Life of Men I Have Known*. Nueva York: Harper & Brothers, 1961, 169-170.

En 1917 el canciller había sufrido: Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, 108-109.

Había quien afirmaba que se parecía: Valentin Falin, *Politische Erinnerungen*. Múnich: Droemer Knauer, 1993, 328.

Sólo ocho años después: «Man of the Year: We Belong to the West», *Time*, 04/01/1954.

- «*El objetivo de los rusos*»: Adenauer, *Memoirs*, 78-79.
- Desde el punto de vista de Adenauer*: Adenauer, *Memoirs, 1945-1953*, 79.
- Durante los dos días*: Anneliese Poppinga, “*Das Wichtigste ist der Mut*”: Konrad Adenauer-*Die letzten fünf Kanzlerjahre*. Bergisch Gladbach, Alemania: Gustav Lübbe, 1994, 282.
- Durante la campaña electoral, Kennedy*: Prittie, *Konrad Adenauer*, 283.
- Desde su nacimiento, Kennedy*: Frank A. Mayer, *Adenauer and Kennedy: A Study in German-American Relations, 1969-1963*. Nueva York: St. Martin’s Press, 1996.
- El Consejo de Seguridad Nacional de Eisenhower*: DDEL, Oficina de la Casa Blanca, Oficina del Asistente Especial de Cuestiones de Seguridad Nacional (OSANSA), Archivos, 1952-1961, Consejo de Seguridad Nacional, Subserie de Documentos Políticos, caja 23, carpeta NSC 5803, «U.S. Policy Toward Germany (1)», Junta de Coordinación de Operaciones, Informe sobre Alemania (La República Federal, Berlín, Alemania del Este: NSC 5803), 2 de noviembre de 1960, impreso en FRUS, 1958-1960, vol. IX, Berlin Crisis, 1959-1960, 697; Adrian W. Schertz, *Die Deutschlandpolitik Kennedys und Johnsons: Unterschiedliche Ansätze innerhalb der amerikanischen Regierung*. Colonia: Böhlau, 1992, 47.
- El embajador estadounidense en Bonn*: DNSA, *The German Scene at the Turn of the Year*. Confidencial, parte, 1122, 8 de febrero de 1961, Crisis de Berlín, núm. objeto: BC01991.
- Ante la deriva crecientemente nacionalista*: Eckart Conze, *Die gaullistische Herausforderung: Die Deutsch-Französische Beziehungen in der Amerikanischen Europapolitik 1958-1963*. Múnich: R. Oldenbourg, 1995, 91-94.
- La victoria electoral de Kennedy había alimentado*: Köhler, *Adenauer*, 1094.
- Adenauer era dolorosamente consciente*: Walter Stützle, *Kennedy und Adenauer in der Berlin-Krise 1969-1962*. Bonn y Bad Godesberg: Neue Gesellschaft, 1973, 19-20; Mayer, *Adenauer and Kennedy*, 7; John Fitzgerald Kennedy, *A Compilation of Statements and Speeches Made During His Service in the United States Senate and House of Representatives*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1964, 979-980.
- Schumacher, que había perdido*: Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, 596-603.
- Acheson había descrito a Schumacher*: Acheson, *Sketches*, 171.
- Incluso tras su muerte en 1952*: *Die Zeit*, 15/12/1955.
- «*Me he acostado pronto*»: JFKL, Documentos Personales de JFK, *Diary of European Trip*, ms., caja 1; Herbert S. Parmet, *Jack: The Struggles of John F. Kennedy*. Nueva York: The Dial Press, 1983, 51.
- «*Debemos estar preparados*»: John F. Kennedy y Allan Nevins, *The Strategy of Peace*. Nueva York: Harper & Row, 1960, 7, 11, 12, 30; Mayer, *Adenauer and Kennedy*, 8, cita su entrevista con McGeorge Bundy, 25 de agosto de 1988, en «Chancellor’s veto».

Adenauer no estaba ni mucho menos preparado: Rolf-Dietrich Keil, *Mit Adenauer in Moskau-Erinnerungen eines Dolmetschers*. Bonn: Bouvier, 1997, 79, 95, 97.

Adenauer quedó helado: Anneliese Poppinga, *Meine Erinnerungen an Konrad Adenauer*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1970, 166.

Jrushchov le ganó la batalla a Adenauer: Henry Ashby Turner, *The Two Germanies Since 1945*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1987, 87.

«*La libertad de 10.000 personas*»: Guido Knopp, *Die Gefangenen*. Múnich: Goldmann, 2005, 370.

Adenauer, que no había olvidado: Mayer, *Adenauer and Kennedy*, 8, citando a Georg M. Schild, «John F. Kennedy and Berlin», Estudio presentado en la XIX Reunión Anual de la Sociedad de Historiadores de las Relaciones Exteriores Estadounidenses, University of Virginia, Charlottesville, 17-20 de junio de 1993; Kennedy y Nevins, *The Strategy of Peace*, 212-213.

Por ese motivo, Adenauer apenas había ocultado sus preferencias: Köhler, *Adenauer*, 1093; Stiftung Bundeskanzler-Adenauer-Haus, III, 6.

La mañana empezó tal como Adenauer: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 05/01/1961.

La justificación oficial para elegir Bonn: Williams, *Adenauer*, 340.

Nacido Herbert Frahm, hijo ilegítimo: Williams, *Adenauer*, 488.

El giro a la derecha del SPD: Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, 524; Bonner Rundschau, 06/01/1961; Servicio de Prensa del SPD, 4 de enero de 1960, P/XV/2.

Pero Adenauer no se fiaba de la conversión de Brandt: Williams, *Adenauer*, 488; Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, 487.

«*Para aspirar a la cancillería*»: Köhler, *Adenauer*, 1090; Archiv für Christlich-Demokratische Politik, VIII-001-1503/3; Willy Brandt, *Begegnungen und Einsichten*. Hamburgo: Hoffmann & Campe, 1976, 49.

Adenauer estaba convencido de que Jrushchov: Schwarz, *Konrad Adenauer*, vol. 1, 645.

Pero Adenauer hizo un gesto desdeñoso: Poppinga, *Meine Erinnerungen an Adenauer*, 41-42, 51.

Friedrich Brandt estaba oculto: Erika Von Hornstein, *Flüchtlingsgeschichten: 43 Berichte aus den frühen Jahren der DDR*. Nördlingen, Alemania: F. Greno, 1985.

6. Ulbricht y Adenauer: La cola menea al oso

«*Somos un estado*»: SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/202/129, 1-2. Carta de Ulbricht a Jrushchov, 18 de enero de 1961; Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV, 2/202/129.

«*Tras sondear el terreno*»: Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV, 2/202/129, Carta de Jrushchov a Ulbricht, 30 de enero de 1961, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP, núm. 5, Apéndice C.

- «*Han pasado dos años*»: SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/202/129, 9-2. Carta de Ulbricht a Jrushchov, 18 de enero de 1961; Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV, 2/202/129.
- «*La floreciente economía*»: Hope M. Harrison, *Driving the Soviets up the Wall: Soviet-East German Relations. 1953-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003, 163-164; SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/202/129, 18 de enero de 1961, «Möglichkeiten des taktischen Vorgehens in der Frage Friedensvertrag und Westberlin» y «Massnahmeplan zu organisatorischen Fragen im Zusammenarbeit mit der Vorbereitung des Abschlusses eines Friedensvertrages mit der DDR und der Einberufung einer Friedenskonferenz», Traducción al inglés en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP, núm. 5, Apéndice B.
- Un trabajador de la Alemania del Este*: «West Berlin Shows Progress, Enjoys Best Year Since War», *New York Times*, 10/01/1961; «German Reds Say Production Is Up-but Reported Increase Falls Short of Plan; Lags Seen in Vital Industries», *New York Times*, 10/01/1961.
- Por todo ello, Ulbricht*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 150.
- Ulbricht no le pidió permiso a Jrushchov*: Donald S. Zagoria, *The Sino-Soviet Conflict, 1956-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1962, 396.
- Yuri Andropov, por aquel entonces*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 164-165; Zagoria, *The Sino-Soviet Conflict*; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001; Vladislav M. Zubok, «“Look What Chaos in the Beautiful Socialist Camp!”: Deng Xiaoping and the Sino-Soviet Split, 1956-1963», CWIHP-B, núm. 10 (1998), <http://www.wilsoncenter.org/topics/pubs/ACF185.pdf>, 152-162; Chen Jian, «Deng Xiaoping, Mao's “Continuous Revolution”, and the Path Toward the Sino-Soviet Split: A Rejoinder», CWIHP-B, núm. 10 (1998), 162-164, 165-183; Joachim Krüger, «Die Volksrepublik China in der Aussenpolitischen Strategie der DDR (1949-1989)», en Kuo Heng-yue y Mechthild Leutner, eds., *Deutschland und China. Beiträge des Zweiten Internationalen Symposiums zur Geschichte der deutsch-chinesischen Beziehungen Berlin 1991* (Berliner China-Studien 21), München: Minerva, 1994, 49.
- Sin embargo, tanto el momento como la coreografía*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 165. Harrison se base en un informe de una página enviado por Yuri Andropov al Comité Central el 18 de enero de 1961, escrito por I. Kabin, director de la sección alemana del Departamento de Relaciones con los Partidos Comunistas y Obreros de los Países Socialistas del Comité Central dentro del PCUS, TsKhSD, R. 8978, F. 5, Op. 49, D. Partidos Obreros de los Países Socialistas; TsKhSD, R. 8978, F. 5, Op. 49, D. 377; SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/2/745.
- Desde el punto de vista chino*: «Vermerk über den Antrittsbesuch Botschafter Hegens bei Ministerpräsident der VR China, Genossen Tschou En-lai am 9.6.1961», escrito por Hegen, 12 de junio de 1961, Staatsekretär Winzer, MfAAA17879, 2-3, 6.

- «*Nosotros no somos China*»: AVP-RF, «“Zapis” besedy tovarishcha N. S. Khrushcheva s tovarishchem V. Ul’brikhtom, 30 noiabria 1960 goda», F. 0742, Op. 6, Por. 4, Pap. 43, 14.
- Durante el Cuarto Congreso*: James S. O’Donnell, *A Coming of Age: Albania Under Enver Hoxha*. Boulder, CO: East European Monographs (distribuido por Columbia University Press), 1999, 52-53.
- La respuesta de Jrushchov llegó*: Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV, 2/202/129, Carta de Jrushchov a Ulbricht, 30 de enero de 1961, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP, núm. 5, apéndice C.
- La relación entre EEUU y la Alemania Federal*: Köhler, *Adenauer*, 1081.
- El Ministerio de Asuntos Exteriores de la Alemania Federal*: Auswärtiges Amt-Politisches Archiv (AA-PA), 3, Betreff: Political Relations of BRD with United States, 1961.
- Exasperado ante aquel cambio de humor*: *Boston Herald*, 13/03/1961.
- «*Los alemanes son absolutamente conscientes*»: DNSA, Conversación con el ministro de Asuntos Exteriores Brentano, Informe de recomendaciones, Washington, 16 de febrero de 1961; extraído de Honoré Marc Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis: A Case Study in U.S. Decision Making*. Berlín: Berlin Verlag, 1980, 302: Apéndice III: Informe de recomendaciones secreto para la visita de Heinrich von Brentano a Washington, 16 de febrero de 1961, incluye la posición previa alemana y la posición recomendada para EEUU.
- Los detractores aseguraban que Brentano*: «Gentleman in Politics: Heinrich von Brentano», *New York Times*, 18/02/1961.
- Rusk aprobó la visita de Brandt*: JFKL, POF, Memorando, Visitas del canciller Adenauer y el alcalde Brandt, Confidencial, 21 de febrero de 1961, caja 117, Países. Seguridad-Alemania. enero-junio 1961.
- Kennedy le aseguró a Brentano*: Rolf Steininger, *Der Mauerbau: Die Westmächte und Adenauer in der Berlinkrise 1958-1963*. Múnich: Olzog, 2001, 168; FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 5.
- Brentano le habló a Kennedy*: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Doc. 5; JFKL, POF, Memorando, Conversación con el ministro de Asuntos Exteriores alemán, 15 de febrero de 1961, secreto, caja 117, Países. Alemania-Seguridad. enero-junio, 1961.
- Smirnov, su enviado en Bonn*: Prittie, *Konrad Adenauer*, 255-256; «West Germany: In the Master’s Footsteps», *Time*, 31/10/1960.
- «*Berlín Oeste presenta una situación*»: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Docs. 9-31, enero-mayo 1961; *Documents on Germany, 1944-1985*, 723-727; *Documents on International Affairs, 1961*, 272-277; Bundesministerium für Innerdeutsche Beziehungen, ed., *Dokumente zur Deutschlandpolitik*, IV. Reihe, Band 6, Erster Halbband, 1. Januar-30. Mai 1961, Fráncfort del Main, 1975, 345-350. Ver

también *Aide-mémoire der Regierung der UdSSR an die Regierung der Bundesrepublik Deutschland*, 17. Februar 1961: <http://www.chronik-dermauer.de/index.php/de/Start/Detail/id/758537/page/0>).

7. La primavera de Jrushchov

«*Berlín Oeste es un hueso*»: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8.

«*Es muy probable que la URSS*»: Archivo de Seguridad Nacional, Memorando, Acheson al presidente, 3 de abril de 1961, «April 1961 Folder», Historia Nuclear, caja 12.

El rostro del líder soviético: FRUS, 1969-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 42; Michael R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*. Nueva York: HarperCollins, 1991, 80-81; William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*. Nueva York: W. W. Norton, 2004, 489.

Thompson había pasado diez días: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8; Hugh Sidey, *John F. Kennedy, President*. Nueva York: Atheneum, 1964, 163-165; *New York Times*, 04/03/1961, 08/03/1961, 10/03/1961.

Esa misma semana: Beschloss, *The Crisis Years*, 81.

El aliado de Moscú en el Congo: Beschloss, *The Crisis Years*, 81.

Ante esa serie de retos: *New York Times*, 04/03/1961.

El asesor de Jrushchov, Oleg Troyanovsky: «Who's Who with Khrushchev», *Time*, 21/09/1959; Troyanovsky, *Cherez godi*, 233-236; *New York Times*, 03/04/1955.

El nuevo anuario estadístico: V. M. Kudrov, «Comparing the Soviet and US Economies: History and Practices», en Nicholas Eberstadt y Jonathan Tombes, eds., *Comparing the US and Soviet Economies: The 1990 Airlie House Conference*. Vol. 1, *Total Output and Consumption*. Washington, D.C.: The American Enterprise Institute, 2000, 58-59; Alexander Chubarov, *Russia's Bitter Path to Modernity: A History of the Soviet and Post-Soviet Eras*. Nueva York: Continuum, 2001, 139; Hannes Adomeit, *Imperial Overstretch: Germany in Soviet Policy from Stalin to Gorbachev; An Analysis Based on New Archival Evidence, Memoirs, and Interviews*. Baden-Baden, Alemania: Nomos Verlagsgesellschaft, 1998, 103.

Tras confesar su ineptitud: Documento mecanografiado, 16 de febrero de 1961, Materiales desclasificados de los Plenarios del Comité Central del PCUS (TsK KPSS), Reunión del Presidium del CC del PCUS, Protocolo núm. 328 (16 de febrero de 1961), Información del camarada Jrushchov sobre la reunión sobre agricultura en regiones de Ucrania, el Cáucaso Norte, el Transcáucaso y la región de Tierras Negras, en Aleksandr Fursenko et al., eds., *Archivii Kremlya: Prezidium TsK KPSS, 1954-1964 Chernoviie protokolnie zapisi zasedanii. Stenogrammi. Postanovlenia*, vol. 1

[Archivos del Kremlin: Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, 1954-1964, Notas de reuniones de Estado, Documentos mecanografiados], Moscú: Rosspen, 2004.

En una reunión del Partido Comunista: Documento Mecanografiado, 25 de marzo de 1961, TsK KPSS, Reunión del Presidium del CC del PCUS, Protocolo núm. 321 (25 de marzo de 1961), TsK KPSS; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 344-345.

La prueba de que la población: Harrison E. Salisbury, *A New Russia*. Nueva York: Harper & Row, 1962, 120-121.

Con voz calmada y cansada: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8.

El embajador estadounidense advirtió: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8.

Debido a la escasa relevancia política: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8.

Para ilustrar más claramente la insignificancia: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 44.

En ese sentido, tenía una oferta: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 43.

En lugar de celebrar el gesto: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8; FRUS, vol. V, Unión Soviética, Doc. 43.

Jrushchov aseguró que Kennedy: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 8.

Thompson regresó esa misma noche: *New York Times*, 10/03/1961.

«Todos los colegas diplomáticos»: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 46; vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 11.

Una semana más tarde, en otro telegrama: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Unión Soviética, 1969-1962, Doc. 11.

A continuación, con extraña clarividencia: Telegrama de la embajada estadounidense (en Moscú) al Departamento de Estado, 16 de marzo de 1961, citado en Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 62, FN 15, 240-241.

Las mentes más brillantes: DNSA, Berlin Situation [Resumen del Informe del Subcomité de Berlín de la Junta de Inteligencia de EEUU], Memorando, 7 de marzo de 1961.

El informe de Acheson: Departamento de Estado, Memorando para el presidente, 3 de abril de 1961, 4 pp; JFKL, *Dean G. Acheson OH*, núm. 1, 27 de abril de 1964.

Con una multitud de fotógrafos: James Chace, *Acheson: The Secretary of State Who Created the American World*. Nueva York: Simon & Schuster, 1998, 382.

Acheson había disuadido a Kennedy: Douglas Brinkley, *Dean Acheson: The Cold War Years, 1953-1971*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1994, 113.

A pesar de estar a punto de cumplir: Robert L. Beisner, *Dean Acheson: A Life in the Cold War*. Nueva York: Oxford University Press, 2006, 7, 89-95.

Poco después de la elección de Kennedy: Cartas de Acheson, 22/11/1960, de la Campaña del Partido Demócrata de 1960, Correspondencia de Truman (cortesía de David Acheson). También en David S. McLellan y David C. Acheson, eds., *Among Friends: Personal Letters of Dean Acheson*. Nueva York: Dodd, Mead, 1980, 199.

Acheson incluyó en su informe: JFKL, *Dean G. Acheson OH*.

Acheson admitía que reducir: Brinkley, *Dean Acheson*, 141.

Franceses y alemanes se negarían: Fred M. Kaplan, *The Wizards of Armageddon*. Nueva York: Simon & Schuster, 1983 / Stanford, California: Stanford University Press, 1991, 283, 338; Andreas Wenger, *Living with Peril: Eisenhower, Kennedy, and Nuclear Weapons*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 1997, 201; Brinkley, *Dean Acheson*, 130-131.

Antes de la reunión con Macmillan: JFKL, POF, Memorando, Bundy al Presidente, 27 de marzo de 1961, «Bundy, McGeorge 2/69-4/61 Folder», box 62, Staff Memoranda; DDRS (Declassified Document Reference System - Sistema de Referencia de Documentos Desclasificados), «Bundy to Kennedy, April 4, 1961», 1986/2903; Nigel Fisher, *Harold Macmillan: A Biography*. Nueva York: St. Martin's Press, 1982, 257; Arthur M. Schlesinger, *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*. Boston: Houghton Mifflin, 1965, 380-382; Victor Lasky, *JFK: The Man and the Myth*. Nueva York: Macmillan, 1963, 6-7; Alistair Horne, *Harold Macmillan*. vol. 2, 1957-1986. Nueva York: Viking, 1989, 289-290.

El primer ministro británico Macmillan quedó desconcertado: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 14, Memcon, Las reuniones del presidente con el primer ministro Macmillan, Washington, abril de 1961, «East-West Issues: Berlin», 5 de abril de 1961, 15.10; Fisher, *Harold Macmillan*, 261.

Sin embargo, los dos hombres: Chace, *Acheson*, 174.

Ávido estudioso de la historia: Anthony Sampson, *Macmillan: A Study in Ambiguity*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Press, 1967, 65-66.

Macmillan le había dicho al columnista: JFKL, *Henry Brandon OH*; Henry Brandon, *Special Relationships: A Foreign Correspondent's Memoirs from Roosevelt to Reagan*. Nueva York: Atheneum, 1988, 155.

El embajador de Eisenhower en Londres: Horne, *Harold Macmillan*, 282; Archivos de Harold Macmillan, *The Macmillan Diaries, vol. II: Prime Minister and After, 1957-1966*, 17 de noviembre de 1960.

«No sé a ti, Harold»: Horne, *Harold Macmillan*, 290.

Tal vez el embajador estadounidense más odiado: Lord Longford, *Kennedy*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1976, 79-81; Corey Ford, *Donovan of OSS: The Untold Story of William J. Donovan*. Boston: Little, Brown, 1970, 89.

Para intentar ejercer una influencia: Horne, *Harold Macmillan*, 282; Archivos de Harold Macmillan, carta del 9 de noviembre de 1960; Harold Macmillan, *Pointing the Way*,

1959-1961. Londres: Macmillan, 1972, 308.

Durante su encuentro en París: Constantine A. Pagedas, *Anglo-American Strategic Relations and the French Problem, 1960-1963: A Troubled Partnership*. Londres: Frank Cass, 2000, 124.

Durante la reunión celebrada en Londres: Archivos de Harold Macmillan. Harold Macmillan, Diarios, 23 de febrero de 1961.

Antes de la visita de Macmillan a la Casa Blanca: Horne, *Harold Macmillan*, 286, de una entrevista con el economista John Kenneth Galbraith.

Para alivio del primer ministro: Horne, *Harold Macmillan*, 287-290, 295.

Macmillan se había mostrado cautivado: Macmillan, *Pointing the Way*, 352-353: entrada de diario del 12 de abril de 1961.

Sin embargo, el prometedor inicio: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 14, 15; Fisher, *Harold Macmillan*, 261.

Acheson detalló de forma sucinta: Schlesinger, *A Thousand Days*, 380.

Con el regreso del espíritu de Acheson: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 15.

El informe interno final: Rolf Steininger, *Der Mauerbau: Die Westmächte und Adenauer in der Berlinkrise 1958-1963*. Múnich: Olzog, 2001, 184.

Bajo el sol primaveral: *New York Times*, 09/04/1961; *Washington Post*, 09/04/1961.

La delegación británica sorprendió: Steininger, *Der Mauerbau*, 182-185, 183; *New York Times*, 09/04/1961; *Washington Post*, 10/04/1961; JFKL, POF, CO: Seguridad del Reino Unido, 3/27/69-4/61, Box 127a, Item 7a.

8. La hora de los amateurs

«*Los europeos tuvieron la sensación*»: Dean G. Acheson, *Remarks at Foreign Service lunch*, Washington, D.C. (transcrito el 29 de junio de 1961), S 3, B 51, F62, DGA-Yale. El discurso fue pronunciado entre el 13 y el 25 de junio de 1961; extraído de Brinkley, *Dean Acheson*, 127.

«*No entiendo a Kennedy*»: Sergéi N. Jrushchov, *Nikita S. Khrushchev: Krizisy i Rakety*, vol. 1, 102-106.

Era el primer día cálido: JFKL, *Dean G. Acheson OH*, núm. 1; Douglas Brinkley, *Dean Acheson: The Cold War Years, 1953-1971*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1994, 127.

El ex secretario de estado de Truman: Chace, *Acheson*, 386-388; Brinkley, *Dean Acheson*, 127.

Acheson dijo que «no tenía que llamar»: Richard J. Walton, *Cold War and Counterrevolution: The Foreign Policy of John F. Kennedy*. Nueva York: Viking,

1972, 44.

Los dos hombres conversaron incómodamente: JFKL, Dean G. Acheson OH; Walton, *Cold War and Counterrevolution*, 44.

Adenauer, de ochenta y cinco años: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 57.

Acheson pasó la mayor parte: JFKL, Dean G. Acheson OH; *New York Times*, 10/04/1961; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 58-60.

Pero más allá de todo eso, Adenauer: Brinkley, *Dean Acheson*, 130-131.

Acheson prefirió centrarse en tranquilizar: Brinkley, *Dean Acheson*, 129.

De momento, Kennedy había rechazado: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 97; Brinkley, *Dean Acheson*, 129; James Chace, *Acheson: The Secretary of State Who Created the American World*. Nueva York: Simon & Schuster, 199, 383-384.

A cambio, Kennedy iba a poner: David E. Murphy, Sergéi A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War*. Londres y New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1997, 359.

En resumen, la visión cambiante: Murphy, Kondrashev y Bailey, *Battleground Berlin*, 360.

Al ver que Acheson estaba: Brinkley, *Dean Acheson*, 130; Chace, *Acheson*, 388.

El día en que Adenauer cogió: Norman Cousins, *The Improbable Triumvirate: John F. Kennedy, Pope John, Nikita Khrushchev*. Nueva York: W. W. Norton, 1972, 83-87.

Más tarde, Jrushchov explicaría: Beschloss, *The Crisis Years*, 111; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 5.

En un gesto revelador de la importancia: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 490; Beschloss, *The Crisis Years*, 110-111.

Sin embargo, y ante la inminencia: Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century*. Boston y Toronto: Little, Brown, 526-527.

Jrushchov había adelantado el lanzamiento: Gerhard Kowalski, *Die Gagarin-Story: Die Wahrheit über den Flug des ersten Kosmonauten der Welt*. Berlín: Schwarzkopf & Schwarzkopf, 1999, 55; Beschloss, *Crisis Years*, 113.

A Lippmann le gustaba alardear: Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, 419, 445; Barry D. Riccio, *Walter Lippmann: Odyssey of a Liberal*. New Brunswick, New Jersey: Transaction, 1994, 46-47.

Durante la hora del almuerzo: *Washington Post*, 19/04/1961.

Jrushchov dijo que había que encontrar: Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, 527-528.

Jrushchov presentó ante Lippmann sus ideas: Documentos de Walter Lippmann. Transcripción soviética de la conversación entre Jrushchov y Lippmann, 10 de abril de 1961, New Haven, Connecticut: Yale University, Sterling Memorial Library, Series VII, Box 239; Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, 3, 203; Vladislav M. Zubok, «Khrushchev and the Berlin Crisis (1958-1962)», Documento de trabajo del

CWIHP núm. 6, mayo de 1993, 21-23; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 490-491.

Para mitigar el efecto: Zubok, «Khrushchev and the Berlin Crisis (1958-1962)», Documento de trabajo del CWIHP núm. 6, 22; Beschloss, *Crisis Years*, 111.

Jrushchov aseguró que estaba dispuesto: Documentos de Walter Lippmann. Transcripción soviética de la conversación entre Jrushchov y Lippmann, 10 de abril de 1961, Yale University; Taubman, *Khrushchev*, 490-491; Deborah Welch Larson *Anatomy of Mistrust: U.S.-Soviet Relations During the Cold War*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2000, 287.

Jrushchov hizo una sola pregunta: *Pravda*, 13 de abril de 1961, 2; Sergéi N. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*. University Park: Pennsylvania State University Press, 2000, 432; Taubman, *Khrushchev*, 490-491; Sergéi N. Jrushchov, *Krizisy i Rakety*, vol. 2, 100-101.

Sí, respondió Korolyov: <http://www.youtube.com/watch?v=Qfz5B2uERcE>.

Jrushchov estalló de orgullo: Taubman, *Khrushchev*, 491; Sergéi N. Jrushchov, *Krizisy i Rakety*, vol. 2, 100-101; Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 432-433.

El líder soviético organizó: Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary*. Nueva York: W. W. Norton, 2006, 346. (En una reunión del Presidium de junio de 1961, Jrushchov abordó el problema de la caída de los balcones. Véase documento taquigrafiado, 16 de junio de 1961, TsK KPSS); Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 433-434.

Desde lo alto del Mausoleo de Lenin: Taubman, *Khrushchev*, 492.

Kennedy le había dicho a Brandt: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 10; JFKL, Memcon, Reunión Kennedy-Brandt en la Casa Blanca, Washington, 13 de marzo de 1961, 15-15.40, Tema: Alemania y Berlín, Archivos de Seguridad Nacional (NSF), Alemania, Confidencial, borrador de Foy Kohler y aprobado por la Casa Blanca el 23 de marzo de 1961.

Brandt pasó a formar parte del grupo: Ibid.; Instrucciones para la reunión, entregadas por Rusk al Presidente el 10 de marzo de 1961, en los Archivos Centrales del Departamento de Estado, 762.00/3-1061; Memcon, Brandt-Rusk tratando temas similares, 14 de marzo de 1961, en los Archivos Centrales del Departamento de Estado, 762.0221/3-1461. Para la versión de Brandt de su conversación con el presidente y su visita a Washington, véase Willy Brandt, *Begegnungen und Einsichten, Die Jahre 1960-1975*. Hamburg: Hoffmann u. Campe, 1976, 17-18, 80-83.

Brandt aprovechó sus cuarenta minutos: Willy Brandt, *Begegnungen mit Kennedy*. Múnich: Kindler, 1964, 49-45.

Brandt se mostró aliviado: *Wall Street Journal*, *Washington Post*, *New York Times*, *Christian Science Monitor*, 14/03/1961.

Un mes más tarde, las conversaciones: FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-

1962, Doc. 17.

Adenauer le soltó al joven presidente: *New York Times*, 17/02/1961.

Kennedy dijo que le preocupaban: FRUS, en 9. Memorandum of Conversation/1/Washington, 10 de marzo de 1961; Fuente: JFKL, NSF, Alemania, Confidencial, borrador de Kohler aprobado por la Casa Blanca el 20 de marzo; *ibid.*, Doc. 10: Memcon, Washington, 13 de marzo de 1961, 15-15.40; Bundesarchiv, Kabinettsprotokolle Online «1. Deutsche Maßnahmen zur Entlastung der USZahlungsbilanz», extraído de <http://www.bundesarchiv.de>.

Las reuniones entre Kennedy y Adenauer: Williams, *Adenauer: The Father of the New Germany*, 490; FRUS, 1969-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1969-1962, Doc. 9, 10; Konrad Adenauer, *Erinnerungen 1959-1963*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1968, 91-97.

El corresponsal de la revista alemana: *Der Spiegel*, 12/04/1961, 19/04/1961.

Al final de la visita, Kennedy: *Christian Science Monitor*, 14/04/1961.

Pocos prestaron atención a la respuesta: *Washington Post*, 14/04/1961.

Los primeros asentamientos de la Texas: *Christian Science Monitor*, 17/04/1961.

Durante la visita al pueblo cercano: Poppinga, «Das Wichtigste ist der Mut»: Konrad Adenauer, 297.

Ante un elenco de periodistas alemanes: Schwarz, Konrad Adenauer, vol. 1, 519.

De camino al aeropuerto: Poppinga, «Das Wichtigste ist der Mut»: Konrad Adenauer, 297; Schwarz, Konrad Adenauer, vol. 1, 519-520.

Con Adenauer de nuevo en Bonn: «The Presidency: Interlude», *Time*, 28/04/1961; Sidey, *JFK*, 131; Peter Wyden, *Bay of Pigs: The Untold Story*. Nueva York: Simon & Schuster, 1979, 269-270.

Dos días antes, ocho cazas: Wyden, *Bay of Pigs*, 184-185; Howard Jones, *The Bay of Pigs*. Nueva York: Oxford University Press, 2008, 76-77, 100-102; véase la cronología de los eventos en: Archivo de Seguridad Nacional, «The Bay of Pigs-40 Years After», 15-18 de abril de 1961: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/bayofpigs/chron.html>.

Los cazas de Castro hundieron: FRUS, 1961-1963, vol. X, Cuba, 1961-1962, Doc. 109, 119; Archivos de Seguridad Nacional, «The Bay of Pigs-40 Years After», 15-18 de abril de 1961.

La mayor parte de los altos cargos militares: Jones, *The Bay of Pigs*, 76-77, 96.

La figura más importante de la reunión: JFKL, Richard M. Bissell OH; JFKL, POF, Bundy a JFK, 25 de febrero de 1961, Memorandos, caja 62; Evan Thomas, *The Very Best Men: Four Who Dared: The Early Years of the CIA*. Nueva York: Simon & Schuster, 1995, 237, 240; «Nation: When It's in the News, It's in Trouble» y «Cuba: The Massacre», *Time*, 28/04/1961; Lawrence Freedman, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam*. Nueva York: Oxford University Press, 2000, 124-126; Harris Wofford, *Of Kennedys and Kings: Making Sense of the Sixties*. Nueva York: Farrar,

- Straus & Giroux, 1980, 362.
- Ahora que trabajaban para Kennedy*: Wyden, *Bay of Pigs*, 139; Richard M. Bissell, Jonathan E. Lewis y Frances T. Pudlo. *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1996, 190.
- Kennedy nunca había discutido*: Gus Russo, *Live by the Sword: The Secret War Against Castro and the Death of JFK*. Baltimore: Bancroft Press, 1998, 13-15; Jones, *The Bay of Pigs*, 38, 76-78, 96, 100-102.
- Por otro lado, se habían producido*: Russo, *Live by the Sword*, 16.
- La invasión del 17 de abril*: FRUS, 1961-1963, vol. VI, Intercambios Kennedy-Jrushchov, Doc. 9.
- Jrushchov añadió que no se tragaba*: FRUS, 1961-1963, vol. VI, Intercambios Kennedy-Jrushchov, Doc. 9.
- Kennedy respondió a Jrushchov*: FRUS, 1961-1963, vol. VI, Intercambios Kennedy-Jrushchov, Doc. 10.
- Con ese intercambio muy presente*: Bissell, *Reflections of a Cold Warrior*, 189; Laurence Leamer, *The Kennedy Men: 1901-1963*. Nueva York: HarperCollins, 2001, 501, 508.
- Sólo seis días antes, Kennedy*: Thomas, *The Very Best Men*, 253; Beschloss, *The Crisis Years*, 114; Leamer, *The Kennedy Men: 1909-1963*, 501, 508; «Nation: Bitter Week», *Time*, 28/04/1961; Wofford, *Of Kennedys and Kings*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1980, 347-348.
- Ya que el presidente*: E. B. Potter, *Admiral Arleigh A. Burke*. Annapolis, Maryland: U.S. Naval Institute Press, 2005; Gordon M. Goldstein, *Lessons in Disaster: McGeorge Bundy and the Path to War in Vietnam*. Nueva York: Times Books/Henry Holt, 2008, 39; Sidey, *JFK*, 110; Wyden, *Bay of Pigs*, 270-271.
- Kennedy cerró las tres horas de reunión*: Wyden, *Bay of Pigs*, 271: chapter 9, *Oversight of Covert Action*, 268.
- Acheson comprendió enseguida el impacto*: JFKL, *Dean G. Acheson OH*; Chace, *Acheson*, 387.
- Dirigiéndose a los diplomáticos*: Brinkley, *Dean Acheson*, 127.
- Tras su regreso de Europa, Acheson*: Carta de Acheson a Truman, 3 de mayo de 1961 (cortesía de David Acheson), en David S. McLellan y David C. Acheson, eds., *Among Friends: Personal Letters of Dean Acheson*. Nueva York: Dodd, Mead, 1980, 206-207.
- Sabía de antemano que Kennedy*: Vladislav M. Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1996, 243.
- Aunque Kennedy había evitado*: Taubman, *Khrushchev*, 492; Beschloss, *The Crisis Years*, 121.
- «No entiendo a Kennedy»: Sergéi N. Jrushchov, *Krizisy i Rakety*, 102-106.

Dicho eso, a Jrushchov le preocupaba: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 348-349.

La Rive Gauche de París: Jörn Donner, *Report from Berlin*. Bloomington: Indiana University Press, 1961.

Donner consideraba que las diferencias: Donner, *Report from Berlin*, XI.

Al igual que Berlín Oeste: Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008.

9. Diplomacia peligrosa

«*Al gobierno de Estados Unidos*»: Archivo de la Administración de Inteligencia Principal del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa (GRU), «Kratkoye Soderzhanye: Besed G. Bolshakova s R. Kennedy (9 Maya 1961 goda-14 Dekabria 1962 roga)» [Resumen: Reunión de G. Bolshakov con R. Kennedy, 9 de mayo de 1961-14 de diciembre de 1962].

«*Berlín es una llaga purulenta*»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 24, Telegrama de la embajada estadounidense en la Unión Soviética al Departamento de Estado, Moscú, 24 de mayo de 1961.

Vestido con camisa blanca: GRU, «Kratkoye Soderzhanye: Besed G. Bolshakova s. R. Kennedy».

Bolshakov era tan sólo uno: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 65.

Thompson colgó el teléfono: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Docs. 65, 66.

Tras un día de reflexión, Kennedy: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 67.

El enviado especial Averell Harriman: FRUS, 1961-1963, vol. XXIV, 199-200, 209-210.

Además, Rusk le dijo a Thompson: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 67.

A Bolshakov le había gustado que Bobby: Aleksandr Fursenko y Timothy J. Naftali, *One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964*. Nueva York: W. W. Norton, 1997, 119-123; entrevista con Frank Holeman, 6 de agosto de 1995, Washington, D.C.; Georgi Bolshakov, «Goryachaya Linaya» (Línea Caliente), *Novoye Vremya*, núm. 4 (1989), 38-40; *Pravda, Bolshakov Meetings*; GRU, «Kratkoye Soderzhanye: Besed G. Bolshakova s. R. Kennedy».

Sin embargo, si Bolshakov decidió: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 119-113, cita de GRU, *Biography of Georgi Bolshakov*; Dino Brugioni y Robert F. McCort, eds., *Eyeball to Eyeball: The Inside Story of the Cuban Missile Crisis*. Nueva York: Random House, 1991, 176-178; *Zvezda*, núm. 7 (1997); Benjamin C. Bradley, *Conversations with Kennedy*. Nueva York: W. W. Norton, 1975, 194; James W. Symington, *The Stately Game*. Nueva York: Macmillan, 1971, 144-145.

Pero el vínculo principal entre Bolshakov: *Washington Times*, 27 de septiembre de 1996.

Bolshakov había recurrido a Holeman: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 111, cita de la entrevista con Frank Holeman, 6 de agosto de 1995.

A su regreso a Moscú en 1955, Bolshakov: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 111; Beschloss, *The Crisis Years*, 153-154; entrevista con Frank Holeman; Documentos de Richard Nixon, Archivos Nacionales, *Rose Mary Woods-Nixon*, 18/12/1958.

Cuando Bolshakov reemplazó a Gvozdev: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 109-112; Brugioni y McCort, *Eyeball to Eyeball*, 176-177; Servicio de Información de Prensa Extranjera de la URSS, Servicio Internacional, «Kennedy Sees Soviet Journalists», Informe Diario núm. 12.327, junio de 1961; Bolshakov, «Goryachaya Linaya», 38-40.

Con la bendición de Guthman: Bolshakov, «Goryachaya Linaya», 38-40.

En el Departamento de Justicia: Bolshakov, «Goryachaya Linaya», 38-40.

«*Al gobierno de Estados Unidos*»: GRU, «Kratkoye Soderzhanye: Besed G. Bolshakova s. R. Kennedy».

Los dos países habían mantenido: FRUS, 1961-1963, vol. VII, *Arms Control and Disarmament*, Doc. 4.

La propuesta de Bobby Kennedy obedecía: FRUS, 1961-1963, vol. VII, *Arms Control and Disarmament*, Doc. 19, 31.

Además, Moscú quería que las tareas: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 351.

En Ginebra, los altos cargos: Freedman, *Kennedy's Wars*, 302-304; Roger Kershaw, *Monarchy in South-East Asia: The Faces of Tradition in Transition*. Nueva York: Routledge, 2001, 39-40; Timothy N. Castle, *At War in the Shadow of Vietnam: U.S. Military Aid to the Royal Lao Government 1955-1975*. Nueva York: Columbia University Press, 1993, 40-42, 46-48.

Ese mismo día, Jrushchov: *New York Times*, 13/05/1961; Memorando, Lucius Battle-Bundy, 25 de mayo de 1961.

La carta no hacía ninguna mención: FRUS, 1961-1963, vol. VI, Intercambios Kennedy-Jrushchov, Doc. 15.

Kennedy mandó telegramas a sus aliados: JFKL, Kennedy-Adenauer, 16 de mayo de 1961.

El 17 de mayo, Henry Owen: JFKL, *Henry Owen, National Security Council*, 17 de mayo de 1961, NSF, caja 81, Alemania, Berlín, General, 5/61.

Owen sugirió la necesidad: DNSA, Memorando, 17 de mayo de 1961, Secreto, *Berlin Crisis*, BC02046.

A los opinadores europeos y estadounidenses: «Kennedys welker Lorbeer», *Die Zeit*, 26/05/1961; *Wall Street Journal*, 01/06/1961.

En sus páginas de opinión europea: *Wall Street Journal*, 01/06/1961.

Aunque Viena era terreno neutral: *Wall Street Journal*, 01/06/1961.

- «*Nuestros amigos*», *dijo el embajador*: AVP-RF, Carta del embajador Pervujin al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko, 19 de mayo de 1961, Archivo secreto, Fond: referentyra po GDR, opis 6, Por 34, Inv. 193/3, vol. 1, Papka 46, extraído de Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de Trabajo del CWIHP núm. 5, 90-95, Apéndice D; Murphy, Kondrashev y Bailey, *Battleground Berlin*, 362.
- Dos semanas antes de la reunión*: Mijaíl Boltunov, *Nevidimoe Oruzhie GRU* [Arma Invisible GRU]. Moscú: Olma-Press, 2002, 281-283; Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 122-123.
- Tras dejar claro que hablaba en nombre*: Boltunov, *Nevidimoe Oruzhie GRU*, 281-283; Beschloss, *Crisis Years*, 156; Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, 349-350, 354.
- Uno de los jefes de Bolshakov en Moscú*: Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 112.
- Thompson no tomó notas [...] Thompson tanteó el terreno*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 24, Telegrama de la embajada estadounidense en la Unión Soviética al Departamento de Estado, Moscú, 24 de mayo de 1961.
- Jrushchov respondió calmadamente*: DNSA, Conversación de Thompson con Jrushchov sobre Berlín previas a la Cumbre de Viena, Secreto, Telegrama, 2887, 24 de mayo de 1961.
- El telegrama posterior de Thompson*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 28, Telegrama de la embajada estadounidense en la Unión Soviética al Departamento de Estado, Moscú, 27 de mayo de 1961, 13.00.
- Ese mismo día, Kennedy*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 27, Telegrama de la misión estadounidense en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 25 de mayo de 1961, 19.00.
- Kennedy anunció un incremento*: *New York Times*, 26/05/1961.
- En respuesta directa a lo que había percibido*: Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War*, 355-357; AVP-RF, *Kuznetsov*, 26 de mayo de 1961, 3.66.311, 58-61; versión taquigrafiada, 26 de mayo de 1961, y Protocolo núm. 331, 26 de mayo de 1961, TsK KPSS.
- Jrushchov puso punto final al consejo de guerra*: Anatoly Fedorovich Dobrynin, *In Confidence: Moscow’s Ambassador to America’s Six Cold War Presidents (1962-1986)*. Nueva York: Times Books/Random House, 1995, 44-45; AVP-RF, *Kuznetsov*, 26 de mayo de 1961, 3.66.311, 58-61; versión taquigrafiada, 26 de mayo de 1961, y Protocolo núm. 331, 26 de mayo de 1961, TsK KPSS; AVP-RF, Lista de posibles regalos y souvenirs conmemorativos durante la estancia de N. S. Jrushchov en Austria, 27 de mayo de 1961.
- Kennedy despegó en medio de un temporal*: Beschloss, *Crisis Years*, 178; Edward M. Kennedy, *The Fruitful Bough: A Tribute to Joseph P. Kennedy*. Impresión privada, 1965, 264; Sidey, *JFK*, 173.

Utilizaba muletas, aunque nunca en público: «1961 Man of the Year-John F. Kennedy», Time, 05/01/1962; Goduti, Kennedy's Kitchen Cabinet: Shaping of American Foreign Policy, 1961-1963, 102.

10. Viena: El niño mimado contra Al Capone

- «*Estamos atrapados en una situación*»: Kenneth P. O'Donnell y David F. Powers, con Joe McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*»: *Memories of John Fitzgerald Kennedy*. Boston: Little, Brown, 1972, 292.
- «*EEUU no está dispuesto a normalizar*»: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 87, Memcon, 219.
- «*Dios, deberíamos tener una bañera*»: Edward Klein, *All Too Human: The Love Story of Jack and Jackie Kennedy*. Nueva York: Pocket Books, 1997, 267.
- Así empezaron lo que los tres hombres*: O'Donnell y Powers con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 292; Seymour M. Hersh, *The Dark Side of Camelot*. Boston: Little, Brown, 1997, 10, 228.
- Aquella mañana, entre medio millón*: Klein, *All Too Human*, 266-268.
- En el aeropuerto de Orly*: *New York Times*, 01/06/1961.
- En el boulevard Saint-Michel*: *Washington Post*, 01/06/1961.
- En el exterior, el fracaso de Kennedy*: Richard Reeves, *President Kennedy: Profile of Power*. Nueva York: Simon & Schuster, 1993, 60.
- En lo que parecía otro de los infortunios*: Robert Dallek, *An Unfinished Life: John F. Kennedy, 1917-1963*. Boston: Little, Brown, 2003, 397-399; Janet G. Travell, *Office Hours: Day and Night-The Autobiography of Janet Travell, M.D.* Nueva York: World, 1968, 3, 6, 385.
- La doctora personal de Kennedy*: JFKL, Janet G. Travell OH, Informes Médicos de la Dra. Janet Travell; Parmet, JFK, 118-123; Beschloss, *Crisis Years*, 188-191; Janet G. Travell, *Office Hours: Day and Night*.
- Conocido como «Dr. Feelgood»*: Dallek, *An Unfinished Life*, 398-399; Hersh, *Dark Side of Camelot*, 5, 235-236; Klein, *All Too Human*, 239.
- Kennedy estaba tan satisfecho*: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 147; Beschloss, *Crisis Years*, 187-191.
- Antes de la lujosa cena de estado*: Klein, *All Too Human*, 271.
- «*Te sientes como Superman*»: Klein, *All Too Human*, 240.
- «*envenenamiento intravenoso agudo y crónico por anfetaminas*»: Robert H. Ferrell, *Ill Advised: Presidential Health and Public Trust*. Columbia: University of Missouri Press, 1992, 156.
- A instancias de Bobby*: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 147, 243, 699n; John Whitcomb y Claire Whitcomb, *Real Life at the White House: Two Hundred Years of Daily Life at America's Most Famous Residence*. Nueva York: Routledge, 2000, 359.
- Eisenhower había advertido a Kennedy*: Dallek, *An Unfinished Life*, 662; Otis L. Graham

- Jr. y Meghan Robinson Wander, eds., *Franklin D. Roosevelt: His Life and Times: An Encyclopedic View*. Boston: Da Capo Press, 1985, 94-96; DDEL, Herter Papers, Reuniones con el Presidente, 1961; en FRUS, 1961-1963, vol. XXIV, Laos Crisis, Doc. 1, Memorando de la Conferencia con el presidente Eisenhower, 2 de enero de 1961.
- En contraste con sus predecesores*: Klein, *All Too Human*, 268; *New York Times*, 01/06/1961; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 289; Beschloss, *The Crisis Years*, 184; Schlesinger, *A Thousand Days*, 350-351; JFKL, *Charles E. Bohlen OH*.
- De vuelta sano y salvo a su bañera*: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 289.
- Mientras Kennedy sobrevivía como podía*: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 440.
- Diversas células del Partido Comunista*: *Washington Post*, 28/06/1961.
- «*Creo que Jrushchov quiere que el encuentro*»: Telegrama de la embajada estadounidense en la Unión Soviética al Departamento de Estado, 27 de mayo de 1961, Archivos Centrales, 611.61/5-2761, Secreto, Prioridad, Distribución Limitada, en FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 79.
- Sin mucha confianza, Thompson*: *New York Times*, 28/06/1961.
- Hinchado de orgullo, Jrushchov*: Notas de TASS. N. Novikov, en *Pravda*, 31 de mayo y 2 de junio de 1961.
- De Gaulle recordó sus palabras al líder soviético*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 30, Memcon, París, 31 de mayo de 1961.
- Pero Kennedy no creía que tratar*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 30, Memcon, París, 31 de mayo de 1961.
- Kennedy bromeó sobre lo mucho que Francia*: John F. Kennedy. *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy-Containing the Public Messages, Speeches, and Statements of the President, 1961-1963*. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1962-1964, vol. 1, 423.
- A través de la amplia cristalera*: *Washington Post*, 02/06/1961.
- Sin embargo, la estrella de la noche*: *New York Times*, 02/06/1961.
- Durante su «conversación de bañera» del día siguiente*: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 292.
- La avanzadilla de Kennedy*: Monika Sommer y Michaela Lindinger, eds., *Die Augen der Welt auf Wien gerichtet: Gipfel 1961 Chruschtschow-Kennedy*. Innsbruck y Vienna: Katalog Wien Museum, 2005, 68; *Die Illustrierte Krone*, 03/06/1961, 04/06/1961; *Österreichische Neue Tageszeitung*, 03/06/1961, 04/06/1961.
- La calva del líder soviético*: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 292-293; Dallek, *An Unfinished Life*, 404.

Tras el primer encuentro entre Kennedy: *New York Times*, 04/06/1961.

El periódico intelectual alemán: «Die Gefangenen von Wien: Das Treffen der Zwei», *Die Zeit*, 02/06/1961.

La adolescente vienesa Monika Sommer: Sommer/Lindinger. *Augen der Welt auf Wien: Gipfel 1961*.

Previendo dos largos días: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 83, Memcon, Viena, 3 de junio de 1961; 12.45.

En las reuniones previas a la cumbre: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 76.

Empeñado en desoír los consejos de sus expertos: JFKL, *Robert F. Kennedy OH*.

«“¡Error de cálculo!” “¡Error de cálculo!”»: reacción de Jrushchov según el propio Kennedy, citado en Donald Kagan. *On the Origins of War and the Preservation of Peace*. Nueva York: Anchor Books, 1996, 468-469; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 295.

Jrushchov siguió llevando la voz cantante: Beschloss, *The Crisis Years*, 197.

Jrushchov se congratuló de haber mandado: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 84, Memcon, Viena, 3 de junio de 1961, almuerzo.

Al final de la comida, Kennedy: «Contest of Wills», *Time*, 16/06/1961.

El brindis con el que los dos líderes: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 84, Memcon, Viena, 3 de junio de 1961, almuerzo.

«*No vaya divulgando esa historia*»: Paul F. Boller, *Presidential Anecdotes*. Nueva York: Oxford University Press, 1996, 302-303; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 294.

Jrushchov levantó la copa: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 84; Taubman, *Khrushchev*, 494; Beschloss, *The Crisis Years*, 189-191; Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 42-43, 669n; Hersh, *Dark Side of Camelot*, 234-237.

Después de la comida, Kennedy invitó: Dallek, *An Unfinished Life*, 406; FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 85, Memcon, Viena, 3 de junio de 1961, 15.00.

Los amigos de Kennedy, O'Donnell: Beschloss, *The Crisis Years*, 198-199; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 296.

Cuando los dos hombres regresaron: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 85.

Después de que una limusina soviética: JFKL, *Llewellyn E. Thompson OH*; Beschloss, *The Crisis Years*, 205; Dallek, *An Unfinished Life*, 408.

Kennedy había corroborado la impresión: Oleg Troyanovsky, *Cherez godi i rasstoiania: Istoriia odnoi semyi*. Moscú: Vagrius, 1997, 234.

En los años siguientes, el diplomático: Biblioteca presidencial Herbert Hoover (HHL). Documentos de H. Hoover, Transcripciones de Historia Oral, *Washington Tapes, 1965-1971*: *William L. Stearman OH*.

Afortunadamente, la residencia del embajador: O'Donnell y Powers, con McCarthy,

«Johnny, We Hardly Knew Ye», 293-294.
Dave Powers le dijo al presidente: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «Johnny, We Hardly Knew Ye», 296.
«¿Y qué querías que hiciera?»: Dallek, *An Unfinished Life*, 406.
El presidente comentó con sus amigos: Beschloss, *Crisis Years*, 199, 205; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 497; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «Johnny, We Hardly Knew Ye», 296.
Por una parte, Jrushchov: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 34.
Se trataba de la presentación de Austria: *Die Presse*, 01/06/1961; *Das Kleine Volksblatt*, 04/06/1961.
Aparte del hecho de que la comida: Sommer y Lindinger, *Augen der Welt auf Wien: Gipfel 1961*, 73; «First Lady Wins Khrushchev Too», *New York Times*, 04/06/1961.
«Señor Jrushchov»: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 166.
Kennedy estuvo algo menos elegante: *Washington Post*, 04/06/1961; Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 166.

11. Viena: La amenaza de la guerra

«EEUU no está dispuesto»: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 87, Memcon, 219.
«Nunca había conocido a un hombre»: Hersh, *Dark Side of Camelot*, 253.
«Le doy la bienvenida»: Sidey, *JFK*, 196.
Tras unos nueve minutos charlando: Beschloss, *Crisis Years*, 209-211.
En la sala de conferencias: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 87, Memcon, Viena, 4 de junio de 1961, 10.15.
Sin embargo, los soviéticos iban a retocar: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «Johnny, We Hardly Knew Ye», 294.
Jrushchov dijo que aunque EEUU discrepara: Norman Davies, *No Simple Victory: World War II in Europe, 1939-1945*. Nueva York: Viking, 2007, 24.
Con un dominio del dramatismo: Departamento de Estado de EEUU, *Documents on Germany, 1944-1985*. Washington, D.C.: Oficina del Historiador, Oficina de Asuntos Públicos, 729-732; también en el Boletín del Departamento de Estado, 7 de agosto de 1961, 231-233.
El corresponsal de la agencia Reuters, Adam Kellett-Long: Entrevista con Adam Kellett-Long, Londres, 15 y 16 de octubre de 2008.
Desde la ventana del primer piso: *New York Times*, 05/06/1961.
Los dos hombres conversaron: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 88, Memcon, Viena 4 de junio de 1961; Beschloss, *Crisis Years*, 220.

El regalo que Kennedy: Sidey, *JFK*, 200.

Ante la perspectiva de tener que poner: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 297; Dallek, *An Unfinished Life*, 412.

Su equipo lo advirtió: Beschloss, *The Crisis Years*, 220; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 297; Sidey, *JFK*, 200.

Kennedy abrió su último y breve: FRUS, 1961-1963, vol. V, Unión Soviética, Doc. 88, Memcon, Viena, 4 de junio de 1961, 15.15.

Los periódicos de Berlín: *Tagesspiegel*, 04/06/1961.

Durante el fin de semana de la Cumbre de Viena: *New York Times*, 04/06/1961; *Kurier*; *Österreichische Neue Tageszeitung*; *Neues Deutschland*.

Jrushchov sabía que había ganado [...] El líder soviético imaginaba: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 499.

Tras despedirse de Kennedy: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 500-501.

Mientras abandonaba la embajada: Beschloss, *Crisis Years*, 224.

Kennedy se llevaría consigo: DNSA, Traducción soviética del memorando sobre Alemania y Berlín, Exclusivamente para uso oficial, Telegrama, 5 de junio de 1961, Berlin Crisis: BC02081.

No. Kennedy decidió dejar en Viena: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 297; Pierre Salinger, *With Kennedy*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966, 182.

«¿Qué tal ha ido?»: John F. Stacks, *Scotty: James B. Reston and the Rise and Fall of American Journalism*. Boston: Little, Brown, 2003, 4, 198, 200.

Reston concluyó acertadamente: *New York Times*, 04/06/1961, 05/06/1961, 06/06/1961; Stacks, *Scotty*, 199.

Kennedy le aseguró a Reston: James Reston, entrevista a JFK, *New York Times*, 05/06/1961; «*Vienna Talks End*», *New York Times*, 05/06/1961; Salinger, *With Kennedy*, 181-182; David Halberstam, *The Best and Brightest*. Nueva York: Modern Library, 2001, 85-86; O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 298; Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 495.

Durante el vuelo a Londres, Kennedy: Heymann, C. David. *A Woman Named Jackie: An Intimate Biography of Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis*. Nueva York: Carol, 1994, 306.

«Todas las guerras son fruto»: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 299.

Quienes más decepcionados estaban eran aquellos: Asociación de Estudios y Formación Diplomática, *Interview with Kempton B. Jenkins, Foreign Affairs OH*. Entrevista realizada el 23 de febrero de 1995 (copyright 1998 ADST), caja: 1 Fold: 34 Jenkins, Kempton B. (1951-1980): <http://www.library.georgetown.edu/dept/speccoll/cl999.htm>.

Hablando con O'Donnell de camino: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 299-300.

El primer ministro británico Macmillan: Macmillan, Harold. *Pointing the Way, 1959-1961*, 355-359, 400; O'Brien, *JFK*, 550.

Mientras hablaban, varios altos cargos: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 34, Grabación de la conversación, Londres, 5 de junio de 1961.

El primer ministro británico canceló: Beschloss, *The Crisis Years*, 226; O'Brien, *JFK*, 551, 888; Schlesinger, *A Thousand Days*, 374-377; Alistair Horne. *Harold Macmillan: 1957-1986. vol. 2*, 303-305.

«*Por primera vez en su vida*»: Macmillan. *Pointing the Way, 1959-1961*, 357.

Macmillan le dijo a Kennedy que Occidente: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 34.

Kennedy y Macmillan accedieron a incrementar: DNSA, Nota sobre los acuerdos alcanzados durante la conversación privada entre Kennedy y el primer ministro Macmillan, 8 de junio de 1961.

En el vuelo de regreso a EEUU: «1961 Man of the Year-John F. Kennedy», *Time*, 05/01/1962.

Kennedy le dijo a su secretaria: Evelyn Lincoln, *My Twelve Years with John F. Kennedy*. Nueva York: D. McKay, 1965, 274.

Bobby se reunió con su hermano: Hersh, *The Dark Side of Camelot*, 383.

El periodista Stewart Alsop: *New York Herald Tribune*, 06/04/1961.

«*Tuve la sensación*»: JFKL, *Joseph W. Alsop OH*, núm. 1, 18 de junio de 1964.

El líder de la Alemania del Este: Cate. *The Ides of August*, 24.

Después de tanto tiempo insistiéndole: Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV, 2/202/129, Carta de Ulbricht a Jrushchov, junio de 1961, en Harrison, «*Ulbricht and the Concrete "Rose"*», Documento de Trabajo del CWIHP núm. 5, 96-97, Apéndice E.

A su regreso a Moscú desde Viena: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 365-366.

«*¡En menudos liberales os habéis convertido!*»: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 365-366.

Mientras Kennedy volvía a casa: *Washington Post*, 07/06/1961.

Aquel día, sin embargo, Jrushchov: *Washington Post*, 07/06/1961.

12. Un verano tormentoso

«*Los obreros de nuestra capital*»: *Neues Deutschland*, 16 de junio de 1961.

«*De un modo u otro, logra pasar*»: Carta de Acheson a Truman, 24 de junio de 1961 (cortesía de David Acheson); Biblioteca presidencial Harry S. Truman (HSTL), Documentos de Dean G. Acheson, Correspondencia Acheson-Truman File (1947-

1971), 1961, caja 161.

«*La cuestión de Berlín*»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 49, Informe de Dean Acheson, Washington, 28 de junio de 1961.

El problema era que Ulbricht: Gelb, *The Berlin Wall*, 97.

Cuando Ulbricht entró en la sala: Gelb, *The Berlin Wall*, 98.

La declaración inicial de Ulbricht, programada: <http://www.youtube.com/watch?v=jLhYIqiJIEA>; *Neues Deutschland*, 16 de junio de 1961; DNSA, Resumen de la conferencia de prensa de Walter Ulbricht en Berlín Este del 15 de junio, Uso oficial limitado, Airgram, 16 de junio de 1961, Berlin Crisis, BC02090.

Era la primera vez que Ulbricht mencionaba: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 180.

A las seis de la tarde: Curtis Cate, *The Ides of August: The Berlin Wall Crisis, 1961*. Nueva York: M. Evans, 1978, 64-65.

El término cada vez más utilizado: «Newsfronts: In Berlin “Torschlusspanik”», *Life*, 28 de julio de 1961, 25.

La relación entre Acheson y Kennedy: Brinkley, *Dean Acheson*, 108-109.

Acheson consideraba que su labor: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 42, Acta de la Reunión del Grupo de Coordinación Interdepartamental del Plan de Contingencia para Berlín, Washington, 16 de junio de 1961; Robert Slusser, *The Berlin Crisis of 1961: Soviet-American Relations and the Struggle for Power in the Kremlin, June-November 1961*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973, 29; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 138, 141.

El alineamiento de Acheson con los partidarios: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 42.

Aunque los presentes en la sala: «Newsfronts: JFK’s Triple Play Against Khrushchev», *Life*, 28 de Julio de 1961, 32-33; John C. Ausland y coronel Hugh F. Richardson, «Crisis Management: Berlin, Cyprus, Laos», *Foreign Affairs*, 44, núm. 2 (enero de 1966), 291-303.

Acheson le ofreció al grupo: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 141.

Ante las cámaras de televisión: *Pravda*, 18 de junio de 1961, en *The Current Digest of the Soviet Press*, 13, núm. 23 (1961), 15.

Jrushchov presentó la negativa occidental: Slusser, *Berlin Crisis of 1961*, 11-13, 18.

Uno tras otro, los héroes militares: *The Current Digest of the Soviet Press*, 13, núm. 25 (1961), 4-6 (6); Slusser, *Berlin Crisis of 1961*, 14-17.

Mientras daba los toques finales: Carta de Acheson a Truman, 24 de junio de 1961 (cortesía de David Acheson); véase también HSTL, Documentos de Dean G. Acheson, 1961, caja 161; Brinkley, *Dean Acheson*, 137-138; JFKL, *Dean G. Acheson OH*.

El 7 de julio, la revista Time: «The People: The Summer of Discontent», *Time*, 07/07/1961; *Newsweek*, 03/07/1961.

Kennedy se quejó a Salinger: JFKL, Conferencia de Prensa núm. 13, Washington, D.C., 28 de junio de, 1961, 10.00, EDST; citado en Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 188-189.

Los primeros tres párrafos del informe: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 49, Informe de Dean Acheson, Washington, 28 de junio de 1961.

El informe Acheson detallaba tres «puntos esenciales»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, 1961-1962, Doc. 52, Memorando para los archivos, Washington, sin fecha, Debate en la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 29 de junio de 1961.

El veterano no veía con buenos ojos: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, 1961-1962, Doc. 52.

Tras la reunión, Schlesinger: John Patrick Diggins, *The Liberal Persuasion: Arthur Schlesinger, Jr., and the Challenge of the American Past*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1997, 29-31; Arthur M. Schlesinger, *The Crisis of Confidence: Ideas, Power, and Violence in America*. Boston: Houghton Mifflin, 1969, 54, 60; Schlesinger, *A Thousand Days*, 384; JFKL, *Abram Chayes OH*, núm. 4, 9 de julio de 1964, 244-245, 248.

Su embajador en la Alemania del Este: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 453.

En una carta fechada el 4 de julio: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 185; AVP-RF, Carta del embajador Pervujin al ministro de Asuntos Exteriores Gromyko enviada al Comité Central el 4 de julio de 1961. Archivo secreto, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores Ruso, Fond: referentyra po GDR, op. 6, por 34, pap. 46, inv. 193/3, vol. 1, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete “Rose”», Documento de trabajo del CWIHP núm. 5, 55, 98-105, Apéndice F.

Ulbricht hacía ya tiempo que había dejado: Yuli A. Kvitsinsky (Julij A. Kwizinskij), *Vor dem Sturm: Erinnerungen eines Diplomaten*, Berlín: Siedler, 1993, 175, 179.

Desde la Cumbre de Viena, el hijo: Sergéi N. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, 453; Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 186, 216.

Aunque Ulbricht seguía exigiendo: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 505-508 (506).

Jrushchov se quejó de que quienes: Sergéi N. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, 454.

Para Walter Ulbricht aquélla fue la humillación: Karl-Eduard von Schnitzler, «Die schönste Frau der Welt-eine Deutsche!», *Junge Welt*, 20/07/1961; «Marlene Schmidt, Die Anti-Miss von 1961», *Der Spiegel*, 30/04/2001.

A sus veinticuatro años, Marlene: «Marlene Schmidt, Die Anti-Miss von 1961», *Der Spiegel*, 30/04/2001.

La revista Time no pudo resistirse: «Universal Appeal», *Time*, 28/07/1961.

La victoria de Marlene: <http://www.youtube.com/watch?v=6i9s1lIFNZqs>.

Marlene, que ganaba 53 dólares: Lee Rutherford, «Refugee Takes Universe Title»,

Washington Post, 18/07/1961.

En el caso de Marlene: «Die schönste Frau der Welt-eine Deutsche!», *Junge Welt*, 20/07/1961.

En 1962, Schmidt se convirtió en la tercera: «Marlene Schmidt, Die Anti-Miss von 1961», *Der Spiegel*, 04/30/2001.

13. «El lugar del gran reto»

«La amenaza inmediata»: JFKL, Discurso radiofónico y televisado al pueblo americano sobre la Crisis de Berlín, presidente Kennedy, La Casa Blanca, 25 de julio de 1961.

«Jrushchov está perdiendo la Alemania del Este»: JFKL, *Walt W. Rostow OH*; Walt W. Rostow, *The Diffusion of Power: An Essay in Recent History*, Nueva York: Macmillan, 1972, 231. Schlesinger, *A Thousand Days*, 394.

Mijaíl Pervujin, el embajador soviético: Kvitsinsky, *Vor dem Sturm*, 179-180; Klaus Wiegrefe, «Die Schandmauer», *Der Spiegel*, 06/08/2001, 71.

Años más tarde, Jrushchov se apuntaría: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 508; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*. Boston: Little, Brown, 1990, 169.

Conversando con el embajador de la Alemania Federal: Hans Kroll, *Lebenserinnerungen eines Botschafters*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 1967, 512, 526.

La decisión de Jrushchov había sido agónica: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 454-455; Kroll, *Lebenserinnerungen*, 512, 527; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 169.

Pervujin le comunicó a un satisfecho Ulbricht: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 186; Wiegrefe, «Die Schandmauer», 71; Kvitsinsky, *Vor dem Sturm*, 180-181.

La única forma de cerrar la frontera: Kvitsinsky, *Vor dem Sturm*, 179-181; Grupo de Información y Análisis Central del Ministerio de Seguridad Estatal (ZAIG), *Protokol über die Besprechung am 07.07.1961*, Alto Secreto, Ministerium für Staatssicherheit (MfS) 4899, 9; Uhl y Wagner, «Another Brick in the Wall: Reexamining Soviet and East German Policy During the 1961 Berlin Crisis: New Evidence, New Documents», Documento de Trabajo del CWIHP, publicado como «Storming On to Paris: The 1961 “Buria” Exercise and the Planned Solution of the Berlin Crisis», en Mastny, Holtmark y Wenger, *War Plans and Alliances in the Cold War*, 46-71; Wiegrefe, «Die Schandmauer», 71.

Los soviéticos no debían subestimar: SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/202/130, «Besondere Informationen an Genossen Walter Ulbricht», Bd. 6, 15 de julio de 1961; Patrick Major, *Behind the Berlin Wall: East Germany and the Frontiers of Power*. Nueva

York: Oxford University Press, 2010, 110.

Tras ganar el premio Pulitzer: Schlesinger, *A Thousand Days*, 255-256; A. J. Langguth, *Our Vietnam: The War 1954-1975*. Nueva York: Simon & Schuster, 2000, 136-137.

Schlesinger estaba decidido: Schlesinger, *A Thousand Days*, 383-384, 386-387.

Cuando el febrero anterior Kennedy: Schlesinger, *A Thousand Days*, 381; Chace, *Acheson*, 391; McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years*. Nueva York: Random House, 1988, 375-376.

El 7 de julio, después de una reunión: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 57, JFKL, POF, Memorando del asistente especial del presidente (Schlesinger) para el presidente Kennedy; el subsecretario de Estado Bowles envió a Rusk un memorando similar el 7 de julio, expresando su preocupación sobre la tendencia del pensamiento estadounidense sobre Berlín; véase Departamento de Estado, Archivos Centrales 762.00/7-761.

Schlesinger había previsto correctamente: Schlesinger, *A Thousand Days*, 386.

«*La premisa de Acheson*»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 57.

Al mismo tiempo, a Kennedy le llegaron: Schlesinger, *A Thousand Days*, 388; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 160.

Henry Kissinger pasaba sólo uno o dos días: Walter Isaacson, *Kissinger: A Biography*. Nueva York: Simon & Schuster Paperbacks, 2005, 110-113; W. R. Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2010, 35-38.

Por su parte, Kissinger acusaba a Bundy: Henry Kissinger, *White House Years*. Boston: Little, Brown, 1979, 13-14.

Por todo ello, Kissinger formuló: JFKL, Henry Kissinger, Memorando para el Presidente, Tema: Berlín, 7 de julio de 1961, 1-2.

En una nota a Schlesinger, Kissinger: W. R. Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 38; Jeremy Suri, *Henry Kissinger and the American Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2007, 175-176.

El presidente Kennedy estaba contrariado: «Kennedy Confers on Berlin Issues», *New York Times*, 09/07/1961; «Kennedy to Meet 3 Aides on Berlin», *New York Times*, 08/07/1961; Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 192.

Meter la pata en Laos: Schlesinger, *A Thousand Days*, 390.

Las noticias que llegaban de la Unión Soviética: Nikita S. Jrushchov, *Communism-Peace and Happiness for the Peoples*, vol. 1, *January-September 1961*. Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1963, 288-309, Discurso durante la recepción del Comité Central del PCUS y el Consejo de Ministros de la URSS a los graduados de las academias militares, 8 de Julio de 1961; «Khrushchev Halts Troop Reduction; Raises Arms Fund», «Excerpts From Khrushchev's Address on Arms Policy», *New York Times*, 09/07/1961.

- Kennedy reaccionó con furia*: *Newsweek*, 03/07/1961.
- Jrushchov había respondido al artículo de Newsweek*: Beschloss, *Crisis Years*, 244; «West Is Drafting Reply to Soviet on German Issues», *New York Times*, 30/06/1961, 01/07/1961, 05/07/1961, 14/07/1961; «British Envoy Tells Khrushchev Soviet Policy on Berlin Is Illegal», *New York Herald Tribune*, 06/07/1961; «Matter of Fact: Khrushchev as Hitler», *Washington Post*, 12/07/1961; Martin McCauley, ed., *Khrushchev and Khrushchevism*, Bloomington: Indiana University Press, 1987, 222.
- Cuando Rusk replicó que el texto*: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 192; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 153-154.
- A continuación el presidente se volvió*: Gelb, *The Berlin Wall*, 112.
- Martin Hillenbrand, jefe de la sección*: Beschloss, *The Crisis Years*, 246-248; *New York Times*, 09/07/1961, 14/07/1961; Schlesinger, *A Thousand Days*, 752; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 153-154.
- «Quiero el maldito documento»*: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 192.
- Kennedy tomó un baño caliente*: Evelyn Lincoln, *My Twelve Years with John F. Kennedy*. Nueva York: D. McKay, 1965, 232-233, 278.
- «Finalmente, me gustaría concluir»*: Discurso radiofónico y televisado al pueblo americano sobre la Crisis de Berlín, presidente Kennedy, La Casa Blanca, 25 de julio de 1961.
- Le preguntó Kennedy a su secretaria*: Lincoln, *My Twelve Years with John F. Kennedy*, 233-234.
- El 13 de julio, en la Sala del Gabinete*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 66, Memorando del debate en el Consejo de Seguridad Nacional, Washington, 13 de Julio de 1961, redactado por Bundy el 24 de julio de 1961; Brinkley, *Dean Acheson*, 144.
- Bundy planteó cuatro alternativas*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 66n3, Memorando elaborado por Bundy sobre la planificación de opciones militares en Berlín en el que se señalan cuatro alternativas.
- El presidente escuchó mientras*: JFKL, NSF, Reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, Alto Secreto, elaborado por Bundy el 24 de julio de 1961, Memorando del debate en el Consejo de Seguridad Nacional; en FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 66.
- La frustración de Acheson*: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 182.
- Durante la segunda reunión clave*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 77, Memorando de actas de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, Washington, 19 de Julio de 1961, elaborado por Bundy el 25 de julio de 1961.
- El embajador Thompson no estaba en la sala*: Theodore C. Sorensen, *Kennedy*. Nueva York: HarperCollins, 1965, 589.
- Durante una reunión del Consejo de Seguridad Nacional*: Catudal, *Kennedy and the*

- Berlin Wall Crisis*, 180; Beschloss, *The Crisis Years*, 257.
- El día anterior a la hora de comer*: Cate, *The Ides of August*, 108-111; entrevista del autor con James O'Donnell.
- «Porque Berlín Oeste, situado»*: JFKL, Discurso radiofónico y televisado al pueblo americano sobre la Crisis de Berlín, presidente Kennedy, La Casa Blanca, 25 de julio de 1961.
- O'Donnell sugirió una solución rápida*: Gelb, *The Berlin Wall*, 118.
- «La reacción ante las palabras del presidente»*: Gelb, *The Berlin Wall*, 118; entrevista del autor con Karl Mautner.
- El énfasis sobre Berlín Oeste*: Beschloss, *Crisis Years*, 264; *New York Times*, 03/08/1961; *Der Tagesspiegel*, 02/08/1961; *Neues Deutschland*, 02/08/1961; JFKL, Bundy-JFK, 4 de agosto de 1961; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 201-203.
- La interpretación de Fulbright del tratado*: Ann Tusa, *The Last Division: A History of Berlin, 1945-1989*. Londres: Hodder and Stoughton, 1997, 257; *Washington Post*, 31/07/1961; *New York Times*, 03/08/1961.
- A primeros de agosto, Kennedy*: JFKL, *Walt W. Rostow OH*; Rostow, *Diffusion of Power*, 231; Beschloss, *The Crisis Years*, 265; Schlesinger, *A Thousand Days*, 394; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 201.
- Hacia una mañana sofocante en Moscú*: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 192-194; SAPMO-BArch, ZPA, DY, 30/3682; Uhl y Wagner, «Another Brick in the Wall», Documento de Trabajo del CWIHP, publicado en «Storming On to Paris», en Mastny, Holtmark y Wenger, *War Plans and Pliiances in the Cold War*, 46-71; Aleksandr Fursenko, «Kak Byla Postroena Berlinskaia Stena», en *Istoricheskie Zapiski*, núm. 4 (2001), 78-79.
- Los dos hombres habían estado siguiendo*: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 377, 379-380.
- «¿Cuándo sería el mejor momento para usted?»*: Fursenko, «Kak Byla Postroena Berlinskaia Stena», 78.
- Jrushchov comentó que el trece*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 506.
- «En las casas que tienen salida»*: Fursenko, «Kak Byla Postroena Berlinskaia Stena», 79.
- «Cuando se cierren las fronteras»*: RGANI, Jrushchov-Ulbricht, 1 de agosto de 1961, Documento núm. 521557, 113-146. Documento y cita amablemente cedidos por Dr. Matthias Uhl.
- Incluso se refirió con nostalgia*: Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, 502; Vladislav M. Zubok, «Khrushchev's Secret Speech on the Berlin Crisis, August 1961», CWIHP-B, núm. 3, otoño de 1993, 58-61; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 50. Conferencia de primeros secretarios del Comité Central y de los Partidos Obreros Comunistas de los países socialistas para intercambiar opiniones sobre

cuestiones relacionadas con la preparación y la conclusión del tratado de paz con Alemania, 3-5 de agosto de 1961 [Las transcripciones de la reunión se pueden encontrar en los documentos varios del Departamento Internacional del Comité Central, TsKhSD], 11, 142-144, 156-157.

Wismach abandonó Berlín Este: Bundesministerium für Gesamtdeutsche Fragen, ed., *Die Flucht aus der Sowjetzone und die Sperrmassnahmen des kommunistischen Regimes vom 13. August 1961 in Berlin*. Bonn/Berlín, 7 de septiembre de 1961, vol. 2, Doc. núm. 95, 81-82; Archiv Deutschlandradio. Sendung: Die Zeit im Funk, Reporter: Hans-Rudolf Vilter, *RIAS-Interview mit dem nach West-Berlin geflüchteten Kurt Wismach, der Walter Ulbricht während seiner Rede im Kabelwerk Oberspree am 10. August 1961 mehrfach unterbrach, 17. August 1961*: <http://www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Start/Index/id/631935/item/34/page/0>.

14. El muro: Armando la trampa

«*La RDA tenía que competir*»: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*. Boston: Little, Brown, 1970, 454.

«*Nos adentramos en un período*»: Bernd Eisenfeld y Roger Engelmann, *13.8.1961: Mauerbau-Fluchtbewegung und Machtsicherung*. Bremen: Temmen, 2001, 48; Behörde der Bundesbeauftragten für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der Ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik (BStU), MfS, ZA, ZAIG núm. 4900, Aus dem Protokoll über die Dienstbesprechung im MfS am 11. August 1961, Bl.3-6.

Sólo tres semanas antes: Harrison, *Driving the Soviets up the Wall*, 187-188; Uhl y Wagner, «Another Brick in the Wall», Documento de trabajo del CWIHP, publicado en «Storming On to Paris», en Mastny, Holtsmark y Wenger, *War Plans and Alliances in the Cold War*, 46-71; SAPMO-BArch, ZPA, J IV 2/202-65; Klaus Froh y Rüdiger Wenzke, eds., *Die Generale und Admirale der NVA: Ein biographisches Handbuch*. Berlín: Christoph Links, 2007, 198; Peter Wyden, *Wall: The Inside Story of Divided Berlin*. Nueva York: Simon & Schuster, 1989, 88.

La actividad febril había suplido: Cate, *The Ides of August*, 222.

Varios cientos de miembros: Wyden, *Wall-The Inside Story of Divided Berlin*, 134, 140.

Desde el momento en que la policía: Eisenfeld, *13.8.1961*, 49.

Ulbricht dio los últimos retoques: William I. Hitchcock, *The Struggle for Europe: The Turbulent History of a Divided Continent, 1945-2002*. Nueva York: Doubleday, 2003, 218.

Sin revelar ninguna emoción, Ulbricht: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 380; AVP-RF, Pervujin a Jrushchov, 10 de agosto de 1961, 3-64-745, 125; Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 505.

Jrushchov recibió la noticia: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 454, 456-457.
A sus sesenta y tres años, Konev: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 382; Cate, *The Ides of August*, 178-182.

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial: Antony Beevor, *Berlin: The Downfall, 1945*. Nueva York: Viking, 2002, 16.

Jrushchov había diseñado el plan: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 458.
A sus veintiséis años, Adam Kellett-Long: Christopher Hilton, *The Wall: The People's Story*. Stroud, Inglaterra: Sutton, 2001, 25; Cate, *The Ides of August*, 236-238.

Más tarde, Kellett-Long escribiría: Entrevista con Adam Kellett-Long, Londres, 15 y 16 de octubre de 2008.

Kellett-Long regresó a su oficina: Peter Wyden, «Wir machen Berlin dicht-Die Berliner Mauer (III) Der. 13. August», *Der Spiegel*, 16/10/1989.

Mielke rezumaba confianza en sí mismo: Henning Köhler, *Adenauer: Eine politische Biographie*. Fráncfort del Main: Propyläen, 1994, 39.

En 1931, y con sólo veinticuatro años: Heribert Schwan, *Erich Mielke: Der Mann, der die Stasi war*. Múnich: Droemer Knaur, 1997, 31, 58.

«Hoy empieza un nuevo capítulo»: Eisenfeld, 13.8.1961, 47-49; BStU, MfS, ZA, ZAIG Nr. 4900, Aus dem Protokoll über die Dienstbesprechung im MfS am 11. August 1961, Bl. 3-6.

En Kreuzberg, un barrio cercano: Cate, *The Ides of August*, 207; entrevista con Klaus Schulz-Ladegast, Berlín, 12 de octubre de 2008.

La empresa de autobuses turísticos Severin + Kühn: Cate, *The Ides of August*, 3, 68-69, 208, 211, 230.

Con voz ronca y emocionada, el alcalde: Rede des Regierenden Bürgermeisters von Berlin, Willy Brandt, auf dem Kongress anlässlich des Deutschlandtreffens der SPD (Discurso de Brandt durante el congreso del SPD), 12 de agosto de 1961, en Sozialdemokratische Partei Deutschlands, ed., *Tatsachen-Argumente*, núm. 21, 08/21/1961, 4-11; chronik-dermauer.de; *Chicago Daily Tribune*, 13/08/1961.

Mientras Brandt estaba en Núremberg: Rede von Bundeskanzler Dr. Konrad Adenauer auf einer CDU-Wahlkampfkundgebung in Lübeck (Discurso de Adenauer en un mitin de campaña de la CDU en Lübeck), 12 de agosto de 1961, Stiftung Bundeskanzler Adenauer-Haus, www.chronik-der-mauer.de.

Walter Ulbricht apareció extrañamente: Frederick Taylor, *The Berlin Wall: A World Divided, 1969-1989*. Nueva York: HarperCollins, 2007, 159; Grimm, *Politbüro Privat*, 161; Klaus Wiegrefe, «Die Schandmauer», *Der Spiegel*, 06/08/2001, 64-65.

Sus invitados también se preguntaban: Wiegrefe, «Die Schandmauer».

Sólo unos pocos invitados sabían: Erich Honecker, *From My Life*. Nueva York: Pergamon, 1981, 121; Hilton, *The Wall*, 31, 34-35.

Aparentemente ajeno a lo que sucedía en Berlín: *Los Angeles Times*, 13/08/1961.

Jrushchov había pronunciado un discurso: DNSA, Análisis del discurso de Jrushchov durante el Encuentro de Amistad Soviético-Rumana del 11 de agosto, Telegrama confidencial, 12 de agosto de 1961.

El secretario de estado Rusk había enviado: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 103, Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Alemania, 12 de agosto de 1961, 18.26.

Hoffmann dio el parte a sus hombres: Cate, *The Ides of August*, 229-224; Wyden, *Wall*, 137-138; Lt. Col. Descripción de Martin Herbert Löffler, realizada en Bonn, el 21 de septiembre de 1961, *Berliner Morgenpost*, 22/09/1962; Servicio de Información de Prensa Extranjera de la URSS (versión inglesa), 24 de septiembre de 1962; *Washington Post*, 22/09/1962; *New York Times*, 22/09/1962; *Rheinische Merkur*, *Christ + Welt*, 28/09/1962; Wiegrefe, «Die Schandmauer».

A las 22.00 Honecker: Honecker, *From My Life*, 211.

La poca información: Norbert F. Pötzl, *Erich Honecker: Eine Deutsche Biographie*. Stuttgart y Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2.^a ed., 2002, 71; *Die Welt*, 08/06/2001; Ejército de la Paz y el Socialismo, *Geschichte der Nationalen Volksarmee*. Berlín: Militärverlag der DDR, 1985, 244, 246.

En total, unos 8.200 policías: Pötzl, *Erich Honecker*, 72.

Ulbricht echó un vistazo a su reloj: Honecker, *From My Life*, 210; Pötzl, *Erich Honecker*, 72.

Nadie protestó: Kvitsinsky, *Vor dem Sturm*; *Berliner Zeitung*, 22/03/1993.

Kellett-Long estaba más preocupado: Wyden, *Wall-The Inside Story of Divided Berlin*, 140-141; entrevista con Kellett-Long.

Tres aullidos de sirena largos y agudos: Michael Mara, Rudi Thurow, Eckhardt Schaller y Rainer Hildebrandt, eds., *Kontrollpunkt Kohlhasenbrück-Die Geschichte einer Grenzkompagnie des Ringes um West-Berlin*. Bad Godesberg, Alemania: Hohwacht-Verlag, 1964; Gelb, *The Berlin Wall*, 151-153.

Witz, que afirmó haber sido informado: Gelb, *The Berlin Wall*, 153.

Poco antes de la una de la madrugada: Entrevista con Adam Kellett-Long, Londres, 15 y 16 de octubre de 2008.

Como respuesta, los estados miembros: Declaración de un miembro del Pacto de Varsovia, 13 de agosto de 1961, en *Pravda*, 15 de agosto de 1961; existe un extracto en Harry Hanak, *Soviet Foreign Policy Since the Death of Stalin*. Boston: Routledge, 1972, 113.

«*Esta madrugada he sido la primera persona*»: Adam Kellett-Long, «Demonstrators Defy Armed Policemen: Tense Atmosphere in East Berlin», Manchester, *Guardian*, 14/08/1961; <http://www.guardian.co.uk/world/1961/aug/14/berlinwall.germany>.

De los camiones empezaron a salir soldados: Cate, *The Ides of August*, 248-249.

Los altos cargos de las misiones estadounidense: Gelb, *The Berlin Wall*, 158-159, 162-

163.

Durante la hora que pasaron circulando: William R. Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*: «A Hell of a Lot Better Than a War», Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2009, 101-103, 174; «Wir machen Berlin dicht-Die Berliner Mauer (III) Der. 13. August», *Der Spiegel*, 16/10/1989; Mara et al., *Kontrollpunkt Kohlhasenbrück*.

Los diplomáticos se habían formado: Gelb, *The Berlin Wall*, 161-162.

A las 11 de la mañana, hora berlinesa: DNSA, Cierre por parte del Régimen de la Alemania del Este de la frontera entre Berlín Este y Berlín Oeste, Confidencial, Telegrama 176, 13 de agosto de 1961, 13.00; DNSA, Resumen de los hechos en Berlín desde primera hora de la mañana hasta media tarde, Confidencial, Telegrama 186, 13 de agosto 1961, 22.00; Archivos del Departamento de Estado, 862.181/8-1361, en FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 104.

La desorientación y la confusión: Entrevista con Klaus-Detlef Brunzel, Berlín, 23 de octubre de 2008.

Transcurrió poco tiempo antes: Entrevista con Klaus-Detlef Brunzel, Berlín, 23 de octubre de 2008.

El general Watson, el comandante: «Commandant in Berlin», *New York Times*, 14/08/1961.

También había momentos: Gelb, *The Berlin Wall*, 165.

A primera hora de la mañana: Gelb, *The Berlin Wall*, 165; Cate, *The Ides of August*, 301-302, 275.

El teniente coronel Thomas McCord: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 229-230, 232.

Todos los ojos se habían vuelto: Carta del coronel Ernest von Pawel a Catudal, 3 de agosto de 1977, en Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 234.

El subdirector de la base: Wyden, *Wall*, 92, entrevista con Pawel; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 229-230, 232-235.

«*La 19.ª División de Rifles Motorizada*»: Gelb, *The Berlin Wall*, 160.

Aquel episodio le recordó a Adam: Entrevista con Adam Kellett-Long, Londres, 15 y 16 de octubre de 2008.

En virtud de los acuerdos entre las cuatro: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 106; Howard Trivers, *Three Crises in American Foreign Affairs and a Continuing Revolution*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1972, 24-25.

Cuando oyó la noticia del cierre: Cate, *The Ides of August*, 162-163.

A continuación se dirigió hacia Berlín Este: Deutsches Rundfunkarchiv, *Stimmen des 20. Jahrhunderts CD-Berlin, 13 August 1961*, producido por el Deutsches Historisches Museum Berlin y el Deutsches Rundfunkarchiv, Fráncfort del Main y Potsdam-Babelsberg: <http://www.dra.de/publikationen/cds/stimmen/cd25.html>.

Al día siguiente Lochner le enseñó Berlín: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 115-

116; Wyden, *Wall*, 166-167; Lothar Kettenacker, *Germany 1989: In the Aftermath of the Cold War*. Londres: Pearson Longman, 2009, 51.

Desde el mediodía del sábado: *Washington Post*, 14/08/1961, 15/08/1961; *Chicago Daily Tribune*, 14/08/1961.

Honecker llamó a Ulbricht: *Washington Post*, 14/08/1961.

*Más tarde, Jrushchov declararí*a: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 455.

15. El muro: Días de desesperación

«¿Por qué iba Jrushchov?»: O'Donnell Y Powers, con McCarthy, «*Johnny, We Hardly Knew Ye*», 303.

«Los rusos [...] están convencidos»: Arthur M. Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*. Nueva York: Houghton Mifflin, 1978/2002, 430.

Hasta el 13 de agosto, Litfin: «Erstes Maueropfer Günter Litfin-“Tod durch fremde Hand”», *Der Spiegel* (online), 02/09/2007; HansHermann Hertle, *Die Todesopfer an der Berliner Mauer 1961-1989: Ein biographisches Handbuch*. Berlín: Christoph Links, 2009, 37-39.

Los dos hermanos recordaron: Christian F. Ostermann, *Uprising in East Germany 1953: The Cold War, the German Question, and the First Major Upheaval Behind the Iron Curtain*. Budapest y Nueva York: Central European University Press, 2001, 169.

Escuchó con atención las informaciones: «Scores Flee to West Despite Red Guards», *Washington Post*, 15/08/1961.

Günter Litfin sería la primera persona: *Tagesspiegel*, 25/08/1961.

Por contraste, los berlineses del Este: Cate, *The Ides of August*, 399.

Pasados poco más de dos días: Wyden, *Wall*, 221.

El corresponsal de la CBS, Daniel Schorr: Wyden, *Wall*, 220; Documentos de Daniel Schorr, Biblioteca del Congreso.

Un golpe de suerte durante la planificación: Taylor, *The Berlin Wall*, 186-187.

A consecuencia de ello, la división de Berlín: Regine Hildebrandt, entrevista, Gedenkstätte Berliner Mauer; véase también www.dradio.de: Hörbeispiel: Erinnerungen an den Bau der Berliner Mauer vor 40 Jahren: Regine Hildebrandt (SPD), Berlinerin.

Como muchos de los soldados: Jürgen Petschull, *Die Mauer: August 1961: Zwölf Tage zwischen Krieg und Frieden*. Hamburg: Gruner + Jahr, 1981, 149-152.

El joven se marchó corriendo: Peter Leibing, entrevista, 8 de octubre de 2001, www.jungefreiheit.de, Moritz Schwarz, «“Na, springt der?” Peter Leibing über die spektakuläre Flucht des DDR-Grenzers Conrad Schumann und das Foto seines Lebens».

Así, mientras Brandt se preparaba: Horst Osterheld, «*Ich gehe nicht leichten Herzens...*», *Adenauers letzte Kanzlerjahre: Ein dokumentarischer Bericht*.

- Maguncia: Matthias-Grünwald, 1986, 59-60; Konrad Adenauer, *Teegespräche 1959-1961* (Rhöndorfer Ausgabe), ed. Hanns Jürgen Küsters. Berlín: Siedler, 1988, 541, 546.
- Cuarenta y ocho horas después*: Donald P. Steury, ed., *On the Front Lines of the Cold War: Documents on the Intelligence War in Berlin, 1946 to 1961*. Washington, D.C.: CIA, Centro de Estudios de Información, 1999; Resumen semanal de Inteligencia, 17 de agosto de 1961, 576-582; VII-6: CIWS: Berlín, 17 de agosto de 1961 (MORI núm. 28205), 582.
- El primer ministro británico Macmillan, el aliado*: *Times*, Londres, 26 de agosto 1961.
- Sin embargo, la reacción de Adenauer*: Heinrich Krone, *Tagebücher*. Vol. 2: 1961-1966. Ed. Hans-Otto Kleinmann. Düsseldorf: Forschungen und Quellen zur Zeitgeschichte, 2003, 15; Konrad Adenauer, *Erinnerungen 1959-1963 (Fragmente)*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1968, 122.
- Tan sólo entonces mencionó Berlín*: Archiv für Christlich-Demokratische Politik, Aufzeichnung der Unterredung Adenauer's mit Smirnow, 16 de agosto de 1961, N. L. Globke Papers, I-070-(2/1.1); Hans-Peter Schwarz, *Konrad Adenauer*. Vol. 2: *The Statesman, 1952-1967*, traducción de Geoffrey Penny. Providence, Rhode Island: Berghahn Books, 1997, 540-541 (traducción inglesa de *Adenauer*. Vol. 2: *Der Staatsmann: 1952-1967*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1991).
- Apenas 48 horas después*: Prittie, *Konrad Adenauer*, 286; *Christian Science Monitor*, *Washington Post*, *New York Times*, 16/08/1961; *New York Times*, 30/08/1961.
- Brandt, que hasta aquel momento*: Peter Merseburger, *Willy Brandt 1913-1992: Visionär und Realist*. Stuttgart y Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2002, 406-407; *Die Zeit*, 18/08/1961.
- Brandt se dio cuenta de que seguramente*: *New York Times*, 17/08/1961; *Washington Post*, 17/08/1961; *Bild-Zeitung*, 16/08/1961.
- Tras secarse el sudor de la frente*: Archiv Deutschlandradio, *Die Zeit im Funk*, RIAS, Rede von Willy Brandt auf einer Protestkundgebung vor dem Rathaus Schöneberg, Ausschnitte (extracto del discurso de Willy Brandt ante los manifestantes en el ayuntamiento de Schöneberg, Berlín Oeste), 16 de agosto de 1961: www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Media/VideoPopup/day/16/field/audio_video/id/15023/month/August/oldAction/Detail/oldModule/Chronical/year/1961.
- La carta del alcalde Brandt, que yacía*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 117, Telegrama de la misión en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 16 de agosto de 1961, medianoche.
- «¿Confianza?», *escupió Kennedy*: Petschull, *Die Mauer*, 157; Wyden, *Wall*, 224; Jean Edward Smith, *The Defense of Berlin*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1963, 283-284; Washington, D.C., *Daily News*, 17/08/1961; Washington, D.C., *Evening Star*, 18/08/1961.

El Departamento de Estado y la Casa Blanca: Washington, D.C., *Daily News*, 17/08/1961; Washington, D.C., *Evening Star*, 18/08/1961.

Más tarde, Brandt aseguraría: Petschull, *Die Mauer*, 159; Hermann Zolling y Uwe Bahnsen, *Kalter Winter im August. Die Berlin-Krise 1961-1963. Ihre Hintergründe und Folgen*. Oldenburg y Hamburgo: Gerhard Stalling, 1967, 147.

Kennedy terminó aceptando: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 120, Carta del presidente Kennedy al alcalde Brandt, Washington, 18 de agosto de 1961; JFKL, NSF, Alemania, Berlín, Correspondencia con Brandt, Secreto.

Brandt leyó la respuesta de Kennedy: Willy Brandt, *Erinnerungen*. Fráncfort del Main: Propyläen, y Zúrich: Ferenczy, 1989, 58, 63; Merseburger, *Willy Brandt*, 405.

«¿Por qué iba Jrushchov?»: O'Donnell y Powers, con McCarthy, *«Johnny, We Hardly Knew Ye»*, 303.

Kennedy no sentía demasiada simpatía: James Reston, «Hyannisport-A Cool Summer Visitor from Washington», *New York Times*, 06/09/1961.

Durante los primeros días: JFKL, *Dr. Wilhelm Grewe OH*, 2 de noviembre de 1966, París; Reston, «Hyannisport-A Cool Summer Visitor from Washington».

Más tarde, Jrushchov reflexionó: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, 170.

Jrushchov creía que había conseguido: Taubman, *Khrushchev*, 506; Sergéi N. Jrushchov, *Krizisy i Rakety*, vol. 1, 132-135.

Jrushchov concluyó sin lugar a dudas: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 502-505, 509.

En un giro aún más dramático: «Russia Exhibits Atomic Infantry», *New York Times*, 18/08/1961; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 385.

«Otra vez jodidos»: Wyden, *Wall*, 246; Schlesinger, *A Thousand Days*, 459; Beschloss, *The Crisis Years*, 291.

Bobby recordó lo que Chip Bohlen: Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*, 429-430, cita de los documentos de RFK, *RFK*, dictado el 1 de septiembre de 1961.

No era la primera vez que el vicepresidente: Theodore C. Sorensen, *Kennedy*. Nueva York: HarperCollins, 1965, 594.

Johnson aún se mostró más reacio: Dallek, *An Unfinished Life*, 427; Petschull, *Die Mauer*, 161-162; O'Donnell y Powers, con McCarthy, *«Johnny, We Hardly Knew Ye»*, 303.

El 18 de agosto, durante el vuelo: Cate, *The Ides of August*, 405-407; JFKL, *Lucius D. Clay OH; Lucius D. Clay OH* (Columbia Oral History Project).

Ese mismo día, en su comparecencia: Wyden, *Wall*, 229; «Text of VP Johnson's Address in West Berlin», *Washington Post*, 20/08/1961; *New York Times*, 22/08/1961.

«La ciudad era como un boxeador»: «300,000 Applaud», *New York Times*, 20/08/1961.

Para Kennedy, el despliegue: Schlesinger, *A Thousand Days*, 395; Sorensen, *Kennedy*,

594.

El primer ministro británico Macmillan consideraba: Macmillan, *Pointing the Way, 1959-1961*, 393.

El comandante del operativo: William D. Ellis y Thomas J. Cunningham, *Clarke of St. Vith: The Sergeants' General*. Cleveland: Dillon/Liederbach, 1974, 260-261.

A pesar de los numerosos detalles: Wyden, *Wall*, 230-232.

El coronel Johns nunca había visto: *New York Times*, 21/08/1961.

La respuesta soviética fue débil: «Berlin Is Called a G.I. "Mousetrap"», *New York Times*, 26/08/1961.

«*Nos pareció una ofensa*»: Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008.

A las 5.30 de la mañana: Entrevista con Lucian Heichler, Association for Diplomatic Studies and Training Foreign Affairs Oral History Project, primera entrevista, 2 de febrero de 2000, [http://memory.loc.gov/cgi-bin/query/r?ammem/mfdip:@field\(DOCID+mfdip2004hei01\)](http://memory.loc.gov/cgi-bin/query/r?ammem/mfdip:@field(DOCID+mfdip2004hei01)); entrevista con James. E. Hoofnagle, Association for Diplomatic Studies and Training Foreign Affairs Oral History Project, primera entrevista, 3 de marzo de 1989, [http://memory.loc.gov/cgi-bin/query/r?ammem/mfdip:@field\(DOCID+mfdip2004hoo01\)](http://memory.loc.gov/cgi-bin/query/r?ammem/mfdip:@field(DOCID+mfdip2004hoo01)).

«*Regreso de Alemania*»: Informe del vicepresidente Johnson, Biblioteca Presidencial Lyndon B. Johnson, Archivos de seguridad del vicepresidente, Viajes del VP, Berlín, Secreto. El vicepresidente también informó a Kennedy sobre este viaje el 21 de agosto. El memorando del informe de dicha reunión se encuentra en JFKL, NSF, Alemania, Berlín.

El 22 de agosto, Ulbricht: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 385, se cita a MFA, *Gromyko and Malinovsky to the Central Committee*, 7 de Julio de 1962 (acontecimientos de 1961), 0742, 7/28/54, 10-13.

Rebosante de seguridad: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 385, se cita la carta de Ulbricht a Jrushchov, 31 de octubre de 1961, AVP-RF.

El canciller Adenauer aterrizó finalmente: «Kanzler Besuch: Keen Willydrin», *Der Spiegel*, 30/08/1961.

Muchos berlineses del Oeste: «Foes Taunt Adenauer in Berlin», *Washington Post*, 23/08/1961; *Die Zeit*, 25/03/1961.

Adenauer visitó al rey: Schwarz, *Konrad Adenauer*. Vol. 2: *The Statesman, 1952-1967*, 542; Telegrama, Adenauer a Springer, 16.08.1961; Adenauer, *Teegespräche 1959-1961*, 546.

El agente de policía de Berlín Oeste: Doris Liebermann, «“Die Gewalt der anderen Seite hat mich sehr getroffen”: Gespräch mit Hans-Joachim Lazai», en *Deutschland Archiv* núm. 39/2006, 596-607; «Wall Victim», Ida Siekmann: <http://www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Start/Detail/id/593816/page/1>.

Eran las ocho de la tarde: «Wall Victim» Bernd Lünser: <http://www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Start/Detail/id/593816/page/5>.

«Inclinad la cabeza»: Entrevista con Jörg Hildebrandt, Berlín, 17 de octubre de 2008.

Eberhard Bolle estaba tan preocupado: Entrevista con Eberhard Bolle, Berlín, 10 de octubre de 2008.

16. Un héroe vuelve a casa

«Hemos perdido Checoslovaquia»: Teleconferencia, Clay y el Departamento del Ejército, 10 de abril de 1948; comunicación referida en Lucius D. Clay, *Decision in Germany*, reimpresión, Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1970, 359-362 (361).

«¿Por qué iba alguien a querer escribir?»: JFKL, *Elie Abel OH*, 18 de marzo de 1970, 3-4; Elie Abel, «Kennedy After 8 Months Is Tempered by Adversity», *Detroit News*, 23 de septiembre de 1961.

Los berlineses aún hablaban: Andrei Cherny, *The Candy Bombers: The Untold Story of the Berlin Airlift and America's Finest Hour*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 2008, 253.

La determinación de Clay: Teleconferencia, Clay y el Departamento del Ejército, 10 de abril de 1948; comunicación referida en Lucius D. Clay, *Decision in Germany*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1970, 361.

El nombramiento de Clay: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 115.

Kennedy incluso había modificado: Jean Edward Smith, *Lucius D. Clay: An American Life*. Nueva York: Henry Holt, 1990, 651-652.

A pesar de sus dilemas, la popularidad: «Public Backs Kennedy Despite “Bad Breaks”», *Washington Post*, 25/08/1961.

A diferencia de Kennedy, Clay se dirigió: RIAS, Declaración del general Clay a su llegada a Berlín Oeste, 19 de septiembre de 1961: http://www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Media/VideoPopup/field/audio_video/id/40514/oldAction/Index/oldId/955454/oldModule/Start/page/0.

Los demócratacristianos y sus socios: Prittie, *Konrad Adenauer*, 288-291.

Oficialmente, la misión de Clay: Smith, *Lucius D. Clay*, 654.

A Martin Hillenbrand, del Departamento de Estado: Gelb, *The Berlin Wall*, 246.

Clay había desafiado a los pesimistas: http://www.uniprotokolle.de/Lexikon/Berliner_Luftbrücke.html.

El periódico de la Alemania del Este: *Washington Post*, 18/09/1961; Taylor, *The Berlin Wall: A World Divided*, 263-265.

A sus veintiún años: Entrevista con Albrecht Peter Roos, Berlín, 13 de octubre de 2008.

Como resultado del cierre de fronteras: Honoré M. Catudal, *Steinstücken: A Study in*

Cold War Politics. Nueva York: Vantage Press, 1971, 15.

Las autoridades de la Alemania del Este: *New York Times*, 22/09/1961; 23/09/1961; *Washington Post*, 22/09/1961; 23/09/1961; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 139-135; Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 131.

Sin comunicar sus planes: Catudal, *Steinstücken*, 15-16, 106.

El general Clay pasó tan sólo: Smith, *Defense of Berlin*, 309-310; Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008.

Casualmente, el comandante europeo: Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis*, 133-134.

Unos días más tarde, las tropas: Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008.

Entre dichos invitados estaban el hermano: Frank Saunders, *Torn Lace Curtain*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1982, 82-85.

A Larry Newman, que se había incorporado: Hersh, *Dark Side of Camelot*, 226-230, 237-246.

Los índices de popularidad de Kennedy: JFKL, *Elie Abel OH*, 18 de marzo de 1970, 3-4; *Detroit News*, 23 de septiembre de 1961.

El domingo, Kennedy aterrizó: Beschloss, *The Crisis Years*, 312-313; Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*, 500-501.

Siguiendo las instrucciones de Salinger: Pierre Salinger, *With Kennedy*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966, 191-192.

Jrushchov le había dicho a Sulzberger: Departamento de Estado, *Presidential Correspondence*, Lote 77 D 163. Impreso también en Cyrus L. Sulzberger, *The Last of the Giants*. Nueva York: Macmillan, 1970, 801-802.

Jarlamov respiró hondo y dijo: Sulzberger, *The Last of the Giants*, 788-806; C. L. Sulzberger, «Khrushchev Says in Interview He Is Ready to Meet Kennedy», *New York Times*, 08/09/1961.

Jrushchov también quería influir: Salinger, *With Kennedy*, 192; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 390, 397.

Kennedy llamó a Salinger: Beschloss, *Crisis Years*, 314-315; Salinger. *With Kennedy*, 192-194.

Aunque en Viena Kennedy y Jrushchov: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 395.

Kennedy repasó su discurso ante la ONU: *Christian Science Monitor*, 26/09/1961.

El presidente llevaba varias semanas trabajando: Smith, *The Defense of Berlin*, 314; *New York Times*, 26/09/1961, 29/09/1961; *Christian Science Monitor*, 09/10/1961; *Washington Post*, 11/10/1961.

Kennedy debía recuperar la iniciativa: Ralph G. Martin, *A Hero of Our Time: An Intimate Story of the Kennedy Years*. Nueva York: Macmillan, 1983, 661; Sidey, *JFK*, 245.

«Un desastre nuclear»: «Text of Kennedy Speech to U.N. Assembly», *Wall Street Journal*,

26/09/1961; «Kennedy Meets Presidential Test, Shows Nobility of Thought, Conciliatory Mood», *Washington Post*, 26/09/1961. Texto del discurso.

Pero más reveladores fueron los halagos: Smith, *The Defense of Berlin*, 314; *Neues Deutschland*, 26/09/1961.

Los editorialistas de la Alemania Federal: *Bild-Zeitung*, 26/09/1961.

El ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Federal: Smith, *The Defense of Berlin*, 314.

Los temores de Adenauer: AVP-RF, Memcon, Kuznetsov, Reunión con Kroll, 3-64-746, 29 de agosto de 1961; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 389.

En el Berliner Morgenpost: *Berliner Morgenpost*, 26/09/1961.

El columnista del New York Times: Smith, *The Defense of Berlin*, 313.

Así pues, el mariscal Konev: Smith, *The Defense of Berlin*, 315.

El 27 de septiembre, el general Clarke: Smith, *The Defense of Berlin*, 315.

Éste había ordenado a los ingenieros: Raymond L. Garthoff, «Berlin 1961: The Record Corrected», *Foreign Policy*, núm. 84 (Otoño 1991), 142-156; Freedman, *Kennedy's Wars*, 90; Donald P. Steury, «On the Front Lines of the Cold War: The Intelligence War in Berlin», presentado en «Berlin: The Intelligence War, 1945-1961». Conferencia pronunciada en el Teufelsberg Museum y en el Alliierten Museum, 10 y 12 de septiembre de 1999; extractos de discursos y debates: embajador Raymond Garthoff sobre el enfrentamiento con tanques de octubre de 1961; extraído de <https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/csi-publications/csi-studies/studies/summer00/art01.html>.

17. Póquer nuclear

«*En cierto modo existe una analogía*»: FRUS, 1961-1963, vol. VI, Intercambios entre Kennedy y Jrushchov, Doc. 21, Carta del primer ministro Jrushchov al presidente Kennedy, Moscú, 29 de septiembre de 1961; Departamento de Estado, Correspondencia presidencial: lote 77 D 163; también JFKL, NSF, Series Países, URSS, *Khrushchev Correspondence*.

«*Nuestra confianza en nuestra capacidad*»: Conferencia de Roswell L. Gilpatric, subsecretario de defensa, ante la Cámara de Comercio de Hot Springs, Virginia, el 21 de octubre de 1961, 21.00 (EST), 22.00 (EDT): <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB56/BerlinC6.pdf>; «Our Real Strength», *Time*, 10/27/1961.

Con dos periódicos doblados bajo el brazo: Salinger, *With Kennedy*, 198-199.

El hombre que había destrozado a Kennedy: FRUS, 1961-1963, vol. VI, *Kennedy-Khrushchev Exchanges*, Doc. 21, Carta del primer ministro Jrushchov al presidente Kennedy, Moscú, 29 de septiembre de 1961.

Salinger se mostró sorprendido: Salinger, *With Kennedy*, 199.

Jrushchov también se mostró dispuesto: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 137.

Además de abrir aquel canal: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 396.

Jrushchov también había impedido que Ulbricht: Archivos del SED, IfGA, ZPA, J IV 2/202/130, Carta de Jrushchov a Ulbricht, 28 de enero de 1961, en Harrison, «Ulbricht and the Concrete "Rose"», Documento de Trabajo del CWIHP núm. 5, 131, Apéndice J.

Las preocupaciones de Adenauer: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 147, Memorando del presidente Kennedy al secretario de estado Rusk, Negociaciones por Berlín, Washington, 12 de septiembre de 1961.

Una cosa era segura: Citado en James N. Giglio, *The Presidency of John F. Kennedy*. Lawrence: University Press of Kansas, 2006, 2.^a ed., 82; O'Brien, *JFK*, 552; Sidey, *JFK*, 218.

Kennedy se planteó la posibilidad: Sorensen, *Kennedy*, 553.

En una carta con fecha del 16 de octubre: FRUS, 1961-1963, vol. VI, *Kennedy-Khrushchev Exchanges*, Doc. 22, Carta del presidente Kennedy al primer ministro Jrushchov, Hyannis Port, 16 de octubre de 1961; Thomas Fensch, ed., *Top Secret: The Kennedy-Khrushchev Letters*. The Woodlands, Texas: New Century Books, 2001, 69-81.

Aquellas cifras reflejaban: *New York Times*, 16/10/1961, 17/10/1961, 18/10/1961; Slusser, *The Berlin Crisis of 1961*, 294.

El Palacio de Congresos era un edificio: *Washington Post*, 18/10/1961.

La revista Time repasó: «Communists: The Khrushchev Code», *Time*, 20/10/1961.

Aunque debía su posición: Beschloss, *The Crisis Years*, 44, 53, 461, 583; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 202.

En palabras de su colega de partido: Taubman, *Khrushchev*, 514.

Sin embargo, Jrushchov parecía más delgado: El discurso completo de Jrushchov durante la sesión inaugural del 22 Congreso del Partido se puede consultar en: *The Current Digest of the Soviet Press*, 13, núm. 49 (1962); *New York Times*, 18/10/1961, 19/10/1961, 22/10/1961.

Al día siguiente, durante una comida: David Talbot, *Brothers: The Hidden History of the Kennedy Years*. Nueva York: Free Press, 2007, 75; *New York Post*, 08/11/1961; *New York Times*, 05/11/1961.

Para cuando el plan había superado: Carl Kaysen al general Maxwell Taylor, Representante militar del presidente, «Strategic Air Planning and Berlin», 5 de septiembre de 1961, Alto Secreto. Fuente: Archivo Nacional, Grupo de Registros 218, Registros del Estado Mayor de los Mandos Conjuntos, Registros de Maxwell Taylor: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB56/BerlinC1.pdf>; véase también FRUS, 1961-1963, vol. VIII, Políticas de Seguridad Nacional, Doc. 43, Memorando del

representante militar del presidente (Taylor) al presidente Kennedy, Planificación Aérea Estratégica y Berlín, Washington, 19 de septiembre de 1961.

Kaysen admitía que eran necesarios: Carl Kaysen al general Maxwell Taylor, Representante militar del presidente, «Strategic Air Planning and Berlin», 5 de septiembre de 1961, Alto Secreto, copia suprimida, con memorando al director del Mando Conjunto Lyman Lemnitzer, cedida al Archivo de Seguridad Nacional, Archivos Nacionales, Grupo de Registros 218, Registros del Estado Mayor de los Mandos Conjuntos. <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB56/BerlinC1.pdf>.

En una Casa Blanca que: Fred Kaplan, *The Wizards of Armageddon*. Nueva York: Simon & Schuster, 1983, 299-300; Marcus G. Raskin, *Being and Doing*. Nueva York: Random House, 1971, 62-63.

Pero Kennedy, que hacía meses: Memorando del general Maxwell Taylor al general Lemnitzer, 19 de septiembre 1961; incluye memorando «Strategic Air Planning», Alto Secreto. Fuente: Archivos Nacionales, Grupo de Registros 218, Registros del Estado Mayor de los Mandos Conjuntos, Registros de Maxwell Taylor, caja 34, Memorandos para el presidente, 1961. <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB56/BerlinC3.pdf>.

El Consejo de Seguridad Nacional del día: FRUS, 1961-1963, vol. VIII, Políticas de Seguridad Nacional, Doc. 44, Memorando de la conferencia con el presidente Kennedy, Washington, 20 de septiembre de 1961.

Power había supervisado los ataques aéreos: Kaplan, *The Wizards of Armageddon*, 246; Scott D. Sagan, *The Limits of Safety: Organization, Accidents, and Nuclear Weapons*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1993, 150; U.S. Air Force, *General Horace M. Wade OH*, 10-12 de octubre de 1978, 307-308, K239.0512-1105, Centro de Investigaciones Históricas de las Fuerzas Aéreas; JFKL, NSF, Memorando de Bundy a Kennedy, 30 de enero de 1961, caja 313.

Martin Hillenbrand, director: JFKL, *Martin J. Hillenbrand OH*, Entrevistado por Paul P. Sweet, cónsul general de EEUU, Stuttgart, 26 de agosto de 1964, 8; Martin J. Hillenbrand, *Power and Morals*. Nueva York: Columbia University Press, 1949, 30.

Frío y racional, y trabajando entre bastidores: Véase el prólogo del propio Nitze a William R. Smyser, *From Yalta to Berlin: The Cold War Struggle over Germany*. Nueva York: St. Martin's Press, 1999, xiv-xv; Strobe Talbott, *The Master of the Game: Paul Nitze and the Nuclear Peace*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1988, 37, 70, 72-73.

Como jefe de planificación política: Paul H. Nitze, con Ann M. y Steven I. Rearden, *From Hiroshima to Glasnost: At the Center of Decisions-A Memoir*. Nueva York: Grove Weidenfeld, 1989, 91-92; Talbott, *Master of the Game*, 52, 58, 112.

Al igual que Acheson, Nitze: David Callahan, *Dangerous Capabilities: Paul Nitze and the Cold War*. Nueva York: HarperCollins, 1990, 216-218.

El 13 de agosto, Nitze: Callahan, *Dangerous Capabilities*, 223; Nitze, *From Hiroshima to*

Glasnost, 199-200.

Para garantizar el acceso a Berlín: Nitze, *From Hiroshima to Glasnost*, 202-204; FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 173, Actas de la reunión, Concentración militar en Berlín y planes de contingencia, Washington, 10 de octubre de 1961; Doc. 185, con Adjunto, Política estadounidense sobre acciones militares en caso de conflicto en Berlín, Washington, 20 de octubre de 1961.

El Washington Post informó de los intentos: *Washington Post*, *New York Times*, *Tagesspiegel*, *Der Kurier*, 29/10/1961; *Christian Science Monitor*, 05/09/1961; *New York Times*, 17/09/1961.

La revista Time dedicó: *Time*, 20/10/1961.

Parecía que tan sólo Macmillan: Macmillan, *Pointing the Way, 1959-1961*, 398-403; Nigel J. Ashton, *Kennedy, Macmillan and the Cold War: The Irony of Interdependence*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2002, 60-61.

Ante la falta de acuerdo entre los aliados: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 184, Actas de la reunión, Washington, 20 de octubre de 1961; también JFKL, NSF, Memorando de la reunión, Washington, 20 de octubre de 1961, 10.00, Reuniones con el presidente, Alto Secreto, redactado por Bundy.

Como tantas veces en los momentos difíciles: National Defense University, Documentos de Taylor, caja 34, Telegramas a Taylor; en FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 184.

Unas horas después de la reunión: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 185, Carta del presidente Kennedy al comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa (Norstad); con Adjunto, Política estadounidense sobre acciones militares en caso de conflicto en Berlín, Washington, 20 de octubre de 1961.

Bruce aseguró que al aceptar la construcción: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 183, Telegrama de la embajada en el Reino Unido al Departamento de Estado, Londres, 20 de octubre de 1961, 16.00.

Se trataba de un escenario insólito: Beschloss, *The Crisis Years*, 329; Benjamin C. Bradlee, *Conversations with Kennedy*. Nueva York: W. W. Norton, 1975, 230.

Ellsberg, que ignoraba la existencia: Wyden, *Wall*, 258.

«*En una respuesta conjunta con nuestros*»: Conferencia de Roswell L. Gilpatric, subsecretario de defensa, ante la Cámara de Comercio de Hot Springs, Virginia, el 21 de octubre de 1961: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB56/BerlinC6.pdf>; «Gilpatric Warns U.S. Can Destroy Atom Agresor», *New York Times*, 22/10/1961; «Our Real Strength», *Time*, 27/10/1961.

Más tarde, Jrushchov recordaría que Konev: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 459.

18. Enfrentamiento en Checkpoint Charlie

- «*No creo que me enviara*»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 181, Carta del representante especial del presidente en Berlín (Clay) al presidente Kennedy, Berlín, 18 de octubre de 1961.
- «*Teniendo en cuenta la naturaleza de las cosas*»: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 193, Telegrama del Departamento de Estado a la misión en Berlín, Washington, 26 de octubre 1961, 20.11; Departamento de Estado, Archivos Centrales, 762.0221/10-2661.
- La tarde que desencadenó la crisis*: Slusser, *The Berlin Crisis of 1961*, 377-378; Smith, *The Defense of Berlin*, 319-320.
- Lightner sabía que existía una vaga*: Bruce W. Menning, «The Berlin Crisis of 1961 from the Perspective of the Soviet General Staff», en William W. Epley, ed., *International Cold War Military Records and History*. Actas de la Conferencia Internacional sobre Historia y Archivos Militares de la guerra fría, celebrada en Washington, D.C., 21-26 de marzo de 1994, 10-13; Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 135; Gerhard Wettig, *Chruschtschows Berlin-Krise 1958 bis 1963: Drohpolitik und Mauerbau*. Múnich y Berlín: R. Oldenbourg, 192.
- Al parecer, Ulbricht había dado*: Cate, *The Ides of August*, 476; Slusser, *The Berlin Crisis of 1961*, 353-358.
- Alentado por Clay, aquella semana*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 189, Telegrama de la misión en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 24 de octubre de 1961, 13.00, elaborado por Lightner.
- Clay no estaba de acuerdo*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 181, Carta del representante especial del presidente en Berlín (Clay) al presidente Kennedy, Berlín, 18 de octubre de 1961; Smith, *Lucius D. Clay*, 642-643; 651-654; JFKL, *Lucius D. Clay OH*, 1 de julio de 1964.
- A diferencia de Clay, Lightner*: Cate, *The Ides of August*, 476; Smith, *The Defense of Berlin*, 319; Raymond L. Garthoff, *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations From Nixon to Reagan*. Washington, D.C.: Brookings Institution Press, 1994; Smith, *Lucius D. Clay*, 659; HSTL, *E. Allan Lightner OH*, 26 de octubre de 1973.
- Lightner les había dicho a sus amigos*: Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008; Gelb, *The Berlin Wall*, 250-253; HSTL, *E. Allan Lightner OH*, 26 de octubre de 1973.
- El guión de aquella noche quiso*: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 186, Telegrama de la misión en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 23 de

octubre de 1961, 14.00; Cate, *The Ides of August*, 476-480.

«Mire», le dijo a Lightner al policía: Cate, *The Ides of August*, 477.

Más o menos en aquel preciso instante, los cuatro: «U.S. Protests to Soviet», *New York Times*, 24/10/1961.

Para cuando el Volkswagen de Lightner: *The Atlantic Times*, octubre de 2005: William R. Smyser, «Tanks at Checkpoint Charlie. In October 1961, the World Faced a War»: http://www.atlantic-times.com/archive_detail.php?recordID=319; Cate, *The Ides of August*, 479-480, 484.

En cuanto la radio de la Alemania del Este: Cate, *The Ides of August*, 479-480; Howard Trivers, *Three Crises in American Foreign Affairs and a Continuing Revolution*, 41-44.

En Washington, Kennedy: Ashton, *Kennedy, Macmillan and the Cold War*, 62; Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 249; Norman Gelb, *The Berlin Wall: Kennedy, Khrushchev, and a Showdown in the Heart of Europe*. Nueva York: Dorset Press, 1986, 253; Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 137.

El asesor de seguridad nacional Bundy: Ann Tusa, *The Last Division: A History of Berlin, 1945-1989*. Londres: Hodder y Stoughton, 1997, 330; JFKL, NSF, Memorando de Bundy al presidente, 28 de agosto de 1961, Box 86, Berlin; Wyden, *Wall*, 264.

Aunque en su carta Clay: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 181, Carta del representante especial del presidente en Berlín (Clay) al presidente Kennedy, Berlín, 18 de octubre de 1961; también en JFKL, NSF, Alemania, Berlín, general Clay, Alto Secreto.

Dicho eso, Clay ofrecía su dimisión: Smith, *Lucius D. Clay*, 662-663.

En un momento en el que Kennedy: Frédéric Bozo, *Two Strategies for Europe: De Gaulle, the United States, and the Atlantic Alliance*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2001, 70, 71; Ashton, *Kennedy, Macmillan and the Cold War*, 62.

De Gaulle había mostrado su desconformidad: Charles de Gaulle, *Lettres, notes et carnets (1961-1963)*. París: Plon, 1986, 155-158; William R. Smyser, «Zwischen Erleichterung und Konfrontation. Die Reaktionen der USA und der UdSSR auf den Mauerbau», en Hans-Hermann Hertle, Konrad Hugo Jarausch y Christoph Klessmann, eds., *Mauerbau und Mauerfall: Ursachen-Verlauf-Auswirkungen*. Berlín: Christoph Links, 2002, 147-158 (151).

A pesar de su dureza, la carta: JFKL, POF, Intercambio epistolar De Gaulle-Kennedy, caja 116A.

A pesar de los dos meses de esfuerzos: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 176, Telegrama 1025 del Departamento de Estado a la Embajada en Alemania, Washington, 13 de octubre de 1961; una carta similar se envió a De Gaulle: Telegrama 2.136 a París, 13 de octubre de 1961, en Departamento de Estado, Archivos Centrales, 762.00/10-1361.

Con ese prelude, el embajador: Cornelius Ryan, *The Longest Day: June 6, 1944*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994, 107.

De Gaulle le dijo a Gavin: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 187, Telegrama de la embajada en Francia al Departamento de Estado, París, 23 de octubre de 1961.

Envalentonado por el éxito: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 189, Telegrama de la misión en Berlín al Departamento de Estado, Berlín, 24 de octubre de 1961, 13.00.

El personal de la Casa Blanca consideraba: Gelb, *The Berlin Wall*, 127-128; Cate, *The Ides of August*, 101.

Después de que el embajador Gavin no: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 188, Memcon, Carta del canciller Adenauer al presidente, Washington, 24 de octubre de 1961; *New York Times*, 25/10/1961, 26/10/1961.

Grewe sabía que Adenauer: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 164; véase también Reunión Rusk-Gromyko, Memcon, 30 de septiembre de 1961, en Departamento de Estado, Archivos Centrales, 611.61/9-3061.

Dirigiéndose a Lightner, Kohler: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 190, Memorando del subsecretario de Estado para Asuntos Europeos (Kohler) al secretario de estado Rusk, Washington, 24 de octubre de 1961, en Departamento de Estado, Archivos Centrales, 762.00/10-2461.

El primer teniente del Ejército de Estados Unidos: Entrevista con Vern Pike, Washington, D.C., 17 de noviembre de 2008. Véase también su libro no publicado *Checkpoint Charlie's Angels* (escrito con Edward W. Plaisted).

En un momento dado, una mujer: *Der Kurier*, 28/10/1961, 29/10/1961.

El alto mando estadounidense había: «U.S. Tanks Face Soviet's at Berlin Crossing Point», *New York Times*, 28/10/1961.

Al tiempo que los soviéticos enviaban: Gelb, *The Berlin Wall*, 248; Smith, *The Defense of Berlin*, 324; FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 193, Telegrama del Departamento de Estado a la misión en Berlín, Washington, 26 de octubre de 1961, 20.11.

Clay no había estado nunca tan convencido: Departamento de Estado, Archivos Centrales, 762.0221/10-2661: Telegrama 835 (de Clay a Rusk), 26 de octubre de 1961, 13:00, mencionado en FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 193.

Clay incluso había detallado: Departamento de Estado, Archivos Centrales, 762.0221/10-2561: Telegrama 824 (de Clay al Departamento de Estado), 25 de octubre de 1961, 12.34; El secretario Ball discutiendo el plan del general Clay: *ibid.*, Doc. 178: Memorando del secretario de estado en funciones Ball al presidente Kennedy, Acción para afrontar un posible cierre del paso fronterizo de Friedrichstrasse a Berlín Este,

Washington, 14 de octubre de 1961; *ibid.*, Doc. 180, Telegrama del Departamento de Estado a la misión en Berlín, Washington, 18 de octubre de 1961; Archivos de Seguridad Nacional, Berlín, Norstad, fechado el 26/10/1961: Norstad a Clarke (CINCUSAREUR), 36.

«*Dirija los tanques*»: Oleg V. Volobuev y Alexei Serov, eds., *Nikita Khrushchev: Life and Destiny*. Moscú: Novosti Press, 1989, 27; Wyden, *Wall*, 264.

Lo cierto, sin embargo, era que los soviéticos: Menning, «The Berlin Crisis of 1961 from the Perspective of the Soviet General Staff», 141.

La opinión de Clay era clara: Wyden, *Wall*, 263.

A finales de octubre, Bobby: James W. Symington, *The Stately Game*. Nueva York: Macmillan, 1971, 144; Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*, 499-500.

El hermano del presidente, que organizaba: JFKL, *Robert F. Kennedy OH*, Entrevista de John Bartlow Martin, 1 de marzo de 1964.

Bobby Kennedy recordaría más tarde: Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 403-404.

Más tarde, el fiscal general: JFKL, *Robert F. Kennedy OH*, Entrevista de John Bartlow Martin, 1 de marzo de 1964; Schlesinger, *Robert Kennedy and His Times*, 500.

La noche del viernes 27 de octubre: FRUS, 1961-1963, vol. XIV, Berlin Crisis, 1961-1962, Doc. 197.

Tras una tarde de tensiones: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament*, 507.

Poco después de las 10.30 de la mañana: Entrevista con Adam Kellett-Long, Londres, 15 y 16 de octubre de 2008; entrevista en la NPR.

Epílogo: Réplicas

«*Soy plenamente consciente*»: Harold Macmillan, *At the End of the Day*, 1961-1963. Nueva York: Harper & Row, 1973, 182-183.

«*Hay mucha gente en el mundo*»: JFKL, Discurso de Kennedy ante los berlineses, Rudolph Wilde Platz, Berlín Oeste, 26 de junio de 1963.

La primera escena tuvo lugar: <http://www.chronik-der-mauer.de/index.php/de/Start/Detail/id/593928/page/5>; *Berliner Morgenpost*, 13/08/2006; Hilton, *The Wall*, 164-168.

Al mismo tiempo, y a más de un océano: Beschloss, *Crisis Years*, 412-415; Taubman, *Khrushchev*, 549-551; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, 451; Raymond L. Garthoff, *Reflections on the Cuban Missile Crisis*. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1987, 18-22, 208 (incluye tabla con tipos y número de misiles).

El asesinato de Fechter: «City's Mood: Anger and Frustration», *New York Times*, 26/08/1962.

- Mientras tanto, en Cuba*: Anatoli I. Gribkov y William Y. Smith, «*Operation Anadyr*»: *U.S. and Soviet Generals Recount the Cuban Missile Crisis*. Chicago: Edition Q, 1994, 5-7, 24, 26-57; Taubman, *Khrushchev*, 550; Fursenko y Naftali, *One Hell of a Gamble*, 188-189, 191-193.
- El 22 de agosto, la CIA*: FRUS, 1961-1963, vol. X, Cuba, enero de 1961-septiembre de 1962, Doc. 383, Memorando del asesor especial del presidente (Schlesinger) al asesor especial del presidente para cuestiones de Seguridad Nacional (Bundy), Washington, 22 de agosto de 1962, CIA, Oficina de Inteligencia, núm. 3047/62, Memorando de Inteligencia, 22 de agosto de 1962: «Recent Soviet Military Aid to Cuba».
- Aunque la historia loaría a Kennedy*: Arnold L. Horelick, «The Cuban Missile Crisis: An Analysis of Soviet Calculations and Behavior», *World Politics*, 16 (abril de 1964), 363-389; Graham T. Allison, *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston: Little, Brown, 1971, 40-56, 102-117.
- Con ello, el senador por Arkansas expresó*: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 90; JFKL, Bundy-JFK, 4 de agosto de 1961; Beschloss, *The Crisis Years*, 264; Larson, Deborah Welch. *Anatomy of Mistrust: U.S.-Soviet Relations During the Cold War*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2000, 134.
- A falta de una declaración del presidente en sentido contrario*: Larson, *Anatomy of Mistrust*, 134.
- «*Cuando se cierren las fronteras*»: RGANI, Jrushchov-Ulbricht, 1 de agosto de 1961, Documento núm. 521557, 113-146. Documento y cita amablemente proporcionados por Dr. Matthias Uhl.
- Sus críticos aseguraron que la decisión*: Arkady N. Shevchenko, *Breaking with Moscow*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985, 117-118.
- En relación con Cuba, Jrushchov*: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 536.
- A pesar de los reveses de su primer año*: John C. Ausland, *Kennedy, Khrushchev, and the Berlin-Cuba Crisis, 1961-1964*. Oslo: Scandinavian University Press, 1996, 43-45; FRUS, 1961-1963, vol. XV, Berlin Crisis, 1962-1963, Doc. 34, Memcon, Bonn, 13 de abril de 1962; también en Departamento de Estado, Archivos Centrales, 740.5/4-1362, Alto Secreto, Distribución Limitada; Freedman, *Kennedy's Wars*, 112-113.
- Adenauer, que ya no podía seguir ocultando*: Schwarz, *Konrad Adenauer*. Vol. 2: *The Statesman*, 608; Archiv für Christlich-Demokratische Politik, Krone Diary, 14 de abril de 1962.
- A continuación envió una áspera nota*: JFKL, NSF, Alemania y Europa, caja 78; Rudolf Morsey y Hans-Peter Schwarz, eds., *Adenauer: Briefe, 1961-1963* (Rhöndorfer Ausgabe), ed. Hans Peter Mensing, Stiftung Bundeskanzler-Adenauer-Haus, Paderborn, Alemania: Ferdinand Schoeningh, 2006, 111.
- Al mismo tiempo que ultimaba los detalles*: FRUS, 1961-1963, vol. XV, Berlin Crisis, 1962-1963, Doc. 73, Mensaje del primer ministro Jrushchov al presidente Kennedy,

sin fecha pero con una nota a mano: «Recibido en la Casa Blanca el 5 de julio de 1962»; véase también Doc. 76: Memcon Rusk-Dobrynin, 12 de julio de 1962; Departamento de Estado, Correspondencia presidencial: Lote 77 D 163.

El 4 de septiembre, Kennedy: Boletín del Departamento de Estado, vol. 47 (24 de septiembre de 1962), «U.S. Reaffirms Policy on Prevention of Aggressive Actions by Cuba: Statement by President Kennedy», 450; véase también Archivos de Seguridad Nacional, Crisis de los Misiles en Cuba, Declaración del presidente Kennedy sobre el envío soviético de armamento a Cuba, 4 de septiembre de 1962.

Dos días más tarde, el 6 de septiembre: FRUS, 1961-1963, vol. XV, Berlin Crisis, 1962-1963, Doc. 112, Memcon entre el secretario del Interior Udall y el primer ministro Jrushchov, Pitsunda, Unión Soviética, 6 de septiembre de 1962.

El 16 de octubre de 1962: FRUS, 1961-1963, vol. XV, Berlin Crisis, 1962-1963, Doc. 133, Telegrama de la embajada en la Unión Soviética al Departamento de Estado, Moscú, 16 de octubre de 1962.

Jrushchov le dijo a su nuevo embajador: «The Cold War in the Third World and the Collapse of Detente in the 1970s», «The Mikoyan-Castro Talks, 4-5 November 1962: The Cuban Version», CWIHP-B, núm. 8-9 (1996/1997), 320, 339-343: <http://www.wilsoncenter.org/topics/pubs/ACF199.pdf>.

«*Mi idea era la siguiente*»: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 493-494.

De todas las medidas de Jrushchov vinculando: John R. Mapother, «Berlin and the Cuban Crisis», *Foreign Intelligence Literary Scene*, 12, núm.1 (enero de 1993), 1-3; Ray S. Cline, «Commentary: The Cuban Missile Crisis», *Foreign Affairs*, 68, núm. 4 (Otoño de 1989), 190-196.

«*Los estadounidenses*», *dijo Jrushchov*: Nikita S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers*, 500.

«*En primer lugar, permítanme*»: Ernest R. May y Philip D. Zelikow, eds., *The Kennedy Tapes: Inside the White House During the Cuban Missile*. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 1997, 175.

«*Soy plenamente consciente*»: Macmillan, *At the End of the Day*, 182-183.

Kennedy insistió en subrayar: FRUS, 1961-1963, vol. XI, Crisis de los Misiles en Cuba y sus Consecuencias, Doc. 39, Telegrama del Departamento de Estado a la embajada en el Reino Unido, Washington, 22 de octubre de 1962, 12.17; Macmillan, *At the End of the Day*, 186.

En 1962, Kennedy también rechazó: May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 309.

El asesor de seguridad nacional Bundy se preguntó: May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 144, 183.

En un momento dado, el general Curtis E. LeMay: May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 177.

En su discurso televisado para todo: JFKL, Discurso radiofónico y televisado al pueblo

- americano sobre la acumulación de armas soviéticas en Cuba, presidente Kennedy, La Casa Blanca, 22 de octubre de 1962; May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 280.
- En su reunión con el embajador estadounidense*: Macmillan, *At the End of the Day*, 187.
- «Ésa es realmente la elección ahora»*: Macmillan, *At the End of the Day*, 182, 199; May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 385.
- Cuando el viceministro de Asuntos Exteriores soviético*: Sergéi N. Jrushchov, *Creation of a Superpower*, 560.
- Jrushchov también rechazó la idea*: Telegrama del embajador Soviético en EEUU Dobrynin al Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, 23 de octubre de 1962, reproducido en «The Cuban Missile Crisis», CWIHP-B, núm. 5 (Primavera de 1995), 70-71; Sergéi N. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, 582.
- El 27 de octubre, el hermano del presidente*: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 192, 274, núm. 18.
- De Gaulle le dijo al emisario de Kennedy*: JFKL, *Dean G. Acheson OH*, núm. 1, 27 de abril de 1964, 26.
- Adenauer también aseguró que su país*: Schwarz, *Konrad Adenauer*, 629-630; Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 199.
- Resulta también revelador que Kennedy rechazara*: May y Zelikow, *The Kennedy Tapes*, 256, 283-286, 388-389.
- El general Clay le sugirió al diplomático William Smyser*: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 203, se cita la conversación de Smyser con el general Clay, Links Club, Nueva York, noviembre de 1962.
- Aproximadamente un millón de berlineses*: Reeves, *Kennedy: Profile of Power*, 537; *New York Times*, 26/06/1963, 27/06/1963.
- En el aeropuerto, y también mientras cruzaban Berlín*: O'Donnell y Powers, con McCarthy, «Johnny, We Hardly Knew Ye», 360; Dallek, *An Unfinished Life*, 624; Robert G. Torricelli y Andrew Carroll, eds., *In Our Own Words: Extraordinary Speeches of the American Century*. Nueva York: Kodansha America, 1999, 232.
- «Hay mucha gente en el mundo»*: JFKL, Discurso de Kennedy ante los berlineses, Rudolph Wilde Platz, Berlín Oeste, 26 de junio de 1963.
- Más tarde, lingüistas aficionados*: Smyser, *Kennedy and the Berlin Wall*, 217, 221, conversación con Heinz Weber, 10 de julio de 2006; y Andreas W. Daum, *Kennedy in Berlin*. Washington, D.C.: Instituto de Historia de Alemania y Nueva York: Cambridge University Press, 2008, 133-135.
- Tal como Kennedy le dijo a Ted Sorensen*: Sorensen, *Kennedy*, 601.

Bibliografía

Fuentes de archivo

Centro de Investigaciones Históricas de la Fuerza Aérea, Base de la Fuerza Aérea de Maxwell, Alabama (AFHRC)

The American Presidency Project: <http://www.presidency.ucsb.edu>

Archiv für Christlich-Demokratische Politik (ACDP), Sankt Augustin, Alemania

Arkhip Vneshnei Politiki Russkoi Federatsii (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores Ruso; AVP-RF), Moscú, Federación Rusa

Archivo de la Administración de Inteligencia Principal del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa (GRU), Moscú

Auswärtiges Amt-Politisches Archiv: *Political Relations of BRD with United States, 1961* (AA-PA), Berlín

Behörde der Bundesbeauftragten für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der Ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik (BStU), Ministeriums für Staatssicherheit (MfS), Zentrale Auswertungs und Informationsgruppe Hauptverwaltung Aufklärung des Ministeriums für Staatssicherheit der DDR (Grupo Central de Análisis e Información de la Administración Central de Propaganda del Ministerio de Seguridad Estatal de la RDA; ZAIG), Berlín: www.bstu.bund.de

Bundesarchiv, Alemania: <http://www.bundesarchiv.de/index.html.de>

Central Intelligence Agency (CIA), Office of Current Intelligence (OCI): <https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/>

Chronik der Mauer-Bau und Fall der Berliner Mauer: <http://www.chronik-der-mauer.de/>

The Current Digest of the Soviet Press.

Materiales Desclasificados de los Plenos del Comité Central del PCUS (TsK KPSS). «Delo Berii», dos partes, en *Izvestiia TsK KPSS*, 1 y 2 (enero y febrero de 1991), Moscú, Federación Rusa

Deutsches Rundfunkarchiv (DRA), Fráncfort del Main y Potsdam-Babelsberg, Alemania: <http://www.dra.de/>

Archivo de Seguridad Nacional Digital (DNSA). *The Berlin Crisis, 1958-1962* Alexandria,

Virginia: Chadwyck-Healey; Washington, D.C.: Archivos de Seguridad Nacional, 1992:
<http://nsarchive.chadwyck.com/marketing/index.jsp>

Biblioteca Presidencial Dwight D. Eisenhower. Abilene, Kansas (DDEL)

Archivo del Servicio de Inteligencia Exterior (FBIS), URSS, Servicio Internacional: <http://www.newsbank.com/readex/index.cfm?content=370>

Archivo del Antiguo Comité Central Soviético (TsKhSD), Moscú, Federación Rusa

Documentos de Hubert Horatio Humphrey. Sociedad Histórica de Minnesota, Mineápolis

Biblioteca Presidencial Lyndon B. Johnson. Austin, Texas (LBJL)

Biblioteca Presidencial John F. Kennedy. Boston (JFKL): <http://www.jfklibrary.org/Historical+Resources/Archives/Reference+Desk/>

Documentos de Walter Lippmann, Universidad de Yale, Sterling Memorial Library, New Haven, Connecticut

Archivos de Harold Macmillan. *Harold Macmillan Diaries*. Universidad de Oxford, Bodleian Library, Oxford, Inglaterra

Archivo de Seguridad Nacional (NSA), Universidad George Washington, Washington, D.C.: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/>

Biblioteca Presidencial Richard Nixon. College Park, Maryland (RNL)

Archivos del SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschland): Institut für Geschichte der Arbeiterbewegung, Zentrales Parteiarchiv (IfGA, ZPA), Berlín

Documentos de Adlai E. Stevenson, Universidad de Princeton, Mudd Manuscript Library, Princeton, Nueva Jersey

Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen im Bundesarchiv (SAPMO-BArch), Berlín

Stiftung Bundeskanzler-Adenauer-Haus (Casa Fundación del Canciller Federal Adenauer; StBKAH), Bad Honnef-Rhöndorf, Alemania

Biblioteca Presidencial Harry S. Truman. Independence, Missouri (HSTL)

Tsentr Khraneniia Sovremmenoi Dokumentatsii (TsKhSD), rebautizado como Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Noveishei Istorii (Archivo de Estado Ruso de Historia Contemporánea; RGANI), Moscú, Federación Rusa

Departamento de Estado de EEUU, Archivos Centrales

Departamento de Estado de EEUU, Asuntos Exteriores de Estados Unidos (FRUS), Oficina del Historiador, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C.: <http://history.state.gov/historicaldocuments/>

Fuentes generales

ACHESON, Dean, *Sketches from Life of Men I Have Known*. Nueva York: Harper & Brothers, 1960.

- ADENAUER, Konrad, *Erinnerungen 1959-1963. Fragmente*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1968.
- , *Memoirs, 1945-1953*. Traducción de Beate Ruhm von Oppen. Chicago: Henry Regnery, 1966.
- , *Teegespräche 1959-1961* (Rhöndorfer Ausgabe). Editado por Hanns Jürgen Küsters. Berlín: Siedler, 1988.
- ADOMEIT, Hannes, *Imperial Overstretch: Germany in Soviet Policy from Stalin to Gorbachev: An Analysis Based on New Archival Evidence, Memoirs, and Interviews*. Baden-Baden, Alemania: Nomos Verlagsgesellschaft, 1998.
- ADZHUBEI, Aleksei I., *Krushenie illiuzii*. Moscú: Interbuk, 1991.
- ALLISON, Graham T., *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston: Little, Brown, 1971.
- AMBROSE, Stephen E. *Eisenhower: The President*, vol. 2. Nueva York: Simon & Schuster, 1984.
- ANONYMOUS, *A Woman in Berlin: Eight Weeks in the Conquered City: A Diary [Eine Frau in Berlin]*. Traducción de Philip Boehm. Nueva York: Picador, 2006.
- ARMEE FÜR FRIEDEN UND SOZIALISMUS, *Geschichte der Nationalen Volksarmee*. Berlín: Militärverlag der DDR, 1985.
- ASHTON, Nigel J., *Kennedy, Macmillan and the Cold War: The Irony of Interdependence*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2002.
- AUSLAND, John C., *Kennedy, Khrushchev, and the Berlin-Cuba Crisis, 1961-1964*. Oslo: Scandinavian University Press, 1996.
- BEEVOR, Antony, *Berlin: The Downfall, 1945*. Nueva York: Viking, 2002.
- BEISNER, Robert L., *Dean Acheson: A Life in the Cold War*. Nueva York: Oxford University Press, 2006.
- BESCHLOSS, Michael R., *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*. Nueva York: Harper-Collins, 1991.
- , *Mayday: The U-2 Affair: The Untold Story of the Greatest US-USSR Spy Scandal*. Nueva York: Harper & Row, 1986.
- BISSELL, Richard M., E. LEWIS, Jonathan y T. PUDLO, Frances, *Reflections of a Cold Warrior: From Yalta to the Bay of Pigs*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1996.
- BOLLER, Paul F., *Presidential Anecdotes*. Nueva York: Oxford University Press, 1996.
- BOLTUNOV, Mikhail, *Nevidimoe Oruzhie GRU [Arma invisible del GRU]*. Moscú: Olma-Press, 2002.
- BOZO, Frédéric, *Two Strategies for Europe: De Gaulle, the United States, and the Atlantic Alliance*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2001.
- BRADLEE, Benjamin C., *Conversations with Kennedy*. Nueva York: W. W. Norton, 1975.
- BRANDON, Henry, *Special Relationships: A Foreign Correspondent's Memoirs from Roosevelt to Reagan*. Nueva York: Atheneum, 1988.

- BRANDT, Willy, *Begegnungen mit Kennedy*. Múnich: Kindler, 1964.
- , *Begegnungen und Einsichten: Die Jahre 1960-1975*. Hamburgo: Hoffmann u. Campe, 1976.
- , *Erinnerungen*. Fráncfort del Main: Propyläen, y Zúrich: Ferenczy, 1989.
- BREMEN, Christian, *Die Eisenhower-Administration und die zweite Berlin-Krise 1958-1961*. Veröffentlichungen der Historischen Kommission zu Berlin, Bd. 95. Berlín y Nueva York: de Gruyter, 1998.
- BRINKLEY, Douglas, *Dean Acheson: The Cold War Years, 1953-1971*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1994.
- BRUGIONI, Dino, y F. McCORT, Robert, eds. *Eyeball to Eyeball: The Inside Story of the Cuban Missile Crisis*. Nueva York: Random House, 1991.
- BUNDESMINISTERIUM FÜR GESAMTDEUTSCHE FRAGEN (BMG), ed. *Die Flucht aus der Sowjetzone und die Sperrmassnahmen des Kommunistischen Regimes vom 13. August 1961 in Berlin*. Bonn y Berlín, 1961.
- BUNDESMINISTERIUM FÜR INNERDEUTSCHE BEZIEHUNGEN, ed. *Dokumente zur Deutschlandpolitik*, IV. Reihe, Band 6, Erster Halbband, 1. Januar-30. Mai 1961, Fráncfort del Main, 1975.
- BUNDY, McGeorge, *Danger and Survival: Choices About the Bomb in the First Fifty Years*. Nueva York: Random House, 1988.
- CALLAHAN, David, *Dangerous Capabilities: Paul Nitze and the Cold War*. Nueva York: HarperCollins, 1990.
- CASTLE, Timothy N., *At War in the Shadow of Vietnam: U.S. Military Aid to the Royal Lao Government, 1955-1975*. Nueva York: Columbia University Press, 1993.
- CATE, Curtis, *The Ides of August: The Berlin Wall Crisis, 1961*. Nueva York: M. Evans, 1978.
- CATUDAL, Honoré M., *Kennedy and the Berlin Wall Crisis: A Case Study in U.S. Decision Making*. Berlín: Berlin Verlag, 1980.
- , *Steinstücken: A Study in Cold War Politics*. Nueva York: Vantage Press, 1971.
- CHACE, James, *Acheson: The Secretary of State Who Created the American World*. Nueva York: Simon & Schuster, 1998.
- CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao: The Unknown Story*. Nueva York: Alfred A. Knopf/Doubleday, 2005.
- CHERNY, Andrei, *The Candy Bombers: The Untold Story of the Berlin Airlift and America's Finest Hour*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 2008.
- CHUBAROV, Alexander, *Russia's Bitter Path to Modernity: A History of the Soviet and Post-Soviet Eras*. Nueva York: Continuum, 2001.
- CHUEV, Feliks, *Sto sorok besed s Molotovym*. Moscú: Terra, 1991.
- CLAY, Lucius D., *Decision in Germany*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1970.
- COLD WAR INTERNATIONAL HISTORY PROJECT (CWIHP). Working Paper Series and CWIHP

- Bulletins. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 1994-1998: www.wilsoncenter.org.
- COLEMAN, David G., «The Greatest Issue of All: Berlin, American National Security, and the Cold War, 1948-1963» (disertación no publicada). Universidad de Queensland, 2000.
- CONZE, Eckart, *Die gaullistische Herausforderung: Die Deutsch-Französischen Beziehungen in der Amerikanischen Europapolitik 1958-1963*. Múnich: R. Oldenbourg, 1995.
- COUSINS, Norman, *The Improbable Triumvirate: John F. Kennedy, Pope John, Nikita Khrushchev*. Nueva York: W. W. Norton, 1972.
- CRANKSHAW, Edward, *The New Cold War: Moscow v. Peking*. Harmondsworth, England, y Baltimore: Penguin Books, 1963/1970.
- DALLEK, Robert, *An Unfinished Life: John F. Kennedy, 1917-1963*. Boston: Little, Brown, 2003.
- DAUM, Andreas W., *Kennedy in Berlin*. Washington, D.C.: German Historical Institute y Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- DAVIES, Norman, *No Simple Victory: World War II in Europe, 1939-1945*. Nueva York: Viking, 2007.
- DAY, Alan John y BELL, Judith, eds. *Border and Territorial Disputes*. Detroit: Gale Research, 1982.
- DE GAULLE, Charles, *Lettres, notes et carnets (1961-1963)*. París: Plon, 1986.
- DIGGINS, John Patrick, *The Liberal Persuasion: Arthur Schlesinger, Jr., and the Challenge of the American Past*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1997.
- DIRCK, Brian R., *The Executive Branch of Federal Government: People, Process, and Politics*. Santa Barbara, California: ABC-CLIO, 2007.
- DIVINE, Robert, *Blowing on the Wind: The Nuclear Test Ban Debate, 1954-1960*. Nueva York: Oxford University Press, 1978.
- DOBRYNIN, Anatoly Fedorovich, *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1986)*. Nueva York: Times Books, 1995.
- DONALDSON, Gary A., *The First Modern Campaign: Kennedy, Nixon, and the Election of 1960*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2007.
- DONNER, Jörn, *Report from Berlin*. Traducción de Albin T. Anderson. Bloomington: Indiana University Press, 1961.
- EBON, Martin, *The Andropov File: The Life and Ideas of Yuri V. Andropov, General Secretary of the Communist Party of the Soviet Union*. Nueva York: McGraw-Hill, 1983.
- EISENFELD, Bernd y ENGELMANN, Roger, *13.8.1961: Mauerbau-Fluchtbewegung und Machtsicherung*. Bremen: Temmen, 2001.
- ELLIS, William D., y CUNNINGHAM, Thomas J., *Clarke of St. Vith: The Sergeants' General*.

- Cleveland: Dillon/Liederbach, 1974.
- EPSTEIN, Catherine, *The Last Revolutionaries: German Communists and Their Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2003.
- FALIN, Valentin, *Politische Erinnerungen*. München: Droemer Knauer, 1993.
- FENSCH, Thomas, ed., *Top Secret: The Kennedy-Khrushchev Letters*. The Woodlands, Texas: New Century Books, 2001.
- FISHER, Nigel, *Harold Macmillan: A Biography*. Nueva York: St. Martin's Press, 1982.
- FLOYD, David, *Mao Against Khrushchev: A Short History of the Sino-Soviet Conflict*. Nueva York: Praeger, 1964.
- FOITZIK, Jan, ed. *Berichte des Hohen Kommissars der UdSSR in Deutschland aus den Jahren 1953/54*. Dokumente aus dem Archiv für Außenpolitik der Russischen Föderation. En *Materialien der Enquete-Kommission des Deutschen Bundestages «Aufarbeitung von Geschichte und Folgen der SED-Diktatur in Deutschland»*, vol. 2. Baden-Baden: Deutscher Bundestag, 1995.
- FORD, Corey, *Donovan of OSS: The Untold Story of William J. Donovan*. Boston: Little, Brown, 1970.
- FRANK, Mario, *Walter Ulbricht: Eine Deutsche Biographie*. Berlin: Siedler, 2001.
- FREEDMAN, Lawrence, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam*. Nueva York: Oxford University Press, 2000.
- Freedom of Communications*. Final Report of the Committee on Commerce, United States Senate . . . The Joint Appearances of Senator John F. Kennedy and Vice President Richard M. Nixon and Other 1960 Campaign Presentations. 87th Congress, 1st Session, Senate Report No. 994, Part 3, Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1961.
- FROH, Klaus y WENZKE, Rüdiger, eds. *Die Generale und Admirale der NVA: Ein biographisches Handbuch*. Berlin: Christoph Links, 2007.
- FURSENKO, Aleksandr, et al., eds. *Archivii Kremlya: Prezidium TsK KPSS, 1954-1964 Chernoviiie protokolnie zapisi zasedanii. Stenogrammi. Postanovlenia* [Archivos del Kremlin: Presidium del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, 1954-1964, Notas de Reuniones de Estado, Documentos Mecanografiados], vol. 1. Moscú: Rosspen, 2004.
- , y NAFTALI, Timothy, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary*. Nueva York: W. W. Norton, 2006.
- , *One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964*. Nueva York: W. W. Norton, 1997.
- GARTHOFF, Raymond L., *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan*. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1994.
- , *Reflections on the Cuban Missile Crisis*. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1987.

- GELB, Norman, *The Berlin Wall: Kennedy, Khrushchev, and a Showdown in the Heart of Europe*. Nueva York: Dorset Press, 1986.
- GIGLIO, James N., *The Presidency of John F. Kennedy*, 2nd ed. Lawrence: University Press of Kansas, 2006.
- GITTINGS, John, ed. *Survey of the Sino-Soviet Dispute: A Commentary and Extracts from Recent Polemics, 1963-1967*. Londres y Nueva York: Royal Institute of International Affairs, 1968.
- GODUTI, Philip A., Jr. *Kennedy's Kitchen Cabinet and the Pursuit of Peace: The Shaping of American Foreign Policy, 1961-1963*. Jefferson, Carolina del Norte: McFarland, 2009.
- GOLDSTEIN, Gordon M., *Lessons in Disaster: McGeorge Bundy and the Path to War in Vietnam*. Nueva York: Times Books/Henry Holt, 2008.
- GRAHAM, Otis L., Jr. y ROBINSON WANDER, Meghan, eds. *Franklin D. Roosevelt: His Life and Times-An Encyclopedic View*. Boston: Da Capo Press, 1985.
- GRIKOV, Anatoli I. y Y. SMITH, William, «*Operation Anadyr*»: *U.S. and Soviet Generals Recount the Cuban Missile Crisis*. Chicago: Edition Q, 1994.
- GRIMM, Thomas, *Das Politbüro Privat-Ulbricht, Honecker, Mielke & Co. aus der Sicht ihrer Angestellten*. Berlín: Aufbau-Verlag, 2004.
- GROMYKO, Andrei A., *Memories*. Translated by Harold Shukman. Londres: Hutchinson, 1989.
- HALBERSTAM, David, *The Best and Brightest*. Nueva York: Modern Library, 2001.
- HANAK, Harry, *Soviet Foreign Policy Since the Death of Stalin*. Boston: Routledge, 1972.
- HARRISON, Hope M., *Driving the Soviets up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003.
- HEIDEMEYER, Helge, *Flucht und Zuwanderung aus der SBZ/DDR 1945/1949-1961, Die Flüchtlingspolitik der Bundesrepublik Deutschland bis zum Bau der Berliner Mauer*. Düsseldorf: Droste, 1994.
- HERSH, Seymour M., *The Dark Side of Camelot*. Boston: Little, Brown, 1997.
- HERTLE, Hans-Hermann, *Die Todesopfer an der Berliner Mauer 1961-1989: Ein Biographisches Handbuch*. Berlín: Christoph Links, 2009.
- HERTLE, Hans-Hermann, JARAUSCH, Konrad Hugo y KLESSMANN, Christoph, eds. *Mauerbau und Mauerfall: Ursachen-Verlauf-Auswirkungen*. Berlín: Christoph Links, 2002.
- HEYMANN, C. David, *A Woman Named Jackie: An Intimate Biography of Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis*. Nueva York: Carol, 1994.
- HILLENBRAND, Martin J., *Power and Morals*. Nueva York: Columbia University Press, 1949.
- HILTON, Christopher, *The Wall: The People's Story*. Stroud, England: Sutton, 2001.
- HITCHCOCK, William I., *The Struggle for Europe: The Turbulent History of a Divided Continent, 1945-2002*. Nueva York: Doubleday, 2003.
- HONECKER, Erich, *From My Life*. Nueva York: Pergamon, 1981.

- HORNE, Alistair, *Harold Macmillan: 1957-1986*, vol. 2. Nueva York: Viking, 1989.
- ISAACSON, Walter, *Kissinger: A Biography*. Nueva York: Simon & Schuster Paperbacks, 2005.
- JIAN, Chen, *Mao's China and the Cold War*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.
- JOHNSON, Loch K., *Strategic Intelligence*, vol. 1. Westport, Connecticut: Praeger, 2007.
- JONES, Howard, *The Bay of Pigs*. Nueva York: Oxford University Press, 2008.
- KAGAN, Donald, *On the Origins of War and the Preservation of Peace*. Nueva York: Anchor Books, 1996.
- KAPLAN, Fred, *The Wizards of Armageddon*. Nueva York: Simon & Schuster, 1983; Palo Alto, California: Stanford University Press, 1991.
- , *1959: The Year Everything Changed*. Hoboken, Nueva Jersey: John Wiley & Sons, 2009.
- KEIL, Rolf-Dietrich, *Mit Adenauer in Moskau-Erinnerungen eines Dolmetschers*. Bonn: Bouvier, 1997.
- KENNAN, George F. y JESPERSEN, T. Christopher, eds. *Interviews with George F. Kennan*. Jackson: University Press of Mississippi, 2002.
- KENNEDY, Edward M., ed. *The Fruitful Bough: A Tribute to Joseph P. Kennedy*. Impreso de forma privada, 1965.
- KENNEDY, John F., *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy-Containing the Public Messages, Speeches, and Statements of the President, 1961-1963*, vol. 1. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1962-1964.
- KENNEDY, John F. y NEVINS, Allan, eds. *The Strategy of Peace*. Nueva York: Harper & Row, 1960.
- KENNEDY, John Fitzgerald, *A Compilation of Statements and Speeches Made During His Service in the United States Senate and House of Representatives*. Washington, D.C.: United States Government Printing Office, 1964.
- KENNEY, Charles C., *John F. Kennedy: The Presidential Portfolio: History as Told Through the Collection of the John F. Kennedy Library and Museum*. Nueva York: Public Affairs, 2000.
- KERSHAW, Roger, *Monarchy in South-East Asia: The Faces of Tradition in Transition*. Nueva York: Routledge, 2001.
- KETTENACKER, Lothar, *Germany 1989: In the Aftermath of the Cold War*. Londres: Pearson Longman, 2009.
- KHRUSHCHEV, Nikita S., *Communism: Peace and Happiness for the Peoples*, vol. 1, *January-September 1961*. Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1963.
- , *For Victory in Peaceful Competition with Capitalism*. Nueva York: E. P. Dutton, 1960.
- , *Khrushchev Remembers*. Introducciones, comentarios y notas de Edward Crankshaw. Traducido y editado por Strobe Talbott. Boston: Little, Brown, 1970.

- , *Khrushchev Remembers: The Last Testament*. Prólogo de Edward Crankshaw e introducción de Jerrold L. Schecter. Traducido y editado por Strobe Talbott. Boston: Little, Brown, 1974.
- , *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*. Traducido y editado por Jerrold L. Schecter con Vyacheslav Luchkov. Boston: Little, Brown, 1990.
- , *Memoirs of Nikita Khrushchev*, vol. 3. Editado por Sergéi Khrushchev; memorias traducidas por George Shriver; material suplementario traducido por Stephen Shenfield. University Park: Pennsylvania State University, 2004-2007.
- KHRUSHCHEV, Sergéi N., *Nikita S. Khrushchev: Krizisy i Rakety*, vol 1. Moscú: Novosti Press, 1994.
- , *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*. Traducido por Shirley Benson. University Park: Pennsylvania State University Press, 2000.
- KLEIN, Edward, *All Too Human: The Love Story of Jack and Jackie Kennedy*. Nueva York: Pocket Books, 1997.
- KNIGHT, David, *The Spy Who Never Was & Other True Spy Stories*. Nueva York: Doubleday, 1978.
- KNOPP, Guido, *Die Gefangenen*. Múnich: Goldmann, 2005.
- KÖHLER, Henning, *Adenauer: Eine Politische Biographie*. Fráncfort del Main: Propyläen, 1994.
- KOWALCZUK, Ilko-Sascha y WOLLE, Stefan. *Roter Stern über Deutschland: Sowjetische Truppen in der DDR*. Berlín: Christoph Links, 2010.
- KOWALSKI, Gerhard, *Die Gagarin-Story: Die Wahrheit über den Flug des ersten Kosmonauten der Welt*. Berlín: Schwarzkopf & Schwarzkopf, 1999.
- KROLL, Hans, *Lebenserinnerungen eines Botschafters*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 1967.
- KRONE, Heinrich, *Tagebücher*, vol. 2: 1961-1966. Editado por Hans-Otto Kleinmann, Düsseldorf: Forschungen und Quellen zur Zeitgeschichte, 2003.
- KRÜGER, Joachim, *Die Volksrepublik China in der Aussenpolitischen Strategie der DDR (1949-1989)*, en Kuo Heng-yue y Mechthild Leutner, eds., *Deutschland und China*. Beiträge des Zweiten Internationalen Symposiums zur Geschichte der Deutsch-Chinesischen Beziehungen: Berlín, 1991. Múnich: Berliner China-Studien 21, 1994.
- KUDROV, V. M., «Comparing the Soviet and US Economies: History and Practices», en Nicholas Eberstadt y Jonathan Tombes, eds., *Comparing the US and Soviet Economies: The 1990 Airlie House Conference*, vol. I: Total Output and Consumption. Washington, D.C.: The American Enterprise Institute, 2000.
- KVITSINSKY, Yuli A. (Kwizinskij, Julij A.). *Vor dem Sturm: Erinnerungen eines Diplomaten*. Berlín: Siedler, 1993.
- LANGGUTH, A. J., *Our Vietnam: The War, 1954-1975*. Nueva York: Simon & Schuster, 2000.

- LARSON, Deborah Welch, *Anatomy of Mistrust: U.S.-Soviet Relations During the Cold War*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2000.
- LASKY, Victor, *JFK: The Man and the Myth*. Nueva York: Macmillan, 1963.
- LEAMER, Laurence, *The Kennedy Men: 1901-1963*. Nueva York: HarperCollins, 2001.
- LEONHARD, Wolfgang, *Child of the Revolution*. Traducido por C. M. Woodhouse. Chicago: Henry Regnery, 1958.
- LI, Zhisui y F. THURSTON, Anne, eds. *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician*. Nueva York: Random House, 1994.
- LINCOLN, Evelyn, *My Twelve Years with John F. Kennedy*. Nueva York: D. McKay, 1965.
- LONGFORD, Lord, *Kennedy*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1976.
- MACDUFFIE, Marshall, *The Red Carpet: 10,000 Miles Through Russia on a Visa from Khrushchev*. Nueva York: W. W. Norton, 1955.
- MACMILLAN, Harold, *At the End of the Day, 1961-1963*. Nueva York: Harper & Row, 1973.
- , *Pointing the Way, 1959-1961*. Londres: Macmillan, 1972.
- MAJOR, Patrick, *Behind the Berlin Wall: East Germany and the Frontiers of Power*. Nueva York: Oxford University Press, 2010.
- MARA, Michael, THUROW, Rudi, SCHALLER, Eckhardt y HILDEBRANDT, Rainer, eds. *Kontrollpunkt Kohlhasenbrück-Die Geschichte einer Grenzkompanie des Ringes um West-Berlin*. Bad Godesberg, Alemania: Hohwacht, 1964.
- MARTIN, David C., *Wilderness of Mirrors: Intrigue, Deception, and the Secrets That Destroyed Two of the Cold War's Most Important Agents*. Guilford, Connecticut: The Lyons Press, 2003.
- MARTIN, John Bartlow, *Adlai Stevenson and the World: The Life of Adlai E. Stevenson*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1977.
- MARTIN, Ralph G., *A Hero of Our Time: An Intimate Story of the Kennedy Years*. Nueva York: Macmillan, 1983.
- MASTNY, Vojtech, HOLTSMARK, Sven y WENGER, Andreas, eds. *War Plans and Alliances in the Cold War: Threat Perceptions in the East and West (CSS Studies in Security and International Relations)*, Abingdon, Inglaterra: Routledge, 2006.
- MAY, Ernest R. y ZELIKOW, Philip D., eds. *The Kennedy Tapes: Inside the White House During the Cuban Missile Crisis*. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 1997.
- MAYER, Frank A., *Adenauer and Kennedy: A Study in German-American Relations, 1961-1963*. Nueva York: St. Martin's Press, 1996.
- MAYERS, David, *The Ambassadors and America's Soviet Policy*. Nueva York: Oxford University Press, 1995.
- , *George Kennan and the Dilemmas of US Foreign Policy*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.
- MCCAULEY, Martin, ed. *Khrushchev and Khrushchevism*. Bloomington: Indiana University

- Press, 1987.
- MCLELLAN, David S. y C. ACHESON, David, eds. *Among Friends: Personal Letters of Dean Acheson*. Nueva York: Dodd, Mead, 1980.
- MCNAMARA, Robert S., *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*. Nueva York: Vintage Books, 1996.
- MENNING, Bruce W., «The Berlin Crisis of 1961 from the Perspective of the Soviet General Staff», en William W. Epley, ed., *International Cold War Military Records and History*. Actas de la Conferencia Internacional sobre Historia y Archivos Militares de la guerra fría, celebrada en Washington, D.C., 21-26 de marzo de 1994. Washington, D.C.: Oficina del Secretario de Defensa, 1996.
- MERSEBURGER, Peter, *Willy Brandt 1913-1992. Visionär und Realist*. Stuttgart y Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2002.
- MORSEY, Rudolf y SCHWARZ, Hans-Peter, eds. *Adenauer: Briefe, 1961-1963* (Rhöndorfer Ausgabe). Editado por Hans Peter Mensing. Stiftung Bundeskanzler-Adenauer-Haus. Paderborn, Alemania: Ferdinand Schöningh, 2006.
- MURPHY, David E., Sergéi A. Kondrashev y George Bailey. *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1997.
- NATIONAL Archives, *Our Documents: 100 Milestone Documents from the National Archives*. Nueva York: Oxford University Press, 2003.
- NITZE, Paul H., with Ann M. Smith and Steven I. Rearden. *From Hiroshima to Glasnost: At the Center of Decisions-A Memoir*. Nueva York: Grove Weidenfeld, 1989.
- NIXON, Richard M., *RN: The Memoirs of Richard Nixon*. Nueva York: Warner Books, 1979.
- O'BRIEN, Michael, *John F. Kennedy: A Biography*. Nueva York: St. Martin's Press, 2005.
- O'DONNELL, James, S. *A Coming of Age: Albania Under Enver Hoxha*. Boulder, CO: East European Monographs; Nueva York: Distribuido por Columbia University Press, 1999.
- O'DONNELL, Kenneth P. y F. POWERS, David, with Joe McCarthy. «Johnny, We Hardly Knew Ye»: *Memories of John Fitzgerald Kennedy*. Boston: Little, Brown, 1972.
- OSTERHELD, Horst, «Ich Gehe Nicht Leichten Herzens...» *Adenauers Letzte Kanzlerjahre: Ein Dokumentarischer Bericht*. Maguncia: Matthias-Grünewald, 1986.
- OSTERMANN, Christian F., *Uprising in East Germany, 1953: The Cold War, the German Question, and the First Major Upheaval Behind the Iron Curtain*. Budapest y Nueva York: Central European University Press, 2001.
- PAGEDAS, Constantine, A. *Anglo-American Strategic Relations and the French Problem, 1960-1963: A Troubled Partnership*. Londres: Frank Cass, 2000.
- PARMET, Herbert S., *Jack: The Struggles of John F. Kennedy*. Nueva York: The Dial Press, 1983.
- , *JFK: The Presidency of John F. Kennedy*. Nueva York: The Dial Press, 1983.
- PERLO, V., *Ekonomicheskoye sorevnovaniye SSSR I SShA* [Competencia Económica entre la URSS y EEUU]. Moscú, 1960.

- PERRRET, Geoffrey, *Eisenhower*. Nueva York: Random House, 1999.
- , *Jack: A Life Like No Other*. Nueva York: Random House, 2002.
- PETSCHULL, Jürgen, *Die Mauer: August 1961: Zwölf Tage zwischen Krieg und Frieden*. Hamburgo: Gruner & Jahr, 1981.
- PIKE, Vern y W. PLAISTED, Edward *Checkpoint Charlie's Angels* (no publicado).
- POLLARD, Sidney, *The International Economy Since 1945*. Nueva York: Routledge, 1997.
- POPPINGA, Anneliese, *Meine Erinnerungen an Konrad Adenauer*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1970.
- , *“Das Wichtigste ist der Mut”: Konrad Adenauer-Die letzten fünf Kanzlerjahre*. Bergisch Gladbach, Alemania: Gustav Lübbe, 1994.
- POTTER, E. B., *Admiral Arleigh A. Burke*. Annapolis, Maryland: U.S. Naval Institute Press, 2005.
- PÖTZL, Norbert F., *Erich Honecker: Eine deutsche Biographie*, 2nd ed. Stuttgart y Múnich: Deutsche Verlags-Anstalt, 2002.
- PRITTIE, Terence, *Konrad Adenauer, 1876-1967*. Londres: Tom Stacey, 1972.
- RABINOWITCH, Alexander, ed. *Revolution and Politics in Russia: Essays in Memory of B. I. Nicolaevsky*. Bloomington: Indiana University Press, 1972.
- RASKIN, Marcus G., *Being and Doing*. Nueva York: Random House, 1971.
- REEVES, Richard, *President Kennedy: Profile of Power*. Nueva York: Simon & Schuster, 1993.
- RICCIO, Barry D., *Walter Lippmann: Odyssey of a Liberal*. New Brunswick, Nueva Jersey: Transaction, 1994.
- ROMM, Mikhail, *Ustnye rasskazy*. Moscú: Kinotsentr, 1991.
- ROSTOW, Walt W., *The Diffusion of Power: An Essay in Recent History*. Nueva York: Macmillan, 1972.
- RUSK, Dean, *As I Saw It: A Secretary of State's Memoirs*. Londres: I. B. Tauris, 1991.
- RUSSO, Gus, *Live by the Sword: The Secret War Against Castro and the Death of JFK*. Baltimore: Bancroft Press, 1998.
- RYAN, Cornelius, *The Longest Day: June 6, 1944*. Nueva York: Simon & Schuster, 1994.
- SAGAN, Scott D., *The Limits of Safety: Organization, Accidents, and Nuclear Weapons*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1993.
- SALINGER, Pierre, *With Kennedy*. Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966.
- SALISBURY, Harrison E., *A New Russia*. Nueva York: Harper & Row, 1962.
- SAMPSON, Anthony, *Macmillan: A Study in Ambiguity*. Harmondsworth, England: Penguin Press, 1967.
- SATJUKOW, Silke, *Besatzer: “Die Russen” in Deutschland 1945-1994*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2008.
- SAUNDERS, Frank, *Torn Lace Curtain*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1982.
- SCHERTZ, Adrian W., *Die Deutschlandpolitik Kennedys und Johnsons: Unterschiedliche*

- Ansätze innerhalb der amerikanischen Regierung.* Colonia: Böhlau, 1992.
- SCHLESINGER, Arthur M., *The Crisis of Confidence: Ideas, Power, and Violence in America.* Boston: Houghton Mifflin, 1969.
- , *Robert Kennedy and His Times.* Boston: Houghton Mifflin, 1978.
- , *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House.* Boston: Houghton Mifflin, 1965.
- SCHULTZ, Eberhard, JACOBSEN, Hans-Adolf, LEPTIN, Gert y SCHEUNER, Ulrich, eds. *GDR Foreign Policy.* Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1982.
- SCHWAN, Heribert, *Erich Mielke: Der Mann, der die Stasi war.* Múnich: Droemer Knaur, 1997.
- SCHWARTZ, Morton, *The Foreign Policy of the USSR: Domestic Factors.* Encino, California: Dickenson, 1975.
- SCHWARZ, Hans-Peter, *Konrad Adenauer: A German Politician and Statesman in a Period of War, Revolution and Reconstruction.* Vol. 1: *From the German Empire to the Federal Republic, 1876-1952.* Traducido por Louise Willmot. Providence, RI: Berghahn Books, 1995.
- , *The Statesman, 1952-1967.* Traducido por Geoffrey Penny. Providence, Rhode Island: Berghahn Books, 1997. Traducción de *Adenauer: Der Staatsmann.* Vol. 2, *1952-1967.* Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1991.
- SERVICE, Robert, *Comrades! A History of World Communism.* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2007.
- SHEVCHENKO, Arkady N., *Breaking with Moscow.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985.
- SIBLEY, Katherine A. S. *The Cold War.* Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1998.
- SIDEY, Hugh, *John F. Kennedy, President.* Nueva York: Atheneum, 1964.
- SLUSSER, Robert, *The Berlin Crisis of 1961: Soviet-American Relations and the Struggle for Power in the Kremlin, June-November 1961.* Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973.
- SMITH, A. Merriman, *A President's Odyssey.* Nueva York: Harper, 1961.
- SMITH, Eric Owen, *The West German Economy.* Nueva York: St. Martin's Press, 1983.
- SMITH, Jean Edward, *The Defense of Berlin.* Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1963.
- , *Lucius D. Clay: An American Life.* Nueva York: Henry Holt, 1990.
- SMYSER, William, R. *From Yalta to Berlin: The Cold War Struggle over Germany.* Nueva York: St. Martin's Press, 1999.
- , *Kennedy and the Berlin Wall: «A Hell of a Lot Better than a War».* Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2009.
- , «Zwischen Erleichterung und Konfrontation. Die Reaktionen der USA und der UdSSR auf den Mauerbau», en Hans-Hermann Hertle, Konrad Hugo Jarausch y Christoph Klessmann, eds., *Mauerbau und Mauerfall: Ursachen-Verlauf-Auswirkungen.* Berlín:

- Christoph Links, 2002.
- SOMMER, Monika y LINDINGER, Michaela, eds. *Die Augen der Welt auf Wien gerichtet: Gipfel 1961 Chruschtschow-Kennedy*. Innsbruck y Vienna: Katalog Wien Museum, 2005.
- SORENSEN, Theodore C., *Kennedy*. Nueva York: HarperCollins, 1965.
- STACKS, John F., *Scotty: James B. Reston and the Rise and Fall of American Journalism*. Boston: Little, Brown, 2003.
- STEEL, Ronald, *Walter Lippmann and the American Century*. Boston and Toronto: Little, Brown, 1980.
- STEININGER, Rolf, *Der Mauerbau: Die Westmächte und Adenauer in der Berlinkrise 1958-1963*. Múnich: Olzog, 2001.
- STEURY, Donald P., ed., *On the Front Lines of the Cold War: Documents on the Intelligence War in Berlin, 1946 to 1961*. Washington, D.C.: Central Intelligence Agency (CIA), Center for the Study of Intelligence, 1999.
- STÜTZLE, Walter, *Kennedy und Adenauer in der Berlin-Krise 1961-1962*. Bonn y Bad Godesberg: Neue Gesellschaft, 1973.
- SULZBERGER, Cyrus L., *The Last of the Giants*. Nueva York: Macmillan, 1970.
- SURI, Jeremy, *Henry Kissinger and the American Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2007.
- SYMINGTON, James W., *The Stately Game*. Nueva York: Macmillan, 1971.
- TALBOT, David, *Brothers: The Hidden History of the Kennedy Years*. Nueva York: Free Press, 2007.
- TALBOTT, Strobe, *The Master of the Game: Paul Nitze and the Nuclear Peace*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1988.
- TAUBMAN, William, *Khrushchev: The Man and His Era*. Nueva York: W. W. Norton, 2004.
- TAYLOR, Frederick, *The Berlin Wall: A World Divided, 1961-1989*. Nueva York: HarperCollins, 2007.
- THOMAS, Evan, *The Very Best Men: Four Who Dared: The Early Years of the CIA*. Nueva York: Simon & Schuster, 1995.
- TORRICELLI, Robert G. y CARROLL, Andrew, eds., *In Our Own Words: Extraordinary Speeches of the American Century*. Nueva York: Kodansha America, 1999.
- TRACHTENBERG, Marc, *History and Strategy*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1991.
- TRAVELL, Janet G., *Office Hours: Day and Night-The Autobiography of Janet Travell, M.D.* Nueva York: World, 1968.
- TRIVERS, Howard, *Three Crises in American Foreign Affairs and a Continuing Revolution*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1972.
- TROYANOVSKY, Oleg, *Cherez godi i rasstoiania: Istoriia odnoi semyi*. Moscú: Vagrius, 1997.

- TURNER, Henry Ashby, *The Two Germanies Since 1945*. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1987.
- TUSA, Ann, *The Last Division: A History of Berlin, 1945-1989*. Londres: Hodder and Stoughton, 1997.
- UHL, Matthias, *Krieg um Berlin?-Die sowjetische Militär-und Sicherheitspolitik in der zweiten Berlin-Krise 1958 bis 1962*. Múnich: Oldenbourg Wissenschaftsverlag, 2008.
- , y WAGNER, Armin. «Another Brick in the Wall: Reexamining Soviet and East German Policy During the 1961 Berlin Crisis: New Evidence, New Documents». CWIHP Working Paper, publicado en «Storming On to Paris: The 1961 ‘Buria’ Exercise and the Planned Solution of the Berlin Crisis», en Vojtech Mastny, Sven G. Holtsmark y Andreas Wenger, eds., *War Plans and Alliances in the Cold War: Threat Perceptions in the East and West*. Nueva York: Routledge, 2006.
- UPDEGROVE, Mark K., *Second Acts: Presidential Lives and Legacies After the White House*. Guilford, Connecticut: The Lyons Press, 2006.
- U.S. DEPARTMENT OF STATE, ed., *American Foreign Policy, Current Documents, 1961*. Office of the Historian, Nueva York: Arno Press, 1971.
- , *Documents on Germany, 1944-1985*. Office of the Historian, Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1986.
- VOLOBUEV, Oleg V. y SEROV, Alexei, ed., *Nikita Khrushchev: Life and Destiny*. Moscú: Novosti Press, 1989.
- VON HORNSTEIN, Erika, *Flüchtlingsgeschichten: 43 Berichte aus den frühen Jahren der DDR*. Nördlingen: F. Greno, 1985.
- WAGNER, Armin, *Walter Ulbricht und die geheime Sicherheitspolitik der SED: Der Nationale Verteidigungsrat der DDR und seine Vorgeschichte (1953-1971)*. Berlín: Christoph Links, 2002.
- WALTON, Richard J., *Cold War and Counterrevolution: The Foreign Policy of John F. Kennedy*. Nueva York: Viking, 1972.
- WEBER, Wolfgang, *DDR-40 Jahre Stalinismus: Ein Beitrag zur Geschichte der DDR*. Essen: Arbeiterpresse, 1993.
- WENGER, Andreas, *Living with Peril: Eisenhower, Kennedy, and Nuclear Weapons*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 1997.
- WETTIG, Gerhard, *Chruschtschows Berlin-Krise 1958 bis 1963: Drohpolitik und Mauerbau*. Múnich y Berlín: R. Oldenbourg, 2006.
- WHITCOMB, John y WHITCOMB, Claire, *Real Life at the White House: Two Hundred Years of Daily Life at America's Most Famous Residence*. Nueva York: Routledge, 2000.
- WHITNEY, Thomas P., ed. *Khrushchev Speaks-Selected Speeches, Articles, and Press Conferences, 1949-1961*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1963.
- WILLIAMS, Charles, *Adenauer: The Father of the New Germany*. Nueva York: John Wiley & Sons, 2000.

- WOFFORD, Harris, *Of Kennedys and Kings: Making Sense of the Sixties*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1980.
- WYDEN, Peter, *Bay of Pigs: The Untold Story*. Nueva York: Simon & Schuster, 1979.
- , *Wall-The Inside Story of Divided Berlin*. Nueva York: Simon & Schuster, 1989.
- ZAGORIA, Donald S., *The Sino-Soviet Conflict 1956-1961*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1962.
- ZOLLING, Hermann y BAHNSEN, Uwe. *Kalter Winter im August: Die Berlin-Krise 1961-1963. Ihre Hintergründe und Folgen*. Oldenburg y Hamburgo: Gerhard Stalling, 1967.
- ZUBOK, Vladislav M. y PLESHAKOV, Constantine, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1996.

Bibliografía en español

- ANÓNIMA. *Una mujer en Berlín*, traducción de Jorge Seca. Barcelona: Anagrama, 2005.
- BEEVOR, Anthony, *Berlín. La caída, 1945*. Traducción de David León Gómez. Barcelona: Crítica, 2002.
- BRANDT, Willy, *Memorias*. Traducción de Carlos Fortea. Madrid: Temas de Hoy, 1990.
- CHANG, Jung y HALLIDAY, Jon, *Mao: La historia desconocida*. Traducción de Amado Diéguez y Victoria E. Gordo del Rey. Madrid: Taurus, 2006.
- DALLEK, Robert, *J. F. Kennedy. Una vida inacabada*. Traducción de Anna Herrera Ferrer. Barcelona: Península, 2004.
- DAVIES, Norman, *Europa en guerra, 1939-1945*. Traducción de Amado Diéguez. Barcelona: Planeta, 2008.
- DOBRYNIN, Anatoly, *En confianza: El embajador de Moscú ante los seis presidentes estadounidenses*. México: Fondo De Cultura Económica, 1998.
- JIAN, Chen, *La China de Mao y la guerra fría*. Traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar. Barcelona: Paidós, 2005.
- KAGAN, Donald, *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz*. Madrid: Turner, 2003.
- KENNEDY, Caroline, *Jacqueline Kennedy. Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*. Traducción de Elena Alemany Sánchez-Moscoso. Madrid: El País-Aguilar, 2011.
- RYAN, Cornelius, *El día más largo*. Traducción de Ramón Gil Novares. Barcelona: Inédita, 2006.
- SERVICE, Robert, *Camaradas: Breve historia del comunismo*. Traducción de Javier Guerrero. Barcelona: Ediciones B, 2009.
- SHIRER, William I., *Auge y caída del Tercer Reich*. (Volúmenes I y II). Traducción de Jesús López Pacheco et al. Barcelona: Planeta, 2010.

SIDEY, HUGH, *John F. Kennedy, presidente*. Barcelona: Juventud, 2004.

TALBOT, David, *La conspiración*. Traducción de Rosa Maria Salleras Puig. Barcelona: Crítica, 2008.

TAUBMAN, William, *Krushev: El hombre y su época*. Traducción de Paloma Gil Quindós. Barcelona: Esfera de los libros, 2005.

TAYLOR, Frederick, *El muro de Berlín*. Traducción de Antoni Puigròs. Barcelona: La Magrana, 2009.

ZUBOK, Vladislav, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*. Traducción de Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda. Barcelona: Crítica, 2008.

Título de la edición original: *Berlin 1961*
Traducción del inglés: Carles Andreu

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: julio 2014

© Frederick Kempe, 2011
Esta edición se ha publicado por acuerdo con G. P. Putnam's Sons,
miembro de Penguin Group (U.S.A.) Inc.
© de la traducción: Carles Andreu, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
Fotografía de cubierta: © AP Photo

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 25545-2012
ISBN: 978-84-15472-26-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)